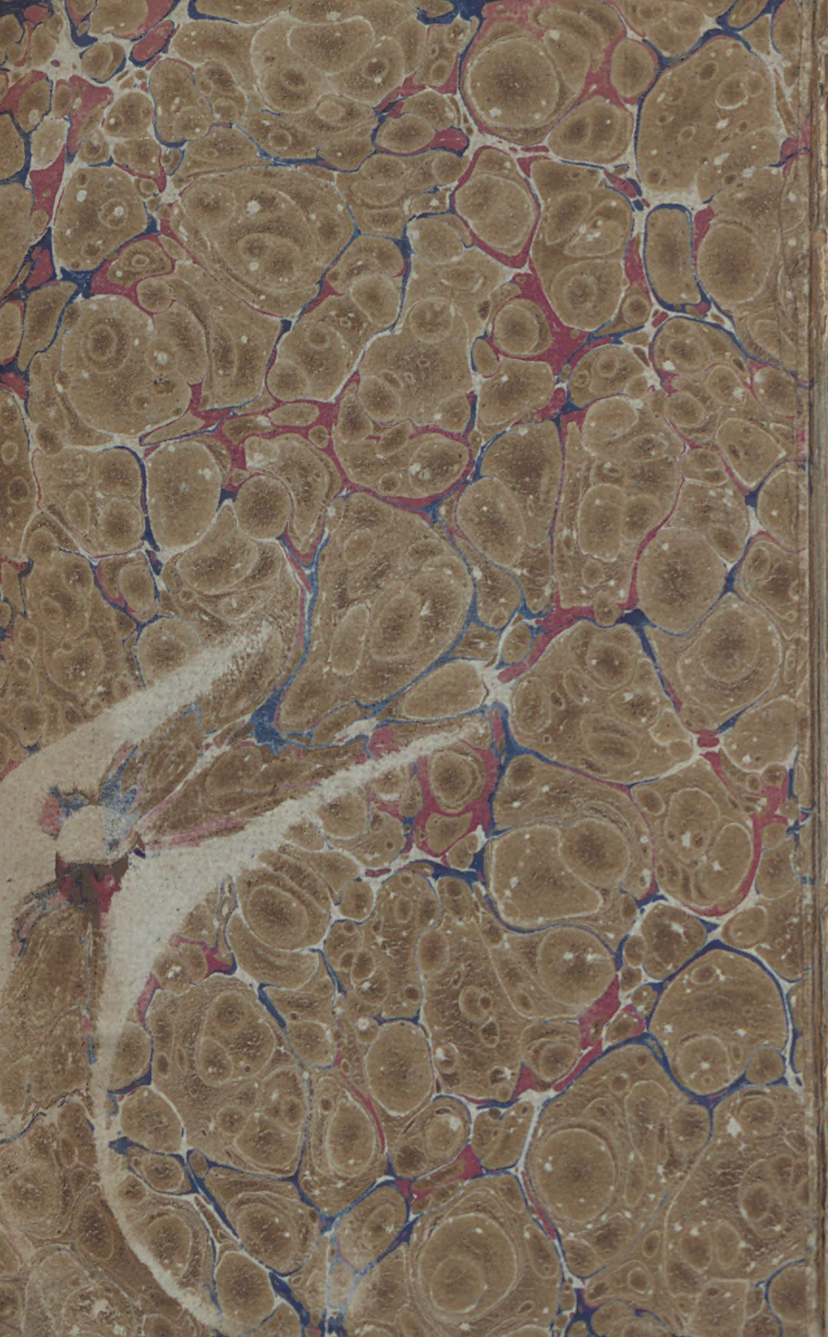
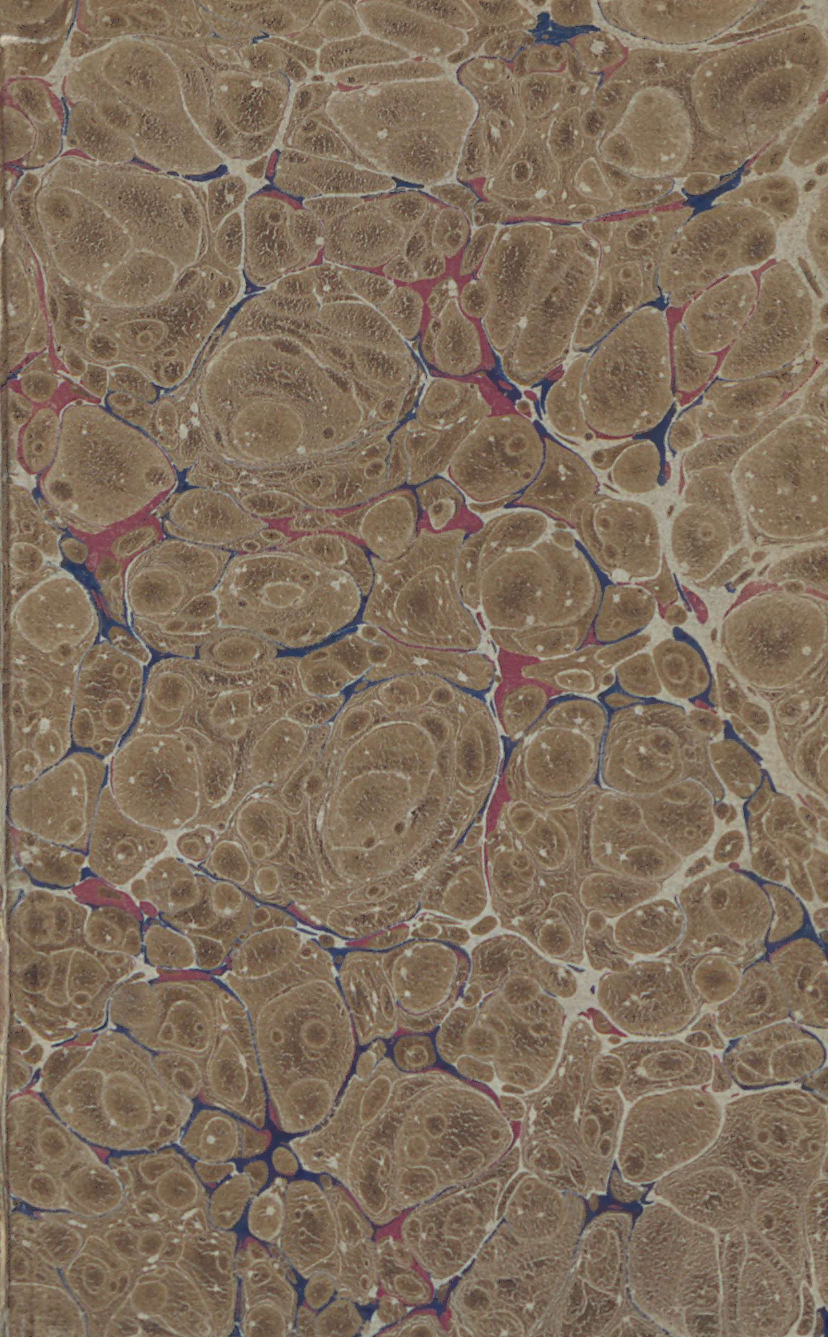






PLUTARCO.

VIDAS DE LOS HOMBRES ILUSTRES.

LAS VIDAS PARALELAS

DE PLUTARCO,

TRADUCIDAS DE SU ORIGINAL GRIEGO

EN LENGUA CASTELLANA

POR EL Sr. D. ANTONIO RANZ ROMANILLOS,
INDIVIDUO DE NUMERO DE LAS ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA, Y CONSILIARIO DE LA DE NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO &c.

TOMO IV.

EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1830.

CONTIENE ESTE TOMO LAS VIDAS

DE

ALEJANDRO Y
CÉSAR.
FOCION Y
CATON EL MENOR.
AGIS Y CLEOMENES Y
TIBERIO Y CAYO GRACOS.
DEMÓSTENES Y
CICERON.



PARALELOS DE PLUTARCO,

ó

VIDAS COMPARADAS.

ALEJANDRO.

Habiéndonos propuesto escribir en este libro la vida de Alejandro y la de César, el que venció á Pompeyo, por la muchedumbre de las hazañas de uno y otro una sola cosa advertimos y rogamos á los lectores, y es que si no las referimos todas, ni aun nos detenemos con demasiada prolijidad en cada una de las mas celebradas, sino que cortamos y suprimimos una gran parte, no por esto nos censuren y reprendan. Porque no escribimos historias, sino vidas; ni es en las acciones mas ruidosas en las que se manifiestan la virtud ó el vicio; sino que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo y una niñería sirve mas para probar las costumbres, que batallas en que mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades. Por tanto asi como los pintores toman para retratar, las semejanzas del rostro, y aquellas facciones en que mas se manifiesta la índole y el carácter, cuidándose poco de todo lo demas; de la misma manera debe á nosotros concedérsenos el que atendamos mas á los indicios del ánimo, y que por ellos dibujemos la vida de cada uno: dejando á otros los hechos de grande aparato y los combates.

Que Alejandro era por parte de padre Heraclida, descendiendo de Carano, y que era Eacida por parte de madre, trayendo origen de Neoptolemo, son cosas en que generalmente convienen todos. Dícese

que iniciado Filipo en Samotracia juntamente con Olimpiada, siendo todavía jovencito, se enamoró de esta, que era niña, huérfana de padre y madre; y que se concertó su matrimonio, tratándolo con el hermano de la misma llamado Arumba. Parecióle á la esposa que antes de la noche en que se unieron en el tálamo nupcial, habiendo tronado, le cayó un rayo en el vientre; y que del golpe se encendió mucho fuego, el cual dividiéndose despues en llamas que se esparcieron por todas partes, se disipó. Filipo algun tiempo despues de celebrado el matrimonio tuvo un sueño, en el que le pareció que sellaba el vientre de su muger, y que el sello tenia grabada la imagen de un leon. Los demas adivinos no creian que aquella vision significase otra cosa sino que Filipo necesitaba de una vigilancia mas atenta en su matrimonio; pero Aristandro Telmiseo dijo que aquello significaba estar Olimpiada en cinta; pues lo que esta vacío no se sella, y que lo estaba de un niño valeroso y parecido en su índole á los leones. Vióse tambien un dragon, que estando dormida Olimpiada, se le enredó al cuerpo; de donde provino, dicen, que se amortiguase el amor y cariño de Filipo, que escaseaba el reposar con ella: bien fuera por temer que usara de algunos encantamientos y maleficios contra él, ó bien porque tuviera reparo en dormir con una muger que se habia ayuntado con un ser de naturaleza superior. Todavía corre otra historia acerca de estas cosas, y es que todas las mugeres de aquel pais de tiempo muy antiguo estaban iniciadas en los misterios Orficos y en las orgias de Baco, y siendo apellidadas Clodones y Mimalones, hacian cosas muy parecidas á las que ejecutan las Edonides y las Tracias habitantes del monte Hemo; de donde habia provenido el que el verbo *triscar* se aplicase á significar sacrificios abundantes y llevados al exceso. Pues ahora Olimpiada, que imitaba mas que las otras este fanatismo,

y las excedia en el entusiasmo de tales fiestas, llevaba en las juntas Báquicas unas serpientes grandes domesticadas por ella, las que saliéndose muchas veces de la yedra y de la zaranda mística, y enroscándose en los tirsos y en las coronas, asustaban á los concurrentes.

Dícese sin embargo que habiendo enviado Filipo á Queron Megalopolitano á Delfos despues del ensueño, le trajo del Dios un oráculo, por el que le prescribia que sacrificara á Amon, y le venerara con especialidad entre los Dioses; y es tambien fama que perdió un ojo, por haber visto, aplicándose á una rendija de la puerta, que el Dios se solazaba con su muger en forma de dragon. De Olimpiada refiere Eratostenes que al despedir á Alejandro en ocasion de marchar al ejército le descubrió á él solo el arcano de su nacimiento, y le encargó que se portara de un modo digno de su origen; pero otros aseguran que siempre miró con horror semejante fábula, diciendo: ¿será posible que Alejandro no deje de calumniarme ante Juno? Nació pues Alejandro en el mes Hecatombeon, al que llaman los Macedonios Loon, en el dia sexto, el mismo en que se abrasó el templo de Diana Efesina; lo que dió ocasion á Hegesias Magnesio para usar de un chiste, que hubiera podido por su frialdad apagar aquel incendio: porque dijo que no era extraño haberse quemado el templo, estando Diana ocupada en asistir al nacimiento de Alejandro. Todos cuantos Magos se hallaron á la sazon en Efeso, teniendo el suceso del templo por indicio de otro mal, corrian lastimándose los rostros, y diciendo á voces que aquel dia habia producido otra gran desventura para el Asia. Acababa Filipo de tomar á Potidea cuando á un tiempo recibió tres noticias: que habia vencido á los Ilirios en una gran batalla por medio de Parmenion; que en los juegos Olímpicos habia vencido con

caballo de montar; y que habia nacido Alejandro. Estaba regocijado con ellas como era natural; y los adivinos acrecentaron todavía mas su alegría, manifestándole que niño nacido entre tres victorias seria invencible.

Las estatuas que con mas exactitud representan la imagen de su cuerpo son las de Lisipo, que era el único por quien queria ser retratado: porque este artista figuró con la mayor viveza aquella ligera inclinacion del cuello al lado izquierdo y aquella flexibilidad de ojos, que con tanto cuidado procuraron imitar despues muchos de sus sucesores y de sus amigos. Apéles al pintarle con el rayo no imitó bien el color; porque lo hizo mas moreno y encendido, siendo blanco, segun dicen, con una blancura sonrosada, principalmente en el pecho y en el rostro. Su cutis espiraba fragancia, y su boca y su carne toda despedian el mejor olor; el que penetraba su ropa, si hemos de creer lo que leemos en los comentarios de Aristoxeno. La causa podia ser la complexion de su cuerpo, que era ardiente y fogosa, porque el buen olor nace de la coccion de los humores por medio del calor, segun opinion de Teofrasto; por lo cual los lugares secos y ardientes de la tierra son los que producen en mayor cantidad los mas suaves aromas; y es que el sol disipa la humedad de la superficie de los cuerpos, que es la materia de toda corrupcion; y á Alejandro lo ardiente de su complexion lo hizo, segun parece, bebedor y de grandes alientos. Siendo todavía muy joven se manifestó ya su continencia: pues con ser para todo lo demas arrojado y vehemente, en cuanto á los placeres corporales era poco sensible, y los usaba con gran sobriedad, cuando su ambicion mostró desde luego una osadía y una magnanimidad superiores á sus años. Porque no toda gloria le agradaba, ni todos los principios de ella, como á Filipo, que cual si fuera

un sofista, hacia gala de saber hablar elegantemente, y que grababa en sus monedas las victorias que en Olimpia habia alcanzado en carro; sino que á los de su familia que le hicieron proposicion de si queria aspirar al premio en el estadio (porque era sumamente ligero para la carrera) les respondió que solo en el caso de haber de tener reyes por contendores. En general parece que era muy indiferente á toda especie de combates atléticos; pues que costeando muchos certámenes de trágicos, de flautistas, de citaristas, y aun de los rapsodistas ó recitadores de las poesías de Homero, y dando simulacros de cacerías de todo género y juegos de esgrima, jamas de su voluntad propuso premio del pugilato ó del pancracio.

Tuvo que recibir y obsequiar, hallándose ausente Filipo, á unos Embajadores que vinieron de parte del Rey de Persia, y se les hizo tan amigo con su buen trato, y con no hacerles ninguna pregunta de muchacho, ó que pudiera parecer frívola, sino sobre la distancia de unos lugares á otros, sobre el modo de viajar, sobre el Rey mismo, y cuál era su disposicion para con los enemigos, y cuál la fuerza y poder de los Persas, que se quedaron admirados, y no tuvieron en nada la celebrada sagacidad de Filipo, comparada con los conatos y pensamientos elevados del hijo. Cuantas veces venia noticia de que Filipo habia tomado alguna ciudad ilustre ó habia vencido en alguna memorable batalla, no se mostraba alegre al oirla, sino que solia decir á los de su edad: ¿será posible, amigos, que mi padre se anticipe á tomarlo todo, y no nos deje á nosotros nada brillante y glorioso en que podamos acreditarnos? pues que no codiciando placeres ni riquezas, sino solo virtud y gloria, le parecia que cuanto mas le dejara ganado el padre, menos le quedaria á él que vencer: y creyendo por lo

mismo que en cuanto se aumentaba el estado, en otro tanto decrecian sus hazañas, lo que deseaba era, no riquezas, ni regalos, ni placeres, sino un imperio que le ofreciera combates, guerras y acrecentamiento de gloria. Eran muchos, como se deja conocer, los destinados á su asistencia, con los nombres de nutricios, ayos y maestros; á todos los cuales presidia Leonidas, varon austero en sus costumbres y pariente de Olimpiada; pero como no gustase de la denominacion de ayo, sin embargo de significar una ocupacion honesta y recomendable, era llamado por todos los demas, á causa de su dignidad y parentesco, nutricio y director de Alejandro; y el que tenia todo el aire y aparato de ayo era Lisimaco, natural de Acarnania; el cual sin embargo de que consistia toda su crianza en darse á sí mismo el nombre de Fenix, á Alejandro el de Aquiles, y á Filipo el de Peleo, agradaba mucho con esta simpleza, y tenia el segundo lugar.

Trajo un Tesaliano llamado Filoneico el caballo Bucéfalo para venderlo á Filipo en trece talentos; y habiendo bajado á un descampado para probarlo, pareció áspero y enteramente indómito, sin admitir ginete, ni sufrir la voz de ninguno de los que acompañaban á Filipo; sino que á todos se les ponia de manos. Desagradóle á Filipo, y dió orden de que se le llevaran por ser fiero é indocil; pero Alejandro, que se hallaba presente: ¡qué caballo pierden, dijo, solo por no tener conocimiento ni resolucion para manejarle! Filipo al principio calló; mas habiéndolo repetido, lastimándose de ello muchas veces: increpas, le replicó, á los que tienen mas años que tú, como si supieras ó pudieras manejar mejor el caballo; á lo que contestó: este ya se ve que lo manejaré mejor que nadie. ¿Si no salieres con tu intento, continuó el padre, cuál ha de ser la pena de tu temeridad? pagaré, dijo, el precio del caballo. Echáronse á reir, y con-

venidos en la cantidad, marchó al punto adonde estaba el caballo, tomóle por las riendas, y volviéndole, le puso frente al sol, pensando, segun parece, que el caballo por ver su sombra que caia y se movia junto á sí era por lo que se inquietaba. Pasóle despues la mano y le halagó por un momento, y viendo que tenia fuego y brios, se quitó poco á poco el manto, arrojándolo al suelo, y de un salto montó en él sin dificultad. Tiró un poco al principio del freno, y sin castigarle ni aun tocarle le hizo estarse quedo. Cuando ya vió que no ofrecia riesgo, aunque hervia por correr, le dió rienda y le agitó, usando de voz fuerte y aplicándole los talones. Filipo y los que con él estaban tuvieron al principio mucho cuidado y se quedaron en silencio; pero cuando le dió la vuelta con facilidad y soltura, mostrándose contento y alegre, todos los demas prorumpieron en voces de aclamacion; mas del padre se refiere que lloró de gozo, y que besándole en la cabeza luego que se apeó: busca, hijo mio, le dijo, un reino igual á tí, porque en la Macedonia no cabes.

Observando que era de caracter poco flexible, y de los que no pueden ser llevados por la fuerza; pero que con la razon y el discurso se le conducia facilmente á lo que era decoroso y justo, por sí mismo procuró mas bien persuadirle que mandarle; y no teniendo bastante confianza en los maestros de música y de las demas habilidades comunes para que pudieran instruirle y formarle, por exigir esto mayor inteligencia y ser, segun aquella expresion de Sófocles,

Obra de mucho freno y mucha maña,

envió á llamar el filósofo de mas fama y mas extensos conocimientos, que era Aristóteles, al que dió un honroso y conveniente premio de su enseñanza: porque reedificó de nuevo la ciudad de Estagira, de donde era natural Aristóteles, que el mismo Filipo

habia asolado; y restituyó á ella á los antiguos ciudadanos, fugitivos ó esclavos. Concedióles para escuela y para sus ejercicios el bosque inmediato á Mieza, donde aun ahora muestran los asientos de piedra de Aristóteles, y sus paseos defendidos del sol. Parece que Alejandro no solo aprendió la ética y la política, sino que tomó tambien conocimiento de aquellas enseñanzas graves y reservadas, á las que los filósofos llaman con nombres técnicos, *acroamáticas* y *epopticas*, y que no comunican á la muchedumbre. Porque habiendo entendido despues de haber pasado ya al Asia que Aristóteles habia publicado en sus libros algunas de estas doctrinas, le escribió, hablándole con desenfado sobre la materia, una carta de que es copia la siguiente. » Alejandro á Aristóteles felicidad. No has hecho bien en publicar las » doctrinas acroamáticas: porque ¿en qué nos diferenciamos de los demas, si las ciencias en que nos » has instruido han de ser comunes á todos? pues » yo mas quiero sobresalir en los conocimientos útiles y honestos que en el poder. Dios te guarde." Aristóteles para acallar esta noble ambicion se defendió acerca de estas doctrinas, diciendo que no debia tenerlas por divulgadas, aunque las habia publicado: pues en realidad su tratado de metafísica no era útil para aprender é instruirse; habiendo escrito desde luego para servir como de índice ó recuerdo á los ya adoctrinados.

Tengo por cierto haber sido tambien Aristóteles quien principalmente inspiró á Alejandro su aficion á la medicina: pues no solo se dedicó á la teorica, sino que asistia á sus amigos enfermos, y les prescribia el régimen y medicinas convenientes, como se puede inferir de sus cartas. En general era naturalmente inclinado á las letras, á aprender y á leer; y como tuviese á la Iliada por guia de la doctrina militar, y aun le diese este nombre, tomó corregida de mano

de Aristóteles la copia que se llamaba *la Iliada de la caja*; la que con la espada ponia siempre debajo de la cabecera, segun escribe Onesicrito. No abundaban los libros en Macedonia; por lo que dió orden á Harpalo para que se los enviase; y le envió los libros de Filisto; muchas copias de las tragedias de Eurípides, de Sófocles y de Esquilo; y los ditirambos de Telestes y de Filoxeno. Al principio admiraba á Aristóteles, y le tenia, segun decia él mismo, no menos amor que á su padre, pues si del uno habia recibido el vivir, del otro el vivir bien; pero al cabo de tiempo se resfrió con él, no hasta el punto de ofenderle en nada; sino que el no tener ya sus obsequios el calor y viveza que antes, daba muestras de aquella indisposicion. Sin embargo el amor y deseo de la filosofía que aquel le infundió ya no se borró nunca de su alma, como lo atestiguan el honor que dispensó á Anaxarco; los cincuenta talentos enviados á Jenocrates, y el amparo que en él hallaron Dandamis y Calano.

Hacia Filipo la guerra á los Bizantinos cuando Alejandro no tenia mas que diez y seis años; y habiendo quedado en Macedonia con el Gobierno y con el sello de él, domó á los Medos que se habian rebelado: tomóles la capital, de la que arrojó á los bárbaros, y repoblándola con gentes de diferentes paises, le dió el nombre de Alejandrópolis. En Queronea concurrió á la batalla dada contra los Griegos, y se dice haber sido el primero que acometió á la cohorte sagrada de los Tebanos; y todavía en nuestro tiempo se muestra á orillas del Cefiso una encina antigua llamada de Alejandro, junto á la que tuvo su tienda; y alli cerca está el cementerio de los Macedonios. Filipo con estos hechos amaba extraordinariamente al hijo, tanto que se alegraba de que los Macedonios llamaran Rey á Alejandro y General á Filipo; pero las inquietudes que sobrevinieron en

la casa con motivo de los amores y los matrimonios de este, haciendo en cierta manera que enfermara el reino á la par de la union conyugal, produjeron muchas quejas y grandes desavenencias; las que hacia mayores el mal genio de Olimpiada, muger suspicaz y colérica, que procuraba acalorar á Alejandro. Hízolas subir de punto Atalo en las bodas de Cleopatra, doncella con quien se casó Filipo, enamorado de ella fuera de su edad. Era tio de esta Atalo, y embriagado, en medio de los brindis exhortaba á los Macedonios á que pidieran á los Dioses les concedieran de Filipo y Cleopatra un sucesor legítimo del reino. Irritado con esto Alejandro: ¿pues qué, le dijo, mala cabeza, te parece que yo soy bastardo? y le tiró con la taza. Levantóse Filipo contra él desenvainando la espada; pero por fortuna de ambos con la cólera y el vino se le fue el pie y cayó; y entonces Alejandro exclamó con insulto: ¡este es, ó Macedonios, el hombre que se preparaba para pasar de la Europa al Asia! y pasando ahora de un escaño á otro ha venido al suelo. De resulta de esta indecente reyerta, tomando consigo á Olimpiada, y estableciéndola en el Epiro, él se fue á habitar en el Ilirio. En esto Demarato de Corinto, que era huesped de la casa y hombre franco, pasó á ver á Filipo; y como despues de los abrazos y primeros obsequios le preguntase este ¿cómo en punto á concordia se hallaban los Griegos unos con otros? ¡pues es cierto, le contestó, que te está á tí bien, ó Filipo, el mostrar ese cuidado por la Grecia, cuando has llenado tu propia casa de turbacion y de males! Vuelto en sí Filipo con esta advertencia, envió á llamar á Alejandro, y consiguió atraerle por medio de las persuasiones de Demarato.

Sucedió á poco que Pexodoro, Sátrapa de Caria, con la mira de ganarse la alianza de Filipo contrayendo deudo con él, pensó dar en matrimonio su

hija mayor á Arrideo, hijo de Filipo; para lo que envió á Aristocrito á Macedonia; y con este motivo intervinieron nuevas hablillas y nuevas calumnias de los amigos y de la madre con Alejandro, achacando á Filipo que con estos brillantes enlaces y estos apoyos trataba de preparar para el trono á Arrideo. Incomodado Alejandro, envia á Caria por su parte á Tésalo, actor de tragedias, con el encargo de proponer á Pexodoro que dejando á un lado el del bastardo y no muy avisado, traslade el enlace al mismo Alejandro; lo que acomodó mucho mas á Pexodoro que el primer proyecto; pero habiéndolo entendido Filipo, se fue á la habitacion de Alejandro, y haciendo convocar á Filotas el de Parmenion, uno de sus mas íntimos amigos, á presencia de este le increpó violentamente, y le reconvino con aspereza sobre que se mostraba hombre ruin é indigno de los bienes que su condicion le ofrecia, si tenia por conveniencia ser yerno de un hombre de Caria, que en suma era un esclavo. Escribió ademas á los Corintios para que á Tésalo se le remitiesen con prisiones; y de los demas amigos de Alejandro desterró de Macedonia á Harpalo y á Nearco, á Frigio y á Tolomeo; á los cuales restituyó despues Alejandro, y los tuvo en el mayor honor y aprecio. Luego cuando Pausanias, afrentado por disposicion de Atalo y Cleopatra, no pudo obtener justicia, y con este motivo dió muerte á Filipo, la culpa se cargó principalmente á Olimpiada, atribuyéndole que habia incitado y acalorado á aquel joven herido de su ofensa; y aun alcanzó algo de esta acusacion á Alejandro: pues se dice que encontrándole Pausanias despues de la injuria, y lamentándose de ella, le recitó aquel yambo de la Medea,

Al que la dió, al novio y á la novia.

Con todo persiguiendo y buscando diligentemente á todos los socios de aquel crimen, los castigó; y por-

que Olimpiada en ausencia suya trató cruelmente á Cleopatra, se mostró ofendido, y lo llevó muy á mal.

Tenia veinte años cuando se encargó del reino, combatido por todas partes de la envidia y de terribles odios y peligros, porque los bárbaros de las naciones vecinas no podian sufrir la esclavitud, y suspiraban por sus antiguos reyes; y en cuanto á la Grecia, aunque Filipo la habia sojuzgado por las armas, apenas habia tenido tiempo para domarla y amansarla; sino que no habiendo hecho mas que variar y alterar sus cosas, las habia dejado en gran inquietud y desorden por la novedad y falta de costumbre. Temian los Macedonios este estado de los negocios; y eran de opinion de que respecto de la Grecia debia levantarse enteramente la mano, sin tomar el menor empeño; y de que á los bárbaros que se habian rebelado, se les atrajese con blandura, aplicando remedio á los principios de aquel trastorno; pero Alejandro, pensando de un modo enteramente opuesto, se decidió á adquirir la seguridad y la salud con la osadía y la entereza; pues que si se viese que decaia de ánimo en lo mas mínimo, todos vendrian á cargar sobre él. Por tanto á las rebeliones y guerras de los bárbaros les puso prontamente término, corriendo con su ejército hasta el Istro; y en una gran batalla venció á Sirmo, Rey de los Tribalios. Como hubiese sabido que se habian sublevado los Tebanos, y que estaban de acuerdo con los Atenienses, queriendo acreditarse de hombre, al punto marchó con sus fuerzas por las Termópilas, diciendo que pues Demóstenes le habia llamado niño mientras estuvo entre los Ilirios y Tribalios, y muchacho despues en Tesalia, queria hacerle ver ante los muros de Atenas que ya era hombre. Situado pues delante de Tebas, dándoles tiempo para arrepentirse de lo pasado, reclamó á Fenix y Protites, y mandó echar pregon ofreciendo impunidad á los que mudaran de propó-

sito; pero reclamando de él á su vez los Tebanos á Filotas y Antipatro, y echando el pregon de que los que quisieran la libertad de la Grecia se unieran con ellos, dispuso sus Macedonios á la guerra. Pelearon los Tebanos con un valor y un arrojo superiores á sus fuerzas, pues venian á ser uno para muchos enemigos; pero habiendo desamparado la ciudadela llamada Cadmea las tropas Macedonias que la guarnecian, cayeron sobre ellos por la espalda, y envueltos perecieron los mas en este último punto de la batalla. Tomó la ciudad, la entregó al saqueo y la asoló: principalmente por esperar que asombrados é intimidados los Griegos con semejante calamidad, no volvieran á rebullirse; pero tambien quiso dar á entender que en esto se habia prestado á las quejas de los aliados: porque los Focenses y Plateenses acusaban á los Tebanos. Hizo pues salir á los sacerdotes, á todos los huéspedes de los Macedonios, á los descendientes de Píndaro, y á los que se habian opuesto á los que decretaron la sublevacion: á todos los demas los puso en venta, que fueron como unos treinta mil hombres, siendo mas de seis mil los que murieron en el combate.

En medio de los muchos y terribles males que afligieron á aquella desgraciada ciudad, algunos Tracios quebrantaron la casa de Timoclea, muger principal y de admirable conducta; y mientras los demas saqueaban los bienes, el comandante, despues de haber insultado y hecho violencia á la ama, le preguntó ¿si habia ocultado plata ú oro en alguna parte? Confesóle que sí, y llevándole solo al huerto, le mostró el pozo, diciendo que al tomarse la ciudad habia arrojado allí lo mas precioso de su caudal. Acercóse el Tracio, y cuando se puso á reconocer el pozo, habiéndosele aquella puesto detras, le arrojó; y echándole encima muchas piedras, acabó con él. Lleváronla los Tracios atada ante Alejandro; y desde luego que

se presentó pareció una persona respetable y animosa, pues seguia á los que la conducian sin dar la menor muestra de temor ó sobresalto. Despues preguntándola el Rey ¿quién era? respondió ser hermana de Teagenes, el que habia peleado contra Filipo por la libertad de los Griegos, y habia muerto de General en la batalla de Queronea. Admirado pues Alejandro de su respuesta y de lo que habia ejecutado, la dejó en libertad á ella y á sus hijos.

A los Atenienses los admitió á reconciliacion, aun en medio de haber hecho grandes demostraciones de sentimiento por el infortunio de Tebas: pues teniendo entre manos la fiesta de los misterios, la dejaron por aquel duelo, y á los que se refugiaron á Atenas les prestaron todos los oficios de humanidad; mas con todo, bien fuese por haber saciado ya su cólera como los leones, ó bien porque quisiese oponer un acto de clemencia á otro de suma crueldad y aspereza, no solo los indultó de todo cargo, sino que los exhortó á que atendiesen al buen orden de la ciudad, como que habia de tomar el imperio de la Grecia, si á él le sobrevenia alguna desgracia; y de alli en adelante se dice que le causaba sumo disgusto aquella calamidad de los Tebanos; por lo que se mostró muy benigno con los demas pueblos; y lo ocurrido con Clito entre los brindis de un festin, y la cobardía en la India de los Macedonios, por la que en cuanto estuvo de su parte dejaron incompleta su expedicion y su gloria, fueron cosas que las atribuyó siempre á ira y venganza de Baco. Por fin de los Tebanos que quedaron con vida, ninguno se le acercó á pedirle alguna cosa, que no saliera bien despachado; y esto es lo que hay que referir sobre la toma de Tebas.

Congregados los Griegos en el Istmo, decretaron marchar con Alejandro á la guerra contra la Persia, nombrándole General; y como fuesen muchos los hombres de estado y los filósofos que le visitaban y

le daban el parabien, esperaba que haria otro tanto Diógenes el de Sinope, que residia en Corinto. Mas este ninguna cuenta hizo de Alejandro, sino que pasaba tranquilamente su vida en el barrio llamado *Craneto*; y asi hubo de pasar Alejandro á verle. Hallábase casualmente tendido al sol, y habiéndose incorporado un poco á la llegada de tantos personages, fijó la vista en Alejandro. Saludóle este, y preguntándole en seguida si se le ofrecia alguna cosa: muy poco, le respondió, que te quites del sol. Dícese que Alejandro con aquella especie de menosprecio quedó tan admirado de semejante elevacion y grandeza de ánimo, que cuando retirados de alli empezaron los que le acompañaban á reirse y burlarse, él les dijo: pues yo á no ser Alejandro, de buena gana fuera Diógenes. Quiso prepararse para la expedicion con la aprobacion de Apolo; y habiendo pasado á Delfos, casualmente los dias en que llegó eran nefastos, en los que no es permitido dar respuestas; y con todo lo primero que hizo fue llamar á la sacerdotisa; pero negándose esta y objetando la disposicion de la ley, subió adonde se hallaba y por fuerza la trajo al templo. Ella entonces mirándose como vencida por aquella determinacion: eres invencible, ó joven, expresó; lo que oido por Alejandro, dijo que ya no necesitaba otro vaticinio; sino que habia escuchado de su boca el oráculo que apetecia. Cuando ya estaba en marcha para la expedicion aparecieron diferentes prodigios y señales, y entre ellos el de que la estatua de Orfeo en Libetra, que era de ciprés, despidió copioso sudor por aquellos dias. A muchos les inspiraba miedo este portento; pero Aristandro los exhortó á la confianza, pues significa, dijo, que Alejandro ejecutará hazañas dignas de ser cantadas y aplaudidas; las que por tanto darán mucho que trabajar y que sudar á los poetas y músicos que hayan de celebrarlas.

Componíase su ejército, segun los que dicen menos, de treinta mil hombres de infantería y cinco mil de caballería; y los que mas le dan hasta treinta y cuatro mil infantes y cuatro mil caballos; y para todo esto dice Aristobulo que no tenia mas fondos que setenta talentos; y Duris que solo contaba con víveres para treinta dias; mas Onesicrito refiere que habia tomado á crédito doscientos talentos. Pues con todo de haber empezado con tan pequeños y escasos medios, antes de embarcarse se informó del estado que tenian las cosas de sus amigos, distribuyendo entre ellos á uno un campo, á otro un terreno y á otro la renta de un caserío ó de un puerto. Cuando ya habia gastado y aplicado se puede decir todos los bienes y rentas de la corona, le preguntó Perdicas: ¿y para tí, ó Rey, que es lo que dejas? como le contestase que las esperanzas; ¿pues y nosotros, repuso, no participaremos tambien de ellas los que hemos de acompañarte en la guerra? y renunciando Perdicas la parte que le habia asignado, algunos de los demas amigos hicieron otro tanto; pero á los que tomaron las suyas ó las reclamaron, se las entregó con largueza; y con este repartimiento concluyó con casi todo lo que tenia en Macedonia. Dispuesto y prevenido de esta manera, pasó el Helesponto, y bajando á tierra en Ilion, hizo sacrificio á Minerva y libaciones á los héroes. Ungió largamente la columna erigida á Aquiles, y corriendo desnudo con sus amigos al rededor de ella segun es costumbre, la coronó, llamando á este bienaventurado, porque en vida tuvo un amigo fiel, y despues de su muerte un gran poeta. Cuando andaba recorriendo la ciudad, y viendo lo que habia de notable en ella, le preguntó uno ¿si queria ver la lira de Paris? y él le respondió que esta nada le importaba, y la que buscaba era la de Aquiles, con la que cantaba este héroe los grandes y gloriosos hechos de los varones esforzados.

En esto los Generales de Darío habian reunido muchas fuerzas, y como las tuviesen ordenadas para impedir el paso del Granico, debia tenerse por indispensable el dar una batalla para abrirse la puerta del Asia, si se habia de entrar y dominar en ella; pero los mas temian la profundidad del rio y la desigualdad y aspereza de la orilla opuesta, á la que se habia de subir peleando; y á algunos los detenia tambien cierta superstición relativa al mes, por cuanto en el Daisio era costumbre de los reyes de Macedonia no obrar con el ejército; pero á esto ocurrió Alejandro, mandando que se contara otra vez el Artemisio. Oponíase de otro lado Parmenion á que se trabara combate, por estar ya adelantada la tarde; pero diciendo Alejandro que se avergonzaria el Helesponto, si habiéndole pasado temieran al Granico, se arrojó al agua con trece hileras de caballería, y marchando contra los dardos enemigos y contra sitios escarpados, defendidos con gente armada y con caballería, arrebatado y cubierto en cierta manera de la corriente, parecia que mas era aquello arrojo de furor y locura que resolucion de un buen caudillo. Mas él seguia empeñado en el paso, y llegando á hacer pie con trabajo y dificultad en lugares húmedos y resbaladizos por el barro, le fue preciso pelear al punto en desorden y cada uno separado contra los que les cargaban, antes que pudieran tomar formacion los que iban pasando: porque les acometian con grande algazara, oponiendo caballos á caballos, y empleando las lanzas, y cuando estas se rompian las espadas. Dirigiéronse muchos contra él mismo, porque se hacia notar en la adarga y en el penacho del morrion que caia por uno y otro lado, formando como dos alas maravillosas en su blancura y en su magnitud; y habiéndole arrojado un dardo que le acertó en el remate de la coraza, no quedó herido. Sobrevinieron á un tiempo los Generales Resaces

y Espitridates, y hurtando el cuerpo á este, á Resaces armado de coraza le tiró un bote de lanza, y rota esta, metió mano á la espada. Batiéndose los dos acercó por el flanco su caballo Espitridates, y poniéndose á punto, le alcanzó con la azcona de que usaban aquellos bárbaros; con la cual le destrozó el penacho, llevándose una de las alas; y el morrion resistió con dificultad al golpe, tanto que aun penetró la punta, y llegó á tocarle en el cabello. Disponíase Espitridates á segundar; pero le previno Clito el mayor, pasándole de medio á medio con la lanza; y al mismo tiempo cayó muerto Resaces herido de Alejandro. En este conflicto y en lo mas recio del combate de la caballería, pasó la falange de los Macedonios, y vinieron á las manos una y otra infantería; pero los enemigos no se sostuvieron con valor ni largo rato, sino que se dispersaron y huyeron, á excepcion de los Griegos estipendiarios; los cuales, retirados á un collado, imploraban la fe de Alejandro; pero este, acometiéndolos el primero, llevado mas de la cólera que gobernado por la razon, perdió el caballo pasado de una estocada por los hijares (era otro, no el Bucéfalo); y alli cayeron tambien la mayor parte de los que perecieron en aquella batalla, peleando con hombres desesperados y aguerridos. Dícese que murieron de los bárbaros veinte mil hombres de infantería y dos mil de caballería. Por parte de Alejandro dice Aristóbulo que los muertos no fueron entre todos mas que treinta y cuatro; de ellos nueve infantes. A estos mandó que se les erigiesen estatuas de bronce, las que trabajó Lisipo. Dió parte á los Griegos de esta victoria, enviando en particular á los Atenienses trecientos escudos de los que se cogieron; y haciendo un cúmulo de los demas despojos, hizo poner sobre él esta ambiciosa inscripcion: ALEJANDRO, HIJO DE FILIPO, Y LOS GRIEGOS, A EXCEPCION DE LOS LACE-

DEMONIOS, DE LOS BARBAROS QUE HABITAN EL ASIA. De los vasos preciosos, de las ropas de púrpura y de cuantas preseas ricas tomó de las de Persia, fuera de muy poco, todo lo demas lo remitió á la madre.

Produjo este combate una gran mudanza en los negocios, favorable á Alejandro: tanto que con la ciudad de Sardis se le entregó en cierta manera el imperio marítimo de los bárbaros, poniéndose á su disposicion los demas pueblos. Solo le hicieron resistencia Halicarnaso y Mileto; las que tomó por asalto, y sujetando todo el pais vecino á una y otra, quedó perplejo en su ánimo sobre lo que despues emprenderia: pensando unas veces que seria lo mejor ir desde luego en busca de Darío, y ponerlo todo á la suerte de una batalla; y otras que seria mas conveniente dar su atencion á los negocios é intereses del mar, como para egercitarse y cobrar fuerzas, y de este modo marchar contra aquel. Hay en la Licia cerca de la ciudad de Janto una fuente, de la que se dice que entonces mudó su curso y salió de sus márgenes, arrojando sin causa conocida de su fondo una plancha de bronce, sobre la cual estaba grabado en caracteres antiguos, que cesaria el imperio de los Persas, destruido por los Griegos. Alentado con este prodigio, se apresuró á poner de su parte todo el pais marítimo hasta la Fenicia y la Cilicia. Su incursion en la Panfilia sirvió á muchos historiadores de materia pintoresca para excitar la admiracion y el asombro; diciendo que como por una disposicion divina aquel mar habia tomado el partido de Alejandro, cuando siempre solia ser inquieto y borrascoso, y rara vez dejaba al descubierto los escondidos y resonantes escollos situados al pie de sus escarpadas y pedregosas orillas; á lo que alude Menandro, celebrando cómicamente lo extraordinario del mismo suceso:

Esto va á lo Alejandro, dicho y hecho:

Si á alguien busco, comparece luego
Sin que nadie le llame; si es preciso
Dirigirme por mar á cierto punto,
El mar se allana y facilita el paso.

Mas el mismo Alejandro en sus cartas, sin tener nada de esto á portento, dice sencillamente que anduvo á pie la montaña llamada Climax, y que la atravesó partiendo de la ciudad de Fasilide, en la cual se detuvo muchos dias; y que en ellos, habiendo visto en la plaza la estatua de Teodecto, que era natural de la misma ciudad, y habia muerto poco antes, fue á festejarla bien bebido despues de la cena, y derramó sobre ella muchas coronas, tributando como por juego esta grata memoria al trato que con él habia tenido á causa de Aristóteles y de la filosofía.

Despues de esto sujetó á aquellos de los Pisidas que le hicieron oposicion, y puso bajo su obediencia la Frigia; y tomando la ciudad de Gordio, que se dice haber sido corte del antiguo Midas, vió aquel celebrado carro atado con corteza de serbal, y oyó la relacion alli creida por aquellos bárbaros; segun la cual el hado ofrecia al que desatase aquel nudo, el ser Rey de toda la tierra. Los mas refieren que este nudo tenia ciegos los cabos enredados unos con otros con muchas vueltas, y que desesperado Alejandro de desatarlo, lo cortó con la espada por medio, apareciendo muchos cabos despues de cortado; pero Aristóbulo dice que le fue muy fácil el desatarlo, porque quitó del timon la clavija que une con este el yugo, y despues fácilmente quitó el yugo mismo. Desde alli pasó á atraer á su dominacion á los Paflagonios y Capadocios; y habiendo tenido noticia de la muerte de Memnon, que siendo el gefe mas acreditado de la armada naval de Darío, habia dado mucho en que entender y puesto en repetidos apuros al mismo Alejandro, se animó mucho mas á llevar sus armas á las provincias superiores de la Persia.

En esto ya Darío bajaba de Susa muy engreido con la muchedumbre de sus tropas, pues que traia seiscientos mil hombres, y confiado en un sueño que los Magos explicaban mas bien segun lo que aquel deseaba, que segun lo que él indicaba en realidad. Porque le pareció que discurria gran resplandor por la falange de los Macedonios; que le servia Alejandro, adornado con la estola que llevaba el mismo Darío cuando era correo del Rey; y que despues habiendo entrado Alejandro al bosque del templo de Belo, desapareció; en lo cual, á lo que parece, significaba el Dios que brillarian y resplandecerian las empresas de los Macedonios; y que Alejandro dominaria en el Asia como habia dominado Darío, habiendo pasado de correo á Rey; pero que en breve tendrian término su gloria y su vida.

Dióle todavía á Darío mas confianza el graduar de tímido á Alejandro al ver que se detenia mucho tiempo en la Cilicia; pero su detencion provenia de enfermedad, que unos decian habia contraido con las grandes fatigas; y otros que por haberse bañado en las aguas heladas del Cidno. De todos los demas médicos, ninguno confiaba en que podria curarse, sino que reputando el mal por superior á todo remedio, temian que errada la cura, habian de ser calumniados por los Macedonios; pero Filipo de Acarnania, aunque se hizo cargo de lo penosa que era aquella situacion, llevado sin embargo de la amistad, y teniendo á afrenta el no peligrar con el que estaba de peligro, asistiéndole y cuidándole hasta no dejar nada por probar, se determinó á emplear las medicinas, y le persuadió al mismo Alejandro que tuviera sufrimiento y las tomara, procurándo ponerse bueno para la guerra. En esto Parmenion le escribió desde el ejército, previniéndole que se guardara de Filipo, porque habia sido seducido por Darío con grandes dones y el matrimonio de su hija, para qui-

tarle la vida. Leyó Alejandro la carta, y sin mostrarla á ninguno de los amigos la puso bajo la almohada. Llegada la hora entró Filipo con los amigos trayendo la medicina en una taza: dióle Alejandro la carta, y al mismo tiempo tomó la medicina con grande ánimo y sin que mostrase ninguna sospecha: de manera que era un espectáculo verdaderamente teatral el ver al uno leer y al otro beber, y que despues se miraron uno á otro, aunque de muy diferente manera: porque Alejandro miraba á Filipo con semblante alegre y sereno, en el que estaban pintadas la benevolencia y la confianza; y este, sorprendido con la calumnia, unas veces ponia por testigos á los dioses y levantaba las manos al cielo, y otras se reclinaba sobre el lecho, exhortando á Alejandro á que estuviera tranquilo y confiara en él. Porque el remedio al principio parecia haber cortado el cuerpo, postrando y abatiendo las fuerzas hasta hacerle perder el habla, y quedar muy apocados todos los sentidos, sobreviniéndole luego una congoja; pero Filipo logró volverle pronto, y restituyéndole las fuerzas, hizo que se mostrase á los Macedonios, que se mantuvieron siempre muy desconfiados é inquietos mientras que no vieron á Alejandro.

Hallábase en el ejército de Darío un fugitivo de Macedonia y natural de ella llamado Amintas, el que no dejaba de tener conocimiento del caracter de Alejandro. Este viendo que Darío iba á encerrarse entre desfiladeros en busca de Alejandro, le proponia que permaneciese donde se encontraba, en lugares llanos y abiertos, habiendo de pelear contra pocos con tan inmenso número de tropas; y como le respondiese Darío, que temia no se anticiparan á huir los enemigos y se le escapara Alejandro: por eso, ó Rey, le repuso, no paseis pena, porque él vendrá contra vos, ó quizá viene ya á estas horas. Mas no cedió por esto Darío; sino que levantando el campo,

marchó para la Cilicia, y al mismo tiempo Alejandro marchaba contra él á la Siria; pero habiendo en la noche apartádose por yerro unos de otros, retrocedieron. Alejandro, contento con que asi le favoreciese la suerte para salirle á aquel al encuentro entre montañas, y Darío para ver si podria recobrar su antiguo campamento y poner sus tropas fuera de gargantas: porque ya entonces reconoció que contra lo que le convenia se habia metido en lugares que por el mar, por las montañas y por el rio Píndaro que corre en medio, eran poco á propósito para la caballería, y que le obligaban á tener divididas sus fuerzas: estando por tanto aquella posicion muy en favor de los enemigos, que eran en tan corto número. La fortuna pues le preparó este lugar á Alejandro; pero él por su parte procuró tambien ayudar á la fortuna, disponiendo las cosas del modo mejor posible para el vencimiento: pues siendo muy inferior á tanto número de bárbaros, no solo no se dejó envolver, sino que extendiendo su ala derecha sobre la izquierda de aquellos, llegó á formar semicírculo, y obligó á la fuga á los que tenia al frente, peleando entre los primeros, tanto que fue herido de una cuchillada en un muslo; segun dice Cares, por Darío, habiendo venido ambos á las manos; pero el mismo Alejandro, escribiendo á Antipatro acerca de esta batalla, no dijo quién hubiese sido el que le hirió, sino que habia salido herido de una cuchillada en un muslo, sin que hubiese tenido la herida malas resultas. Habiendo conseguido una señalada victoria con muerte de mas de ciento y diez mil hombres, no acabó con Darío, que se le habia adelantado en la fuga cuatro ó cinco estadios; por lo cual, habiendo tomado su carro y su arco, se volvió y halló á los Macedonios cargados de inmensa riqueza y botin que se llevaban del campo de los bárbaros, sin embargo de que estos se habian aligerado para la batalla, y habian

dejado en Damasco la mayor parte del bagage. Habian reservado para el mismo Alejandro el pabellon de Darío, lleno de muchedumbre de sirvientes, de ricos enseres y de copia de oro y plata. Desnudándose pues al punto de las armas, se dirigió sin dilacion al baño, diciendo: vamos á lavarnos el sudor de la batalla en el baño de Darío; sobre lo que uno de sus amigos repuso: no á fe mia, sino de Alejandro: porque las cosas del vencido son y deben llamarse del vencedor. Cuando vió las cajas, los jarros, los enjugadores y los alabastros, todo guarnecido de oro y trabajado con primor, percibió al mismo tiempo el olor fragante que de la mirra y los aromas despedia la casa: y habiendo pasado desde alli á la tienda, que en su altura y capacidad y en todo el adorno de alfombras, de mesas y de aparadores, era ciertamente digna de admiracion, vuelto á los amigos: en esto consistia, les dijo, segun parece, el reinar.

Al tiempo de ir á la cena se le anunció que entre los cautivos habian sido conducidas la madre y la muger de Darío y dos hijas doncellas; las cuales, habiendo visto el carro y el arco de este, habian empezado á herirse el rostro, y á llorar teniéndole por muerto. Paróse por bastante rato Alejandro; y mereciéndole mas cuidado los afectos de estas desgraciadas que los propios, envió á Leonato con orden de decirles que ni habia muerto Darío ni debian temer de Alejandro: porque con Darío estaba en guerra por el imperio; pero á ellas nada les faltaria de lo que reinando aquel se entendia corresponderles. Si este lenguage pareció afable y honesto á aquellas mugeres, todavía en las obras se acreditó mas de humano con unas cautivas, porque les concedió dar sepultura á cuantos Persas quisieron, tomando las ropas y todo lo demas necesario para el ornato de los despojos de guerra; y de la asistencia y honores que disfrutaban nada se les disminuyó, y

aun percibieron mayores rentas que antes; pero el obsequio mas loable y mas regio que de él recibieron unas mugeres ingenuas y honestas, reducidas á la esclavitud, fue el no oir, ni sospechar ni temer nada indecoroso; sino que les fue licito llevar una vida apartada de todo trato y de la vista de los demas, como si estuvieran, no en un campamento de enemigos, sino guardadas en templos y relicarios de vírgenes; y eso que se dice que la muger de Darío era la mas bien parecida de toda la familia real, asi como el mismo Dario era el mas bello y gallardo de los hombres, y que las hijas se parecian á los padres. Pero Alejandro, teniendo, segun parece, por mas digno de un Rey el dominarse á sí mismo que vencer á los enemigos, ni tocó á estas, ni antes de casarse conoció á ninguna otra muger fuera de Barsene; la cual, habiendo quedado viuda por la muerte de Memnon, habia sido cautivada en Damasco. Habia recibido una educacion Griega, y siendo de índole suave é hija de Artabazo, tenida en hija del Rey, fue conocida por Alejandro, á instigacion, segun dice Aristobulo, de Parmenion, que le propuso se acercase á una muger bella, y que unia á la belleza el ser de esclarecido linage. Al ver Alejandro á las demas cautivas, que todas eran aventajadas en hermosura y gallardía, dijo por chiste: ¡gran dolor de ojos son estas Persianas! Con todo oponiendo á la belleza de estas mugeres la honestidad de su moderacion y continencia, pasaba por delante de ellas como por delante de imágenes sin alma de unas estatuas.

Escribióle en una ocasion Filoxeno, General de la armada naval, hallarse á sus órdenes un Tarentino llamado Teodoro, que tenia de venta dos mozuelos de una belleza sobresaliente, preguntándole si los compraria; y se ofendió tanto, que exclamó muchas veces ante sus amigos en tono de pregunta: ¿qué puede haber visto en mí Filoxeno de indecente é inho-

nesto para hacerse corredor de semejante mercadería? Reprendió ásperamente á Filoxeno en una carta mandándole que enviara noramala á Teodoro con sus cargamentos. Mostróse tambien enojado al joven Agnon, que le escribió tener intencion de comprar en Corinto á Crobilo, mozo alli de grande nombradía, para preséntárselo; y habiendo sabido que Damon y Timoteo, Macedonios de los que servian á las órdenes de Parmenion, habian hecho violencia á las mugeres de unos estipendiarios, escribió á Parmenion dándole orden de que si eran convencidos, los castigara de muerte, como fieras corruptoras de los hombres; hablando de sí mismo en esta carta en las siguientes palabras: porque no se hallará que yo haya visto á la muger de Darío ni que haya querido verla, ni dar siquiera oidos á los que han venido á hablarme de su belleza. Decia que en dos cosas echaba de ver que era mortal, en el sueño y en el acceso á mugeres: pues de la misma debilidad de la naturaleza provenia el sentir el cansancio y las seducciones del placer. Era asimismo muy sobrio en cuanto al regalo del paladar; lo que manifestó de muchas maneras, y tambien en las respuestas que dió á Ada, á la que adoptó por madre y la declaró Reina de Caria: porque como esta, para agasajarle le enviase diariamente muchos platos delicados y exquisitas pastas, y finalmente los mas hábiles cocineros y pasteleros que pudo encontrar, le dijo que para él todo aquello estaba demas: porque tenia otros mejores cocineros puestos por su ayo Leonidas; que eran para el desayuno salir al campo antes del alba, y para la cena comer muy poco entre dia. El mismo, decia, reconoce mis cofres y mis guardaropas para ver si la madre me ha puesto cosas de regalo y de lujo.

Aun respecto del vino era menos desmandado de lo que comunmente se cree; y si parecia serlo, mas bien que por largo beber era por el mucho tiempo

que con cada taza se llevaba hablando; y aun esto cuando estaba muy de vagar: pues cuando habia que hacer, ni vino ni sueño, ni juego alguno, ni bodas, ni espectáculo, nada habia que como á otros capitanes le detuviese: lo que pone de manifiesto su misma vida, pues que habiendo sido tan corta, está llena de muchas y grandes hazañas. Cuando no tenia que hacer se levantaba, y lo primero era sacrificar á los dioses, y tomar el desayuno sentado: despues pasaba el dia en cazar, ó en ejercitar la tropa, ó en despachar los juicios militares, ó en leer. De viage, si no habia de ser largo, sin detenerse se ejercitaba en tirar con el arco, ó en subir y bajar á un carro que fuese corriendo. Muchas veces se entretenia en cazar zorras y aves, como se puede ver en sus diarios. En el baño, y mientras iba á él y á ungirse, examinaba á los encargados de las provisiones y de la cocina sobre si estaba en su punto todo lo relativo á la cena, yendo siempre á cenar tarde y despues de anochecido. Su cuidado y esmero en la mesa era extraordinario sobre que á todos se les sirviese con igualdad y diligencia. La bebida se prolongaba, como hemos dicho, por la demasiada conversacion: porque siendo para el trato en todas las demas dotes el mas amable de los reyes, sin que hubiese gracia que le faltase, entonces se hacia fastidioso con sus jactancias y de sobra militar, llegando á dar ya en fanfarron, y á ser en cierto modo presa de los aduladores, que echaban á perder aun á los mas modestos convidados: porque ni querian confundirse con los aduladores, ni quedarse mas cortos en las alabanzas: siendo lo primero bajo é indecoroso, y no careciendo de riesgo lo segundo. Despues de haber bebido se lavaba y se iba á recoger, durmiendo muchas veces hasta el medio dia; y aun alguna se llevó el dia entero durmiendo. En cuanto á manjares era muy templado: de manera que cuando por mar le traian frutas ó pescados

exquisitos, distribuyéndolos entre sus amigos, era muy frecuente no dejar nada para sí. Su cena sin embargo era siempre opípara; y habiéndose aumentado el gasto en proporcion de sus prósperos sucesos, llegó por fin á diez mil dracmas; pero aqui paró, y esta era la suma prefijada para darse á los que hospedaban á Alejandro.

Despues de esta batalla de Iso envió tropas á Damasco, y se apoderó del caudal, de los equipages, de los hijos y de las mugeres de los Persas; de todo lo que tomaron la mayor parte los soldados de la caballería Tesaliana; porque como se hubiesen distinguido en la accion por su valor, de intento los envió con ánimo de que tuvieran esta mayor utilidad. Sin embargo aun pudo satisfacerse de botin y riqueza todo el resto del ejército; y habiendo empezado alli los Macedonios á tomar el gusto del oro, de la plata, de las mugeres y del modo de vivir Asiático, se aficionaron á la manera de los perros á ir como por el rastro en busca y persecucion de la riqueza de los Persas. Parecióle con todo á Alejandro que su primer cuidado debia ser asegurar toda la parte marítima; y espontáneamente vinieron los reyes á entregarle á Chipre y la Fenicia, á excepion de Tiro. Al séptimo mes de tener sitiada á Tiro con trincheras, con máquinas y con doscientas naves, tuvo un sueño, en el que vió que Hércules le alargaba desde el muro la mano, y le llamaba. A muchos de los Tirios les pareció asimismo entre sueños que Apolo les decia se pasaba á Alejandro: pues no le era agradable lo que se hacia en la ciudad; pero ellos mirando al Dios como á un hombre que á su antojo se pasase á los enemigos, echaron cadenas á su estatua, y la clavaron al pedestal, llamándole Alejandrista. Tuvo Alejandro otra vision entre sueños, y fue aparecérsele un sátiro, que de lejos se puso como á juguetear con él, y queriendo asirle, se le huia; pero al fin á fuerza de ruegos

y carreras se le vino á la mano. Los adivinos, partiendo asi el nombre, *sá-tiros*, le dijeron con cierta apariencia de verosimilitud, tuya será Tiro[1]; y todavía muestran la fuente junto á la que le pareció haber visto en sueños al sátiro. En medio del sitio, haciendo la guerra á los Arabes que habitan el Antilíbano, se vió en gran peligro á causa de su segundo ayo Lisimaco; porque se empeñó en seguirle, diciendo que no se tenia en menos, ni era mas viejo que Fenix Acercáronse á la montaña, y dejando los caballos, caminaban á pie: los demas se adelantaron mucho, y él no sufriéndole el corazon dejar á Lisimaco, cansado ya, y que andaba con trabajo, porque cargaba la noche y los enemigos se hallaban cerca, no echó de ver que estaba muy separado de sus tropas con solo unos pocos, y que iba á tener que pasar en un sitio muy expuesto aquella noche, que era sumamente obscura y fria. Vió pues á lo lejos encendidas con separacion muchas hogueras de los enemigos; y confiado en su agilidad y en estar hecho á continuas fatigas, para consolar en su incomodidad á los Macedonios corrió á la hoguera mas próxima, y pasando con la espada á dos bárbaros que se calentaban á ella, cogió un tizon, y volvió con él á los suyos. Encendieron tambien una gran lumbrada; con lo que asustaron á los enemigos, de manera que unos se entregaron á la fuga, y á otros que acudieron, los rechazaron, y pasaron la noche sin peligro: asi es como lo refirió Cares.

El éxito que tuvo el sitio fue el siguiente: daba descanso Alejandro de los muchos combates anteriores á la mayor parte de sus tropas, y aproximaba solo unos cuantos hombres á las murallas para no dejar del todo reposar á los enemigos. En una de estas oca-

1 Esto mismo dice la voz griega Σάτυρος, partida como se ha dicho.

siones hacia el agorero Aristandro un sacrificio, y al observar las señales aseguró con la mayor confianza ánte los que se hallaban presentes, que en aquel mes sin falta habia de tomarse la ciudad. Echáronlo á burla y á risa, porque aquel era el último dia del mes; y viéndole perplejo Alejandro, que daba grande importancia á las profecías, mandó que no se contara aquel por dia treinta, sino por dia tercero del término del mes; y haciendo señal con la trompeta, acometió á los muros con mas ardor de lo que al principio habia pensado. Fue violento el ataque, y como no se estuviesen ya quedos los del campamento, sino que acudiesen prontos á dar auxilio, desmayaron los Tirios, y tomó la ciudad en aquel mismo dia. Sitiaba despues á Gaza, ciudad la mas populosa de la Siria, y le dió un yeson en el hombro, dejado caer desde lo alto por una ave, la cual, posándose sobre una de las máquinas, se enredó sin poderlo evitar en una de las redes de nervios que servian de cabos para el manejo de las cuerdas; y esta señal tuvo el término que predijo Aristandro: porque fue herido Alejandro en un hombro, y tomó la ciudad. Envió gran parte de los despojos á Olimpiada, á Cleopatra y á sus amigos, y remitió al mismo tiempo á su ayo Leonidas quinientos talentos de incienso, y ciento de mirra en recuerdo de una esperanza que le hizo concebir en su puericia: porque segun parece, como en un sacrificio hubiese cogido Alejandro y echado en el ara una almorzada de perfumes, le dijo Leonidas: cuando domines la tierra que lleva los aromas, entonces sahumarás con profusion: ahora es menester conducirse con parsimonia. Escribióle pues Alejandro: te envio incienso y mirra en grande abundancia para que en adelante no andes escaso con los dioses.

Habiéndole presentado una cajita, que pareció la cosa mas preciosa y rara de todas á los que recibian las joyas y demas equipage de Darío, preguntó

á sus amigos: ¿qué seria lo mas preciado y curioso que podria guardarse en ella? respondieron unos una cosa y otros otra, y él dijo que en aquella caja iba á colocar y tener defendida la Iliada; de lo que dan testimonio muchos escritores fidedignos. Y si es verdad lo que dicen los de Alejandría sobre la fe de Heraclides, no le fue Homero un consejero ocioso é inútil en sus expediciones: pues refieren que apoderado del Egipto, quiso edificar en él una ciudad griega, capaz y populosa, á la que impusiera su nombre; y que ya casi tenia medido y circunvalado el sitio segun la idea de los arquitectos, cuando quedándose dormido á la noche siguiente, tuvo una vision maravillosa: parecióle que un varon de cabello cano y venerable aspecto, puesto á su lado le recitó estos versos:

En el undoso y resonante Ponto
Hay una isla á Egipto contrapuesta
De Faro con el nombre distinguida.

Levantándose pues marchó al punto á Faro, que entonces era isla, situada un poco mas arriba de la boca del Nilo llamada Canobica, y ahora por la calzada está unida al continente. Cuando vió aquel lugar tan ventajosamente situado (porque es una faja que á manera de istmo con un terreno llano separa ligeramente de una parte el gran lago y de otra el mar que remata en el anchuroso puerto), no pudo menos de exclamar que Homero, tan admirable en todo lo demas, era al propio tiempo un habilísimo arquitecto; y mandó que le diseñaran la forma de la ciudad acomodada al sitio. Carecian de tierra blanca; pero con harina en el terreno, que era negro, describieron un seno, cuya circunferencia en forma de manto guarnecido comprendieron dentro de dos curvas que corrian con igualdad, apoyadas en una base recta. Cuando el Rey estaba sumamente complacido con este diseño, aves en inmenso número y de toda especie acudieron repentinamente á aquel sitio á mane-

ra de nube, y no dejaron ni señal siquiera de la harina, de manera que Alejandro concibió pesadumbre con este agüero; pero los adivinos le calmaron, diciéndole que la ciudad que trataba de fundar abundaria de todo, y daria el sustento á hombres de diferentes naciones; con lo que dió orden á sus encargados para que pusieran mano á la obra, y él emprendió viage al templo de Amon Era este viage largo, y ademas de serle insep rables otras muchas incomodidades, ofrecia dos peligros: el uno de la falta de agua en un terreno desierto de muchas jornadas; y el otro de que estando de camino, soplara un recio ábrego en unos arenales profundos é interminables, como se dice haber sucedido antes con el ejército de Cambises, que levantando un gran monton de arena, y formando remolinos, fueron envueltos y perecieron cincuenta mil hombres. Todos discurrian de esta manera; pero era muy dificil apartar á Alejandro de lo que una vez emprendia: porque favoreciendo la fortuna sus conatos, le afirmaba en su propósito; y su grandeza de ánimo llevaba su obstinacion nunca vencida á toda especie de negocios, atropellando en cierta manera no solo con los enemigos, sino con los lugares, y aun con los temporales.

Los favores que en los apuros y dificultades de este viage recibió del Dios le ganaron á este mas confianza que los oráculos dados despues; ó por mejor decir por ellos se tuvo despues en cierta manera mas fe en los oráculos. Porque en primer lugar el rocío del cielo y las abundantes lluvias que entonces cayeron, disiparon el miedo de la sed; y haciendo desaparecer la sequedad, porque con ellas se humedeció la arena y quedó apelmazada, dieron al aire las calidades de mas respirable y mas puro. En segundo lugar, como confundidos los términos por donde se gobernaban los guias, hubiesen empezado á andar perdidos y errantes, por no saber el camino, unos

cuervos que se les aparecieron, fueron sus conductores, volando delante y acelerando la marcha cuando los seguian; y parándose y aguardando cuando se retrasaban. Pero lo maravilloso era, segun dice Calistenes, que con sus voces y graznidos llamaban á los que se perdian por la noche, trayéndolos á las huellas del camino. Cuando pasado el desierto llegó á la ciudad, el profeta de Amon le anunció que le saludaba de parte del Dios, como de su padre; á lo que él le preguntó ¿si se habia quedado sin castigo alguno de los matadores de su padre? Repúsole el profeta que mirara lo que decia, porque no habia tenido un padre mortal; y entonces él mudando de lenguage, preguntó ¿si habia castigado á todos los matadores de Filipo? y en seguida acerca del imperio ¿si le concederia el dominar á todos los hombres? Habiéndole tambien dado el Dios favorable respuesta, y asegurádole que Filipo estaba completamente vengado, le hizo las mas magníficas ofrendas, y á los hombres alli destinados los mas ricos presentes. Esto es lo que en cuanto á los oráculos refieren los mas de los historiadores; y se dice que el mismo Alejandro en una carta á su madre le significó haberle sido hechos ciertos vaticinios arcanos, los que á ella sola revelaria á su vuelta. Algunos han escrito que queriendo el profeta saludarle en Griego con cierto cariño diciéndole, hijo mio; se equivocó por barbarismo en una letra, poniendo una *s* por una *n*; y que á Alejandro le fue muy grato este error, por cuanto se dió motivo á que pareciera le habia llamado hijo de Júpiter, porque esto era lo que resultaba de la equivocacion.[1] Dícese asimismo que habiendo oido

1. Si el profeta hubiera empleado la voz *paidion* acabada en *n*, le hubiera llamado á Alejandro hijito: pero empleó la voz *pai-dios* acabada en *s*, que es hijo de Júpiter.

en el Egipto al filósofo Psamon, lo que principalmente coligió de sus discursos fue que todos los hombres son regidos por Dios, á causa de que la parte que en cada uno manda é impera, es divina; y que él todavía opinaba mas filosóficamente acerca de estas cosas, diciendo que Dios es padre comun de todos los hombres; pero adopta especialmente por hijos suyos á los buenos.

En general con los bárbaros se mostraba arrogante, y como quien estaba muy persuadido de su generacion y origen divino; pero con los Griegos se iba con mas tiento en divinizarse: solo una vez escribiendo á los Atenienses acerca de Samos les dijo: no soy yo quien os entregó esta ciudad libre y gloriosa; sino que la teneis, habiéndola recibido del que entonces se decia mi señor y padre; queriendo indicar á Filipo. En una ocasion habiendo venido al suelo herido de un golpe de saeta, y sintiendo demasiado el dolor: esto que corre, amigos, dijo, es sangre, y no licor sutil,

Como el que fluye de los almos dioses;

y otra vez, como habiendo dado un gran trueno, se hubiesen asustado todos, el sofista Anaxarco, que se hallaba presente, le preguntó: ¿y tú, hijo de Júpiter, no haces algo de esto? y él riéndose: no quiero, le dijo, infundir terror á mis amigos, como me lo propones tú, el que desdeñas mi cena, porque ves en las mesas pescados, y no cabezas de Sátrapas. Y era asi la verdad, que Anaxarco, segun se cuenta, habiendo enviado el Rey á Hefestion unos peces, prorumpió en la frase que se deja expresada, como teniendo en poco y escarneciendo á los que con grandes trabajos y peligros van en pos de las cosas brillantes, sin que por eso en el goce de los placeres y de las comodidades excedan á los demas ni en lo mas mínimo. Se ve pues por lo que dejamos dicho que Alejandro dentro de sí mismo no fue seducido

ni se engrió con la idea de su origen divino; sino que solamente quiso subyugar con la opinion de él á los demas.

Vuelto del Egipto á la Fenicia, hizo sacrificios y procesiones á los dioses, y certámenes de coros de música y baile y de tragedias, que fueron brillantes, no solo por la magnificencia con que se hicieron, sino tambien por el concurso: porque condujeron estos coros los reyes de Chipre, al modo que en Atenas aquellos á quienes cabe la suerte en sus tribus, y contendieron con maravilloso empeño unos con otros: sin embargo la contienda mas ardiente fue la de Nicocreon de Salamina y Pasicrates de Solos: porque á estos les tocó presidir á los actores mas célebres, Pasicrates á Atenodoro, y Nicocreon á Tésalo, por quien estaba el mismo Alejandro. Con todo se abstuvo de manifestar su pasion hasta que los votos declararon vencedor á Atenodoro: mas entonces al retirarse dijo, segun parece, que alababa la imparcialidad de los jueces; pero que habria dado de buena gana parte de su reino por no haber visto vencido á Tésalo. Fue mas adelante multado Atenodoro por los Atenienses con motivo de no haberse presentado al combate de las fiestas Bacanales; y como hubiese suplicado al Rey escribiese en su favor, esto no tuvo á bien ejecutarlo; pero de su erario le pagó la multa. Representaba en el teatro Licon Escarfeo mereciendo aplauso; y habiendo intercalado con los de la comedia un verso que contenia la peticion de diez talentos, se echó á reir y se los dió. Envióle Darío una carta y personages de su corte que intercediesen con él, para que recibiendo diez mil talentos por los cautivos, conservando todo el terreno de la parte acá del Eufrates, y tomando en matrimonio una de sus hijas, hubiese entre ambos amistad y alianza; lo que consultó con sus amigos; y habiéndole dicho Parmenion: pues yo si fuera Alejandro admitiria este

partido: yo tambien, le respondió, si fuera Parmenion; pero á Darío le escribió que seria tratado con la mayor humanidad si viniese á él; mas si no venia, que iba al momento á marchar en su busca.

Mas á poco tuvo motivo de disgusto, por haber muerto de parto la muger de Darío: dando bien claras pruebas del sentimiento que le causaba el que se le quitase la ocasion de manifestar su buen corazon. Hizo pues que se le diera sepultura, sin excusar nada de lo que pudiera contribuir á la magnificencia y al decoro. En esto uno de los Eunucos de la cámara, que habia sido cautivado con la Reina y demas mugeres, llamado Tireo, marcha corriendo en posta del campamento, y llegado ante Darío le refiere la muerte de su esposa. Despues de haberse lastimado la cabeza y desahogádose con el llanto: ¡estamos buenos, exclamó, con el Genio de la Persia, si la muger y hermana del Rey no solo ha vivido en la servidumbre, sino que ha sido tambien privada de un entierro regio! á lo que replicando el camarero; por lo que hace al entierro, dijo, ó Rey, y á todo honor y respeto, no tienes en qué culpar al Genio malo de la Persia: porque mientras vivió mi amada Estatira, ni á la misma, ni á tu madre, ni á tus hijos les faltó nada de los bienes y honores que les eran debidos, á excepcion del de ver tu luz, que otra vez volverá á hacer que resplandezca el supremo Oromasdes; ni despues de muerta aquella ha dejado de participar de todo decoro, siendo honrada con las lágrimas de los enemigos: porque Alejandro es tan benigno en la victoria como terrible en el combate. Al oir Darío esta relacion, la turbacion y el amor lo condujeron á infundadas sospechas; é introduciendo al Eunuco á lo mas retirado de su tienda: si es que tú, le dijo, no te has hecho tambien Macedonio con la fortuna de los Persas, y todavía soy tu amo Darío, dime, reverenciando la resplande-

ciente luz de Mitra y la diestra del Rey, si acaso son ligeros los males que lloro de Estatira, en comparacion de otros mas terribles que me hayan acaecido mientras vivia; por haber caido en manos de un enemigo cruel é inhumano? ¿porque qué motivo decente puede haber para que un joven llegue hasta ese exceso de honor con la muger de un enemigo? Todavía no habia concluido, cuando arrojándose á sus pies Tireo, empezó á rogarle que mirara bien lo que decia, y no calumniara á Alejandro, ni cubriera de ignominia á su hermana y muger muerta, quitándose á sí mismo el mayor consuelo en sus grandes infortunios, que era el que pareciese haber sido vencido por un hombre superior á la humana naturaleza; sino que mas bien admirara en Alejandro el haber dado mayores muestras de continencia y moderacion con las mugeres de los Persas, que de valor con sus maridos. Continuaba el camarero profiriendo terribles juramentos en confirmacion de lo que habia dicho, y celebrando la moderacion y grandeza de ánimo de Alejandro, cuando saliendo Darío adonde estaban sus amigos, y levantando las manos al cielo: dioses patrios, exclamó, tutelares del reino, dadme ante todas cosas el que vuelva á ver en pie la fortuna de los Persas, y que la deje fortalecida con los bienes que la recibí, para que vencedor, pueda retornar á Alejandro los favores que en mi adversidad ha dispensado á los objetos que me son mas caros; y si es que se acerca el tiempo que la venganza del cielo tiene prefinido para el trastorno de las cosas de Persia, que ninguno otro hombre que Alejandro se siente en el trono de Ciro. Los mas de los historiadores convienen en que estas cosas sucedieron y se dijeron como aqui van referidas.

Alejandro, despues de haber puesto á su obediencia todo el pais de la parte acá del Eufrates, movió contra Darío, que bajaba con un millon de comba-

tientes. Refirióle uno de sus amigos una ocurrencia digna de risa, y fue que los asistentes y bagageros del ejército por juego se habian dividido en dos bandos, cada uno de los cuales tenia su caudillo y General, al que los unos llamaban Alejandro, y los otros Darío. Empezaron á combatirse de lejos tirándose terrones unos á otros; despues vinieron á las puñadas, y acalorada la contienda, llegaron hasta las piedras y los palos, habiendo costado mucho trabajo el separarlos. Enterado de ello, mandó que los caudillos se batieran en duelo, armando él por sí mismo á Alejandro, y Filotas á Darío; y el ejército fue espectador de aquel desafio, tomando lo que en él sucediese por agüero del futuro éxito de la guerra. Fue reñida la pelea, en la que venció el que se llamaba Alejandro, y recibió por premio doce aldeas, y poder usar de la estola Persiana: asi es como Erastótenes nos lo ha dejado escrito; pero la grande batalla contra Darío no fue en Arbelas como dicen muchos, sino en Gaugamelos: nombre que en el dialecto Persa dicen significa la casa del Camello, á causa de que en lo antiguo un Rey, huyendo de los enemigos en un dromedario, le edificó alli casa, señalando algunas aldeas y ciertas rentas para su cuidado. La luna del mes boedromion padeció eclipse al principio de los misterios que se celebran en Atenas; y en la noche undécima, despues del eclipse, estando ambos ejércitos á la vista, Darío tuvo sus tropas sobre las armas, recorriendo con antorchas las filas; pero Alejandro, mientras descansaban los Macedonios, pasó la noche delante de su pabellon con el agorero Aristandro, haciendo ciertas ceremonias arcanas, y sacrificando al miedo. Los mas ancianos de sus amigos, y con especialidad Parmenion, viendo todo el pais que media entre el Nifates y los montes de Gordiena iluminado con las hachas de los bárbaros, y que desde el campamento se difun-

dia y resonaba una voz confusa con turbacion y miedo como de un inmenso piélago, admirados de semejante muchedumbre, y diciéndose unos á otros que habia de ser grande empresa el acometer al descubierto y repeler tan furiosa tormenta, se dirigieron al Rey concluido que hubo los sacrificios, y le propusieron que se acometiera de noche á los enemigos, y se ocultara entre las sombras lo terrible del combate en que iban á entrar. Mas él diciendo aquella tan celebrada sentencia: yo no hurto la victoria, á unos les pareció que habia dado una respuesta pueril y vana, tratando de burlería tan grave peligro; pero otros creyeron que habia hecho bien en manifestar confianza en lo presente, y acertado para lo futuro en no dar ocasion á Darío, si fuere vencido, para querer todavía hacer otra prueba, achacando esta derrota á la noche y á las tinieblas, como la primera á los montes, á los desfiladeros y al mar: porque Darío con tan inmensas fuerzas no desistiria de combatir por falta de armas ó de hombres, sino cuando perdiera el ánimo y la esperanza, convencido de haber sido deshecho en batalla dada á vista de todo el mundo de poder á poder.

Dícese que encerrándose en su pabellon luego que estos se retiraron, durmió con un profundo sueño la parte que restaba de la noche, fuera de su costumbre: en términos que se maravillaron los Gefes, habiendo ido á hablarle de madrugada; y tuvieron que dar por sí la primera orden, que fue la de que los soldados comieran los ranchos. Despues, cuando ya el tiempo estrechaba, entró Parmenion, y poniéndose al lado de la cama, le fue preciso llamarle dos ó tres veces por su nombre: despertóse, y preguntándole este en qué consistia que durmiese el sueño de un vencedor, cuando no faltaba nada para entrar en el mas reñido de todos los combates, se añade haberle respondido sonriéndose: ¿pues te pa-

rece que no hemos vencido ya, libres de tener que andar errantes en persecucion de Darío, que nos hacia la guerra huyendo por un pais extenso y gastado? Y no solo antes de la batalla, sino que en medio del peligro se mostró grande é inalterable para tomar disposiciones y dar pruebas de confianza: porque aquella accion tuvo momentos de flaqueza y de algun desorden en la ala izquierda mandada por Parmenion, por haber cargado la caballería Bactriana con gran ímpetu y violencia á los Macedonios, y haber enviado Maceo otra division de caballería fuera de la línea de batalla para acometer á los que guardaban los equipages. Asi es que turbado Parmenion con estos dos incidentes, envió ayudantes que informaran á Alejandro de que iban á perderse el campamento y el bagage, si sin dilacion alguna no enviaba desde vanguardia un considerable refuerzo á los de reserva; y esto fue en el momento en que justamente estaba dando á los que por sí mandaba la orden y señal de embestir. Luego que se enteró del aviso de Parmenion, dijo que sin duda estaba lelo y fuera de su acuerdo, pues con la turbacion no reparaba que si vencian, serian dueños de cuanto tenian los enemigos; y si eran vencidos, no estarian para pensar en caudales ni en esclavos, sino en morir peleando denodada y valerosamente; y esto mismo fue la respuesta que mandó á Parmenion. Calóse entonces el casco, porque ya antes habia tomado en su tienda el resto del armamento, que consistia en una ropa á la Siciliana ceñida, y encima una sobrevesta de lino doble, de los despojos tomados en Iso. El casco era de acero, pero resplandecia como la mas bruñida plata, obra de Teofilo. Guardaba conformidad con él un collar asimismo de acero guarnecido con piedras. La espada era admirada por el temple y la ligereza, dádiva que le habia hecho el Rey de los Citienses; y se la habia ceñido, porque ordina-

riamente usaba de la espada en las batallas. El broche de la cota era de un trabajo y de un primor muy superior al resto de la armadura: porque era obra de Helicon el mayor y obsequio de la ciudad de Rodas que le habia hecho aquel presente: solia tambien llevarle en los combates. Mientras que anduvo disponiendo la formacion, ó dando órdenes, ó comunicando instrucciones ó haciendo reconocimientos, tuvo otro caballo, no queriendo cansar á Bucéfalo, que estaba viejo; pero cuando ya se iba á entrar en la accion, le trajeron este; y en el momento mismo de montarle habia principiado el combate.

Entonces habiendo hablado con alguna detencion á los Tesalianos y á los demas Griegos, luego que estos le dieron ánimo gritando que los llevara contra los bárbaros, pasó la lanza á la mano izquierda, y tendiéndo la diestra, invocaba á los dioses, pidiéndoles, segun dice Calistenes, que si verdaderamente era hijo de Júpiter, defendieran y protegieran á los Griegos. El agorero Aristandro que le acompañaba á caballo, llevando una especie de alba y una corona de oro, les mostró una águila, que puesta sobre la cabeza de Alejandro se encaminaba recta á los enemigos; lo que infundió grande aliento á los que la vieron, y con este motivo exhortándose unos á otros, la falange aceleró el paso para seguir á la caballería, que de carrera marchaba al combate. Antes de trabarse este entre los de la primera línea ciaron los bárbaros, y se les perseguia con ardor, procurando Alejandro impeler los vencidos hácia el centro, donde se hallaba Darío; porque le habia visto de lejos, haciéndose observar por entre los de vanguardia colocado en el fondo de la tropa real, de bella presencia y estatura, conducido en un carro alto, y defendido por numerosa y brillante caballería, muy bien distribuida al rededor del carro, y dispuesta á recibir ásperamente á los enemigos; pero pareciéndoles

Alejandro terrible de cerca, é impeliendo este los fugitivos sobre los que se mantenian en su puesto, llenó de terror y dispersó á la mayor parte. Los esforzados y valientes, muriendo al lado del Rey, y cayendo unos sobre otros, eran estorbo para el alcance, aferrándose aun en esta disposicion á los hombres y á los caballos. Darío, viendo ante sus ojos toda especie de peligros, y que venian sobre él todas las tropas que tenia delante, como no le fuese fácil hacer cejar ó salir por algun lado el carro, sino que las ruedas estaban atascadas con tantos caidos, y los caballos, detenidos y casi cubiertos con tal muchedumbre de cadáveres, tenian en agitacion y despedian al que los gobernaba, abandonó el carro y las armas, y montando, segun dicen, en una yegua recien parida, dió á huir; y es probable que no habria escapado, á no haber venido otros ayudantes de parte de Parmenion implorando el auxilio de Alejandro, por mantenerse allí todavía considerables fuerzas y no acabar de ceder los enemigos. Generalmente se tacha á Parmenion de haber andado desidioso é inactivo en esta batalla, bien fuera porque la edad le hubiese disminuido los brios, ó bien porque, como dice Calistenes, le causase disgusto y envidia el alto grado de violencia y entonamiento á que habia llegado el poder de Alejandro; el cual aunque se incomodó con aquella llamada, no manifestó lo cierto á los soldados, sino que como si se contuviera de la matanza por ser ya de noche, hizo la señal de retirada; y marchando adonde se decia que habia riesgo, recibió aviso en el camino de que enteramente habian sido vencidos y huian los enemigos.

Habiendo tenido este éxito aquella batalla, parecia estar del todo destruido el imperio de los Persas; y aclamado Alejandro Rey del Asia, sacrificó espléndidamente á los dioses; y á sus amigos les repartió haciendas, casas y gobiernos. Escribió ademas

con cierta ambicion á los Griegos, que se destruyeran todas las tiranías, y se gobernára cada pueblo por sus propias leyes; y en particular dió orden á los Plateenses para que restablecieran su ciudad, pues que sus padres habian dado territorio á los Griegos en el que peleasen por la libertad comun. Envió asimismo á los de Crotona en Italia parte de los despojos, para honrar con ellos la buena voluntad y la virtud del atleta Faulo, que en la guerra Pérsica, cuando todos los demas de Italia daban por perdidos á los Griegos, marchó á Salamina con una nave armada que tenia propia para tomar parte en aquellos peligros. ¡Tan inclinado era á toda virtud! ¡y hasta tal punto conservaba la memoria de las acciones loables, y las miraba como hechas en su bien!

Recorriendo la provincia de Babilonia, que ya toda le estaba sujeta, lo que mas le maravilló fue la sima que hay en Ecbatana de fuego perenne, como si fuera una fuente, y el raudal de nafta que viene á formar un estanque no lejos de la sima. Parécese la nafta en las mas de sus calidades al betun, y tiene tal atraccion con el fuego que antes de tocarle la llama, con la mas mínima parte que le llegue del resplandor, inflama muchas veces el aire contiguo. Para hacer pues los bárbaros ver al Rey su fuerza y su virtud no derramaron mas que unas gotitas de esta materia por el corredor que conducia al baño, y despues desde lejos alargaron las hachas con que le alumbraban, porque ya era de noche, hácia los puntos que se habian rociado; é inflamados los primeros, la propagacion no tuvo tiempo sensible, sino que como el pensamiento pasó el fuego de uno al otro extremo, quedando inflamado todo el corredor. Hallábase en el servicio de Alejandro un Ateniense llamado Atenofanes, destinado con otros al ministerio de ungirle y bañarle, y tambien al de procurarle desahogo y diversion. Este pues como á la sazon

estuviese en el baño un mozuelo del todo despreciable y ridículo por su figura, pero que cantaba con gracia, llamado Estefano, ¿quereis, le dijo, ó Rey, que hagamos en Estefano experiencia de este betun? porque si con tocarle no se apaga, es preciso confesar que su virtud es insuperable y terrible. Prestábase tambien el mozuelo de buena gana al experimento; y en el momento de untarle y tocarle, levantó su cuerpo tal llamarada, y se encendió todo de manera que Alejandro se vió en el mayor conflicto, y concibió temor; y á no ser que por fortuna se tuvieron á mano muchas vasijas de agua para el baño, un auxilio mas tardío no hubiera alcanzado á que no se abrasase; aun asi se apagó con mucha dificultad el fuego que ya se habia extendido por todo el cuerpo, y de resultas quedó bien maltratado. Con razon pues acomodando algunos la fábula á la verdad dicen haber sido este el ingrediente con que untó Medea la corona y la ropa de que se habla en las tragedias: porqne no ardieron estas por sí mismas, ni se encendió aquel fuego sin causa; sino que habiéndose puesto cerca alguna luz tuvo lugar una atraccion é inflamacion repentina, imperceptible á los sentidos. Porque los rayos y emanaciones del fuego que parten de cierta distancia, sobre algunos cuerpos no derraman mas que luz y calor; pero en otros, que tienen una sequedad espirituosa, ó una humedad grasienta y no disipable, amontonándose y acumulando fuego en ellos, producen mudanza y destruccion en su materia. Ofrecia pues dificultad el concebir la formacion de la nafta: si es solo un betun líquido que se considere como depositado alli, ó si es un humor encendido que mana de una tierra grasienta por sí, y como si dijésemos pirogena. Porque la de Babilonia es de suyo sumamente fogosa, tanto que muchas veces levanta y hace saltar las pajas que hay por el suelo, como si aquel lugar por demasiado ardor

tuviera pulsos [1]: de modo que los naturales en el tiempo del calor duermen sobre odres llenos de agua. Harpalo, que quedó por administrador del pais, y que se propuso adornar las plazas de palacio y los paseos con árboles y plantas griegas, las demas hizo que se diesen en aquella region, y solo no lo consiguió con la yedra, que siempre se secó, por no poder llevar aquella temperatura, que es muy cálida, cuando ella es planta de terrenos frios. Esperamos que estas digresiones no incurriran en la reprension, aun de los mas delicados, siempre que guarden cierta medida.

Hecho dueño Alejandro de Susa, ocupó en el palacio cuarenta mil talentos en moneda acuñada, y en lo demas preciosidades y riquezas incalculables. Dícese que solo en púrpura de Herminoe se encontraron cinco mil talentos, la cual con estar alli guardada ciento y noventa años habia, se conservaba fresca y brillante, como si acabara de ponerse; atribuyéndose esto á que el tinte del color purpúreo se daba con miel, y el color blanco con aceite blanco: porque se veian otros paños que teniendo el mismo tiempo conservaban todo su lustre y toda la viveza de colores. Refiere Dinon que los reyes de Persia hacian llevar hasta agua del Nilo y del Istro, y depositarla en el tesoro con las demas cosas que le componian, para hacer asi patente la grandeza de su imperio, y que dominaban la tierra.

Como la entrada en Persia fuese dificil por la aspereza del terreno, y estuviese defendida por los mas alentados y fieles de sus naturales, pues Darío se habia acogido á ella, tuvo por guia, para dar cierto rodeo, que no fue tampoco muy largo, á un hom-

1 Véase como observaron los antiguos este fenómeno de la electricidad, y sospecharon algo sobre la causa; pero nada mas que sospechar.

bre instruido en ambas lenguas; por cuanto su padre era Licio y su madre Persiana. Dícese que siendo todavía niño Alejandro la Pitia profetizó que un Licio le serviria de guia en su expedicion contra los Persas. Fue grande la mortandad que se dice haber tenido alli lugar de los que cayeron cautivos; porque escribe el mismo que creyendo hallar en esto ventaja habia dado orden de que se diera muerte á los enemigos; que en dinero encontró tanta cantidad como en Susa, y todos los demas efectos y riquezas fueron carga de diez mil yuntas de mulas y de cinco mil camellos. Habiendo visto una estatua colosal de Jerges, derribada sin reparar al suelo por la multitud que habia penetrado al palacio, se paró, y saludándola como si estuviese animada: ¿á qué me determinaré, le dijo, á dejarte en tierra por tu expedicion contra los Griegos, ó á levantarte por tu grandeza de ánimo y otras virtudes? y al cabo, habiendo estado por un rato pensando entre sí, pasó de largo sin hablar mas palabra. Queriendo que el ejército se repusiese, pues era entonces la estacion de invierno, se detuvo alli cuatro meses; y se dice que estando sentado por la primera vez en el trono regio bajo un dosel de oro, Demarato de Corinto, hombre que le amaba, continuándole la amistad que habia tenido con su padre, se echó á llorar, como sucede á los ancianos, y exclamó en esta forma: ¡de qué placer tan grande se han privado aquellos Griegos que han muerto antes de haber visto á Alejandro sentado en el trono de Darío!

De alli á poco, estando ya para mover contra Darío, sucedió que condescendiendo con sus amigos en un banquete y francachela, llegó hasta el punto de permitir que concurriesen mugerzuelas á comer y beber con sus amantes. Sobresalia entre estas Tais, amiga de Tolomeo, que mas adelante vino á ser Rey, natural del Atica; la cual ya celebrando cuidadosa-

mente las dotes de Alejandro, y ya haciéndole graciosas añagazas, con el calor de la bebida llegó á pronunciar una expresion, que si bien no desdecia de las costumbres de su patria, parecia sin embargo que no podia provenir de ella. Porque dijo que en aquel dia recibia la recompensa de cuanto habia padecido en sus marchas y peregrinaciones por el Asia, pudiendo tratar con el último desprecio á la orgullosa corte de los Persas; y que su mayor gusto seria quemar en medio de aquel regocijo el palacio de Jerges, que habia incendiado á Atenas, siendo ella quien le diera fuego en presencia del Rey, para que corriera por todas partes la voz de que mayor venganza habian tomado de los Persas en nombre de la Grecia unas mugerzuelas, que tantas tropas de mar y de tierra y tantos Generales con el mismo Alejandro. Dicho esto, se levantó al punto grande algazara y aplauso, exhortándola y acalorándola sus amigos, tanto que inflamado el Rey se levantó y echó á andar el primero, poniéndose una corona y tomando una antorcha. Siguiéronle todos los del festin con gritería y estruendo, distribuyéndose al rededor del palacio; y los demas Macedonios que lo entendieron acudieron tambien con antorchas sumamente contentos; porque echaban la cuenta de que el abrasar y destruir el palacio era de un hombre que volvia los ojos hácia su domicilio, y no tenia pensamiento de habitar en aquel pais bárbaro. Unos dicen que por este término se dispuso aquel incendio, y otros que muy de propósito é intento; mas en lo que convienen todos es en que se arrepintió muy en breve, y dió orden para que se apagase.

Siendo por naturaleza dadivoso, creció en él la liberalidad á proporcion que creció su poder; y aquella iba siempre acompañada de afabilidad y benevolencia, que es como los beneficios inspiran una verdadera gratitud. Haremos memoria de algunas de sus

dádivas. Ariston, General de los Pèones, habia dado muerte á un enemigo; y mostrándole la cabeza: entre nosotros, ó Rey, le dijo, este presente se recompensa con vaso de oro; y Alejandro sonriéndose, vacío, le contestó, y yo te lo doy lleno de buen vino, bebiendo antes á tu salud. Guiaba uno de tantos Macedonios una acémila cargada con oro del que se habia ocupado al Rey; y como esta se cansase, tomó él la carga y la llevaba á cuestas. Vióle Alejandro sumamente fatigado, y enterado de lo que era, cuando iba á dejarla caer, no hagas tal, le dijo, sino sigue tu camino llevándola hasta tu tienda para tí. En general mas se incomodaba con los que no recibian sus beneficios, que con los que le pedian; y á Focion le escribió una carta, en que le decia que no le tendria en adelante por amigo si desechaba sus favores. A Serapion, uno de los mozos que jugaban con él á la pelota, no le dió nunca nada, porque no pedia; y en una ocasion, puesto este en el juego, alargaba la pelota á los demas; y diciéndole el Rey ¿y á mi no me la alargas? si no la pides, le respondió; con lo que se echó á reir, y le hizo un gran regalo. Pareció que se habia enojado con Protea, uno de los decidores y bufones, que no carecia de gracia: rogábanle por él los amigos, y el mismo Protea se presentó llorando, y les dijo que estaba aplacado; mas como este repusiese, ¿y no empezaras, ó Rey, á darme de ello alguna prenda? mandó que le dieran cinco talentos. Cuanta hubiese sido su profusion en repartir dones y gracias á sus amigos y á los de su guardia lo manifestó Olimpiada en una carta que le escribió. De otro modo le decia seria de aprobar que hicieses bien á tus amigos, y que te portases con esplendor; pero ahora haciéndolos otros tantos reyes, á ellos les proporcionas que tengan amigos, y á tí el quedarte solo. Escribíale frecuentemente Olimpiada por este mismo término, y estas cartas tenia cui-

dado de reservarlas; solo una vez, leyendo juntamente con él Hefestion, pues solia tener esta confianza, una de estas cartas que acababa de abrir, no se lo prihibió, sino que se quitó el anillo, y le puso á aquel el sello en la boca. Al hijo de Maceo, aquel que gozaba de la mayor privanza con Darío, teniendo una satrapía, le dió con ella otra mayor; mas este la rehusó diciendo: antes, ó Rey, no habia mas de un Darío; pero tú ahora has hecho muchos Alejandros. A Parmenion pues le dió la casa de Bagoas, en la que se dice haberse encontrado en muebles de Susa hasta mil talentos. Escribió á Antipatro que se rodeara de guardias, pues habia quien le armaba asechanzas. A la madre le dió y envió muchos presentes; pero nunca le permitió mezclarse en el gobierno ni en las cosas del ejército; y siendo de ella reprendido, llevó blandamente la dureza de su genio; y una vez habiendo leido una larga carta de Antipatro, en que trataba de ponerle mal con ella: no sabe Antipatro, dijo, que una sola lágrima de una madre borra miles de cartas.

Habiendo visto que cuantos tenia á su lado se habian entregado enteramente al lujo y al regalo, haciendo excesivos gastos en todo lo relativo á sus personas, tanto que Agnon de Teyo llevaba clavos de plata en los zapatos; Leonato se hacia traer del Egipto con camellos muchas cargas de polvo para los gimnasios; Filotas habia hecho para la caza toldos que se extendian hasta cien estadios; y que eran mas los que para ungirse y para el baño usaban de mirra que de aceite, llegando hasta el extremo de tener mozos únicamente destinados á que les rascasen y conciliasen el sueño, los reprendió suave y filosóficamente, diciendo maravillarse de que hombres que habian sostenido tantos y tan reñidos combates, se hubieran olvidado de que duermen con mas gusto los que trabajan, que los que estan ociosos; y de que no vie-

ran, comparando su método de vida con el de los Persas, que el darse al regalo es lo mas servil y abatido; y el trabajar lo mas regio, y mas propio de los que han de mandar: fuera de que ¿cómo cuidará por sí un caballo ó acicalará la lanza y el morrion, el que rehusa poner mano en la cosa mas preciada que tiene, que es su propio cuerpo? ¿no sabeis que el fin que en vencer nos proponemos es el no hacer lo que hacen los vencidos? Tomó pues desde entonces con mas empeño el atarearse y darse malos ratos en la milicia y en la caza: de manera que un embajador de Lacedemonia, que se halló presente cuando dió fin de un terrible leon, muy bien, ó Alejandro, le dijo, lidiar con un leon sobre el reino. Esta cacería la dedicó Cratero en Delfos, haciendo esculpir en bronce la imagen del leon, las de los perros, la del Rey en actitud de haber postrado al leon, y la del mismo Cratero que le asistia; de las cuales unas fueron obra de Lisipo y otras de Leocares.

Alejandro pues, ejercitándose y excitando al mismo tiempo á los demas á la virtud, se exponia á todo riesgo; pero sus amigos, queriendo ya gozar y regalarse por la riqueza y el lujo, llevaban mal las marchas y las expediciones, y poco á poco llegaron hasta murmurar y hablar mal de él. Sufríalo al principio benigna y suavemente, diciendo que era muy de reyes el que se hablara mal de ellos cuando hacian bien. Y en verdad que aun los menores favores que dispensaba á sus amigos eran siempre indicio de lo que los apreciaba y queria honrarlos; de lo que añadiremos algunos ejemplos. Escribió á Peucestas, quejándose de que maltratado por un oso, habia escrito á otros, y á él no se lo habia participado; pero ahora, le decia, dime cómo te hallas, y si es que te abandonaron algunos de los que te acompañaban en la caza, para que lleven su merecido. A Hefestion, que se hallaba ausente con motivo de ciertas comi-

siones, le escribió que estando entreteniéndose con un Igneumon, Cratero habia caido sobre la lanza de Perdicas, y se habia lastimado los muslos. Habiendo sanado Peucestas de cierta enfermedad, escribió al médico Alexipo, dándole las gracias. Hallábase Cratero enfermo, y habiendo tenido una vision entre sueños, hizo sacrificios por él, y le mandó que los hiciese. Al médico Pausanias, que queria dar eléboro á Cratero, le escribió, ya oponiéndose y ya dándole reglas sobre el modo de administrar aquella medicina. A los primeros que le dieron parte de la desercion y fuga de Harpalo, que fueron Efialtes y Ciso, los hizo aprisionar, como que le levantaban una calumnia. Empezó á dar licencia para retirarse á su casa á los inválidos y ancianos; y habiéndose Euruloco de Egea puesto á sí mismo en la lista de los enfermos, como despues se descubriese que ningun mal tenia, y confesase que amaba á Telesipa, y se habia propuesto acompañarla en su regreso por mar, preguntó qué clase de muger era esta; y habiéndole informado que era una cortesana de condicion libre, pues me tendrás, ó Euruloco, le dijo, por amador contigo: mira si podremos persuadirla con dones ó con palabras, puesto que es muger libre.

Es ciertamente de admirar que tuviese tiempo para escribir las cartas que escribió en obsequio de los amigos: como por ejemplo, cuando un mozo de Seleuco se escapó á la Cilicia, dando orden de que le buscasen; tributando alabanzas á Peucestas, por haber recogido á Nicon, esclavo de Cratero; y prescribiendo á Megabizo, con motivo de habérsele huido un esclavo al templo, que si podia lo aprehendiese fuera, procurando atraerle; pero en el templo no le tocara. Dícese que al principio cuando juzgaba las causas capitales se tapaba con la mano el un oido mientras hablaba el acusador, á fin de conservar el otro para el reo puro y libre de toda preven-

cion; pero mas adelante lo exasperaron las muchas calumnias, que envueltas con verdades conciliaban crédito á la mentira. Lo que sobre todo le sacaba de tino, y le hacia duro é inexorable, era el que se le desacreditase: como que era hombre que preferia la gloria á la vida y al reino. Marchó entonces contra Darío para combatir segunda vez; pero habiendo llegado á sus oidos que Beso le habia apresado, licenció á los Tesalianos, añadiendo á sus soldados dos mil talentos de regalo. Con la marcha y persecucion, que fue penosa y larga, habiendo andado á caballo en once dias tres mil y trescientos estadios, llegaron á flaquear y desalentarse la mayor parte, principalmente por la falta de agua. Alli se encontró con algunos Macedonios que en acémilas llevaban odres llenos de ella, y viéndole estos mortificado de la sed, porque venia á ser entonces la hora del medio dia, llenaron sin dilacion el morrion, y se le presentaron; mas habiendo preguntado para quiénes conducian aquella agua, como respondiesen: » para nuestros propios hijos; pero viviendo tú otros » tendremos si perdiéremos estos;" al oirlo tomó el morrion en las manos; pero volviendo la vista, y observando que los soldados de á caballo que le acompañaban, todos tenian inclinada la cabeza y fijos los ojos en la bebida, volvió á entregar el morrion sin haber bebido, y dándoles las gracias les dijo: si yo solo bebiere, estos desfallecerán todavía mas; y ellos, viendo su templanza y su grandeza de ánimo, gritaron que los condujese con toda confianza, y aguijaron los caballos: porque ni se cansarian, ni tendrian sed, ni se acordarian que eran mortales mientras tuviesen un Rey como él.

La decision en todos era igual, y se dice que sin embargo solo fueron unos sesenta los que pudieron llegar hasta el campamento de los enemigos; en el que no hicieron cuenta del mucho oro y mucha

plata que estaban amontonados, pasando tambien de largo por muchos carros de niños y de mugeres que andaban errantes sin conductor; sino que fueron siempre en persecucion de los primeros, porque entre ellos habia de estar Darío. Encontrósele con dificultad, traspasado el cuerpo de dardos, tendido en un carro, y muy próximo á fallecer: con todo pidió agua, y habiendo bebido agua fria, dijo á Polistrato que se la habia dado: »este es, amigo, el »último término de mi desgracia, recibir beneficios, »y no poder pagarlos; pero Alejandro te lo pre»miará; y los Dioses á Alejandro el trato lleno de »bondad que mi madre, mi muger y mis hijos re»cibieron de él, á quien por tu medio doy esta »diestra;" y al decir esto, asido de la mano de Polistrato, espiró. Cuando llegó Alejandro, se echó de ver cuanto lo sentia; y quitándose su manto le arrojó sobre el cadáver, y lo envolvió en él. Mas adelante, habiendo podido aprehender á Beso, le hizo pedazos, de este modo: doblando hácia adentro dos árboles derechos, hizo atar á cada uno un muslo, y despues dejándolos libres, con la fuerza con que se enderezaron cada uno se llevó su parte; pero por entonces el cadaver de Darío, adornado como á la dignidad real correspondia, lo remitió á la madre; y al hermano de aquel Oxatres lo admitió en el número de sus amigos.

Bajó despues á la Hircania con lo mas florido de sus tropas; y viendo un golfo de mar no menor que el Ponto Euxino, aunque de agua mas dulce que los otros mares, nada pudo averiguar de cierto acerca de él; y lo mas que conjeturó fue que vendria á ser una filtracion de la laguna Meotis. Con todo á los ejercitados en las investigaciones físicas no se les ocultó la verdad; sino que muchos años antes de la expedicion de Alejandro nos dejaron escrito que siendo cuatro los golfos que del mar exterior se entran

en el continente, el mas boreal es este, que se llama mar de Hircania, y tambien mar Caspio. Alli unos bárbaros, que por casualidad se encontraron con los palafreneros que conducian el caballo Bucéfalo de Alejandro, se le robaron, lo que le irritó sobremanera; y habiendo enviado un heraldo, les intimó la amenaza de que los pasaria á todos á cuchillo con sus hijos y sus mugeres sino le volvian el caballo; pero luego que vinieron á restituírsele, haciendo ademas entrega de sus ciudades, los trató á todos con mucha humanidad, y dió el rescate del caballo á los que lo habian robado.

Pasó desde alli á la region Pártica, y deteniéndose en ella, empezó á vestirse la estola, ropage usual de aquellos bárbaros, bien porque quisiese acomodarse á las leyes del pais, por cuanto sirve mucho para ganar los hombres el imitar sus costumbres patrias; ó bien porque se propusiese hacer una tentativa para la adoracion con los Macedonios, á fin de irlos acostumbrando poco á poco á llevar el tránsito y mudanza que pensaba hacer en el método de vida. Con todo no adoptó enteramente el trage de los Medos, que era mas distante del propio y mas extraño: porque no se puso los calzones largos, ni la ropa talar ni la tiara; sino que hizo una mezcla del Persiano y Medo, tomando un vestido medio, no de tanto lujo como este, pero mas brillante que aquel. Al principio no lo usaba sino para recibir á los bárbaros, y en casa con los amigos; pero despues ya lo vieron muchos salir y despachar con él. Espectáculo era este muy desagradable á los Macedonios; pero admirando en lo demas sus virtudes, creian que era preciso contemporizar algun tanto en obsequio de su gloria y de su gusto: pues sobre todo lo demas, habiendo recibido recientemente un flechazo en la pierna, del que cayó al suelo herido en el hueso de la rodilla, y sido lastimado segunda vez de una pedra-

da en el cuello hasta el punto de haber perdido por largo rato la lumbre de los ojos, con todo no dejaba de exponerse sin reserva á los peligros: asi es que habiendo pasado el rio Orexartes, que él creia ser el Tanais, y derrotado á los Escitas, los persiguió cien estadios, sin embargo de estar molestado de diarrea.

Aqui fue donde vino á presentársele la Amazona, segun dicen los mas de los escritores, de cuyo número son Clitarco, Policrito, Onesicrito, Antigenes é Istro; pero Aristóbulo, Cares Teageleo, Tolomeo, Anticlides, Filon Tebano, Filipo Teageleo, y ademas de estos Hecateo Eretrio, Filipo Calcidense y Duris Samio, dicen que todo esto fue una invencion, confirmando al parecer su opinion el mismo Alejandro: porque escribiendo á Antipatro con la mayor puntualidad cuanto ocurria, bien le comunicó que el Escita le habia ofrecido su hija en matrimonio; pero de la Amazona no hizo ninguna mencion. Dícese ademas que leyendo Onesicrito mas adelante á Lisimaco, cuando ya reinaba, el libro cuarto de su historia, donde se refiere lo de la Amazona, Lisimaco se echó á reir, y le preguntó: ¿pues donde estaba yo entonces? pero el que esto se crea ó se deje de creer nada puede influir para que se admire á Alejandro ni mas ni menos.

Temiendo que los Macedonios desmayasen para lo que restaba de la expedicion, ya de antemano habia dejado en cuarteles la mayor parte de las tropas; y teniendo consigo en la Hircania lo mas escogido de ellas, que eran veinte mil infantes y tres mil caballos, se anticipó á decirles que hasta entonces los bárbaros no los habian visto sino como un sueño; y si se retirasen sin haber hecho mas que poner en movimiento el Asia, cargarian al punto sobre ellos como sobre unas mugeres: con todo, que les prevenia podrian marcharse los que quisiesen; protestan-

do empero, cuando adquiria la tierra entera para los Macedonios, sobre verse abandonado con sus amigos, y con los que tenian voluntad de continuar la guerra. Casi con estas mismas palabras se halla escrito en una carta á Antipatro, en la cual se añade que no bien lo hubo pronunciado, cuando todos gritaron que los llevase al punto de la tierra que quisiese. Habiendo salido bien la tentativa con estos, ya no hubo tropiezo en hacer ir adelante á la muchedumbre; y antes bien siguió sin la menor dificultad. En seguida de esto todavía se acercó mas en el modo de vivir á los naturales, aunque juntándolo con las costumbres Macedónicas; por creer que estableceria mejor su imperio con esta mezcla y comunicacion usando de afabilidad, que no con la fuerza, cuando pensaba pasar tan adelante. Por esta misma razon eligió treinta mil jóvenes, y dispuso que aprendieran las letras Griegas, y se ejercitasen en las armas Macedónicas, poniéndoles muchos superintendentes y zeladores. Su enlace con Rojana, bella y en edad nubil, fue efecto del amor, habiéndola visto y prendádose de ella en Coroana[1] en un festin; lo que estando muy en armonía con el método que habia adoptado, dió mas confianza á los bárbaros por el deudo que habia contraido con ellos, é inflamó mas su amor al ver que habiendo usado siempre de moderacion y continencia, la habia llevado entonces hasta el extremo de no querer tocar ni aun á esta muger única que le habia rendido, sin autorizacion de la ley. Alli vió que de sus mayores amigos Hefestion celebraba su sistema, y le imitaba; pero Cratero se mantenia en los usos patrios; y asi es que por medio de aquel

1 En el original dice en cierto tiempo; lo que no cuadra con la sentencia. Lo que se quiso designar parece que fue el lugar donde Rojana fue vista, y este pudo ser el de Coroana, que era una region de la Partia, segun Tolomeo.

despachaba los negocios de los bárbaros, y por medio de este los de los Griegos y Macedonios: finalmente si al uno le amaba mas por este motivo, al otro le estimaba y honraba: pensando y diciendo continuamente que Hefestion era amigo de Alejandro, y Cretero amigo del Rey. De aqui es que teniendo zelos el uno del otro, altercaron muchas veces; y una sola en la India vinieron á las manos, llegando hasta sacar las espadas; y cuando sus respectivos amigos apadrinaban á uno y á otro, presentándose Alejandro á Hefestion, le reprendió abiertamente llamándole arrebatado y loco, si no veia que si alguno le privaba de la sombra de Alejandro, no era nada; y á Cratero le riñó tambien, aunque en particular, ásperamente. Llamólos despues á su presencia, é hizo que se reconciliasen, jurando por Amon y los demas dioses que los amaba sobre todos los hombres; pero si volvia á entender que habia contiendas entre ellos, daria muerte á entrambos, ó á lo menos al que hubiese dado principio á la disension; por lo que en adelante ya no se dice que ni por juego hubiesen hablado ó hecho nada el uno contra el otro.

Filotas, hijo de Parmenion, era el de mayor autoridad y dignidad entre los Macedonios, porque habia dado pruebas de valor y sufrimiento; y en cuanto á dadivoso y amigo de sus amigos ninguno mas que él despues de Alejandro. Dícese que pidiéndole en una ocasion dinero uno de sus amigos, mandó que se le diera; y respondiendo el mayordomo que no tenia, ¿qué dices, le replicó, no tienes tampoco un vaso ó una ropa? Su engreimiento de ánimo, la ostentacion de su riqueza, y el servicio y aparato relativo á su persona eran de mas boato de lo que á un particular correspondia; y entonces, imitando la grandeza y magestad de un Rey con mucho cuidado, pero sin ninguna gracia, en solo lo extravagante y que mas daba en ojos, no le granjeaba

este porte mas que sospechas y envidia; tanto que el padre le dijo en una ocasion: „dame, hijo, el gus- „to de valer menos." Para con Alejandro ya hacia tiempo que habia empezado á caer en descrédito: porque cuando se tomaron tantas riquezas en Damasco, despues de conseguida la victoria contra Darío en la Cilicia, entre los muchos cautivos conducidos al campamento se encontró una joven, natural de Pidna y de bella figura, llamada Antigone. Apropiósela Filotas; y lo que es natural con una nueva amiga, entre el vino y los placeres tuvo confianzas con ella sobre cosas políticas y de la guerra, y atribuyéndose á sí mismo y á su padre los hechos mas señalados, llamaba á Alejandro muchachuelo, y decia que por ellos habia adquirido nombre su reinado. Comunicó Antigone estas conversaciones á uno de sus amigos; y este, como está en el orden, á otro, de manera que llegaron á los oidos de Cratero; quien tomando á la muger consigo, la condujo secretamente ante Alejandro. Luego que este la hubo escuchado, le previno que continuara en la amistad de Filotas, y todo cuanto le oyera viniese y se lo revelara.

Ignoraba Filotas lo que se tramaba contra él, y continuaba su trato con Antigone, permitiéndose, ya por encono y ya por jactancia y vanagloria, palabras y expresiones contumeliosas contra el Rey. Alejandro, aunque se le habian hecho denuncias vehementes contra Filotas, no se daba por entendido ni hacia uso de ellas, ó por demasiada confianza en el amor que Parmenion le tenia, ó por temor de la opinion y del poder del padre y del hijo. Mas en aquella misma sazon un Macedonio llamado Dimno, natural de Calastra, que armaba asechanzas á Alejandro con la mas maligna intencion, como tuviese amores con el joven Nicomaco, le solicitó para que concurriese con él á la ejecucion. No admitió este la propuesta, y dando parte de aquel intento á su hermano Bale-

no, este se dirigió con él á Filotas, rogándole que los presentase á Alejandro, porque tenian que hablarle de cosas muy importantes y muy urgentes; pero Filotas sin saber par qué causa, pues nunca se averiguó, no se prestó á ello, por decir que el Rey estaba ocupado en cosas mayores; lo que les sucedió por dos veces. Entraron con esto en sospechas contra Filotas, y como valiéndose de otro, este los condujese ante Alejandro, habláronle lo primero de lo relativo á Dimno, y despues tocaron ligeramente en lo ocurrido con Filotas, y como dos veces le habian hablado, y las dos veces los habia desatendido; que fue lo que sobremanera irritó á Alejandro. Ocurrió tambien que el que fue enviado contra Dimno, como este se defendiese, le quitó la vida; con lo que todavía se sobresaltó mas Alejandro, por creer que con esto se desvanecian los indicios de la traicion. Como ya no estaba bien con Filotas, con esto cobraron osadía los que de antemano le odiaban, y decian ya sin rebozo que seria grande necedad en el Rey el creer que un hombre de Calastra como Dimno habia de haber tenido por sí semejante arrojo: por tanto que no era sino ejecutor, ó mas bien instrumento manejado por una fuerza superior; por lo que la asechanza se habia de buscar en aquellos á quienes mas importaba que estuviese oculta. Con estos discursos y sospechas abrieron los oidos del Rey para que llegasen á ellos otras diez mil calumnias contra Filotas. Hízole pues prender y le puso en juicio, asistiendo á la cuestion de tormento los amigos de Alejandro, y escuchando él mismo desde afuera sin que mediase mas que una cortina: así se refiere que profiriendo Filotas expresiones de abatimiento y compasion, y dirigiendo ruegos á Hefestion, dijo aquel: pues si tan débil eras y de tan poco valor, ó Filotas, ¿por qué emprendias hechos tan arriesgados? Muerto Filotas, envió inmediatamente á la Media orden de que

se quitara tambien la vida á Parmenion, anciano compañero de Filipo en las mas de sus empresas; de los antiguos amigos de Alejandro el único ó el que mas le habia incitado á la expedicion contra el Asia; y que de tres hijos que tenia en el ejército, de dos habia visto la muerte antes, muriendo con el tercero. Estos hechos hicieron terrible á Alejandro para muchos de sus amigos, y especialmente para Antipatro; el cual negoció reservadamente con los Etolios, comprometiéndose con ellos y ellos con él recíprocamente: porque los Etolios temian á Alejandro por la ruina y mortandad de los Oiniadas: pues al saberla habia dicho Alejandro que no serian los hijos de los Oiniadas, sino él mismo quien tomase venganza.

De alli á breve tiempo ocurrió el lastimoso acontecimiento de Clito: para los que meramente lo oyen, mas cruel que el de Filotas; pero para los que reflexionan sobre el tiempo y la ocasion, efecto mas bien de desgracia del Rey, que de su voluntad y su intencion, siendo la mala suerte de Clito la que en la ira y en la embriaguez proporcionó la causa; y sucedió de esta manera. Llegaron algunos trayendo al Rey por mar frutas de la Grecia; y este maravillado de su frescura y belleza, llamó á Clito con ánimo de mostrárselas y de partir con él. Hallábase Clito haciendo un sacrificio, y dejándolo marchó allá al punto, y tres de las reses, sobre las que habia hecho libacion, le siguieron. Entendió esto el Rey y comunicó el caso con los adivinos Aristandro y Cleomantes de Lacedemonia; los cuales dijeron ser aquella mala señal; y el Rey mandó que inmediatamente se sacrificara por Clito: porque hacia tres dias que él mismo habia tenido entre sueños una vision extraña: pues le habia parecido que veia á Clito sentado con vestido negro entre los hijos de Parmenion, que todos eran muertos. Clito no se habia prevenido con el sacrificio, sino que sin dilacion mar-

chó á cenar con el Rey, que habia sacrificado á los Dióscuros. Bebióse largamente, y se empezaron á cantar los versos de un tal Pranico, ó segun dicen otros de Pierion, compuestos para escarnio y burla de los Generales vencidos poco antes por los bárbaros. Leváronlo á mal los ancianos, y profirieron denuestos contra el poeta y contra el cantor; pero Alejandro le oia con gusto, y mandaba que continuase. Clito ya demasiado caliente con el vino, y que de suyo era pronto é insolente, se incomodó, diciendo no ser del caso que entre bárbaros y enemigos se tratara de afrentar á unos Macedonios, que valian harto mas que los que de ellos se burlaban, aunque hubiesen sido desgraciados. Repuso Alejandro que Clito hacia bien, y sentia con él en llamar desgracia á la cobardía; á lo que puesto ya en pie Clito: » pues esta co» bardía, le dijo, te salvó á tí, descendiente de los » dioses, cuando ya tenias encima la espada de Es» pitridates; y á la sangre de los Macedonios y á » estas heridas debes el haberte elevado á tal altura, » que te das por hijo de Amon, renunciando á Fi» lipo."

Irritado pues Alejandro: ¿te parece, mala cabeza, le dijo, que hablando de mí continuamente de este modo y alborotándome á los Macedonios, te has de ir riendo? ni aun ahora nos reimos, ó Alejandro, le contestó, siendo este el premio que recibimos de nuestros trabajos; sino que tenemos por muy dichosos á los que murieron antes de ver que los Macedonios somos azotados con las varas de los Medos, y buscamos la intercesion de los Persas para acercarnos al Rey. Mientras Clito hablaba con este desenfado, y mientras Alejandro se le oponia y proferia contra él injurias, procuraban los mas ancianos sosegar aquel alboroto; y Alejandro, vuelto entonces á Jenodoco de Cardia y Artemio de Colofon: no os parece, les dijo, que los Griegos se hallan entre

los Macedonios como los semidioses entre las fieras? Pero Clito no cedia, sino que continuaba gritando que Alejandro dijese públicamente qué era lo que queria; y no llamara á su mesa á hombres libres que sabian hablar con franqueza; sino que viviera entre bárbaros y entre esclavos, que adorasen su ceñidor Persiano y su túnica blanca. Entonees Alejandro, no pudiendo ya reprimir la ira, le tiró una de las manzanas que habia en la mesa, y fue á echar mano de la espada; pero Aristofanes, uno de los de la guardia, con prevision la habia retirado; y sin embargo de que los demas le rodeaban y suplicaban, salió, y en lengua Macedonia llamó á los mozos de armas, lo que era indicio de gran rebato, y al trompeta le mandó hacer señal, y porque se detenia y no cumplia lo mandado, le dió una puñada. Despues se reconoció que habia hecho muy bien, y habia sido muy principal causa para que no se pusiera en armas y en confusion todo el campamento. A Clito, que nunca se apaciguaba, le sacaron los amigos no sin gran dificultad del cenador; pero volvió á entrar por otra puerta, recitando con desprecio é insolencia aquellos yambos de Euripides en la Andromaca:

¡Qué injusticia, ay de mí, se hace á la Grecia![1]

Quitó entonces Alejandro un dardo á uno de los de la guardia, y atravesó con él á Clito que acertó á parecer cerca, levantando la cortina que habia delante de la puerta; y dando un suspiro y un quejido, cayó muerto. En aquel mismo punto se acabó

1 Con este verso solo, tomado de la Andromaca de Euripides, no se comprende bien cuanto debieron picar á Alejandro los versos que recitó Clito: porque la sentencia de todos ellos es que injustamente se atribuyen al General todos los hechos de armas de los que sirven á sus órdenes. Plutarco no puso mas que el primer verso, porque el pasage entero era entonces sabido de todos.

en Alejandro la ira, y vuelto en sí, al ver á su lado á todos los amigos sin aliento y sin voz, se apresuró á sacar el dardo del cadaver, yendo á clavárselo en el cuello; pero los de la guardia le cogieron las manos, y á fuerza lo condujeron á su dormitorio.

Pasó toda aquella noche en lamentos; y como al dia siguiente, cansado de gritar y llorar, estuviese callado, dando solamente profundos suspiros, recelando sus amigos de aquel silencio, entraron por fuerza; y á las expresiones de los demas no atendió; pero habiéndole recordado el agorero Aristandro la vision que habia tenido acerca de Clito y la señal de las reses, para darle á entender que lo sucedido habia sido disposicion del hado, pareció que recibia algun alivio; por lo cual introdujeron tambien al filósofo Calistenes, que era deudo de Aristóteles, y á Anaxarco de Abdera. De estos Calistenes se fue introduciendo con dulzura y suavidad, procurando desvanecer con sus razones el disgusto y la pesadumbre; pero Anaxarco, que desde luego habia tomado un camino en la filosofía enteramente nuevo, mirando con cierta altivez y desden á los de su profesion, entró gritando sin otro preludio: ¿este es aquel Alejandro, en quien el orbe tiene ahora fija la vista, y se está tendido haciendo exclamaciones como un miserable esclavo, temiendo el juicio y reprension de los hombres, para quienes correspondia que él fuese la ley y norma de lo justo, si es que venció para imperar y dominar, y no para servir dominado de una gloria vana? ¿no sabes que Júpiter tiene por asesores á la justicia y á Temis, para que todo cuanto es ejecutado por el que manda sea legítimo y justo? Empleando Anaxarco estos y otros semejantes discursos aligeró el pesar del Rey; pero pervirtió su moral, haciéndole mas precipitado y violento; y al paso que él se ganó maravillosamente su ánimo, desquició el valimiento y trato de Calistenes, que ya

no era muy agradable por la severidad de sus principios. Cuéntase que habiendo recaido una vez la conversacion entre cena sobre las estaciones y la temperatura del ambiente, Calistenes adoptó la opinion de los que sostenian que alli hacia mas frio y era mas duro el invierno que en Grecia; y que tomando Anaxarco con empeño la opinion contraria, pues tú, le repuso aquel, es preciso confieses que esta region es mucho mas fria: porque tú pasabas allá el invierno en ropilla, y aqui duermes abrigado con tres cobertores; lo que picó sobremanera á Anaxarco.

Incomodaba asimismo Calistenes á los demas sofistas y aduladores con ser buscado de los jóvenes por su elocuencia, y merecer al mismo tiempo la aprobacion de los ancianos por su tenor de vida, arreglado, decoroso y sobrio, con el que confirmaba el que se suponia pretexto de su viage: pues le daba la importancia de decir que para volver sus ciudadanos á la patria y repoblarla otra vez habia ido en busca de Alejandro. Sobre tenérsele envidia por su fama, daba tambien margen á que le calumniaran con negarse á los convites, y con no dar alabanzas cuando á ellos concurria, atribuyéndose su silencio á afectacion y displicencia: tanto que Alejandro recitó en su mortificacion aquella sentencia,

No debe hacerse caso del sofista
Que aun en provecho propio nada sabe.

Dícese que en cierta ocasion, habiendo sido muchos los convidados á la cena, se le encargó á Calistenes entre los brindis que alabase á los Macedonios, y que desempeñó el encargo con tanta elocuencia, que levantándose le aplaudieron y arrojaron sobre él coronas de flores; á lo que Alejandro habia dicho que segun Eurípides al que toma para su discurso

Digno asunto le es facil ser facundo;

añadiendo: » mucho mejor podrás mostrar tu habilidad acusando á los Macedonios, para que se hagan

mejores advertidos de aquello en que yerran; con lo cual, cantando Calistenes la palinodia, habia dicho mil cosas contra los Macedonios, y haciendo ver que la discordia y desunion de los Griegos fue la verdadera causa del incremento y poder de Filipo, habia cerrado de este modo el discurso:

En las revueltas de los pueblos suele
El mas rüin alzarse con el mando.

De resultas de esto añaden que fue muy amargo y pesado el odio que contra él concibieron los Macedonios, diciendo Alejandro que Calistenes no habia dado á estos pruebas de su habilidad, sino de su ojeriza.

Hermipo escribe que Estroibo, lector de Calistenes, fue quien refirió estas cosas á Aristóteles, añadiendo que Calistenes, habiendo conocido la aversion de Alejandro, dijo por dos ó tres veces contra él al retirarse,

Murió tambien en juventud Patroclo,
Que en virtud harto mas que tú valia.

Parece pues que no le faltó razon á Aristóteles para decir que Calistenes era diestro y grande en la oratoria; pero no tenia juicio. En fin, con haber resistido vigorosa y filosóficamente la adoracion, siendo el único que decia en público lo que en secreto incomodaba á todos los principales y mas ancianos de los Macedonios, él bien redimió á los Griegos de una gran vergüenza, y de una mucho mayor todavía á Alejandro, evitando asi la tal adoracion; pero se perdió á sí mismo: pues á lo que se ve, hizo fuerza á Alejandro; mas no le persuadió. Cares de Mitilene dice que bebiendo en un banquete Alejandro en una copa, la alargó á uno de los amigos, y tomándola este, se levantó y acercó al ara, bebió y adoró primero, despues besó á Alejandro en el banquete, y se volvió á sentar; y que lo mismo ejecutaron todos por orden; pero Calistenes, toman-

do la copa á tiempo que Alejandro no atendia, sino que estaba en conversacion con Hefestion, bebió, y se acercó para besarle; pero diciéndole Demetrio, denominado Feidon: ó Rey, no beses, porque este solo no ha adorado, Alejandro huyó el rostro al ósculo; y Calistenes dijo en voz alta: bien, me iré con un beso menos.

Indispuesto ya de esta manera Alejandro, la primera cosa á que dió credito fue la relacion de Hefestion, que le comunicó haber convenido con él Calistenes en que adoraria, y haber desmentido luego este convenio. Despues los Lisimacos y los Agnones denunciaron á Alejandro que el sofista se andaba jactando de la destruccion de la tiranía, poniendo de su parte á los jóvenes, y esparciendo la voz de que él solo era libre entre tantos millares de hombres. Por este motivo cuando llegó el caso de la conjuracion de Hermolao, y se tuvieron las pruebas de ella, pareció verosimil la acusacion que contra él se hacia, de que preguntándole Hermolao, cómo se haria hombre célebre, le habia respondido: dando muerte al mas célebre: atribuyéndosele ademas que excitando á Hermolao á la ejecucion, le habia dicho que no temiese al lecho de oro, sino que se acordara de que iba á tener ante sí á un hombre enfermo y herido. Sin embargo ninguno de la conjuracion de Hermolao profirió ni la mas leve expresion contra Calistenes, aun en medio de los mayores tormentos y angustias. El mismo Alejandro, escribiendo en los primeros momentos á Cratero, á Atalo y á Alcetas, les decia que los jóvenes puestos á tormento habian confesado haber sido ellos los autores de todo, sin que ninguno otro tuviese noticia; mas escribiendo despues á Antipatro, ya culpó á Calistenes, diciendo: los jóvenes han sido apedreados por los Macedonios; pero al sofista yo lo castigaré, y á los que acá le enviaron, y á los

que dan acogida en las ciudades á los traidores contra mí; en lo que aludia manifiestamente á Aristóteles: porque Calistenes se habia criado á su lado, á causa del parentesco, siendo hijo de Hero, prima de Aristóteles. En cuanto á su muerte unos dicen que fue ahorcado de orden de Alejandro, y otros que falleció de enfermedad en la prision; pero Cares escribe que despues de su prision estuvo siete meses aherrojado en la carcel para ser juzgado en concilio, presente Aristóteles; y en los dias en que Alejandro fue herido peleando en la India con los Malios Oxidracas, murió de obesidad y comido de piojos.

Sucedieron estos acontecimientos mas adelante. Anhelaba Demarato de Corinto, siendo ya muy anciano, el subir á los paises donde se hallaba Alejandro; y habiendo conseguido verle, exclamó que se habian privado del mayor placer aquellos Griegos que habian muerto antes de ver á Alejandro sentado en el trono de Darío; pero fue bien corto el tiempo que tuvo para gozar del favor del Rey, porque murió luego de enfermedad. Hiciéronsele ostentosas exequias, habiéndole levantado el ejército un túmulo de grande longitud y de ochenta codos de elevacion; y sus despojos fueron conducidos hasta el mar en carro de cuatro caballos magníficamente adornado.

Cuando iba á invadir la India, como viese que el ejército arrastraba grande carga en pos de sí, y era dificil de mover por la gran riqueza de los despojos, al mismo amanecer, estando ya listos los carros, quemó primero los suyos y los de sus amigos, y despues mandó que se pusiera fuego á los de los Macedonios: orden que pareció mas dura y terrible en sí que no en su ejecucion: porque mortificó á muy pocos, y antes bien los mas, recibiéndola con entusiasmo y con demostraciones de aclamacion y

júbilo, repartieron las cosas que son mas precisas entre los que las pidieron; y las restantes las quemaron ó destrozaron; encendiendo con esto en el ánimo de Alejandro mayor arrojo y confianza. Era ya entonces fiero é inexorable en el castigo de los culpados: de manera que habiendo constituido á Menandro, uno de sus amigos, gobernador de un fuerte, porque no queria quedarse le quitó la vida; y habiéndose rebelado los bárbaros, por sí mismo atravesó con una saeta á Orsodates. Sucedió por entonces que una oveja parió un cordero que tenia en la cabeza la figura y color de una tiara, y la forma tambien de unos testículos á uno y otro lado; lo que abominó Alejandro como mala señal, y se hizo purificar por unos Babilonios que al efecto acostumbraba á llevar consigo; sobre lo cual dijo á sus amigos que no era por sí mismo por quien se habia sobresaltado, sino por ellos, no fuera que un mal Genio, faltando él, trasladara el poder á un hombre cobarde y oscuro. Mas otra señal buena que sobrevino luego borró esta mala impresion de desaliento; y fue que un Macedonio, gefe de la tapicería, llamado Proxeno, allanando el sitio en que habia de ponerse la tienda del Rey junto al rio Oxo, descubrió una fuente de un licor continuo y untoso; y á lo primero que sacó se encontró con que era un aceite limpio y claro, sin diferenciarse de esta sustancia ni en el olor ni en el sabor; conviniendo ademas con ella en el color brillante y en la untuosidad; y esto en pais que no producia aceite. Dícese pues que el agua del Oxo es tambien muy blanda, y que pone crasa la piel de los que en él se bañan. Ello es que Alejandro se alegró extraordinariamente con esta señal, como se demuestra por lo que escribió á Antipatro, poniéndola entre los mayores favores que del Dios habia recibido. Los adivinos teníanla por pronóstico de una expedicion gloriosa, pero trabajosa y difícil: porque

el aceite ha sido dado á los hombres por Dios para remedio de sus fatigas.

Fueron pues muchos los peligros que corrió en aquellos encuentros, y graves las heridas que recibió; pero el mayor mal le vino á su expedicion de la falta de los objetos de necesidad y de la destemplanza de la atmósfera. Por lo que á él respecta hacia empeño en contrarestar á la fortuna con la osadía, y al poder con el valor; pues nada le parecia ser inaccesible para los osados, ni fuerte y defendido para los cobardes.[1] Dícese por tanto que teniendo sitiado el castillo de Sisimetres, que era una roca muy elevada é inaccesible; como ya los soldados desconfiasen, preguntó á Oxuartes, ¿qué hombre era en cuanto al ánimo Sisimetres? y respondiéndole este que era el mas tímido de los mortales; eso es decirme, le repuso, que puedo tomar la roca, pues que el que manda en ella no es fuerte: tomóla pues con solo intimidar á Sisimetres. Mandó contra otra igualmente escarpada á los mas jóvenes de los Macedonios, y saludando á uno que se llamaba Alejandro: á tí te toca, le dijo, el ser valiente, aunque no sea mas que por el nombre. Peleó efectivamente aquel joven con gran denuedo; pero pereció en la accion; lo que causó á Alejandro gran pesadumbre. Ponian los Macedonios dificultad en acometer á la fortaleza llamada Misa, por estar bañada de un rio profundo; y estando presente, ¿pues miserable de mí, dijo, no he aprendido yo á nadar? y teniendo ya el escudo embrazado se disponia á pasar. Detuvo la accion, por venir á él con ruegos embajadores de la ciudad sitiada; los cuales ya desde luego se maravillaron, viéndole sobre las armas sin ningun acompañamiento. Trajéronle despues un

1 La sentencia de este pasage es que el valor viene al cabo de todo; y para la cobardía no hay puesto ninguno bastante fuerte y seguro.

almohadon, y tomándole, mandó que se sentara en él el mas anciano de aquellos, que se llamaba Acufis. Admirado mas este todavía con tales muestras de benignidad y humanidad, le preguntó ¿qué harian para que los tuviese por amigos? y como respondiese que lo primero nombrarle á él mismo por caudillo y príncipe de todos, y lo segundo enviarle en rehenes ciento de los mejores, echándose á reir Acufis: mucho mejor mandaré, le repuso, enviándote los mas malos que los mejores.

Dícese de Taxiles que poseia en la India una porcion no menor que el Egipto en extension, y abundante y fertil como la que mas; y que siendo hombre de gran seso, saludó á Alejandro y le dijo: ¿qué necesidad tenemos, ó Alejandro, de guerras ni de batallas entre nosotros, si no vienes á quitarnos ni el agua ni el alimento necesario, que son las únicas cosas por las que á los hombres les es forzoso pelear? Por lo que hace á los demas que se llaman bienes y riquezas, si soy mejor que tú, estoy pronto á hacerte bien, y si valgo menos, no rehuso mostrarme agradecido, recibiéndole de tí. Complacido Alejandro y alargándole la diestra: ¿pues qué, piensas, le dijo, que con tales expresiones y tal bondad nuestro encuentro ha de ser sin contienda? ten entendido que nada adelantas: porque yo contenderé y pelearé contigo á fuerza de beneficios, á fin de que no parezcas mejor que yo. Recibiendo pues muchos dones y dando muchos mas, por fin le hizo el presente de mil talentos en dinero; con lo que disgustó en gran manera á los amigos; pero hizo que muchos de los bárbaros se le mostraran menos desafectos. Los mas belicosos entre los de la India pasaban por soldada á defender con ardor las ciudades, y le causaban grandes daños. Habiendo pues hecho treguas con ellos en una de estas, cogiéndolos despues en el camino cuando se retiraban, les dió muerte á todos; y entre sus

hechos de guerra, en los que siempre se condujo justa y regiamente, este es el único que puede tenerse por una mancha. No le dieron los filósofos menos en que entender que estos, indisponiendo contra él á los reyes que se le habian unido, y haciendo que se rebelaran los pueblos libres; por lo que le fue preciso ahorcar á muchos.

Lo relativo á Poro el mismo Alejandro escribió en sus cartas como habia pasado: porque dice que corriendo el Hidaspes en medio de los dos campamentos, tenia Poro colocados al frente los elefantes para guardar el paso; y que él por su parte movia todos los dias mucha bulla y alboroto en su campo, á fin de acostumbrar á los bárbaros á no hacer alto en ello ni temerlo; y en una noche de las propias de invierno, en que no lucia la luna, tomando algunas tropas de las de á pie y lo mas florido de la caballería, se alejó mucho de los enemigos, y pasó hasta una isleta de no grande extension; que alli le cogió una grande lluvia, y siendo muchos los relámpagos y rayos que parecian dirigirse al campamento, aun en medio de ver que muchos eran abrasados y consumidos de ellos, movió de la isleta para pasar á la opuesta orilla; mas yendo crecido y fuera de madre el Hidaspes á causa de la tempestad, habia hecho una gran rotura é inundacion, corriendo por ella las aguas en notable cantidad, y que pudo ponerse en el terreno intermedio con poca seguridad, por ser este resbaladizo y estar mojado. Cuéntase haber prorumpido alli en esta expresion: ¡ahora creeriais, ó Atenienses, cuántos trabajos aguanto por ser celebrado entre vosotros! pero esto quien lo refiere es Onesicrito: el mismo Alejandro dice que dejando las lanchas, pasaron armados la inundacion con agua hasta el pecho. Pasado que hubo, se adelantó con la caballería unos veinte estadios, haciendo cuenta que si los enemigos acometiesen con esta arma, mejor los

venceria; y si quisiesen mover su batalla, tambien le llegaria á él con anticipacion su infantería, y sucedió lo primero: porque habiendo cargado á mil caballos y sesenta carros, los puso en huida, habiendo tomado todos los carros, y muerto trescientos hombres. Entendió con esto Poro que el mismo Alejandro estaba ya de aquel lado; por lo que movió con todo su ejército, á excepcion de algunas tropas que fue preciso dejar para que estorbaran el paso á los Macedonios. Alejandro por temor de los elefantes y del gran número de los enemigos dice que cargó oblicuamente por el ala izquierda, dando orden á Coino de que acometiese por la derecha; que por una y otra fueron los enemigos rechazados, y retirándose siempre hácia los elefantes, los que iban de vencida, alli se embarazaban y confundian; y que trabado el combate al salir el sol, con dificultad á la hora octava cedieron los enemigos. Esto es lo que el mismo ordenador de esta batalla refirió en sus cartas. Los mas de los historiadores convienen en que Poro sobrepujaba la estatura ordinaria en cuatro codos y un palmo, y que á caballo nada le faltaba para quedar igual con el elefante por la talla y robustez de su cuerpo; y eso que el tal elefante de que usaba era de los mas grandes; el cual manifestó en esta ocasion una extraordinaria inteligencia y sumo cuidado del Rey: pues mientras este se sostuvo con vigor, le defendió encolerizado de los que le acometian, haciéndolos pedazos; mas cuando percibió que desfallecia por el gran número de dardos y heridas, temeroso de que cayese de golpe, se inclinó blandamente al suelo doblando las rodillas, y cogiendo despues suavemente con la trompa los dardos, se los fue sacando de uno en uno. Preguntando Alejandro á Poro, cuando ya quedó cautivo, cómo queria le tratase: regiamente, le respondió; y replicándole Alejandro si no tenia mas que añadir: con decir regiamente está to-

do dicho, le repuso. Dejóle pues autoridad no solo sobre sus antiguos súbditos con el nombre de Sátrapas, sino que le añadió nuevo territorio, habiendo sujetado los pueblos libres, que eran quince naciones en varias ciudades principales[1] y muchas aldeas. Conquistó asimismo otra region tres veces mayor, de la que constituyó Sátrapa á Filipo, uno de sus amigos.

De resulta de la batalla contra Poro murió Bucéfalo, no desde luego, sino al cabo de algun tiempo, cuando, segun los mas, se le estaba curando de sus heridas; pero segun dice Onesecrito, fatigado con un trabajo que no podia ya llevar por su vejez, pues tenia treinta años cuando murió. Sintiólo profundamente Alejandro, creyendo haber perdido en él nada menos que un amigo y un doméstico; y edificando en su memoria una ciudad junto al Hidaspes, la llamó Bucefalia. Dícese que habiendo perdido tambien un perro llamado Perita, al que habia criado y del que gustaba mucho, edificó otra ciudad de su nombre. Socion escribe que asi se lo oyó decir á Potamon de Lesbos.

El combate de Poro desanimó mucho á los Macedonios, apartándolos de querer internarse mas en la India: pues no bien habian rechazado á este, que les habia hecho frente con veinte mil infantes y dos mil caballos, cuando ya se hacia de nuevo resistencia á Alejandro, que se disponia á forzar el paso del rio Ganges; cuya anchura sabian ser de treinta y dos estadios, y su profundidad de cien brazas; y que la orilla opuesta estaba cubierta con gran número de hombres armados, de caballos y elefantes; porque se decia que le estaban esperando los reyes de los Gandaritas y los Pranios con ochenta mil caballos, dos-

1 El original dice que fueron cinco mil las ciudades; pero en este número conocidamente hay yerro, y se ha preferido no determinarlo.

cientos mil infantes, ocho mil carros y seis mil elefantes de guerra. Y no se tenga esto á exageracion: porque Androcoto, que reinó de alli á poco, hizo á Seleuco el presente de quinientos elefantes, y con un ejército de seiscientos mil hombres corrió y sojuzgó toda la India. Al principio de enojo y de rabia se retiró Alejandro á su tienda, y alli permanecia encerrado, diciendo que nada agradecia lo antes hecho si no pasaba el Ganges, y que miraba aquella retirada como una confesion de inferioridad y vencimiento. Mas representándole sus amigos lo que convenia, y rodeando los soldados su tienda con lamentos y voces para hacerle ruegos, condescendió por fin, y levantó el campamento, habiendo recurrido, para hacerse ilusion acerca de su gloria, á arbitrios necios é invenciones extrañas: porque hizo labrar armas mucho mayores, y pesebres y frenos para los caballos de mucho mayor peso, y los fue dejando y esparciendo por el camino. Erigió tambien aras de los dioses, á los que aun el dia de hoy veneran los reyes de los Prasios, trasladándose á aquel sitio, y ofreciéndoles sacrificios á la usanza griega. Androcoto, que era entonces muy joven, vió á Alejandro, y se refiere haber dicho despues muchas veces que no estuvo en nada el que Alejandro se hubiera hecho dueño de todo, por el desprecio con que era mirado el Rey á causa de su maldad y de su ruin origen.

Formó entonces Alejandro el proyecto de ir desde alli á ver el mar exterior; y construyendo muchos trasportes y lanchas, navegaba con sosegado curso por el rio. Mas no por eso era el viage descansado y sin peligro: pues saltando en tierra y acometiendo á las ciudades, lo iba sujetando todo. Sin embargo en los llamados Malios, que se dice ser los mas belicosos de la India, estuvo en muy poco el que no pereciese. Porque á saetazos retiró á aquellos habitantes de la muralla, y puestas las escalas, subió á ella

el primero; pero habiéndose roto la escala, colocados los bárbaros al pie del muro, le causaron desde abajo diferentes heridas; mas él sin embargo de tener muy poca gente consigo, tuvo el arrojo de dejarse caer en medio de los enemigos, quedando por fortuna de pie; y habiendo recibido gran sacudimiento las armas, les pareció á los bárbaros que un resplandor y apariencia extraordinaria discurria por delante de él. Asi al principio huyeron y se dispersaron; pero al verle con solo dos escuderos, corrieron de nuevo á él, y algunos, aunque se defendia, le herian de cerca con espadas y lanzas; y uno que estaba algo mas lejos le disparó del arco una saeta con tal fuerza y rapidez, que pasando la coraza, se le clavó en las costillas junto á la tetilla. Cedió el cuerpo al golpe, y aun se trastornó algun tanto, y el tirador acudió al punto sacando el alfange que usan los bárbaros; pero Peucestas y Limneo se pusieron delante; y siendo heridos ambos, este murió; pero Peucestas se sostuvo, y Alejandro dió muerte al bárbaro. Habia recibido muchos golpes, y herido por fin con un mazo junto al cuello, tuvo que apoyarse en la muralla, quedándose mirando á los enemigos. Acudieron en esto los Macedonios, y recogiéndole ya sin sentido, le llevaron á su tienda; y al principio en el ejército corrió la voz de que habia muerto. Sacáronle, no sin gran dificultad y trabajo el cabo de la saeta que era de madera; con lo que pudo desatarse, aunque tambien á mucha costa, la coraza, descubriendo asi la herida, y hallando que la punta habia quedado clavada en uno de los huesos, la cual se dice tenia tres dedos de ancho y cuatro de largo. Al sacársela tuvo desmayos, en los que creyeron se quedara; pero luego se restableció. Aunque habia salido del peligro, quedó todavia muy débil, y tuvo que pasar bastante tiempo guardando dieta y medicinándose; mas habiendo un dia sentido á la parte

de afuera á los Macedonios alborotados é inquietos por el deseo de verle, poniéndose una ropa salió adonde estaban. Sacrificó despues á los dioses, y volviendo á embarcarse y dar la vela, sujetó nuevas regiones y muchas ciudades.

Vinieron á su poder diez de los filósofos Gimnosofistas: aquellos que con sus persuasiones habian contribuido mas á que Sabas se rebelase, y que mayores males habian causado á los Macedonios. Como tuviesen fama de que eran muy hábiles en dar respuestas breves y concisas, les propuso ciertas preguntas oscuras, diciendo que primero daria la muerte al que mas mal respondiese, y asi despues por orden á los demas, intimando al mas anciano que juzgase. Preguntó al primero, si eran mas en su opinion los vivos ó los muertos; y dijo que los vivos, porque los muertos ya no eran. Al segundo, cual cria mayores bestias, la tierra ó el mar; y dijo que la tierra, porque el mar hacia parte de ella. Al tercero, cual es el animal mas astuto; y respondió aquel que el hombre no ha conocido todavía. Preguntado el cuarto con qué objeto habia hecho que Sabas se rebelase, respondió con el deseo de que viviera bien, ó muriera malamente. Siendo preguntado el quinto cuál le parecia que habia sido hecho primero el dia ó la noche, respondió que el dia precedió á esta en un dia, y añadió, viendo que el Rey mostraba maravillarse, que siendo enigmáticas las preguntas, era preciso que tambien lo fuesen las respuestas. Mudando pues de método, preguntó al sexto cómo lograria ser uno el mas amado entre los hombres; y respondió si siendo el mas poderoso, no se hiciere temer. De los demas preguntado uno cómo podria cualquiera de hombre hacerse Dios, dijo si hiciese cosas que al hombre es imposible hacer; y preguntado otro de la vida y la muerte cuál podia mas, respondió que la vida, pues que podia soportar tan-

tos males. Preguntado el último hasta cuándo le estaria bien al hombre el vivir, respondió, hasta que no tenga por mejor la muerte que la vida. Convirtióse entonces al juez, mandándole que pronunciase; y diciendo este que habian respondido á cual peor, repuso Alejandro, pues tú morirás el primero, juzgando de esa manera; á lo que le replicó: no hay tal, ó Rey, á no que tú te contradigas, habiendo dicho que moriria el primero el que peor hubiese respondido.

Dejó pues ir libres á estos, habiéndoles hecho presentes; y á los que teniendo tambien nombradía vivian de por sí, envió á Onesicrito para que les dijera fueran á verle. Era Onesicrito filósofo de los de la escuela de Diógenes el Cínico, y dice que Calano le mandó con desden y ceño que se quitara la túnica y escuchara desnudo sus lecciones, pues de otro modo no le dirigiria la palabra, aunque viniera de parte de Júpiter; pero que Dandamis le trató con mas dulzura; y habiéndole oido hablar de Sócrates, Pitágoras y Diógenes, habia dicho que le parecian hombres apreciables; aunque á su entender habian vivido con sobrada sumision á las leyes. Otros son de opinion no haber dicho Dandamis mas que esto: ¿pues con qué motivo ha hecho Alejandro un viage tan largo para venir aqui? y de Calano alcanzó Taxiles que fuera á ver á Alejandro. Su nombre era Esfines; pero como saludaba á los que le hablaban en lengua India, diciendo *Calé*, en lugar de Dios te guarde, los Griegos le llamaron Calano. Dícese que se presentó á Alejandro este emblema y ejemplo del poder y la autoridad; que fue poner en el suelo una piel de buey seca y tostada, y pisando uno de los extremos, comprimida en aquel punto, se levantó por todas las demas partes: hizo lo mismo por todo alrededor, y el suceso fue igual, hasta que puesto en medio, la detuvo, y quedó llana y docil: que-

riendo con esta imagen significar que el imperio debia ejercerse principalmente sobre el medio y centro del reino, y no haberse ido Alejandro á tanta distancia.

La bajada por los rios al mar le consumió el tiempo de siete meses; y entrando con las naves en el Oceano, se dirigió á una isla, que él llamó Escilustis, y otros Psiltuquis. Descendiendo en ella á tierra, sacrificó á los dioses, y se hizo cargo de la naturaleza de aquel mar y sus riberas, hasta donde pudo alcanzar; y haciendo plegarias á los dioses para que no fuera dado á ningun hombre el pasar los términos de su expedicion, retrocedió. En cuanto á las naves dió orden de que costeasen, teniendo la India á la derecha; y nombró Comandante á Nearco, y primer piloto á Onesicrito. Por lo que á él toca siguió la marcha á pie por la region de los Oreitas, donde llegó hasta el último extremo de escasez, y perdió grandísima parte de su gente: en términos que no volvió de la India ni con la cuarta parte de la de guerra, siendo asi que la infantería subia á ciento veinte mil hombres, y la caballería á unos quince mil; pero enfermedades peligrosas, malas comidas, calores abrasadores y el hambre acabaron con los mas, caminando por un pais esteril, habitado por hombres que llevaban una vida miserable, sin tener mas que algun ganado lanar ruin y desmedrado, acostumbrado á alimentarse con pescado de mar; por lo que su carne era poco sana y de mal olor. Con trabajo pudo atravesarle en sesenta dias; mas entrando al cabo de ellos en la Gedrosia, al punto se vió sobrado de todo: siendo los sátrapas y los reyes de las inmediaciones los que le abastecian.

Repuso alli sus tropas, y marchó entre banquetes y festines unos siete dias por la Carmania. Conducíanle á él y á sus amigos con gran reposo ocho caballos en una especie de escena colocada en un ta-

blado alto y descubierto, banqueteando continuamente de dia y noche. Seguíanle gran número de carros, cubiertos unos con cortinas de púrpura de diferentes colores, y defendidos otros con ramos de árboles verdes y recien cortados; y en ellos caminaban los demas amigos y caudillos, ceñidos de coronas y bebiendo. No verias alli ni adarga, ni morrion, ni azcona; sino que por todo el camino los soldados con tazas, con copas y con vasos de oro tomaban vino de grandes toneles y tinajas, y se lo alargaban mutuamente: bebiendo unos y andando al mismo tiempo, y otros deteniéndose y reclinándose. Habia mucha música de flautas y chirimías, y todo resonaba con versos y canciones, y con algazara de mugeres poseidas de Baco; y á este desorden y confusion de camino seguia el coro y tumulto de la báquica descompostura, como si el mismo Dios se hallara presente y concurriera á aquellos festines. Cuando de la Gedrosia y Carmania llegó al palacio, todavía volvió á dar al ejército reposo y holganza en continuos banquetes; y se dice que beodo asistió al certamen de unos coros, en los que salió vencedor Bagoas, su favorito, que era conductor de uno de ellos; y que pasando desde el teatro con el adorno de vencedor, fue y se le sentó al lado; lo que visto por los Macedonios, aplaudieron y gritaron sin cesar que lo besase, hasta tanto que abrazándole le dió un beso.

Mientras alli permanecia llegó Nearco; de lo que recibió gran placer; y habiéndole oido referir los sucesos de su navegacion, se embarcó él mismo con ánimo de recorrer con una grande escuadra, partiendo del Eufrates, la Arabia y el Africa; y de penetrar en el mar interior por las columnas de Hércules, para lo cual se construian toda especie de embarcaciones en Tapsaco, y se recogian de todas partes marineros y pilotos; pero lo trabajoso de la expedicion

de la India, la opugnacion peligrosa de la ciudad de los Malios, y la gran pérdida de tropas de que habia corrido voz (por la desconfianza de que pudiera salir con bien de su empresa), movieron á sediciones y alborotos aun á los mas obedientes, y fueron para los generales y Sátrapas ocasion de grandes injusticias y de codicia é insolencia: discurriendo por todas partes el espíritu de inquietud y novedad, hasta el extremo de haberse sublevado contra Antipatro Olimpiada y Cleopatra, dividiéndose el reino, del que tomó para sí Olimpiada el Epiro, y Cleopatra la Macedonia; y oido que esto fue por Alejandro, dijo que la madre habia andado mas acertada en su eleccion, pues los Macedonios no sufririan ser gobernados por una muger. Con este motivo hizo que Nearco volviera al mar, teniendo resuelto llevar la guerra por todas las regiones marítimas; y marchando él mismo por tierra, castigó á los caudillos que encontró delincuentes; y de los hijos de Abulites por sí mismo dió la muerte á Oxuartes, pasándole con una azcona; y como Abulites no le acudiese con las provisiones necesarias, contentándose con presentarle tres mil talentos en dinero, le mandó que lo echara á los caballos: no lo gustaron, y diciéndole entonces ¿pues de qué me sirven tus provisiones? puso á Abulites en un encierro.

En Persia lo primero que ejecutó fue hacer á las mugeres el donativo de dinero: porque acostumbraban los reyes cuantas veces entraban en Persia dar una moneda de oro á cada una; por lo cual se dice que algunos iban allá pocas veces, y que Oco no hizo este viage ni siquiera una, desterrándose por mezquindad de su patria. Descubrió al cabo de poco el sepulcro de Ciro, y hallando que habia sido violado, dió muerte al que tal insulto habia cometido, sin embargo de que era de los Peleos, y no de los menos principales, llamado Polimaco. Habiendo lei-

do la inscripcion, mandó que se gravara en caracteres Griegos; y era en esta forma: „HOMBRE, „QUIEN QUIERA QUE SEAS, Y DE DONDE „QUIERA QUE VENGAS, PORQUE DE QUE „HAS DE VENIR ESTOY CIERTO, YO SOY „CIRO, QUE ADQUIRI A LOS PERSAS EL „IMPERIO: NO CODICIES PUES ESTA POCA „TIERRA QUE CUBRE MI CUERPO." Cosa fue esta que puso muy triste y pensativo á Alejandro, haciéndole reflexionar sobre aquel olvido y aquella mudanza. Alli Calano, habiendo sufrido por algunos dias una incomodidad de vientre, pidió que se le levantara una pira, y llevado á ella á caballo, hizo plegarias á los dioses y libaciones sobre sí mismo, ofreciendo las primicias de sus cabellos; y al subir á la hoguera abrazó á los Macedonios que se hallaban presentes, y los exhortó á que aquel dia lo pasaran alegremente y en la embriaguez con el Rey: diciendo que á este lo veria dentro de poco tiempo en Babilonia. Luego que asi les hubo hablado se reclinó y se cubrió con la ropa, y no hizo el menor movimiento al llegarle el fuego; sino que manteniéndose en la misma postura en que se habia recostado, se ofreció á sí mismo en víctima, segun el rito patrio de los sofistas de aquel pais. Esto mismo hizo muchos años despues otro Indio de la comitiva de César en Atenas; y hasta el dia de hoy se muestra su sepulcro, que se llama el sepulcro del Indio.

Vuelto Alejandro de la hoguera, convidó á muchos de sus amigos y de los generales á un banquete, en el que propuso un certamen de intemperancia en el beber, y corona para el que mas se desmandase. Promaco, que fue el que bebió mas, llegó hasta siete azumbres y cuartillo, y recibiendo la corona de la victoria, estimada en un talento, sobrevivió tres dias. De los demas dice Cares que cuarenta y uno murieron en el acto de beber, habiéndoles acometido un

frio violento en seguida de la embriaguez. Celebró en Susa las solemnes bodas de sus amigos; y tomando él mismo por muger á la hija de Darío Estatira, repartió las mas principales á los mas ilustres; y de una vez hizo á estos y á los demas Macedonios, que ya antes se habian casado, el obsequio del banquete nupcial; en el que se dice que siendo nueve mil los convidados, se dió á cada uno una copa de oro para las libaciones; y á este respecto fue todo lo demas en maravillosa manera. Pagó sobre esto de su caudal á los banqueros el dinero que aquellos les debian: habiendo subido todo su importe á la suma de diez mil talentos, menos ciento y treinta. Sucedió que el tuerto Antigenes se inscribió falsamente entre los deudores; y presentando en la mesa uno que dijo haberle hecho el préstamo, se le entregó el dinero; mas como despues se descubriese la falsedad, irritado el Rey, le arrojó de la corte, y lo despojó de la dignidad de General. Era Antigenes muy distinguido entre los militares; y siendo todavía muy joven cuando Filipo sitió á Perinto, se le metió por un ojo una saeta lanzada con catapulta, y no permitió que se la sacasen, ni aflojó en el combate hasta que los enemigos fueron rechazados y encerrados dentro de los muros. Sintió pues vivísimamente esta afrenta, y todo daba á entender que estaba resuelto á quitarse la vida de disgusto y pesadumbre. Temiólo asi el Rey, y aplacándose en su enojo, hasta vino en que se quedase con el dinero.

Aquellos treinta mil jóvenes que habia dejado para que se egercitaran é instruyeran, dieron muestras de valor en sus personas, y como ademas fuesen de recomendable figura, y dóciles y prontos para lo que se les encargaba, Alejandro se manifestó muy satisfecho; pero de los Macedonios se apoderó el disgusto y el rezelo, pareciéndoles que el Rey hacia menos caso de ellos. Por lo tanto como hubiese dispuesto

licenciar á los enfermos y estropeados, enviándolos por mar, dijeron que era una afrenta y un oprobio haberse valido de aquellos hombres para todo, y desecharlos ahora con vergüenza, y arrojarlos á su patria y á su familia, no habiéndolos recibido de aquella manera. Dijéronle pues que no dejara á ninguno; y antes mirara como inútiles á todos los Macedonios, debiendo bastarle aquellos jovencitos bailarines, con los que podia ir á conquistar todo el orbe. Incomodóse con esto Alejandro sobremanera; y habiéndoles dicho mil denuestos con el calor de la ira, les mandó salir de su presencia; encomendó las guardias á los Persas, y tomó de ellos sus Ayudantes y sus ministros; y entonces cuando ya le vieron acompañado de estos, y á sí mismos desechados y vilipendiados, se abatieron, trabaron pláticas entre sí, y se convencieron de que les faltaba poco para estar locos de zelos y de cólera. Por fin vueltos en sí se fueron sin armas y en ropilla al palacio, ofreciéndosele á discrecion con lamentos y suspiros, y pidiéndole que no los tratara como á hombres malos é ingratos. No les hizo caso, sin embargo de que ya estaba aplacado; y ellos no desistieron, sino que le rodearon de aquella manera dos dias y dos noches, y continuaron en sus plegarias, llamándole amo y señor. Al tercer dia salió, y viéndolos miserables y abatidos, no pudo contener las lágrimas por largo rato. Reprendiólos despues con blandura, y saludándolos afablemente, licenció á los inútiles, remunerándolos con largueza, y escribiendo á Antipatro que en todos los juegos y en todos los teatros se sentaran coronados en lugar preferente. Señaló asimismo pensiones á los hijos huérfanos de los que habian muerto.

Luego que arribó á Ecbatana de la Media, y ordenó los negocios urgentes, volvió al punto á los espectáculos y regocijos, mayormente con el motivo

de haberle llegado tres mil artistas de la Grecia. Ocurrió en aquellos dias que á Hefestion le dió calentura; y como á fuerza de joven y militar no quisiese sujetarse á la debida dieta, y ademas su médico Glauco se hubiese ido al teatro, se sentó á comer á la mesa, y habiéndose comido un pollo asado, y bebídose un gran vaso de vino puesto á enfriar, se sintió mucho peor, y al cabo de poco tiempo murió. Alejandro no tuvo modo ni término ninguno en esta pesadumbre, sino que inmediatamente mandó cortar las clines por luto á todos los caballos y á todas las acémilas, y quitar las almenas en las ciudades del contorno, y al pobre médico lo puso en una cruz. En el ejército cesó el toque de flautas y toda música por largo tiempo, hasta que vino un oráculo de Amon para que se diera veneracion á Hefestion, y se le hicieran sacrificios como á héroe. Tomando ademas la guerra por consuelo de aquel pesar, salió á ella como á una caza ó á una batida, y acabó con la nacion de los Cuseos, dando muerte á todos sin distincion, y á esto le daba el nombre de exequias de Hefestion. Habia pensado impender diez mil talentos en su túmulo, en su sepulcro y en todo el ornato correspondiente, y teniendo la idea de que el artificio y el primor sobrepujaran al gasto, deseaba sobre todo tener por director de los artistas á Estasicrates, que habia manifestado cierta magnificencia, osadía y boato en sus invenciones; pues en una ocasion en que le habia hablado, le dijo que de todos los montes el Atos de Tracia era el que recibiria mejor la disposicion y conformacion humana: por tanto que si se lo mandase, le haria una estatua muy duradera y muy vistosa del monte Atos; la cual tendria en la mano izquierda una ciudad de diez mil vecinos, y con la derecha derramaria el perene caudal de un rio que desaguaba en el mar. Este proyecto lo desechó; pero en aquellos dias estuvo tratando y dis-

poniendo cosas todavía mas absurdas y costosas que esta con los artistas.

Cuando se acercaba á Babilonia, Nearco, que habia vuelto al Eufrates por el gran mar, dijo que le habian hablado algunos Caldeos, instándole para que Alejandro no entrara en Babilonia; pero este no hizo caso, sino que continuó su marcha, y cuando ya tocaba á las murallas, vió muchos cuervos que peleaban y se herian unos á otros; de los cuales algunos cayeron donde estaba. Hízosele en seguida denuncia contra Apolodoro, Gobernador de Babilonia, de que habia hecho sacrificio acerca del mismo Alejandro; de resulta de lo cual envió á llamar al agorero Pitágoras; y como este no negase el hecho, le preguntó sobre la disposicion de las víctimas. Díjole que al hígado le faltaba el lóbulo, sobre lo que exclamó Alejandro: ¡ai, ai! esta es terrible señal; y con todo en nada ofendió á Pitágoras. Solamente se incomodó consigo mismo por no haber creido á Nearco; y de resultas pasó mucho tiempo, ó acampado fuera de Babilonia, ó navegando por el Eufrates. Agolpábansele en tanto los prodigios: porque al leon mas grande y mas hermoso de los que habia criado, un asno doméstico le acometió y lo mató de una coz. Habiéndose desnudado para ungirse, se puso á jugar á la pelota; y los jóvenes que con él jugaban, al ir despues á tomar la ropa, vieron sentado en el trono sin decir palabra á un hombre adornado con la diadema y la estola regia. Púsosele en juicio y á cuestion de tormento para saber quién era, y por mucho tiempo estuvo sin articular nada; mas vuelto con dificultad en su acuerdo, dijo que se llamaba Dionisio, y era natural de Mesena; que traido alli por mar con motivo de cierta causa y acusacion, habia estado en prision mucho tiempo; y que muy poco antes se le habia aparecido Serapis, le habia quitado las prisiones, y conduciéndole á aquel sitio, le ha-

bia mandado tomar la estola y la diadema, sentarse y callar.

Cuando esto oyó Alejandro, lo que es del hombre aquel dió fin, como los agoreros se lo proponian; pero decayó de ánimo, y de esperanzas con respecto á los dioses, y empezó á tener á todos los amigos por sospechosos. Temia principalmente de parte de Antipatro y sus hijos; de los cuales Iolas era su primer escanciador, y Casandro hacia poco que habia llegado; y habiendo visto á unos bárbaros hacer el acto de adoracion, como hombre que se habia criado al estilo Griego, y nunca habia visto cosa semejante, se echó á reir desmandadamente; de lo que Alejandro concibió grande enojo, y asiéndole por los cabellos, le dió de testeradas junto á la pared. En otra ocasion, queriendo Casandro hablar contra unos que acusaban á Antipatro, le interrumpió, y ¿qué dices? le preguntó, ¿crees tú que hombres que no hubieran recibido ningun agravio habian de haber andado tan largo camino para calumniar? y replicándole Casandro que esto mismo era señal de que calumniaban, tener tan lejos la redargucion y el convencimiento, se echó á reir Alejandro; y estos mismos son, le dijo, los sofismas de Aristóteles para arguir por uno y por otro extremo: tendreis que sentir como se averigue que le habeis agraviado en lo mas mínimo. Dícese por fin que fue tal y tan indeleble el miedo que se infundió en el ánimo de Casandro, que largos años despues, cuando ya reinaba en Macedonia y dominaba la Grecia, paseándose en Delfos y viendo las estatuas, al poner los ojos en la imagen de Alejandro, se quedó repentinamente pasmado, y se le estremeció todo el cuerpo; de tal manera que con dificultad pudo recobrarse del susto que aquella vista le causó.

Luego que Alejandro cedió á los temores religiosos, quedó con la mente perturbada de terror y es-

panto; y no habia cosa tan pequeña, como fuese desusada y extraña, de que no hiciese una señal y un prodigio; con lo que el palacio estaba siempre lleno de sacerdotes, de expiadores y de adivinos. Si es pues abominable cosa la incredulidad y menosprecio en las cosas divinas, es tambien abominable por otra parte la supersticion, que como el agua se va siempre á lo mas bajo y abatido, y llena el ánimo de incertidumbre y de miedo, como entonces el de Alejandro. Mas sin embargo, habiéndosele traido ciertos oráculos de parte del Dios acerca de Hefestion, poniendo término al duelo, volvió de nuevo á los sacrificios y los banquetes. Dió pues un gran convite á Nearco, y habiéndose bañado ya, como lo tenia de costumbre, para irse á acostar, á peticion de Medio marchó á su casa á continuar la cena; y habiendo pasado alli en beber el dia siguiente, empezó á sentirse con calentura, no al apurar el vaso de Hércules, ni dándole repentinamente un gran dolor en los lomos, como si lo hubieran pasado con una lanza: porque estas son circunstancias que creyeron algunos deber añadir, inventando este desenlace trágico y patético, como si fuera el de un verdadero drama. Aristóbulo dice sencillamente que le dió una fiebre ardiente con delirio, y que teniendo una gran sed, bebió vino; de lo que le resultó ponerse frenético, y morir en el dia treinta del mes Daisio.

En el diario se hallan asi descritos los trámites de la enfermedad: en el dia diez y ocho del mes Daisio se acostó en el cuarto del baño por estar con calentura. Al dia siguiente, despues de haberse bañado, se trasladó á su cámara, y lo pasó jugando á las tablas con Medio. Bañóse á la tarde otra vez, sacrificó á los dioses, y habiendo cenado, tuvo de nuevo calentura aquella noche. El veinte se bañó, é hizo tambien el acostumbrado sacrificio, y habiéndose acostado en la habitacion del baño, se dedicó

á oir á Nearco la relacion que le hizo de su navegacion y del grande Occeano. El veinte y uno ejecutó lo mismo que el anterior, y habiéndose enardecido mas, pasó mala noche, y al dia siguiente fue violenta la calentura. Trasladósele á la gran pieza del nadadero, donde se puso en cama, y trató con los generales acerca del mando de los regimientos vacantes, para que los proveyeran, haciendo cuidadosa eleccion. El veinte y cuatro, habiéndose arreciado mas la fiebre, hizo sacrificio, llevado al efecto al altar; y de los generales y caudillos mandó que los principales se quedaran en su cámara, y que los Comandantes y Capitanes durmieran á la parte de afuera. Llevósele al traspalacio, donde el veinte y cinco durmió algun rato; pero la fiebre no se remitió. Entraron los generales, y estuvo aquel dia sin habla, y tambien el veinte y seis; de cuyas resultas les pareció á los Macedonios que habia muerto, y dirigiéndose al palacio gritaban y hacian amenazas á los mas favorecidos de Alejandro, hasta que al fin les obligaron á abrirles las puertas; y abiertas que les fueron, llegarón de uno en uno en ropilla hasta la cama. En aquel mismo dia Piton y Seleuco, enviados á consultar á Serapis, le preguntaron si llevarian alli á Alejandro; y el Dios les respondió que lo dejaran donde estaba; y el veinte y ocho por la tarde murió.

Las mas de estas cosas se hallan asi escritas al pie de la letra en el diario; y de que se le hubiese envenenado nadie tuvo sospecha por lo pronto: diciéndose solamente que habiéndosele hecho una delacion á Olimpiada á los ocho años, dió muerte á muchos; y que aventó las cenizas de Iolas, entonces ya muerto, por haber sido el que le propinó el veneno. Los que dicen que Aristóteles fue quien aconsejó esta accion á Antipatro, y que tambien proporcionó el veneno, designan á un tal Agnotemis como

divulgador de esta noticia, habiéndosela oido referir al Rey Antígono; y que el veneno fue una agua fria y helada que destilaba de una piedra cerca de Nonacris; la que recogian como rocío muy tenue, reservándola en un vaso de casco de asno: pues ningunos otros podian contenerla, sino que los hacia saltar por su nimia frialdad y aspereza. Pero los mas creen que esta relacion del veneno fue una pura invencion, teniendo para ello el poderoso fundamento de que habiendo altercado entre sí los generales por muchos dias, sin haberse cuidado de dar sepultura al cuerpo, que permaneció expuesto en sitio caliente y no ventilado, ninguna señal tuvo de semejante modo de destruccion, sino que se conservó sin la menor mancha y fresco. Quedó Rojana en cinta; por lo que los Macedonios la trataban con el mayor honor; y ella, como se hallase envidiosa de Estatira, la engañó por medio de una carta fingida con el objeto de hacerla venir; y llegado que hubo, le quitó la vida y tambien á la hermana; y los cadáveres los arrojó á un pozo, y despues lo cegó: siendo sabedor de ello Perdicas, y cómplice y auxiliador. Porque este alcanzó desde luego gran poder, llevando consigo á Arrideo[1], como un depositario y guarda de la autoridad real: pues que habia sido tenido en Filina, muger de baja estirpe y pública, y no tenia cabal el juicio por enfermedad no natural, ó que le hubiese venido por sí sin causa; sino que habiendo manifestado, segun dicen, una índole agradable, y buena disposicion siendo todavía niño, despues Olimpiada le hizo enfermar con yerbas, y le perturbó la razon.

1 Hijo natural de Filipo, tenido en la mugerzuela que aqui se nombra.

No habiendo podido Sila luego que se apoderó de la autoridad, ni por esperanza, ni por miedo alcanzar de Cornelia, hija de Cina, aquel que realmente fue monarca de Roma, que se divorciase de César, le confiscó el dote. La causa que César tenia para estar en discordia con Sila era su deudo con Mario. Porque con Julia, hermana del padre de César, estaba casado Mario, que tuvo de ella á Mario el joven, primo de César. Habiendo sido al principio pasado en olvido por Sila, á causa del gran número de muertos comprendido en la proscripcion, y de sus ocupaciones, él no pudo estarse quieto; sino que se presentó al pueblo pidiendo el sacerdocio, cuando todavía era joven; y Sila, obrando contra su pretension, pudo proporcionar que se le desairase. Consultaba luego sobre quitarle de en medio, y como algunos le dijeron que no tenia razon en querer acabar con un joven como aquel, les replicó que ellos eran los que estaban fuera de juicio, si no veian en aquel joven muchos Marios. Habiendo llegado esta expresion á los oidos de César, se ocultó por largo tiempo, andando errante en el pais de los Sabinos; y despues en ocasion en que por hallarse enfermo lo conducian de una casa en otra, dió de noche en manos de los soldados de Sila que recorrian el pais para recoger á los refugiados. Del caudillo que los mandaba, que era Cornelio, recabó por dos talentos que lo dejase, y bajando en seguida al mar, se dirigió á la Bitinia cerca del Rey Nicomedes; á cuyo lado se mantuvo largo tiempo; y cuando regresaba fue apresado junto á la isla Farmacusa por los piratas, que ya entonces infestaban el mar con grandes escuadras é inmenso número de buques.

Lo primero que en este incidente hubo de notable fue que pidiéndole los piratas veinte talentos

por su rescate, se echó á reir, como que no sabian quién era el cautivo, y voluntariamente se obligó á darles cincuenta. Despues habiendo enviado á todos los demas de su comitiva, unos á una parte y otros á otra, para recoger el dinero, llegó á quedarse entre unos pérfidos piratas de Cilicia con un solo amigo y dos criados; y sin embargo los trataba con tal desden, que cuando se iba á recoger les mandaba á decir que no hicieran ruido. Treinta y ocho dias fueron los que estuvo mas bien guardado que preso por ellos; en los cuales se entretuvo y ejercitó con la mayor serenidad; y dedicado á componer algunos discursos, teníalos por oyentes, tratándolos de ignorantes y bárbaros cuando no aplaudian; y muchas veces les amenazó entre burlas y veras con que los habia de colgar, de lo que se reian, teniendo á sencillez y muchachada aquella franqueza. Luego que de Mileto le trajeron el rescate, y por su entrega fue puesto en libertad, equipó al punto algunas embarcaciones en el puerto de los Milesios, y se dirigió contra los piratas; á los que sorprendió anclados todavía en la isla, y se apoderó de la mayor parte de ellos. El dinero que les aprehendió lo declaró legítima presa; y poniendo las personas en prision en Pergamo, se fue en busca de Junio, que era quien mandaba en el Asia, porque á este le competia castigar á los apresados; pero como Junio pusiese la vista en el caudal, que no era poco, y respecto de los cautivos le dijese que ya veria cuando estuviese de vagar, no haciendo cuenta de él, se restituyó á Pergamo, y reuniendo en un punto todos aquellos bandidos, los puso en un palo, como muchas veces en chanza se lo habia prometido en la isla.

Habiendo empezado en este tiempo á decaer el poder de Sila, y llamándole sus deudos, se dirigió antes á Rodas á la escuela de Apolonio Molon, de quien tambien Ciceron era discípulo; hombre que

tenia opinion de probidad, y enseñaba públicamente. Dícese que César tenia la mejor disposicion para la elocuencia civil, y que no le faltaba la aplicacion correspondiente; de manera que en este estudio tenia sin disputa el segundo lugar; dejando á otros en él la primacía, por el deseo de tenerla en la autoridad y en las armas: asi que dándose con mas ardor á la milicia y á las artes del gobierno, por las que al fin alcanzó el imperio, solo por esta causa no llegó en la facultad de bien decir á la perfeccion á que podia aspirar por su ingenio; y él mismo mas adelante pedia en su respuesta contradictoria al *Caton* de Ciceron que no se hiciese cotejo en cuanto á la elegancia entre el discurso de un militar y el de un orador excelente, que escribia con la mayor diligencia y esmero.

Vuelto á Roma puso en juicio á Dolabela por vejaciones ejecutadas en la provincia; acerca de las que dieron testimonio muchas ciudades de la Grecia; mas con todo Dolabela fue absuelto; y César para mostrar su agradecimiento á aquella nacion tomó su defensa en la causa que sobre soborno seguia contra Publio Antonio ante Marco Luculo, pretor de la Macedonia; en la que estrechó tanto á Antonio, que tuvo que apelar para ante los tribunos de la plebe, pretestando que en la Grecia no contendia con Griegos con igual derecho. En Roma fue grande el favor y aplauso que se granjeó por su elocuencia en las defensas, y grande el amor del pueblo por su afabilidad y dulzura en el trato, mostrándose condescendiente fuera de lo que exigia su edad. Tenia ademas cierto ascendiente, que los banquetes, la mesa y el esplendor en todo lo relativo á su tenor de vida iban aumentando de dia en dia, y disponiéndole para el gobierno. Miráronle algunos desde luego con displicencia y envidia; pero en cierta manera lo despreciaron, persuadidos de que faltando el cebo para

los gastos, no llegaria á tomar cuerpo, y dejáron que se fortaleciese; pero cuando ya era tarde advirtieron cuánto habia crecido, y cuan dificil les era contrarestarle, sin embargo de que veian que se encaminaba al trastorno de la república: teniendo esta nueva prueba de que nunca es tan pequeño el principio de cualquiera empresa, que la continuacion no lo haga grande, tomando el no poder despues ser detenido del habérsele despreciado. Ciceron pues, que parece fue el primero que advirtió y temió aquella aparente serenidad para el gobierno, á manera de la del mar, y que en la apacibilidad y alegría del semblante reconoció la crueldad que bajo ellas se ocultaba, decia que en todos los demas intentos y acciones suyas notaba un ánimo tiránico; » pero cuando » veo, añadia, aquella cabellera tan cuidadosamente » arreglada, y aquel rascarse la cabeza con solo un » dedo, ya no me parece que semejante hombre pue» da concebir en su ánimo tan gran maldad, esto es, » la usurpacion del gobierno;" pero esto no lo dijo sino mas adelante.

La primera demostracion de benevolencia que recibió del pueblo fue cuando contendiendo con Cayo Publio sobre la comandancia militar, fue designado el primero, y la segunda y mas expresiva todavía cuando habiendo muerto Julia, muger de Mario, de la que era sobrino, pronunció en la plaza un magnífico discurso en su elogio, y en la pompa fúnebre se atrevió á hacer llevar las imágenes de Mario, vistas entonces por la primera vez despues del mando de Sila, habiendo sido los Marios declarados enemigos públicos. Porque como sobre este hecho clamasen algunos contra César, el pueblo les salió al encuentro decididamente, recibiendo con aplausos aquella demostracion, maravillado de que al cabo de tanto tiempo restituyera como del otro mundo aquellos honores de Mario á la ciudad. El pronunciar

elogios fúnebres de las mugeres ancianas era costumbre patria entre los Romanos; pero no estando en uso el elogiar á las jóvenes, el primero que lo ejecutó fue César en la muerte de su muger; lo que le concilió cierto favor y el amor de la muchedumbre, reputándole, á causa de aquel acto de piedad, por hombre de benigno y compasivo caracter. Despues de haber dado sepultura á su muger partió de Cuestor á España con Vetere, uno de los generales; al que tuvo siempre en honor y respeto; y á cuyo hijo, siendo él General, nombró Cuestor á su vez. Despues que volvió de desempeñar aquel cargo, se casó por tercera vez con Pompeya, teniendo de Cornelia una hija, que fue la que mas adelante casó con Pompeyo el Magno. Como fuese pródigo en sus gastos, parecia que trataba de adquirir á grande costa una gloria efimera y de corta duracion, cuando en realidad compraba mucho á costa de poco: asi se dice que antes de obtener magistratura ninguna se habia adeudado en mil y trescientos talentos. Encargado despues del cuidado de la via Apia, impendió mucho de su caudal; y como creado Edil presentase trescientas y veinte parejas de gladiatores, y en todos los demas festejos y obsequios de teatros, procesiones y banquetes hubiese oscurecido el esmero de los que le habian precedido, tuvo tan aficionado al pueblo, que cada uno excogitaba nuevos mandos y nuevos honores con que remunerarle.

Eran dos las facciones que habia en la ciudad; la de Sila, que tenia el poder, y la de Mario, que estaba entonces decaida y disuelta, habiendo sido enteramente maltratada. Queriendo pues suscitarla y promoverla durante el mayor aplauso de su magistratura edilicia, hizo formar secretamente las imagenes de Mario y algunas victorias en actitud de conducir trofeos, y llevándolas de noche al Capitolio, las colocó en él. Los que á la mañana las vieron tan

sobresalientes con el oro, y con tanto arte y primor ejecutadas, estando expresados en letra los triunfos alcanzados de los Cimbros, se llenaron de temor por el que las habia alli puesto, pasmados de su arrojo; y ciertamente que no era dificil de acertar. Difundiéndose pronto la voz, y trayendo á todo el mundo á aquel espectáculo, los unos gritaban que César espiraba á la tiranía, resucitando unos honores enterrados por las leyes y los senatus-consultos; y que aquello era una prueba para tantear las disposiciones del pueblo, á fin de ver si ablandado con sus obsequios, le dejaba seguir con tales ensayos y novedades; pero los de la faccion de Mario, que de repente se manifestaron en gran número, se alentaban unos á otros, y con su gritería y aplausos confundian el Capitolio. Muchos hubo á quienes al ver la imágen de Mario se les saltaron las lágrimas de gozo; elogiando á César hasta las nubes, y diciendo que él solo se mostraba digno pariente de Mario. Congregóse sobre estas ocurrencias el Senado, y levantándose Luctacio Cátulo, varon de la mayor autoridad entre los Romanos, acusó á César, pronunciando aquel dicho tan sabido que César no atacaba ya á la república con minas, sino con máquinas y á fuerza abierta; pero César hizo su defensa, y habiendo logrado convencer al Senado, todavía le acaloraban mas sus admiradores, y le excitaban á que pusiera por obra todos sus designios, pues con todo se saldria, y á todo se antepondria, teniendo tan de su parte la voluntad del pueblo.

Murió en esto el Pontífice máximo Metelo; y aunque se presentaron á pedir esta apetecible dignidad Isaurico y Catulo, varones muy distinguidos y de gran poder en el Senado, no por eso desistió César; sino que bajando á la plaza, se mostró competidor. Pareció dudosa la contienda, y Cátulo, que por su mayor dignidad temia mas la incertidumbre del éxi-

to, se valió de personas que persuadieran á César se apartase del intento mediante una grande suma; pero este respondió que si fuese necesario contender de este modo, tomaria prestada otra mayor. Venido el dia, como la madre le acompañase hasta la puerta de casa no sin derramar algunas lágrimas: hoy verás, le dice, ó madre, á tu hijo ó Pontífice ó desterrado; y dados los sufragios no sin grande empeño, quedó vencedor, inspirando al Senado y á los primeros ciudadanos un justo recelo de que tendria á su disposicion al pueblo para cualquiera arrojo. Con este motivo Pison y Catulo culpaban á Ciceron de haber andado indulgente con César, cuando en la conjuracion de Catilina dió suficiente causa para ser envuelto en ella. Porque Catilina, cuyo proyecto no se limitaba á mudar el gobierno, sino que se extendia á destruir toda autoridad y trastornar completamente la república, redargüido con ligeros indicios, se habia salido de la ciudad, antes que se hubiese descubierto todo su plan, dejando por sucesores en él dentro de ella á Lentulo y Cetego. Si César les dió ó no secretamente algun calor y poder, es cosa que no se pudo averiguar; pero convencidos aquellos con pruebas irresistibles en el Senado, y preguntando el Consul Ciceron á cada uno su dictamen acerca de la pena, hasta César todos los condenaron á muerte; pero este, levantándose, pronunció un discurso muy estudiado para persuadir que dar la muerte sin juicio precedente á ciudadanos distinguidos por su dignidad y su linage no era justo ni conforme á los usos patrios, como no fuese en el último apuro; y que poniéndolos en custodia en las ciudades de Italia que el mismo Ciceron eligiese hasta tanto que Catilina fuese exterminado, despues podria el Senado en paz y en reposo determinar acerca de cada uno lo que correspondiese.

Pareció tan arreglado y humano este dictamen,

y fue pronunciado con tal vehemencia, que no solo los que votaron despues, sino aun muchos de los que habian hablado antes, reformando sus opiniones, se pasaron á él, hasta que á Caton y á Catulo les llegó su vez: porque estos lo contradijeron con esfuerzo, y dando Caton en su discurso valor y cuerpo á la sospecha contra César, y altercando resueltamente con él, los reos fueron mandados al suplicio, y á César, al salir del Senado muchos de los jóvenes que hacian la guardia á Ciceron, sacando contra él las espadas, le detuvieron; pero se dice que á aquel tiempo Curion, cubriéndole con la toga, le libertó de sus golpes; y que el mismo Ciceron, habiéndose vuelto los jóvenes á mirarle, los retrajo por señas, ó por temor del pueblo, ó porque realmente no tuviese por justa aquella muerte. Y si esto fue cierto, no sé cómo Ciceron no hizo de ello mencion en el escrito sobre su consulado: lo cierto sin embargo es que despues se le culpó de no haber sabido aprovechar la ocasion que contra César se le presentó por demasiado temor al pueblo, que protegia entonces á César con el mayor empeño. Así es que habiéndose este presentado en el Senado de alli á pocos dias, y hecho su apología por las sospechas contra él formadas, lo que no se verificó sin peligrosas agitaciones, como la sesion del Senado durase mas tiempo que el que era de costumbre, acudió el pueblo con grande gritería, y cercó la curia, reclamando á César, y mandando que lo dejaran salir. De aqui nació que temeroso el mismo Caton de las innovaciones á que podrian prestar apoyo los ciudadanos mas miserables, que eran los que acaloraban á la muchedumbre, teniendo en César toda su esperanza, persuadió al Senado que les distribuyese trigo por meses; con lo que los demas gastos anuales de la república se aumentaron en cinco cuentos y quinientas mil dracmas; pero tambien esta disposicion disipó notoriamente por lo pronto aquel gran temor,

y debilitó en tiempo el desmedido poder de César, que iba á ser Pretor, y hubiera inspirado mayor miedo á causa de esta magistratura.

No produjo esta sin embargo ninguna turbacion; y antes sobrevino un incidente doméstico muy desagradable para César. Publio Clodio era un joven, patricio de linage, señalado en riqueza y en elocuencia; pero que en insolencia y desvergüenza no cedia el primer lugar á ninguno de los mas notados de disolutos. Amaba este á Pompeya, muger de César, sin que ella lo llevase á mal; pero la habitacion de Pompeya estaba cuidadosamente guardada, y la madre de César Aurelia, muger respetable, y que andaba continuamente en seguimiento de la nuera, hacia dificil y peligrosa la entrevista de los amantes. Veneran los Romanos una Diosa, á la que llaman Bona, como los Griegos Muliebre ó Femenil; y de la cual dicen los de Frigia (que la tienen por propia suya) que es la madre del Rey Midas, los Romanos la ninfa Driada casada con Fauno; y los Griegos la madre de Baco, que no es dado nombrar; de donde viene que las que celebran su fiesta adornan las tiendas con ramas de viña, y el dragon sagrado está postrado á los pies de la Diosa segun la fábula. No es lícito que á esta fiesta se acerque ningun varon, ni que siquiera exista en casa mientras se celebra; sino que las mugeres solas unas con otras se dice que ejecutan en esta solemnidad arcana muchas ceremonias parecidas á los misterios Orficos. Llegado pues el tiempo de haberse de celebrar en la casa del Consul ó el Pretor, este y cuantos varones hay salen de casa; de la que se entrega la muger, la adorna, y la mayor parte de los ritos se ejecutan por la noche, pasándola toda en vela con algazara y músicas.

Celebraba Pompeya esta fiesta, y Clodio, que era todavía imberbe, y por lo mismo esperaba poder quedar oculto, tomó el vestido y arreos de una

cantora, y con este disfraz se introdujo, pudiendo confundirse con una mocita. Estaban las puertas abiertas, y fue introducido sin tropiezo por una criada que estaba en el secreto, la cual corrió á anunciarlo á Pompeya. Fue precisa alguna detencion; y como no pudiendo aguantar Clodio en el sitio donde aquella le dejó, se echase á andar por la casa que era grande, resguardándose de la luz, dió con él una criada de Aurelia, que le provocaba á juguetear, como que le tenia por otra muger; y al ver que se negaba, echándole mano, le preguntó, quién y de dónde era: respondió Clodio que estaba esperando á Abra, criada de Pompeya, que asi se llamaba aquella; pero como fuese descubierto por la voz, esta otra criada corrió dando voces á traer luz, y adonde estaba la reunion, gritando que habia visto un hombre. Sobresaltáronse todas las mugeres; y Aurelia, suspendiendo y reservando las orgias de la Diosa, hizo cerrar las puertas de la casa, y se puso á recorrerla toda por sí con luces en busca de Clodio. Encontrósele en el cuarto de la criada, en el que se habia entrado huyendo; y descubierto asi por las mugeres, se le puso la puerta afuera. Este suceso, yéndose en aquella misma noche las otras mugeres á sus casas, lo participaron á sus maridos, y al otro dia corrió por toda la ciudad la voz de que Clodio habia cometido un gran sacrilegio, y era deudor de la pena, no solo á los ofendidos, sino á la república y á los dioses. Acusóle pues de impiedad uno de los tribunos de la plebe, y se mostraron indignados contra él los mas autorizados del Senado, dando testimonio de otros hechos feos, y de incesto con su hermana casada con Luculo; pero haciendo frente el pueblo á estos esfuerzos, se puso á defender á Clodio, á quien fue de grande utilidad cerca de unos jueces aterrados é intimidados por la muchedumbre. En cuanto á César al punto repudió á Pompeya;

pero llamado á ser testigo en la causa, dijo que nada sabia de lo que se imputaba á Clodio. Como sorprendido el acusador con una declaracion tan extraña le preguntase, ¿por qué habia repudiado á su muger? porque quiero, dijo, que de mi muger ni siquiera se tenga sospecha. Unos dicen que César dió esta respuesta, porque realmente pensaba de aquel modo; y otros que quiso en ella congraciarse con el pueblo, al que veia empeñado en salvar á Clodio. Fue pues absuelto de aquel crimen, habiendo dado con confusion sus votos los mas de los jueces, para no exponerse al furor de la muchedumbre si condenaban, ni incurrir en el odio de los buenos si absolvian.

César, despues de la pretura, habiéndole cabido la España en el sorteo de las provincias, como al salir para ella se viese estrechado y ostigado de los acreedores, acudió á Craso, que era el mas rico de los Romanos; pero necesitaba del grande influjo y ardimiento de César para su contienda en punto á gobierno con Pompeyo. Tomó pues Craso sobre sí el acallar á los acreedores mas molestos é implacables, afianzando hasta en cantidad de ochocientos y treinta talentos; y de este modo pudo aquel partir á su provincia. Dícese que pasando los Alpes, al atravesar sus amigos una aldea de aquellos bárbaros, poblada de pocos y miserables habitantes, dijeron con risa y burla: ¿si habrá aqui tambien contiendas por el mando, intrigas sobre preferencia, y envidias de los poderosos unos contra otros? y que César les respondió con viveza: pues yo mas querria ser entre estos el primero que entre los Romanos el segundo. Del mismo modo se cuenta que en otra ocasion hallándose desocupado en España leia un escrito sobre las cosas de Alejandro, y se quedó pensativo largo rato, llegando hasta derramar lágrimas; y como se admirasen los amigos de lo que podria ser, les dijo: ¿pues no os parece digno de pesar el que Alejandro

de esta edad reinase ya sobre tantos pueblos, y que yo no haya hecho todavía nada digno de memoria?

Llegado á España, desplegó al punto una grande actividad: de manera que en pocos dias agregó diez cohortes á las veinte que ya tenia; y moviendo contra los Gallegos y Lusitanos, los venció, llegando por aquella parte hasta el mar exterior, despues de haber sujetado á naciones que todavía no estaban bajo la dominacion Romana. Terminadas tan felizmente las cosas de la guerra, no administró con menor inteligencia las de la paz, reduciendo á concordia las ciudades, y sobre todo allanando las diferencias entre deudores y acreedores: porque ordenó que de las rentas de los deudores percibiese el acreedor dos terceras partes, y de la otra dispusiese el dueño hasta estar satisfecho el préstamo. Habiendo adquirido con su gobierno un gran concepto, dejó la provincia, hecho ya rico él mismo, y habiendo contribuido á mejorar la suerte de sus soldados, por quienes fue saludado Emperador.

Los que aspiraban á que se les concediese el triunfo debian permanecer fuera de la ciudad; y los que pedian el consulado era preciso que lo ejecutasen hallándose presentes en ella: constituido pues en este conflicto, y estando próximos los comicios consulares, envió á solicitar del Senado que se le permitiese estando ausente mostrarse competidor del consulado por medio de sus amigos. Sostuvo Caton al principio la ley contra semejante pretension; y despues, viendo á muchos ganados por César, tomó el medio de destruir sus intentos con solo el tiempo, consumiendo en hablar todo el dia; pero este resolvió entonces desistir del triunfo, y atenerse al consulado. Entró pues en la ciudad al punto, y tomó por su cuenta una empresa que engañó á todos los demas ciudadanos, á excepcion de Caton. Era esta la reconciliacion de Pompeyo y Craso, que tenian el mayor po-

der en la república; y uniéndolos César en amistad de la discordia en que estaban, juntó en provecho suyo el poder de ambos; y haciendo una obra que tenia todos los visos de humana, no se echó de ver que iba á parar en el trastorno de la república. Pues no fue, como creen los mas, la discordia de César y Pompeyo la que produjo la guerra civil, sino mas bien su amistad, habiéndose reunido primero para acabar con la aristocracia, aunque despues volviesen á discordar entre sí. Caton, prediciendo muchas veces todo lo que iba á suceder, entonces fue tachado de hombre díscolo y descontentadizo; pero á la postre adquirió fama de consejero prudente, aunque desgraciado.

César pues, fortalecido con la amistad de Craso y de Pompeyo, fue promovido al consulado, que se le declaró con gran superioridad de votos, dándole por colega á Calpurnio Bibulo. Entrado en ejercicio, propuso inmediatamente leyes, no propias de un Consul, sino de un insolente Tribuno de la plebe: á saber, sobre repartimientos y sorteos de terrenos. Opusiéronsele los hombres de mas probidad y de mayor concepto del Senado; y él, que no deseaba mas que un pretexto, haciendo exclamaciones y protestas ante los dioses y los hombres de que contra su voluntad se le ponia en la precision de acudir al pueblo, y mostrarse obsequioso con él por agravios y mal trato del Senado, salió efectivamente para dar cuenta al pueblo, y poniendo junto á sí á un lado á Craso y á otro á Pompeyo, les preguntó, ¿si estarian por las leyes? y como respondiesen afirmativamente, les rogó que le auxiliasen contra los que habian hecho la amenaza de que se opondrian con la espada. Prometiéronselo; y aun Pompeyo añadiendo que vendria contra las espadas trayendo espada y escudo. Fue esto de sumo disgusto para los principales que escucharon de su boca una expresion

indigna del respeto que le tenian, poco decorosa á la magestad del Senado, y propia de un furioso ó de un mozuelo; pero el pueblo se mostró muy contento. César, para participar mas de lleno del poder de Pompeyo, teniendo una hija llamada Julia desposada con Servilio Cepion, la desposó con Pompeyo, y á Servilio le dijo que le daria la de Pompeyo, que no estaba tampoco sin desposar, sino prometida á Fausto el hijo de Sila. De alli á poco César casó con Calpurnia, hija de Pison, al que designó Cónsul para el año siguiente. Entonces Caton clamó y protestó públicamente con la mayor vehemencia que era insufrible el que el gobierno de la república se adquiriese con matrimonios, y que por medio de mugeres se fuesen promoviendo unos á otros al mando de las provincias y de los ejércitos, y á todas las magistraturas. El colega de César Bibulo, cuando vió que con oponerse á las leyes nada adelantaba, y que antes estuvo muchas veces en peligro de perecer con Caton en la plaza, pasó encerrado en su casa todo el tiempo que le quedaba de consulado. Pompeyo, hecho que fue el casamiento, llenó la plaza de armas, é hizo que el pueblo sancionara las leyes; y á César sobre las dos Galias, Cisalpina y Transalpina, le añadió el Ilirio con cuatro legiones por el tiempo de cinco años. Quiso Caton contradecir estas tropelías, y César lo hizo llevar á la cárcel, pensando que apelaria á los Tribunos de la plebe; pero este marchó tranquilo sin hablar palabra; y César, viendo que no solo los primeros ciudadanos lo llevaban á mal, sino que la plebe movida del respeto á la virtud de Caton seguia con silencio y abatimiento, rogó en secreto á uno de los Tribunos que le pusiera en libertad. De los demas del Senado eran pocos los que concurrian á él; pues los mas, incomodados y disgustados, procuraban retirarse; y diciendo un dia Considio, que era de los mas ancianos, que

el no concurrir consistia en que las armas y los soldados los intimidaban, le preguntó César: ¿pues porqué tú no te estas tambien por miedo en tu casa? á lo que contestó Considio: porque en mí la vejez hace que no tema; pues la vida que me queda, habiendo de ser corta, no pide ya gran cuidado. De todo cuanto se hizo en su consulado lo mas abominable y feo fue el que hubiese sido nombrado Tribuno de la plebe aquel mismo Clodio por quien fueron violadas las leyes de los matrimonios y los nocturnos misterios. Nombrósele en ruina de Ciceron; y César no marchó al ejército sin haber antes oprimido á Ciceron por medio de Clodio, y héchole salir de la Italia.

Estos se dice haber sido los hechos memorables de su vida antes de los de las Galias. El tiempo de las guerras que despues sostuvo, y de las campañas con que domó la Galia, como si hubiera tenido un nuevo principio, y se le hubiera abierto otro camino para una vida nueva y nuevas hazañas, le acreditó de un guerrero y caudillo no inferior á ninguno de los mas admirados y mas célebres en la carrera de las armas; y antes comparado con los Fabios, los Escipiones y los Metelos; con los que poco antes le habian precedido, Sila, Mario y los dos Luculos; y aun con el mismo Pompeyo, cuya fama sobrehumana florecia entonces con la gloria de toda virtud militar, las hazañas de César le hacen superior á uno por la aspereza de los lugares en que combatió; á otro por la extension del territorio que conquistó; á este por el número y valor de los enemigos que venció; á aquel por lo extraño y feroz de las costumbres que suavizó; á otro por la blandura y mansedumbre con los cautivos; á otro finalmente por los donativos y favores hechos á los soldados; y á todos por haber peleado mas batallas y haber destruido mayor número de enemigos: pues habiendo hecho la guerra diez años no cumplidos en

la Galia, tomó á viva fuerza mas de ochocientas ciudades, y sujetó trescientas naciones; y habiéndosele opuesto por partes y para los diferentes encuentros hasta tres cuentos de enemigos, con el un cuento acabó en las acciones, y cautivó otros tantos.

El amor y aficion con que le miraban sus soldados llegó á tal extremo, que los que en otros ejércitos en nada se distinguian, se hacian invictos é insuperables en todo peligro por la gloria de César. Tal fue Acilio, que en el combate naval de Marsella, acometiendo á un barco enemigo, perdió de un sablazo la mano derecha, pero no soltó de la izquierda el escudo; y antes hiriendo con él en la cara á los enemigos, los ahuyentó á todos, y se apoderó del barco. Tal Casio Esceva, á quien en el combate de Dirraquio le sacaron un ojo con una saeta, le pasaron un hombro con un golpe de lanza y un muslo con otro, y habiendo ademas recibido en el escudo otros ciento y treinta saetazos, llamó á los enemigos como para rendirse; y acercándosele dos, al uno le partió un hombro con la espada, é hiriendo en la cara al otro, lo rechazó, y él se salvó protegiéndole los suyos. En Bretaña cargaron los enemigos sobre los primeros de la fila, que se habian metido en un sitio cenagoso y lleno de agua, y un soldado de César, estando este mirando el combate, penetró por medio, y ejecutando muchas y prodigiosas hazañas de valor, salvó á aquellos caudillos, haciendo huir á los bárbaros, y pasando con dificultad por medio de todos, se arrojó á un arroyo pantanoso, del que trabajosamente, ya nadando y ya andando, pudo salir á la orilla, aunque sin escudo. Admiróse César, y con gran placer y regocijo salió á recibirle; pero él muy apesadumbrado y lloroso se echó á sus pies, pidiéndole perdon por haber perdido el escudo. En Africa se apoderó Escipion de una nave de César, en la que navegaba Granio Patronio, nombrado Cuestor, y habiendo te-

nido por presa á todos los demas, dijo que al Cuestor lo dejaba ir salvo; pero este, contestando que los soldados de César estaban acostumbrados á dar la salud, no á recibirla, se dió la muerte pasándose con la espada.

Este denuedo y esta emulacion los habia fomentado y encendido el mismo César; en primer lugar con no poner límites á las recompensas y los honores, haciendo ver que no allegaba riqueza con las guerras para su propio lujo ó sus placeres; sino que ponia y guardaba en depósito los que eran comunes premios del valor; y que no estimaba el ser rico sino en cuanto podia remunerar á los soldados que lo merecian; y en segundo lugar con exponerse voluntariamente á todo peligro, y no rehusar ninguna fatiga. El que fuese arriscado y despreciador de los peligros no era extraño en su ambicion; pero su sufrimiento y tolerancia en las fatigas, pareciendo que era superior á sus fuerzas físicas no dejó de causar admiracion: porque con ser de complexion flaca, de carnes blancas y flojas, y estar sujeto á dolores de cabeza y al mal epiléptico, habiendo sido en Córdoba donde le acometió la primera vez, segun se dice, no buscó en su delicadeza pretexto para la cobardía; sino haciendo de la milicia una medicina para su debilidad, con los continuos viages, con las comidas poco exquisitas, y con tomar el sueño en cualquiera parte, lidiaba con sus males, y conservaba su cuerpo, puede decirse, que inaccesible á ellos. Por lo comun tomaba el sueño en carruage ó en litera, haciendo de este modo que el mismo reposo se convirtiera en accion; y sus viages de dia eran á las fortalezas, á las ciudades y á los campamentos, llevando á su lado uno de aquellos amanuenses que estaban acostumbrados á escribir en la marcha, y yendo á la espalda un solo soldado con espada. De este modo corria sin intermision; de manera que cuando hizo su primera salida de Roma,

á los ocho dias estaba ya en el Ródano. El correr á caballo le era desde niño muy fácil: porque se habia acostumbrado á hacer correr á escape un caballo con las manos cruzadas á la espalda; y en aquellas campañas se ejercitó en dictar cartas caminando á caballo, dando que hacer á dos escribientes á un tiempo, y segun Opio á muchos. Dícese haber sido César el primero que introdujo tratar con los amigos por escrito, no dando lugar muchas veces la oportunidad para tratar cara á cara los negocios urgentes, por las muchas ocupaciones, y por la grande extension de la ciudad. De su poco reparo en cuanto á comida se da tambien esta prueba: teníale dispuesta cena en Milan su huesped Valerio Leon, y habiéndole puesto espárragos, en lugar de aceite echaron ungüento; comió no obstante sin manifestar el menor disgusto, y á sus amigos que no lo pudieron aguantar, los reprendió, diciéndoles: basta no comer lo que no agrada; y el que reprende esta rusticidad es el que se acredita de rústico. Obligado de la tempestad en una ocasion yendo de camino á recogerse en la casilla de un pobre, como viese que no habia mas que un cuartito, en el que con dificultad cabia uno solo, dijo á sus amigos que en las cosas de honor se debia ceder á los mejores, y en las que son de necesidad á los mas enfermos; y mandó que Opio durmiera en el cuartito, acostándose él mismo con los demas en el cubierto que habia delante de la puerta.

La guerra primera que tuvo que sostener fue contra los Helvecios y Tiburinos, que poniendo fuego á sus doce ciudades y trescientas aldeas, caminaban acercándose á Roma por la Galia ya sojuzgada, como antes los Cimbros y Teutones; no siendo inferiores á estos en arrojo, y ascendiendo la muchedumbre de todos ellos á trescientos mil hombres, y el número de los combatientes á ciento noventa mil. De estos á los Tiburinos los destrozó junto al rio Araris,

no por sí, sino por medio de Labieno, á quien envió con este encargo. En cuanto á los Helvecios, conduciendo él mismo su ejército á una ciudad aliada, le acometieron repentinamente en la marcha; por lo que se apresuró á acogerse á una posicion fuerte y ventajosa. Reunió y ordenó alli sus fuerzas, y trayéndole el caballo: este, dijo, lo emplearé despues de haber vencido en la persecucion; ahora vamos á los enemigos, y los acometió á pie. Costóle tiempo y dificultad el rechazar la gente de guerra; pero el trabajo mayor fue en el sitio donde se hallaban los carros, y en el campamento, porque no solo aquella hizo otra vez cara y volvió al combate, sino que sus hijos y sus mugeres se resistieron con obstinacion hasta la muerte, de manera que no se terminó la batalla casi hasta la media noche. Coronó esta victoria, que fue gloriosa, con el hecho mas ilustre todavía de establecer á los fugitivos que pudo haber de aquellos bárbaros, precisándolos á repoblar el pais que habian dejado; y á levantar las ciudades que habian destruido, siendo todavía en número de mas de cien mil; lo que ejecutó por temor de què adelantándose los Germanos, podrian ocupar aquella region.

Por el contrario la segunda guerra la sostuvo por los Galos contra los Germanos, sin embargo de haber antes declarado aliado en Roma á su Rey Ariobisto; y es que eran vecinos muy molestos á los pueblos sujetos á la república, y se temia que si la ocasion se presentaba, no permanecerian quietos en sus asientos, sino que invadirian y ocuparian la Galia. Viendo pues á los caudillos de los Galos poseidos del miedo, mayormente á los mas distinguidos y jóvenes de los que se le habian reunido, como gente que tenia la idea de pasarlo bien y enriquecerse con la guerra, convocándolos á una junta, les dijo que se retiraran y no se expusieran contra su voluntad, siendo hombres de poco ánimo y dados al regalo; y que con

tomar él solamente la legion décima, marcharia á los bárbaros, pues que no tendria que pelear con enemigos que valieran mas que los Cimbros; ni él se reputaba por General inferior á Mario. En consecuencia de esto la legion décima le envió una embajada para darle gracias; pero las demas se quejaron de sus gefes, y llenos todos los soldados de ardor y entusiasmo, le siguieron el camino de muchos dias, hasta acampar á doscientos estadios de los enemigos. Hubo ya en esta marcha una cosa que debilitó y quebrantó la osadía de Ariobisto: porque ir los Romanos en busca de los Germanos, que estaban en la inteligencia de que si ellos se presentasen, ni siquiera aguardarian aquellos por lo inesperado, le hizo admirar la resolucion de César, y vió á su ejército sobresaltado. Todavía los descontentaron mas los vaticinios de sus mugeres; las cuales mirando á los remolinos de los rios, y formando conjeturas por las vueltas y ruido de los arroyos, predecian lo futuro; y estas no les dejaban que dieran la batalla hasta que apareciera la luna nueva. Habiéndolo entendido César, y viendo á los Germanos en reposo, le pareció mas conveniente ir contra ellos cuando estaban desprevenidos, que esperar á que llegara su tiempo; y acometiendo á sus fortificaciones, y á las alturas sobre que tenian su campo, los provocó é irritó á que impelidos de la ira bajasen á trabar combate; y habiéndolos desordenado y puesto en huida, los persiguió por cuarenta estadios hasta llegar al Rin, llenando todo aquel terreno de cadáveres y de despojos. Ariobisto, adelantándose con unos cuantos, pasó el Rin; y se dice haber sido ochenta mil el número de los muertos.

Ejecutadas estas hazañas, dejó en los Secuanos las tropas para pasar el invierno; y queriendo tomar conocimiento de las cosas de Roma, bajó á la Galia del Po, que era de la provincia en que mandaba, porque el rio llamado Rubicon separa la Galia situada

de la parte de acá de los Alpes del resto de la Italía. Desde alli ganaba partido con el pueblo, pues eran muchos los que iban á verle, dando á cada uno lo que le pedia, y despachándolos á todos contentos: á unos por haber ya recibido lo que apetecian, y á otros por haberlos lisongeado con esperanzas: de manera que por todo el tiempo que de alli en adelante se mantuvo en la provincia, sin que lo advirtiese Pompeyo, ora estuvo quebrantando con las armas de los ciudadanos á los enemigos, y ora con las riquezas y despojos de estos conquistando á los ciudadanos. Mas habiendo entendido que los Belgas, que eran los mas poderosos de los Celtas, y poseian la tercera parte de la Galia, se habian rebelado, teniendo reunidos muchos millares de hombres sobre las armas, precipitó su vuelta, y marchó allá con la mayor celeridad. Sobrecogió á los enemigos talando el pais de los Galos, aliados de la república, y habiendo derrotado á la muchedumbre que peleó cobardemente, á todos los pasó al filo de la espada; de manera que los lagos y rios profundos se pudieron transitar por encima de los montones de cadáveres. De los pueblos sublevados, los de la parte del Occéano todos se sometieron voluntariamente; y solo tuvo que hacer la guerra á los Nervios, que eran los mas feroces y belicosos; los cuales habitaban en espesos encinares, y tenian sus familias y sus haberes en lo profundo de una selva á la mayor distancia de los enemigos. Estos pues, en número de sesenta mil hombres, cargaron repentinamente á César al tiempo de estar poniendo su campo, lejos de esperar tan imprevista batalla; y á la caballería lograron ponerla en fuga. y envolviendo las legiones duodécima y séptima, dieron muerte á todos los cabezas de fila, y si César, tomando el escudo y penetrando por entre los que le precedian, no hubiera acometido á los enemigos, y la legion décima, viendo su peligro, no hubiera acudido prontamente des-

de las alturas, y hubiera desordenado la formacion de los enemigos, es probable que ninguno se habria salvado: aun asi, con haber sostenido por el arrojo de César un combate muy superior á sus fuerzas, no pudieron rechazar á los Nervios, sino que alli los acabaron defendiéndose: pues se dice que de sesenta mil solo se salvaron quinientos, y de cuatrocientos senadores tres.

Recibidas estas noticias por el Senado, decretó que por quince dias se sacrificase á los dioses, y que aquellos, absteniéndose de todo trabajo, se pasasen en fiestas, no habiéndose nunca señalado otros tantos por ninguna victoria; y es que el peligro se reputó grande por amenazar á un tiempo tantas naciones; haciendo tambien mas insigne este vencimiento la pasion con que la muchedumbre miraba á César, por ser este el que lo habia alcanzado; el cual habiendo dejado en buen estado las cosas de la Galia, volvió otra vez á invernar en el pais regado por el Pó para continuar sus manejos en la ciudad: pues no solamente los que aspiraban á las magistraturas por su mediacion, y los que las obtenian sobornando al pueblo con el caudal que él les remitia, hacian cuanto estaba á su alcance para adelantarlo en influjo y poder, sino que de los ciudadanos mas principales y de mayor opinion los mas habian acudido á visitarle á Luca; y entre estos Pompeyo y Craso, y Apio, comandante de la Cerdeña, y Nepote, proconsul de la España: de manera que se juntaron hasta ciento y veinte lictores, y del orden senatorio arriba de doscientos. Convinóse en un consejo que tuvieron, en que Pompeyo y Craso serian nombrados Cónsules, y que á César se le asignarian fondos y otros cinco años de mando militar, que fue lo que pareció mas extraño á los que examinaban las cosas sin pasion: por cuanto los mismos que recibian grandes sumas de César, estos mismos persuadian al Senado á que le

hiciera asignaciones, como si estuviera faltò, ó por mejor decir, lo precisaban á ejecutarlo y á llorar sobre lo propio que decretaba, pues se hallaba ausente Caton, porque de intento lo habian enviado á Chipre; y aunque Fabonio, que seguia las huellas de Caton, se salió fuera de la curia á gritar al pueblo cuando vió que no sacaba ningun partido, nadie hizo caso: algunos por respeto á Pompeyo y á Craso; y los mas por complacer á César, sobre cuyas esperanzas vivian descansados.

Restituido César al ejército que habia dejado en las Galias, tuvo que volver á una reñida guerra en la propia region, á causa de que dos grandes naciones de Germania habian acabado de pasar el Rin con el intento de adquirir nuevas tierras, de las cuales era la una la de los Usipetes, y la otra la de los Tencteros. Acerca de la batalla lidiada contra estos enemigos escribió César en sus comentarios, que habiéndole enviado los bárbaros una embajada para tratar de paz, le pusieron celadas en el camino, con lo que le derrotaron la caballería, que constaba de cinco mil hombres, bien desprevenidos para semejante traicion, con ochocientos de los suyos; y que como le enviasen despues otros para engañarle segunda vez, los detuvo y movió contra ellos con todo su ejército, creyendo que seria gran simpleza guardar fe á hombres tan infieles y prevaricadores. Canisio dice que Caton al decretar el Senado fiestas y sacrificios por esta victoria, abrió dictamen sobre que César fuese entregado á los bárbaros, para que asi expiase la ciudad la abominacion de haber quebrantado la tregua, y la execracion se volviese contra su autor. De los que habian pasado fueron destrozados en aquella accion cuatrocientos mil; y á los pocos que volvieron los recibieron los Sicambros, que eran otra de las naciones de Germania. Sirvióle esto de motivo á César para ir contra ellos, y mas que por otra parte le es-

timulaba la gloria de ser el primero que con ejército hubiese pasado el Rin. Echó pues en él un puente sin embargo de ser sumamente ancho, y llevar por aquella parte gran caudal de agua con una corriente impetuosa y rápida, que con los troncos y árboles que arrastraba conmovia los apoyos y postes del puente; pero oponiendo á este choque grandes maderos hincados en medio del rio, y refrenando la fuerza del agua que heria en la obra, dió un espectáculo que excede toda fe, habiendo acabado el puente en solos diez dias.

Pasó sus tropas sin que nadie se atreviese á hacerle resistencia; y como aun los Suevos, gente la mas belicosa de Germania, se metiesen en barrancos profundos y cubiertos de arbolado, dando fuego á lo que pertenecia á los enemigos, y alentando y tranquilizando á los que siempre se habian mostrado adictos á los Romanos, se retiró otra vez á la Galia, habiendo sido de diez y ocho dias su detencion en Germania. La espedicion á Bretaña dió celebridad á su osadía y determinacion: porque fue el primero que surcó con armada el Océano occidental, y que navegó por el Atlántico, llevando consigo un ejército para hacer la guerra; y cuando no se creia que fuese una isla á causa de su extension, y era por lo tanto materia de disputa para muchos escritores, que la tenian por un puro nombre y por una voz de cosa inventada que en ninguna parte existia, se propuso sujetarla, llevando fuera del orbe conocido la dominacion de los Romanos. Dos veces hizo la travesía á la isla desde la parte de la Galia que le cae enfrente; y habiendo en continuadas batallas maltratado á los enemigos, mas bien que aprovechado en nada á los suyos, pues que no habia cosa del menor valor entre gentes infelices y pobres, no dió á aquella guerra el fin que deseaba, sino que contentándose con recibir rehenes del Rey y arreglar los tributos, se volvió

de la isla. A su llegada encontró cartas que iban á mandársele de sus amigos de Roma, en las que le anunciaban el fallecimiento de su hija, que habia muerto de parto en la compañía de Pompeyo. Grande fue el pesar de este y grande el de César; mas tambien los amigos se apesadumbraron, viendo disuelto el deudo que habia conservado en paz y en concordia la república, bien doliente y quebrantada de otra parte, porque el niño murió tambien luego, habiendo sobrevivido á la madre pocos dias. La muchedumbre cargó, contra la voluntad de los tribunos de la plebe, con el cadáver de Julia, y le llevó al campo Marcio, donde se le hicieron las exequias, y yace sepultado.

Repartió César por precision sus fuerzas, que ya eran de consideracion, en diversos cuarteles de invierno; y marchando él á Italia, como lo tenia de costumbre, volvieron otra vez á inquietarse por todas partes los Galos, y dirigiéndose con ejércitos numerosos contra los cuarteles de los Romanos, intentaban tomarlos; y la mayor y mas poderosa fuerza de los sublevados, conducida por Ambiorige, habia dado muerte á Cota y Titorio en su mismo campamento. A la legion mandada por Ciceron la cercaron con sesenta mil hombres, y estuvo en muy poco que la tomasen á viva fuerza, estando ya todos heridos; sino que por su valor se defendieron mas allá de lo que podian. Dióse parte de estos sucesos á César, que se hallaba ya muy lejos; pero retrocedió con la mayor presteza, y juntando en todo hasta unos siete mil hombres, marchó con ellos á ver si podia sacar del sitio á Ciceron. No se les ocultó á los sitiadores que le salieron al encuentro, ciertos de oprimirle por el desprecio con que miraban sus pocas fuerzas; mas él usando de ardides les huia el cuerpo continuamente; y tomando una posicion propia de quien peleaba con pocos contra muchos, fortificó su campamen-

to, donde contuvo á los suyos de todo combate, y los precisó á establecer trincheras y á hacer obras en las puertas, como si estuvieran temerosos, preparando asi de intento el que los despreciaran; hasta que saliendo cuando los enemigos andaban sueltos y desordenados con la nimia confianza, los deshizo y desbarató, haciendo en ellos gran matanza.

Esto comprimió muchas de las rebeliones de los Galos por aquella parte, y tambien el que el mismo César corrió el pais, y acudió á todas partes en medio del invierno, estando muy atento á cualquiera novedad. Viniéronle ademas de Italia, en lugar de las tropas perdidas, tres legiones: dos que le prestó Pompeyo de las que estaban á sus órdenes, y una que él habia levantado en la Galia del Pó. En tanto lejos de alli brotaron y salieron á luz las semillas esparcidas de antemano, y fomentadas en secreto por hombres poderosos entre las gentes mas belicosas, de la guerra mas porfiada y de mayor riesgo de cuantas alli se ofrecieron: semillas corroboradas con numerosa juventud, con armas buscadas por todas partes, con grandes caudales recogidos al intento, con ciudades fortificadas y con puestos casi inexpugnables. Era esto en la estacion del invierno; y los rios helados, las selvas cubiertas de nieve, las llanuras inundadas con los torrentes, los caminos confundidos con la profunda nieve y la inseguridad de la marcha por los lagos y arroyos salidos de madre: todo parece que concurria á poner á los rebeldes fuera del alcance de César. Eran muchas las gentes sublevadas; pero las que llevaban la voz eran los Arvernios y Carnutes; y la autoridad suprema para la guerra se habia conferido por eleccion á Vercingentorix; á cuyo padre habian dado muerte los Galos por parecerles que se erigia en tirano.

Este pues, repartiendo sus fuerzas en muchas divisiones, y poniéndolas al mando de diversos caudi-

llos, procuraba hacer entrar en su plan á todo el pais del contorno hasta el rio Araris, llevando la idea, si lograba que en Roma se formase partido contra César, de concitar para aquella guerra á toda la Galia; y si esto lo hubiera hecho poco despues, cuando ya César estaba implicado en la guerra civil, no hubieran sido los temores que en tal caso se hubieran apoderado de la Italia menos violentos que aquellos que los Cimbros le causaron. Mas ahora César, cuyo ingenio era sacar partido de todos los accidentes para la guerra, y sobre todo aprovechar la ocasion, en el momento mismo de serle la rebelion anunciada, levantando el campo, volvió por el mismo camino que habia traido, y con la fuerza y la celeridad de su marcha, á pesar de los indicados obstáculos, demostró á los bárbaros ser infatigable é invencible el ejército que los perseguia: pues cuando creian que en mucho tiempo no pudiera llegarle ni mensagero ni correo, le vieron ya sobre sí con todo el ejército, talando sus tierras, apoderándose de sus puestos, asolando sus ciudades, y volviendo á su amistad á los que habian hecho mudanza: hasta que tambien entró en la guerra contra él la nacion de los Eduos, que habiéndose apellidado en todo el tiempo anterior hermanos de los Romanos, entonces se habian unido con los rebeldes; siendo motivo de no pequeño desaliento para el ejército de César. Retiróse pues de alli por esta causa, y pasó los términos de los Lingones, para ponerse en contacto con los Secuanos, que eran amigos y estaban interpuestos entre la Italia y el resto de la Galia. Fuéronle alli á buscar los enemigos, y aunque le opusieron por todas partes muchos millares de hombres, les dió batalla; y á todos los demas los venció y sojuzgó á fuerza de tiempo y del terror que llegó á causarles; pero al principio parece tuvo algun descalabro; y los Arvernios muestran una espada suspendida en el templo como despojo de Cé-

sar, la que él mismo vió algun tiempo despues y se echó á reir; y proponiéndole los amigos que la quitase, no vino en ello, teniéndola por sagrada.

Con todo los mas de los que pudieron salvarse se refugiaron con el Rey á la ciudad de Alesia. Púsole sitio César, y cuando parecia inexpugnable por la altura de sus murallas y la muchedumbre de los que la defendian, sobrevino de la parte de afuera un peligro superior á todo encarecimiento; porque de las gentes mas poderosas en armas de la Galia que se hallaban congregadas, vinieron sobre Alesia trescientos mil hombres, y los combatientes que habia dentro de ella no bajaban de ciento setenta mil: de manera que sorprendido y sitiado César en medio de tan peligrosa guerra, se vió en la precision de correr dos trincheras, una contra la ciudad, y otra al frente de la muchedumbre que habia llegado; pues si ambas fuerzas se juntaban, todo debia tenerse por perdido. Asi por muchas razones fue justamente celebrada esta guerra de Alesia, habiéndose verificado en ella hechos de valor y pericia como en ninguna otra; pero principalmente debe ser mirado con admiracion el que pudiese conseguir César que en la ciudad no se tuviese noticia de que afuera combatia, y estaba en accion con tantos millares de enemigos; y mucho mas todavía que no lo supiesen tampoco los Romanos que defendian la otra trinchera. Porque nada entendieron de la victoria hasta que oyeron los lamentos de los hombres y el llanto de las mugeres de Alesia, que veian de la otra parte muchos escudos adornados con plata y oro, muchas corazas salpicadas de sangre, y ademas tazas y tiendas de los Galos trasladadas por los Romanos á su campamento: ¡con tanta presteza se borró y pasó toda aquella fuerza como una ilusion ó un sueño, habiendo perecido la mayor parte en la batalla! Los que custodiaban á Alesia, despues de haber padecido

mucho y de haber dado bien en que entender á César, al fin se rindieron. El General en gefe Vercingentorix tomó las armas mas hermosas que tenia, enjaezó ricamente su caballo, y saliendo en él por las puertas, dió una vuelta alrededor de César, que se hallaba sentado; apeóse despues, y arrojando al suelo la armadura, se sentó á los pies de César, y se mantuvo inmoble, hasta que se le mandó llevar y poner en custodia para el triunfo.

Tenia ya César meditado tiempo habia acabar con Pompeyo, como este sin duda acabar con aquel: porque muerto á manos de los Partos Craso, que era el antagonista de entrambos, solo le restaba al que aspiraba á ser el mayor, el quitar de delante al que lo era, y á este, para no verse en semejante caso, el adelantarse á acabar con aquel de quien podia temer. Este temor era reciente en Pompeyo, que antes apenas hacia caso de César, no teniendo por obra dificil el abatir á aquel á quien él mismo habia elevado. Mas César, que desde el principio habia echado estas cuentas acerca de sus rivales, á manera de un atleta se puso, hasta que fuese tiempo, lejos de la arena, egercitándose en las guerras de la Galia; examinó su poder, aumentó con obras su gloria hasta ponerse á la altura de los brillantes triunfos de Pompeyo; y estuvo en acecho de motivos y pretextos, que no le faltaron, facilitándolos ora Pompeyo, ora las ocasiones, y ora el mal gobierno de Roma, que llegó á punto de que los que pedian las magistraturas pusiesen mesas en medio de la plaza para comprar descaradamente á la muchedumbre, y el pueblo asalariado se presentaba á contender por el que lo pagaba, no solo con las tablas de votar, sino con arcos, con espadas y con hondas. Decidiéronse las votaciones no pocas veces con sangre y con cadáveres; profanando la tribuna, y dejando en anarquía á la ciudad, como nave á quien falta quien la go-

bierne: de manera que los hombres de juicio tenian á buena dicha el que en tanto desconcierto y en tan desecha borrasca no padeciesen los negocios públicos mayor mal que el de venir á ponerse en manos de uno; y aun muchos hubo que se atrevieron á decir en público que sin el mando de uno solo era intolerable aquel Gobierno; y que el modo de que se hiciera mas llevadero este remedio, seria recibirle del mas benigno entre los diferentes médicos, significando á Pompeyo. Como este de palabra afectase rehusarlo, pero de obra nada le quedase por hacer para que se le nombrase Dictador, meditando sobre ello Caton, persuadió al Senado que podria tomarse el medio de designarle Consul único para que no arrancara por fuerza la dictadura, contentándose con una monarquía mas legítima; y el Senado ademas le prorogó el tiempo de sus provincias. Eran dos las que tenia: la España y toda el Africa, las que gobernaba por medio de legados, y manteniendo ejércitos, para los que recibia del erario público mil talentos cada año.

En esto César pidió el consulado por medio de comisionados, y que igualmente se le prorogara el tiempo de su mando en las provincias; y al principio Pompeyo no hizo oposicion; pero hiciéronla Marcelo y Léntulo, enemigos por otra parte de César; y á lo que podia contemplarse preciso, añadieron cosas que no lo eran en su afrenta y vilipendio. Porque habiendo César hecho poco antes colonia á Novocomo, en la Galia, despojaron á los habitantes del derecho de ciudad; y hallándose Marcelo de Consul, á uno de sus Decuriones que habia venido á Roma, le afrentó con las varas, añadiendo que le castigaba de aquella manera en señal de que no era ciudadano Romano; y le dijo que fuera y lo manifestara á César. Despues de este hecho de Marcelo, como ya César hubiese procurado que todos parti-

cipasen largamente de las riquezas de la Galia; á Curion, tribuno de la plebe, le hubiese redimido de sus muchas deudas; y á Paulo, entonces Consul, le hubiese hecho el obsequio de mil y quinientos talentos, con los que compró y adornó la célebre Basílica, edificada en la plaza en lugar de la de Fulvio, temiendo ya entonces Pompeyo la sublevacion, trabajó abiertamente por sí y por sus amigos para que se le diera á César sucesor en el gobierno; y le envió á pedir los soldados que le habia prestado para la guerra de la Galia. Envióselos este, habiendo agasajado á cada soldado con doscientas y cincuenta dracmas; pero los que se los trajeron á Pompeyo esparcieron en el pueblo especies injuriosas y nada lisonjeras contra César, y al mismo Pompeyo le engrieron con vanas esperanzas, haciéndole entender que era deseado en el ejército de César; y que si en Roma encontraba obstáculos y dificultades por la envidia, y por los rezelos que siempre trae el gobernar, aquellas fuerzas las tenia prontas, y solo con que pusiesen el pie en Italia, al punto se pasarian á su partido: pues tan molesto habia llegado á hacerse César generalmente al soldado, y tan sospechoso de que aspiraba á la tiranía. Pompeyo con estas relaciones se llenó de orgullo, y desatendiendo el arreglo y orden del ejército, como hombre qne no tenia por que temer, en sus expresiones y sus dictámenes se declaraba contra César, manifestando su ánimo de hacer que se le derribase; pero á este se le daba bien poco; y se dice que estando uno de los cabos de su ejército á la puerta del Senado, y oyendo que no se prorogaria á César el tiempo de su mando, dijo: pues esta se lo prorogará, echando mano á la empuñadura de su espada.

Con todo la pretension de César tenia la mas recomendable apariencia de justicia: porque proponia dejar por su parte las armas, y que haciendo otro

tanto Pompeyo, ambos pusieran su suerte en manos de los ciudadanos, pues de otra manera, quitando las provincias al uno, y confirmando al otro el poder que tenia, á aquel lo abatian, y á este le preparaban los caminos de la tiranía. Habiendo hecho esta misma proposicion ante el pueblo Curion, tribuno de la plebe, á nombre de César, fue muy aplaudido; y aun algunos arrojaron coronas sobre él, como se derraman flores sobre un atleta. Otro tribuno de la plebe, Antonio, mostró á la muchedumbre una carta que habia recibido de César sobre este mismo objeto, y la leyó, á pesar de la oposicion de los Cónsules. Mas en el Senado Escipion, suegro de Pompeyo, abrió este dictamen: que si para el dia que se prefijara no deponia César las armas, se le declarara enemigo público. Preguntando pues los Cónsnles si les parecia que Pompeyo depusiera las armas, y las depusiera César, aquella parte tuvo pocos votos, y esta todos, á escepcion de muy pocos; mas insistiendo de nuevo Antonio en que ambos hicieran dimision de todo mando, á esta sentencia se arrimaron todos con unanimidad; pero instando Escipion, y gritando el Consul Léntulo que contra un ladron lo que se necesitaba eran armas y no votos, se disolvió el Senado; y á causa de esta sedicion mudaron vestidos como en un duelo público.

Vinieron en esto cartas de César que le acreditaban de moderado; porque pedia que dejando todo lo demas de sus antiguas provincias, se le diera la Galia Cisalpina y el Ilírico con dos legiones hasta pedir el segundo consulado; y Ciceron el orador, que ya habia vuelto de la Cilicia y andaba en transacciones, ablandó á Pompeyo hasta el punto de venir en todo lo demas, excepto en el artículo de los soldados; y el mismo Ciceron alcanzó de los amigos de César que cediesen hasta responder de que aquel se contentaria con las provincias expresadas y con solos

seis mil soldados. Aun á esto se dobló y accedió Pompeyo; pero Léntulo, usando de su autoridad de Consul, no lo permitió, sino que llenando de improperios á Antonio y á Casio, los expelió ignominiosamente del Senado, proporcionando á César el mas plausible pretexto que pudiera desear, y del que se valió principalmente para inflamar á los soldados, poniéndolos á la vista que varones tan principales y adornados de mando habian tenido que huir en carros alquilados bajo el disfraz de esclavos: porque realmente asi era como por miedo habian salido de Roma.

Las tropas que tenia consigo no eran mas que unos trescientos caballos y cinco mil infantes: porque el resto del ejército lo habia dejado al otro lado de los Alpes, y habian de conducirlo los que al efecto habia enviado. Mas poniendo la vista en el principio de las grandes cosas que meditaba, y considerando que el éxito de su primer acometimiento, no tanto necesitaba de grandes fuerzas, como dependia del terror que produce el arrojo, y de la celeridad en aprovechar la ocasion, siéndole mas facil pasmar con la sorpresa, que violentar con el aparato de tropas, dió orden á los gefes y cabos para que llevando solo las espadas, sin otras armas, ocuparan á Arimino, ciudad populosa de la Galia, á fin de tomarla con la menor confusion y muertes que fuese posible; para lo que dió las correspondientes fuerzas á Hortensio. Por lo que hace á él mismo pasó el dia á la vista del público asistiendo al espectáculo de unos gladiatores que se ejercitaban; pero á la caida de la tarde se bañó y ungió, se restituyó á su cámara, pasó un breve rato con los que tenia convidados á cenar, y levantándose de la mesa cuando apenas era de noche, habló con grande afabilidad á todos los demas, y les dijo que le aguardaran, aparentando que habia de volver; mas á unos cuantos de sus amigos les te-

nia prevenido que le siguiesen, no todos juntos, sino unos por una parte y otros por otra. Montó pues en un carruage de los de alquiler, tomando al principio otro camino; pero volviendo luego al de Arimino, cuando llegó al rio que separa la Galia Cisalpina del resto de la Italia, llámase el Rubicon, como al estar mas cerca del riesgo se ofreciese con mas viveza á su imaginacion lo grande de la empresa, cesó de correr, y aun detuvo enteramente la marcha, revolviendo en su ánimo muchas cosas, mudando en silencio de dictámen, ya hácia á uno y ya hácia otro extremo, y haciendo en su propósito continuas variaciones. Mostróse asimismo muy perplejo á los amigos que se hallaban presentes, de cuyo número era Asinio Polion, calculando con ellos los grandes males de que iba á ser principio el paso de aquel rio, y cuánta habia de ser la memoria que de él quedara á los que despues vendrian. Por fin con algo de cólera, como si dejándose de discursos se abandonara á lo futuro, y pronunciando aquella expresion comun, propia de los que corren suertes dudosas y aventuradas, *tirado está ya el dado*, se arrojó á pasar; y continuando con celeridad lo que restaba de camino, llegó á Arimino antes del dia, y le ocupó. Dícese que la noche anterior á este paso tuvo un ensueño abominable; pues le pareció que se acercaba á su madre con una mezcla que sin horror no puede pronunciarse.

Despues de tomado Arimino, como si á la guerra se le hubieran abierto anchurosas puertas contra toda la tierra y el mar, y como si las leyes de la república se hubieran conmovido con traspasarse los términos de una provincia, no se veia á hombres y mugeres como en otras ocasiones discurrir por la Italia; sino alborotadas las ciudades enteras, y que huyendo corrian de unas á otras. La misma Roma, como inundada de diferentes olas con la fuga y concurso de los

pueblos del contorno, ni obedecia facilmente á los magistrados, ni escuchaba razon alguna en semejante tumulto y borrasca; y estuvo en muy poco que por sí misma no fuese destruida. Porque no habia parte alguna que no estuviese agitada de pasiones contrarias y de conmociones violentas; y ni aun la que parecia deber hallarse contenta estaba en reposo; sino que encontrándose, en una ciudad tan grande, con la que estaba temerosa y triste, y vanagloriándose ya de lo venidero, tenian continuos altercados. A Pompeyo, de suyo bastante cuidadoso, cada uno le molestaba por su parte, acusándole unos de que por haber fomentado á César contra sí mismo y contra la república llevaba ahora su merecido; y otros de que cuando este condescendia y se prestaba á condiciones equitativas, habia permitido á Lentulo que lo maltratase. Fabonio le decia que diera una patada en el suelo, aludiendo á que en cierta ocasion, hablando con aire de jactancia en el Senado, se opuso á que se entrara en solicitud y en cuidado sobre preparativos para la guerra; porque cuando el otro se moviese, con dar él una patada en el suelo llenaria de tropas la Italia. Entonces mismo las fuerzas de Pompeyo eran superiores á las de César, sino que nadie le dejaba obrar segun su propio dictámen, y sucediéndose las noticias, las mentiras y los terrores, por decirse que ya el enemigo estaba á las puertas, y todo lo habia sometido, fue arrebatado del impulso comun. Decretó pues que se estaba en estado de sedicion, y abandonó la ciudad, mandando que le siguiera el Senado y que no se quedara nadie de los que á la tiranía prefirieran la patria y la libertad.

Los Cónsules huyeron sin haber hecho siquiera antes de su salida los sacrificios prescritos por la ley, y huyeron los mas de los Senadores, tomando á manera de robo lo que era propio, como si fuese ageno. Hubo algunos que habiendo sido antes partidarios

acérrimos de César, cayeron entonces, en medio de la confusion, de su anterior propósito, y sin motivo fueron arrebatados de la violencia de aquella corriente. Era á la verdad espectáculo triste el de Roma, y en medio de aquella tormenta parecia nave de cuya salud desesperan los pilotos, y que es de ellos abandonada para que sea la suerte quien la conduzca. Pues con todo de ser tan lastimosa y miserable esta mudanza, los ciudadanos veian la patria, á causa de Pompeyo, en aquella turba fugitiva; y en Roma no veian sino el campamento de César: de manera que hasta Labieno, uno de los mayores amigos de César, y que habia sido su legado, y habia combatido denodadamente á su lado en todas las guerras de la Galia, se separó entonces de él y marchó á unirse con Pompeyo; pero á Labieno le remitió César su equipage y cuanto le pertenecia. El primer paso de este fue marchar en busca de Domicio, que con treinta cohortes ocupaba á Corfinio, y puso frente de esta ciudad su campo. Dióse Domicio por perdido, y pidió al médico, que era uno de sus esclavos, le diese un veneno; y tomando el que le propinó, se retiró para morir; pero habiendo oido al cabo de poco que César usaba de gran humanidad con los prisioneros, se lamentaba de sí mismo, y condenaba su precipitada determinacion. En esto como el médico le alentase diciéndole que era narcótica y no mortífera la bebida que habia tomado, se puso muy contento, y levantándose, se dirigió á César; y no obstante que este le alargó la diestra, volvió á pasarse al partido de Pompeyo. Llegadas á Roma estas noticias, dilataban los ánimos; y algunos de los que habian huido, se volvieron.

Tomó César el ejército de Domicio, y se anticipó á ir recogiendo por las ciudades todas las demas tropas levantadas para su contrario; con las que hecho ya fuerte y poderoso, marchó contra el mismo Pompeyo.

Mas este no aguardó su llegada, sino que huyendo á Brindis, á los Cónsules los envió primero con el ejército á Dirraquio; y él de alli á poco se hizo tambien á la vela al aproximarse César, segun que en la vida de aquel lo manifestaremos con mayor individualidad. Queria César ir al punto en su seguimiento; pero faltábanle las naves; por lo que retrocedió á Roma, hecho dueño de toda la Italia en sesenta dias sin haberse derramado una gota de sangre. Como hubiese encontrado la ciudad mas sosegada de lo que esperaba, y que muchos del Senado permanecian en ella, á estos les dirigió palabras humanas y populares, y los exhortó á que enviasen á Pompeyo personas que tratasen con él de una transaccion decorosa; pero no hubo quien se prestara á ello, bien fuese por temor á Pompeyo, á quien habian abandonado, ó bien por creer que no siendo tal la intencion de César, solo usaba del lenguage que el caso pedia. Opúsosele el Tribuno de la plebe Metelo á que tomara caudales del repuesto de la república; y como alegase á este propósito ciertas leyes, le respondió: »que uno era el tiempo de las armas, y otro »el de las leyes; y si estás mal, añadió, con lo que »yo ejecuto, por ahora quítate de delante, porque »la guerra no sufre demasías. Cuando yo haya de»puesto las armas en virtud de un convenio, enton»ces podrás venir á hacer declamaciones; y aun es»to lo digo cediendo de mi derecho: porque mio »eres tú y todos aquellos sublevados contra mí de »quienes me he apoderado." Al mismo tiempo que dirigia estas expresiones á Metelo se encaminaba á las puertas del erario, y no pareciendo las llaves, envió á llamar cerrageros, á quienes dió orden de que las franquearan; y como Metelo volviese á hacer resistencia, habiendo algunos que lo celebraban, le amenazó en voz alta que le quitaria la vida si no desistia de incomodarle; y esto ya sabes, ó joven, añadió,

que me cuesta mas el decirlo que el hacerlo. Hicieron estas palabras que Metelo se retirara temeroso, y que ya le fuese facil el allegar y disponer todo lo demas necesario para la guerra.

Marchó con tropas á España, resuelto á arrojar de alli ante todas cosas á Afranio y Varron, Lugartenientes de Pompeyo, y á mover, despues de haber puesto bajo su obediencia las fuerzas y provincias de aquella parte, contra Pompeyo mismo, no dejando ningunos enemigos á la espalda. Corrió alli grandes peligros en su persona por asechanzas; y en su ejército principalmente por el hambre; y con todo no se dió reposo, persiguiendo, provocando y circunvalando á los enemigos, hasta hacerse dueño á viva fuerza de sus campamentos y de sus tropas; mas los Gefes pudieron huir, y marcharon á unirse con Pompeyo.

Vuelto César á Roma, le exhortaba su suegro Pison á que enviara mensageros á Pompeyo para tratar de concierto; pero Isaurico, por saber que complacia en ello á César, contradijo este parecer. Elegido Dictador por el Senado, restituyó á los desterrados, y rehabilitó en sus honores á los hijos de los que habian padecido por las proscripciones de Sila, y para alivio de carga hizo alguna reduccion en las usuras á favor de los deudores. Por este término tomó algunas otras providencias, aunque no muchas; y habiendo abdicado esta especie de monarquía á los once dias, se designó Cónsul á sí mismo y á Servilio Isaurico; y convirtió su atencion al ejército. Marchaba presuroso, por lo que pasó en el camino á las demas tropas; y no teniendo consigo mas que seiscientos hombres de á caballo escogidos, y cinco legiones en el trópico del invierno, á la entrada del mes de enero, equivalente para los Atenienses al de Poseideon, se entregó al mar; y pasando el Jonio, tomó á Orico y Apolonia, é hizo que los buques

volviesen á Brindis para traer los soldados que se habian retrasado en la marcha. Estos, mientras iban de camino, como ya tuviesen quebrantados sus cuerpos, y les pareciese no hallarse con fuerzas para tal multitud de guerras, se desahogaban en quejas contra César: »¿qué término, decian, pondrá este hom»bre á nuestros trabajos, trayéndonos y llevándo»nos como si fuésemos infatigables é insensibles? el »hierro mismo se mella con los golpes, y al cabo »de tanto tiempo hay que atender á la desmejora »del escudo y la coraza. ¿Es posible que de nues»tras heridas no colige César que manda á hombres »mortales, y que el padecer y sufrir tienen que aca»barse? La estacion del invierno y los borrascosos »tiempos del mar, ni á los dioses es dado violen»tarlos; y este nos aguijonea y precipita, no como »quien persigue, sino como quien es perseguido de »sus enemigos." Esta era la conversacion que tenian mientras sosegadamente seguian el camino de Brindis; pero cuando á su llegada se hallaron con que César se habia marchado, mudando al punto de estilo, empezaron á maldecir de sí mismos, apellidándose traidores de su Emperador; y maldecian á sus caudillos por no haber aligerado mas el viage. Subíanse sobre las eminencias que dominaban el mar y el Epiro para ver si descubrian las naves en que habian de pasar á esta region.

En Apolonia, no teniendo César por suficientes las fuerzas que consigo tenia, y retardándose demasiado las que estaban de la otra parte, perplejo é incomodado tomó una resolucion violenta, que fue embarcarse, sin dar parte á nadie, en un barquillo de doce remos, y dirigirse en él á Brindis, estando aquel mar poblado de tantas naves pertenecientes á las escuadras enemigas. De noche pues, envuelto en las ropas de un esclavo, se metió en el barco, y tomando lugar como un hombre oscuro, se quedó ca-

llado. Por el rio Aoo habia de bajar la embarcacion al mar; y la brisa de la mañana, retirando las olas, suele mantener la bonanza en la desembocadura; pero en aquella noche el viento de mar que sopló con fuerza no dió lugar á que aquella reinase. Acrecentado por tanto el rio con el flujo del mar, le hicieron tan peligroso y terrible el ruidoso estruendo y los precipitados remolinos, que dudando el piloto poder contrastar á la violencia de las aguas, dió orden á los marineros de mudar de rumbo con ánimo de volver al puerto. Adviértelo César, se descubre, y tomando la mano al piloto, que se queda pasmado al verle; sigue, buen hombre, le dice, ten buen ánimo, no temas, que llevas contigo á César y su fortuna. Olvídanse los marineros de la tempestad, é impeliendo con gran fuerza los remos, porfian con ahinco por vencer la corriente; mas siendo imposible, y haciendo mucha agua el barco, con lo que se puso en gran peligro su misma persona, tuvo que condescender muy contra su voluntad con el piloto, que al cabo dispuso la vuelta. Al desembarcar sálenle al encuentro en tropel los soldados, quejándose y doliéndose de que no crea que con ellos solos puede vencer, y de que se afane y ponga en peligro por los ausentes, desconfiando de los que tiene consigo.

En esto Antonio salió de Brindis conduciendo las tropas; con lo que alentado ya César, provocaba á Pompeyo, establecido en lugar ventajoso, y provisto abundantemente por mar y por tierra; cuando él, habiéndose hallado en estrechez desde el principio, por fin se veia en el mayor conflicto por la absoluta falta hasta de lo preciso; mas con todo, machacando los soldados cierta raiz, y mojándola en leche, asi iban tirando; y alguna vez, formando panes con ella, corrian á las avanzadas de los enemigos, y se los arrojaban dentro de sus trincheras, diciendo que mientras la tierra llevase de aquellas rai-

ces, no desistirian de tener sitiado á Pompeyo; el cual no permitia que ni los panes ni estas expresiones llegasen á la muchedumbre, por no desalentar á sus soldados, que temian la dureza é insensibilidad de aquellos enemigos, como podrian las de unas fieras. Continuamente tenian encuentros y combates parciales ante las trincheras de Pompeyo; y en todos se halló César, á excepcion de solo uno, en el que, introducido en sus tropas un gran desorden, estuvo en inminente riesgo de perder su campamento. Porque habiendo acometido Pompeyo, nadie quedó en su puesto, sino que los fosos se llenaron de muertos, y al pie del valladar y de las trincheras perecian á montones. Salió César al encuentro, y procuró contener y hacer volver el rostro á los fugitivos; pero no adelantó nada. Echaba mano á las insignias; mas los que las conducian las tiraban al suelo; de manera que los enemigos les tomaron treinta y dos, y él estuvo muy cerca de perecer; porque habiendo querido contener á un soldado alto y robusto de los que huian, que le pasaba al lado, mandándole que se detuviese y volviese contra los enemigos, este, lleno de turbacion en aquel conflicto, levantó la espada para desprenderse por fuerza; pero el escudero de César se le anticipó, dividiéndole un hombro. Túvose pues por tan perdido, que cuando Pompeyo, por nimia prudencia ó por fortuna suya, no concluyó aquella grande obra, sino que se retiró, contento con haber perseguido á los enemigos hasta su campamento, al volver á él César dijo á sus amigos: hoy la victoria era de los contrarios, si hubieran tenido quien supiera vencer. Entró en su tienda, y cerrado en ella, pasó la noche en la mayor afliccion, no sabiendo qué hacerse, y culpando su desacierto, pues que cayendo cerca una region mediterránea, y ciudades bien surtidas en la Macedonia y Tesalia, habia omitido llevar allá la guerra, y se habia situado

alli á la orilla del mar, cuando los enemigos eran poderosos en él, sitiado mas bien por el hambre, que sitiando á aquellos con sus armas. Afligido y angustiado de esta manera por lo triste y apurado de su situacion, levantó el campo con ánimo de marchar á la Macedonia contra Escipion: porque ó atraeria á Pompeyo donde tuviese que pelear sin estar tan provisto por el mar de víveres, ó acabaria con Escipion si le dejaba solo.

Engriéronse con esto el ejército de Pompeyo y sus caudillos para instar sobre que se acometiese á César, como vencido ya y fugitivo; pero el mismo Pompeyo se iba con mucho tiento en arriscarse á una batalla en que se aventuraba tanto; y hallándose perfectamente prevenido todo para largo tiempo, se proponia quebrantar y amansar el hervor de los enemigos, que no podia ser duradero; porque los que componian la principal fuerza de César tenian sí disciplina y un ardor invencible para los combates; pero para las marchas, para acampar, para asaltar murallas y pasar malas noches les faltaba el vigor á causa de la edad; y teniendo ya el cuerpo pesado para las fatigas, la debilidad disminuia el arrojo. Decíase ademas que en el ejército de César se padecia entonces cierta enfermedad contagiosa, nacida de la mala calidad de los alimentos: siendo lo mas esencial todavía que no estando sobrado en cuanto á fondos ni abundante en provisiones, parecia que dentro de muy breve tiempo habia de disolverse por sí mismo.

Con Pompeyo, que por estas razones rehusaba dar una batalla, solamente convenia Caton por el deseo de excusar la sangre de los ciudadanos; pues habiendo visto los enemigos que habian muerto en la batalla anterior, que serian unos mil, se retiró de alli cubriéndose el rostro y derramando lágrimas; pero todos los demas insultaban á Pompeyo, porque evitaba el combate, y trataban de precipitarle, llamán-

dole Agamenon y Rey de Reyes, y dándole á entender que no queria dejar la monarquía, hallándose muy contento con que le acompañaran tantos y tales caudillos, y frecuentaran su tienda. Fabonio, queriendo contrahacer la virtuosa libertad de Caton, repetia neciamente este dicharacho: »¿con qué no podremos este año saborearnos con los hijos de Tusculano por la monarquía de Pompeyo?" y Afranio, que hacia poco habia llegado de España, donde se portó mal, diciéndose que sobornado con dinero habia hecho entrega del ejército, le preguntó ¿por qué no combatia con aquel mercader que le habia comprado las provincias? Importunado Pompeyo con tales improperios, movió por fin contra su voluntad para dar batalla siguiendo el alcance á César. Hizo este con gran dificultad y trabajo todo lo demas de su marcha, pues no solo no encontraba quien le suministrara provisiones, sino que era despreciado de todos por la derrota que poco antes habia sufrido; pero luego que tomó á Gonfos, ciudad de Tesalia, ademas de tener con que mantener sobradamente su ejército, le libertó del contagio por un modo bien extraño; y fue que encontraron abundancia de vino, y bebiendo largamente, asi en comilonas como en las marchas, con la embriaguez domaron y ahuyentaron la enfermedad, mudando la disposicion de los cuerpos.

Luego que llegaron ambos á Farsalia, y se acamparon á corta distancia, Pompeyo volvió á adoptar su antiguo propósito, y mas que tuvo apariciones infaustas y una visi n entre sueños. pareciéndole en esta que se veia en el teatro aplaudido por los Romanos; pero los que tenia consigo estaban tan confiados, y habian concebido tales esperanzas del vencimiento, que sobre el Pontificado Máximo de César llegaron á altercar Domicio, Espinter y Escipion disputando entre sí; y muchos enviaron á Ro-

ma personas que alquilaran y se anticiparan á tomar las casas proporcionadas para Cónsules y Pretores, dando por supuesto que al instante obtendrian estas dignidades acabada la guerra. De todos los que mas instaban por la batalla eran los de caballería, llenos de vanidad con la belleza de sus armas, con sus bien mantenidos caballos, con la gallardía de sus personas, y aun con la superioridad del número, pues eran siete mil hombres contra mil que tenia César. En la infantería tampoco habia igualdad, porque cuarenta y cinco mil habian de entrar en lid contra veinte y dos mil.

Reunió César sus soldados, y diciéndoles que dos legiones que le traia Cornificio estaban ya cerca, y otras quince cohortes se hallaban acuarteladas con Caleno en Megara y Atenas, les preguntó ¿si querian aguardar á aquellos ó correr solos el riesgo de la batalla? y ellos clamaron que nada de esperar; y mas bien le pedian hiciera de modo que cuanto antes vinieran á las manos con los enemigos. Al hacer la purificacion del ejército y sacrificar la primera víctima, exclamó al punto el adivino que al tercero dia se decidiria en batalla la contienda con sus enemigos. Preguntándole César si acerca del éxito veia alguna buena señal en las víctimas: tú, le dijo, podrás responderte mejor por tí mismo, porque los Dioses significan una gran mudanza y trastorno del estado actual en el contrario: por tanto si á tí te parece que ahora te va bien, debes esperar peor fortuna; y mejor si entiendes que te va mal. A la media noche de la que precedió á la batalla cuando recorria las guardias se vió una antorcha de fuego celeste, que siendo brillante y luminosa mientras estuvo sobre el campo de César, cayó al parecer en el de Pompeyo; y á la hora de la vigilia matutina percibieron que se habia suscitado un terror pánico entre los enemigos. Con todo él no esperó que se diese en aquel dia

la batalla, y asi levantó el campo como para encaminarse á Escotusa.

Cuando ya se habian recogido las tiendas vinieron las escuchas, anunciándole que los enemigos bajaban dispuestos para batalla, con lo que se alegró sobremanera; y haciendo súplicas á los Dioses, ordenó su ejército en tres divisiones. El mando del centro lo dió á Domicio Calvino; y de las alas tuvo una Antonio, y él mismo la derecha, habiendo de pelear en la legion décima; y como viese que contra esta estaba formada la caballería enemiga, temiendo su brillantez y su número, mandó que de lo último de su batalla vinieran sin ser vistas seis cohortes adonde él estaba, y las colocó detras del ala derecha, instruyéndolas de lo que debian hacer cuando la caballería enemiga acometiese. Pompeyo tomó para sí el ala derecha, la izquierda la dió á Domicio, y el centro lo mandó su suegro Escipion. Toda la caballería amenazaba desde el ala izquierda con intencion de envolver la derecha de los enemigos, y causar el mayor desórden donde se hallaba el mismo General; porque les parecia que fondo ninguno de infantería podria bastar á resistirles, sino que todo lo quebrantarian y romperian en las filas enemigas, cargando de una vez con tan grande número de caballos. Mas al tiempo de hacer ambos la señal de la acometida, Pompeyo dió orden á su infantería de que se estuviera quieta, y á pie firme esperara el ímpetu de los enemigos hasta que se hallaran á tiro de dardo; en lo que dice César cometió un gran yerro, no haciéndose cargo de que la acometida con carrera se hace en el principio temible, porque da fuerza á los golpes, y enciende la ira con el concurso de todos. Por su parte cuando iba á mover sus tropas, y con este objeto las recorria, vió entre los primeros á un cabo de los mas fieles que tenia, y muy experimentado en las cosas de la guerra, que estaba

alentando á los que mandaba, y exhortándolos á portarse con valor. Saludóle por su nombre: »y ¿qué podremos esperar, le dijo, Cayo Crasinio? ¿cómo estamos de confianza?" y Crasinio, alargando la diestra y levantando la voz: »venceremos gloriosamente, ó César, le respondió; porque hoy ó vivo ó muerto me has de dar elogios:" y al decir estas palabras acomete el primero á carrera á los enemigos, llevándose tras sí á los suyos, que eran ciento y veinte hombres. Rompe por entre los primeros, y penetrando con violencia y con mortandad bastante adelante, es traspasado con una espada, que hiriéndole en la boca, pasó la punta hasta salir por el colodrillo.

Cuando de este modo chocaban y combatian en el centro los infantes, movió arrebatadamente del ala izquierda la caballería de Pompeyo, alargando su formacion para envolver la derecha de los enemigos; pero antes de que llegue salen las cohortes de César, y no usan segun costumbre de las armas arrojadizas, ni hieren de cerca á los enemigos en los muslos y en las piernas, sino que asestan sus golpes á la cara, y en ella los ofenden, amaestrados por César para que asi lo ejecutasen, por esperar que unos hombres que no estaban hechos á guerras ni á heridas, jóvenes por otra parte y preciados de su hermosura y belleza, evitarian sobre todo esta clase de heridas, no tolerando el peligro en el momento presente, y temiendo la vergüenza que habian de pasar despues; como efectivamente sucedió; porque no pudieron sufrir las lanzas dirigidas al rostro, ni tuvieron valor para ver el hierro delante de los ojos, sino que ó volvieron ó se taparon la cara para ponerla fuera de riesgo. Finalmente, asustados por este medio dieron á huir, echándolo todo á perder vergonzosamente; porque los que vencieron á estos envolvieron la infantería, y la destrozaron cayendo por la espalda. Pompeyo

cuando desde la otra ala vió que los de caballería se habian desbandado entregándose á la fuga, ya no fue él mismo hombre, ni se acordó de que se llamaba Pompeyo Magno; sino que semejante á aquel á quien Dios priva de juicio, ó que queda aturdido con una calamidad enviada por la ira divina, enmudeció y marchó paso á paso á su tienda, donde sentado daba tiempo á lo que sucediera; hasta que puestos todos en fuga, acometieron los enemigos al campamento, peleando contra los que habian quedado en él de guardia. Entonces como si recobrara la razon, sin pronunciar, segun dicen, mas palabra que esta *¿con que hasta el campamento?* se despojó de las ropas propias de General de ejército, mudándolas por las que á un fugitivo convenian, y salió de alli. Qué suerte fué la que tuvo despues, y cómo habiéndose entregado á unos Egipcios recibió la muerte, lo declararemos en lo que acerca de su vida nos proponemos escribir.

Luego que César entrando en el campamento de Pompeyo vió los cadáveres alli tendidos de los enemigos, á los que todavía se daba muerte, prorumpió sollozando en estas expresiones: »esto es lo »que han querido y á este estrecho me han traido; »pues si yo Cayo César, despues de haber terminado gloriosamente las mayores guerras hubiera licenciado el ejército, sin duda me habrian condenado." Asimio Polcon dice que César pronunció estas palabras en latin en aquella ocasion, y que él las puso en griego; añadiendo que de los que murieron en la toma del campamento los mas fueron esclavos, y que soldados no murieron sobre seis mil. De los infantes que fueron hechos prisioneros César incorporó en las legiones la mayor parte, y á muchos de los mas principales les dió seguridad, de cuyo número fue Bruto, el que despues concurrió á su muerte, acerca del cual se dice que mientras no parecia es-

tuvo lleno de cuidado, y que cuando despues apareció salvo se alegró extraordinariamente.

Muchos prodigios anunciaron aquella victoria; pero el mas insigne fue el sucedido en Tralis. Habia en el templo de la Victoria una estatua de César, y todo aquel terreno, ademas de ser muy compacto por naturaleza, estaba enlosado con una piedra dura, y se dice que nació una palma por entre la base de la estatua. En Padua Cayo Cornelio, varon muy acreditado en la adivinacion, conciudadano y conocido del historiador Tito Livio, casualmente aquel dia estaba egercitado en su arte augural, y en primer lugar supo, segun refiere Livio, el momento de la batalla, y dijo á los que se hallaban presentes: »ahora se agita la gran cuestion, y los ejércitos vienen á las manos." Despues pasando á la inspeccion y observacion de las señales, se levantó gritando con entusiasmo: »venciste, César:" y como los circunstantes se quedasen pasmados, quitándose la corona de la cabeza, dijo con juramento que no volveria á ponérsela hasta que el hecho diese crédito á su arte. Livio confirma la relacion de estos sucesos.

César habiendo dado la libertad á la nacion de los Tesalianos en gracia de la victoria, siguió el alcance á Pompeyo, y llegado al Asia dió tambien la libertad á los de Gnido en honor de Teopompo, el que recopiló las fábulas; y á todos los habitantes del Asia les perdonó la tercera parte de los tributos. Habiendo arribado á Alejandría, muerto ya Pompeyo, abominó la vista de Teodoto, que le presentó la cabeza de Pompeyo; y al recibir el sello de este no pudo contener las lágrimas. De los amigos y confidentes del mismo, á cuantos andaban errantes ó habian sido hechos prisioneros por el Rey les hizo beneficios y procuró ganarlos. Asi es que escribiendo á Roma á sus propios amigos les decia que el fruto mas grato y mas señalado que habia cogido de

su victoria era el salvar á algunos de aquellos ciudadanos que siempre le habian sido contrarios. Acerca de la guerra que alli tuvo que sostener, algunos la gradúan no solamente de no necesaria, sino ademas de ignominiosa y arriesgada por solos los amores de Cleopatra; pero otros culpan á las gentes del Rey, y principalmente al eunuco Potino, que gozando del mayor poder, habia dado muerte poco antes á Pompeyo, habia hecho alejar á Cleopatra, y con mucha reserva estaba armando asechanzas á César; á lo que se atribuye el que este hubiese empezado á pasar las noches en francachelas para atender á la custodia de su persona. Por otra parte Potino bien á las claras decia y hacia cosas en odio de César que no podian tolerarse; porque haciendo dar á los soldados provisiones malas y añejas, decia que sufrieran y que aguantaran, pues que comian de ageno; y para los convites no ponia sino utensilios y vagilla de madera y de tierra, porque los de oro y plata estaban, decia, en poder de César por un crédito. Porque es de saber que el padre del Rey actual habia sido deudor de César por diez y siete millones quinientas mil dracmas, de las que habia perdonado César á sus hijos los siete millones quinientas mil; pero pedia los diez millones restantes para mantener el ejército. Decíale Potino que se marchara y atendiera á sus grandes negocios, que ya le restituiria el dinero con accion de gracias; pero César le respondió que no le hacian falta los consejos de los Egipcios, y reservadamente hizo venir á Cleopatra.

Tomó esta de entre sus amigos para que la acompañase al Siciliano Apolodoro, y embarcándose en una lanchilla se acercó al palacio al mismo oscurecer; mas como dudasen mucho de que pudiera entrar oculta de otra manera, tendieron en el suelo un colchon, y echada y envuelta en él, Apolodoro lo ató

con un cordel, y asi la entró por las puertas hasta la habitacion de César; y se dice que esta fue la primera añagaza con que le cautivó Cleopatra; y que vencido de su trato y de sus gracias la reconcilió con el hermano, negociando que reinaran juntos. Despues ocurrió que asistiendo todos á un festin, dado con motivo de esta reconciliacion, un esclavo de César que le hacia la barba, hombre el mas tímido y medroso de los mortales, mientras lo examina todo, escucha y curiosea, llegó á percibir que se habian puesto asechanzas á César por el General Aquila y el eunuco Potino. Averiguólo César; por lo que puso guardias en su habitacion, y dió muerte á Potino; pero Aquila huyó al egército. El primer peligro que corrió en esta guerra fué la falta de agua, porque los enemigos tapiaron los acueductos. Interceptáronle despues la escuadra, y se vió precisado á superar este peligro por medio de un incendio, el que de las naves se propagó á la célebre biblioteca, y la consumió. Fue el tercero que habiéndose trabado batalla junto al Faro saltó desde el muelle á una lancha con el objeto de socorrer á los que peleaban; pero acosándole por muchas partes á un tiempo los Egipcios, tuvo que arrojarse al mar, y con gran dificultad y trabajo pudo salir á salvo. Dícese que teniendo en esta ocasion en la mano varios cuadernos, como no quisiese soltarlos aunque se sumergia, con una mano sostenia los cuadernos sobre el agua y con la otra nadaba, y que la lancha al punto se hundió. Finalmente, habiéndose el Rey incorporado con los enemigos marchó contra él; y trabando batalla le venció, siendo muchos los muertos, y no habiéndose sabido qué fue del Rey. Dejó con esto por Reina de Egipto á Cleopatra, que de alli á poco dió á luz un hijo, al cual los de Alejandría dieron el nombre de Cesarion, y marchó á la Siria.

Trasladado desde alli al Asia, supo que Domi-

cio, vencido por Farnaces hijo de Mitridates, habia huido del Ponto con muy poca gente, y que Farnaces sacando el mayor partido de la victoria, y teniendo ya bajo su mando la Bitinia y la Capadocia, se encaminaba á la Armenia llamada Menor, poniendo en insurreccion á todos los Reyes y Tetrarcas de aquella parte. Marchó pues sin dilacion contra él con tres legiones; y viniendo á una reñida batalla junto á la ciudad de Celia, á Farnaces lo arrojó del Ponto en precipitada fuga, y destrozó enteramente su egército; y dando parte á Roma de la prontitud y celeridad de esta batalla, lo ejecutó en carta que escribió á Amincio, uno de sus amigos, con estas tres solas palabras: *vine, ví, y vencí;* las cuales teniendo en latin una terminacion muy parecida, son de una graciosa concision.

Regresó en seguida á la Italia, subió á Roma cuando ya estaba cerca de su término el año para que se le habia nombrado segunda vez Dictador; siendo asi que antes nunca esta magistratura habia sido anual. Designósele Cónsul para el siguiente, y se murmuró mucho de él, porque habiéndose sublevado los soldados hasta el extremo de dar muerte á dos Generales, Cosconio y Galba, aunque los reprendió, llegando á llamarles ciudadanos y no militares, les repartió sin embargo mil dracmas á cada uno, y les adjudicó por suertes una gran porcion de terreno en la Italia. Poníanse ademas á su cuenta los furores de Dolabela, la avaricia de Amincio, las borracheras de Antonio, y la insolencia de Cornificio en hacerse adjudicar la casa de Pompeyo[1], y darle despues mas extension como que no cabia en ella;

1 Todos los anotadores de Plutarco convienen en que aqui ha sufrido alteracion el texto, porque lo que se dice acerca de la casa de Pompeyo, á quien debe aplicarse es á Antonio, que fue el que se alzó con ella.

porque todas estas cosas disgustaban mucho á los Romanos; mas por sus miras con respecto al gobierno, aunque no las ignoraba César ni eran de su aprobacion, se veia precisado á valerse de tales instrumentos.

Caton y Escipion despues de la batalla de Farsalia se refugiaron al Africa; y como alli reuniesen fuerzas de alguna consideracion, y tuviesen el auxilio del Rey Juba, determinó César marchar contra ellos. Pasó pues en el solsticio de invierno á la Sicilia, y para quitar á los caudillos que consigo tenia toda esperanza de descanso y detencion, puso su tienda en el mismo batidero de las olas, y embarcándose apenas hubo viento, dió la vela con tres mil infantes y muy pocos caballos. Desembarcados estos, sin que lo entendieran, volvió á hacerse al mar por el cuidado de las restantes fuerzas; y encontrándose ya con ellas en la mar los condujo á todos al campamento. Llegó alli á entender que los enemigos estaban confiados en cierto oráculo antiguo, segun el cual se tenia por propio del linage de los Escipiones vencer siempre en el Africa; y es dificil decir si en lo que ejecutó se propuso usar de cierta burla contra Escipion que mandaba el egército enemigo, ó si con conocimiento y de intento quiso hacerse propio el agüero, porque tenia consigo á un ciudadano por otra parte obscuro y de poca cuenta; pero que era de la familia de los Africanos, y se llamaba Escipion Salucion. A este pues le daba el primer lugar en los encuentros como á General del ejército, precisándole á entrar muchas veces en lid con los enemigos y á provocarlos á batalla, porque no tenia pan que dar á su gente, ni habia pasto para las bestias, sino que se veian precisados á mantener los caballos con ova marina despojada de la sal y mezclada con un poco de grama como un condimento, á causa de que los Numidas mostrándose á menudo y en gran número

por todas partes eran dueños del pais; y en una ocasion sucedió que se hallaban distraidos los soldados de caballería de César á causa de que se les habia presentado un Africano que ejecutaba cierto baile y tañia prodigiosamente la flauta, y ellos se estaban alli divertidos, entregando los caballos á los muchachos; y acometiendo repentinamente los enemigos matan á los unos, y con los otros, que dieron precipitadamente á huir, llegan hasta el campamento, y á no haber sido porque á un tiempo César y Asinio Polion acudieron en su auxilio y contuvieron la fuga, en aquel punto hubiera acabado la guerra. En otra batalla que se trabó, y en la que llevaban los enemigos lo mejor, se dice que César á un portaestandarte que huia lo agarró del cuello, y le hizo volver cara, diciéndole: *ahí estan los enemigos.*

Con estos felices preludios se alentó Escipion para querer dar batalla, y dejando á una parte á Afranio y á otra á Juba acampados á corta distancia, sobre un lago levantó fortificaciones para su campamento junto á la ciudad de Tapso, á fin de que en caso de una batalla les sirviera á todos de apoyo y de refugio. Mientras él atendia á estos trabajos, César, pasando con indecible celeridad por lugares cubiertos de maleza, y que apenas permitian pisarse, de estos sorprendió y envolvió á unos, y á otros los acometió de frente; y habiéndolos destrozado á todos aprovechó el momento y la corriente de su próspera fortuna; llevado de la cual toma de un golpe el campamento de Afranio, y de otro saquea el de los Numidas por haber dado á huir Juba; y habiéndose hecho dueño de tres campamentos, y dado muerte á cincuenta mil enemigos en una partecita muy pequeña de un solo dia, él no tuvo mas pérdida que la de cincuenta hombres. Algunos refieren de esta manera lo ocurrido en aquella batalla; pero otros dicen que César no se encontró en la accion, porque

al ordenar y formar las tropas se sintió amagado de su enfermedad habitual; y que habiéndolo conocido desde luego, antes de llegar al estado de perturbacion y de perder el sentido, aunque ya con alguna convulsion, se hizo llevar á un castillo de los que estaban inmediatos, y en aquel retiro pasó su mal. De los varones consulares y pretorios que huyeron despues de la batalla, unos se quitaron á sí mismos la vida al ir á caer en manos de los enemigos, y á otros en bastante número les hizo dar muerte César luego que fueron aprehendidos.

Como tuviese vivo deseo de alcanzar y aprehender á Caton en vida, se apresuró á llegar á Utica, porque á causa de hallarse de guarnicion en aquella ciudad no tuvo parte en la batalla; mas habiendo sabido que Caton se habia dado muerte, lo que no pudo dudarse es que se manifestó ofendido; mas cuál fuese la causa todavía se ignora. Ello es que prorumpió en esta expresion: »no quisiera, oh Caton, »que tuvieras la gloria de esa muerte, como tú no »has querido que yo tenga la de salvarte la vida." El discurso que despues de estos hechos y despues de la muerte de Caton escribió contra él no da pruebas de que le mirase con compasion, ó de que no le fuera enemigo; porque ¿cómo habria perdonado vivo á aquel contra quien cuando ya no lo sentia vomitó tanta cólera? pero con todo, de la indulgencia con que trató á Ciceron, al mismo Bruto, y á otros infinitos de los vencidos, quieren colegir que aquel discurso no se formó por enemistad, sino por cierta contienda política con la ocasion siguiente. Escribió Ciceron el elogio de Caton, y dió el título de *el Caton* á este opúsculo, que no era extraño fuese solicitado de muchos como escrito por el mas elocuente de los oradores sobre el asunto mas grande y mas digno. Esto mortificó á César, que reputaba por acusacion propia la alabanza de un varon que se

habia dado muerte por su causa. Escribió pues otro discurso, en el que reunió contra Caton muchas causas y motivos, y al que intituló *el Anticaton.* De estos discursos uno y otro tienen, por César y por Caton, muchos que los buscan y leen con ansia.

Luego que volvió del Africa á Roma lo primero que hizo fue dar grande importancia ante el pueblo al hecho de haber sojuzgado una region tan extensa, que contribuia cada año en beneficio del público con doscientas mil fanegas ó medimnos áticos de trigo, y ciento veinte mil arrobas de aceite. Despues celebró sus triunfos, el Egipciaco, el Póntico y el Africano, concedido no por Escipion, sino por el Rey Juba. Entonces Juba, el hijo de este, fue llevado en el triunfo siendo todavía niño; á consecuencia de lo cual le cupo la mas feliz cautividad; pues que habiendo salido de entre los Numidas bárbaros, llegó á ser contado entre los mas instruidos de los historiadores Griegos. En seguida de los triunfos hizo grandes donativos á los soldados, y captó la benevolencia del pueblo con banquetes y espectáculos, dando de comer á todos en veinte y dos mil mesas; y por lo que hace á espectáculos, los dió de gladiatores y de combates navales en honor de su hija Julia, que habia muerto mucho antes. Despues de los espectáculos se hizo el censo ó recuento de los ciudadanos, y en lugar de los trescientos veinte mil de los censos anteriores, solo resultaron entre todos ciento cincuenta mil: ¡tan grandes males trajo la sedicion, y tanta parte destruyó del pueblo! sin que pongamos en cuenta las calamidades que afligieron al resto de la Italia y á las provincias.

Terminadas que fueron estas cosas, designado cuarta vez Cónsul, marchó á España contra los hijos de Pompeyo, jóvenes todavía; pero que habian reunido un numeroso ejército, y mostraban en su valor ser dignos de mandarle; tanto, que pusieron á

César en el último peligro. La batalla, que fue terrible, se dió junto á la ciudad de Munda, y en ella viendo Cesar batidos á sus soldados, y que resistian débilmente, corrió por entre las filas de los de todas armas, gritándoles que si habian perdido toda vergüenza lo cogiesen y lo entregasen á aquellos mozuelos. Por este medio consiguió, no sin grande dificultad, que rechazaran con el mayor denuedo á los enemigos; á los que les mató mas de treinta mil hombres, habiendo perdido por su parte mil de los mas esforzados. Al retirarse ya de la batalla dijo á sus amigos que muchas veces habia peleado por la victoria, y entonces por primera vez por la vida. Ganó César esta batalla el dia de la fiesta de los Bacanales, diciéndose que en igual dia habia salido Pompeyo Magno para la guerra, y el tiempo que habia mediado era el de cuatro años. De los hijos de Pompeyo el mas joven huyó, y del mayor le trajo Didio la cabeza de alli á pocos dias. Esta fue la última guerra que hizo César, y el triunfo que por ella celebró afligió de todo punto á los Romanos; pues que no por haber domado á caudillos extrangeros ó Reyes bárbaros, sino por haber acabado enteramente con los hijos y la familia del mejor de los Romanos, oprimido de la fortuna, ostentaba aquella pompa; y no parecia bien que asi insultase á las calamidades de la patria, complaciéndose en hechos cuya única defensa ante los Dioses y los hombres podia ser el haberse ejecutado por necesidad; asi es que antes ni habia enviado mensageros ni escrito de oficio por victoria alcanzada en las guerras civiles, como si de vergüenza rehusase la gloria de tales vencimientos.

Con todo, cediendo ya á la fortuna de este hombre y recibiendo el freno, como tuviesen el mando de uno solo por alivio y descanso de los males de la guerra civil, le declararon Dictador por toda su vi-

da; lo que era una no encubierta tiranía; pues que á lo suelto y libre del mando de uno solo se juntaba la perpetuidad. Ciceron en el Senado hizo la primera propuesta acerca de los honores que se le dispensarian, y estos eran tales que no excedian la condicion humana; pero añadiendo los demas exceso sobre exceso, por querer competir unos con otros, hicieron que el objeto de tales honores se hiciera odioso é intolerable aun á los mas sufridos por la extrañeza y vanidad de los honores decretados; en la cual contienda no anduvieron mas escasos que los aduladores de César los que le aborrecian, para tener despues mas pretextos contra él, y á fin de que pareciese que por mayores cargos se movian á perseguirle; sin embargo de que en lo demas, despues de haber puesto fin á las guerras civiles, se mostró irreprensible; y asi parece que no fue sin razon el haber decretado en su honor el templo de la Clemencia, como prueba de gratitud por su bondad. Porque perdonó á muchos de los que habian hecho la guerra contra él, y aun á algunos les concedió honores y magistraturas, como á Bruto y Casio, que ambos eran Pretores; ni miró con indiferencia el que las imágenes de Pompeyo yaciesen derrocadas por el suelo, sino que las levantó; sobre lo cual dijo Ciceron que César volviendo á colocar las estatuas de Pompeyo habia asegurado las suyas. Instábanle los amigos para que tuviera una guardia, y algunos se ofrecian á ser de ella; pero jamas convino en tal pensamiento, diciendo que mas vale morir una vez que estarlo temiendo siempre. Para adelantar en benevolencia, que en su concepto era la mejor y mas segura guardia, volvió otra vez á querer ganar al pueblo con banquetes y distribucion de granos, y á los soldados con establecimientos de colonias, de las cuales fueron las mas señaladas Cartago y Corinto; habiendo hecho la casualidad que en cuanto á estas

dos ciudades coincidiesen el tiempo de su ruina y el de su restauracion.

De los ciudadanos mas principales, á unos les ofreció consulados y preturas para lo venidero; á otros los acalló con algunos otros honores y dignidades; y á todos les hizo concebir esperanzas, para hacerles creer que si les mandaba era porque asi lo querian: en términos que habiendo muerto el Cónsul Máximo, para un solo dia que restaba del año hizo nombrar Cónsul á Caninio Rebilo, y como muchos fuesen á darle el parabien y acompañarle: apresurémonos, dijo Ciceron, á hacer estos cumplidos, antes que se nos anticipe á salir del consulado. Sus continuadas victorias no fueron parte para que su grandeza de ánimo y su ambicion se contentaran con disfrutar de lo ya alcanzado; sino que siendo un incentivo y aliciente para lo futuro, produjeron designios de mayores empresas, y el amor de una gloria nueva, como que ya se habia saciado de la presente: asi su pasion no era entonces otra cosa que una emulacion consigo mismo, como pudiera ser con otro, y una contienda de sus hazañas futuras con las anteriormente ejecutadas. Meditaba pues y preparaba hacer la guerra á los Partos, y vencidos estos por la Hircania, rodeando el mar Caspio y el Cáucaso, pasar al Ponto, é invadir la Escitia; y recorriendo luego las regiones vecinas á la Germania, y la Germania misma, por las Galias volver á Italia, y cerrar este círculo de la dominacion Romana con el Océano, que por todas partes la circunscribe. En medio de estos proyectos de guerra intentaba cortar el istmo de Corinto; y ademas de esto tomar debajo de la ciudad el Aniene y el Tíber, y llevarlos por un canal profundo, que doblase un poco hácia Circeyos, al mar de Terracina, proporcionando de este modo corto y seguro viage á los que hacian el comercio con Roma. Entraba tambien en sus planes, primero, dar

salida á las lagunas Pontinas y Secianas, dejando tierras cultivables para muchos millares de hombres; segundo, correr diques con estacadas sobre el mar próximo á Roma, y limpiando los bancos y escollos de la ribera de Ostia, hacer puertos y dársenas proporcionados para tan activa navegacion.

La disposicion del calendario y la rectificacion de la desigualdad causada por el tiempo, examinadas y llevadas á cabo por él á la luz de una exacta filosofía, hicieron su uso muy recomendable; pues que los Romanos desde tiempos antiguos, no solo traian perturbados los periódos de los meses en cada un año, de manera que las fiestas y los sacrificios, alteradas las épocas poco á poco, venian ya á caer en las estaciones opuestas; sino que para el mismo año solar los mas no tenian cuenta alguna; y los sacerdotes, que eran los únicos que la entendian, de repente, y sin que nadie tuviera de ello conocimiento, entremetian el mes embolísmico, al que llamaban Mercedonio introducido primero por el Rey Numa para ser un pequeño y no cierto remedio del error padecido en la ordenacion de los tiempos, segun que en la vida de aquel Rey lo dejamos escrito. Mas César, habiendo propuesto este problema á los mejores filósofos y matemáticos, por los métodos que ya entonces estaban admitidos, halló una correccion propia y mas exacta; en virtud de la cual los Romanos parece que son los que menos yerran acerca de esta anomalía del tiempo; y sin embargo aun esto dió ocasion de queja á los que censuraban y sufrian mal su poder, pues se cuenta que diciendo uno, mañana sale la lira, le respondió Ciceron, sí, segun el edicto: como que aun esto lo admitian por fuerza.

El odio mas manifiesto y mas mortal contra él lo produjo su deseo de reinar: primera causa para los mas, y pretexto muy decoroso para los que ya de antiguo le tenian entre ojos. Los que andaban em-

peñados en negociarle la regia dignidad habian esparcido al intento la voz de que segun los libros Sibilinos, la region de los Partos se sujetaria á los Romanos, si estos les hacian la guerra mandados por un Rey, cuando de otro modo no habia que intentarlo; y bajando César de Alba á Roma dieron el paso atrevido de llamarle Rey. Mostróse incomodado el pueblo; y él afectando disgusto, dijo, que no se llamaba Rey, sino César; y como con este motivo todo el mundo guardase silencio, pasó nada contento, ni con el mejor semblante. Habiéndosele decretado en el Senado nuevos y excesivos honores, sucedió que se hallaba sentado en los Rostros, que era el lugar donde se daba audiencia; y dirigiéndose á él los Cónsules y los Pretores, á los que siguió todo el Senado, no se levantó, sino que como quien da audiencia á los particulares, les respondió que los honores que le estaban concedidos mas necesitaban de reduccion que de aumento. Este suceso no solamente desagradó al Senado, sino tambien al pueblo, que en el Senado miraba despreciada la república: asi es que se marcharon altamente irritados todos los que no tenian necesidad de permanecer; de manera que César, reflexionando sobre ello, se retiró al punto á casa, y dijo en voz alta á sus amigos, retirando la ropa del cuello, que estaba preparado á ofrecerlo al que quisiera presentarse. Despues se excusó de lo pasado con su enfermedad, diciendo que el sentido de los que la padecian no puede estar en su asiento cuando les es preciso hablar de pie á la muchedumbre, sino que fácilmente se conmueve y altera, padeciendo vértigos, y estando expuestos á quedarse privados; pero esto no fue asi, sino que queriendo César levantarse al Senado, se refiere haber sido detenido por Cornelio Balbo, uno de sus amigos, ó por mejor decir de sus aduladores, quien le dijo: ¿no te acordarás de que eres César? ¿ni de-

jarás que te respeten, como corresponde, á quien vale mas que ellos?

Agregóse á estos incidentes el insulto hecho á los tribunos de la plebe; porque se celebraba la fiesta de los Lupercales, acerca de la cual dicen muchos que en lo antiguo era fiesta pastoril, bastante parecida á otra tambien Lupercal de la Arcadia. Muchos de los jóvenes patricios, y de los que egercen magistraturas, corren á una por la ciudad desnudos, hiriendo por juego con correas no adobadas á los que encuentran. Pónensele delante de intento muchas mugeres de los primeros ciudadanos, y como en una escuela presentan las palmas de las manos á sus golpes, por estar persuadidas de que esto aprovecha á las que estan en cinta para tener buen parto, y á las que no tienen hijos para hacerse embarazadas. Era César espectador de estos regocijos, sentado en la tribuna en silla de oro, y adornado con ropas triunfales; y como á Antonio por hallarse de Consul le tocase ser uno de los que ejecutaban la carrera sagrada, cuando llegó á la plaza, y la muchedumbre le abrió calle, llevando dispuesta una diadema enredada en una corona de laurel, la alargó á César, á lo que se siguió el aplauso de muy pocos, que se conoció estaban preparados; mas cuando César la apartó de sí, aplaudió todo el pueblo. Vuelve á presentarla; aplauden pocos; la repele; otra vez todos. Desaprobada asi esta tentativa, levántase César, y manda que aquella corona la lleven al Capitolio. Viéronse de alli á poco sus estatuas ceñidas con diademas reales, y dos de los tribunos de la plebe, Flavio y Marcelo, acudieron y las despojaron; é inquiriendo y averiguando quiénes eran los primeros que habian saludado á César con el título de Rey, los llevaron á la cárcel. Seguíalos el pueblo dándoles aplausos, y les apellidaba otros Brutos, aludiendo á haber sido Junio Bruto el que rompiendo la sucesion de los reyes, y abo-

liendo la monarquía, trasladó el supremo poder al Senado y al pueblo. Ofendido César de esta conducta, privó de la magistratura á Flabio y á Marcelo; y haciéndoles cargo de ella, para insultar de paso al pueblo, los trató muchas veces de Brutos y Cumanos [1].

En este estado vuelven los mas los ojos hácia Marco Bruto, que por parte de padre parecia ser de aquel linage, y por parte de madre del de los Servilios, casa tambien muy principal, y que era al mismo tiempo yerno y sobrino de Caton. Para que él por sí mismo intentara la destruccion de la nueva monarquía debian retardarle los honores y beneficios recibidos de César, pues no solo consiguió salvarse despues de la fuga de Pompeyo, y con sus ruegos alcanzó el perdon de muchos de los de aquel partido, sino que gozaba cerca de él de la mayor confianza. De su mano habia recibido la primera de las preturas, é iba á ser Cónsul al cuarto año, siendo preferido á Casio, que compitió con él: porque se refiere haber dicho César, que Casio alegaba mas justicia; pero él no dejaria en blanco á Bruto. Asi en una ocasion, habiéndole denunciado algunos á Bruto, cuando ya la conjuracion estaba formada, no hizo caso; sino que pasándose la mano por el cuerpo dijo á los denunciadores: Bruto aguarda este cuerpo: dando á entender que aunque por su virtud lo creia digno de mandar, no temia que por el mando se hiciera ingrato y malo. Mas los que aspiraban á la mudanza, aunque desde luego pusieron la vista en Bruto, ó solo ó el primero, no se atrevian á proponérsela: sino que por la noche llenaban el tribunal, y la silla curul en que como Pretor daba audien-

1 A los de Cumas se les tenia por estúpidos; y de estúpidos eran motejados por los demas pueblos, segun Estrabon.

cia, de billetes, que por lo comun se reducian á esto: ¿duermes Bruto? tú no eres Bruto. Como Casio percibiese que con ellos poco á poco se iba inflamando su ambicion, le visitaba con mas frecuencia que antes, y le estimulaba tambien por las causas particulares de odio que tenia contra César, que eran las que en la vida de Bruto tenemos manifestadas. A su vez César tenia sospechas de Casio: tanto que en una ocasion dijo á sus amigos: ¿qué os parece que trae Casio entre manos? porque á mí no me agrada mucho al verle tan pálido; y se cuenta que otra vez habiéndosele hecho delacion contra Antonio y Dolabela sobre que intentaban novedades, respondió: no tengo ningun miedo á estos gordos y de mucho cabello, sino á aquellos pálidos y flacos, diciéndolo por Casio y por Bruto.

A lo que parece no fue tan inesperado como poco precavido el hado de César: porque se dice haber precedido maravillosas señales y prodigios. Por lo que hace á los resplandores y fuegos del cielo, á las imágenes nocturnas que por muchas partes discurrian, y á las aves solitarias que volaban por la plaza, quizá no merecen mentarse como indicios de tan gran suceso. Estrabon el filósofo refiere haberse visto correr por el aire muchos hombres de fuego; y que el esclavo de un soldado arrojó de la mano mucha llama: de modo que los que le veian juzgaban se estaba abrasando; y cuando cesó la llama, se halló que no tenia ni la menor lesion. Habiendo César hecho un sacrificio, se desapareció el corazon de la víctima: cosa que se tuvo á terrible agüero, porque por naturaleza ningun animal puede existir sin corazon. Todavia hay muchos de quienes se puede oir, que un agorero le anunció aguardarle un gran peligro en el dia del mes de Marzo que los Romanos llamaban los Idus. Llegó el dia, y yendo César al Senado, saludó al agorero, y como por burla le dijo: ya han

llegado los Idus de Marzo; á lo que le contestó con gran reposo: han llegado, sí; pero no han pasado. El dia antes lo tuvo á cenar Marco Lépido, y estando escribiendo unas cartas, como lo tenia de costumbre, recayó la conversacion sobre cuál era la mejor muerte; y César, anticipándose á todos, dijo: la no esperada. Acostado despues con su muger, segun solia, repentinamente se abrieron todas las puertas y ventanas de su cuarto; y turbado con el ruido y la luz, porque hacia luna clara, observó que Calpurnia dormia profundamente; pero que entre sueños prorumpia en voces mal pronunciadas y en sollozos no articulados; y era que le lloraba, teniéndole muerto en su regazo. Otros dicen que no era esta la vision que tuvo la muger de César, sino que estando incorporada con su casa una torre, que segun refiere Lidio se le habia decretado por el Senado para su mayor decoro y magestad, la vió entre sueños destruida; sobre lo que se acongojó y lloró. Cuando fue de dia, rogó á César, que si habia arbitrio no fuera al Senado, sino que lo dilatara para otro dia; y si tenia en poco sus sueños, por sacrificios y otros medios de adivinacion examinara qué podria ser lo que conviniese. Entró tambien César, á lo que parece, en alguna sospecha y rezelo, por cuanto no habiendo visto antes en Calpurnia señal ninguna de supersticion mugeril, la advertia entonces tan afligida; y cuando los agoreros, despues de haber hecho varios sacrificios, le anunciaron que las señales no eran faustas, resolvió enviar á Antonio con la orden de que se disolviera el Senado.

En esto Decio Bruto, por sobrenombre Albino, en quien César tenia gran confianza, como que fue por él nombrado heredero en segundo lugar; pero que con el otro Bruto y con Casio tenia parte en la conjuracion, rezelando no fuera que si César pasaba de aquel dia la conjuracion se descubriese, co-

menzó á desacreditar los pronósticos de los agoreros, y á hacer temer á César que podria dar motivo de quejas al Senado contra sí, pareciendo que le miraba con escarnio: pues que si venia era por su orden; y todos estaban dispuestos á decretar que se intitulara Rey de todas las provincias fuera de Italia, y fuera de ella llevara la diadema por tierra y por mar; y si estando ya sentados, añadió, ahora se les diera orden de retirarse, para volver cuando Calpurnia tuviese sueños mas placenteros, ¿qué seria lo que dijesen los que no le miraban bien? ¿De quién de sus amigos oirian con paciencia, si queria persuadirles, que aquello no era esclavitud y tiranía? y si absolutamente era su ánimo mirar como abominable aquel dia, siempre seria lo mejor que fuera, saludara al Senado, y mandara sobreseer por entonces en el negocio. Al terminar este discurso, tomó Bruto á César de la mano, y se le llevó consigo. Estaban aun á corta distancia de la puerta, cuando un esclavo ageno porfiaba por llegarse á César; mas dándose por vencido de poder penetrar por entre la turba de gentes que rodeaba á César, por fuerza se entró en la casa, y se puso en manos de Calpurnia, diciéndole que le guardase hasta que aquel volviera, porque tenia que revelarle secretos de grande importancia.

Artemidoro, natural de Gnido, maestro de lengua griega, y que por lo mismo habia contraido amistad con algunos de los compañeros de Bruto, hasta estar impuesto de lo que se tenia tramado, se le presentó trayendo escrito en un memorial lo que queria descubrir; y viendo que César al recibir los memoriales los entregaba al punto á los ministros que tenia á su lado, llegándose muy cerca, este, le dijo á César, léelo tu solo y pronto: porque en él estan escritas grandes cosas que te interesan. Tomólo pues César, y no le fue posible leerlo, estorbándoselo el tropel de los que continuamente llegaban por

mas que lo intentó muchas veces; pero llevando y guardando siempre en la mano aquel solo memorial, entró en el Senado. Algunos dicen que fue otro el que se le entregó; y que á Artemidoro no le fue posible acercarse, sino que por todo el tránsito fue estorbado de la muchedumbre. Todos estos incidentes pueden mirarse como naturales sin causa extraordinaria que los produjese; pero el sitio destinado á tal muerte y á tal contienda, en que se reunió el Senado, si se observa que en él habia una estatua de Pompeyo, y que por este habia sido dedicado entre los ornamentos accesorios de su teatro, parece que precisamente fue obra de algun numen superior el haber traido alli para su egecucion semejante designio. Asi se dice que Casio, mirando á la estatua de Pompeyo al tiempo del acometimiento, le invocó secretamente, sin embargo de que no dejaba de estar imbuido en los dogmas de Epicuro; y es que la ocasion, segun parece, del presente peligro, engendró un entusiasmo y un afecto contrarios á la doctrina que habia abrazado. A Antonio, amigo fiel de César, y hombre de pujanza, lo entretuvo afuera Bruto Albino, moviéndole de intento una conversacion que no podia menos de ser larga. Al entrar César, el Senado se levantó, haciéndole acatamiento; pero de los socios de Bruto unos se habian colocado detras de su silla, y otros le habian salido al encuentro como para tomar parte con Tulio Cimbro en las súplicas que le hacia por un hermano que estaba desterrado; y efectivamente le rogaban tambien, acompañándole hasta la misma silla. Sentado que se hubo, se negó ya á escuchar ruegos; y como instasen con mas vehemencia, se les mostró indignado; y entonces Tulio, cogiéndole la toga con ambas manos, la retiró del cuello; que era la señal de acometerle. Casca fue el primero que le hirió con un puñal junto al cuello; pero la herida que le hizo no fue mortal ni profun-

da, turbado como era natural en el principio de un empeño como era aquel: de manera que volviéndose César, le cogió y detuvo el puñal, y á un mismo tiempo exclamaron ambos, el ofendido en latin: *malvado Casca ¿qué haces?* y el ofensor en griego á su hermano: *hermano, auxilio.* Como este fuese el principio, á los que ningun antecedente tenian les causó gran sorpresa y pasmo lo que estaba pasando, sin atreverse ni á huir, ni á defenderle, ni siquiera á articular palabra. Los que se hallaban aparejados para aquella muerte todos tenian las espadas desnudas; y hallándose César rodeado de ellos, ofendido por todos, y llamada su atencion á todas partes, porque por todas solo se le ofrecia hierro ante el rostro y los ojos, no sabia adonde dirigirlos, como fiera en manos de muchos cazadores; porque entraba en el convenio que todos habian de participar, y como gustar de aquella muerte; por lo que Bruto le causó tambien una herida en la ingle. Algunos dicen que antes habia luchado, agitándose acá y allá, y gritando; pero que al ver á Bruto con la espada desenvainada se echó la ropa á la cabeza, y se prestó á los golpes: viniendo á caer, fuese por casualidad, ó porque le impeliesen los matadores, junto á la base sobre que descansaba la estatua de Pompeyo, que toda quedó manchada de sangre: de manera que parecia haber presidido el mismo Pompeyo al suplicio de su enemigo, que tendido espiraba á sus pies traspasado de heridas, pues se dice que recibió veinte y tres; y muchos de los autores se hirieron tambien unos á otros, mientras todos dirigian á un solo cuerpo tantos golpes.

Cuando le hubieron acabado de esta manera, el Senado, aunque Bruto se presentó en medio como para decir algo sobre lo sucedido, no pudiendo ya contenerse, se salió de aquel recinto, y con su huida llenó al pueblo de turbacion y de un miedo incierto:

tanto que unos cerraron sus casas, otros abandonaron las mesas y caudales, y todos corrian, unos al sitio á ver aquella fatalidad, y otros de alli despues de haberla visto. Antonio y Lépido, que pasaban por los mayores amigos de César, tuvieron que retirarse y acogerse á casas agenas; mas Bruto y los suyos en el calor todavía de la empresa, ostentando las espadas desnudas, salieron juntos del Senado, y corrieron al Capitolio, no á manera de fugitivos, sino risueños y alegres, llamando á la muchedumbre á la libertad, y abrazando á los que de los principales ciudadanos encontraban al paso. Algunos hubo que se juntaron é incorporaron con ellos, y como si hubieran tenido parte en la accion querian abrogarse la gloria; de cuyo número fueron Cayo Octavio y Léntulo Espinter. Estos pagaron mas adelante la pena de su jactancia muertos de orden de Antonio y de Octavio César, sin haber gozado de la gloria porque morian; pues que nadie los habia creido, y los mismos que los castigaron no tomaron venganza del hecho, sino de la voluntad. Al dia siguiente bajaron del Capitolio Bruto y los demas conjurados; y habiendo hablado al pueblo, este escuchó lo que se le decia sin mostrar que improbaba ni aprobaba lo hecho; sino que se veia en su inmovilidad que compadecia á César y respetaba á Bruto. El Senado, despues de haber publicado ciertas amnistías y convenios en favor de todos, decretó que á César se le reverenciara como á un Dios, y que no se hiciera ni la menor alteracion en lo que habia ordenado durante su mando. A los conjurados les distribuyó las provincias, y les dispensó los honores correspondientes: de manera que todos creyeron haber tomado la república consistencia, y haber tenido las alteraciones el término mas próspero y feliz.

Abrióse el testamento de César, y se encontró que á cada uno de los ciudadanos Romanos dejaba un le-

gado de bastante entidad; con esto, y con haber visto el cadáver cuando lo pasaban por la plaza despedazado con tantas heridas, ya la muchedumbre no guardó orden ni concierto, sino que recogiendo por la plaza escaños, celosías y mesas, hicieron una hoguera y poniendo sobre ella el cadáver lo quemaron. Tomaron despues tizones encendidos y fueron corriendo á dar fuego á las casas de los matadores. Otros recorrieron toda la ciudad en busca de estos para echarles mano y hacerlos pedazos; mas no dieron con ninguno de ellos, sino que todos estaban bien resguardados y defendidos. Sucedió que un ciudadano llamado Cina, amigo de César, habia tenido segun dicen en la noche anterior un sueño muy extraño; porque le parecia que era convidado por César á un banquete, y que excusándose era tirado por este de la mano contra su voluntad y resistiéndose. Cuando oyó que en la plaza se estaba quemando el cadáver de César, se levantó y marchó allá por honrarle, no obstante que tenia presente el ensueño, y estaba con calentura. Violo uno de tantos; y á otro que le preguntó, le dijo cómo se llamaba; este á otro, y en un instante corrió por todos que aquel era uno de los matadores de César; porque realmente entre los conjurados habia habido un Cina del mismo nombre; y tomándole por este le acometieron sin detenerse, y le hicieron pedazos. Concibiendo de aqui temor Bruto y Casio, sin que hubiesen pasado muchos dias se ausentaron de la ciudad. Qué fue lo que despues hicieron y padecieron hasta el fin lo hemos declarado en la vida de Bruto.

Muere César á los cincuenta y seis años cumplidos de su edad, no habiendo sobrevivido á Pompeyo mas que cuatro años; sin haber sacado otro fruto que la nombradía, y una gloria muy sujeta á la envidia de sus conciudadanos de aquel mando y de aquel poder, tras el que toda su vida anduvo entre

los mayores peligros, y que apenas pudo adquirir; pero aquel buen Genio ó Numen que mientras vivió cuidó de él, le siguió despues de su muerte para ser vengador de ella, haciendo huir, y acosando por mar y por tierra á los matadores hasta no dejar ninguno; y antes acabando con cuantos con la obra ó con el consejo tuvieron parte en aquel designio. De los acontecimientos puramente humanos que en este negocio sucedieron, el mas admirable fue el relativo á Casio; porque vencido en Filipos se pasó el cuerpo con aquella misma espada de que usó contra César. De los sobrehumanos, el gran cometa que se dejó ver muy resplandeciente por siete noches inmediatamente despues de la muerte de César, y luego desapareció; y el apocamiento de la luz y fuerza del sol. Porque en todo aquel año su disco salió pálido y privado de rayos, enviando un calor tenue y poco activo: asi el aire era obscuro y pesado, por la debilidad del calor que lo enrarece, y los frutos se quedaron imperfectos é inmaturos por la frialdad del ambiente. Mas lo que principalmente demostró no haber sido grata á los Dioses la muerte dada á César fue la vision que persiguió á Bruto; y fue en esta manera. Estando para pasar su ejército desde Abido al otro continente, descansaba por la noche en su tienda como lo tenia de costumbre, no durmiendo, sino meditando sobre las disposiciones que debia tomar: pues se dice que entre todos los Generales Bruto fue el menos soñoliento, y el que por su constitucion podia aguantar mas tiempo en vela. Pareció pues haberse sentido algun ruido hácia la puerta, y mirando á la luz del farol, que ya ardia poco, se le ofreció la vision espantosa de un hombre de desmedida estatura y terrible gesto. Pasmóse al pronto; pero viendo despues que nada hacia ni decia, sino que estaba parado junto á su lecho, le preguntó quién era; y la fantasma le respondió: » Soy,

oh Bruto, tu mal Genio: ya me verás en Filipos."
Alentado entonces Bruto, te veré, le dijo, y el Genio desapareció al punto. Al prefinido tiempo puesto en Filipos al frente de su ejército contra Antonio y Octavio César, vencedor en la primera batalla, destrozó y puso en dispersion á las tropas que se le opusieron, saqueando el campamento de César. Habiendo de dar segunda batalla, se le presentó otra vez la fantasma en aquella noche sin que le hablase palabra; pero entendiendo Bruto su hado, se abalanzó desesperadamente al peligro. No murió con todo peleando, sino que despues de la derrota, retirándose á la eminencia de una roca se arrojó de pechos sobre su espada desnuda, y dando uno de sus amigos fuerza, segun dicen, al golpe, de este modo perdió la vida.

El orador Demades, que gozó de gran poder en Atenas por gobernar á gusto de los Macedonios y de Antipatro, como se viese precisado á escribir y decir muchas cosas nada dignas de la magestad y de las costumbres de aquella república, sostenia que era merecedor de perdon, porque gobernaba los naufragios de ella. Esta expresion, aunque bastante atrevida, podria parecer verdadera si se trasladase y aplicase al gobierno de Focion. Porque en cuanto á Demades él era verdaderamente el naufragio de la república, habiendo vivido y gobernado tan indecentemente, que cuando ya era viejo decia en vituperio suyo Antipatro, que á manera de sacrificio consumado no quedaba de él mas que la lengua y el vientre; cuando á la virtud de Focion, que fue puesta á prueba con el tiempo que le cupo, como con un enemigo poderoso y violento, los infortunios de la Grecia la marchitaron y deslucieron en punto á gloria. Pues no se ha de dar crédito á Sófocles, que hace apocada y debil á la virtud en estos versos:

Que de su asiento, ó rey, ès conmovida
La razon del que en males es probado;
Aunque antes con brios se mostrase;

Y solo se ha de dar á la fortuna tanto poder sobre los hombres justos y buenos, cuanto baste á esparcir contra ellos calumnias y rumores siniestros, en lugar del honor y agradecimiento que se les debia, con detrimento del crédito y aprecio de la virtud.

Parecia que los pueblos principalmente habian de mostrarse insolentes contra los buenos cuando estan en prosperidad, y cuando los engríen sucesos faustos y un gran poder; pero es lo contrario lo que sucede. Porque las desgracias vuelven las costumbres displicentes, mal sufridas, y propensas á la ira, y hacen el oido nimiamente delicado, y muy dispuesto

á irritarse con cualquiera palabra ó expresion un poco viva; por la cual disposicion el que reprende á los que yerran parece que les echa en cara sus infortunios, y la claridad y la franqueza pasan por desprecio; y asi como la miel perjudica á los miembros heridos y llagados, de la misma manera las expresiones verdaderas y ajustadas á razon muerden é irritan á los que estan en adversidad, como no sean muy benignas y conciliadoras; que es por lo que el poeta llamó grato al alma lo que es dulce, porque cede á la parte inflamada de ella, y no la contraría ni se le opone. Porque tambien el ojo doliente se complace mas con los colores obscuros y que reflejan poco la luz, y se aparta de los que son mas claros y envian resplandor. Pues por el mismo término la república, que por imprudencia ha caido en una suerte desventurada, se pone en cierto estado de delicadeza y de temor para no poder sufrir la verdad dicha á las claras, justamente cuando mas la ha menester, porque pueden los yerros llegar á punto que no tengan enmienda. Por lo mismo un Gobierno que se halla en esta situacion es cosa sumamente expuesta, porque pierde consigo al que le habla segun su gusto, pero pierde antes al que no le adula. Por tanto, asi como del sol dicen los matemáticos que no lleva la misma carrera que el cielo, ni tampoco la contraria y enteramente opuesta, sino que usa de una marcha oblicua é inclinada, en virtud de la cual hace un giro lento, flexible y compasado, que da salud á todas las cosas, y les hace tomar la temperatura que á cada una conviene; del mismo modo en materia de gobierno la autoridad demasiado tirante, y que en todo repugna á los gobernados, es cruel y dura; como por el contrario ariesgada y puesta en precipicio la que es condescendiente con los que delinquen, que es á lo que los mas propenden. Será por tanto saludable aquella cuidadosa administracion

pública que tenga alguna condescendencia con los que obedecen; que haga algo en su obsequio; pero que sepa al mismo tiempo exigir lo que conviene, siendo conducida por hombres que por lo comun usen de blandura y maña, y no quieran llevarlo todo despótica y violentamente. Es empero trabajoso y dificil en este género de administracion mezclar y templar bien la autoridad con la condescendencia; lo que si se logra, resulta un concierto mas exacto y mas músico que todos los números y que todas las armonías: el mismo con que se dice gobierna Dios el mundo, no usando nunca de violencia, sino evitando con la razon y la dulzura el que se haga perceptible la necesidad.

Lo dicho arriba sucedió á Caton el menor; porque tampoco este tuvo unas costumbres suaves y gratas á la muchedumbre, ni fue la condescendencia el lado por donde floreció su gobierno; sino que por usar de su carácter, como si gobernara en la república de Platon, y no en las heces de Rómulo, segun expresion de Ciceron, sufrió repulsa en la peticion del Consulado; en lo que me parece tuvo la suerte de los frutos que vienen fuera de tiempo; pues asi como á estos los vemos y los admiramos, pero no gozamos de ellos, de la misma manera la vieja usanza de Caton, empleada despues de largo tiempo, cuando la conducta de los hombres estaba estragada y las costumbres perdidas, tuvo, sí, gran nombradía y gloria; pero en la práctica no fue de provecho: porque lo grande y profundo de su virtud se media mal con los tiempos que alcanzó. No estaba su patria próxima á perecer como lo estaba ya la de Focion, aunque sí se hallaba agitada y conmovida de grandes tempestades; y solo con echar mano de las velas y los cables al lado de los que eran mas poderosos, separado del timon y del gobierno, sostuvo una gran lucha con la fortuna, la que al cabo

triunfó y se enseñoreó de la república; pero no fue sino á duras penas, con lentitud, y pasado largo tiempo; y estuvo en muy poco el que esta no se recuperara y volviera en sí, precisamente por Caton, y por la virtud de Caton; con la que compararemos la de Focion como de dos varones justos y aventajados en la política; sin que por esto se entienda ser nuestro intento que se les tenga por del todo semejantes. Porque ciertamente hay diferencia de fortaleza á fortaleza, como de la de Alcibiades á la de Epaminondas; de prudencia á prudencia, como de la de Temístocles á la de Arístides; y de justicia á justicia, como de la de Numa á la de Agesilao; y con todo las virtudes de estos dos grandes hombres llevan grabados hasta las últimas y mas imperceptibles diferencias un mismo caracter, una misma forma y un mismo color de costumbres, como si con una misma medida se hubieran mezclado la humanidad con la entereza; la fortaleza con la precaucion; la solicitud por los otros, y la impavidez por sí mismos; el cuidado en evitar las cosas torpes, y la firmeza en sostener la justicia: todo nivelado é igualado en ambos con exactitud: de manera que se necesitaria de un ingenio muy delicado y exquisito, con el que como con un instrumento muy fino, se investigasen y señalasen las diferencias.

El linage de Caton es cosa averiguada que era ilustre como lo diremos despues; y en cuanto al de Focion sacamos por conjeturas que no seria del todo oscuro y abatido: pues á haber sido hijo de un cucharero, como dice Idomeneo, Glaucipo el de Hiperides, que en su discurso recogió y profirió contra él millares de millares de picardías, no habria omitido su bajo nacimiento, ni él tampoco habria podido tener una vida tan acomodada, ni recibir una educacion tan liberal, hasta el punto de haber asistido siendo muy joven á la escuela de Platon, y des-

pues á la de Jenócrates en la Academia; haciéndose emulador desde el principio de los que tenian mas elevados pensamientos. Pues ninguno de los Atenienses vió fácilmente á Focion ni reir, ni lamentarse, ni lavarse en baño público, como escribió Duris, ni sacar la mano fuera de la capa en las pocas veces que usaba de ella: porque asi en los viages, como en el ejército, iba siempre descalzo y desnudo, á nó que hiciera un frio excesivo é inaguantable: de manera que sus camaradas decian burlándose, que era señal de un frio rigoroso el ver á Focion arropado.

No obstante que era de unas costumbres muy benignas y muy humanas, en su semblante parecia inaccesible y ceñudo, de manera que con dificultad se llegaban á él los que antes no le habian tratado. Por esta causa, habiendo hablado en una ocasion Cares contra su ceño, como los Atenienses se riesen, ningun mal, les dijo, os ha hecho mi ceño; cuando la risa de estos ha dado mucho que llorar á la república. Por este término el lenguage de Focion, siendo útil por las sentencias y saludables pensamientos, encerraba una concision imperiosa, severa, y algo picante: pues asi como decia Zenon que el filósofo debia remojar su diccion en el juicio, á este mismo modo la diccion de Focion en pocas palabras mostraba gran sentido; y á esto parece que aludió Policueto de Esfecia cuando dijo, que Demóstenes era mejor orador, pero Focion mas elocuente. Porque asi como la moneda á que se ha dado gran estimacion pública, tiene mucho valor en pequeño volúmen, de la misma manera la verdadera elocuencia consiste en significar muchas cosas con pocas palabras. Asi se cuenta de Focion que en cierta ocasion, estando ya lleno el teatro, se paseaba por la escena, estando todo embebecido dentro de sí mismo; y diciéndole uno de sus amigos, parece, ó Focion, que

estás meditando, le respondió: sí, medito qué es lo que podré quitar del discurso que voy á pronunciar á los Atenienses. El mismo Demóstenes, que miraba con alto desprecio á los demas oradores, cuando se levantaba Focion solia decir en voz baja á sus amigos: ea, ya está ahi el hacha de mis discursos. Mas quizá esto mismo debió atribuirse á sus costumbres: puesto que una palabra sola, ó una seña de un hombre de bien, tiene una fuerza y un crédito que equivale á millares de argumentos y de períodos.

Siendo todavía joven se arrimó al General Cabrias, y se ponia á su lado, sirviéndole este de mucho para adelantar en el arte militar; mas en algunas cosas él le servia para corregir su caracter, que era desigual y arrebatado. Porque con ser Cabrias de suyo tardo y pesado, metido ya en los combates, se irritaba y encendia en ira, arrojándose á los peligros temerariamente: como en Quio, que perdió la vida por ser el primero á acometer con su galera, y á emprender á viva fuerza el desembarco; y siendo Focion á un tiempo prudente y activo, inflamaba por una parte la detencion de Cabrias, y por otra contenia la prontitud inoportuna de sus ímpetus. Por esta razon, siendo Cabrias de amable y generosa índole, le miró con aprecio, y lo promovió á las comisiones y mandos, dándole á conocer á los Griegos, y valiéndose de él para los encargos de mayor importancia; por el cual medio en la batalla naval de Najos proporcionó á Focion no pequeño nombre y gloria: porque le dió el mando del ala izquierda, en la que fue mas arrebatado el combate, y tambien se decidió con suma prontitud. Como fuese pues esta la primera batalla naval que la ciudad dió sola, despues de tomada, á los Griegos, y hubiese salido victorioso, tuvo en mucho mas á Cabrias, y contó ya á Focion entre sus Generales. Alcanzóse esta victoria en la fiesta de los grandes misterios; y Cabrias agasajó todos los

años á los Atenienses con cierta medida de vino en el dia diez y seis del mes Boedromion.

Dícese que despues de este suceso, enviándole Cabrias á recoger las contribuciones de las islas, y dándole veinte galeras, le expuso, que si le enviaba á hacer la guerra, necesitaba mayores fuerzas; y si á tratar con los aliados, con una tenia bastante. Marchó pues con sola su galera; y habiendo tratado con las ciudades y conferenciado con los que mandaban en ellas franca y sencillamente, dió la vuelta con muchas naves, enviadas por los aliados para conducir las contribuciones. Continuó siempre haciendo todo obsequio y respetando á Cabrias, no solo durante su vida, sino aun despues de muerto, interesándose por sus deudos, y tomando empeño en formar á la virtud á su hijo Ctesipo; y aunque le vió medio falto y terco, no se dió con todo por vencido, sino que procuró corregirle y ocultar sus defectos; y solo se dice que una vez, incomodándole en el ejército este joven, y molestándole con preguntas y consejos intempestivos, como quien pretendia enseñarle y tomar mejores disposiciones de guerra, exclamó: ¡ó Cabrias, Cabrias, bien te pago la amistad que me mostraste, aguantando á tu hijo! Como viese que los que manejaban entonces los negocios públicos se habian repartido como por suerte el mando militar y la tribuna, no haciendo unos mas que hablar al pueblo y escribir, que eran Eubulo, Aristofon, Demóstenes, Licurgo é Hiperides; y que Diopetes, Menesteo, Leostenes y Cares se enriquecian con mandar los ejércitos y hacer la guerra, formó el designio de restablecer en cuanto de él dependiese el modo de gobernar de Pericles, de Arístides y Solon, como mas completo, y que abrazaba ambos objetos. Porque cada uno de estos tres varones era segun la expresion de Arquiloco:

Uno y otro: del Dios de las batallas

No desdeñado alumno, y con los dones
Favorecido de las doctas Musas;

y observaba ademas que Minerva es á un tiempo guerrera y política, y bajo los dos aspectos es venerada. Conduciéndose de esta manera, sus disposiciones se dirigian siempre á la paz y al sosiego; mas sin embargo él solo mandó de gefe en mas guerras que todos los de su tiempo, y aun de los tiempos anteriores; no porque se presentase para ello ni hiciese solicitudes; pero tampoco se excusaba ó se retraia cuando la república le llamaba. Porque es sabido que cuarenta y cinco veces tuvo mando, no habiéndose hallado ni una sola vez en las juntas de eleccion, sino siendo llamado y nombrado en su ausencia: tanto que los de poco juicio se maravillaban de que el pueblo, siendo Focion el único que por lo comun se le oponia, no diciendo ni haciendo nunca nada que pudiera complacerle, en las cosas de poca importancia hiciera caso como por burla de los demagogos mas decidores y mas huecos, á la manera que los reyes gustan, despues de tomar el aguamanos, de oir á los aduladores y lisongeros; y que cuando se trataba de dar el mando siempre sobrio y solícito empleaba al ciudadano mas severo y prudente, y que era el único, ó á lo menos el que mas contradecia sus deseos y proyectos. Asi es que habiéndose leido un oráculo de Delfos, en el que se decia que estando de acuerdo todos los demas ciudadanos uno solo pensaba de distinto modo que la ciudad; se presentó Focion, y dijo, que no se molestaran, porque él era el que se buscaba: pues que á él solo no le agradaba nada de cuanto hacian; y en una ocasion, como habiendo expuesto ante el pueblo su dictamen, encontrase aprobacion, y viese que todos uniformemente le admitian, se volvió á sus amigos diciendo: ¡si habré yo propuesto sin advertirlo algun desatino!

Pedian los Atenienses dinero para cierto sacrificio, y prestándose los demas á darlo, interpelado Focion muchas veces, pedid, les dijo, á esos ricos, porque yo me avergonzaria de daros á vosotros, no habiéndole dado á este, mostrándoles al banquero Calicles. Como sin embargo no cesasen de clamar y gritar, les refirió esta conseja: un hombre tímido salió á la guerra, y habiendo oido graznar á los cuervos, depuso las armas, y se estuvo quieto. Volviólas á tomar, y puesto en marcha, como otra vez graznasen los cuervos, se paró, y por fin les dijo, vosotros graznareis cuanto os diere gana, pero de mí no habeis de gustar. En otra ocasion le mandaban los Atenienses que saliera contra los enemigos; y como no estuviese de tal parecer, y lo culpasen de tímido y cobarde; ni vosotros, dijo, me podeis hacer osado, ni yo á vosotros tímidos; pero ya nos conocemos. En circunstancias delicadas se irritó mucho el pueblo contra él, y pidiéndole las cuentas del ejército, salvaos antes, les dijo, ó miserables; y como durante la guerra los viese abatidos y cobardes, y despues de la paz mostrasen osadía y gritasen contra Focion, quejándose de que les habia arrebatado la victoria, no es poca vuestra fortuna, les dijo, en tener un General que os conoce, porque sino ya hace tiempo que os habriais perdido. No querian litigar con los Beocios por cierto territorio, sino hacerles la guerra; y Focion les aconsejó que contendieran con palabras en lo que eran superiores; y no con las armas en lo que podian menos. Hablaba una vez al pueblo, y como no atendiesen ni quisiesen oirle, podreis, les dijo, violentarme á que haga lo que no quiero; pero á que contra mi parecer diga lo que no conviene no podreis forzarme jamas. De los oradores que se le oponian en el Gobierno, era uno Demóstenes; y diciéndole este un dia, te quitarán los Atenienses la vida, ó Focion; le respondió: me la quitarán á mí si estan

locos, y á tí si estan cuerdos. Viendo á Polieucto de Esfecia que en un dia de verano aconsejaba á los Atenienses que hiciesen la guerra á Filipo, y que despues medio sofocado y bañado de sudor, porque estaba muy grueso, tomaba continuos sorbos de agua, estará muy bien, dijo, que decreteis la guerra por consejo de este hombre, de quien ¿qué podrá esperarse cuando se halle con la coroza y el escudo, y tenga los enemigos cerca, si ahora para deciros lo que tiene meditado está para ahogarse? Decíale Licurgo en una junta pública un sin fin de denuestos; añadiendo por fin, que pidiendo Alejandro diez de los demagogos habia aconsejado que se le entregasen; y él le respondió: muchas cosas buenas y útiles les he aconsejado; pero no me hacen caso.

Habia un tal Arquibiades, á quien se daba el mote de Laconista, porque se habia dejado crecer una larga barba; llevaba una mala capa á la Espartana, y tenia un aire tétrico y severo; y en un alboroto que se movió en el consejo, Focion apeló á este para que le sirviera de testigo en lo que decia y le ayudara; mas él, levantándose, no aconsejó sino lo que sabia que seria grato á los Atenienses; y Focion entonces, asiéndole por la barba, ¿pues por qué, le dijo, ó Arquibiades, no te afeitas? Aristogiton el delator en las juntas públicas estaba siempre por la guerra, é inflamaba al pueblo á emprenderla; pero cuando llegó el tiempo del alistamiento se presentó con una muleta y con una pierna entrapajada, y apenas Focion lo vió á lo lejos, desde su escaño gritó al amanuense: escribe tambien á Aristogiton, cojo y malo. Era por tanto cosa de maravillarse cómo un hombre tan irritable y tan severo tenia el concepto y aun el nombre de bueno; y es que en mi opinion, aunque dificil, no es imposible que al modo del vino un hombre sea al mismo tiempo dulce y picante; asi como otros, que son tenidos por

dulces, son desabridos y dañosos para los que los experimentan; y aun de Hipericles se refiere haber dicho hablando al pueblo: no mireis, ó Atenienses, si soy amargo, sino si lo soy de balde: como si la muchedumbre temiera y aborreciera solo á los que son molestos y dañosos con su avaricia, y no estuviera peor con los que abusan del poder por desprecio y envidia, ó por encono y rencilla. Pues en cuanto á Focion por enemistad jamas hizo mal á nadie, ni á nadie tuvo por contrario; y solo en lo preciso hizo frente á los que se le oponian en lo que por bien de la patria egecutaba, siendo en tales casos áspero, inflexible é implacable; pero fuera de esto en el discurso de su vida á todos se mostró benigno, compasivo y humano, hasta venir en auxilio de los de contrario partido, si en algo faltaban, y ponerse á su lado si estaban en peligro. Reconviniéronle una vez sus amigos de que habia hablado en juicio á favor de un hombre malo; y les respondió que los buenos no necesitaban de auxilio. Aristogiton el delator despues que por sentencia fue condenado, le llamó y rogó que fuera á verle, y condescendiendo con su súplica se encaminaba á la carcel; mas como sus amigos se lo estorbasen, dejadme, dijo, simples: ¿en qué parte podriamos ver con mas gusto á Aristogiton?

Ello es que los aliados y los habitantes de las islas á los enviados de Atenas, cuando otro General los conducia, los miraban como enemigos, reforzaban las murallas, barreaban las puertas, é introducian del campo á las poblaciones los víveres, los esclavos, las mugeres y los niños; y si el General era Focion, salian coronados á recibirlos en sus propias naves, y alegres los llevaban á sus propias casas.

Cuando Filipo, tratando de meterse en la Eubea, condujo tropas desde la Macedonia, y se dedicó á ganar las ciudades por medio de los tiranos,

Plutarco de Erétria acudió á los Atenienses; y pidiéndoles que libertaran la isla de las manos del Rey de Macedonia, en que ya se hallaba, fue Focion enviado de General con pocas fuerzas, por decirse que los habitantes estaban prontos á pasarse á él; mas habiéndolo encontrado todo lleno de traidores; todo en mala disposicion, y socavado con dádivas, se vió puesto en gran peligro; y habiendo tomado un montecito, cortado con un gran barranco de la llanura de Taminas, contenia y resguardaba en él lo mas aguerrido de sus tropas; dando orden á los generales respecto de los insubordinados, habladores y malos, para que no hicieran caso si los veian desertar y apartarse del campamento: porque aqui, les decia, no serán de provecho, sino mas bien perjudiciales por su indisciplina á los que hayan de pelear; y allá detenidos con la conciencia de este delito, gritarán menos contra mí, y no me calumniarán.

Cuando se presentaron los enemigos, dió á sus tropas orden de que permanecieran inmobles sobre las armas hasta que hubiese sacrificado; y fue largo el tiempo que se detuvo, ó porque las señales no fuesen faustas, ó porque quisiese atraer mas cerca á los enemigos. Por esta razon, recelando por entonces Plutarco cobardía y meditada tardanza, acometió con solos los estipendiarios; lo que visto por la caballería, ya no aguantó mas tampoco, sino que se dirigió al momento contra los enemigos, saliendo desordenada y desunida del campamento. Vencidos los primeros, se desbandaron todos, y Plutarco huyó. Acometieron entonces al valladar algunos de los enemigos, y trataron de romperle y abrirse paso, teniéndolo todo por sojuzgado. En esto, concluido ya el sacrificio, cargaron los Atenienses, y rechazaron al punto á los del campamento, destrozando á la mayor parte de ellos mientras se entregan á la fu-

ga alrededor de las trincheras. Focion dispuso que el grueso de sus tropas se parase, y estuviera con atencion para esperar y recoger á los que al principio se habian dispersado en la fuga; y él con los mas escogidos arremetió á los enemigos. Trabóse una reñida batalla, en la que todos pelearon valerosamente y á todo trance; pero Talo, hijo de Cineas, y Glauco de Polimedes, que estaban al lado del General, todavía sobresalieron; y no solo estos, sino que Cleofanes contrajo tambien un mérito muy singular en esta batalla: porque haciendo volver de su huida á los de á caballo, y gritándoles y clamándoles que corrieran en auxilio del General que estaba en riesgo, consiguió que con su vuelta fuese mas cierto el triunfo de la infantería. De resultas de esta accion arrojó á Plutarco de Eretria, y tomó á Zaretra, castillo de grande importancia, por estar situado en el punto donde la llanura termina en una estrecha faja, quedando alli la isla muy angustiada por el mar de una y otra banda. No permitió á los soldados que hiciesen cautivos á los Griegos rendidos, por temor de que los oradores de Atenas violentaran al pueblo á tomar contra ellos por encono alguna injusta determinacion.

Regresado Focion despues de estos sucesos, muy presto echaron menos los aliados su honradez y su justificacion; y muy presto conocieron tambien los Atenienses su inteligencia, y el grande influjo que le daban sus virtudes: porque Moloso, que fue el que despues de él se encargó de los negocios, hizo tan infelizmente la guerra, que cayó vivo en poder de los enemigos. Tenia ya Filipo en aquella época concebidas grandes esperanzas en su ánimo; y habiendo pasado al Helesponto con todo su ejército, daba por supuesto tener ya en la mano al Quersoneso, á Perinto y á Bizancio. Propusiéronse los Atenienses darles auxilio; y habiendo trabajado los

oradores porque Cares fuera nombrado General, enviado este con el mando, no solamente no hizo nada que correspondiese á las fuerzas que se le dieron, sino que las ciudades no quisieron admitir la escuadra; y haciéndose á todos sospechoso, tuvo que andar de una parte á otra, siendo por sus exacciones molesto á los aliados, y despreciado de los enemigos. Irritado con esto el pueblo por los mismos oradores, se mostró disgustado, y mudó de propósito en cuanto á socorrer á los Bizantinos; pero tomando la palabra Focion les dijo, que no debian incomodarse con los aliados que mostraban desconfianza, sino con los generales que á esto les daban motivo: porque estos son, añadió, los que os hacen odiosos á los mismos que sin vosotros no pueden salvarse. Movido el pueblo con este discurso, y reformando su última determinacion, decretó que el mismo Focion marchase con nuevas fuerzas al Helesponto en socorro de los aliados; lo que fue de la mayor importancia para que Bizancio se salvase. Porque era ya grande la fama de Focion; y como á esto se agregase el que Cleon, varon entre los Bizantinos el primero en opinion de virtud, y que con Focion habia trabado amistad en la academia, empeñó por él su palabra con la ciudad, no consintieron que acampase fuera, como queria, sino que abriéndole las puertas recibieron é hicieron unos mismos consigo á los Atenienses; los cuales no solo no dieron ocasion de queja con su conducta, siendo moderados y sobrios, sino que en los combates mostraron mayor ardor y denuedo, por la misma confianza que de ellos se habia hecho. De este modo Filipo, que pasaba por invencible y por hombre á quien nadie podia resistir, abandonó por entonces el Helesponto, con mengua y menosprecio; y Focion le tomó algunas naves, recobró las ciudades que habia fortificado; y habiendo hecho desembarcos en diferentes puntos del pais, lo

taló y destruyó, hasta que herido por los que vinieron en auxilio de los habitantes, regresó con su armada.

Avisado secretamente de los de Megara, por temor de que si los Beocios lo entendian se les adelantaran á ofrecer su socorro, convocó á junta muy de mañana; y anunciando la solicitud de Megara á los Atenienses, apenas hubieron resuelto, dió la señal con la trompeta; y haciéndoles tomar las armas, marchó con ellos desde la misma junta. Recibido con sumo placer por los de Megara, fortificó á Nisea, y tiró por medio dos ramales desde la poblacion al puerto, juntando asi la ciudad con el mar; de manera que no dándole ya cuidado los enemigos que pudieran acometerla por tierra, quedó como incorporada con los Atenienses.

Decretada ya sin arbitrio la guerra contra Filipo, y elegidos por estar él ausente otros generales, luego que volvió de las islas lo primero que trató de persuadir al pueblo fue, que estando Filipo inclinado á la paz, y manifestando recelar demasiado los peligros de la guerra, admitieran sus proposiciones; y como alguno de los que no hacen mas que dar vueltas por la plaza, y tejer calumnias, se le opusiese, diciendo: ¿y tú, ó Focion, te atreves á disuadir á los Atenienses, cuando ya estan con las armas en la mano? yo, les repuso; sin embargo de que sé que si hay guerra, te mando yo á tí; y en la paz eres tú el que me mandas. No los convenció sin embargo, y como viese que prevaleció la opinion de Demóstenes de que los Atenienses llevaran la guerra bien lejos del Atica; amigo mio, le dijo, no miremos dónde haremos la guerra, sino cómo venceremos: porque asi es como estará la guerra lejos; mas si fuéremos vencidos, siempre tendremos toda calamidad encima. Fueron en efecto vencidos; y como los que no saben mas que alborotar y promover novedades

llevasen á empellones á la tribuna á Caridemo, tratando de hacerlo General, los hombres de juicio y de probidad temieron; y celebrando Consejo del Areopago ante el pueblo, con ruegos y con lágrimas obtuvieron, aunque á duras penas, que la república se pusiese en manos de Focion. Este fue de opinion que debian aceptarse las condiciones benignas y humanas que propusiese Filipo; mas pasando Demades á dictar la de que la república habia de tener parte en la paz comun y en la junta de los Griegos, no vino en ello antes de saber cuáles serian las intenciones de Filipo respecto de los Griegos. No se siguió su dictamen, y hubo de ceder por consideracion á las circunstancias; y como viese bien pronto arrepentidos á los Atenienses, por serles preciso apronțar á Filipo galeras y caballos; temiendo esto mismo, les dijo, me opuse yo antes; mas pues que lo habeis pactado, es preciso llevarlo con paciencia y con buen ánimo, teniendo presente que nuestros mayores mandando á veces y á veces mandados, pero ejecutando siempre lo uno y lo otro del modo que convenia, salvaron á la ciudad y á los Griegos. Muerto Filipo no permitió que el pueblo hiciera festejos por la buena nueva: lo uno porque parecia cosa indecente, y lo otro porque las fuerzas que los habian batido en Queronea no se habian disminuido mas que en una sola persona.

Como Demóstenes empezase á insultar á Alejandro cuando ya venia contra Tebas, dijo:

¿Imprudente, qué es lo que te impele
A irritar á un varon fiero é indomable,

y que aspira á una brillante gloria? ¿ó quieres, teniendo tan cerca semejante incendio, arrojar en él á la ciudad? nosotros, aunque ellos quieran, no debemos permitir á estos que se pierdan; y para esto es para lo que hemos admitido el mando. Destruida Tebas, como pidiese Alejandro que fuesen puestos á su

disposicion Demóstenes, Licurgo, Hiperides y Caridemo, la junta puso al punto los ojos en Focion, y llamado muchas veces por su nombre, se levantó, tomó por la mano á uno de sus amigos, al mas íntimo que tenia, y á quien mas amaba, y dijo: han puesto la república en tal precipicio, que yo aun cuando pidiera á este Nicocles, seria de dictamen que se le entregase: pues por lo que hace á mí mismo, si se tratase de que muriera por vosotros, tendríalo á grande dicha. Me compadezco, continuó, ó Atenienses, de estos que de Tebas se han acogido á nosotros; pero básteles á los Griegos el llorar por Tebas. Mas vale pues persuadir y rogar por unos y otros á los que tienen la superioridad, que contender con ellos. El primer decreto hecho en este sentido se dice que Alejandro lo tiró luego que lo tomó en la mano, volviendo el rostro, y retirándose sin escuchar á los embajadores; pero recibió el segundo, que fue llevado por Focion, á causa de haber oido de los mas ancianos de su corte que Filipo tenia de él el mas alto concepto; y no solo le dió entrada, y escuchó sus súplicas, sino que recibió benignamente sus consejos, reducidos á que si apetecia el descanso diera de mano á la guerra; y si le inflamaba deseo de gloria, dejando á los Griegos, se encaminara contra los bárbaros. Díjole tambien otras muchas cosas acomodadas á su caracter y á su gusto, con las que le mudó y ablandó de manera que llegó á decir, seria conveniente que los Atenienses se aplicaran á seguir el curso de los negocios, porque si le sucedia algo, á ellos les correspondia el mando; y contrayendo particularmente con Focion amistad y hospedage, le tuvo en una estimacion, á la que llegaron muy pocos de los que tenia siempre á su lado. Duris refiere que luego que llegó á denominarse grande, y venció á Dario, quitó de las cartas la salutacion ordinaria, excepto en las que escribia á Focion: pues con este

solo la usaba como con Antipatro, y esto mismo escribió tambien Cares.

Por lo que hace á presentes es bien sabido que le envió de regalo cien talentos. Llegados que fueron á Atenas, preguntó Focion á los que los conducian: ¿por qué siendo tantos los Atenienses á él solo le hacia Alejandro aquella expresion? y respondiéndole aquellos, porque á tí solo te juzga hombre recto y bueno; ¿pues por qué no me deja, repuso Focion, serlo y parecerlo siempre? Siguiéronle sin embargo á su casa, en la que no vieron mas que una maravillosa sencillez: que la muger aderezaba la comida, y que el mismo Focion, sacando por su propia mano agua del pozo, se lavaba los pies; con lo cual instaron todavía mas, manifestando disgusto, y diciéndole ser cosa muy reparable que siendo amigo del Rey lo pasara tan mal. Viendo entonces Focion á un pobre anciano que pasaba por la calle con una capa mugrienta, les preguntó: ¿si le reputaban peor que aquel? y diciéndole los forasteros que no los tuviese en tan mal concepto; pues ese, les repuso, vive con menos que yo, y está contento: finalmente sino hago uso de todo ese dinero, en vano le tendré en mi poder; y si hago uso, me desacreditaré á mí mismo, y desacreditaré al Rey para con la república. De este modo volvió á salir de Atenas aquella gran suma de dinero, haciendo ver á los Griegos ser mas rico que el que la daba el que no la habia menester. Incomodóse Alejandro, y volvió á escribir á Focion, que no tenia por amigos á los que para nada se valian de él; mas ni aun asi quiso Focion recibir el dinero; y solo le pidió que pusiera en libertad al sofista Equecratides, á Atenodoro de Imbro, y á dos Rodios, Demarato y Esparton, presos por ciertas causas, y custodiados en Sardis. Dió al punto Alejandro la libertad á estos, y enviando á Cratero á Macedonia, le dió orden para que de estas cuatro

ciudades de Asia, Quio, Gerguita, Milasis y Elea, diese á Focion la que escogiese, haciéndole presente que se enfadaria mucho mas sino la admitia; pero Focion no la admitió, y Alejandro murió muy en breve. Muéstrase todavía en el barrio de Melita la casa de Focion, adornada con algunas planchas de bronce, siendo en todo lo demas pobre y sencilla.

De las mugeres con quienes estuvo casado, de la primera no ha quedado escrita otra cosa sino que era hermano suyo el escultor Quefisodoto; pero la segunda no fue menos recomendable entre los Atenienses por su honestidad y sencillez, que Focion por su probidad. Asi sucedió en una ocasion, que asistiendo los Atenienses al espectáculo de una nueva tragedia, el actor que tenia que salir pidió al que daba la fiesta una máscara de Reina y el acompañamiento de muchas damas magníficamente puestas; y como incomodado de que no se le daba lo que pedia dejase en suspenso la funcion por no querer salir, Melantio, gefe del coro, echándolo al medio de un empujon, exclamó: ¿no ves á la muger de Focion que sale siempre con una criada sola? ¿quieres con tus aparatos de lujo echar á perder á nuestras mugeres? Difundida esta expresion por el teatro fue recibida con grandes aclamaciones y aplausos. La misma muger, mostrándole una huéspeda de Jonia sus adornos de oro, engastados en piedras, como eran arracadas y collares; pues mi ajuar y todo mi adorno, le contestó, es Focion, que hace veinte años es General de los Atenienses.

Queria el hijo de Focion contender en las PanatenCas[1], y el padre lo puso de á pie, no para que aspirase á la victoria, sino para que cuidando y ejercitando el cuerpo se hiciera mas útil: porque el tal joven era por otra parte amigo de francachelas y des-

1 Fiestas de los Atenienses en honor de Minerva.

arreglado. Venció: y deseando muchos festejarle con banquetes por la victoria, con los demas se excusó Focion, permitiendo á uno solo que le hiciera este obsequio; mas como al tiempo de entrar al convite viese en todo un lujoso aparato, y que para lavarse los pies se presentaban á los convidados lebrillos con vino, en que se habian desleido aromas, llamando al hijo, le increpó diciéndole: ¿no contendrás, ó Foco, á tu amigo, para que no eche á perder tu victoria? Queriendo corregir enteramente en el hijo aquella estragada conducta lo envió á Lacedemonia, y lo puso con los jóvenes que recibian la educacion propia de Esparta: cosa que mortificó á los Atenienses, por parecerles que Focion desdeñaba y despreciaba la crianza de Atenas. Decíale pues un dia Demades, ¿por qué no persuadimos, ó Focion, á los Atenienses que adopten el gobierno de Esparta? pues si tú me lo dices, yo estoy pronto á escribir y sostener el decreto; á lo que le respondió: ¡sin duda te estaria muy bien, oliendo á aromas y llevando esa púrpura, aconsejar á los Atenienses las comidas espartanas, y elogiar á Licurgo!

Escribió Alejandro, dando orden de que se le enviaran cierto número de galeras; y oponiéndose los oradores, el Senado mandó que Focion expusiese su dictamen; y él les dijo: mi dictamen es que ó seais mas fuertes en las armas, ú os hagais amigos de los que lo son. A Piteas que empezaba á comparecer ante los Atenienses, y ya era hablador: ¿no callarás, le dijo, siendo todavía recien comprado para el pueblo? Harpalo, que habia huido de Alejandro con grande cantidad de dinero, aportó desde el Asia al Atica, y la turba de los acostumbrados á sacar producto de la tribuna, empezó á correr á él y á frecuentarle; y él con darles algun cebo, los abandonó y envió á pasear; pero á Focion buscó quien le ofreciera setecientos talentos y otra infinidad de presen-

tes, queriendo entregarse todo á él; mas habiendo respondido Focion con aspereza que tendria Harpalo que sentir si no cesaba de andar corrompiendo la ciudad, entonces intimidado se contuvo. Tuvieron junta de alli á poco los Atenienses, y vió á los que habian recibido dinero convertidos en enemigos suyos, y que le acusaban para desvanecer las sospechas; y solo Focion, que nada habia admitido, al proponer lo que convenia á la república no se olvidaba de atender á su salud. Volvió con esto otra vez á querer obsequiarle; pero despues de haberle rodeado y tanteado por todas partes, se desengañó de que era una fortaleza inexpugnable con el oro; pero habiéndose hecho amigo y familiar de su yerno Caricles, dió motivo á que se formara de este mala opinion, porque era toda su confianza, y de quien para todo se valía.

Muerta de alli á poco la ramera Pirónica, de quien habia estado enamorado Harpalo, teniendo de ella una hija, quiso erigirle á toda costa un monumento, y dió á Caricles este encargo, que sobre no ser en sí muy decoroso, todavía cedió en mayor vergüenza suya cuando dió acabado el sepulcro: porque se conserva todavía en el Hermeo, por donde vamos de la ciudad á Elcusine, y no tiene ningun primor que corresponda á los treinta talentos que se dice haber cargado Caricles á Harpalo en la cuenta. Murió este tambien de alli á poco, y la niña fue recogida por Caricles y Focion, y educada con esmero. Púsose luego á Caricles en juicio por estas cosas de Harpalo; y habiendo rogado á Focion que le prestara su asistencia, y le defendiera en el tribunal, se negó á ello diciendo: yo, ó Caricles, te hice mi yerno solamente para lo que fuera justo. Habiendo dado Asclepiades, hijo de Hiparco, á los Atenienses la primera noticia de haber muerto Alejandro, dijo Demades que no se hiciera caso, porque á ser asi, debia estar ya olien-

do á muerto toda la tierra; y Focion, viendo al pueblo engreido é inflamado para pensar en novedades, trató de distraerle y entretenerle; pero como muchos corriesen á la tribuna, y gritasen ser cierta la noticia de Asclepiades, y que Alejandro habia fallecido; pues si hoy es muerto, les dijo, ¿no lo será tambien mañana y pasado mañana, y podremos por tanto deliberar con mayor sosiego y seguridad?

Despues que Leostones impelió á la ciudad á la guerra llamada Helénica, muy contra la voluntad de Focion, le preguntó á este por mofa: ¿qué habia hecho de bueno en tantos años de mando? á lo que le contestó, no poco: que los ciudadanos hayan sido enterrados en sus propios sepulcros. Mostrábase Leostenes muy osado y jactancioso en las juntas pública; y Focion le dijo: tus discursos, ó joven, son parecidos á los cipreses, que siendo altos y elevados no dan fruto. Preguntándole asimismo Hiperides, ¿cuándo aconsejarás, ó Focion, la guerra á los Atenienses? cuando vea, le respondió, que los jóvenes quieren guardar disciplina, los ricos contribuir, y los oradores abstenerse de robar los caudales públicos. Como se maravillasen muchos del gran número de tropas que habia juntado Leostenes, y preguntasen á Focion qué concepto formaba de su disposicion, muy bien me parecen, les respondió, para el estadio; pero temo una carrera larga en la guerra, no quedándole á la ciudad mas fondos, mas naves, ni mas soldados; y los hechos vinieron en apoyo de su modo de pensar. Porque al principio Leostenes hizo un brillante papel, venciendo en batalla á los de Beocia, y persiguiendo á Antipatro hasta encerrarle en Lamia; de cuyas resultas llena la ciudad de grandes esperanzas estuvieron en continuas fiestas y sacrificios por las buenas nuevas; y algunos, pareciéndoles que daban en rostro á Focion con tan prósperos sucesos, le preguntaron, sino queria haber ejecutado aquellas haza-

ñas; á lo que él respondió: ejecutarlas sí; pero aconsejar, lo de antes; y sucediéndose unas á otras las agradables noticias del ejército, se refiere haber dicho ¿cuándo dejaremos de vencer?

Mas murió Leostenes; y los que temian no fuese que si Focion era enviado por General hiciese la paz, prepararon que en la junta tomara la palabra un hombre poco conocido, y dijese, que siendo amigo de Focion, y habiendo sido su condiscípulo, los exhortaba á que no lo expusieran y antes lo conservaran, pues que no tenian otro semejante, y enviaran á Antifilo al ejército; y como abrazasen los Atenienses este dictamen, saliendo al frente Focion, expresó, que no habia ido á la escuela con semejante hombre, ni por ningun otro motivo era su amigo ó su deudo; pero desde el dia de hoy, le dijo al mismo, te hago mi amigo y mi familiar, porque has aconsejado lo que á mí me conviene. Mas resolviendo los Atenienses marchar contra los Beocios, al principio se opuso; y haciéndole presente los amigos que le matarian, si repugnaba á los Atenienses; injustamente, respondió, si propongo lo que es útil; mas si me aparto de ello, con justicia. Viendo que no cedian, sino que levantaban grande gritería, mandó anunciar á voz de pregon, que los Atenienses que desde la pubertad estuviesen dentro de los sesenta años tomasen provision para cinco dias, y le siguiesen desde la misma junta. Movióse con esto grandísimo alboroto, y como los mas ancianos empezasen á clamar y salirse, no hay que incomodarse, dijo: yo el General, que cuento ya ochenta años, me estaré con vosotros; y con esto los apaciguó, é hizo mudar de propósito por entonces.

Siendo talada la parte marítima por Micion, que con gran número de Macedonios y estipendiarios habia desembarcado en Ramnunte, y todo lo asolaba, condujo á los Atenienses contra él. Empezaron

á presentársele unos por una parte y otros por otra á querer dar disposiciones: debe tomárse, le decian, tal collado: la caballería ha de enviarse á aquel punto; aqui se ha de tomar posicion; lo que le hizo exclamar: ¡por vida mia que aqui veo muchos Generales y pocos soldados! Formado que hubo la infantería, uno se adelantó largo espacio á los demas; despues por miedo, saliendo contra él un enemigo, retrocedió á la formacion; y Focion le dijo: ¿no te avergüenzas, ó joven, de haber dejado dos puestos: aquel en que te colocó el General, y despues aquel en que tú te habias colocado? Acometió á los enemigos, y los venció de poder á poder con muerte de Micion y otros muchos. Al mismo tiempo venció en la Tesalia el ejército griego á Antipatro, despues de habérsele incorporado Leonato y los Macedonios venidos del Asia, muriendo Leonato en la batalla: en la que Antifilo mandó la infantería, y la caballería Menon, natural de Tesalia.

Bajó de alli á poco tiempo Cratero del Asia con grandes fuerzas; y dada nueva batalla en Cranon, fueron vencidos los Griegos, no siendo de consideracion la derrota que sufrieron, ni muchos los muertos; pero ya por desobediencia á los gefes, que eran benignos y jóvenes; y ya porque solicitando Antipatro las ciudades, los Griegos se fueron desanimando, resultó de uno y otro que desampararon vergonzosamente la causa de la libertad. Dirigió pues inmediatamente Antipatro sus fuerzas contra Atenas; y Demóstenes é Hiperides huyeron de la ciudad; pero Demades, que ningunos bienes tenia con que pagar las multas en que habia sido condenado, siendo siete las sentencias dadas contra él por haber hecho propuestas injustas, y á quien por haber incurrido con este motivo en infamia estaba prohibido el hablar al pueblo, contando entonces con la impunidad, escribió un decreto sobre enviar á Antipatro emba-

jadores con plenos poderes. Concibió temor el pueblo; y llamando á Focion, á quien únicamente decia daba crédito, pues si hubierais creido, repuso, lo que yo os aconsejaba, no deliberariamos ahora sobre negocios tan difíciles. Confirmóse al cabo el decreto, y fue enviado Focion á Antipatro, que estaba aposentado en el alcázar Cadmeo, y se disponia á marchar sin detencion contra Atenas. Lo primero que aquel pidió fue que sin pasar de alli se habia de firmar la paz; á lo que como replicase Cratero no ser justo lo que Focion les proponia, queriendo que estándose alli de asiento gastaran y asolaran el pais de los aliados y amigos, cuando podian aprovecharse del territorio de los enemigos, tomándole Antipatro por la mano, hagamos, dijo, esta gracia á Focion; pero en cuanto á las demas condiciones estipuló que los Atenienses habian de estar á las que ellos dictasen, como él habia estado en Lamia á las que dictó Leostenes.

Vuelto Focion á la ciudad, como los Atenienses por necesidad hubiesen convenido en lo tratado, regresó otra vez á Tebas con otros embajadores, habiendo sido elegido para ponerse al frente de ellos el filósofo Jenócrates: porque era tal su dignidad, su opinion y su fama de virtud entre todos, que se tenia por cierto que no podia haber tanta insolencia, tanta crueldad y tanto encono en corazon humano, que con solo ver á Jenócrates no se convirtiera en respeto y estimacion hácia él; pero sucedió lo contrario por la barbarie y perversidad de Antipatro. Porque ya desde luego ni siquiera saludó á Jenócrates, habiendo abrazado á los demas; acerca de lo cual se refiere haber dicho aquel que hacia muy bien Antipatro en desairarle á él solo, cuando meditaba tratar tan injustamente á la república. Despues habiéndose puesto á hablar, no le dejó, sino que oponiéndosele y mostrándose disgustado, le obligó

á callar. Habiendo hablado Focion, respondió: que habria amistad y alianza con los Atenienses, entregando á Demóstenes é Hiperides; gobernándose por las leyes patrias segun el catastro; recibiendo guarnicion en Muniquia; y pagando por fin los gastos de la guerra y una multa. Los demas embajadores aceptaron como humano el tratado, á excepcion de Jenócrates: pues, dijo, que para esclavos los habia tratado muy bien Antipatro; pero para hombres libres de un modo muy duro. Reclamó y rogó Focion sobre el artículo de la guarnicion; pero se dice haber respondido Antipatro: nosotros, ó Focion, queremos dispensarte todo favor, menos en aquello que ha de ser para tu perdicion y la nuestra. Mas otros no lo refieren asi, sino que dicen haber preguntado Antipatro, si quitando él la guarnicion á los Atenienses le salia por fiador Focion de que la república guardaria el tratado, y no promoviera inquietudes; y que como Focion callase y se quedase pensativo, levantándose Calimedonte, natural de Carabis, hombre atrevido, y nada republicano, habló de esta manera: ¿con que si este, ó Antipatro, chochease, tú le creerás, y no harás lo que tienes determinado?

De este modo recibieron los Atenienses guarnicion de los Macedonios, y por gefe de ella á Menilo, hombre bondadoso y afecto á Focion. La condicion con todo pareció efecto de orgullo, y mas bien demostracion de poder para humillar, que ocupacion dictada por el estado de los negocios: habiéndola hecho todavía menos llevadera el tiempo en que tuvo ejecucion. Porque entró en Atenas el dia veinte del mes Boedromion, estándose celebrando los misterios, y precisamente cuando llevan á Iaco desde la capital á Eleusine. Turbada pues la fiesta, muchos se pusieron á comparar lo que iba de los antiguos prodigios á los del dia: porque antes en las grandes prosperidades de la ciudad se habian aparecido vi-

siones, y escuchado voces místicas con asombro y terror de los enemigos; y ahora en la misma festividad eran espectadores los dioses de los mas insufribles males de la Grecia, y de haber llegado al último desprecio el tiempo para ellos mas santo y mas dulce, haciéndose principio de la época mas calamitosa. Pues en primer lugar algunos años antes las Dodonides habian traido un oráculo que prevenia guardasen los promontorios de Diana para que otros no los tomasen, y entonces en aquellos mismos dias las fajas con que se adornan los lechos místicos, puestas en agua para lavarse, en lugar de su color purpúreo, habian sacado otro fúnebre y de luto; lo que era de tanto mayor cuidado, cuanto que las de los particulares todas habian conservado su lustre. Ademas á un iniciado que estaba lavando un lechoncillo en lo mas claro y despejado del puerto, le arrebató un ballenato, y se le comió todos los miembros inferiores del cuerpo hasta el vientre: significándoles claramente el Dios que privados del territorio bajo y marítimo, conservarian el superior y de la ciudad. Y lo que es la guarnicion en nada los incomodó, á causa del Comandante Menilo; pero de los ciudadanos excluidos del gobierno por su pobreza, que pasaban de doce mil, los que se habian quedado sufrian una suerte muy miserable y afrentosa; y los que por lo mismo abandonando su patria habian pasado á la Tracia, donde Antipatro les daba ciudad y tierras, parecian á los exterminados despues de un sitio.

La muerte de Demóstenes en la isla Calabria y la de Hipérides cerca de Cleone, de las que hemos hablado en otra parte, casi engendraron amor y deseo en los Atenienses de Alejandro y de Filipo; y lo que despues por haber muerto Antigono, y haber empezado los que le mataron á mortificar y afligir á los pueblos, dijo en Frigia un rústico, que como cavase en un campo, y le preguntasen qué hacia, res-

pondió, busco á Antígono: esto mismo les ocurria decir á muchos, acordandose de que el engreimiento de aquellos reyes tenia cierta elevacion, y se dejaba fácilmente doblar; y no como Antipatro, que bajo la apariencia de un particular con lo pobre de su manto, y con la sencillez de su tenor de vida queria disimular su poder, y por lo mismo se hacia mas insufrible á los que atormentaba, siendo un ruin déspota y tirano. Con todo Focion libró á muchos de destierro intercediendo con Antipatro; y para los desterrados logró que no fueran como los demas excluidos del todo de la Grecia, siendo trasladados mas alla de los montes Ceraunios y del Tenaro, sino que habitaran en el Peloponeso, de cuyo número fue Agnónides el Sicofanta. Con los que quedaron en la ciudad Antipatro se condujo con blandura y justicia, manteniendo en las magistraturas á los ciudadanos urbanos y dóciles; y á los inquietos é innovadores, con el mismo hecho de no emplearlos, para que no pudieran alborotar, los tuvo sujetos, y los obligó á amar el campo, y las labores de él. Viendo á Jenócrates pagar el tributo de extrangería, quiso sentarle por ciudadano; pero él lo rehusó, diciendo, que no queria tener parte en un gobierno, sobre el que habia sido enviado de embajador para repugnarle.

Proponiendo á Focion Menilo hacerle una expresion, y darle cierta cantidad de dinero, le respondió que ni él valia mas que Alejandro, ni la causa porque entonces se le queria agasajar era mejor que aquella por la que en aquel tiempo nada habia recibido; y como Menilo instase sobre que lo admitiera para su hijo Foco; á Foco, respondió, si tiene juicio mudando de conducta, le bastara lo que le quede de su padre; pero si sigue como ahora, no le alcanzará nada. A Antipatro que queria valerse de él para una cosa injusta le respondió con dureza: no puede Antipatro valerse á un tiempo de mi como amigo y co-

mo adulador. Refiérese que Antipatro solia decir, que teniendo en Atenas dos amigos, Focion y Demades, del uno no habia podido recabar nunca que recibiese nada, y al otro no habia podido nunca contentarlo; y es que Focion ostentaba como una virtud la pobreza, en la que habia envejecido, habiendo sido tantas veces General de los Atenienses y contando reyes entre sus amigos; y Demades hacia gala de ser rico, aun á costa de injusticias, y cometiéndolas de intento. Pues estando entonces mandado por ley en Atenas que en los coros no hubiera forasteros, ó el gefe pagara mil dracmas, compuso un coro todo de extrangeros hasta el número de ciento, y al mismo tiempo presentó en el teatro la multa de mil dracmas por cada uno. Al tiempo de casar á su hijo Demea, le dijo: cuando yo me casé con tu madre ni siquiera lo entendió el vecino; pero para tu boda contribuyen reyes y poderosos. Instaban á Focion los Atenienses para que los libertara de la guarnicion, hablando para ello á Antipatro; pero bien fuese por no tener esperanza de conseguirlo, ó bien porque viese al pueblo mas moderado, prudente y subordinado por el miedo, siempre rehusó aquella legacion; aunque en cuanto á las contribuciones obtuvo de Antipatro que tuviese espera y concediese plazos. Cansados pues recurrieron á Demades, el cual se mostró pronto; y tomando consigo al hijo, llegó á la Macedonia, conducido sin duda por algun mal Genio, precisamente al tiempo en que, hallándose ya enfermo Antipatro, Casandro habia tomado el mando, y habia encontrado una carta de Demades dirigida á Antigono al Asia, en la que le rogaba se apareciese á los Griegos y Macedonios, que estaban colgados de un hilo viejo y podrido, mordiendo de este modo á Antipatro. Así que Casandro supo que habia llegado, le echó mano; y en primer lugar, presentándole muy cerca al hijo, lo hizo asesinar, de modo que

el padre recibió en sus ropas la sangre, quedando manchado con aquella muerte; y despues reprendiendo á este, y llenándole de improperios sobre su ingratitud y su traicion le quitó tambien la vida.

Como Antipatro, nombrado que hubo General á Poliperconte, y Comandante subalterno á Casandro, hubiese fallecido, adelantándose este y abrogándose el mando, envió prontamente á Nicanor para suceder á Menilo en la comandancia de la guarnicion, con orden de posesionarse de Muniquia antes que se divulgara la muerte de Antipatro. Ejecutóse pues de esta manera; y cuando los Atenienses supieron al cabo de breves dias que Antipatro era muerto, empezaron á quejarse y á culpar á Focion, de que habiendo tenido antes la noticia la habia reservado en obsequio de Nicanor. No hizo de esto gran caso; pero con todo, habiendo visto y hablado á Nicanor, logró que se mostrara benigno y complaciente con los Atenienses en los negocios que ocurrieron, y que entrara en ciertos obsequios y gastos, tomando á su cargo el dar al pueblo juegos y espectáculos.

En esto Poliperconte, que tenia á su cargo la tutela del Rey, para contraminar las disposiciones de Casandro envió una carta á los ciudadanos de Atenas, en que les decia que el Rey les volvia la democracia, siendo su voluntad que todos tuvieran parte en el Gobierno segun sus leyes patrias; lo que era una zelada dispuesta contra Focion: porque siendo la intencion de Poliperconte, como despues lo manifestó con las obras, ganar para sí propio aquella ciudad, no esperaba adelantar nada sino perecia Focion; y tenia por cierto que pereceria en el punto que los que habian decaido del gobierno conforme al último tratado volvieran á apoderarse de él, y que ocuparan de nuevo la tribuna los demagogos y calumniadores. Alborotados por esta causa los Ate-

nienses, como Nicanor quisiese tratar con ellos en el Pireo, formándose consejo se presentó en él, confiando su persona á Focion. En tanto Dercilo, General de las tropas que estaban fuera de la ciudad, se propuso echarle mano; y habiéndolo él entendido se fugó, teniéndose desde luego indicios de que hostilizaria á la ciudad. Focion, á quien se hizo cargo de haber dejado ir á Nicanor, y no haberle detenido, respondió que habia hecho confianza de Nicanor, sin temer de él ningun mal hecho; y que aun cuando asi no fuese, mas queria pasar por ofendido y por burlado, que por ofensor y por injusto. Esto mirado con relacion á Focion solo como persona particular podria tenerse por un rasgo de honradez y generosidad; pero cuando iba en ello la salud de la patria, y debia considerar que era un General y un Magistrado, no sé si era reo para con sus conciudadanos de haber violado un derecho mas trascendental y mas antiguo. Porque no podia tampoco decirse que Focion se abstuvo de echar mano á Nicanor por miedo de meter á la ciudad en una guerra, y que pretestó la confianza y la justicia, para que avergonzado este se contuviera, y no ofendiera á los Atenienses: pues en realidad de verdad lo que pudo mas con él fue la confianza en Nicanor, á quien ya sindicaban y acusaban muchos de que amenazaba al Pireo, reunia fuerza de extrangeros en Salamina, y andaba sobornando á algunos de los que habitaban en el mismo Pireo; y con todo se desentendió de estas voces, y no solo no les dió crédito, sino que habiéndose decretado á propuesta de Filomedes de Lampra, que todos los Atenienses se pusieran sobre las armas, y estuvieran á las órdenes del General Focion, descuidó el cumplimiento, hasta que pasando Nicanor sus tropas de Muniquia al Pireo, empezó á circunvalarle.

En vista de esto se sobresaltó Focion, y recibió

un desprecio cuando quiso conducir contra Nicanór el ejército de los Atenienses. Llegó al mismo tiempo con tropas Alejandro, hijo de Poliperconte, segun lo que él decia, para auxiliar contra el mismo Nicanor á los ciudadanos; pero en el efecto para apoderarse, si podia, de la ciudad, que por sí misma se le venia á la mano. Porque los desterrados habian acudido á él, y al punto se habian metido en la ciudad; y con los forasteros y los notados de infamia que se les agregaron, se reunió una junta numerosa y desordenada, en la que deponiendo del mando á Focion, eligieron otros generales; y á no haber sido porque dirigiéndose Alejandro solo á hablar con Nicanor al pie de la muralla fue visto, y porque habiéndolo ejecutado repetidas veces dió ocasion á que sospechasen los Atenienses, no hubiera evitado la ciudad aquel peligro. Al punto pues el orador Agnónides se desencadenó contra Focion, acusándole de traidor; de lo que temerosos Calimedonte y Pericles salieron de la ciudad; pero Focion y los amigos que permanecieron á su lado se acogieron á Poliperconte: saliendo con ellos por consideracion á Focion, Solon de Platea y Dinarco de Corinto, que pasaban por apasionados y amigos de Poliperconte; mas á causa de haber caido enfermo Dinarco se detuvieron en Elatea por bastantes dias. En estos, en virtud de un decreto, defendido por Agnónides y escrito por Arquestrato, envió el pueblo una embajada con el objeto de acusar á Focion; y unos y otros alcanzaron á un mismo tiempo á Poliperconte que iba en compañía del Rey cerca de una aldea de la Fócide, llamada Faruges, y situada junto al monte Acrourio, al que ahora dicen Gálata. Puso en ella Poliperconte un dosel de oro, y sentando debajo de él al Rey y á su lado á los de su corte, en cuanto á Dinarco dió orden de que sobre la marcha le prendiesen; y despues de darle tormento, le qui-

tasen la vida; y á los Atenienses les concedió permiso de hablar. Levantóse grande alboroto y gritería, acusándose unos á otros en aquella junta; y como dijese Agnónides: metednos á todos en una jaula, y enviadnos á que tratemos este negocio ante los Atenienses, el Rey se echó á reir; pero los Macedonios y otros forasteros que presenciaban la junta, estando de vagar, deseaban oir, y por señas rogaban á los embajadores que entablaran alli su acusacion. Mas el partido era muy desigual, porque habiendo empezado á hablar Focion, Poliperconte se le opuso muchas veces; y habiendo dado por fin un bastonazo en el suelo, aquel se detuvo y calló; y diciendo Hegemon que Poliperconte le era testigo de su amor al pueblo, como Poliperconte le respondiese enfadado: no vengas aqui á mentir ante el Rey; levantándose este, intentó herir á Hegemon con la lanza; pero Poliperconte le echó al punto los brazos para detenerle, y asi se disolvió la junta.

Rodeados por los guardias Focion y los que con él se hallaban, los demas amigos que tuvieron la suerte de no estar tan cerca, en vista de esto ó se ocultaron ó huyeron, y asi se salvaron. A aquellos los trajo Clito á Atenas, segun decian, para ser juzgados; pero en realidad condenados ya á morir; y su conduccion ofrecia un espectáculo bien triste, siendo llevados en carros por el Cerámico al teatro: porque alli los tuvo reunidos Clito, hasta que los Arcontes convocaron la junta, de la que no excluyeron ni á esclavo, ni á forastero, ni á hombre infame, sino que dejaron patentes á todos y á todas la tribuna y el teatro. Leyóse una carta del Rey, en la que decia, que para él aquellos hombres eran traidores; pero que dejaba á los Atenienses el que los juzgasen, pues que eran libres é independientes; y como en seguida los hubiese presentado Clito, los ciudadanos de probidad y virtud, al ver á Focion se

cubrieron los rostros, y bajando los ojos no podian contener las lágrimas. Hubo sin embargo uno que se atrevió á decir, que habiendo dejado el Rey al pueblo un juicio como aquel, correspondia que los esclavos y los extrangeros salieran de la junta. Mas no lo llevó en paciencia la muchedumbre, y como gritasen que debian ser apedreados los oligarquistas y enemigos del pueblo, ya ninguno otro se resolvió á hablar en favor de Focion. El mismo, teniendo gran trabajo y dificultad en hacerse escuchar: ¿cómo quereis condenarme á muerte, les dijo, injusta ó justamente? y como algunos respondiesen, justamente: ¿pues y esto cómo lo conocereis, les replicó, sino me escuchais? Nadie queria ya oir mas; y entonces saliendo mas adelante, por mí, les dijo, reconozco que he obrado mal y me sentencio á muerte por mis actos de gobierno; pero á estos, ó Atenienses, ¿por qué quereis quitarles la vida, no habiendo delinquido en nada? Como á esta reconvencion respondiesen muchos: porque son amigos tuyos; se retiró Focion, y nada mas dijo; pero Agnónides leyó un decreto que tenia escrito, segun el cual el pueblo debia juzgar si entendia que habian delinquido, y los reos sufrir la pena de muerte si esta declaracion les era contraria.

Leido el decreto, deseaban algunos que Focion fuera atormentado antes de recibir la muerte, y daban la orden de que se trajera la rueda, y se llamara á los ejecutores; pero Agnónides, viendo que tambien Clito lo repugnaba, y que la cosa en sí era bárbara y abominable: cuando prendamos, dijo, ó Atenienses, á ese vil hombre de Calimedonte, entonces lo atormentaremos; pero en cuanto á Focion yo no propongo semejante cosa; á lo que uno de los hombres honrados exclamó: y haces muy bien; porque si atormentábamos á Focion, ¿contigo que deberiamos hacer? Sancionado el decreto, y dados los votos, sin que nadie se sentase, todos en pie como estaban,

y aun muchos poniéndose coronas, los condenaron á muerte. Hallábanse con Focion Nicócles, Tudipo, Hegemon y Pitocles, y se decretó tambien la muerte de Demetrio Falereo, de Calimedonte, de Caricles y de otros ausentes.

Disuelta la junta llevaron á los sentenciados á la cárcel, y los demas, viéndose rodeados y estrechados entre los brazos de sus amigos y deudos, iban afligidos y desconsolados; pero al ver el rostro de Focion tan sereno como cuando yendo de General le acompañaban desde la junta pública, todos generalmente admiraban su imperturbabilidad y su grandeza de alma, aunque sus enemigos al paso le llenaban de improperios, y alguno hubo que se acercó á escupirle; de manera que él se volvió á los Arcontes y les dijo: »¿no habrá quien contenga á este desvergonzado?" Como Tudipo, estando ya en la cárcel y viendo molida la cicuta se irritase y lamentase su desgracia, pues no habia motivo para que fuera comprendido en la de Focion: »¿con que no tienes en mucho, le dijo este, el que con Focion mueres?" Preguntándole uno de sus amigos si decia algo para Foco su hijo: »sí, le respondió, le digo que no mire mal á los Atenienses." Pidiéndole Nicócles, que era el mas fiel de sus amigos, que le permitiera beber antes la pócima: »cruel y terrible es para mí tu peticion, le contestó; pero pues que en vida no te negué ningun favor, tambien te concedo este." Con haber bebido todos los demas se acabó el veneno, y el ejecutor público dijo que no moleria mas si no se le daban doce dracmas, que era lo que costaba una porcion. Pasábase el tiempo y la detencion era larga; llamó pues Focion á uno de sus amigos, y diciendo: »¡bueno es que ni aun el morir lo dan de balde en Atenas! le encargó que pagara aquella miseria.

Era el dia diez y nueve del mes Muniquion, y

haciendo los caballeros una especie de procesion en honor de Júpiter, unos arrojaron las coronas, y otros volviéndose á mirar las puertas de la cárcel prorumpieron en llanto; y á todos los que no tenian el alma pervertida por el encono ó por la envidia les pareció cosa execrable el no haber esperado por aquel dia, y no haber conservado á la ciudad pura de una ejecucion pública mientras celebraba aquella festividad. Mas los enemigos de Focion creyeron que seria incompleto su triunfo si no hacian que hasta el cadáver de Focion fuera desterrado, y que no hubiera Ateniense que encendiera fuego para darle sepultura; asi es que no hubo entre sus amigos quien se atreviese ni siquiera á tocarle. Un tal Conopion, que por precio solia ocuparse en estas obras, tomó el cuerpo, y llevándole mas allá de Eleusine, le quemó encendiendo el fuego en tierra de Megara. Sobrevino alli una muger Megarense con sus criadas, y levantando un túmulo vacío, hizo las solemnes libaciones. Tomó despues en su regazo los huesos, y llevándolos por la noche á su casa abrió un hoyo junto al hogar, diciendo: »en tí, mi amado hogar, de»posito estos despojos de un hombre justo, y tú »los restituirás al sepulcro paterno cuando los Ate»nienses hayan vuelto en su acuerdo."

No se habia pasado mucho tiempo cuando los sucesos mismos hicieron ver al pueblo, qué zelador y guarda de la modestia y la justicia era el que habia perdido. Erigióle pues una estatua de bronce, y á expensas del erario público dió sepultura á sus huesos. De sus acusadores á Agnónides los mismos Atenienses le condenaron y quitaron la vida; y á Epicuro y Demofilo, que habian huido de la ciudad, el hijo de Focion los descubrió y tomó de ellos venganza. De este se dice que no era hombre de recomendables prendas; que enamorado de una esclava educada en casa de un rufian, por casualidad habia

llegado al Liceo á tiempo en que Teodoro el Ateo formaba este argumento: si no es cosa torpe rescatar al amigo, tampoco por consiguiente á la amiga; y si no lo es el rescatar al amado, tampoco á la amada; y que adoptando este modo de discurrir como tan acomodado á sus deseos, habia redimido á la amiga. En fin, lo ejecutado con Focion hizo á los Griegos acordarse de lo ejecutado con Sócrates, por ser este yerro muy semejante á aquel, y causa igualmente para la ciudad de grandes infortunios.

CATON EL MENOR.

El linage de Caton adquirió lustre y gloria de Caton su visabuelo, varon que llegó por su virtud á tener entre los Romanos el mayor concepto y poder, como digimos en su vida. Quedó huérfano de padres con su hermano Cepion y su hermana Porcia, teniendo ademas otra hermana de madre llamada Servilia, y todos se mantenian y educaban en casa de Livio Druso, que era tio de su madre, y quien entonces llevaba el peso del gobierno. Porque era elocuente en el decir, sumamente moderado y sobrio, y de tanta prudencia que no cedia en esta calidad á ninguno de los Romanos. Dícese que Caton desde niño manifestó en su voz, en su semblante y en los entretenimientos pueriles un carácter inflexible, entero y firme para todo, porque lo que emprendia lo llevaba al cabo con una resolucion superior á su edad; y si era áspero y desabrido con los que le adulaban, aun se irritaba mas con los que querian intimidarle. Era ademas casi inmoble para la risa, no prestándose su semblante para mas que cuanto sonreirse; y para la ira no tan facil ni pronto; pero una vez enfadado muy dificil de desenojar. Llegado el tiempo de la enseñanza, se vió que era tardo y pesado en percibir; pero luego que percibia, de buena memoria y retencion; bien que en general sucede que los de ingenio pronto son olvidadizos, y memoriosos los que aprenden á fuerza de trabajo y aplicacion; y es que en estos cada cosa que aprenden viene á ser como una marca impresa en el alma á fuego. Parece tambien que la desconfianza hacia en Caton la instruccion mas trabajosa y dificil; porque el aprender es un cierto padecer, y el dejarse persuadir pronto es ordinariamente de los que no se sienten con fuerza para contradecir; asi es que mas facilmente creen los mozos que los viejos, y los

enfermos que los sanos; y en general los que dudan poco, son prontos y fáciles en asentir. Con todo, se dice que Caton se dejaba persuadir de su ayo, y hacia lo que le ordenaba; pero exigiendo la razon de todo, y preguntando el por qué de cada cosa, pues el ayo era benigno y afable, y de los que prefieren la razon al castigo. Su nombre era Sarpedon.

Siendo todavía Caton muy niño solicitaron los aliados de los Romanos que se les hiciera participantes de los derechos de ciudad; y Silon Popedio, buen militar y de grande reputacion, teniendo amistad con Druso pasó á hospedarse en su casa bastantes dias; en los cuales habiendo contraido familiaridad con aquellos jóvenes: ea, les dijo, es menester que intercedais con el tio para que me patrocine en mi pretension; y Cepion, sonriéndose, dió indicios de que venia en ello. Caton nada respondió, sino que se quedó mirándole de hito en hito con ceño; y preguntándole Popedio: ¿y tú, niño, qué dices? ¿no estas dispuesto á auxiliar á los huéspedes, hablando al tio como el hermano? Como nada dijese, y con el silencio mismo y el semblante manifestase que no accedia á la peticion, sacándole Popedio por una ventana como para dejarle caer, le instaba á que conviniese ó lo derribaria; y al mismo tiempo ahuecando la voz le sacudia en el aire con ambas manos, haciendo muchas veces como que le echaba abajo. Aguantó por mucho tiempo Caton esta amenaza sereno é impávido; y Popedio poniéndole en el suelo dijo en voz baja á sus amigos, ¡cuánta es la dicha de la Italia en tener este niño! si fuera ya hombre hecho, creo que no tendríamos en la ciudad ni un solo voto. En otra ocasion un pariente, con motivo de celebrar los dias de su nacimiento, convidó á cenar á Caton y á otros niños, los cuales para hacer tiempo jugaban en una parte retirada de la casa mezclados niños pequeños con otros mayores, y su jue-

go era juicios, acusaciones y prisiones de los sentenciados. Uno de estos, que era de muy buena figura, llevado á la prision por otro mas grande y encerrado en ella, empezó á llamar á Caton. Impúsose este al punto de lo que era; y dirigiéndose á la puerta, retiró á los que se ponian delante y no le dejaban acercar; sacó al niño, y mostrando grande enojo lo llevó á su casa, adonde los demas le acompañaron.

Habíase hecho ya tan célebre, que ocurrió lo siguiente: reunia é instruia Sila los mancebos de las principales familias para una carrera de caballos juvenil y sagrada, á la que llaman Troya, y habia nombrado dos caudillos, de los cuales los jóvenes admitieron al uno por respeto á su madre, pues era hijo de Metela, muger de Sila; pero en cuanto al otro, que era Sexto, sobrino de Pompeyo, no permitieron que se les pusiera al frente, ni quisieron seguirle; y preguntándoles Sila á quién querian, todos á una voz dijeron que á Caton; y el mismo Sexto cedió el puesto contento, y se puso á sus órdenes, dando este testimonio á su mayor mérito. Habia sido Sila amigo de su padre, y algunas veces los llamaba á él y á su hermano, y les hablaba, siendo muy pocos aquellos con quienes tenia esta dignacion por el envanecimiento y altanería de su magestad y su poder; y dando Sarpedon grande importancia á este favor para el honor y seguridad, llevaba á Caton con frecuencia á la casa de Sila, que entonces en nada se diferenciaba de un lugar de suplicios, por la muchedumbre de los que alli eran sofocados y atormentados; y cuando esto sucedia tenia Caton catorce años. Viendo pues que se traian alli las cabezas de los varones mas distinguidos de la ciudad, y que los presentes devoraban en secreto sus sollozos, preguntó al ayo por qué no habia alguno que matase aquel hombre; y respondiéndole este, porque aun-

que le aborrecen mucho, todavía le temen mas; le repuso al punto: ¿pues por qué no me das á mí una espada para libertar de esclavitud á la patria quitándole de enmedio? Al oir Sarpedon estas palabras vió que le centelleaban los ojos, y que su encendido semblante estaba lleno de ira y furor; y concibió tal miedo que de alli en adelante estuvo siempre con cuidado y en observacion de que no cometiera algun arrojo. Era todavía niño pequeñito cuando á los que le preguntaban á quién queria mas, respondió que á su hermano: volvieron á preguntarle, ¿y luego? y la respuesta fue igualmente que á su hermano: volvieron la tercera, cuarta y mas veces, hasta que cansados no le preguntaron mas. Despues con la edad todavía se fortificó y creció este amor al hermano, porque ya era de veinte años, y jamas habia cenado, viajado ó salido á la plaza sin Cepion. Mas si este pedia ungüentos, él no los admitia, y en todo lo relativo al cuidado de la persona era rígido y severo: asi con ser Cepion objeto de maravilla por su parsimonia y moderacion, reconocia que tenia este mérito si se le queria medir con los demas; pero cuando comparo mi método de vida, decia, con el de Caton, entonces me parece que en nada me diferencio de Sipio: nombrando á uno de los que tenian fama entonces en Roma de mas muelles y afeminados.

Hecho Caton Sacerdote de Apolo mudó ya de casa; y habiendo tomado la parte que le cupo de los bienes paternos, que ascendia á ciento y veinte talentos, aun redujo los gastos en lo relativo á su persona. Trabó entonces amistad é íntima union con Antipatro de Tiro, filósofo estóico, y á su lado se dedicó con especialidad á los principios y dogmas de la ética y la política, ejercitándose como por inspiracion para toda virtud; aunque sobre todas se inclinaba mas á la justicia rígida y severa que nunca

declinase á la condescendencia ni al favor. Ejercitaba la elocuencia como un instrumento para hablar á la muchedumbre, por creer que asi como en una ciudad grande hay prevenciones de guerra, convenia tambien tener hechos preparativos en la filosofia política: pero estos preparativos no los hacia en presencia de otros, ni le oyó nunca nadie perorar; y á uno de sus amigos que le dijo: » se habla, oh Caton, y se murmura de tu silencio:" Muy bien, le respondió, como no se murmure de mi conducta; porque yo empezaré á hablar cuando no haya de decir nada que fuera mejor no haberlo dicho.

La basílica, llamada Porcia, era una ofrenda por la censura de Caton el mayor; y siendo alli donde daban audiencia los Tribunos de la plebe, porque una columna parecia ser de algun estorbo para las sillas curules, habian resuelto ó quitarla ó trasladarla á otra parte, y este fue el primer negocio que obligó á Caton á darse contra su voluntad al público; pues le fue preciso hacerles oposicion, dando al mismo tiempo una admirable prueba de su elocuencia y de su juicio. Porque su diccion no tuvo nada de juvenil ni de hinchada, sino que fue varonil, llena y concisa. Ademas resplandecia en ella una gracia seductora, que hacia oir con gusto lo cortado y breve de las sentencias; y su carácter unido con aquella gracia conciliaba á la misma severidad un placer y alhago que le quitaba lo repugnante. Su voz tenia extension, y era cual se necesitaba para alcanzar á todo un auditorio tan numeroso; estando dotada de una fuerza y firmeza que nada la quebrantaba ó disminuia: porque hubo ocasiones en que habiendo hablado por todo un dia no se le notó cansancio. En esta ganó el pleito, y se volvió otra vez á su silencio y á sus ejercicios, porque trabajaba el cuerpo en ocupaciones de fatiga, y se habia acostumbrado á sufrir el calor y el frio con la cabeza

descubierta, y á caminar á pie en toda estacion sin llevar ningun carruage; y yendo á caballo los amigos que con él viajaban, ora se llegaba á uno, ora á otro haciéndoles conversacion, marchando él á pie, mientras los otros iban como se deja dicho. En las enfermedades eran admirables su sufrimiento y sobriedad; asi cuando tenia calentura se estaba enteramente solo, no dejando que entrase nadie hasta que se sentia aliviado y restablecido de su indisposicion.

En los banquetes sorteaba las porciones, y aunque no le cupiese la primera, rogábanle los amigos la tomase; mas él les decia que eso no estaba bien, pues que Venus habia querido otra cosa.[1] Al principio no bebia mas que una sola vez sobre cena, y se retiraba; pero con el tiempo se dió mas al beber, tanto que muchas veces le cogió la mañana, de lo que decian sus amigos haber sido la causa el gobierno y los negocios públicos: porque estando en ellos ocupado Caton todo el dia, é impedido por tanto de tratar de las letras y la erudicion, por la noche en los convites conferenciaba con los filósofos. Por lo mismo como un tal Memio dijese en una concurrencia que Caton gastaba todas las noches en beber, le replicó Ciceron: pero no dices que gasta todo el dia en jugar á los dados. En general creyendo Caton que debia tomar el camino contrario á la conducta y ocupaciones de los de su tiempo, que eran malas y necesitaban de gran reforma, como viese que la púrpura mas buscada entonces por todos era la muy roja y encendida, él no la gastaba sino obscura. Muchas veces despues de comer salia á la calle descalzo y sin sobreropa, no para ganar nombre con estas novedades, sino para contraer hábito de no avergon-

1 La suerte mas feliz en los convites era la que se llamaba de Venus; y tal era respecto de las porciones la que señalaba quien habia de tomar el primero.

zarse por otras cosas que las verdaderamente torpes, no haciendo ninguna cuenta de las demas que se tienen por afrentosas. Redujo á dinero la herencia que le tocó de su primo Caton, importante cien talentos, y la dió sin réditos á los amigos que lo hubieron menester; y aun algunos obligaban al público las tierras y los esclavos del mismo Caton con su aprobacion y consentimiento.

Cuando le pareció ser llegado el tiempo de contraer matrimonio, no habiéndose aun acercado á muger alguna, trató el suyo con Lepida, que antes habia estado desposada con Escipion Metelo; pero entonces ya se hallaba libre, disueltos los esponsales por disenso de Escipion; pero arrepentido este antes del matrimonio, y haciendo las mas vivas diligencias, la obtuvo por fin. Sintiólo vivamente Caton, é inflamado con tal desaire, intentó poner pleito; pero como los amigos le disuadiesen, llevado del encono y de la juventud, recurrió á los Yambos, y llenó de improperios á Escipion, empleando lo amargo y picante de Arquiloco; pero dejando lo indecente y pueril. Casóse por fin con Atilia, hija de Sorano, y esta fue la primera con quien se unió, aunque no la única, no habiendo tenido en esta parte la feliz suerte de Lelio, el amigo de Escipion, que en el largo tiempo que vivió no conoció otra muger que aquella con quien se casó al principio.

Sobrevino en esto la guerra servil, llamada de Espartaco, en la que iba Gelio de General, y de la que voluntariamente quiso participar Caton á causa del hermano, porque ejercia el cargo de Tribuno militar su hermano Cepion; y aunque no le fue dado llenar sus ideas en cuanto al ejercicio y decidida manifestacion de su virtud, por no haberse hecho como convenia aquella guerra, con todo en las pruebas que al lado de la cobardía y lujo de los que con él militaban, dió de disciplina y valor y de osadia

templada con prudencia, pudo conocerse que no desdecia en nada del otro Caton, su antepasado; asi es que Gelio le asignó premios y distinciones honoríficas; pero él no las admitió, ni creyó le correspondian, diciendo que nada habia hecho digno de tales honras. Acreditóse con esto de hombre de otro temple que los demas; y habiéndose establecido por ley que los que pedian las Magistraturas no se presentasen acompañados de nomenclatores, solo él se sujetó á la ley al pedir el tribunado militar, cumpliendo por sí solo con el acto acostumbrado de saludar y llamar por su nombre á los ciudadanos que encontraba. Mas con estas cosas no dejaba de ser molesto aun á los mismos que le celebraban, pues cuanto mas pensaban en lo laudable y excelente de sus hechos y su conducta, tanto mas se sentian mortificados por la dificultad de imitarle.

Nombrado Tribuno militar para la Macedonia, fue enviado á las órdenes de Rubrio, que era entonces Pretor. En esta ocasion se dice que afligiéndose y llorando su muger, uno de los amigos de Caton, llamado Munacio, le dijo: no te acongojes, Atilia, que á este yo te le guardaré, y que Caton añadió: ciertamente, está muy bien. Habian hecho la primera jornada, y despues de la cena dijo Caton: ea Munacio, es preciso que cumplas á Atilia la promesa que le hiciste, no separándote de mí ni de dia ni de noche; y dió orden para que desde entonces se pusieran dos camas en su dormitorio; con lo que pasando á su lado las noches, resultó que como por juego Munacio fue guardado por Caton. Llevaba para su servicio y para hacerle compañía quince esclavos, dos libertos y cuatro amigos; y yendo estos á caballo, él marchaba á pie, y poniéndose por veces al lado de cada uno, le seguia dando conversacion. Luego que llegó al ejército, que se componia de diferentes legiones, nombrado por el General comandante

de una de ellas, no tuvo por una obra grande y regia el dar pruebas de sola su virtud, que al cabo no era mas que la de uno; sino que se propuso el designio de que los subordinados á él se le pareciesen; para lo cual sin quitarles el justo temor de la autoridad, juntó con esta la razon, segun la cual les persuadia y amonestaba sobre cada cosa; y yendo esto acompañado del premio y del castigo, era dificil discernir si hizo á sus soldados mas pacíficos que guerreros, ó mas justos que valientes; tanto era lo que se mostraban de terribles á los enemigos, de benignos á los aliados, de mirados en no ofender á nadie, y de ambiciosos de alabanzas. Con esto aquello de que menos cuidó Caton fue lo que tuvo con sobras; á saber: gloria, amor, estimacion colmada, y la mayor aficion de parte de los soldados; pues con hacer voluntariamente lo que á otros mandaba; con parecerse mas en el trage, en la comida y en la marcha á estos que á los caudillos; y con aventajarse en las costumbres, en la prudencia y seso y en la elocuencia á todos los celebrados de Emperadores y Generales, él solo era el que no veia el amor y estimacion que creaba en los soldados hácia su persona: porque el verdadero zelo por la virtud no se engendra sino por la benevolencia y aprecio del que quiere inspirarle, y los que sin amarlos alaban y celebran á los buenos, reverencian sí su gloria, pero no admiran, y mucho menos imitan su virtud.

Habiendo sabido que Atenodoro, el llamado Cordilion, hombre de avanzada edad y muy ejercitado en la doctrina Estoica, residia en Pérgamo, y que se habia negado á todas las invitaciones de amistad y confianza que se le habian hecho de parte de Generales y de reyes, creyó que nada adelantaria con él enviando quien le hablase y escribiéndole; por lo que teniendo por la ley dos meses de licencia, marchó al Asia en su busca, confiado de que con sus

prendas y calidades no habia de salir mal en aquella adquisicion. Llegado pues allá, entró en esta contienda, y habiéndole hecho mudar de propósito, volvió trayéndole en su compañía al campamento con gran satisfaccion y complacencia, por haber hecho el hallazgo de una cosa de mas precio y de mayor lustre que las naciones y reinos que Pompeyo y Luculo iban entonces domando con las armas.

Todavía estaba en el ejército, cuando su hermano, que se hallaba en camino para el Asia, cayó enfermo en Eno, ciudad de la Tracia; de lo que al punto le vinieron cartas. Reinaba en el mar una gran tempestad, y no hallándose pronta ninguna nave de suficiente porte, se embarcó en un buque pequeño, en el que no llevando en su compañía mas que dos amigos y tres esclavos, dió la vela desde Tesalónica. Estuvo en muy poco que no naufragase, y habiéndose salvado por una especie de prodigio, justamente llegó cuando Cepion acababa de fallecer. Este golpe parece que le llevó con menos sufrimiento del que era de esperar de su filosofía, dando muestras de un profundo dolor, no solo con derramar largo llanto y con abrazarse repetidas veces al cadáver, sino tambien con el gasto en los funerales, y con las prevenciones de aromas, de ropas ricas llevadas á la hoguera, y de un monumento labrado de mármoles de Taso erigido en la plaza de Eno, que tuvo de costo ocho talentos. Hubo algunos que calumniaron esta magnificencia, comparándola con la severidad de Caton en todo lo demas: no haciéndose cargo de que en su misma entereza é inflexibilidad para los placeres, los terrores y los ruegos vergonzosos, entraba mucha parte de dulzuras y amabilidad. Con motivo de este duelo las ciudades y particulares poderosos le hicieron magnificos presentes en honor del muerto, de los cuales, no admitiendo dinero alguno de nadie, recibió los aromas y cosas de adorno, pagando su pre-

cio á los que las enviaban. De la herencia de Cèpion que recayó en él y en una niña, hija de este, nada descontó en la particion por los gastos que hizo en el funeral, y sinembargo de haberse conducido y conducirse de esta manera, hubo quien escribiese que con un arnero hizo cerner y pasar las cenizas del cadáver en busca del oro que se hubiese fundido ¡tan cierto estaba de que podia, no menos con la pluma que con la espada, desmandarse á todo, sin estar sujeto á cuenta ni razon![1]

Concluida la expedicion y el mando de Caton, salieron acompañándole, no con plegarias y votos, lo que es comun, ni con elogios, sino con lágrimas y con rodearle todos, tendiendo las ropas ante sus pies por donde pasaba, y besándole las manos; demostraciones de que con muy pocos generales usaban los Romanos de aquel tiempo. Mas como quisiese antes de entrar en nuevos cargos de Gobierno recorrer y reconocer el Asia, haciéndose espectador de los usos, costumbres y fuerzas de cada provincia; y desease por otra parte complacer al Gálata Deyotaro, que movido de amistad y hospitalidad paterna, le rogaba pasara á verle, emprendió su viage en esta forma. Al amanecer mandaba delante su panadero y su cocinero al pueblo donde habia de hacer mansion, y llegando estos con tiempo y desahogo á la ciudad, si en ella no habia algun amigo íntimo ó algun conocido de Caton, le preparaban en la posada pública el hospedage, sin ser molestos á nadie; y solo donde no habia meson se dirigian á las autoridades, y tomaban alojamiento, contentándose con el que les señalaban. No pocas veces sucedia que, ó no los creian, ó no les atendian, á causa de no usar de alborotos y

1 Alúdese aqui manifiestamente á la obrita intitulada el *anti-Caton*, escrita por César, de que se habló en la vida de este.

amenazas con las autoridades, y Caton se hallaba con que nada habian hecho; y tal vez á él mismo le miraban con desden, y sentado tranquilamente sobre las cargas pasaba plaza de un hombre pusilánime y tímido. En alguna ocasion hizo llamar á los Magistrados y les dijo: Infelices, poned remedio en este mal modo de recibir á los huéspedes: no todos los que vengan serán Catones: embotad con el buen trato su autoridad y poder: porque no suelen desear mas que un pretexto para tomarse por fuerza lo que no se les da de grado.

En la Siria se dice haberle ocurrido una cosa graciosa; porque al acercarse á Antioquia vió á la parte de afuera de la puerta un número grande de hombres que estaban puestos en fila á uno y otro lado del camino, y separados de ellos, aqui los jóvenes con mantos de púrpura, y alli los muchachos primorosamente vestidos. Algunos tenian ropas blancas y coronas por ser ó Sacerdotes de los dioses ó Magistrados. Lo primero que le ocurrió á Caton fue que la ciudad le hacia el obsequio y honor de aquel recibimiento; por lo que se enfadó con los de su familia que iban delante, á causa de no haberlo impedido; y mandando á los amigos que le acompañaban que bajasen, continuaba caminando á pie con ellos. Cuando ya estuvieron cerca, el director de aquel aparato y ordenador de aquella muchedumbre, hombre ya anciano, y que llevaba un baston en la mano y corona en la cabeza, adelantándose á los demas y saliendo al encuento á Caton, sin saludarle siquiera, le preguntó dónde habian dejado á Demetrio y cuándo llegaria. Este Demetrio habia sido esclavo de Pompeyo, y entonces era obsequiado fuera de medida, puede decirse que por todos cuantos tenian relaciones y negocios con Pompeyo, á causa de que tenia mucho valimiento con él. Causóles este incidente tal risa á los amigos de Caton, que no podian contenerse aun

mientras iban por medio de aquella muchedumbre; pero el mismo Caton, corrido por el pronto, solo exclamó: ¡miserable ciudad! sin haber pronunciado otra palabra; pero despues solia reirse recordando y refiriendo este caso.

Mas el mismo Pompeyo advirtió y corrigió á los que por ignorancia habian tenido tan poca consideracion con Caton; pues cuando á su arribo á Efeso iba á saludar á Pompeyo por ser de mas edad, precederle mucho en autoridad y gloria, y estar al frente de grandes ejércitos, luego que este le vió no se estuvo quedo, aguardando á que le encontrara sentado, sino que salió á recibirle como á persona muy distinguida, y le alargó la diestra; y si desde luego al recibirle y saludarle hizo grandes elogios de su virtud, los hizo mucho mayores despues de haberse retirado; de manera que todos volvieron su atencion y sus respetos á Caton, admirando y reconociendo aquella mansedumbre y magnanimidad, por las que antes no habian hecho alto de él: y mas que se echó de ver que aquel esmero de Pompeyo mas bien nacia de veneracion que de amor; y vieron claro que aunque presente le miraba con admiracion, no dejaba de holgarse de su ida. Porque á los demas jóvenes que se le presentaban tenia placer en detenerlos, manifestando deseos de gozar de su compañía y trato; pero respecto de Caton no se le advirtió este deseo; sino que como si le estorbase para usar de su autoridad, le despidió con gusto; aunque á él solo de cuantos navegaban á Roma le recomendó sus hijos y su muger, que por otra parte tenian deudo de parentesco con él. Desde aquel punto tuvo ya fama y hubo solicitud y concurso de las ciudades para obsequiarle, y cenas y convites, en los que prevenia á sus amigos estuviesen atentos, no fuera que sin querer confirmaran lo que Curion habia dicho acerca de él; porque este, incomodado con la autoridad de Caton, de

quien era íntimo amigo, le habia preguntado si tenia ánimo despues de la milicia de visitar el Asia, y como le respondiese Caton que sí: muy bien harás, le repuso, porque asi volverás de allá mas afable y mas manso; diciéndoselo con estas mismas palabras.

El Rey de Galacia Deyotaro, siendo ya anciano, habia enviado á llamar á Caton, queriendo recomendarle sus hijos y familia; y á su llegada, ofreciéndole grandes presentes y rogándole de mil maneras, lo disgustó hasta el punto de que habiendo llegado por la tarde y hecho noche, á la tercera hora de la madrugada se marchó. Habia andado solo una jornada hasta Pesinunte, cuando se encontró con que alli le tenian preparados mayores regalos con cartas de Deyotaro, rogándole que los aceptase para sí; y si á esto no se prestaba, dejara que los tomasen sus amigos, muy dignos de ser remunerados por él, para lo que sus bienes propios no alcanzaban; pero ni asi condescendió Caton, aun viendo que algunos de los amigos se ablandaban y murmuraban, sino que diciendo no haber regalo para el que falten pretextos, y que los amigos podian participar de cuanto él tenia honestamente, volvió á enviar sus presentes á Deyotaro. Estando para encaminarse á Brindis, les pareció á los amigos que seria bueno trasladar los despojos de Cepion á otro barco; pero respondiéndoles que antes se despojaria del alma que de ellos, se hizo á la vela; y se dice que corrió en la travesía gran riesgo, cuando los otros no tuvieron contratiempo alguno.

Restituido á Roma, pasaba el tiempo en casa con Atenodoro, ó en la plaza prestando patrocinio á sus amigos. Podia ya aspirar á la Cuestura: y sin embargo no se presentó á pedirla hasta haber leido las leyes relativas á ella, hasta haberse informado de los inteligentes sobre cada cosa, y hasta haber en cierto modo comprendido toda la esencia de esta magistratura. Asi es que apenas fue constituido en ella, hizo una

gran mudanza en los sirvientes del tesoro y en los oficiales ó escribientes, porque estos tenian siempre muy á la mano todos los asientos públicos y las leyes de la materia, y entrando continuamente magistrados nuevos, que por su inesperiencia é ignorancia necesitaban de otros ayos y maestros, no se sujetaban los escribientes á su autoridad, sino que ellos eran en efecto los magistrados; hasta que Caton, tomando con empeño estos negocios, y no teniendo solo el nombre de magistrado, sino la capacidad, el juicio y la inteligencia, puso á los escribientes en estado de ser unos subalternos, como debian, reprendiéndolos en lo que obraban mal, y enseñándolos en lo que erraban por ignorancia. Como ellos eran atrevidos, y con lisonjas procuraban ganar á los otros Cuestores, hacian á Caton la guerra; mas este, habiendo convencido al primero de ellos de infidelidad en la particion de una herencia, lo expelió de la tesorería; y á otro le intentó causa de suplantacion; á cuya defensa salió el censor Luctacio Catulo, varon de grande autoridad por este cargo, pero mas respetable todavía por su virtud, como que en justicia y modestia se aventajaba á los demas Romanos; siendo al mismo tiempo elogiador y amigo de Caton por su conducta. Veíase pues falto de justicia, y como recurriese á la conmiseracion y á los ruegos, no le permitió Caton seguir por este término; sino que, insistiendo con mas calor en su propósito: » vergüenza es, ó Catulo, » le dijo, que tú á quien incumbe examinar y corregir » las vidas de todos nosotros, te dejes seducir de nues» tros dependientes." Pronunciada por Caton esta reconvencion, Catulo le miró en aire de no dejarle sin respuesta; pero nada dijo, sino que fuese ira ó fuese rubor, se retiró turbado é incierto. Mas el dependiente no fue condenado, porque ocurrió que los votos que le eran contrarios no excedian mas que en uno á los absolutorios, y habiendo faltado al juicio por indis-

posicion Marco Lolio, uno de los colegas de Caton, le envió á llamar Catulo, implorando su auxilio; y habiéndose hecho llevar en litera, despues de concluido el juicio, echó tambien voto absolutorio. Mas sin embargo Caton ya no volvió á emplear aquel escribiente, ni le dió salario, ni admitió en cuenta de ningun modo el voto de Lolio.

Habiendo sujetado de este modo y hecho dóciles á los escribientes, hizo de los asientos públicos el uso que le pareció conveniente, y en poco tiempo puso la tesorería en términos de competir en respeto con el Senado; tanto que todos decian y tenian por cierto que Caton habia igualado en dignidad con el Consulado la Cuestura. Porque en primer lugar encontrando que muchos tenian deudas antiguas á favor del tesoro, y que este debia á muchos, á un mismo tiempo hizo cesar el agravio que la república sufria y el que causaba, exigiendo á unos con rigor é irremisiblemente, y pagando á otros con fidelidad y prontitud: asi el pueblo le reverenciaba, viendo pagar á los que habian sido tenidos por insolventes, y que otros cobraban lo que no habian esperado. Habia muchos que presentaban indebidamente documentos, y alegaban decretos falsos, que antes solian tener cabida por el favor y el ruego; pero á él nada de esto se ocultó; y dudando en una ocasion si un decreto era legítimo, aunque lo atestiguaron muchos, no les dió crédito ni concedió libramiento, sin que primero compareciesen los Cónsules y jurasen tambien. Eran muchos aquellos á quienes Sila habia distribuido á razon de doce mil dracmas por dar muerte á los ciudadanos de la segunda proscripcion, á los cuales todos los miraban con odio por malvados y abominables; pero de quienes nadie se habia atrevido á tomar satisfaccion; mas Caton fue llamando á cada uno de los que habian recibido dinero del tesoro público por medios injustos, y se lo hizo de-

volver, reconviniéndolos y echándoles en cara con enfado lo sacrílego é injusto de sus operaciones. Los asi reconvenidos quedaban ya responsables de sus asesinatos, y en cierta manera condenados: llevábanlos pues ante los jueces, y sufrian condenaciones con gran placer de todos, á quienes parecia que se borraba la tiranía pasada, y que veian castigado al mismo Sila.

Ganábase sobre todo el afecto de la muchedumbre su continua é infatigable vigilancia, porque ninguno de sus colegas subia al tesoro antes que Caton, ni ninguno se retiraba despues. No faltaba nunca ni á las juntas ni al Senado para atender y observar á los que son fáciles en decretar por favor y condescendencia remisiones ó dádivas de las deudas y contribuciones; y habiendo hecho ver el tesoro tan desembarazado y limpio de embusteros, como lleno de dinero y caudales, demostró que la república podia ser rica sin ser injusta. Al principio pareció molesto y desapacible á algunos de sus colegas; pero luego se hallaron bien con él: porque hacia frente por todos á los disgustos que suelen resultar de no hacer favor ni torcer el juicio en los intereses del público. Porque con él tenian excusa para con los que los importunaban y violentaban, diciéndoles que no habia medio ni recurso alguno, no queriendo Caton. En el último dia se retiraba á su casa, seguido, puede decirse, de todos los ciudadanos, y oyó que muchos amigos y poderosos estaban instando en el tesoro, y tenian en cierta manera sitiado á Marcelo para que escribiera en los libros como deuda cierta libranza de dinero. Eran Marcelo y Caton amigos desde niños, y aquel con este excelente Cuestor; pero solo y de por sí, condescendiente por vergüenza con los que le rogaban, y muy expuesto á dejarse vencer para hacer gracias. Retrocediendo pues Caton inmediatamente, y encontrando que Marcelo ha-

bia sido violentado á asentar la libranza, pidió las tablas, y la borró á presencia de este que nada le dijo; y hecho esto, se lo llevó del tesoro, y le acompañó á su casa; sin que ni entonces ni nunca se le quejase, sino que se mantuvo siempre con él en la misma amistad y confianza. Mas es, que ni aun despues de cumplido el cargo de Cuestor dejó el tesoro desierto de su vigilancia, pues que tenia alli criados suyos que todos los dias tomaban razon de las operaciones; y él mismo, habiendo comprado por cinco talentos unos libros que contenian las cuentas de la administracion de los caudales públicos desde el tiempo de Sila hasta su cuestura, los traia siempre entre manos.

Al Senado entraba el primero y salia el último, y muchas veces, mientras llegaban los demas, se estaba sentado leyendo en voz baja, y cubriendo el libro con la ropa. Nunca en dia de Senado salia al campo; y mas adelante, cuando los de la faccion de Pompeyo, por ver que habia de serles un estorbo para sus injustos designios, encontrándole siempre íntegro é inflexible, se propusieron entretenerle fuera en defender á sus amigos, en compromisos ó arbitrios y en otros negocios, habiendo conocido muy pronto la asechanza, se negó á todo, é hizo propósito de no atender á ninguna otra cosa cuando habia Senado. Porque no habiendo entrado al manejo de los negocios públicos por deseo de gloria, ó por avaricia, ó casual y fortuitamente, como algunos otros, sino por eleccion, creyendo que el tomar parte en el Gobierno era propio de un buen ciudadano, llevaba la máxima de que debia trabajar mas en el bien público que la abeja en sus panales; tanto que hasta los negocios de las provincias, las resoluciones del Senado y todos los grandes sucesos, tomaba empeño en que vinieran á su mano por medio de los huéspedes y amigos que tenia por todas partes.

Oponiéndose en una ocasion al demagogo Clodio, que promovia é iba preparando los principios de grandes novedades, y calumniaba ante el pueblo á varios sacerdotes y sacerdotisas, entre las que corrió gran peligro Fabia Terencia, hermana de la muger de Ciceron; á Clodio lo precisó á ausentarse de la ciudad, dejándolo confundido de vergüenza; y á Ciceron, que le daba gracias, le dijo que estas no se debian sino á la república, porque por ella lo hacia y disponia todo. Adquirió con esto suma gloria, tanto que un orador, como no tuviese contra sí en la causa mas que la deposicion de un solo testigo, dijo á los jueces, que dar fe á un testigo solo no seria justo, aun cuando fuese Caton; y muchos ya en las cosas extraordinarias é increibles solian decir como por proverbio: »Eso no se puede creer aunque lo diga Caton." Un ciudadano, notado de muy mala conducta y de muy dado al regalo, elogiaba un dia en el Senado la sobriedad y la templanza; y levantándose Amnio: ¿quién ha de poder sufrir, le dijo, que cenando como Craso, y edificando como Luculo nos vengas á hablar como Caton? Y en general á los que siendo desarreglados é intemperantes afectaban en sus palabras gravedad y severidad, los llamaban por burla Catones.

Incitábanle muchos á que pidiera el Tribunado de la plebe; pero él no tenia por conveniente que la eficacia y actividad de esta insigne magistratura, semejante á un medicamento fuerte y poderoso, se consumiese en negocios de poca entidad, y pudiendo entonces respirar de los de Gobierno, tomó consigo libros y filósofos, y marchó á la Lucania, donde tenia posesiones que ofrecian una mansion deliciosa. Mas como en el camino se encontrase con acémilas, con equipages y con esclavos, informado de que Metelo Nepote se volvia á Roma con el designio de pedir el Tribunado de la plebe, se quedó parado y

metido en sí por unos cuantos momentos, y luego dió orden á sus gentes de que volvieran atrás. Admiráronse los amigos de aquella novedad, y él les dijo: ¿No sabeis que Metelo aun solo y por sí mismo es temible á causa de su necedad y locura, y que ahora viniendo por disposicion de Pompeyo caerá en el Gobierno á manera de rayo para trastornarlo todo? por tanto no es tiempo de vacaciones ni de recreo, sino que es menester contener á este hombre, ó morir honrosamente contendiendo por la libertad. Con todo á persuasion de los amigos pasó primero á sus campos, y deteniéndose por muy pocos dias, se restituyó á la ciudad. Llegó por la tarde, y á la mañana muy temprano bajó á la plaza para pedir el Tribunado de la plebe, con el propósito de hacer frente y contener á Metelo; porque la fuerza de esta magistratura consiste mas en impedir que en hacer, y asi es que aun cuando todos los demas decreten una cosa, prevalece la oposicion de uno solo que no la quiera y no convenga en ello.

Al principio fueron pocos los amigos que se pusieron de parte de Caton; pero luego que se conocieron sus designios, dentro de breve tiempo tomaron su partido los buenos ciudadanos y cuantos le habian tratado, los cuales le excitaban y animaban, diciéndole que no era un favor el que recibia, sino que él lo hacia muy grande á la patria y á los ciudadanos bien intencionados, pues que no habia querido muchas veces tomar el cargo cuando lo habia de haber servido sin fatiga ni contratiempo, y ahora se presentaba á solicitarlo, cuando habia de contender no sin riesgo por la libertad y la república. Dícese que concurriendo á él muchos, conducidos precisamente de zelo y de buen deseo, estuvo en inminente peligro, y solo con gran dificultad pudo llegar á la plaza entre tanta muchedumbre. Nombrado Tribuno con otros y con Metelo, viendo que los co-

micios consulares eran venales, increpó sobre ello al pueblo, y al concluir su discurso juró: que acusaria á quien hubiera dado dinero, fuese quien fuese, exceptuando solamente á Silano, á causa del deudo que con él tenia, porque estaba casado con Servilia, hermana de Caton, y por eso lo excluyó. Mas persiguió á Lucio Murena, que con sobornos habia procurado ser nombrado Consul con Silano. Por una ley el reo ponia guarda de vista al acusador, en términos que no podia encubrirse nada de lo que preparaba para seguir su acusacion; y el puesto por Murena á Caton, siguiéndole y observándole, cuando vió que nada hacia con intriga, nada con injusticia; sino que seguia un camino sencillo y justo de acusacion con nobleza y humanidad, admiró tanto aquella prudencia y rectitud, que yendo á la plaza, ó buscando á Caton en su casa, le preguntaba si habia de dar algun paso aquel dia sobre la acusacion; y si le decia que no, cierto de su fidelidad se retiraba. Cuando se habló en la causa, Ciceron, que era entonces Consul y defendia á Murena, dirigió muchas expresiones en su discurso contra los filósofos Estoicos á causa de Caton, y se mofó y burló de aquellas máximas y decisiones que ellos llaman paradojas, con lo que dió bastante que reir á los jueces; y se refiere que Caton, sonriéndose, dijo á los circunstantes: ¡ciudadanos, qué Consul tan decidor tenemos! Fue absuelto Murena, y no se portó con Caton como se habria portado un hombre malo ó necio, sino que durante su Consulado se valió de él para tomar su consejo en los mas graves negocios, y en el tribunal le dió siempre muestras de honor y respeto; á lo que contribuia el mismo Caton, pues que si en la tribuna y Senado se mostraba severo y terrible, era solo por sostener la justicia, siendo en todo lo demas sumamente benigno y humano.

Antes de ser elegido para el Tribunado de la ple-

be sostuvo durante el consulado de Ciceron la dignidad de esta magistratura en los diferentes embates que sufrió, y puso por fin el sello á las grandes y brillantes acciones del Consul en la conjuracion de Catilina; porque aunque este, que no trataba de nada menos que de la ruina y de la absoluta subversion de la república, moviendo al mismo tiempo sediciones y guerras, á las reconvenciones de Ciceron, se salió de la ciudad. Léntulo, Cetego y otros muchos con ellos se habian puesto al frente de la conspiracion, y tratando á Catilina de tímido y cobarde, meditaban meter la ciudad á fuego, y trastornar el imperio con las rebeliones de las provincias sublevadas y las guerras extrangeras. Descubiertos sus planes, y puesto en deliberacion el asunto en el Senado, á excitacion de Ciceron, como en la vida de este decimos, el primero en votar, que fue Silano, expresó que en su opinion debian los reos ser condenados al último suplicio; y á él se adhirieron los que le fueron siguiendo hasta César. Mas este, que era elocuente, y que mas bien queria aumentar que disminuir cualquiera mudanza y sublevacion en la ciudad, como incentivo de los proyectos que estaba formando, se levantó á su vez, y manifestando sentimientos de dulzura y humanidad, dijo que no podia permitir que sin juicio precedente se quitara la vida á aquellos ciudadanos, y concluyó con que se les tuviera en custodia. Mudó con esto de tal modo los dictámenes del Senado, por temor al pueblo, que hasta el mismo Silano negó haber querido indicar la muerte, sino el encierro, porque para un ciudadano Romano este era el último de los males.

Verificada esta mudanza, é inclinándose todos á lo mas suave y benigno, se levantó Caton á exponer su dictamen, y desde luego empezó á decir con vehemencia y afectos: tratando mal á Silano por su inconstancia, y mostrándose irritado contra César

porque con frases populares y un discurso de afectada humanidad echaba por tierra la república, y causaba temor al Senado en cosas por las que él debia temer, y darse por contento si de ellas salia inmune y sin sospecha; pues que tan á las claras y con tanto empeño sacaba de entre las manos á unos enemigos públicos, y hacia ostension de que ninguna compasion le merecia la patria, tan poderosa y digna de amparo, aunque la veia próxima á su ruina, mientras lloraba y se lamentaba por los que no debian existir ni haber nacido, á causa de que con su muerte iban á librar á la ciudad de las mayores calamidades y peligros. Este discurso se dice ser el único que se ha conservado de Caton, por haber el Consul Ciceron enseñado de antemano á los amanuenses que con mas prontitud escribian ciertos signos que en formas muy pequeñas y breves tenian el valor de muchas letras, y haberlos distribuido con separacion en diferentes puntos del salon del Senado, porque todavía no se conocian ni se habian formado los que despues se llamaron *semeyógrafos* [1], sino que entonces por la primera vez se tuvo de ellos, segun dicen, este vestigio. Prevaleció pues Caton, é hizo que se reformasen los dictámenes en términos que los reos fueron condenados á muerte.

Pues que no nos es permitido omitir ni las mas pequeñas señales de la índole y las costumbres á los que nos hemos propuesto hacer la imagen y pintura del ánimo, se dice que en medio del grande altercado y contienda que César tenia con Caton, y cuando el Senado estaba muy atento á lo que entre ambos pasaba, le entraron á César una esquela, que excitando Caton con este motivo sospechas y haciéndolas valer, como algunos que tambien se conmo-

1 Quiere decir escritores por signos ó notas equivalentes á nuestros taquígrafos.

vieron se empeñasen en que el escrito habia de leerse, César alargó la esquela á Caton que estaba inmediato; y que leyéndola este, como encontrase que era un billete desvergonzado de su hermana Servilia á César, con quien estaba enredada en criminales amores, se lo tiró á César diciéndole: ten, borracho: y volvió sin mas detenerse su discurso al punto de que antes se trataba. Parece en general que á Caton le siguió la desgracia en punto á las mugeres de su familia; porque si esta dió mucho que hablar con César, todavía fueron mas bochornosos los sucesos de la otra Servilia hermana de Caton; la cual estando casada con Luculo, uno de los mas señalados varones de Roma, y habiendo ya tenido un niño, por su disolucion, fue lanzada de casa; y lo que es mas vergonzoso todavía, ni la muger del mismo Caton, Atilia, estuvo pura y exenta de estos yerros, sino que con haber tenido de ella dos hijos, se vió en la precision de repudiarla por su mala conducta.

Casóse despues con Marcia, hija de Filipo, que gozó de la mejor opinion, mas hubo mucho que hablar acerca de ella; y en la vida de Caton, como en un drama, esta parte es muy problemática y dudosa; siendo lo siguiente lo que pasó, segun lo escribe Traseas, refiriéndose para ser creido á Munacio amigo y comensal de Caton. Entre los muchos apreciadores de este, unos lo eran mas á las claras y mas decididamente que otros, siendo de este número Quinto Hortensio, varon de grande autoridad y de recomendable conducta. Deseando pues no solo ser amigo íntimo de Caton, sino unir con deudo estrecho y en estrecha sociedad ambas casas y familias, trató de persuadirle que á Porcia su hija, casada ya con Bibulo, á quien habia dado dos hijos, se la otorgase á él mismo en muger, para tener en ella como en terreno de sobresaliente calidad una noble descendencia; pues aunque esto en la opinion de

los hombres fuese repugnante y extraño, por naturaleza era honesto y político que una muger en buena y robusta edad no tuviese su fertilidad ociosa dejándola apagarse; ni tampoco diese á luz mas hijos de los que convenian, atropellando y empobreciendo con el número al que ya no los habia menester; á lo que añadia, que comunicándose las sucesiones entre los varones aventajados, la virtud se extenderia mas pasando á los hijos, y la república se fortificaria por medio de las multiplicadas afinidades: y si Bíbulo estaba tan bien hallado con su muger, él se la restituiria despues de haber parido, cuando ya se hubiese hecho una cosa mas propia con el mismo Bíbulo y con Caton por la comunion de los hijos. Respondiéndole Caton que apreciaba mucho á Hortensio, y que vendria gustoso en contraer deudo con él; pero que tenia por muy repugnante el que se hablara en el matrimonio de una hija dada ya á otro, mudó este de obsequio, y no tuvo inconveniente en declararle que le pedia su propia muger, jóven todavía, para procrear hijos cuando ya Caton tenia sucesion bastante. Y no hay que decir que á esto se movió por saber que Caton estaba desviado de Marcia, pues suponen que se hallaba á la sazon en cinta. Caton pues viendo este empeño y este deseo de Hortensio no le dió repulsa, y solo le respondió que era preciso conviniese en ello Filipo padre de Marcia. Pasaron á hablarle, y propuesta que le fue la traslacion, no vino en que se desposase Marcia de otro modo que hallándose presente Caton y consintiendo en los desposorios. Aunque estas cosas tuvieron lugar mucho mas adelante, me ha parecido anticiparlas con motivo de haber habládo de las mugeres.

Muerto Léntulo y sus correos, como César se acogiese al pueblo con motivo de la delacion y acusacion producida contra él en el Senado, y conmoviese y atrajese á sí todo lo viciado y corrompido

de la república, concibió temor Caton, y propuso al Senado que ganara á la muchedumbre indigente y jornalera con una distribucion de granos, que vendria á tenerle de costa al año mil doscientos y cincuenta talentos. Desvaneciόse notoriamente con esta beneficencia y largueza la tempestad que amenazaba; pero abalanzándose en este tiempo Metelo al tribunado de la plebe, congregó juntas muy acaloradas, y escribió una ley para que Pompeyo Magno viniera cuanto antes con poderosas fuerzas y con su proteccion salvara la ciudad, tan en peligro como durante la conjuracion de Catilina. Las palabras no podian ser mas modestas; pero el objeto y blanco de la ley era poner la república en manos de Pompeyo, y hacerle entrega del imperio. Congregóse el Senado, y Caton no se acaloró contra Metelo con la viveza que solia, sino que hizo algunas reflexiones con suavidad, sumision y blandura; y por fin hasta interpuso ruegos, celebrando á la familia de los Metelos por haber sido partidaria de los Patricios; con lo que Metelo, pareciéndole que aquello era darse por vencido, se insolentó mas, y manifestó despreciarle prorumpiendo en expresiones y amenazas llenas de orgullo y arrogancia, diciendo que lo propuesto habia de hacerse á pesar del Senado. Entonces mudó Caton de continente, de voz y de discurso, concluyendo resueltamente con que viviendo él no sucederia que Pompeyo se presentara con armas en la ciudad. Y lo que al Senado le pareció fue que ni uno ni otro se habian mantenido en los límites de la prudencia, ni habian propuesto lo que á la salud de la patria convenia; siendo las miras de Metelo una locura que en el exceso de su maldad se encaminaba á la ruina y total trastorno de la república; y el acaloramiento de Caton un entusiasmo de virtud que luchaba por la causa de lo honesto y lo justo.

Cuando llegó el dia de haber de votar el pueblo sobre la ley, tenia Metelo dispuestos en la plaza hombres armados, forasteros gladiatores y esclavos. Estaba tambien prevenida otra parte del pueblo, y no pequeña, que deseaba alteraciones esperanzada en Pompeyo; y gran número asimismo de los partidarios de César que á la sazon era Pretor; mientras que con Caton se condolian los principales ciudadanos, que mas bien sufrian que le ayudaban. Su casa estaba toda entregada al abatimiento y al miedo, tanto que algunos de sus amigos pasaron alli toda la noche en vela sin tomar alimento, inciertos de lo que harian; y la muger y las hermanas se lamentaban y lloraban su suerte. Mas él hablaba y consolaba á todos con serenidad y sosiego; y habiendo cenado y pasado la noche en los mismos términos que acostumbraba, durmió un profundo sueño, del que fue despertado por Minucio Termo, uno de sus colegas. Bajó á la plaza acompañado de muy pocos, pero muchos le salieron al encuentro, encargándole fuera con cuidado. Cuando deteniéndose un poco vió el templo de los Dióscuros rodeado de armas, las gradas guardadas por gladiatores, y al mismo Metelo sentado con César en lo alto, vuelto á sus amigos les dijo: »¡Qué hombre tan osado y tan cobarde al mismo tiempo el que contra uno solo, desarmado y desnudo ha levantado tanta gente!" y continuó sin detenerse con Termo. Hiciéronles calle los que tenian tomadas las gradas; mas no dejaron pasar á ninguno otro, sino con mucha dificultad á Munacio, al que introdujo Caton llevándole de la mano. Llegado que fue en esta disposicion, tomó inmediatamente asiento colocándose entre Metelo y César para cortarles la conversacion. Quedáronse estos parados, y los que le eran adictos, viendo y admirando el semblante, la resolucion y la intrepidez de Caton, se le llegaron de cerca, exhortando en voz

alta á Caton á tener buen ánimo, y á sí mismos á estar á su lado unidos, y no hacer traicion á la causa de la libertad, ni al que por ella se exponia á todo peligro.

En esto, tomando el ministro en la mano la ley, Caton no se la dejó leer; tomóla despues Metelo mismo, y al empezar á leerla le arrebató Caton el códice. Termo que se hallaba al frente de Metelo, como este que sabia la ley de memoria se pusiese á recitarla, le tapó la boca con la mano, y le obstruyó la voz; hasta que convencido Metelo de que no podia prevalecer en aquella contienda por ver que el pueblo cedia y permanecia inmoble, recurrió al medio conducente, dando orden de que los hombres armados que alli cerca estaban prevenidos acudieran gritando á poner miedo. Ejecutóse asi, y todos se dispersaron permaneciendo solo Caton, al que insultado y acometido con piedras y palos desde arriba, no abandonó aquel Murena, absuelto en la causa en que este fue su acusador; sino que oponiendo su toga, y gritando á los que le tiraban se contuviesen, y por último persuadiendo al mismo Caton y tomándole entre sus brazos, lo condujo al templo de los Dióscuros. Cuando Metelo vió que la tribuna estaba desierta, y que habian huido de la plaza los que le hacian oposicion, dando por supuesto que el vencimiento era suyo, mandó á la gente armada que se retirase, y con la mayor confianza se encaminó á continuar las operaciones relativas á la ley. Mas los contrarios, habiéndose rehecho prontamente de la primera turbacion, volvieron á presentarse gritando con entereza y resolucion, en términos que á Metelo y los suyos les inspiraron miedo y desaliento por creer que volvian poderosos en armas, sin examinar dónde pudieron tomarlas; y asi no quedó ninguno, sino que todos huyeron de la tribuna. Habiendo aquellos desaparecido de esta mane-

ra, se presentó otra vez Caton celebrando la atitud del pueblo, é infundiéndole aliento; con lo que la muchedumbre se propuso acabar con Metelo por todos medios, y el Senado, congregado en medio de aquel alboroto, puso á cargo de los Cónsules que auxiliasen á Caton, y resistiesen una ley que introducia en Roma la sedicion y la guerra civil.

Por lo que hace á Metelo todavía se conservaba resuelto é intrépido; pero viendo á los de su partido intimidados por Caton, á quien juzgaba impertérrito é invencible, bajó repentinamente á la plaza, y congregando al pueblo, trató por diferentes medios de hacer odioso á Caton, y gritando que iba á huir de la tiranía de este y de la conjuracion contra Pompeyo, de la que se arrepentiria bien pronto la ciudad por haber injuriado á un varon tan excelente, se movió al punto para el Asia, á fin de anunciarle, segun decia, estos atentados. Fue pues grande la gloria de Caton por haber desvanecido la grave opresion del tribunado, y por haber en cierta manera triunfado en Metelo del poder de Pompeyo; y aun recibió realce aquella gloria por no haber condescendido con que el Senado notara de infamia, como lo intentaba, á Metelo, y lo despojará del tribunado, resistiéndolo é interponiendo sus ruegos. Porque para muchos era prueba de humanidad y modestia el no humillar ni insultar al enemigo despues de haberle vencido á viva fuerza: y á los que pensaban con cordura, les parecia oportuno y conveniente el no irritar á Pompeyo. En esto volvió Luculo de su expedicion, cuyo término y gloria parecia haberle usurpado Pompeyo, y estuvo en riesgo de no triunfar, haciéndole oposicion Cayo Memio ante el pueblo, y suscitándole causas, mas bien por adular en esto á Pompeyo, que por propia ofensa ó enemistad; pero Caton que tenia deudo con él, porque estaba casado con su hermana Servilia, y que miraba como in-

justa aquella contradiccion, hizo frente á Memio, siendo el blanco de muchas calumnias y acusaciones. Finalmente, á nada menos tiraba Memio que á arrojarlo de su magistratura como de una tiranía; y sin embargo tuvo tanto poder, que obligó al mismo Memio á dejar desiertas las causas y retirarse de la contienda. Triunfó pues Luculo, y todavía se unió en mas estrecha amistad con Caton, teniendo en él un alcazar y antemural contra el poder de Pompeyo.

Volvia Pompeyo Magno del ejército, y como viniese en la persuasion, al ver el aparato y ostentacion con que era recibido, de que no tendria pretension ninguna en la que fuese desatendido por los ciudadanos, envió quien solicitase que por el Senado se suspendiesen los Comicios consulares para poder interceder por Pison luego que hubiese llegado. Prestábanse á ello los mas; pero Caton, que aunque no tenia la suspension por una cosa de importancia, queria sin embargo cortar aquella tentativa y las esperanzas de Pompeyo, la contradijo, é hizo mudar al Senado de parecer en términos que se negó. Acontecimiento que incomodó vivamente á Pompeyo; y considerando que en muchas cosas se veria desairado si no tenia á Caton por amigo, envió á llamar á Munacio que lo era de este; y teniendo Caton dos sobrinas casaderas, pidió la mayor para sí, y la menor para su hijo; aunque dicen algunos que la peticion no fue de sobrinas, sino de hijas de Caton. Dió parte Munacio á este, á la muger y á las sobrinas de lo que ocurria, y estas mostraban complacerse en aquel lance, mirando á la grandeza y dignidad del pretendiente; pero Caton sin detenerse y sin mas examen, puesto desde luego en lo que se queria, »anda, Munacio, le dijo, anda y manifiesta á Pom»peyo que á Caton no se le gana por este lado; mas »que con todo aprecia su afecto, y en las cosas jus»tas le dará pruebas de una amistad mas leal que

„ todos los parentescos; pero no dará prendas á la „ gloria de Pompeyo en daño de la patria." Incomodáronse con esta respuesta las mugeres, y los amigos de Caton la tacharon de poco atenta y orgullosa; mas negociando de allí á poco Pompeyo el Consulado para uno de sus amigos, envió caudales para ganar las tribus; y era este soborno tan manifiesto y público, que en sus jardines se contaba el dinero. Entonces Caton dijo á las mugeres de su casa que habria sido preciso tomar parte y mezclarse en aquellas indecorosas negociaciones si se hubiera unido por afinidad á Pompeyo; en lo que convinieron ellas, diciendo que lo habia pensado mejor negándose á la pretension. Mas si se hubiera de juzgar por los sucesos, pareceria que Caton habia errado en no haber admitido aquella afinidad, pues que dió lugar con esto á que Pompeyo se inclinara á César, é hiciera un casamiento, que, reuniendo en un punto todo el poder de ambos, estuvo en muy poco que no echase por tierra el imperio Romano. El gobierno ciertamente lo mudó; nada de lo cual habria sucedido probablemente si Caton, por temor de menores males de parte de Pompeyo, no hubiera desconocido que iba á acrecentar su poder para otros mayores: mas esto todavía estaba por ver.

Contendia en aquella sazon Luculo contra Pompeyo por las disposiciones tomadas en el Ponto, pues queria cada uno que las suyas prevaleciesen; y como sosteniendo Caton á Luculo, agraviado notoriamente, fuese vencido Pompeyo en el Senado, recurriendo este al medio de ganar popularidad, propuso un repartimiento de tierras á favor de los soldados; mas tambien en esto se le opuso Caton, é iba á conseguir se desechase la ley; pero Pompeyo se valió de Clodio, el mas osado entonces de los tribunos de la plebe, é hizo tambien intervenir á César, siendo en cierta manera el mismo Caton

quien dió el motivo: porque volviendo entonces César del ejército de España, queria al mismo tiempo presentarse candidato para el Consulado, y pedir el triunfo. Mas segun la ley los que pedian una magistratura habian de estar presentes; y los que habian de entrar en triunfo era preciso que esperaran de muros afuera, y él queria que por el Senado se le diera facultad de pedir el consulado por ministerio de otros. Eran muchos los que venian en ello; pero Caton lo contradijo; y habiendo comprendido que estaban dispuestos á otorgar á César aquella gracia, gastó todo el dia en hablar, y de este modo dejó sin efecto la resolucion del Senado. Dando pues César de mano al triunfo, entró en la ciudad, y ya no pensó mas que en Pompeyo y en el Consulado. Designado Consul desposó á Julia con Pompeyo; y concertados entre sí contra la república, el uno proponia leyes sobre el sorteo y repartimiento de tierras á los pobres, y el otro se presentaba á defenderlas. Luculo y Ciceron poniéndose de acuerdo con Bíbulo, que era el otro Consul, se esforzaban á resistir, y sobre todo Caton que empezaba ya á entreveer que la amistad y union de César y Pompeyo no se habia hecho para nada bueno; y asi dijo expresamente; que no era el repartimiento de tierras lo que temia, sino el salario que por él pedirian los que lisonjeaban á la nacion con aquel cebo.

Con este razonamiento abrazó su opinion todo el Senado, y de los de fuera de él no pocos indignados con el extraño proceder de César; porque cuanto los mas violentos y temerarios de los tribunos proponian para adular á la muchedumbre, otro tanto ponia en ejecucion en uso de su autoridad consular, captando vergonzosa y vilmente los aplausos de la plebe. Hubieron pues, por el rezelo que esto les inspiraba, de recurrir á la fuerza; y en primer lugar al mismo Bíbulo cuando bajaba á la pla-

za le arrojaron encima una espuerta de porquería; despues echándose sobre sus lictores les rompieron las fasces; y por fin habiéndose tirado algunos dardos, con los que muchos fueron heridos, todos los demas huyeron de la plaza corriendo, y solo Caton, que se quedó el último, se retiraba paso entre paso volviéndose á mirar á los ciudadanos y abominando de ellos; con lo que no solo hicieron sancionar el repartimiento, sino que se determinó que habia de jurar el Senado que por su parte daria fuerza á la ley y prestaria auxilio si alguno viniese contra ella, imponiendo graves penas á los que no jurasen. Juraron pues todos por necesidad, teniendo presente lo que le habia sucedido á Metelo el mayor, que por no haber querido jurar una ley como aquella, tuvo que salir desterrado de la Italia, sin que el pueblo volviera por él. Por esta razon á Caton las mugeres de su casa le rogaron encarecidamente y con muchas lágrimas que la jurase y cediese, y lo mismo le pidieron sus amigos y allegados; pero el que mas le persuadió y movió á que jurase fue Ciceron el orador, exhortándole y haciéndole ver que quizá ni siquiera es justo el pensar que uno solo deba oponerse á lo establecido por la sociedad entera; y que por decontado es necedad y locura querer perderse cuando es imposible remediar nada en lo hecho; y el último de los males, el que haciéndolo y sufriéndolo todo por la república, la abandonase y entregase á los que querian perderla, pareciendo que se retiraba contento de los combates que por ella sostenia; pues si Caton, le dijo, no necesita de Roma, Roma necesita de Caton, y necesitan todos sus amigos, de los cuales decia Ciceron ser el primero, y contra quien se dirigia Clodio su enemigo, queriendo emplear en su ruina la autoridad del tribunado. Ablandado con tan poderosas razones é instancias en casa y en la plaza, se dice haberse dejado por fin ven-

cer Caton aunque con dificultad, y que pasó á prestar el juramento el último de todos, á excepcion solamente de Favonio, uno de sus mas íntimos amigos.

Alentado César con estos sucesos dió otra ley, por la que se repartió, puede decirse, toda la Campania á los pobres é indigentes, no contradiciéndola nadie sino Caton, y á este César desde la tribuna lo condujo á la carcel, sin que en nada cediese de su entereza, antes por el camino iba hablando contra la ley, y exhortando á los ciudadanos á que no condescendieran con los que hacian semejantes propuestas. Seguíale el Senado abatido y triste, y lo mejor de la ciudad disgustado é indignado, aunque en silencio, tanto que César no pudo menos de comprender la mala impresion que aquello producia; pero con todo llevaba adelante su empeño, aguardando á que por parte de Caton se interpusiese apelacion ó ruego; hasta que convencido por fin de que este no pensaba en hacer gestion alguna, cedió á la vergüenza y al descrédito que iba á resultarle, y bajo mano se valió de uno de los tribunos moviéndole á que pusiera en libertad á Caton. Despues que con aquellas leyes y aquellas larguezas pusieron á su devocion á la muchedumbre, decretaron á César el mando de uno y otro Ilirio, el de toda la Galia, y un ejército de cuatro legiones para cinco años, prediciéndoles Caton que ellos mismos colocaban al tirano en el alcázar con semejantes decretos. Trasladaron contra ley á Pnblio Clodio del estado de los patricios al de los plebeyos, y le nombraron tribuno de la plebe; y él, pactando por recompensa el destierro de Ciceron, les ofreció que en todo les complaceria. Eligieron Cónsules á Calpurnio Pison, padre de la muger de César, y á Aulo Gabinio, hombre sacado del seno de Pompeyo, que es como se explican los que tenian bien conocidas su vida y costumbres.

Mas á pesar de haberse apoderado de los negocios, y de haberlo todo puesto á su disposicion, parte por las gracias dispensadas, y parte por la fuerza, aun temian á Caton, pues que si habian logrado superarle habia sido con gran dificultad y trabajo, y atrayéndose odio y vergüenza; porque se veia que ni aun asi podian con él, lo que siempre era duro y repugnante; y Clodio no esperaba poder sobreponerse á Ciceron si Caton se hallaba en la ciudad. Maniobrando pues acerca de esto, lo primero que hizo despues de colocado en su magistratura fue enviar á llamar á Caton y tenerle un discurso, en el que reconociéndole por el mas recto é íntegro de todos los Romanos, le anunció que iba á darle pruebas de este concepto en que le tenia con las obras; por cuanto habiendo muchos que aspiraban al mando de la provincia de Chipre, y pedian ser destinados á ella, á él solo le consideraba digno, y con gusto le dispensaria este favor. Respondiéndole Caton que aquello mas era una celada y un insulto que un favor, montó ya Clodio en cólera, y con aire desdeñoso le dijo: »pues si no lo tienes por favor, habrás de ir contra tu voluntad;" y presentándose inmediatamente ante el pueblo hizo sancionar por ley la mision de Caton. Para marchar no le aprestó nave, ni tropa, ni ministros, sino solo dos escribientes, de los cuales uno era un ladronzuelo malvado, y el otro un cliente del mismo Clodio. Mas como todavía le pareciese que habian de darle poco que hacer Chipre y Tolomeo, le encargó ademas que restituyese los desterrados de Bizancio, queriendo tener lejos de sí á Caton por el mas largo tiempo que fuese posible durante su tribunado.

Puesto en esta necesidad, exhortó á Ciceron, viendo que le habia de ser forzoso salir, á que no moviera tumulto alguno, ni envolviera de nuevo á la ciudad en las calamidades de una guerra civil; sino

que se acomodara al tiempo y fuera otra vez quien salvara la patria. Para los negocios de Chipre hizo que se adelantara uno de sus amigos llamado Canidio, y por su medio persuadió á Tolomeo á que sin batalla cediera; pues que no se le dejaria carecer ni de comodidades ni de honores, sino que el pueblo le daria el sacerdocio de la Diosa que se venera en Páfos. En tanto él se detuvo en Rodas tomando disposiciones y esperando la respuesta; pero al mismo tiempo Tolomeo, el Rey de Egipto, por cierto enfado y disputa que tuvo con los ciudadanos, se habia salido de Alejandría, y se encaminaba á Roma con el objeto de que Pompeyo y César lo restituyeran otra vez con la correspondiente fuerza; mas queriendo hablar con Caton, lo envió á llamar, esperando que vendria á él; pero hacia la casualidad que Caton se hallaba purgado, y envió á decir á Tolomeo que si queria verle fuese adonde se hallaba. Fue; y como ni le saliese á recibir, ni se levantase á su llegada, sino que le saludase como á un particular mandándole tomar asiento, esto al principio le causó sorpresa y admiracion viendo unidas con tanta popularidad y sencillez en el aparato de la casa, tanta altivez y severidad de costumbres. Mas despues en la conversacion no oyó sino palabras llenas de prudencia y de franqueza; porque increpándole y reprendiéndole Caton, le manifestó cuánta era la dicha y sosiego que habia dejado, y cuántas las humillaciones y trabajos, cuántos los obsequios y socaliñas á que se sujetaba con los poderosos de Roma, cuya codicia no bastaria á saciar el Egipto si se redujera á oro; y le aconsejó que retrocediera y volviera á la amistad con sus conciudadanos, estando él pronto á acompañarle y á contribuir á la reconciliacion. Parecióle que con este discurso habia vuelto á su acuerdo como de una especie de manía y enagenacion, reflexionando sobre la verdad y el

juicio y prudencia de tan eminente varon; y asi se resolvió á obrar segun su parecer; pero habiéndose vuelto á persuasion de sus amigos, no bien habia puesto el pie en Roma, y habia llegado á llamar á la puerta de uno solo de los magistrados, cuando ya se lamentó de su desacierto en haber despreciado, no ya el consejo de un hombre, sino el oráculo de un Dios.

Tolomeo el de Chipre, por dicha particular de Caton, se quitó á sí mismo la vida con yerbas; y diciéndose ser muy cuantiosos los intereses que habia dejado, si bien determinó marchar en persona á la restitucion de los Bizantinos, á Chipre envió á su sobrino Bruto, no teniendo en Canidio bastante confianza. Mas verificado que hubo la reconciliacion de los desterrados, y restablecido la concordia en Bizancio, entonces navegó para Chipre. Era grande y propiamente real la riqueza que habia quedado en bajillas, mesas, pedrería y ropas de púrpura; y habiendo de venderse para reducirse á dinero, queria estar sobre todo, hacerlo todo subir al precio mas alto, no dejar de intervenir en nada, y llevar por sí la cuenta mas exacta, sin fiar nada á las costumbres de los de la plaza, y antes mirando con sospecha á todos los dependientes, pregoneros, prepósitos de la subasta, y aun á los amigos. Finalmente, hablando en particular á los postores y animando á cada uno, de esta manera vendió la mayor parte de los efectos; con lo que disgustó á los demas amigos, visto que no hacia confianza de ellos; y en el mas íntimo de todos, que era Munacio, encendió un encono casi implacable; tanto que César para escribir un libro contra Caton fue esta parte la que le dió materia abundante para sus amargas invectivas.

Munacio sin embargo escribe que su enojo no nació de la desconfianza de Caton, sino por parte de este de cierto olvido y frialdad para con él, y por su parte de zelos y emulacion de Canidio; porque

tambien Munacio dió á luz un escrito sobre Caton, que fue el que principalmente siguió Traseas. Dice pues que él llegó el último á Chipre, donde se puso muy poco cuidado en su hospedage; que presentándose á la puerta de la habitacion de Caton, se le hizo retirar por estar Caton ocupado en hacer unos fardos con Canidio; y que habiéndose quejado de todo con moderacion habia recibido una no moderada respuesta, á saber: »Que corria peligro, no saliese »cierta aquella máxima de Teofrasto, de que el gran»de amor suele muchas veces ser causa de odio; pues »que tú mismo, dijo, te disgustas de que amando »mucho no te se honra tanto como crees serte de»bido; y si me valgo de Canidio es por su inteli»gencia, y porque me inspira mas confianza que »otros, habiendo vencido conmigo desde el princi»pio, y habiéndolo experimentado muy íntegro y »puro." Estas cosas, que pasaron entre los dos solos, Caton las refirió á Canidio, y habiéndolo entendido Munacio, dejó de concurrir á cenar á casa de Caton, y de acudir á darle consejo cuando era llamado; y amenazándole Caton que le tomaria prendas, como es costumbre exigirlas de los que no obedecen, se embarcó para el regreso sin hacer caso, y se mantuvo enojado por largo tiempo. Despues habiéndole hablado Marcia, que todavía estaba unida con Caton, sucedió que fueron convidados á cenar por Barcas, y habiendo entrado Caton el último cuando los demas estaban sentados, preguntó donde se sentaria, y diciéndole Barcas que donde gustase, recorrió el cenador con la vista, y dijo que al lado de Munacio. Pasó adonde este estaba, y se sentó junto á él; pero fuera de esto ya ninguna otra demostracion se hicieron durante la cena. Mas adelante á ruego de Marcia le escribió Caton, diciéndole que tenia que verle; y habiendo pasado Munacio á su casa por la mañana temprano, Marcia le detuvo hasta que todas las

gentes se retiraron; y entonces entrando Caton le echó los brazos, le saludó, y le dió las mayores muestras de amistad. Hemos referido con alguna extension estas ocurrencias, por creer que no conducen menos para manifestar la índole y las costumbres, que las acciones en grande, y egecutadas en público.

Juntó Caton en dinero muy poco menos de siete mil talentos; y temiendo los peligros de una larga navegacion, dispuso muchos cajones de cavida de dos talentos y quinientas dracmas. Cerrados, clavó en cada uno una cuerda, y á la punta de esta ató un corcho de bastante magnitud, para que si el barco zozobraba, el corcho ligado desde abajo señalara el sitio. Por lo que hace al caudal, todo llegó con seguridad, á excepcion de una cantidad muy pequeña; pero las cuentas formadas con la mayor puntualidad de todo cuanto habia administrado, habiendo hecho de ellas dos copias, ninguna se salvó, pues que trayendo la una un liberto suyo llamado Filarguro, que dió la vela desde Cencris, hizo naufragio, y la perdió junto con el equipage. Trajo la otra el mismo hasta Corfú, en cuya plaza se aposentó; y habiendo los marineros por el frio encendido muchas hogueras aquella noche, se quemaron las tiendas, y el cuaderno desapareció. Lo que es para tapar la boca á los enemigos y calumniadores de Caton, pudieron bastar los de la servidumbre del Rey que vinieron á Roma: asi por otro lado es por donde este suceso incomodó á Caton; pues no se habia esmerado en las cuentas para acreditar su fidelidad, sino que queria dejar á los demas un ejemplo de exactitud; y la fortuna lo castigó.

Súpose en Roma que iba á llegar con las naves, y todos los magistrados y sacerdotes, todo el Senado y una gran parte del pueblo salieron rio abajo á encontrarle, de manera que una y otra orilla estaba llena de gente, y en el concurso y el regocijo no era

inferior á un triunfo aquel recibimiento. Una cosa hubo en esto, que chocó y pareció sobrado arrogante, y fue que, presentándose los Cónsules y Pretores, no saltó en tierra para saludarlos, ni hizo parar la nave, sino que pasando apresuradamente la orilla, yendo en una galera real de seis bancos, no aflojó el curso hasta haber entrado con su escuadra en el muelle. Mas como quiera, cuando se llevaron los caudales por la plaza, el pueblo se admiró de tan grande cantidad; y reunido el Senado despues de tributar á Caton las debidas alabanzas, le decretó una pretura extraordinaria, y el honor de que asistiera á los espectáculos con ropa de púrpura; pero Caton renunció estas distinciones, y solo propuso y persuadió al Senado que diera libertad á Nicias, mayordomo del Rey, haciendo presentes su fidelidad y zelo. Era Cónsul Filipo el padre de Marcia, y en cierta manera toda la dignidad y poder de esta magistratura se trasladaron á Caton, no siendo menor el respeto que el colega [1] tributaba á Caton por su virtud, que el que Filipo le tenia por razon del deudo.

Vuelto en esto Ciceron del destierro á que fue enviado por Clodio, recobró desde luego gran poder; y por fuerza quitó y recogió del capitolio las tablas tribunicias que Clodio habia escrito y colocado en él, en ocasion de hallarse este ausente. Congregóse con este motivo el Senado, y acusándole Clodio, dijo Ciceron, que habiendo sido ilegítimo el nombramiento de Clodio para el tribunado, debia anularse é invalidarse todo cuanto por él se habia hecho y propuesto; mas opúsosele Caton, quien por fin, levantándose, manifestó que ciertamente no tenia por saludable y útil ninguna de las providencias dictadas por Clodio; pero que si hubiera quien anulase todo lo que hizo siendo tribuno, vendria á anularse tam-

1 Este colega de Filipo era Léntulo Marcelino.

bien su administracion en Chipre, y no habria sido legítima su mision como decretada por un magistrado ilegítimo: fuera de que la eleccion de Clodio no habia sido contra ley, pues que permitiéndolo esta, habia pasado del estado de los patricios á una familia plebeya; y si fue un mal magistrado como otros, lo que habia que hacer era obligarle á dar razon de sus injusticias, y no anular la autoridad que en nada habia faltado. De resultas de esta contienda se enojó Ciceron con Caton, y estuvo por mucho tiempo interrumpida su amistad; pero al fin mas adelante se reconciliaron.

Sucedió despues de esto que Pompeyo y Craso, habiendo ido á visitar á César que habia pasado los Alpes, acordaron con este que pedirian juntos el segundo consulado; y posesionados de él, harian decretar para César la prorogacion del mando para otro tanto tiempo, y para sí mismos las mejores provincias con los fondos y tropas correspondientes. Lo que venia á ser una conjuracion para el repartimiento del imperio, y la disolucion de la república. Habia muchos de los mas distinguidos ciudadanos que pensaban presentarse á pedir el Consulado; pero á todos los demas que vieron entre los candidatos les hicieron retirarse; solo á Lucio Domicio, casado con su hermana Porcia, le persuadió Caton que no desistiese de la contienda, la cual no era por la magistratura, sino por la libertad de los Romanos; y entre la parte todavía sana y prudente de la ciudad corria la voz de que no era cosa para descuidar el que, reuniéndose el poder de Craso y de Pompeyo, se hiciera su mando enteramente insufrible, sino que debia trabajarse para escluir al uno, sobre lo que acudian á Domicio excitándole y dándole ánimo; porque se le agregarian muchos votos de los que callaban por miedo. Mas como recelasen esto mismo Pompeyo y los suyos, tenian armadas asechanzas á Do-

micio, que bajaba muy de mañana con hachas al campo Marcio: y el primero de los que alumbraban fue herido, y cayó muerto; fuéronlo tambien otros despues de este, por lo que huyeron todos á excepcion de Caton y Domicio; porque á este lo detenia Caton aunque herido en un brazo, y le exortaba á permanecer y no abandonar, mientras tuvieran aliento, aquel combate por la libertad contra los tiranos; los cuales ya no dejaban duda sobre el modo con que usarian de su autoridad, cuando se encaminaban á ella por medio de tales violencias é injusticias.

No arrostró Domicio el peligro, sino que se retiró á casa, y con esto fueron elegidos Cónsules Pompeyo y Craso; mas Caton no se dió á partido, sino que se presentó á pedir la pretura, queriendo tener un apoyo para las contiendas con aquellos, y hacer frente á unos magistrados no siendo un mero particular. Temiéronlo aquellos, y tambien el que la pretura servida por Caton competiria con el consulado; asi lo primero que hicieron fue congregar el Senado repentinamente y sin noticia de muchos, é hicieron decretar que los que fueran elegidos pretores, al instante entraran en egercicio y no aguardaran al tiempo señalado por la ley, dentro del que han de intentarse las causas contra los que sobornan al pueblo. Despues, preparado ya por este decreto que quedaran libres de responsabilidad, promovieron á la pretura á sus dependientes y sus amigos, dando ellos el dinero, y presenciando por sí las votaciones. Sin embargo á todo esto se sobreponia la virtud y la gloria de Caton; de manera que muchos de vergüenza reputaban por cosa terrible hacer traicion á Caton con sus votos, siendo un hombre á quien la república deberia comprar para pretor; y como la primera tribu llamada á votar lo hubiese ya nombrado, de repente salió Pompeyo con la ficcion de que se habia oido un trueno, y disolvió vergonzosamente la

junta, porque lo tenian á mal agüero, y nada acostumbraban á establecer cuando habia estas señales del cielo. Tuvieron pues tiempo para emplear mas medios de corrupcion, y alejando del campo á los mejores ciudadanos, hicieron que á la fuerza fuese preferido Vatinio á Caton. Dícese que visto esto, los que habian dado sus votos con ilegalidad é injusticia, al punto se marcharon á manera de fugitivos; y que formando junta un tribuno con los demas que habian quedado, y que manifestaban su indignacion, se presentó Caton en ella, y como si fuera inspirado de un Dios, les predijo los males que iban á venir sobre la república, é inflamó á los ciudadanos contra Pompeyo y Craso, á quienes no podia menos de remorder la conciencia sobre tales atentados; y asi era que en su modo de conducirse acreditaban cuanto temian que si Caton era nombrado pretor habia de acabar con ellos. Finalmente, al retirarse á casa le acompañó mucho mayor gentío que á todos los pretores juntos.

Como propusiese Cayo Trebonio ley sobre el repartimiento de las provincias entre los Cónsules, reducida á que, teniendo el uno la España y el Africa bajo sus órdenes, y el otro la Siria y el Egipto, hiciera la guerra, y sujetaran á los que quisiesen, disponiendo de las fuerzas de mar y tierra, los demas ciudadanos miraron como inútil el oponerse y tratar de impedirlo, y asi ni aun quisieron contradecir; pero Caton, antes que el pueblo pasase á votar, subió á la tribuna, y manifestando estar determinado á hablar, con dificultad le concedieron dos horas de término para ello. Dijo, manifestó y profetizó muchas cosas, en lo que consumió el tiempo, y ya no le dejaron hablar mas, sino que como se detuviese en la tribuna, fue alla un ministro y le sacó de ella. Paróse abajo, y continuó gritando ante muchos que le escuchaban, y se mostraban indignados; y otra vez el

ministro le echó mano, y lo puso fuera de la plaza; mas no bien lo hubo dejado, cuando regresó otra vez para subir á la tribuna, clamando é implorando el auxilio de los ciudadanos. Repitióse esto muchas veces, é incomodado Trebonio mandó que le condujeran á la cárcel; pero era mucha la gente que llevaba tras sí, y á la que dirigia la palabra andando como iba; de manera que Trebonio temió, y lo dejó ir libre; y de este modo consumió Caton aquel dia. En el siguiente intimidando á unos ciudadanos, ganando á otros con gracias y dádivas, conteniendo con las armas al tribuno Aquilio para que no saliera de la curia, echando fuera de la plaza á Caton que gritaba haberse oido truenos, é hiriendo á no pocos de los que algunos murieron, asi fue como á fuerza sancionaron la ley; tanto que muchos, retirándose de alli llenos de ira, empezaron á derribar al suelo las estatuas de Pompeyo; pero pasando alla Caton, los contuvo. Cuando despues en favor de César se propuso otra ley sobre sus provincias y sus ejércitos, ya no se dirigió Caton al pueblo, sino al mismo Pompeyo, á quien, poniendo por testigo á los dioses, dijo: Que habiendo tomado sobre sus hombros á César, por lo pronto no lo sentia; pero cuando empezara á pesarle y á sucumbir bajo la carga, no siéndole ya posible ni echarle en el suelo, ni llevarlo, se dejaria caer con él sobre la república, y entonces se acordaria de las exhortaciones de Caton, reconociendo que no tenian menos de provechosas para el mismo Pompeyo, que de honestas y justas. Muchas veces oyó Pompeyo estas reconvenciones; pero no hizo caso de ellas, porque su felicidad y su poder le hacian creer que César no podria hacer mudanza.

Nombrado pretor Caton para el año siguiente, no pareció haber añadido á esta magistratura, con desempeñarla bien, tanta magestad y grandeza como le rebajó, degradándola en cierta manera, con pre-

sentarse en el tribunal muchas veces descalzo, y sin ropilla, y juzgar de esta manera las causas capitales de varones esclarecidos; y aun algunos dicen que despues de la comida, y de haber bebido en ella, despachaba y daba audiencia; pero esto no es cierto. Corrompido el pueblo con los sobornos por aquellos que codiciaban las magistraturas, en términos que muchos miraban el recibir dádivas como un egercicio usual, quiso cortar esta enfermedad de la república, y para ello persuadió al Senado que se diera un decreto, en el que se previniese que los nombrados á las magistraturas, aunque nadie los acusase, ellos mismos se presentaran en el tribunal á responder bajo juramento de la pureza de su eleccion. Produjo este establecimiento gran desazon en los que pretendian las magistraturas, y mayor todavía en la multitud corrompida y comprada: asi luego que por la mañana se presentó Caton en el tribunal acudieron en gran número, y empezaron á gritar, á decirle improperios y á tirarle piedras, de manera que huyeron todos del tribunal, y él mismo, atropellado y arrastrado por la muchedumbre, con dificultad pudo ocupar la tribuna. Alli puesto en pie, con lo fiero y terrible de su aspecto, calmó inmediatamente el tumulto y apaciguó la gritería; y habiendo dicho lo que al caso cuadraba, se le oyó en silencio y del todo se desvaneció el alboroto. Como el Senado con este motivo le alabase; pues yo, respondió, no os alabo á vosotros, que estando en peligro el pretor lo habeis abandonado, y no lo habeis defendido. En esto la situacion de cada uno de los que pedian las magistraturas era sumamente perpleja y dudosa; temiendo sobornar y temiendo no fuera que por ejecutarlo los otros no saliera con su pretension. Juntáronse pues, y les pareció lo mejor que depositando cada uno ciento veinte y cinco mil dracmas pidieran todos la magistratura por los medios honestos y justos; y aquel que delinquiera, y usara

de soborno perdiera su dinero. Convenidos en esto nombran depositario, árbitro y testigo á Caton, y llevando el dinero se lo presentan; mas al fin otorgan una escritura á su favor, porque queria mas bien admitir fianzas que encargarse de aquellas sumas. Cuando vino el dia de la eleccion se puso Caton al lado del tribuno que la presidia; y atendiendo á la votacion, descubrió que uno de los del depósito se habia valido de malos medios, y mandó que su depósito se adjudicara á los otros; pero ellos, celebrando y admirando su rectitud, condonaron la multa; teniendo por bastante satisfaccion del agravio la que habian recibido. Mas Caton con esto mortificó á los demas ciudadanos principales, y se atrajo grande envidia, como que se abrogaba las facultades del Senado, del tribunal y de los magistrados; y es que la fama y opinion de justo expone mas á la envidia que la de ninguna otra virtud, á causa de que da poder y confianza para con la muchedumbre; pues no solo le honran como á los esforzados, y le admiran como á los prudentes, sino que á los justos los aman, á ellos se entregan, y en ellos confian: y de aquellos á los unos les temen y de los otros se recelan. Fuera de esto el mérito de aquellos creen que es mas de constitucion física que de la voluntad, graduando la prudencia de prontitud de ingenio, y la fortaleza de robustez del ánimo; y no necesitándose mas para ser justo que querer serlo, se avergüenzan los hombres de la injusticia, como de un vicio que no admite disculpa.

Hacian por tanto la guerra á Caton todos los próceres como reprendidos por su conducta; y Pompeyo, que en la gloria de aquel creia ver la ruina de su poder, andaba siempre buscando personas que le desacreditasen; de los cuales era uno Clodio, el Demagogo, que unido otra vez con Pompeyo, levantaba el grito contra Caton, diciendo que en Chipre ha-

bia ocultado grandes cantidades, y que tenia guerra declarada á Pompeyo, porque habia tenido á menos casarse con su hija. Mas Caton contestaba que habia recogido en Chipre para la república, sin que se le hubiese dado ni un caballo, ni un soldado, tanto caudal, cuanto no habia traido nunca Pompeyo de tantas guerras y triunfos, habiendo revuelto el mundo. Y que nunca habia pensado contraer afinidad con este, no porque no le creyese muy digno, sino por ser de distinta opinion y conducta en la administracion de los negocios públicos. »Porque yo, dijo, »habiéndoseme dado el mando de una provincia para despues de la pretura, la he renunciado; pero »aquel toma y retiene para sí unas, y otras las da á »los de su partido; y ahora ha prestado una fuerza »de seis mil legionarios á César para la guerra de »la Galia. Y estas tropas ni os las pidió á vosotros, »ni ahora las ha enviado con vuestro consentimiento; sino que fuerzas tan considerables, las armas y »los caballos son obsequios y retribuciones de unos »particulares. Tiene los títulos de Emperador y »General; pero los ejércitos y las provincias las da »á otros, y él se está de asiento en la ciudad, preparando tumultos para los Comicios de elecciones y »continuos alborotos, con los que no se nos oculta »que quiere abrirse camino á la dominacion por medio de la anarquía."

Asi se defendió Caton de las acriminaciones de Pompeyo. Habia un Marco Favonio, amigo y apasionado suyo, por el modo con que se refiere haberlo sido Apolodoro Falareo del antiguo Sócrates; y le inflamó y conmovió este discurso, no ligera y blandamente, sino en términos de hacerle salir fuera de sí como un embriagado ó un loco. Este pues pedia en una ocasion el cargo de edil, é iba de vencida; pero hallándose presente Caton observó que todas las tablillas de los votos estaban escritas de una misma

mano; y descubriendo aquel mal manejo, hizo anular la eleccion por medio de los tribunos de la plebe. Nombrado despues edil, Caton fue quien atendió á todo lo que era del cargo de esta magistratura, y quien ordenó los espectáculos en el teatro, dando á los de la escena coronas no de oro, sino de acebuche, como en Olimpia; y los presentes no fueron costosos, sino que á los Griegos les dió zanahorias, lechugas y rábanos, y peras; y á los Romanos jarros de vino, tocino, higos, cohombros y haces de leña. Lo extraño y barato de estos presentes para unos fue motivo de risa, y para otros de placer, viendo que la austeridad y rigor de Caton recibia ya alguna mudanza hacia la blandura y festividad. Por fin mezclándose Favonio entre la muchedumbre, y sentado entre los demas concurrentes, aplaudia á Caton, y gritaba que recompensara y honrara á los que se distinguian: asi uniéndose con los espectadores en estas demostraciones daba bien á entender que habia cedido á aquel todas sus facultades. En el otro teatro el colega de Favonio Curion daba sus juegos con gran lujo; pero los espectadores lo abandonaban y se pasaban allá, para celebrar á Favonio, que hacia el papel de particular; y á Caton, que representaba el de presidente del espectáculo. Condújose de esta manera para quitar importancia á estos cuidados, y manifestar que las cosas de juego se han de tomar por lo que son, y se han de desempeñar con cierta gracia y naturalidad, mas bien que con suntuosos gastos y aparatos, poniendo gran diligencia y esmero en cosas que no lo merecen.

Presentáronse de alli á poco á pedir el consulado Escipion, Hipseo y Milon; y como empleasen no solo las injusticias conocidas ya, y puede decirse ingénitas, á saber, la corrupcion y los sobornos; sino las armas, las muertes y todo género de violencia, precipitando la república temeraria y osada-

mente en la guerra civil, deseaban algunos que presidiese Pompeyo los Comicios; á lo que al principio se opuso Caton diciendo: que no habia de venirles por Pompeyo la seguridad á las leyes, sino por las leyes á Pompeyo: pero prolongándose la anarquía por largo tiempo, y teniendo sitiada la plaza pública á cada momento tres ejércitos, de modo que estuvo en muy poco el que este mal no se hiciese irremediable, juzgó conveniente que en aquella extrema necesidad se pusiese la república por voluntario favor del Senado en manos de Pompeyo, y que usando entre los remedios ilegales del mas suave para curar el mayor de los trastornos se recurriera al mando de uno solo, antes que estarse esperando á que la sedicion terminase en tiranía. Manifestando pues Bíbulo, que era deudo de Caton, su dictamen en el Senado, dijo, que convenia elegir por único Cónsul á Pompeyo: porque ó la república se mantendria estando él al frente, ó á lo menos servirian al que parecia mas digno. Levantóse en seguida Caton, y cuando nadie lo esperaba elogió este pensamiento, y fue su parecer que cualquiera gobierno era preferible á la anarquía; y que esperaba que Pompeyo gobernaria rectamente, y conservaria la república que se acogia á su virtud.

Nombrado Cónsul de este modo Pompeyo rogó á Caton que pasara á verle á los arrabales; y habiéndolo este ejecutado asi, le recibió con el mayor agasajo alargándole la diestra, y abrazándole. Mostrósele despues agradecido, y le pidió que fuera su consejero y asesor en el desempeño del cargo; pero Caton le respondió: que ni lo pasado lo habia dicho por agraviarlo, ni lo presente por hacerle obsequio, sino todo en bien y servicio de la república; y que en particular le daria consejo cuando lo llamase; pero en público no aguardaria á ser llamado ó rogado, sino que francamente diria lo que entendiese; y lo

cumplió como lo dijo. Porque en primer lugar, estableciendo Pompeyo nuevas multas y graves penas contra los que habian sobornado al pueblo, le advirtió que no debia volverse sobre lo pasado, sino precaverse lo futuro; pues por una parte no seria facil fijar el término donde habia de pararse la averiguacion de los anteriores yerros; y por otra, si se imponian nuevas penas á los crímenes pasados, seria cosa muy dura que los reos fuesen castigados segun una ley que no habian traspasado ó violado. Ocurrió en segundo lugar que habiendo de ser juzgados muchos varones ilustres, algunos de ellos amigos ó deudos de Pompeyo, como viese á este que en muchas cosas cedia y se doblaba, le respondió y corrigió con vehemencia. Mas prohibió el mismo Pompeyo por una ley los elogios que por costumbre se hacian de los procesados; y habiendo escrito el elogio de Munacio Planco, lo dió para leerlo durante el juicio; y Caton, poniéndose las manos en los oidos, porque se hallaba de juez, se opuso á que se leyera. Planco lo rehusó, y excluyó del número de sus jueces despues de pronunciados los informes; mas sin embargo fue condenado. En general para los reos era Caton un objeto de gran duda y perplejidad; porque ni querian tenerle por juez, ni se atrevian á recusarlo: pues no pocos fueron condenados, porque se creyó que el huir de Caton nacia de que no confiaban en su propia justicia; y algunos les echaban en cara sus enemigos, como un gran baldon, el no haber querido tener por juez á Caton cuando le habia tocado.

César, aunque muy embebido en la guerra de la Galia, y muy entregado á las armas, no dejaba de adelantar en su intento de ganar poder en la ciudad por medio de presentes, de sobornos con dinero, y de los manejos de sus amigos, acerca de lo cual ya las amonestaciones de Caton habian hecho volver á Pompeyo de la incredulidad que antes le hacia tener este

peligro por un sueño; pero como sin embargo estuviese todavía lleno de pereza é irresolucion, para contrarestarle y contenerle se movió Caton á pedir el Consulado, porque ó le quitaria las armas á César, ó pondria de manifiesto sus asechanzas. Sus competidores ambos tenian favor: Sulpicio, uno de ellos, debia en grán parte sus aumentos en la república á la gloria y al poder de Caton: asi creia que en esta ocasion faltaba á la honradez y al agradecimiento; pero Caton no se daba por ofendido; porque ¿qué hay que maravillar, decia, el que uno no ceda á otro lo que tiene por el mayor de los bienes? Mas en este mismo tiempo hizo decretar al Senado que los que pedian las magistraturas hubieran de hacer por sí mismos los obsequios al pueblo, y no por medio de otros, ni interponer quien hiciese ruegos; con lo que aun irritó mas á la muchedumbre, pues que quitándoles, no solo el recibir precio, sino aun el hacer favor, dejaba al mismo tiempo á la plebe pobre y desatendida; y como no siendo por su caracter propio para agasajos y obsequios quisiese mas conservar la dignidad y decoro de su conducta que ganar el cargo, no haciendo por sí, ni dejando que hiciesen sus amigos las demostraciones recibidas, con las que se capta y gana la benevolencia del pueblo, fue desairado en su pretension.

Solia un suceso de esta especie causar ademas del rubor que es consiguiente gran abatimiento y duelo por muchos dias, no solo á los mismos desatendidos, sino á sus amigos y deudos; pero Caton lo llevó con tal entereza, que ungido se puso á jugar á la pelota en el campo Marcio, y despues de comer bajó otra vez á la plaza descalzo y sin ropilla, como lo tenia de costumbre, y se paseó con los que siempre eran sus compañeros. Culpábale Ciceron de que cuando la república necesitaba de un hombre como él no hizo la debida diligencia, ni usó con el pueblo de la

correspondiente afabilidad; y de que para en adelante cedió ya, y se dió por vencido, cuando respecto de la pretura desairado una vez, volvió sin embargo á pedirla despues. Mas á esto decia Caton que en la pretura habia sufrido repulsa, no por la voluntad de la muchedumbre, sino porque esta habia sido violentada ó corrompida; pero en la votacion para el consulado, no habiendo intervenido fraude ninguno, habia conocido que el pueblo era el que le habia repudiado á causa de su tenor de vida; y que ni el mandarlo, segun el capricho ageno, ni el volver otra vez á ponerse en el mismo caso, habiendo de usar del mismo porte, era propio de un hombre de juicio.

César, habiendo acometido á naciones belicosas y esforzadas, y vencídolas, cuando era de temer otra cosa, pareció que hecha paz con los Germanos habia caido sin embargo sobre ellos, y habia acabado con trescientos mil; y como los demas del Senado fuesen de opinion que debian hacerse sacrificios por la buena nueva, Caton propuso que César fuese entregado á los que habian recibido aquella injusticia, para no atraer sobre sus cabezas la venganza divina, ni exponer á ella á la república; y si hemos de sacrificar á los dioses, dijo, sea para que no hagan caer sobre los soldados la pena debida á la locura y furor de su General, sino que tengan compasion de la ciudad. De resultas de esto César escribió al Senado una carta, que contenia muchos improperios y acriminaciones contra Caton; y luego que se leyó, levantándose este, no con enfado, ni con acaloramiento, sino usando del raciocinio, como si aquel fuera un discurso preparado, demostró que las inculpaciones hechas contra él no eran sino injurias y burlas, reducido todo á puras chocarrerías y palabras vanas: y pasando despues á las ideas y conatos de aquel, desde el principio puso de manifiesto

todos sus designios, no como enemigo, sino como si fuera socio y participante de ellos, haciendo ver á los Romanos que á este era, y no á los hijos de los Germanos, ó los Galos, á quien si tenian juicio habian de temer; con lo que de tal modo los movió é inflamó, que á los amigos de César les pesó de que se hubiera leido en el Senado una carta, que habia dado á Caton materia y oportunidad para tan vigoroso discurso, y para acusaciones verdaderas. Asi nada se decretó, y solo se echó la especie de que seria bien dar sucesor á César. Repusieron á esto sus amigos que tambien Pompeyo deberia deponer del mismo modo las armas y dejar las provincias, ó de lo contrario tampoco habria de egecutarlo César; y alzando entonces la voz Caton, les dijo estar ya sucediendo lo que les tenia pronosticado, pues que César abiertamente usaba de violencia, empleando una fuerza que habia conservado con engaños, y haciendo mofa de la república; pero á la parte de afuera nada adelantó, estando el pueblo empeñado en engrandecer á César; y aunque al Senado lo convenció, este tuvo temor del pueblo.

Cuando se anunció que César habia tomado á Arimino, y que con su ejército se dirigia contra la ciudad, todos entonces se volvieron á mirar á Caton, el pueblo, y Pompeyo, como al único que habia conocido al principio, y habia manifestado abiertamente cuáles eran las ideas de César; y él les dijo: „Pues si alguno de vosotros, ó ciudadanos, hu„biera dado crédito á lo que siempre estuve pronos„ticando y aconsejando, ni ahora temeriais á un hom„bre solo, ni en un hombre solo tendriais vuestras „esperanzas." Reponiendo á esto Pompeyo, que si Caton habia tenido mas tino profético, él habia obrado con mas amistad; aconsejó Caton al Senado que la suma de los negocios la encomendara á solo Pompeyo, pues era propio de los mismos que causaban

grandes males el hacerlos César. Pompeyo pues, no teniendo tropas prontas, ni viendo gran decision en los soldados que acababa de reclutar, se salió de Roma: y Caton, que tenia resuelto seguirle y acompañarle, á su hijo menor lo envió á Brecios á poder de Munacio, conservando el mayor á su lado. Atendiendo pues al cuidado de su casa, y de sus hijas que se lo rogaban, volvió á recibir otra vez á su muger Marcia, que habia quedado viuda con cuantiosos bienes, porque Hortensio á su fallecimiento la habia dejado por heredera. Este fue para César uno de los principales capítulos de acriminacion y difamacion contra Caton, atribuyéndole en este hecho miras de codicia y de bajo interes: »¿porque á qué propó»sito, decia, despachar la muger cuando la habia »menester á su lado, y volverla á recibir despues »cuando no la necesitaba, si desde el principio no »pasó aquella mugerzuela á poder de Hortensio co»mo un cebo, para darla joven, y volver á reco»brarla rica?" Pero á esto se aplican muy oportunamente aquellos versos de Eurípides:

Primero improbaré lo que es un crimen
Decirlo ó suponerlo; ¿y cuál mas grande
Que de cobarde motejar á Alcides?

Porque efectivamente seria lo mismo que motejar á Hércules de tímido, acusar á Caton de avaro; y si se hizo bien ó mal en tornar á este casamiento, por otra parte ha de examinarse; pues inmediatamente que Caton celebró su segundo matrimonio con Marcia, le hizo entrega de su casa y de sus hijas, y él se fue en seguimiento de Pompeyo.

Dícese que desde aquel dia ni se cortó el cabello, ni se hizo la barba, ni tomó corona, sino que conservó hasta la muerte, fuesen vencedores ó vencidos, un mismo tenor de duelo, de afliccion y abatimiento sobre las calamidades de la patria. Tocóle entonces por suerte la Sicilia, y marchó á Siracusa; pero

sabiendo que Asinio Polion, de la faccion enemiga, habia llegado con tropas á Mesena, le escribió pidiéndole razon de aquel viage. Fuele pedida á su vez por Polion de la mudanza hecha en las cosas de la república, y como al mismo tiempo entendiese que Pompeyo dejaba enteramente la Italia, tenia sus reales en Dirraquio, prorumpió en la expresion de que habia grande error é inconstancia en las cosas divinas: pues que habia sido invencible Pompeyo, mientras no habia hecho nada saludable y justo; y ahora cuando queria salvar la patria y combatir por la libertad, lo abandonaba su próspera fortuna. Dijo pues que bien tenia fuerzas para arrojar á Asinio de la Sicilia, pero que viniendo en socorro de este mas tropas, no queria que la isla se perdiese en aquella guerra. Por lo que aconsejando á los Siracusanos que se arrimaran al vencedor y se salvaran, salió de la Sicilia. Llegado donde se hallaba Pompeyo, siempre se mantuvo en el mismo dictamen de que no se dieran largas á aquella guerra con esperanzas de que se hiciese la paz; y no queriendo que la república quebrantada en tan injusta contienda, sostenida contra sí misma, llegara á lo sumo de los males, encomendando al hierro la decision de su suerte. Otros consejos hermanos de este dió á Pompeyo y á sus asesores, persuadiéndolos á que se decretase que ninguna ciudad de las sujetas á la república seria saqueada, ni ningun Romano muerto fuera de las filas; lo que le grangeó gran reputacion, y atrajo á muchos al partido de Pompeyo, conducidos de su equidad y mansedumbre.

Enviado al Asia para que ayudara á los que estaban encargados de allegar naves y gente, llevó consigo á su hermana Servilia, y á un hijo pequeño que esta habia tenido de Lúculo, porque le habia seguido, logrando con esto borrar en gran parte la nota de su inmoderada conducta, pues que se habia su-

jetado voluntariameute al cuidado, á los viages y al austero método de vida de Caton; y sin embargo César no dejó á pretesto de la hermana de lanzar dicterios contra Caton. Parece que los generales de Pompeyo en las demas partes no habian tenido necesidad del auxilio de aquel; pero á los Rodios él fue quien los atrajo con su persuasion; y dejando en aquella ciudad á Servilia y al niño, volvió á unirse con Pompeyo, que ya tenia un brillante ejército y una numerosa escuadra. En esta ocasion puso Pompeyo bien de manifiesto cuáles eran sus ideas: porque habia resuelto dar á Caton el mando de las naves, que las de guerra no bajaban de quinientas; y los trasportes, las de avisos y barcos rasos no tenian número; pero habiendo recapacitado luego, ó sido advertido por sus amigos de que para Caton no habia mas que un punto capital, y era el de libertar á la patria de toda dominacion, y que por lo mismo si se ponian á su disposicion tantas fuerzas, en el dia que vencieran á César, en aquel mismo trataria de que Pompeyo depusiera las armas, y se sujetara á las leyes, mudó de determinacion, sin embargo de que ya lo habia comunicado á aquel; y nombró á Bibulo General de la armada. Mas sin embargo no observó que por eso se hubiese entibiado la amistad de Caton hácia él. Y aun se dice que para una batalla ante Dirraquio exhortó Pompeyo á las tropas, y quiso que cada uno de los generales les dirigiese la palabra para inflamarlos; y egecutado asi, los soldados los escucharon en silencio, y sin hacer el menor movimiento; pero hablándoles Caton despues de todos de los objetos propios del momento, segun lo que acerca de ellos enseña la filosofía, de la libertad y la virtud, de la muerte y de la gloria, mostrándose interiormente conmovido, y habiendo vuelto al concluir su discurso á la invocacion de los dioses, como que se hallaban presentes, y eran testigos de aquel

combate, levantóse tal gritería, y fue tan grande la conmocion del ejército, que todos los caudillos, llenos de las mayores esperanzas, corrieron denodados al peligro. Cuando llevaban derrotados y batidos á los enemigos, el genio de César les arrebató el complemento de la victoria, valiéndose de la nimia circunspeccion de Pompeyo y de su sobrada desconfianza, segun que en la vida de este lo tenemos escrito. Alegrábanse los demas, y celebraban este suceso; pero Caton lloraba sobre la patria, y maldecia la funesta y malhadada ambicion de mando, por la que veia á muchos excelentes ciudadanos muertos á manos unos de otros.

Cuando para perseguir á César despues de esta accion movió Pompeyo hácia la Tesalia, dejó en Dirraquio gran cantidad de armas, de efectos y de personas próximas ó allegadas, y constituyó por caudillo y guarda de todo á Caton, no dándole sin embargo mas que solas quince cohortes de soldados, por la desconfianza y miedo con que le miraba; porque sabia que si él era vencido, ninguno le seria mas fiel; mas si vencia, no le permitiria sacar de la victoria el partido que deseaba, como hemos dicho. Otros muchos varones principales se habian retirado tambien á Dirraquio con Caton; y cuando sucedió la terrible derrota de Farsalia, esta fue la resolucion que le pareció debia tomar: si Pompeyo era muerto, trasportar á Italia á los que tenia á su cuidado, y él retirarse á vivir en destierro, lo mas lejos que pudiera de la tiranía; y si Pompeyo era salvo, guardar para él aquellas fuerzas. Pasando con esta intencion á Corfú, donde estaba la armada, cedió el mando á Ciceron que habia gozado de la autoridad consular, no habiendo él sido mas que Pretor; pero como Ciceron no lo admitiese y diese la vela para Italia, viendo á Pompeyo el menor decidido á castigar con un arrojo y una osadía muy fuera de sazon á los

que los abandonaban, y que el primero en quien iba á poner las manos era Ciceron, lo amonestó en secreto, y logró templarle; con lo que á Ciceron seguramente lo libertó de la muerte, y á los demas les proporcionó seguridad.

Conjeturando que Pompeyo Magno habria ido á parar al Egipto ó al Africa, dió la vela para unírsele cuanto antes, llevando consigo á todos los que tenia á sus órdenes; pero antes les habia manifestado tener permiso para retirarse los que no le acompañasen de buena voluntad. Llegado al Africa y costeando por aquel mar se encontró á Sexto, el hijo menor de Pompeyo, quien le anunció la muerte de su padre en el Egipto. Manifestaron pues todos el mayor sentimiento, y despues de Pompeyo ninguno queria ni siquiera oir hablar de otro general que Caton, hallándose este presente; y por lo mismo Caton, lleno de rubor y compasion hácia unos hombres de probidad, que tantas muestras le habian dado de su confianza, no quiso dejarlos solos ni abandonados en pais extraño; y encargándose del mando, pasó á Cirene, donde fue admitido sin embargo de que pocos dias antes habian excluido de sus puertas á Labieno. Habiéndose informado alli de que Escipion el suegro de Pompeyo habia sido bien recibido del Rey Juba, y que Apio Varo, designado Pretor del Africa por Pompeyo, se hallaba con ellos, teniendo fuerzas á su disposicion, marchó por tierra en la estacion del invierno, conduciendo gran número de acémilas cargadas de agua, y llevando ademas mucho botin, carros y los que se llamaban psilos, que curaban las mordeduras de las serpientes, chupando con la boca el veneno; y que amortiguaban y adormecian á las mismas serpientes con encantamientos. Fue la marcha de siete dias continuos, y siempre caminó al frente de las tropas, sin usar ni de caballo ni de carruage. Cenaba sentado desde el dia en que supo la derrota

de Farsalia, añadiendo á las demas demostraciones de duelo la de no reclinarse sino para dormir. Habiendo pasado en el Africa el invierno, sacó á campaña sus tropas, que eran poco menos de diez mil hombres.

Hallábanse en mal estado las cosas de Escipion y Varo, á causa de que por discordias y disensiones entre sí tenian que lisonjear y hacer la corte á Juba, que sin esto era insufrible por la gran altanería y orgullo que le daban sus riquezas y poder: asi es que habiendo de verse por la primera vez con Caton, puso su sitial en medio del de este y el de Escipion; pero Caton luego que lo vió, tomando su sitial, lo pasó al otro lado, poniendo en medio á Escipion, no obstante que era su enemigo, y habia publicado un libro en que se proponia difamarle. Mas á esto no lo dan ningun valor; y porque en Sicilia paseándose tomó en medio á Filostrato en honor de la filosofia, por esto le censuran. Entonces pues contuvo á Juba, que casi habia hecho sus Sátrapas á Escipion y á Varo, y á estos los reconcilió é hizo amigos. Deseaban todos que tomara el mando, y Escipion y Varo fueron los primeros que desistiendo de él, se lo cedieron; pero respondió que no quebrantaria las leyes cuando hacian la guerra al que las quebrantaba; ni se antepondria, no siendo mas que Pretor, al que era Proconsul, porque Escipion habia sido nombrado Proconsul, y los mas tenian gran confianza de que vencerian por el nombre, mandando el Africa un Escipion.

Luego que Escipion se encargó del mando, quiso por complacer á Juba que se diera muerte sin distincion á los Uticenses, y que se asolara su ciudad, por ser partidaria de César; pero Caton no lo consintió, sino que clamando y exhortando en la junta, é invocando á los dioses, aunque con trabajo, consiguió por fin desvanecer tan crueles intenciones, y ora

cediendo á los ruegos de los mismos Uticenses, ora atendiendo á lo que tambien deseaba Escipion, tomó á su cargo guarnecer y fortificar aquella ciudad, para que ni segun su voluntad ni contra ella se uniera á César, pues el pais era útil para todo, y proveia suficientemente á los que le ocupasen; y aun se hizo mas fuerte entre las manos de Caton. Porque introdujo en ella extraordinaria copia de víveres, y reforzó las murallas, levantando torres y formando delante del recinto grandes fosos y estacadas. Dispuso que la juventud de los Uticenses residiese en las trincheras, entregándole las armas, y que los demas permaneciesen en la ciudad, cuidando con esmero de que no se les causase la menor injusticia ni vejacion por los Romanos. Remitió á las tropas del campamento armas, fondos y víveres, y en general tuvo á Utica por almacen y depósito de la guerra. El consejo que habia dado antes á Pompeyo y entonces á Escipion de que no se entrara en batalla con un hombre aguerrido y temible; sino que se ganara tiempo, porque este es el que marchita el vigor de la tiranía, lo miraba tambien con desprecio Escipion por su vana arrogancia; y aun en cierta ocasion escribió á Caton tachándole de cobarde, pues que no contento con estarse quieto en una ciudad guardado con murallas, no queria dejar á los demas que segun la oportunidad obraran decididamente como les pareciese. Replicóle Caton que estaba pronto á tomar las tropas de infantería y caballería que habia traido al Africa, y trasportarlas á Italia, haciendo de este modo que César los dejase á ellos, y mudando de plan corriera en su seguimiento. Mas como tambien se burlase Escipion de este partido, Caton se mostró pesaroso de haberse desprendido del mando: viendo que Escipion ni era capaz de administrar bien la guerra; ni si contra toda esperaza le salian las cosas felizmente, habia de hacer del poder un uso moderado y legítimo. Por

lo mismo formó Caton concepto, y asi lo espresó á los que tenia á su lado, de que no se podian tener buenas esperanzas del éxito de la guerra por la impericia y temeridad de los caudillos; pero que si por una feliz casualidad Cesar fuese derrotado, seria preciso no permanecer en Roma, sino huir de la dureza y crueldad de Escipion, á quien ya se habian oido terribles y sobervias amenazas contra muchos; pero el mal vino mas presto de lo que se esperaba, porque á muy alta noche llegó un correo con tres dias de viage, anunciando que habiéndose dado una gran batalla junto á Tapso, todo se habia perdido, quedando César dueño del campamento: que Escipion y Juba habian huido con muy pocos, y las demas fuerzas habian perecido.

A tales nuevas, como es natural en medio de una guerra, y siendo recibidas de noche, la ciudad casi perdió el juicio, y no podia contenerse dentro de las murallas; pero recorriéndola Caton, detenia á los que pugnaban por salir, y consol ba á los que se mostraban abatidos, disipando el terror y la turbacion del miedo con decir que quizá no habria sido tanto, y que la relacion seria exagerada; con lo que logró sosegar el tumulto. Por la mañana muy temprano echó un pregon para que acudieran al templo de Júpiter los trescientos que le servian de Senado, siendo ciudadanos Romanos ocupados en el Africa en el comercio y en el cambio, y con ellos los Senadores que alli se hallaban y los hijos de estos. Mientras se reunian se presentó con semblante inalterable y sereno, como si no hubiera ninguna novedad, y se puso á leer un cuaderno que tenia en la mano, que era el inventario de los objetos preparados para la guerra, armas, víveres, arcos y soldados. Cuando ya estuvieron juntos, empezando por los trescientos, y tributando grandes alabanzas al zelo y fidelidad que habian mostrado, siendo de grandísimo recurso,

con sus caudales, con sus personas y con sus consejos, los exhortó á no dividirse, formando cada uno particulares esperanzas, y pensando en huir y salvarse solo; pues si permanecian unidos y en atitud de guerra, César los despreciaria menos, y librarian mejor cuando llegara el momento de haberle de suplicar. Dejóles que ellos mismos deliberaran sobre su suerte, pues ninguno de los dos partidos vituperaria; sino que si se mudaban con la fortuna, atribuiria esta mudanza á la necesidad; y si se mantenian en su anterior propósito, exponiéndose á todo por la libertad, no solo los elogiaria, sino que admiraria su virtud, presentándose á ser su caudillo y compañero de armas hasta tener el último desengaño de la patria, que no era Utica, ni Adrumeto, sino Roma, la cual muchas veces de mayores caidas se habia levantado á superior grandeza: que todavía les quedaban muchos auxilios para su salud y seguridad, siendo el mayor de todos el hacer la guerra á un hombre llamado á un tiempo á muchas partes; pues la España se habia pasado al partido del hijo de Pompeyo, y Roma, no acostumbrada al freno, no solo no lo recibia, sino que se enfadaba é irritaba contra toda mudanza; y finalmente que no debia huirse el peligro, pudiendo tomar leccion del mismo enemigo, que ponia á riesgo su vida por las mayores violencias é injusticias; y no como ellos para quienes la incertidumbre de la guerra habia de terminar, ó en la vida mas dichosa y feliz si eran vencedores, ó en la mas gloriosa muerte si eran vencidos. Mas con todo concluyó con que ellos por sí mismos debian resolver, haciendo votos porque su determinacion tuviera el próspero fin que correspondia á su anterior virtud y patriotismo.

Dicho esto por Caton, en algunos habia hecho su discurso el efecto de inspirarles confianza; pero los mas, olvidados puede decirse al ver su impavidez,

su grandeza de alma y su humanidad, de los peligros de aquella situacion, teniéndole á él solo por su caudillo, invicto y superior á todos los casos de la fortuna, le rogaban que dispusiera de sus personas, de sus intereses, de sus armas, como le pareciese; porque mas querian morir puestos en sus manos, que salvarse haciendo traicion á tan encumbrada virtud. Propúsose por uno de los concurrentes que podria ser oportuno decretar la libertad de los esclavos; y conviniendo los mas en ello, dijo Caton que no consentiria en que tal se hiciese, porque no era justo ni conforme á las leyes; y solamente ahorrándolos sus dueños, recibiria á los que se hallasen en edad de tomar las armas. Hiciéronle en seguida muchas ofertas, y diciendo que los que quisieran se suscribieran en un registro, se retiró. Llegáronle de alli á poco cartas de Juba y Escipion; de los cuales aquel, que se habia ocultado en un monte con algunos pocos de los suyos, le preguntaba, qué determinaba se hiciese; porque le aguardaria si pensaba dejar á Utica; y si preferia sufrir un sitio, le auxiliaria con su ejército; y Escipion, que estaba al ancla en un promontorio no lejos de Utica, le manifestaba que tambien esperaba su resolucion.

Parecióle conveniente á Caton detener á los que habian traido las cartas hasta estar bien seguro de lo que harian los trescientos: porque los del Senado se mantenian en la mejor disposicion, y dando al punto libertad á sus esclavos, los habia armado; pero en cuanto á los trescientos, gente de mar y de negocios, y cuya riqueza consistia en esclavos por la mayor parte, en sus ánimos habian permanecido por poco tiempo las palabras de Caton, y muy pronto se habian desvanecido; á la manera de ciertos cuerpos que reciben fácilmente el calor, y fácilmente se quedan frios retirados del fuego. Asi estos, teniendo cerca á Caton, y viéndole, los inflamaba y acaloraba; pero

hablando luego unos con otros, el miedo de César podia mas que el respeto á Caton y á la virtud. Porque ¿quiénes somos nosotros, decian, y quién es aquel cuyas órdenes rehusamos obedecer? ¿No es aquel mismo César á quien se ha transferido todo el poder de los Romanos? De nosotros ninguno es ni Escipion, ni Pompeyo, ni Caton. ¿Y en un tiempo en que todos desatienden lo conveniente y justo por el miedo, en este mismo, defendiendo nosotros la libertad de los Romanos, haremos la guerra desde Utica á aquel mismo de quien huyó Caton con Pompeyo, dejándole dueño de la Italia? Y daremos libertad á nuestros esclavos contra César, cuando nosotros mismos no tendremos otra libertad que la que él quiera dejarnos? Miserables de nosotros, lo mejor es que conociéndonos en tiempo, aplaquemos al vencedor y le enviemos rogadores. Asi pensaban los mas moderados de los trescientos; pero la mayor parte estaban en asechanza de los Senadores, con ánimo de echarles mano para templar por este medio la ira de César contra ellos.

Aunque Caton no dejó de rastrear su mudanza, nada les dijo por entonces; pero escribiendo á Escipion y Juba que no pensaran en venir á Utica por la desconfianza que tenia en los trescientos, despachó los correos. Los de caballería, huidos de la batalla, que no componian un número despreciable, se dirigieron á Utica, y enviaron á Caton tres mensageros que no venian con un mismo pensamiento, porque unos querian ir á unirse con Juba, y otros agregarse á Caton; y aun habia otros que tenian miedo de entrar en Utica. Caton, oidos sus mensages, dió orden á Marco Rubrio para que estuviera en observacion de los trescientos, recibiendo sosegadamente las subscripciones para la libertad de los esclavos, sin violentar á nadie; y tomando consigo á los del orden Senatorio, salió fuera de Utica en busca de los

comandantes de la caballería. Llegado á ellos, les rogó que no abandonaran á tan esclarecidos Senadores de Roma, ni prefirieran á Juba por su general en comparacion de Caton; sino que juntos se salvaran y los salvasen, entrando en una ciudad que no podia ser tomada por fuerza, y que tenia víveres y todo género de municiones y pertrechos para muchos años. Rogábanles esto mismo con lágrimas los Senadores, y los comandantes fueron á tratarlo con los soldados. En tanto Caton se sentó con aquellos en un colladito para esperar la respuesta.

Llegó en esto Rubrio acusando con grande enfado á los trescientos de estar moviendo una terrible confusion y alboroto para turbar la tranquilidad, y hacer que la ciudad se rebelase. Al oir su relacion decayeron todos de ánimo, y prorumpieron en lágrimas y sollozos; pero Caton procuró alentarlos, y á los trescientos les envió á decir tuviesen paciencia hasta su vuelta. Vinieron á este tiempo los que habian ido á explorar la tropa de caballería, y sus proposiciones no eran tan moderadas como hubiera sido de desear; porque decian que no necesitaban del sueldo de Juba, ni temian á César teniendo por caudillo á Caton; pero que encerrarse con los Uticenses, que al fin eran Fenicios y mudables, les parecia cosa dura: pues si ahora estan tranquilos, decian, á la llegada de César se volveran contra nosotros, y nos entregaran traidoramente; asi que quien quiera valerse de nuestras armas y nuestras personas, eche primero fuera á los Uticenses, ó acabe con ellos, y entonces llámenos á una ciudad purificada de enemigos y de bárbaros. Proposiciones bárbaras y feroces parecieron estas á Caton; mas sin embargo respondió templadamente que lo trataria con los trescientos; y volviendo á la ciudad, se fue á ver con estos; los cuales no anduvieron buscando pretextos y disculpas por respecto á su persona, sino que se le mos-

traron altaneros, diciendo que si se pensaba en violentarlos á hacer la guerra á César, ni podian ni querian. Algunos se dejaron caer ciertas expresiones sobre los senadores, y sobre detenerlos en la ciudad hasta la llegada de César; pero en cuanto á esto hizo Caton como que no lo habia oido, porque era un poco sordo; mas como llegase uno y le dijese que los de á caballo se marchaban, temeroso de que los trescientos tomasen alguna cruel determinacion con los senadores, se levantó y partió con los que siempre tenia á su lado; y viendo que aquellos efectivamente se habian puesto en marcha, tomó un caballo y fue á alcanzarlos. Vieron con gran placer que se dirigia hácia ellos, le aguardaron, y pidieron que con ellos se salvase: y se dice que en aquella ocasion se vió á Caton derramar lágrimas, rogándoles por los senadores, tendiéndoles las manos, y volviendo por las riendas algunos caballos y cogiéndoles las armas, hasta que recabó que aguardasen por aquel dia para proporcionar á aquellos seguridad en su fuga.

Luego que volvió con ellos y puso á unos en las puertas, y á otros les confió la guardia de la ciudadela, temieron los trescientos que iba á tomarse venganza de su mudable conducta; por lo que enviaron rogadores á Caton, pidiéndole encarecidamente que pasase á oirlos: pero rodeándole los senadores, no se lo permitian, diciendo que no era razon dejar á su salvador y protector á la discrecion de unos traidores desleales. Porque á lo que parece todos igualmente cuantos se hallaban en Utica conocian, deseaban y admiraban la virtud de Caton, no quedándoles duda de que nada habia en sus obras que no fuese puro y sin doblez. Asi es que un hombre, que muy de antemano tenia resuelto quitarse la vida, se tomaba por los otros los mayores trabajos, cuidados y afanes, para poder despues de haberlos sacado á to-

dos á salvo, sacarse á sí mismo de entre los vivientes, pues era bien clara sn decision á darse la muerte, aunque él no lo dijese. Prestóse pues á los deseos de los trescientos despues de haber tranquilizado á los senadores, y se dirigió solo á ellos: los cuales se le mostraron agradecidos; rogándole que en todo lo demas se valiera y dispusiera de ellos con entera confianza; pero si no eran Catones, ni tenian el espíritu de Caton, compadeciera su debilidad. Dijéronle ademas que estaban resueltos á enviar quien suplicase á César, siendo su principal y primer ruego á favor del mismo; y que sino fuesen atendidos, no admitirian la gracia que se les dispensase, sino que pelearian por él mientras les durase el aliento. Caton agradeciendo su buena voluntad, dijo que en cuanto á sí mismos y á su propia salud convenia no perdieran tiempo en hacer sus ruegos, mas que por él no pidieran, porque las súplicas son de los vencidos, y las excusas de los que han agraviado; y él, no solo se habia conservado invicto por toda su vida, sino que habia vencido hasta donde habia querido, habiéndose sobrepuesto á César en las cosas honestas y justas; siendo este el cautivo y el sojuzgado, porque ahora estaban bien claros y manifiestos los criminales proyectos que habia negado tener contra la república.

Despues de tenida esta conferencia con los trescientos, se retiró, y dándosele aviso de que César estaba ya en camino con todo su ejército: ¡ola, dijo, con que nos tiene por hombres! Y vuelto á los senadores, les rogó que no se detuviesen, sino que se salvasen, mientras todavía permanecian alli los de caballería. Cerró las demas puertas, y desde la única que daba al mar distribuyó las embarcaciones á los que estaban bajo su mando, cuidando del orden que habian de llevar, precaviendo toda injusticia, disipando las rencillas, y dando para el viage á los que ca-

recian de medios. Marco Octavio, que mandaba dos legiones, vino á poner sus reales cerca de Utica, y habiendo enviado quien dijese á Caton que deseaba se aclarase quién entre los dos habia de tener el mando, á él nada le respondió; pero á sus amigos les dijo: ¿y nos admiramos cómo se ha perdido la república, viendo que la ambicion del mando nos sigue hasta el borde del precipicio? Noticiósele á este tiempo que la caballería iba á partir, llevándose como despojos los bienes de los Uticenses, y dirigiéndose precipitadamente á ella, quitó aquellos efectos de las manos á los primeros que encontró, con lo que ya los demas se dieron priesa á arrojar lo que cada uno llevaba, y todos de vergüenza continuaron su marcha sin rebullirse y mirando al suelo. Caton, congregando dentro de la ciudad á los Uticenses, les pidió en favor de los trescientos, que no irritasen á César contra ellos, sino que mutuamente se procuraran la salud. Volviendo otra vez á la puerta del mar, estuvo mirando los que se embarcaban, y obsequió y acompañó á los amigos y huéspedes de quienes pudo recelar que marcharan. Al hijo no le propuso que se embarcase, ni creyó que seria puesto en razon que se separase del padre. Habia un tal Estatilio, hombre de pocos años todavía, pero que aspiraba á tener una grande entereza de ánimo, y queria imitar la impasibilidad de Caton. Deseaba pues que este tambien marchase, porque era de los que conocidamente aborrecian á César; y viendo que se resistia á ello, vuelto Caton á mirar á Apolonides el Estoico y á Demetrio el Peripatético: obra vuestra ha de ser, les dijo, el desinflamar á este hinchado, y amoldarle á lo que conviene. Continuó despues en despedir á los demas, dando dinero á los que lo habian menester; y en esto pasó aquella noche y la mayor parte del dia siguiente.

Lucio César, deudo del otro César, estando pa-

ra partir por diputado de los trescientos, rogaba á Caton que le formase un discurso elocuente para hacer uso de él en su comision á favor de aquellos; porque en cuanto á tí, le dijo, me parece que debo tomar las manos de César, y arrojarme á sus pies; pero Caton no permitió hiciera semejante cosa; pues si yo quisiera, le dijo, que mi salud fuera una gracia de César, á mí me tocaba ir á implorarla directamente; mas no quiero tener nada que agradecer á un tirano en aquello mismo en que es injusto, y no puede menos de serlo, salvando como dueño y señor á los que no era razon dominase; y en cuanto al modo que se ha de tener en rogar por los trescientos está bien que lo examinemos de comun acuerdo si te parece. Vióse pues para esto con Lucio, á quien al tiempo de marchar le recomendó su hijo y sus mas allegados, y despidiéndose de él, y abrazándole, volvió á casa; donde reuniendo al hijo y á los amigos, les habló de otras diferentes cosas, y les manifestó que no era conveniente que aquel joven tomara parte en el Gobierno, pues los negocios no permitian que pudiera haberse de un modo digno de Caton; y no siendo asi, seria una afrenta. A la entrada de la noche pasó al baño, y acordándose mientras se bañaba de Estatilio, dijo en alta voz: ¿Has despedido, ó Apolonides á Estatilio, haciéndole bajar de su altivez, y se ha embarcado sín siquiera saludarme? ¿Cómo, replicó Apolonides? no ha sido posible por mas que le he hablado, sino que conserva su ánimo erguido é irreducible, manteniéndose en que quiere quedarse, y hacer lo mismo que tú hicieres. A esto dicen que Caton se sonrió, y dijo: pues bien, eso luego se verá.

Despues del baño cenó con muchos convidados, sentado como tenia de costumbre despues de la batalla de Farsalia, porque no se recostaba sino para dormir. Eran del convite todos sus amigos, y los

magistrados de los Uticenses; y la conversacion de sobremesa fue, con la bebida, erudita y amena, pasando de unas en otras pláticas sobre asuntos filosóficos, hasta que la disputa vino á recaer sobre las que se llamaban paradojas de los Estóicos, tales como esta: Que solo el bueno es libre, y esclavos todos los malos. Aqui, como era natural, contradijo el Peripatético, á quien replicó con vehemencia Caton, y aumentando el tono y la presteza de la voz, llevó muy lejos el discurso, entablando una maravillosa contienda: de manera que á nadie le quedó duda de que su ánimo era poner término á la vida, y librarse de los males que le rodeaban. Asi es que acabado el discurso, fue grande el silencio y la tristeza en que quedaron todos. Pero observándolo Caton y queriendo desvanecer la sospecha, hizo varias preguntas, y mostró cuidado sobre el estado de las cosas, temiendo, decia, por los que viajaban por el mar y por los que caminaban por un desierto falto de agua y habitado de bárbaros.

Levantáronse con esto de la mesa, y habiéndose paseado con sus amigos, segun que de sobrecena lo tenia de costumbre, dió á los comandantes de las guardias las órdenes que las circunstancias exigian, y se retiró á su habitacion despues de haberse despedido del hijo, y de cada uno de los amigos, con mas cariño y expresion de lo que acostumbraba. Dando otra vez sospechas con esta novedad de lo que tenia meditado. Entrado que hubo, se encerró, y tomó en su mano el diálogo de Platon que trata del alma; cuando llevaba leida la mayor parte, se volvió á mirar encima de su cabeza, y no viendo colgada la espada, porque el hijo la habia quitado mientras estaba en la mesa, llamando á un esclavo, le preguntó quién habia tomado la espada. No le respondió el esclavo, y otra vez volvió al libro; pero al cabo de poco, sin manifestar cuidado ni solicitud, sino ha-

ciendo como que necesitaba la espada, mandó que se la trajesen. La dilacion era larga, y nadie parecia: acabó pues de leer el libro, y volviendo á llamar á los esclavos en voz ya mas alta, les pidió la espada, y aun á uno de ellos le dió una puñada en la cara, lastimándose y ensangrentándose la mano. Irritóse entonces sobremanera, y á grandes gritos decia que el hijo y los esclavos trataban de entregarlo inerme en manos de su enemigo: hasta que el hijo corrió llorando con los amigos, y echándose á sus pies, se lamentaba y le hacia los mas tiernos ruegos. Levantándose entonces Caton y mirándole indignado: »¿Cuándo ó cómo, le dijo, he dado yo motivo sin saberlo para que se crea que he perdido el juicio? Nadie me amonesta y corrige por haber tomado alguna desacertada disposicion, ¿y se me quiere prohibir que me dirija por mi razon, y se me dasarma? ¿Por qué, ó joven, no atas á tu padre volviéndole las manos á la espalda hasta que venga César, y me encuentre en estado de que ni siquiera pueda defenderme? Porque puedo muy bien no pedir la espada contra mí, cuando con detener un poco el aliento, ó con estrellarme contra la pared está en mi mano el morir."

Dicho esto, el joven salió haciendo grandes lamentaciones, y con él los demas, no quedando otros que Demetrio y Apolonides, á los cuales habló ya mas templadamente, diciéndoles: »¿Acaso vosotros tambien os habeis propuesto detener en la vida á un hombre de mi edad, observándole en silencio sentados? ¿O venis con algun discurso para persuadir que no es terrible ni vergonzoso el que destituido Caton de otro medio de salud, la espere de su enemigo? ¿Por qué no hablais demostrándome esta proposicion, y haciéndome desaprender lo aprendido, para que desechadas las primeras opiniones y doctrinas en que me he criado, y hecho mas sabio

„ á causa de César, le tenga que estar mas agradeci-
„ do? Hasta ahora nada tengo determinado hacer de
„ mí; pero cuando lo determine, es razon que que-
„ de dueño de egecutar lo que resolviere. En cierta
„ manera voy á deliberar con vosotros, pues que me
„ he de valer de las razones con que soleis vosotros
„ filosofar. Idos pues confiados, y decid á mi hijo
„ que no violente á su padre en aquello que no pue-
„ de persuadirle."

Nada respondieron á esto Apolonides y Demetrio, sino que se salieron llorando. Vino en esto un mozuelo, trayéndole la espada, y tomándola en la mano la desenvainó y reconoció; y al ver que conservaba la punta y el filo, diciendo, ahora soy mio, puso á un lado la espada, y volvió á leer en el libro, diciéndose que lo pasó todo dos veces. Despues se recogió y durmió un sueño tan profundo, que se le oia de la parte de afuera. Y como á la media noche llamó á sus libertos, Cleantes, que era médico, y Butas, de quien principalmente se valia para los encargos relativos al Gobierno. Envióle pues al mar para que informándose de si todos se habian embarcado, volviera á decírselo, y al médico le alargó la mano, que estaba manchada del golpe que habia dado al esclavo, para que se la vendara: cosa que hizo muy á gusto de todos, porque parecia indicio de querer vivir. A poco volvió Butas anunciando que todos los demas se habian dado á la vela, y solo Craso se habia quedado por cierta ocupacion, nada mas que en cuanto no estar embarcado; y que era grande la tormenta y viento que agitaba él mar. Suspiró Caton al oirlo por compasion de los que se hallaban embarcados, y otra vez mandó á Butas á la ribera para que si alguno habia dado la vuelta por faltarle alguna cosa, le trajese el aviso. Cantaban ya los gallos, y se recogió otro poco para dormir; pero volviendo Butas, y diciéndole que habia la mayor quie-

tud en el puerto, le mandó que cerrara la puerta, y se puso en el lecho como para descansar lo que restaba de la noche; mas luego que salió Butas, desenvainando la espada, se la pasó por debajo del pecho, y no habiendo tenido la mano bastante fuerza por la hinchazon, no pereció al golpe, sino que cayó de la cama medio moribundo, é hizo ruido por haber derribado una caja de instrumentos geométricos que estaba inmediata; con lo cual habiéndolo sentido los esclavos, empezaron á gritar, y acudieron inmediatamente el hijo y los amigos. Viéndole bañado en sangre, y que tenia fuera las entrañas, todos se conmovieron terriblemente, y el médico, que tambien habia entrado, como las entrañas estuviesen ilesas, procuró reducirlas y cerrar la herida; pero luego que Caton volvió del desmayo y recobró el sentido, apartó de sí al médico, se rasgó otra vez la herida con las manos, y despedazándose las entrañas, falleció.

En menos de lo que pudiera necesitarse para que se hubiera difundido la novedad por toda la casa, estaban ya á la puerta los trescientos, y de alli á poco habia acudido en tropel el pueblo de Utica, llamándole á una voz su bienhechor y salvador, y el único hombre libre é invicto, y esto lo hacian cuando se les daba el aviso de que ya César estaba á las puertas; pero ni el miedo, ni la adulacion al vencedor, ni sus mismas divisiones y discordias los hicieron mas contenidos en tributar todo honor á Caton. Adornando pues el cadaver con el mayor esmero, y disponiéndole unas magníficas exequias, le enterraron en la ribera del mar, en el sitio en que hay ahora una estatua suya con espada en mano; y hasta haberlo egecutado no pensaron en los medios de salvarse y salvar la ciudad.

César, cuando supo por los que llegaban de Utica que Caton se mantenia alli sin pensar en huir, y que despachando á los demas, él y su hijo y sus

amigos atendian á todo sin mostrar el menor rezelo, no sabia qué pensar de aquella conducta; y como hiciese de él la mayor cuenta, siguió con el ejército apresurando la marcha; pero luego que oyó su muerte se dice que exclamó: ¡oh Caton, te envidio la gloria de tu muerte, ya que tú no me has querido dejar la de salvarte! Porque en realidad el que Caton, habiendo esperado hubiera debido la vida á César, mas que en desdoro de su nombre, habia de ceder en honor y gloria de este. Lo que habria sido no se sabe; aúnque las conjeturas estan en favor de César.

Murió Caton á los cuarenta y ocho años de edad; y su hijo ninguna ofensa recibió de César. Dícese de él que fue desidioso, y en punto á mugeres no del todo irreprensible: asi en Capadocia, siendo su huesped Marfadates, que era de la familia real, y tenia una muger muy bien parecida, como se detuviese mas tiempo del que convenia, se le zahirió diciéndose contra él:

Mañana se va Caton
Al cabo de treinta dias;

y

Porcio son y Marfadates
Dos amigos, alma una.

Porque el nombre de la muger de Marfadates en Griego [1] equivalia al de alma; y ademas

Noble é ilustre es Caton:
Es su alma un alma regia.

Mas toda esta mala nota la borró y desvaneció con su muerte; porque peleando en Filipos por la libertad de la patria contra César y Antonio, como fuese vencida su division, y no quisiese ni huir ni ocultarse, provocó á los enemigos poniéndoseles bien á la vista; trató de alentar á los que todavía quedaban

1 La muger de Marfadates se llamaba Psique, y Psique en Griego es alma.

con él, y murió dejando á los contrarios admirados de su virtud. Aun fue mas admirable la hija de Caton, que no cedia al padre ni en modestia ni en valor. Estaba casada con Bruto, el que mató á César; tuvo parte con él en aquella conjuracion, y se quitó la vida de un modo digno de su linage y de tanta virtud, como en la vida de Bruto lo dejamos escrito. Estatilio, aquel que queria imitar á Caton, entonces fue detenido por los filósofos para que no se diese muerte como intentaba; pero despues, habiéndose mostrado muy fiel y muy util á Bruto, murió con él en la batalla de Filipos.

No dejan de proceder con razon y tino los que aplican á los ansiosos de gloria la fábula de Ixion, que abrazó á una nube en lugar de Juno, y de aquel congreso nacieron los Centauros; porque tambien aquellos, abrazando la gloria como una imagen de la virtud, no hacen nada fijo y determinado, sino cosas bastardas y confusas, llevados ora á una parte y ora á otra, siguiendo los deseos y las pasiones agenas, á manera de lo que los baqueros de Sofocles dicen de sus manadas:

Siendo de estos los amos, les servimos;
Y aunque callan, es fuerza hacer su gusto;

que es lo que en realidad les sucede á los que gobiernan segun los deseos y caprichos de la muchedumbre, sirviendo y complaciendo para que los llamen demagogos y magistrados; porque á la manera que los que hacen la maniobra en la proa de la nave ven las cosas que se presentan delante antes que el piloto, y sin embargo vuelven la vista á él y hacen lo que les manda, de la misma suerte los que gobiernan y atienden á la gloria, solo son sirvientes y criados de la muchedumbre, aunque tengan el nombre de gobernadores.

Porque el que es consumado y perfectamente bueno ha de saber pasarse sin la gloria, como no sea en cuanto sirve de apoyo para los hechos por la confianza que da. Al que empieza y siente los estímulos de la ambicion se le ha de permitir el envanecerse y jactarse hasta cierto punto con la gloria que resulta de las acciones distinguidas; porque las virtudes que nacen y empiezan á arrojar pimpollos en los que son de esta índole, y sus buenas disposiciones, se fortifican, como dice Teofrasto, con las alabanzas, y crecen para en adelante á la par de su noble engreimiento; pero lo demasiado, si siempre es peligroso,

en la ambicion de mando es una absoluta perdicion. Porque conduce á una manía y á un enagenamiento manifiesto á los que llegan á conseguir un gran poder cuando quieren, no que lo honesto sea glorioso, sino que lo glorioso sea precisamente honesto. A la manera pues que Focion á Antipatro, que queria de él una cosa menos honesta, le respondió que no podia Focion ser á un mismo tiempo su amigo y su adulador; esto mismo ó cosa semejante se ha de decir á la muchedumbre: no puede ser que tengais á uno mismo por gobernador y por sirviente. Porque sucede de este modo lo que al dragon, del que cuenta la fábula que la cola movió pleito á la cabeza, porque queria guiar alternativamente y á las veces, y no siempre seguir á esta; y habiéndose puesto á guiar, ella misma se estropeó por no saber conducir, y lastimó á la cabeza, precisada á seguir contra el orden de naturaleza á una parte ciega y sorda; y esto mismo es lo que hemos visto suceder á muchos que quisieron hacerlo todo en el gobierno á gusto de la muchedumbre; pues que habiéndose puesto en la dependencia de esta, que se conduce á ciegas, no pudieron despues corregir ó contener el desorden. Hanos dado ocasion para hablar asi de la fama y gloria que viene de la muchedumbre el haber inferido cuánto es su poder de lo que á Tiberio y Cayo Gracos les sucedió. Eran de excelente carácter, habian sido muy bien educados, se propusieron el mejor objeto al entrar en el gobierno; y sin embargo los perdió, no tanto un deseo desmedido de gloria, como el miedo de caer de ella, nacido de una noble causa. Porque habiendo merecido grande amor á sus conciudadanos, tuvieron vergüenza de no continuar, como si hubieran contraido una deuda; y mientras se esfuerzan á sobrepujar siempre con disposiciones útiles los honores que se les dispensan, y son mas honrados cuanto mas gobiernan á gusto de

la muchedumbre, inflamándose á sí mismos con igual pasion respecto del pueblo, y al pueblo respecto de sí, no echaron de ver que habian llegado á punto de no tener ya lugar, lo que suele decirse:

Si no es bueno, en dejarlo no hay vergüenza;

lo que tú mismo comprenderás por la narracion. Comparámosles una pareja Espartana de demagogos, que son los dos reyes Agis y Cleomenes: pues tambien estos, dando mas poder al pueblo como aquellos, y restableciendo un gobierno equitativo y bueno, pero desusado largo tiempo, de la misma manera ofendieron á los poderosos, que no querian perder punto de su codicia. No eran hermanos los dos Lacedemonios; pero siguieron un modo de gobernar muy pariente y aun hermano, comenzando de este principio.

Desde que se introdujo en la república la estimacion del oro y de la plata, y á la posesion de la riqueza se siguieron la codicia y la avaricia, y al uso y disfrute de ella el lujo y la delicadeza, Esparta decayó de su lustre y su poder, y yació en una obscuridad nada correspondiente á sus principios, hasta los tiempos en que reinaron Agis y Leonidas. Era Agis Enrutionida hijo de Eudamidas, y sexto desde Agesilao, el que invadió el Asia y alcanzó el mayor poder entre los Griegos; porque de Agesilao fue hijo Arquidamo, el que fue muerto por los Mesapios junto á Mandurio de la Italia. De Arquidamo fue primogénito Agis, y segundo Eudamidas, que sucedió en el reino, muerto sin hijos Agis por Antipatro en Megalópolis. De este Arquidamo; de Arquidamo otro Eudamidas; y de Eudamidas este Agis, cuya vida escribimos. Leonidas el de Cleonnmo era Agiade de la otra casa reinante, y el octavo desde Pausanias, el que venció á Mardonio en la batalla de Platea; porque de Pausanias fue hijo Plistonacte; y de Plistonacte Pausanias, que de

Lacedemonia huyó á Tegea, y por su fuga reinó su hijo mayor Agesipolis; y muerto este sin hijos, el segundo que era Cleombroto. De Cleombroto fueron hijos otro Agesipolis y Cleomenes; de los cuales Agesipolis ni reinó largo tiempo ni dejó hijos: por tanto reinó despues de él Cleomenes, que en vida perdió á Acrotato el mayor de sus hijos, dejando otro llamado Cleomimo, que no reinó, sino Areo, nieto de Cleomenes é hijo de Acrotato. Muerto Areo en Corinto, obtuvo el reino su hijo Acrotato, que fue vencido y muerto junto á Megalopolis por el tirano Aristodemo, dejando en cinta á su muger. Nació un niño varon, cuya tutela tuvo Leonidas, hijo de Cleonumo; y despues muerto el pupilo en la menor edad, de este modo se le defirió el reino. No era Leonidas muy del gusto de sus conciudadanos; pues aunque todos igualmente habian degenerado por la corrupcion de su primer gobierno, se observaba en Leonidas un desvío mas manifiesto de las costumbres patrias, como que habia pasado largo tiempo en las cortes de los Sátrapas, y habia hecho obsequios y rendimientos á Seleuco, y queria ademas sin gran discernimiento hacer compatible aquel lujo y aquel fausto con las costumbres Griegas, y con un modo de reinar sujeto á leyes.

Agis pues en bondad de carácter y en magnanimidad se aventajaba tanto, no solo á este, sino quizá á todos los que habian reinado despues de Agesilao, que sin enbargo de haberse criado en la abundancia y en el regalo y delicadeza de las mugeres, siendo su madre Agesistrata y su abuela Arquidamia las que mas riquezas poseian entre los Lacedemonios, aun no habia cumplido los veinte años cuando al punto se declaró contra todos los placeres; y renunciando á todo lujo, para no conceder nada á la gracia de la figura con quitar lo que parece un inútil ornato del cuerpo, empezó á hacer gala de la capa

Espartana, y á gustar de las comidas, de los baños y del modo de vivir Lacónicos, diciendo que en nada tenia el reino, si por él no recobraba las antiguas leyes y las costumbres patrias.

El principio de la corrupcion y decadencia de la república de los Lacedemonios casi ha de tomarse desde que destruyendo el imperio de los Atenienses, comenzaron á abundar en oro y en plata. Con todo, habiendo establecido Licurgo que no se introdujese confusion en la sucesion de las casas, y dejando en consecuencia el padre al hijo su suerte, puede decirse que esta disposicion y la igualdad que ella mantuvo preservaron á la república de otros males; pero siendo Eforo un hombre poderoso y de carácter obstinado y duro, llamado Epitadeo, por disensiones que habia tenido con su hijo, escribió una retra[1], por la cual era permitido á todo ciudadano dar su suerte en vida á quien quisiese, ó dejársela por testamento. Este pues para satisfacer su propio enojo propuso la ley; pero los demas ciudadanos, admitiéndola y confirmándola por codicia, destruyeron uno de los mas sabios establecimientos. Porque los poderosos adquirieron ya sin medida, arrojando de sus suertes á los que les alindaban; y bien presto reducidas las haciendas á pocos poseedores, no se vió en la ciudad mas que pobreza, la cual desterró las ocupaciones honestas, introduciendo las que no lo son, juntamente con la envidia y el odio á los que eran ricos. Asi es que no habrian quedado mas que unos setecientos Esparciatas, y de estos acaso ciento solamente eran los que poseian tierras y suertes, y todos los demas no eran mas que una muchedumbre obscura y miserable, que en las guerras exteriores defendia á la república tibia y flojamente, y en casa

1 Es sabido que los Lacedemonios daban este nombre sus leyes.

siempre estaba en acecho de ocasion oportuna para la mudanza y trastorno del gobierno.

Por esta razon reputando Agis conato muy laudable, como en realidad lo era, el de restablecer la igualdad y llenar la ciudad de habitantes, empezó á tantear los ánimos de los ciudadanos; y lo que es los jóvenes se le manifestaron prontos mas allá de su esperanza, revistiéndose de virtud y mudando de método de vida, como pudieran hacerlo de un vestido, por amor á la libertad. De los ancianos los mas, estando ya envejecidos en la corrupcion, como esclavos fugitivos que van á ser presentados á su señor, temblaban á la idea de Licurgo, y se volvian contra Agis, que se lamentaba del estado presente de la república, y echaba de menos la antigua dignidad de Esparta. Lisandro, hijo de Libis, y Mandroclidas de Ecfanes, y con ellos Agesilao, entraban gustosos en sus nobles designios, y le incitaban á la ejecucion. Lisandro gozaba de la mayor reputacion entre los ciudadanos; Mandroclides era el mas diestro de los Griegos en el manejo de los negocios; y con esta habilidad juntaba la osadía y el no desdeñar, cuando eran menester, el artificio y el engaño. Agesilao era tio del Rey, hombre elocuente, aunque por otra parte flojo y codicioso; mas no se dudaba que á este quien le movia y aguijoneaba era su hijo Hipomedonte, mozo acreditado en muchas guerras y de grande influjo, por tener á todos los jóvenes de su parte; pero la causa principal que incitaba á Agesilao á tomar parte en lo que se traia entre manos eran sus muchas deudas, de las que esperaba quedar libre con la mudanza de gobierno. Por tanto apenas Agis lo atrajo á su partido, lo encontró dispuesto á procurar de consuno persuadir á su madre, que era hermana de este, y que por la muchedumbre de sus colonos, de sus amigos y sus deudores gozaba del ma-

yor poder en la ciudad, y tenia grande intervencion en los negocios públicos.

Al oir esta la proposicion se asustó por lo pronto, pareciéndole que las cosas que Agis meditaba no eran ni convenientes ni posibles; pero tranquilizándola por una parte Agesilao con decirle que el proyecto era laudable y saldria bien, y rogándole por otra el Rey que no antepusiese los intereses á su honor y su gloria; pues que en riqueza no podia igualarse con los otros reyes, cuando los criados de los Sátrapas y los esclavos de los procuradores de Tolomeo y Seleuco poseian mas hacienda que todos los reyes de Esparta juntos; mas si oponiendo al lujo de estos la moderacion, la sencillez y la magnanimidad, restableciese entre sus conciudadanos la igualdad y comunion de bienes, adquiriria nombre y gloria de un Rey verdaderamente grande; de tal manera cambiaron aquellas mugeres de opinion, inflamadas por la ambicion de este jóven, y tan arrebatadas se sintieron como por una inspiracion hácia la virtud, que ellas mismas incitaban ya y estimulaban á Agis, y enviaban quien exhortara á los amigos, y quien hablara á las demas mugeres; mayormente sabiendo que los Lacedemonios son mandados por estas mas que otros algunos, y que mas que sus negocios privados, comunican con ellas los negocios públicos. Pertenecia entonces á las mugeres la mayor parte de las riquezas, y esto era lo que mayores dificultades y estorbos oponia á los intentos de Agis; pues tenia por contrarias á las mugeres, á causa de que iban á decaer de su lujo, en el que por falta de virtudes tenian puesta su felicidad, y de que veian ademas desvanecérseles el honor y consideracion de que disfrutaban por ser ricas. Dirigiéndose por tanto á Leonidas, le estimulaban á que pues era el mas antiguo, contuviera a Agis, y estorbara lo que se intentaba,

y lo que es Leonidas queria ponerse de parte de los ricos; pero temiendo al pueblo inclinado á la mudanza, no se atrevia á oponerse abiertamente, y solo á escondidas ponia por obra todos los medios de desacreditar y desbaratar lo comenzado, hablando á los magistrados y sembrando sospechas contra Agis; como que por premio de tiranía alargaba á los pobres los bienes de los ricos; y con el reparto de tierras y la abolicion de las deudas queria comprar satélites y guardias para sí, no ciudadanos para Esparta.

A pesar de esto, habiendo proporcionado Agis que Lisandro fuese nombrado Eforo, pasó inmediatamente una retra suya á los ancianos, cuyos capítulos eran: que los deudores quedarian libres de sus deudas; que se dividiria el territorio, y de la tierra que hay desde el barranco de Pelenes al Taigeto, á Malea y á Selasia se formarian cuatro mil y quinientas suertes, y de la que cae fuera de esta línea quince mil, y esta se repartiria entre los colonos que pudieran llevar armas, y la de dentro de la línea entre los mismos Esparciatas; que el número de estos se completaria con aquellos colonos y forasteros que se recomendasen por su figura y su educacion liberal, y que estando en buena edad tuviesen la conveniente robustez; y finalmente que estos nuevos Esparciatas se dividirian en quince mesas ó banquetes de doscientos á cuatrocientos, observando el mismo método de vida que sus progenitores.

Propuesta la retra, los ancianos no pudieron convenirse en un mismo dictámen; por lo que Lisandro convocó á junta, en la cual habló á los ciudadanos, y Mandroclidas y Aguilao les rogaron que por unos cuantos hombres dados al regalo no miraran con desden el restablecimiento de la dignidad de Esparta, sino que trajeran á la memoria los oráculos antiguos, en que se les prevenia se guardaran de la codicia que

habia de ser la ruina de Esparta, y el que recientemente les habia venido de Pasifae. El templo y oráculo de Pasifae existia en Talamias; y dicen algunos que esta era una de las Atlantidas nacida de Júpiter, la cual habia sido madre de Amon; otros que la hija de Priamo Casandra, que allí habia fallecido, y que por revelar á todos sus vaticinios se llamaba Pasifae: pero Tilarco escribe haber sido la hija de Amiclas llamada Dafne; la que huyendo de Apolo, que queria violentarla, se convirtió en planta, tenida en aprecio por el Dios, y dotada con la virtud profética. Refiérese pues que tambien los vaticinios de esta ninfa habian ordenado á los Esparciatas que vivieran en igualdad, segun la ley que al principio les habia dado Licurgo. Finalmente, pareciendo en medio el Rey Agis, les hizo un breve discurso, diciendo que para el gobierno que establecia no contribuia con poco, pues ofrecia y presentaba toda su hacienda, que era cuantiosa en campos y en ganados, y sin esto montaba en dinero á seiscientos talentos; y lo mismo hacian su madre y abuela, y sus amigos y deudos, que eran los mas acaudalados de los Esparciatas.

Dejó pasmado al pueblo la magnanimidad de este jóven, y se mostraba muy contento porque al cabo de unos trescientos años habia parecido un Rey digno de Esparta; pero Leonidas se creyó por lo mismo mas obligado á hacer oposicion, echando la cuenta de que le habia de ser preciso hacer otro tanto sin que los ciudadanos se lo agradecieran igualmente; porque sucederia que sin embargo de poner todos y cada uno cuanto tenian, el honor seria solamente para el que habia comenzado. Preguntó pues á Agis ¿si entendia que Licurgo habia sido un varon justo y zeloso? y como dijese que sí: ¿pues cómo, le replicó, no hizo Licurgo aboliciones de deudas, ni admitió á los extrangeros á la ciudadanía, ni creyó que podria estar bien constituida la república que

no diese la exclusiva á los forasteros? Mas respondióle Agis que no se maravillaba de que Leonidas, criado en tierra extraña y padre de hijos nacidos de matrimonios contraidos con hijas de Sátrapas, desconociera á Licurgo, el cual juntamente con el dinero habia desterrado de la ciudad el tomar y el dar á logro; y con mas odio que á los forasteros de otras ciudades miraba á los que en Esparta desdecian de los demas en su modo de pensar y en su método de vida. Porque si no dió acogida á aquellos, no fue por hacer guerra á sus personas, sino temiendo su conducta y sus modales, no fuera que fundidos con sus ciudadanos engendraran en ellos el amor al regalo, la molicie y la codicia; y asi era que Terpandro, Tales y Ferecides, con ser extrangeros habian recibido los mayores honores en Esparta, á causa de que en sus versos y en sus discursos conformaban enteramente con Licurgo. Tú mismo, le dijo, alabas á Ecprepes, porque siendo Eforo cortó con la azuela dos de las nueve cuerdas del místico Frinides, y tambien á los que hicieron otro tanto despues con Timoteo; y de mí te ofendes porque quiero desterrar de Esparta el regalo, el lujo y la vana ostentacion; como si aquellos no se hubieran propuesto quitar en la música lo superfluo y excesivo para que no llegáramos á este extremo de que el desorden y abandono en la conducta y usos de cada uno hayan hecho una república disonante y disconforme consigo misma.

En consecuencia de esto la muchedumbre se decidió por Agis; pero los ricos rogaban á Leonidas que no los abandonase, y lo mismo á los ancianos, cuya autoridad tomaba la principal fuerza de haber de preceder su dictamen: asi que, con las súplicas y las persuasiones alcanzaron por fin que ganaran por un voto los que desaprobaban la retra. Mas Lisandro, que todavía conservaba su cargo, se propu-

so perseguir á Leonidas, valiéndose de una ley antigua que prohibia que un Heraclida tuviera hijos en muger extrangera; y al que salia de Esparta para trasladar su domicilio á otro estado, le imponia pena de muerte. Acerca de esto instruyó á otros, y él con sus colegas se puso á observar la señal. Redúcese esta práctica á lo siguiente: de nueve en nueve años escogen los Eforos una noche del todo serena y sin luna; siéntanse y se estan callados mirando al cielo; y si una estrella pasa de una parte á otra, juzgan que los reyes han faltado en las cosas de religion, y los suspenden de la autoridad hasta que viene de Delfos ó de Olimpia un oráculo favorable á los reyes suspensos. Diciendo pues Lisandro que él habia visto la señal, puso en juicio á Leonidas, y presentó testigos que declararon haber tenido dos hijos en una muger Asiática, que le habia sido ofrecida en matrimonio por un subalterno de Seleuco, con quien habitaba; y que odiado y mal visto de la muger, habia vuelto á Esparta contra su anterior propósito, y habia ocupado el reino, que carecia de sucesor; y al mismo tiempo de moverle esta causa persuadió á Cleombroto que reclamara el trono por ser de la familia real, aunque era tambien yerno de Leonidas. Concibió este gran temor, y se refugió al Calcieco, que era un templo de Minerva, donde acudió asimismo á suplicar por él la hija, dejando á Cleombroto. Llamado pues á juicio, como no compareciese, lo dieron por decaido del reino, y lo adjudicaron al yerno.

Salió en tanto de su cargo Lisandro por haberse cumplido el tiempo, y los Eforos entonces nombrados restablecieron á Leonidas, que lo solicitó; y á Lisandro y Mandroclidas les formaron causa por haber decretado fuera de ley la abolicion de las deudas y el repartimiento de tierras. Viéndose estos en peligro, persuadieron á los reyes que poniéndose de

acuerdo no hicieran cuenta de las determinaciones de los Eforos; porque las facultades de estos solo se ejercitaban en la discordia de los reyes para agregar su voto al de aquel cuya opinion era mas acertada, cuando el otro se oponia á lo que pedia el bien público; pero cuando los dos reyes estaban conformes, su autoridad era irrevocable, y era contra ley el oponérseles: asi que, como les era concedido á los Eforos interponerse y dirimir sus discordias cuando altercaban, les era vedado estorbarlos cuando sentian de un mismo modo. Persuadidos ambos de esto, bajaron á la plaza con sus amigos, é hicieron levantar de sus sillas á los Eforos, nombrando en su lugar otros, de los que era uno Agesilao. Armaron en seguida á muchos de los jóvenes, y dando libertad á los que habian sido puestos en prision, se hicieron temibles á los contrarios, pareciendo que iba á haber muchas muertes; pero no dieron muerte á nadie; y antes bien queriendo Agesilao atentar contra Leonidas, que salia para Tegea, enviando gentes al camino contra él, Agis, que llegó á entenderlo, envió otras personas de su confianza que protegiendo á Leonidas le condujeran á Tegea con toda seguridad.

Cuando las cosas iban asi por su camino, sin que nadie contradijese ú opusiese el menor obstáculo, Agesilao solo lo trastornó y desbarató todo, echando por tierra la ley mas sabia y mas Espartana, llevado de la mas ruin y baja de todas las pasiones, que es la codicia de riqueza. Pues como poseyese muchos y muy fructíferos terrenos, y por otra parte estuviese agoviado de enormes deudas, no pudiendo pagar estas, y no queriendo desprenderse de aquellos, hizo creer á Agis que si ambas cosas se proponian á un tiempo, seria grande la inquietud que habria en la ciudad; mas si con la abolicion de las deudas se lisonjeaba antes un poco á los propietarios, despues

recibirian sin alboroto y con menor disgusto el repartimiento de los terrenos; y en este mismo pensamiento entró Lisandro, seducido igualmente por Agesilao. Pusiéronse pues en la plaza en un rimero los vales de los deudores, á los que se daba el nombre de *Claria*, y se les dió fuego. No bien empezaron á arder cuando los ricos y los que hacian el cambio se retiraron no sin gran pesadumbre; pero Agesilao en tono de burla é insulto decia que no se habia visto nunca llama mas luciente ni fuego mas claro; y solicitando la muchedumbre que en seguida se hiciera el repartimiento de tierras, para lo que los reyes interponian tambien su autoridad, Agesilao siempre entremetia otros negocios, y se aprovechaba de cualquiera pretexto para ganar tiempo, hasta que Agis tuvo que salir á campaña con motivo de pedir los Aqueos, que eran aliados, socorro á los Lacedemonios; pues no se dudaba que los de Etolia iban por las tierras de Megara á invadir el Peloponeso; y para impedirlo, Arato, General de los Aqueos, habia juntado tropas y escrito á los Eforos.

Habilitaron estos sin dilacion á Agis, engreido con la ambicion y entusiasmo de los que bajo él militaban; porque siendo en la mayor parte jóvenes y pobres, guarecidos ya con la inmunidad y soltura de sus deudas, y alentados con la esperanza de que se les repartirian las tierras cuando volvieran de la expedicion, se presentaron á Agis de un modo singular y admirable, y fueron para las ciudades un nunca visto espectáculo, marchando por el Peloponeso sin causar el menor daño, con la mayor apacibilidad, y casi puede decirse que sin hacer ruido: de manera que los Griegos estaban maravillados, y se decian unos á otros: ¡cuál seria el orden del ejército de Esparta cuando tenia por caudillo á Agesilao, ó á aquel Lisandro, ó á Leonidas el mayor, si ahora es tanto el respeto y miedo de los soldados á un

mozo, que casi es el mas jóven de todos! Ademas este mismo jóven, con no ostentar distincion ninguna en la sencillez, en la tolerancia del trabajo, en las armas ni en el vestido, se hacia digno de ser visto ó imitado de la muchedumbre. Sin embargo á los ricos no les agradaba este nuevo porte, temiendo que pudiera ocasionar movimiento en los pueblos para tomarle en todas partes por ejemplo.

Reunido Agis con Arato cerca de Corinto á tiempo que este estaba meditando sobre la batalla y sobre el orden en que dispondria la formacion contra los enemigos, manifestó el mayor placer y una osadía no furiosa ni irreflexionada; porque dijo que él era de opinion de que se diera la batalla, y no se trasladara la guerra á la parte adentro de las puertas del Peloponeso; pero haria lo que Arato dispusiese, pues era de mas edad y mandaba á los Aqueos, á quienes él habia venido á prestar auxilio, y no á darles órdenes ni á ser su caudillo. Baton de Sinope dice que fue Agis el que no quiso pelear mandándoselo Arato; pero se conoce que no habia visto lo que este escribió haciendo su apología sobre aquellas ocurrencias; y es que habia tenido por mejor dejar pasar á los enemigos, pues que ya casi nada les faltaba á los labradores por recoger de sus frutos, que arriesgarlo todo á la suerte de una batalla. Asi, luego que Arato resolvió no entrar en accion, despidió á los auxiliares colmándolos de elogios; y Agis, que se habia hecho admirar, ordenó la vuelta, porque las cosas de Esparta se hallaban ya sumamente alteradas y revueltas.

Agesilao durante su magistratura, libre ya de la carga que antes le oprimia, no se abstuvo de injusticia ninguna que pudiera producir dinero; llegando hasta el extremo de haber intercalado un mes sobre los doce del año, sin que fuese llegado el periodo ni lo permitiese la cuenta legítima de los tiempos, y

de haber exigido por él la contribucion. Mas temiendo á los que se hallaban ofendidos, y viéndose aborrecido de todos, asalarió guardias, y custodiado por ellos bajó al Senado. De los Reyes manifestaba que al uno lo despreciaba enteramente, y que á Agis lo tenia en alguna estimacion, mas que por ser Rey, por ser su pariente; y extendió tambien la voz de que iba otra vez á ser Eforo. Precipitóse con esto el que sus enemigos se aventurasen á todo riesgo, y sublevándose trajeron de Tegea á Leonidas, y lo restituyeron al mando, viéndolo todos con el mayor placer; porque los habia irritado el que se les hubiese despojado de sus créditos, y el territorio no se hubiese repartido. A Agesilao su hijo Hipomedonte rogando á los ciudadanos, de quienes era bien quisto por su valor, pudo sacarlo fuera de la ciudad y salvarlo. De los Reyes, Agis se refugió al *Calcieco*, y Cleombroto se acogió al templo de Neptuno, y desde alli interponia ruegos, porque parecia que con este era con quien estaba peor Leonidas; y asi es que dejando en paz por entonces á Agis, subió contra Cleombroto con una partida de soldados, acusándole con enojo sobre que siendo su yerno, se habia vuelto contra él, le habia arrebatado el reino, y lo habia arrojado de la patria.

Nada tuvo que responder Cleombroto, sino que falto de disculpa se estuvo sentado callando; pero Queilonis, la hija de Leonidas, antes se puso al lado del padre mientras fue agraviado, y separándose de Cleombroto, que le usurpaba el reino, prestaba servicios á aquel en su desgracia, interponiendo ruegos á su lado mientras estuvo presente, y llorándole en su ausencia, siempre indignada contra Cleombroto. Mas ahora siguiendo las mudanzas de la suerte, se la vió hacer otras súplicas sentada al lado del marido, al que alargaba los brazos, teniendo sobre su regazo los hijos, uno á un lado, y otro á otro. En to-

dos producian admiracion y á todos arrancaban lágrimas la bondad y piedad de aquella muger; la cual, haciendo notar el desaliño de sus ropas y de su cabello, »este estado, dijo, ó padre, y este lastimoso »aspecto no es de ahora, ni á él me ha traido la »compasion por Cleombroto; sino que desde tus »aflicciones y tu destierro el llanto ha sido siempre »mi comensal y mi compañero. ¿Y qué es lo que »me corresponde ahora hacer, despues que tú has »vencido y vuelto á reinar en Esparta? ¿continuar »en estos desconsuelos; ó tomar ropas brillantes y »regias, y desentenderme de mi primero y único ma»rido muerto á tus manos? el cual, si nada te supli»ca ni te persuade por medio de las lágrimas de sus »hijos y su muger, todavía sufriria una pena mas »amarga de su indiscrecion que la que tú deseas, con »ver que yo, á quien ama tanto, muero antes que »él. ¿Porque cómo podrá vivir ante las demas mu»geres la que nunca pudo alcanzar compasion ni »del marido ni del padre; y que muger é hija pare»ce que no han nacido sino para las desgracias y las »deshonras de los suyos? Y si este pudo tener algu»na razon plausible, yo se la quité uniéndome con»tigo, y dando testimonio contra lo que ejecutaba; »pero tú ahora haces mas disculpable su injusticia, »mostrando que el reinar es tan grande y tan digno »de ser disputado, que por él es justo dar muerte á »los yernos, y no hacer caso de los hijos."

Despues de haberse lamentado Queilonis de este modo, reclinó su cabeza sobre el hombro de Cleombroto, y volvió sus ojos lánguidos y abatidos con el pesar á los circunstantes. Leonidas habló con los de su partido, y concedió á Cleombroto que se levantara y saliera desterrado; pero rogó á la hija que se quedara, y no abandonase á quien la amaba con tal extremo que acababa de hacerla un favor tan señalado como el de la vida de su marido. Mas no pu-

do moverla; sino que entregando al marido, luego que se hubo levantado, el uno de los hijos, y tomando ella el otro, hizo reverencia al ara del Dios, y se marchó en su compañía: de manera que si Cleombroto no estaba del todo corrompido por la vanagloria, debió tener el destierro por una felicidad mayor que el reino, viendo este rasgo de su muger. Despues de haber desterrado Leonidas á Cleombroto, despojó de su autoridad á los primeros Eforos, y nombrado que hubo otros, al punto se puso en acecho de Agis; y primero trató de persuadirle que saliera de alli y reinara con él: porque los ciudadanos le perdonarian, haciéndose cargo de que como joven y codicioso de fama, habia sido engañado por Aquilao; mas como Agis entrase en sospecha, y permaneciese donde se hallaba, se dejó ya de usar directamente de imposturas y engaños. Anfares, Democares y Arquesilao solian subir á hablarle, y algunas veces, sacándolo del templo, lo llevaban consigo al baño, y luego lo volvian, siendo todos amigos íntimos suyos; pero Anfares, que habia poco habia tomado de Agesistrata ropas y vasos de mucho valor prestados, se propuso ver cómo se desharia del Rey y de las reinas madre y abuela para quedarse con ellos, y ademas se dice que este era el mas subordinado á Leonidas, y el que mas acaloraba á los Eforos, siendo uno de ellos.

Agis permanecia constantemente en el templo; pero á veces solia bajar al baño, y alli determinaron prenderle, tomándole fuera del asilo. Observáronle pues al volver del baño, y saliéndole al encuentro, le saludaron y acompañaron, trabando conversacion y usando de chanzas como con un joven que era su amigo. Al camino por donde iban salia una senda oblicua que conducia á la cárcel, y cuando llegaron á ella, Anfares, que por ejercer magistratura iba al lado de Agis: te llevo, le dijo, ó Agis, ante los Efo-

ros para que des razon de tus actos de gobierno; y Democares, hombre forzudo y alto, recogiéndole la capa al rededor del cuello, tiraba de él. Otros, que de intento se le habian puesto á la espalda, le daban asimismo empujones, y hallándose solo sin que nadie le diera auxilio, le redujeron á la cárcel. Presentóse al punto Leonidas con muchos de los soldados asalariados, y cercó el edificio por la parte de afuera. Acudieron los Eforos, y llamando á la cárcel á aquellos Senadores que pensaban como ellos, para entablar con él una forma de juicio, le mandaron que se defendiese acerca de las disposiciones por él tomadas. Rióse el joven de aquella fingida apariencia, y Anfares le dijo que ya lloraria y pagaria la pena de su atrevimiento; pero otro de los Eforos, mostrándose mas benigno con Agis, é indicándole el efugio de que habia de usar en su defensa, le preguntó si aquellas cosas las habia hecho violentado por Lisandro y Agesilao. Respondió Agis que no habia sido violentado de nadie; sino que emulando é imitando á Licurgo, habia determinado seguir sus huellas en el gobierno. Volvióle á preguntar el mismo si estaba arrepentido de aquellas determinaciones; y como contestase que no era cosa de arrepentirse de providencias tan benéficas, aun cuando conocia que le amenazaba el último peligro, le condenaron á muerte, y dieron orden á los ministros para que lo llevaran al calabozo llamado *Caiada*; el cual era un apartamiento de la cárcel, donde ahogaban á los sentenciados para darles muerte. Mas viendo Democares que los ministros no osaban acercarse á Agis, y que del mismo modo los soldados presentes huian y se retiraban de semejante acto, como que no era justo ni conforme á las leyes poner manos en la persona del Rey, amenazándolos é increpándolos él mismo, llevó á empujones á Agis al calabozo; porque ya muchos habian oido su prision, y habia á la puerta gran

alboroto y muchas luces, y habian llegado tambien la madre y abuela de Agis, gritando y pidiendo que al Rey de los Esparciatas se le abriera juicio, y se le concedieran defensas ante los ciudadanos. Mas por esto mismo apresuraron su muerte, conociendo que lo librarian aquella noche si concurria mayor gentío.

Al tiempo de ir Agis al suplicio, vió que uno de los ministros lloraba y se mostraba muy afligido, y le dijo: cesa amigo en tu llanto, pues aun muriendo tan injusta é inicuamente me aventajo mucho á los que me quitan la vida; y al decir esto presentó voluntariamente el cuello al cordel. Acercóse en esto Anfares á la puerta, y levantando á Agesistrata, que se habia echado á sus pies, por el conocimiento y amistad; nada violento, le dijo, y que no sea llevadero se hará con Agis, y le propuso que si queria podia entrar adonde estaba el hijo. Pidiéndole esta que entrara tambien con ella su madre, le contestó Anfares que no habia inconveniente; y luego que hubieron entrado ambas, mandando otra vez que cerraran la puerta de la prision entregó al lazo la primera á Arquidamia, ya bastante anciana, y que habia envejecido en la mayor dignidad y honor entre sus conciudadanos. Muerta esta, mandó que pasara adelante Agesistrata; la cual, luego que entró y vió al hijo arrojado en el suelo, y á la madre muerta pendiente del cordel, ella misma la quitó con los ministros, y tendiendo el cadáver al lado de Agis, lo cubrió y colocó tan decentemente como se podia. Abrazóse despues con el hijo, y besándole el rostro, tu demasiada bondad, exclamó, ó hijo mio, tu mansedumbre y tu humildad son las que te han perdido, y á nosotras contigo. Estaba Anfares viendo desde la puerta lo que pasaba, y entrando al oir esta exclamacion, dijo con cólera á Agesistrata: pues que eres de la misma opinion que tu hijo, tendrás el mismo castigo; y Age-

sistrata al ser llevada al cordel, no dijo otra cosa sino: ¡ójala que esto sea en bien de Esparta!

Al difundirse en el pueblo la nueva de aquella atrocidad y sacarse de la cárcel los cadáveres, no fue tan grande el miedo que aquella inspiró, que no manifestaran bien claramente los ciudadanos su sentimiento y su odio contra Leonidas y Anfares: no habiéndose visto en Esparta á juicio de todos otro hecho mas cruel é impío desde que los Diorios habitaban el Peloponeso. Porque en un Rey de los Lacedemonios, segun parece, ni aun los enemigos en las batallas ponian fácilmente las manos si con él tropezaban, sino que le dejaban paso, de temor y respeto á su dignidad. Asi en tantas guerras como los Lacedemonios tuvieron con los Griegos, antes del tiempo de Filipo, uno solo murió herido de golpe de lanza, que fue Cleombroto en Leuctras; pues aunque los Mesenios dicen que Teopompo murió á manos de Aristomenes, los Lacedemonios dicen que no fue sino herido; mas en esto hay sus dudas: lo que no la tiene es, que en Lacedemonia Agis fue el primero que murió condenado por los Eforos, varon que habia hecho en Esparta cosas muy laudables y útiles; que se hallaba todavía en aquella edad, en la que si los hombres yerran, hallan pronta y fácil indulgencia; y que si dió motivo de queja, fue mas bien á sus amigos que á sus contrarios, con haber salvado á Leonidas, y haberse fiado de los otros de quienes se fió, por ser demasiado sencillo y benigno.

CLEOMENES.

Muerto Agis, Leonidas anduvo tardo en prender á su hermano Arquidamo, que inmediatamente se puso en huida; pero á su muger, que hacia poco habia dado á luz un niño, la echó de la casa propia, y por fuerza la casó con su hijo Cleomenes, aun-

que todavía no se hallaba enteramente en edad de tomar muger; y es que no queria se adelantara otro á aquel matrimonio, á causa de que Agiatis habia heredado la cuantiosa hacienda de su padre Gilipo, y era en la edad y en la belleza la mas aventajada de las Griegas, y en sus costumbres y conducta sumamente apreciable. Dícese por lo mismo que nada omitió para que no se la hiciera aquella violencia; pero enlazada con Cleomenes, aunque aborrecia á Leonidas, era buena y cariñosa esposa de aquel joven, el cual ademas se habia enamorado de ella, y en cierta manera participaba de la memoria y benevolencia que á Agis conservaba su esposa: tanto que muchas veces le preguntaba sobre aquellos sucesos, y escuchaba con grande atencion la relacion que le hacia de las ideas y proyectos que tenia Agis. Era Cleomenes amante de gloria, de elevado ánimo, y no menos que Agis inclinado por caracter á la templanza y á la modestia; mas no tenia la nimia bondad y mansedumbre de este, sino que en su ánimo habia una cierta punta de ira, y gran vehemencia para todo lo que reputaba honesto; y si le parecia honestísimo mandar á los que voluntariamente obedecian, tenia á lo menos por bueno el impeler á los que le repugnaban, violentándolos hácia lo mas conveniente.

No podia por tanto agradarle el estado de la república: inclinados los ciudadanos al ocio y al deleite, y desentendiéndose el Rey de todos los negocios, si alguno no le turbaba el reposo y el lujo en que queria vivir. Descuidábanse las cosas públicas; porque cada uno no pensaba sino en el provecho propio; y del egercicio de la templanza, de la tolerancia y de la igualdad entre los jóvenes, ni siquiera era seguro el hablar, habiéndole venido de aqui á Agis su perdicion. Dícese ademas que Cleomenes, de joven, gustó la doctrina de los filósofos, habiendo venido á Lacedemonia Esfereo Boristenita, y ocupádose no

sin esmero en la instruccion de aquellos mancebos. Era Esféreo, uno de los primeros discípulos de Cenon Ciciense, y segun parece se prendó mucho del caracter varonil de Cleomenes, y dió calor á su ambicion. Cuéntase que preguntado Leonidas el mayor acerca del concepto en que tenia al poeta Tirteo, respondió que le juzgaba muy bueno para incitar los ánimos de los jóvenes: porque llenos de entusiasmo con sus poesías se arriesgaban sin cuidar de sí mismos en los combates; pues por lo semejante la doctrina Estoica, si para los de ánimo grande y elevado tiene un no sé qué de peligroso y excesivo, cuando se junta con una índole grave y apacible entonces es cuando da su propio fruto.

Cuando por la muerte de Leonidas entró á reinar, encontró la república del todo desordenada: porque los ricos dados á sus placeres y codicias miraban con desden los negocios públicos; la muchedumbre, hallándose infeliz y miserable, ni tenia disposicion para la guerra, ni sentia los estímulos de la ambicion para la buena educacion de los hijos; y á él mismo no le habia quedado mas que el nombre de Rey, residiendo todo el poder en los Eforos. Propúsose pues desde luego alterar y mudar aquel estado; y teniendo por amigo íntimo á un tal Genares, que habia sido su amador, á lo que los Lacedemonios llaman ser inspirador [1], empezó á tantearle preguntándole, ¿qué tal Rey habia sido Agis, de qué modo, y por medio de quiénes habia entrado en aquel camino? Genares al principio hacia con gusto memoria de aquellos sucesos, refiriendo y explicando como se habia ejecutado cada cosa; mas cuando observó que Cleomenes se inflamaba al oirle, y se mostraba decidida-

1 Era muy propia esta frase, porque en Esparta los amadores debian inspirar á los jóvenes todas las virtudes; y especialmente las características de aquella república.

mente inclinado á las novedades de Agis, y que gustaba de que se las relatara muchas veces, le reprendió con enfado, como que estaba fuera de juicio; y por fin se apartó de hablarle de tal negocio y de concurrir á su casa. No descubria sin embargo á nadie la causa de esta separacion, diciendo solamente que el Rey bien la sabia. De este modo Genares empezó á oponerse á sus ideas; y Cleomenes, juzgando que los demas pensarian del mismo modo, solo de sí mismo esperó la egecucion de ellas. Reflexionó despues que en la guerra podria hacerse mejor la mudanza que no en tiempo de paz, y con esta mira indispuso á la república con los Aqueos, que ya habian dado motivos de queja. Porque Arato, que era el que entre estos todo lo mandaba, quiso desde el principio reunir á todos los del Peloponeso en una asociacion; y este era el fin de sus muchas expediciones y de su largo mando, por creer que solo asi se librarian de ser molestados por los enemigos de afuera. Habíansele agregado ya casi todos, faltando solamente los Lacedemonios, los Eleos, y de los Arcades los que á los Lacedemonios estaban unidos; y apenas murió Leonidas, empezó á incomodar á los Arcades, talando sus campos, sobre todo los de aquellos que confinaban con los Aqueos, para tentar á los Lacedemonios, por lo mismo que miraba con desden á Cleomenes como joven sin experiencia.

En consecuencia de esto los Eforos dieron principio por enviar á Cleomenes á que tomara el templo y castillo de Minerva llamado Belbina, punto que viene á ser la entrada de la region Lacónica; y que era entonces objeto de disputa con los Megalopolitanos. Tomólo Cleomenes, y lo fortificó; acerca de lo cual ninguna queja dió Arato, sino que moviendo por la noche con su ejército entró en los términos de los Tegeatas y Orcamenios; pero habiendo mostrado miedo los traidores que le servian de guia,

se retiró, creyendo que aquello quedaria oculto; pero Cleomenes, usando de ironía, le escribió preguntándole como si fueran amigos, ¿adónde habia ido de noche? respondióle que habiéndosele informado de que iba á fortificar á Belbina, bajaba á estorbárselo; y Cleomenes le envió de nuevo á decir que bien lo creia: »Pero si no tienes inconveniente, le »añadió, dime para qué iban en pos de tí hachones »y escalas?" Echóse Arato á reir con este chiste; y preguntando: ¿qué clase de joven es este? el Lacedemonio Democrates, que se hallaba desterrado, si has de hacer algo contra los Lacedemonios, le respondió, el tiempo es este, antes que le nazcan las presas á este polluelo. En esto, hallándose Cleomenes en la Arcadia con pocos caballos y trescientos infantes, le dieron orden los Eforos de que se retirase, temiendo la guerra; pero no bien se habia retirado cuando Arato tomó á Cafias; y entonces los Eforos volvieron á mandarle salir. Tomó á Metudrio, y corrió el pais de Argos; con lo que los Aqueos movieron contra él con veinte mil infantes y mil caballos, mandados por Aristomaco. Salióles al encuentro Cleomenes junto á Palantio; y queriendo darles batalla, temió Arato aquel arrojo, y no permitió al General entrase en combate; sino que se retiró, improperado de los Aqueos, y escarnecido y despreciado de los Lacedemonios, que no llegaban á cinco mil. Habiendo cobrado Cleomenes con esto grande aliento, trataba de infundirle en sus ciudadanos, y les trajo á la memoria aquel dicho de uno de sus antiguos Reyes: que nunca los Lacedemonios acerca de los enemigos preguntan cuantos son, sino donde estan.

Fue de alli á poco en auxilio de los Eleos, á quienes los Aqueos hacian la guerra; y alcanzando á estos cerca del monte Liceo, cuando ya se retiraban, desordenó y desbarató todo su ejército, dando muerte á muchos, y tomando gran número de

cautivos: habiendo corrido por la Grecia la voz de haber muerto Arato en la batalla; pero este, sacando el mejor partido posible de aquella situacion, en seguida de la derrota marchó á Mantinea, cuando nadie lo esperaba; tomó la ciudad, y se aseguró en ella. Decayeron con esto enteramente de ánimo los Lacedemonios; y tenian á raya á Cleomenes en punto á guerra; por lo cual dispuso llamar de Mesena al hermano de Agis Arquidamo, á quien tocaba reinar por la otra casa, esperando que se debilitaria el poder de los Eforos, si la autoridad real se ponia con él en equilibrio estando completa; pero habiéndolo entendido los que antes habian dado muerte á Agis, temerosos de llevar su merecido si Arquidamo volvia, le recibieron en la ciudad, en la que habia entrado de oculto, y aun le acompañaron; pero inmediatamente le quitaron la vida: ó contra la voluntad de Cleomenes, segun siente Filarco, ó cediendo á los amigos, y abandonando á su odio al mismo que habia hecho venir: porque á ellos fue siempre á quienes aquella atrocidad se atribuyó, pareciendo que habian hecho violencia á Cleomenes.

Determinóse sin embargo á llevar al cabo la mudanza proyectada; para lo que alcanzó con dádivas de los Eforos que le permitieran salir á campaña; y tambien trató de ganar á otros muchos ciudadanos por medio de su madre Cratesiclea, que gastó y obsequió con profusion. Mas es, que no pensando esta en volverse á casar, se dice que á persuasion del hijo tomó por marido á uno de los mas principales en gloria y en poder. Moviendo pues con su ejército, toma á Leuctras en los términos de Megalópolis; y acudiendo pronto contra él el socorro de los Aqueos á las órdenes de Arato, á vista de la misma ciudad fue vencida una parte de su ejército. Mas sucedió que no habiendo permitido Arato que los Aqueos pasasen un barranco profundo, obligándoles á hacer alto en

la persecucion de los enemigos; irritado de ello Lisiadas, Megalopolitano, marchó con la caballería que tenía cerca de sí; y continuando en seguir el alcance, se metió en un terreno lleno de viñas, de acequias y de tapias, de donde desuniéndosele la gente con estos estorbos, se retiraba con dificultad. Advirtiólo Cleomenes, y marchó contra él con los Tarentinos y Cretenses, por los que fue muerto Linadas, aunque se defendió con gran valor. Cobrando con esto grande ánimo los Lacedemonios, acometieron con gritería á los Aqueos, é hicieron retirar á todo su ejército. Habiendo sido grande el número de muertos, todos los demas los entregó Cleomenes en virtud de un tratado; pero en cuanto al cadáver de Lisiadas mandó que se le llevaran; y adornándole con púrpura, y poniéndole una corona, le hizo conducir hasta las mismas puertas de Megalópolis. Este es aquel mismo Lisiadas que abdicó la tiranía, dió libertad á sus conciudadanos, é incorporó á Megalópolis en la liga de los Aqueos.

Cobró con esto mayor ánimo Cleomenes, y estando en la inteligencia de que si hiciera la guerra á los Aqueos obrando en negocios libremente segun su voluntad, fácilmente los venceria; hizo ver al marido de su madre Megistono, que convenia deshacerse de los Eforos; y poniendo en comun las tierras para todos los ciudadanos, restablecer la igualdad en Esparta y despertar á esta, y promoverla al imperio de la Grecia; y persuadido este, previno tambien á otros dos ó tres de sus amigos. Sucedió por aquellos mismos dias, que habiéndose dormido uno de los Eforos en el templo de Pasifae, tuvo un maravilloso ensueño. Parecióle que en el lugar en que los Eforos dan audiencia sentados, habia quedado una sola silla, y las otras cuatro se habian quitado; y que como esto le causase admiracion, salió del centro del templo una voz que dijo ser aquello lo que mas á Esparta convenia. Refirió el Eforo esta vision á Cleomenes;

y este al principio se sobresaltó pensando que esto podia dirigirse á sondearle por alguna sospecha; pero luego que se convenció de que el que hacia la relacion no mentia, se tranquilizó; y tomando consigo á aquellos ciudadanos que le parecia habian de ser mas contrarios á su designio, se apoderó de Herea y Alsea, ciudades sujetas á los Aqueos. Introdujo despues víveres en Orcomene; se acampó junto á Mantinea; y yendo arriba y abajo con continuas y largas marchas, quebrantó de modo á los Lacedemonios, que á peticion de ellos mismos dejó la mayor parte en la Arcadia; y conservando consigo á los que servian á sueldo, marchó con ellos á Esparta. En el camino comunicó su proyecto á aquellos que creia serle mas adictos, y hacia su marcha con sosiego y recato para sobrecoger á los Eforos cuando estuviesen en la cena.

Cuando estuvo cerca de la ciudad, envió á Eurucleidas al lugar donde tenian los Eforos su cenador, como que iba de su parte á darles alguna noticia relativa al ejército; y Teriquion y Febis, y dos de los que se habian criado con Cleomenes, á los que llaman *Samotraces*, le seguian con unos cuantos soldados. Todavía estaba Eurucleidas haciendo su relacion á los Eforos, cuando entrando aquellos con las espadas desenvainadas empezaron á acuchillarlos. El primero con quien tropezaron fue Agesilao, y cayendo al golpe en el suelo, se creyó que habia muerto; mas él, arrastrándose poco á poco, se salió del cenador, y pudo pasar á ocultarse en un edificio muy pequeño que estaba contiguo. Era este el templo del Miedo; y siendo asi que ordinariamente estaba cerrado, entonces por casualidad se hallaba abierto: entrándose pues en él cerró la puerta. Los otros cuatro fueron muertos, y con ellos mas de diez de los que se pusieron á defenderlos; pues que no ofendieron á los que se estuvieron quedos, ni detuvieron á los que quisieron

salirse de la ciudad, y aun usaron de indulgencia con Agesilao, que al otro dia salió del templo.

Tienen los Lacedemonios templos, no solo del Miedo, sino de la Muerte, de la Risa y de otros afectos y pasiones; mas si veneran al Miedo, no es como á los Genios que queremos aplacar, teniéndole por nocivo, sino en la persuasion de que la república principalmente se sostiene con el temor; y por esta razon los Eforos al entrar á desempeñar su cargo mandan por pregon, segun dice Aristóteles, que se afeiten el bigote, y observen las leyes, para no encontrarlos indóciles. Y lo del bigote en mi concepto lo comprenden en el pregon para acostumbrar á los jóvenes á la obediencia aun en las cosas mas pequeñas. En mi dictamen asimismo no creian los antiguos que la fortaleza era falta de miedo, sino mas bien temor del vituperio y miedo de la afrenta; porque los que mas temor tienen á las leyes, son los mas osados contra los enemigos, y sienten menos el padecer y sufrir los que mas temen á que se hable mal de ellos. Asi tuvo mucha razon el que dijo:

Alli está la vergüenza donde el miedo;

y Homero:

Yo os venero y temo, ó caro suegro;

y en otra parte:

Callados y temiendo á sus caudillos.

Porque á los mas les sucede que muestran rubor ante aquellos á quienes temen; y por esta causa habian erigido los Lacedemonios templo al Miedo junto al cenador de los Eforos, habiendo acercado la autoridad de estos muy próximamente á la de un monarca.

Luego que se hizo de dia proscribió Cleomenes á ochenta ciudadanos, que entendió convenia saliesen desterrados, y quitó las sillas de los Eforos, á excepcion de una que dejó para dar él mismo audiencia en ella. Congregó en seguida junta del pueblo, con el objeto de hacer la apología de las disposiciones to-

madas, en la que dijo: que por la institucion de Licurgo á los reyes se asociaban los ancianos, y por largo tiempo estuvo asi gobernada la república, sin que se echase de menos ninguna otra autoridad. Mas adelante, prolongándose demasiado la guerra contra los Mesenios, y no pudiendo los reyes atender á los juicios por estar ocupados en los ejércitos, fueron elegidos algunos de sus amigos, para que quedaran en su lugar y acudieran á ellos los ciudadanos; y estos fueron los que se llamaron Eforos. Al principio no eran mas que unos ministros de los reyes; pero despues poco á poco se atrajeron la autoridad, sin que se echara de ver que iban formándose una magistratura propia; de lo que es indicio que aun hoy cuando los Eforos llaman al Rey la primera y segunda vez, se niega á ir; y llamando la tercera, se levanta y acude al llamamiento; y el primero que extendió y dió mas fuerza á esta magistratura, que fue Asteropo, no la ejerció sino muchas edades despues. Y si hubieran usado de ella con moderacion, seria lo mejor sufrirlos; pero habiendo tentado hacer nula la autoridad patria con un poder pegadizo, hasta el punto de proceder contra los mismos reyes, desterrando á unos, dando á otros muerte sin que preceda juicio, y amenazando á todos los que desean ver restablecida la excelente y divina constitucion de Esparta, esto ya es inaguantable. "¡Y ojalá hubiera sido posi-
"ble, añadió, desterrar sin sangre las pestes que se
"han introducido en Lacedemonia; á saber: el rega-
"lo, el lujo, las deudas, el logro y otros males mas
"antiguos todavía que estos, la pobreza y la riqueza;
"porque en tal caso me tendria por el mas dichoso
"de los reyes en curar á la patria sin dolor como los
"médicos; pero ahora no puedo menos de obtener
"perdon, de la necesidad en que me he visto, del
"mismo Licurgo, que sin ser Rey ni magistrado,
"sino un particular que se proponia obrar como Rey,

» se presentó en la plaza con armas; de manera que » el Rey Carilao se refugió al templo; mas como » fuese justo y amante de la patria, tomó luego parte en las disposiciones de Licurgo, y admitió la mudanza del gobierno; pero ello es que el mismo Licurgo dió con su conducta testimonio de que es dificil mudar el gobierno sin violencia y terror; y » aun yo he empleado los medios mas suaves y benignos que he podido, no haciendo mas que quitar los que podian ser estorbo á la salud de Lacedemonia; y en beneficio de todos los demas hago la » propuesta de que sea comun todo el territorio; de » que se libre á los deudores de sus obligaciones, y » de que se haga juicio y discernimiento de los forasteros, para que hechos Esparciatas los mejores de » ellos, salven la república con sus armas, y no veamos en adelante con indiferencia que la Laconia » sea presa de los Etolios é Ilirios por falta de quien » la defienda."

El fue despues el primero que hizo presentacion de sus haberes; y su padrastro Megistono, cada uno de sus amigos, y por fin todos los ciudadanos, habiéndose repartido el territorio. Asignó en esta distribucion su suerte á cada uno de los que él mismo habia desterrado, y se comprometió á restituirlos luego que todo estuviese tranquilo. Llenó el número de ciudadanos con los mas apreciables de los colonos, formando con ellos una division de cuatro mil infantes; y habiéndoles enseñado á manejar con ambas manos la azcona en lugar de la lanza, y á embrazar el escudo por el asa y no por la correa, convirtió su cuidado á los ejercicios y educacion de los jóvenes, en lo que tuvo por principal auxiliador á Esfereo que alli se hallaba. Con esto en breve los egercicios y banquetes espartanos se pusieron en el pie conveniente, y unos pocos por necesidad, la mayor parte por gusto, se redujeron á aquel método de vida incom-

parable y enteramente Espartano. Con todo para suavizar el nombre de monarquía, designó para reinar con él á su hermano Euclidas; y solo entonces se verificó tener los Esparciatas los dos reyes de la una de las dos casas.

Habiendo llegado á entender que los Aqueos y Arato estaban persuadidos de que no teniendo la mayor seguridad en sus negocios por las novedades introducidas no se hallaba en estado de salir fuera de la Laconia, ni de dejar pendiente la república en tiempo de tales agitaciones, creyó que no careceria de grandeza y utilidad el hacer ver á los enemigos la excelente disposicion de su ejército. Invadiendo pues el territorio de Megalópolis recogió un rico botin, y taló gran parte de aquel. Por fin llamando cerca de sí á unos farsantes que iban de Mesena, y levantando un teatro en el pais enemigo, señaló á la representacion el precio de cuarenta minas, y asistió á ella un dia solo; no porque gustase de aquel espectáculo, sino para burlarse en cierto modo de los enemigos, y hacer ostentacion de su gran superioridad; manifestando que los miraba con desprecio. Pues por lo demas, de todos los ejércitos, ya Griegos y ya del Rey, este solo era al que no seguian ni cómicos, ni juglares, ni bailarinas, ni cantoras; sino que se conservaba puro de toda disolucion y de toda vanidad y aparato: estando por lo comun ejercitados los jóvenes, y ocupándose los ancianos en instruirlos; y cuando no tenian otra cosa que hacer, pasando todos el tiempo en sus acostumbrados chistes, y en motejarse unos á otros con dichos graciosos y propiamente lacónicos. Ahora, cual sea la utilidad de esta especie de juego, lo dijimos en la vida de Licurgo.

El era maestro de todos, poniéndoles á la vista como un ejemplo de sobriedad su propio tenor de vida; en la que nada habia de exquisito, de artificioso ó de extraordinario que le distinguiese de los

demas, lo que le dió grande influjo en los negocios de la Grecia. Porque los que tenian que negociar con los otros reyes, no tanto se maravillaban de su riqueza y su lujo, como se incomodaban con su altanería y su orgullo, recibiendo con gravedad y aspereza á los que á ellos acudian. Mas los que se presentaban á Cleomenes, que en realidad era y se llamaba Rey, al ver que no tenia para el servicio de su persona ni púrpura, ni preciosas ropas, ni ricos escaños, ni muebles, y que para conseguir su audiencia no habia que vencer dificultades, ni el obstáculo de muchedumbre de pages, de porteros y secretarios, sino que él mismo salia en persona á que le saludasen, vestido como cualquiera particular, hablando á los que tenian negocios y entreteniéndose con ellos festiva y humanamente, todos le aplaudian y amaban, diciendo que él solo era verdadero descendiente de Hércules. Para su cena cotidiana no habia mas de tres escaños, y era muy parca y muy espartana; pero si convidaba á embajadores, ó tenia huéspedes, entonces se ponian otros dos escaños, y los sirvientes usaban para las mesas de algun aparato mas; no tampoco en exquisitos guisados, ni en pastas, sino en cuidar de que los manjares estuviesen mas abundantes, y el vino fuese de mejor calidad: asi es que afeó á un amigo, el que habiendo dado de comer á unos huéspedes, les hubiese puesto el caldo negro, y la torta de que en sus banquetes cívicos usaban: porque decia que se habia de cuidar de no ser con los huéspedes tan rigurosamente Espartanos. Levantada la mesa se traia un tripode, en que habia un lebrillo de bronce lleno de vino, dos ampollas de plata de cavida de dos cotilas [1] y algunos vasos de

1 La cotila griega se dijo en la vida de Nicias que era un poquito menos de medio cuartillo de la medida castellana.

plata en muy corto número; con lo que bebia el que queria; y al que lo repugnaba no se le alargaba el vaso. No habia música ni hacia falta: porque él mismo alegraba aquel rato con su conversacion, ya haciendo preguntas, ó ya refiriendo acaecimientos, sin que en sus discursos se notase una solicitud desagradable, sino mas bien cierta festividad graciosa y urbana. Porque el modo con que los otros reyes cazaban á los hombres, cebándolos y corrompiéndolos con dinero y con dádivas, creia que sobre ser injusto era mal entendido; y al reves el atraerlos y ganarlos con pláticas y discursos sencillos y graciosos le parecia lo mas honesto y lo mas digno de un Rey: porque en nada se diferencia el jornalero del amigo, sino en que este se adquiere con la conducta y el trato, y el otro por dinero.

Fueron pues los Mantinecones los primeros que acudieron á él; é introduciéndose de noche en la ciudad, arrojaron la guarnicion de los Aqueos, y se entregaron á los Lacedemonios. Restituyóles sus leyes y Gobierno, y en el mismo dia marchó para Tegea. Poco despues, regresando por la Arcadia, bajó contra Feras de la Acaya, con intento ó de dar una batalla á los Aqueos, ó de excitar sospechas contra Arato, como que voluntariamente se retiraba y le abandonaba el pais; pues aunque entonces era general Hiperbatas, toda la autoridad y el poder de los Aqueos residia en Arato. Saliendo pues los Aqueos con todas sus fuerzas, y sentando su campo en Dumias, junto al sitio llamado Hecatombeon, acudió Cleomenes, y parece que hizo una cosa temeraria en ir á ponerse en medio entre la ciudad de Dumias, que era enemiga, y el campamento de los Aqueos; pero provocando con la mayor osadía á estos, los obligó á acometer; y venciéndolos en batalla campal, destrozó su infantería, con muerte de muchos en el combate, y haciéndoles ademas gran número de prisioneros. Cayó des-

pues sobre Lancon, y echando fuera á los Aqueos que estaban de guarnicion, restituyó la ciudad á los Eleos.

Quebrantados asi los Aqueos, Arato, acostumbrado á ser siempre general un año sin otro, renunció y se escusó de esta carga, no obstante que le instaron y rogaron: cosa no bien hecha, en tan gran tormenta de los negocios públicos poner en otras manos el timon, y abandonar el mando. Por lo que hace á Cleomenes, al principio pareció que tenia bastante consideracion á los embajadores de los Aqueos; pero enviando otros por su parte, propuso que habia de dársele la primacía, y que en lo demas no altercaria con ellos, y aun les restituiria el territorio ocupado y los cautivos. Convinieron los Aqueos en hacer la paz aun con estas condiciones, y propusieron á Cleomenes que pasara á Lerna, donde habian de celebrar junta; pero sucedió que habiendo hecho Cleomenes una marcha rápida, y bebido agua á deshora, arrojó cantidad de sangre, y perdió enteramente la voz; por lo cual envió á los Aqueos los mas principales de los cautivos, y suspendiendo la junta se retiró á Esparta.

Perjudicó mucho este accidente á los negocios de la Grecia, que hubiera podido reponerse de los males presentes, y librarse de los insultos y codicia de los Macedonios; pero Arato, ó por desconfianza y temor de Cleomenes, ó quizá por envidia á su no esperada prosperidad, dándose á entender que habiendo él hombreado por treinta y tres años seria cosa terrible que se apareciese de pronto un jóven á arrebatarle su gloria y su poder, y á ponerse al frente de unos negocios que por él habian recibido aumento, y que él habia conducido y manejado por tan largo tiempo, en primer lugar tentó que los Aqueos se opusieran á lo que ya estaba acordado, y lo estorbaran. Despues cuando vió que no le escuchaban

por hallarse sobrecogidos de la intrepidez de Cleomenes, y aun por parecerles justos los conatos de los Lacedemonios de restituir el Peloponeso á su esplendor antiguo, convirtió su ánimo á otro proyecto, del que no podia resultar utilidad alguna á ninguno de los Griegos, y que era ademas vergonzoso para él, é indigno de sus anteriores hazañas y de las miras con que se habia conducido en el gobierno; y fue el de atraer á Antígono sobre la Grecia, é inundar el Peloponeso de aquellos mismos Macedonios que siendo mozo habia arrojado de él, poniendo en libertad la ciudadela de Corinto; á lo que se agregaba que habiéndose hecho sospechoso á todos los reyes, y declarádose su enemigo, de Antígono habia dicho dos mil males en los comentarios que nos dejó escritos. Pues con ser esto asi, y con decir él mismo que habia padecido y trabajado mucho por los Atenienses para ver libre aquella ciudad de la guarnicion de los Macedonios, despues á estos mismos los introdujo armados en la patria y en su propia casa hasta los últimos rincones; al propio tiempo que se desdeñaba de que un descendiente de Hércules y Rey de los Esparciatas, que como quien templa instrumentos desafinados restablecia el patrio gobierno, restituyéndolo á la sabia ley de Licurgo y al templado método de vida de los Dorios, tomara el título de General de los Sicionios y Triteos. Huyendo pues de la torta y de la capa, y de lo que acusaba como mas duro en Cleomenes, que era la reduccion de la riqueza y el destierro de la miseria, se postraba á sí mismo, y postraba la Acaya ante la diadema, la púrpura y los preceptos despóticos de Macedonios y de Sátrapas, por no estar á las órdenes de Cleomenes, haciendo sacrificios por la salud de Antígono, y entonando con corona en la cabeza himnos en honor de un hombre lleno de corrupcion y pestilencia. No es nuestro ánimo al referir estas cosas acusar á Ara-

to, porque en general fue un varon digno de la Grecia y de los mas ilustres de ella, sino tomar de aqui ocasion para compadecer la miseria de la naturaleza humana, que aun en índoles tan dignas de alabanza, y tan inclinadas á toda virtud, no puede producirse un bien perfecto, y que no esté sujeto á alguna reprension.

Acudiendo los Aqueos á Argos otra vez con el objeto de la junta, y bajando de Tegea Cleomenes, tenian todos grande esperanza de que se verificaria la paz; pero Arato que en los puntos mas capitales estaba ya convenido con Antígono, temiendo que Cleomenes lo llevara todo á cabo, reunió al pueblo, y aun se puede decir que lo violentó, y queria que tomando Cleomenes trescientos rehenes se presentara solo en la junta, ó que conferenciaran fuera junto al Gimnasio llamado Cilarabis, pudiendo entonces venir con tropas. Al oirlo Cleomenes se quejó de que se le hacia injusticia, pues que debian habérselo dicho desde el principio, y no desconfiar entonces, y hacerle retroceder cuando ya habia llegado á sus puertas; y habiendo escrito sobre este incidente una carta á los Aqueos, que era en la mayor parte una acusacion de Arato, y llenádole á su vez Arato de improperios ante la muchedumbre, se retiró al punto con su ejército, y al mismo tiempo envió á los Aqueos un heraldo denunciándoles la guerra (no á Argos, sino á Egio como dice Arato), para no dar lugar á que pudieran prevenirse. Grande fue entonces la turbacion de los Aqueos, inclinándose las ciudades á la rebelion; de parte de la plebe, porque esperaba el repartimiento de tierras y la abolicion de las deudas, y de parte de los principales, porque les era molesto Arato, y aun algunos habian concebido ira contra él porque les traia los Macedonios al Peloponeso. Alentado por tanto con estos sucesos Cleomenes invadió la Acaya; y en primer lugar tomó

á Pelene, cayendo sobre ella de improviso, y echó de allí á los que la guarnecian juntamente con los Aqueos. En seguida atrajo á su partido á Feneo y Penteleo; y como los Aqueos por temor de que se hubiera fraguado alguna traicion en Corinto y Sicione hubiesen enviado la caballería y las tropas auxiliares desde Argos para custodia de estas plazas, mientras ellos bajaban á Argos á celebrar los juegos Nemeos, esperando Cleomenes lo que era en realidad, que llena la poblacion de los concurrentes á la fiesta y de espectadores, si iba allá de sorpresa seria mayor la turbacion, condujo de noche su ejército hasta el pie de las murallas; y tomando el punto inmediato al *Escudo* que dominaba el teatro, lugar agrio y poco accesible, los sobrecogió de tal manera que nadie se movió á la defensa, sino que admitieron guarnicion, le entregaron veinte ciudadanos en rehenes, y se hicieron aliados de los Lacedemonios para militar á las órdenes de Cleomenes.

Resultóle de aqui no pequeña gloria y poder, porque los antiguos reyes de los Lacedemonios por mas que habian hecho, nunca habian podido conseguir que Argos se uniera firmemente á Esparta; y Pirro, el mas hábil de todos los Generales, aunque llegó á entrarla por fuerza no sujetó la ciudad, sino que murió en la empresa con pérdida de gran parte de sus tropas. Era pues admirada la actividad y prudencia de Cleomenes; y si antes cuando decia que habia imitado á Solon y á Licurgo en la abolicion de las deudas y en la igualacion de las haciendas se le echaban á reir, entonces del todo se convencieron de que él era la causa de la mudanza que se veia en los Esparciatas. Porque antes habia sido tal su decadencia, y tan imposibilitados estaban de valerse, que habiendo hecho los de Etolia una irrupcion en lo Laconia, se les llevaron cincuenta mil esclavos; con alusion á lo cual se cuenta haber dicho un an-

ciano de los Esparciatas, que les habian servido de auxilio los enemigos aliviando á la Laconia; y ahora con solo haber pasado un poco de tiempo, en el que no habian hecho mas que empezar á resucitar las costumbres patrias, y á restablecer un vestigio de su educacion antigua, habian ya dado á Licurgo, como si estuviera presente y los gobernase, grandes muestras de valor y obediencia, restituyendo á Lacedemonia el imperio de la Grecia, y volviendo á recobrar el Peloponeso.

Formada Argos, se unieron á Cleomenes inmediatamente Cleonas y Fliunte; y hallándose por suerte á este tiempo Arato en Corinto ocupado en la averiguacion de los que se decia laconizaban, ó eran partidarios de los Lacedemonios, le llegó la noticia de estos sucesos, la que le causó gran sorpresa; y teniendo observado que la ciudad se inclinaba á Cleomenes, como por otra parte los Aqueos quisiesen tambien retirarse, convocó sí á junta á los ciudadanos; pero escabulléndose, sin que lo entendiesen, marchó á la puerta, y montando alli en un caballo que le trajeron, huyó á Sicione. Apresuráronse los Corintios á marchar á Argos para unirse á Cleomenes, tanto que dice Arato haberse rebentado todos los caballos; y que Cleomenes les hizo cargo de no haberle detenido, y haberle dejado escapar; mas que con todo fue en su busca Megistono de parte del mismo Cleomenes á que le entregara el Acrocorinto, porque habia en él guarnicion de Aqueos, haciéndole sobre ello instancias, y ofreciéndole gran suma de dinero; á lo que le habia respondido que no era dueño de los negocios, sino los negocios de él: asi lo dejó escrito Arato. Cleomenes salió de Argos, y agregando á su partido á los de Trecene, Epidauro y Hermione, pasó á Corinto, donde tuvo que circunvalar el alcázar, por no querer los Aqueos desampararle. Al mismo tiempo envió á llamar á los

amigos y apoderados de Arato, y les dió orden para que se entregaran de su casa y su hacienda, y las tuvieran en buena custodia y administracion. Mandó asimismo en busca de este á Tritumalo de Mesena, para hacerle la proposicion de que el Acrocorinto fuese guardado á un tiempo por Aqueos y Lacedemonios, y la particular oferta de una pension doble de la que recibia del Rey Tolomeo. Mas como Arato se hubiese negado, y hubiese enviado á su hijo con otros rehenes á Antígono, haciendo decretar á los Aqueos que á este seria á quien se entregase el Acrocorinto, en consecuencia Cleomenes invadió la Sicionia y la taló, y recibió en Dacliva la hacienda de Arato en virtud de decreto de los Corintios.

Pasó en esto Antígono la Gerania con grandes fuerzas, y le pareció á Cleomenes que no debia circunvalar y guardar el Istmo, sino los montes Onias, y quebrantar mas bien á los Macedonios con una guerra de puestos, que no venir á las manos en ordenada batalla; y haciéndolo como lo habia pensado, puso en grande apuro á Antígono; porque ni habia hecho suficiente acopio de víveres, ni era fácil forzar el paso situado alli Cleomenes. Intentó rodear de noche el Lequeo, y fue rechazado con pérdida de alguna gente; con lo que se alentó extraordinariamente Cleomenes, y sus tropas, engreidas con la victoria, se fueron tranquilas á preparar la cena: como por el contrario decayó de ánimo Antígono, reducido á no tomar sino partidos desesperados en semejante conflicto. Asi pensó en ir á tomar la cresta del Hereo, y desde alli pasar en barcos las tropas á Sicione; pero esto era obra de mucho tiempo y de no comunes preparativos; pero ya á la caida de la tarde vinieron de Argos por mar unos amigos de Arato, enviados por este á llamarle, con motivo de que los Argivos se habian rebelado á Cleomenes. Era

Aristóteles quien habia negociado esta defeccion, no habiéndole sido fácil persuadir á la muchedumbre, irritada de que Cleomenes no habia hecho la abolicion de deudas con que ella se habia lisonjeado. Tomando pues Arato mil y quinientos soldados de los de Antígono, los condujo por mar á Epidamo; pero Aristóteles ni siquiera lo esperó, sino que poniéndose al frente de los ciudadanos, acometió á los que guardaban la ciudadela, y al mismo tiempo acudió en su auxilio Timoxeno, que con tropas de los Aqueos vino desde Sicione.

Llegaron estas nuevas á Cleomenes á la segunda vigilia de la noche; y haciendo llamar á Megistono le mandó con enfado que fuese al punto á dar socorro contra los de Argos, porque él habia sido la principal causa de que Cleomenes se hubiera fiado demasiado de los Argivos, y quien le estorbó que no desterrase á los sospechosos. Enviando pues á Megistono con dos mil hombres, él se quedó en observacion de Antígono, y tranquilizó á los Corintios, diciéndoles que no habia sido cosa lo de Argos, sino un alboroto suscitado por unos cuantos. Mas sucedió que Megistono llegado á Argos murió en el combate, y los de la guarnicion se sostenian con gran dificultad enviando continuos partes á Cleomenes. Temiendo pues no fuera que los enemigos se apoderaran de Argos, y tomándole los pasos talaran á su placer la Laconia, y sitiaran á Esparta que habia quedado sin gente, sacó al punto su ejército de Corinto, ciudad que perdió bien pronto, entrando en ella Antígono y poniendo guarnicion. Cayó sobre Argos con ánimo de escalar la muralla, para lo que reunió su ejército que estaba en marcha; y habiéndose abierto paso por las bóvedas del *Escudo*, subió y se incorporó con los de la guarnicion, que todavía resistian á los Aqueos. Arrimando despues las escalas tomó algunos puntos de la ciudad, y desembarazó

las calles de enemigos, habiendo dado orden á los Cretenses de que usaran de las ballestas. Mas habiendo visto que Antígono bajaba desde las cumbres á la llanura con la infantería, y que ya los caballos corrian apresuradamente hácia la ciudad, desconfió de reducirla; y juntando toda su gente, bajó con entera seguridad, y se retiró resguardado de la muralla; y habiendo venido á cabo de grandes empresas en muy breve tiempo, y estando en muy poco el que en una vuelta como quien dice no se hubiera hecho dueño de todo el Peloponeso, tambien en un momento se le fue todo de las manos; porque de los aliados unos le abandonaron desde luego, y otros hicieron despues entrega de sus ciudades á Antígono.

Cuando tan mal le sucedian las cosas de la guerra é iba en retirada con su ejército, ya tarde, cerca de Tegea, llegaron mensageros de Lacedemonia trayéndole nuevas de una desventura en nada inferior á las que le aquejaban, y era la de la muerte de su muger, por sola la cual se mostraba poco sufrido aun en medio de sus prosperidades; pues que bajaba con frecuencia á Esparta, enamorado siempre de Agiatides, y teniéndola en el mayor aprecio y estimacion. Sorprendióse pues, y sintió el mas vivo dolor, como era preciso en un joven que perdia una muger bella y virtuosa; y sin embargo no hizo en medio de tanto pesar nada que desdijese de su grandeza de alma, ó que pusiera mengua en ella; sino que conservando la misma voz, el mismo continente, y el mismo semblante con que siempre se mostraba, atendió á dar las órdenes á los caudillos, y á proveer á la la seguridad de los Tegeatas. A la mañana muy temprano bajó á Lacedemonia; y habiendo en casa desahogado el llanto con la madre y los hijos, inmediatamente volvió á entregarse al despacho de los negocios; y como Tolomeo, Rey de Egipto, para ofrecerle socorros exigiese que le diera en rehe-

nes á los hijos y á la madre, estuvo largo tiempo sin atreverse á decírselo á esta; y entrando muchas veces con este intento, en el acto mismo de ir á hablar enmudecia; tanto que ella misma llegó á concebir alguna sospecha, y preguntó á sus amigos: ¿qué era en lo que se detenia cuando la visitaba? Por fin, habiéndose determinado Cleomenes á manifestárselo, se echó á reir diciéndole: ¿y esto era lo que tenias que proponerme y que tanto miedo te costaba? ¿por qué pues no te das prisa á poner en un barco este mi cuerpo, y á enviarlo donde pueda ser útil á Esparta, antes que con la vejez se destruya aquí sentado sin ser de provecho para nada? Cuando todo estaba dispuesto fueron á pie á Tenaro, y los acompañó el ejército con armas; y al ir Crutesidea á embarcarse, llevó á Cleomenes solo al templo de Neptuno; y habiéndole abrazado y saludado tiernamente, como le viese apesadumbrado y afligido, »ea, le dijo, ó Rey de los Lacedemonios, cuando »salgamos á fuera es menester que nadie advierta »que hemos llorado, y que no hagamos nada que sea »indigno de Esparta; porque esto solo está en nues»tro poder; y las cosas de fortuna saldrán como »Dios quisiere." Dicho esto compuso su semblante, y subió á la nave llevando al niño consigo, y al punto dió orden al Comandante para que levara áncoras. Llegada á Egipto, entendió que Tolomeo andaba en tratos con Antígono, y recibia sus mensages, y que Cleomenes, haciéndole los Aqueos proposiciones de paz, temia por ella terminar la guerra sin la concurrencia de Tolomeo; por lo que le escribió, que hiciera lo que fuera útil y decoroso á Esparta, y no estuviera temiendo siempre á Tolomeo por una vieja y un niño. ¡Tan magnanima se dice haber sido esta muger para los casos de fortuna!

Tomó Antígono á Tegea, y saqueó á Mantinea y Orcomene; con lo que estrechado Cleomenes á la

Laconia, dió la libertad á aquellos hilotes que pudieron pagar cinco minas Aticas; recogiendo por este medio quinientos talentos; y habiendo armado á dos mil á la Macedonia para oponerlos á los Leucaspidas de Antígono, concibió un proyecto atrevido é inesperado de todos. Megalopolis era ya entonces por sí sola no menor ni menos poderosa que Lacedemonia, y tenia ademas el auxilio de los Aqueos y el de Antígono, que cubria sus costados, llamado al parecer por los Aqueos, á solicitud principalmente de los Megalopolitanos. Pensando pues en saquearla Cleomenes (accion á la que en lo pronta é inesperada ninguna puede compararse), dió orden á los soldados de que tomaran víveres para cinco dias, y marchó con su ejército la via de Selasia, como quien iba á talar la Argolida; pero de alli bajó al territorio de los Megalopolitanos, y habiendo comido los ranchos junto á Zecio, repentinamente se encaminó por Helisunte á la ciudad misma. Cuando ya estaba á corta distancia, envió á Panteo con dos cohortes de Lacedemonios á apoderarse del lienzo de muralla entre las torres, que sabia era el puesto que tenian menos guardado los Megalopolitanos, y él seguia á paso lento con las demas tropas; pero habiendo encontrado Panteo descuidados no solo aquel punto, sino otros muchos de la misma muralla, unos los tomó al golpe, en otros abrió brecha, y de la guarnicion dió muerte á cuantos se presentaron; con lo que se apresuró Cleomenes á reunírsele, y antes que los Megalopolitanos pudieran apercibirse, ya estaba dentro de la ciudad con todas sus fuerzas.

No bien habia corrido la voz de esta sorpresa por la ciudad, cuando unos se salieron de ella, llevandose lo que pudieron recoger, y otros acudieron con armas, y oponiéndose y resistiendo á los enemigos, si no pudieron rechazarlos, á lo menos proporcionaron seguridad á los ciudadanos que huian; de mane-

ra que no quedaron arriba de mil personas, habiéndose apresurado todos los demas á refugiarse á Mesena con sus hijos y sus mugeres. Salvóse tambien gran número de los que habian acudido al auxilio y habian tomado parte en el combate, siendo muy pocos los prisioneros que se hicieron; mas fueron de este corto número Lisandridas y Tearidas, varones muy ilustres y los de mayor autoridad entre los Megalopolitanos; y por lo mismo los soldados que los apresaron los llevaron á presentar á Cleomenes. Lisandridas luego que le vió de lejos le dijo en alta voz: en tu mano está, ó Rey de los Lacedemonios, ejecutar una hazaña mas señalada y regia que la que acabas de hacer, y con la que adquieras todavía mas gloria; y Cleomenes sospechando que era lo que queria indicar: qué es lo que dices Lisandridas, le replicó; ¿quieres proponerme que os restituya la ciudad? á lo que contestó Lisandridas: eso mismo es lo que digo, aconsejándote que no arruines una ciudad como esta; sino que la llenes de amigos y aliados fieles y seguros, restituyendo á los Megalopolitanos su patria, y constituyéndote el libertador de un pueblo tan numeroso. Estuvo Cleomenes suspenso por un rato, y luego dijo: dificil es eso de creer; pero con nosotros siempre ha podido mas lo que se encamina á la gloria que al provecho; y dicho esto los envió á Mesena, y un heraldo de su parte para anunciar que restituia su ciudad á los Megalopolitanos, sin mas condicion que la de que fueran sus aliados y amigos, separándose de los Aqueos. Mas sin embargo de haber hecho Cleomenes una proposicion tan benigna y humana, no dejó Filopemen á los Megalopolitanos separarse de la liga de los Aqueos, tomando para ello el medio de acusar á Cleomenes de que no trataba de restituir la ciudad, sino de apoderarse de los ciudadanos; é hizo echar á Tearidas y Lisandridas de Mesena. Este es aquel Filopemen que

mas adelante fue el primero de los Aqueos, y adquirió grande gloria y fama entre los Griegos, como en su propia vida lo hemos escrito.

Cuando recibió esta noticia Cleomenes, que habia conservado intacta é indemne la ciudad hasta el punto de estar todos seguros de que no se habia tomado la cosa mas mínima, entonces alterado é incomodado del todo, hizo meter á saco todos los bienes; las estatuas y pinturas las envió á Esparta; y arruinando y asolando la mayor y mas señalada parte de la ciudad, movió para la Laconia por temor de Antígono y de los Aqueos. Mas estos nada hicieron, porque se hallaban en Egio reunidos en consejo. Despues cuando subiendo Arato á la tribuna, estuvo largo tiempo haciendo exclamaciones, y poniéndose el manto delante del rostro, sorprendidos todos, le rogaron que hablase, y diciéndoles que Megalopolis habia sido arruinada por Cleomenes, al punto se disolvió la junta, lamentando los Aqueos su súbita y desmedida desventura. Pensó Antígono en ir en su auxilio; pero acudiendo con lentitud las tropas de los cuarteles de invierno, dió orden para que permaneciesen en el pais que ocupaban; y él pasó á Argos llevando consigo escasas fuerzas; por lo que otra segunda sorpresa de Cleomenes pudo parecer una temeridad y locura; pero fue obra de una singular prudencia, como escribe Polibio. Porque sabiendo, dice, que los Macedonios estaban esparcidos por las ciudades, y que Antígono, que invernaba en Argos con sus amigos, solo tenia unos cuantos estipendiarios, invadió la Argolide, echando cuenta con que, ó venceria á Antígono si le movia la vergüenza, ó lo pondria en mal con los Argivos si no se atrevia á combatir, que fue lo que sucedió. Porque talado por él el pais, y trastornado y conmovido todo, los Argivos, que no podian llevarlo en paciencia, corrian al palacio del Rey clamando por que pelease ó cediera el imperio á los que

valian mas que él; pero Antígono, que como General prudente tenia por vergonzoso el exponerse temerariamente sin tener cuenta de su seguridad, y no el que los otros hablaran mal de él, no quiso de ninguna manera salir, sino que se mantuvo en su propósito; y Cleomenes, llegando con su ejército hasta las murallas, los insultó, les hizo todo el mal posible impunemente, y se retiró.

Habiendo oido de alli á poco que Antígono se dirigia otra vez á Tegea, para pasar desde alli á invadir la Laconia, reunió con presteza sus tropas, y adelantándose por otros caminos, al rayar el dia se le vió ya en las inmediaciones de Argos, talando el pais, para lo que no segaba el trigo como los demas con hoces ó con las espadas; sino que lo tronchaba con unos palos largos hechos en forma de sable; tomando como por juego el destrozar todos los frutos en la misma marcha sin ningun trabajo. Mas como al llegar al gimnasio del Cilarabis quisiesen los soldados pegarle fuego, se lo impidió, manifestándoles que lo ejecutado en Megalopolis mas habia sido un arrebato de cólera que un acto laudable.

Retiróse Antígono por el pronto á Argos, y despues, segun iba ocupando los montes y todas las eminencias, ponia guardias; y Cleomenes, para manifestar que no se le daba nada y le tenia en poco, le envió heraldos á pedirle las llaves del templo de Juno para sacrificar á esta Diosa en su retirada. Habiéndose burlado y mofado de esta manera, y hecho sacrificio á la Diosa al pie del templo, que se hallaba cerrado, condujo su ejército á Fliunte, y de alli, lanzando la guarnicion de Ologunto, bajó por Orcomeno; con lo que no solamente infundió aliento y confianza á sus ciudadanos, sino que con los enemigos mismos se acreditó de General, y se mostró capaz de grandes empresas. Porque habiendo salido con las fuerzas de una ciudad sola, hacer juntamente la

guerra contra el ejército de los Macedonios, contra todos los del Peloponeso y contra todos los tesoros del Rey, y no solo conservar intacta la Laconia, sino talar el territorio de aquellos y tomar ciudades de tanta importancia, esto era ciertamente obra de una pericia y de una virtud nada comunes.

El primero que profirió la máxima de que el dinero era el nervio de todos los negocios parece que para decirlo miró principalmente á los de la guerra; y Demades, mandando en una ocasion los Atenienses que se equiparan y tripularan las galeras estando faltos de dinero: antes es, les dijo, el pan que el piloto. Dícese asimismo de Arquidamo el mayor que al principio de la guerra del Poloponeso, dándosele orden de que fijara las contribuciones de los aliados, dijo que la guerra no se mantiene de lo tasado. Porque asi como los atletas muy ejercitados cansan y rinden con el tiempo á los bien dispuestos y á los que solo tienen destreza, de la misma manera Antígono, sosteniendo la guerra con un inmenso poder, fatigaba y cansaba á Cleomenes que apenas podia pagar el prest á los extrangeros, y dar el alimento á los ciudadanos: pues por lo demas el tiempo estaba en favor de Cleomenes por los graves negocios que llamaban á Antígono á su propio pais. Porque en su ausencia los bárbaros habian invadido y talado la Macedonia; y entonces descendia á ella un ejército numeroso de los Ilirios; hostigados del cual instaban por su vuelta los Macedonios; y á poco, con que hubieran llegado antes de la batalla aquellas cartas, se habria marchado al punto, despidiéndose y no haciendo cuenta de los Aqueos; pero la que decide, nada mas que con un poquito de los mayores negocios, que es la fortuna, mostró entonces con la mayor evidencia la fuerza y el poder de la ocasion: pues que acabada de dar la batalla de Selasia, y de perder Cleomenes el ejército y la ciudad, en aquel

mismo punto llegaron los mensageros que llamaban á Antígono: accidente que contribuyó á hacer mas digna de compasion la desgracia de Cleomenes. Porque si se hubiera detenido dos dias no mas, empleando los medios de prolongar la guerra, ninguna necesidad hubiera tenido de dar batalla; sino que retirados los Macedonios, habria hecho la paz con los Aqueos del modo que le hubiera parecido; cuando ahora por la falta de fondos, segun decimos, lo expuso todo á la suerte de las armas, precisado á entrar en accion con veinte mil hombres contra treinta mil, segun dice Polibio.

En el combate, sin embargo de que dió muestras de excelente General; que sus ciudadanos se portaron con el mayor valor, y que nada hubo que reprender en los auxiliares y estipendiarios; la calidad de las armas y el peso de la falange fue lo que sin duda le oprimió; y aun Filarco es de sentir que intervino traicion, y que á esta se debió principalmente el que fuera arrollado Cleomenes. Porque dando Antigono orden á los Ilirios y Acarnanios de que ocultamente tomaran la vuelta y flanquearan el ala que mandaba Euclidas, el hermano de Cleomenes, y formando despues las demas tropas en orden de batalla, se puso á mirar Cleomenes desde una eminencia, y como no descubriese por ninguna parte las armas de los Ilirios y Acarnanios, temió que Antígono los hubiera destinado á alguna emboscada. Llamó pues á Damoteles, que era el encargado de observar las asechanzas, y le mandó que viera y examinara qué era lo que habia á retaguardia y alrededor de su hueste; y como Damoteles, que es fama haber sido antes sobornado con dinero, le dijese que sobre aquel punto no tuviera cuidado, porque todo estaba bien, y atendiera solo á lo que tenia delante, y procurara defenderse, dándole crédito, marchó contra Antígono; y habiendo rechazado hasta la distancia de cinco esta-

dios la falange de los Macedonios con el ímpetu de los Esparciatas que consigo tenia, la derrotó y venció, siguiéndole el alcance; pero como en la otra ala hubiese sido envuelto Euclidas, hizo alto, y advirtiendo el peligro: pereciste, exclamó, caro hermano, pereciste como valiente, dejando egemplo á nuestros hijos y memoria á las mugeres espartanas. Muerto asi Euclidas, corrieron de la otra parte los que le vencieron; y viendo Cleomenes á sus soldados fuera de orden, y que ya no tenian valor para aguardar el nuevo choque, hubo de ponerse en salvo. Dícese que de los auxiliares murieron la mayor parte; y de los Lacedemonios, que eran en número de seis mil, todos á excepcion de doscientos.

Llegado á la ciudad, exhortó á los ciudadanos que salieron á recibirle á que dieran entrada á Antígono, y les dijo que por él muerto ó vivo, si en algo podia ser util á Esparta, no faltaria á egecutarlo. Viendo que las mugeres salian al encuentro á los que con él se habian salvado, que les tomaban las armas, y les llevaban de beber, se entró en su casa; y como una criada que tenia de condicion ingenua, habiéndola tomado en Megalopolis despues de la muerte de su muger, se llegase á él como solia, con deseo de asistirle viéndole venir del ejército, ni quiso beber, sin embargo de que se ahogaba de sed, ni sentarse estando fatigado; sino que armado como estaba puso la mano en una columna, y dejando caer el rostro sobre la flexura del brazo, descansó asi por algunos instantes, y haciendo entre sí diferentes reflexiones, se dirigió con sus amigos al punto de Gitio; y embarcándose en algunas naves prevenidas al intento, se hizo á la vela.

Tomó Antígono á Esparta con solo presentarse; pero trató con humanidad á los Lacedemonios, sin insultar ni humillar la dignidad de Esparta; y antes bien le restituyó sus leyes y su gobierno; y sa-

crificando á los dioses, marchó al tercero dia, noticioso de la guerra que sufria la Macedonia, y de que los bárbaros devastaban el pais. Hallábase ya entonces enfermo, por haber contraido una tisis grave y una tos continua. Mas no por eso se dejó caer, sino que se esforzó para esta guerra de su patria, durando lo bastante para alcanzar en ella una señalada victoria con gran carnicería de los bárbaros, y hacer su muerte mas gloriosa, la que se verificó, como es mas natural, y lo dice Filarco, de resultas de habérsele rebentado la apostema con los gritos que dió durante el combate; aunque en los corrillos se decia que prorumpiendo de gozo despues de la victoria en esta exclamacion: ó qué glorioso dia, arrojó gran cantidad de sangre, y levantándosele una fuerte calentura, murió. Mas baste esto de Antígono.

Cleomenes, navegando de Citera, tocó en otra isla, que era la de Egialco; de donde estaba para pasar á Cirene, cuando uno de sus amigos llamado Teruquion, varon de grande aliento para las empresas, y en sus expresiones altivo y arrogante, hallándole á solas, le hizo este razonamiento: »la muerte »para el hombre mas gloriosa la desdeñamos en el »combate, sin embargo de que todos nos habian oi»do decir que Antígono no seria vencedor del Rey »de los Esparciatas, como no fuera despues de muer»to: pues la ocasion de la otra muerte, que á aque»lla es segunda en fama y en virtud, tenémosla aho»ra en nuestra mano: ¿por qué pues navegamos á »la ventura, huyendo de la que tenemos tan cerca, »para ir á buscarla lejos? porque si no es una afren»ta que sirvan á los sucesores de Filipo y Alejandro »los descendientes de Hércules, nos ahorrariamos »una larga navegacion con entregarnos á Antígono, »que tanto se ha de aventajar á Tolomeo, cuanto á »los Egipcios los Macedonios. Y si nos desdeñamos »de sujetarnos á aquellos por quienes con las armas

» fuimos vencidos, ¿iremos á tomar por dueño y se-
» ñor al que no nos ha vencido, para que asi en lu-
» gar de uno haya dos á quienes seamos inferiores,
» Antígono de quien huimos, y Tolomeo, á quien
» habremos de adular? ¿ó diremos que venimos á
» Egipto por causa de la madre? ¡pues por cierto
» que serás á la madre un espectáculo agradable y
» digno de ser tomado por modelo, habiendo de pre-
» sentar á las mugeres de Tolomeo un Rey conver-
» tido en esclavo y un hijo fugitivo! ¿Pues por qué
» siendo todavía dueños de nuestras espadas, y te-
» niendo todavía la Laconia á nuestra vista, no nos
» substraemos aquí al imperio de la fortuna, justifi-
» cándonos asi para con los que yacen en Selasia
» muertos por Esparta? y no que ahora vamos á es-
» tarnos reposados en Egipto para informarnos de
» quién es el Sátrapa que Antígono ha dejado en La-
» cedemonia." Habiendo hablado de esta manera Te-
ruquion, le respondió Cleomenes: » ¿Conseguir, ó
» menguado, de las cosas humanas la mas fácil, y
» que todos tienen mas á la mano, que es el morir,
» quieres acreditarte de fuerte, entregándote á una
» fuga mas vergonzosa que la primera? porque á los
» enemigos han cedido antes de ahora otros mejores
» que nosotros, ó por capricho de la fortuna, ú opri-
» midos por la muchedumbre; pero al que, ó por el
» trabajo y el infortunio, ó por la gloria y el vitu-
» perio de los hombres se da por perdido, á este es
» su propia cobardía la que le vence: porque la muer-
» te voluntaria no debe elegirse para huir de obrar,
» sino para alguna accion util: porque es cosa ver-
» gonzosa que vivamos ó muramos para nosotros so-
» los, que es lo que tú ahora aconsejas, queriendo
» que nos apresuremos á salir de la situacion presen-
» te, sin hacer ó proponer ninguna otra cosa que sea
» honesta ó provechosa. Mas por lo que hace á mí,
» creo que tú y yo mismo no debemos perder aun

„ toda esperanza de salud para la patria; y cuando „ llegue el caso de que esta esperanza nos abandone „ enteramente, siempre nos ha de ser facil el morir „ si asi conviene." A esto nada replicó Teruquion; pero á la primera oportunidad que tuvo de apartarse de Cleomenes, retirándose por la ribera, se dió la muerte.

Cleomenes, haciéndose al mar desde Egialia, se dirigió al Africa, y acompañado por los oficiales del Rey, pasó á Alejandría. Presentándose á este, al principio no fue de él tratado sino con la comun humanidad y benevolencia; pero luego que dió á conocer el temple de su ánimo, acreditándose de hombre de mucho asiento, y mostrando en el trato diario un caracter Espartano y sencillo con cierta gracia liberal é ingenua, sin mancillar en lo mas mínimo su ilustre origen, ni aparecer abatido por el rigor de la fortuna, tuvo ya en el corazon del Rey mejor lugar que los que bajamente le lisonjeaban y adulaban: sintiendo este pesar y vergüenza de haber mirado con abandono á un varon tan singular, y haber dejado que fuera la presa de Antígono, que de resultas tanto habia aumentado en gloria y su poder. Enmendando pues lo pasado con nuevas honras y agasajos, alentó á Cleomenes, anunciándole que con naves y dinero le volveria á la Grecia, y le restableceria en el reino. Señalóle ademas una pension de veinte y cuatro talentos al año; con los que se mantenia á sí mismo y á sus amigos con parsinomia y frugalidad, impendiendo la mayor parte en socorrer benigna y humanamente á los que de la Grecia se acogian al Egipto.

Mas Tolomeo el mayor murió antes de que tuviera cumplimiento la restitucion de Cleomenes; y como al punto hubiese caido la corte en embriagueces, lascivias y todo género de disolucion, fue consiguiente que se echara en olvido lo ofrecido á Cleo-

menes. Porque al Rey mismo le habian traido á tal grado de corrupcion con las mugerzuelas y el vino, que cuando mas despierto estaba y mas en su acuerdo, se le iba el tiempo en celebrar misterios, y en andar por el palacio con una campanilla convocando á ellos; y de las cosas de gobierno disponia á su arbitrio Agatoclea, que era su favorita, la madre de esta, y un rufian llamado Oinantes. Sin embargo al principio no se tuvo por del todo inutil á Cleomenes; porque como Tolomeo temiese á su hermano Megas, á causa de que por su madre tenia ascendiente sobre las tropas, se valió de Cleomenes, y le admitió á los consejos íntimos, con la idea de deshacerse del hermano; mas él solo, sin embargo de que todos los demas instaban sobre que se pusiese por obra, desaprobó tal intento, diciendo que si fuera posible, debian darse al Rey muchos hermanos para su seguridad, y para tener con quien repartir la muchedumbre de los negocios; y aunque Sosibio, que era el de mas poder entre los amigos del Rey, expuso que no podrian tener confianza en las tropas asalariadas mientras Megas viviese, les dijo Cleomenes que en este punto estuvieran descuidados; porque habia entre estas tropas mas de tres mil Peloponesianos que estaban á su devocion, y con solo hacerles una seña se le presentarian armados con la mas pronta voluntad: manifestacion que por entonces grangeó á Cleomenes opinion de afecto al Rey, y de no estar destituido de poder. Mas como luego la misma flojedad de Tolomeo acrecentase en él el miedo, y segun la costumbre de los que no se paran á considerar nada, tuviese por lo mas seguro temer de todo, y no fiarse de nadie, empezó entre los cortesanos á tener por temible á Cleomenes, á causa de su influjo con las tropas extrangeras; y ya muchos decian que á aquel leon se le tenia entre las ovejas; y á la verdad como tal estaba en el palacio mirando

con entereza, y haciéndose cargo de cuanto pasaba.

Desmayó pues en la demanda de naves y tropas; mas habiendo sabido que habia muerto Antígono, que los Aqueos estaban enredados en la guerra de Etolia, y que los negocios pedian su presencia y le llamaban allá, estando el Peloponeso en el mayor tumulto y agitacion, pidió que se le permitiera ir solo con sus amigos; pero de nadie fue escuchado, porque el Rey á nadie daba oidos, entretenido siempre con mugerzuelas, con los regocijos de Baco y con comilonas; y el que lo dirigia y gobernaba todo, que era Sosibio, si detenia á Cleomenes contra su deseo, le miraba como desasosegado y temible; y en el caso de dejarle marchar, le infundia recelos un hombre osado y de grandes alientos, que estaba muy hecho cargo de las dolencias de aquel reino. Porque ni aun las dádivas le dominaban; sino que asi como Apis, cuando parecia que nadaba en la abundancia y en el placer, lo inquietaba el deseo de una vida segun su genio, y de las carreras y juegos en toda libertad, viéndose claramente que le era insufrible el que le contuviera la mano del sacerdote; del mismo modo á Cleomenes ningun regalo le lisonjeaba; sino que como á Aquiles

El fuerte corazon se le angustiaba
De verse alli encerrado; y de las lides
En el deseo bullicioso ardia.

Cuando sus cosas se hallaban en este estado, llega á Alejandría Nicagoras de Mesena, hombre que aborrecia á Cleomenes, aunque aparentaba serle amigo; y es que le habia vendido años pasados una buena posesion, y por penuria de dinero, á lo que entiendo, ó quizá por falta de oportunidad con motivo de las continuadas guerras, no habia aun recibido el precio. Viéndole pues entonces Cleomenes saltar en tierra desde la nave, porque casualmente se estaba paseando en el desembarcadero del puerto, le saludó con

afecto, y le preguntó cuál era la causa que le conducia al Egipto. Correspondióle Nicágoras con afabilidad; y contestándole que traia para el Rey caballos hechos á la guerra, Cleomenes se echó á reir: y yo te aconsejaria, le dijo, que mas bien le trajeras tañedoras de flautas ó hermosos mocitos, porque estas son ahora las cosas de mas gusto para el Rey. Rióse tambien Nicagoras por entonces; pero haciendo al cabo de pocos dias conversacion del campo á Cleomenes, le rogó que le pagara el precio, diciendo que no le incomodaria á no haber sentido bastante pérdida en el despacho del cargamento; y respondiéndole Cleomenes no tener ningun sobrante de sù asignacion, incomodado Nicágoras denunció á Sosibio el dicho de Cleomenes. Oyóle aquel con placer; pero deseoso de tener otra causa con que exasperar mas el ánimo del Rey, persuadió á Nicágoras que dejara escrita una carta contra Cleomenes, en la que dijese que este tenia meditado, si alcanzaba que se le dieran naves y soldados, apoderarse de Cirene. Escribió Nicágoras la carta y se marchó, y Sosibio á los cuatro dias se la leyó al Rey, como que acababa de recibirla, con lo que le acaloró é irritó, haciéndole determinar que se condujera á Cleomenes á un edificio grande, y acudiéndole alli con todo lo acostumbrado, se le privara de la salida.

No dejaba esta disposicion de afligir á Cleomenes; pero fue todavía mas triste la perspectiva que se le presentó para lo venidero con este desgraciado accidente. Tolomeo el de Crisermo, que era amigo del Rey, habia hablado siempre á Cleomenes con cariño, y aun habia entre ambos cierta amistad y franqueza. Este pues á ruego de Cleomenes vino á verle, y le trató tambien con afabilidad, removiendo toda sospecha y procurando excusar al Rey; pero al retirarse de aquel edificio no atendió á que Cleomenes seguia acompañándole hasta la puerta, y reprendió ás-

peramente á los de la guardia de que custodiaban con poca diligencia y cuidado á una fiera que pedia otra vigilancia. Oyólo Cleomenes, y retirándose sin que Tolomeo le sintiese, lo participó á los amigos. Todos pues desecharon las esperanzas que antes habian tenido, y poseidos de ira, determinaron vengarse de la injusticia é insulto de Tolomeo, y morir de un modo digno de Esparta, sin aguardar á ser degollados como víctimas engordadas para el sacrificio: pues era cosa terrible que habiendo Cleomenes desechado las proposiciones de paz hechas por Antígono, gran militar y hombre de valor, se estuviera ahora sentado esperando á que se hallara de vagar un Rey ministro de Cibeles, y á que depusiera el tímpano y el tirso para degollarle.

Tomada esta resolucion, hizo la casualidad que Tolomeo habia ido á Canopo, y con esta oportunidad hicieron correr la voz de que el Rey, le daba libertad. Ademas de esto siendo costumbre recibida en el palacio que se enviase la comida y diferentes regalos á los que iban á ser sacados de la prision, los amigos habian hecho estos preparativos para Cleomenes, y se los enviaron desde afuera del edificio para engañar á los de la guardia, haciéndoles creer que era el Rey el que los enviaba; para lo que sacrificó y les dió abundantemente parte, coronándose él de flores, y recostándose á comer con sus amigos. Dícese que puso en ejecucion su designio mas presto de lo que tenia pensado, por haber llegado á entender que un esclavo que estaba en el secreto habia dormido fuera con una muger, de la que estaba enamorado; y temeroso de que pudiera descubrirlo, siendo la hora del medio dia, y habiéndose asegurado de que los guardias estaban durmiendo medio beodos, se puso la túnica, y desatando los lazos del hombro derecho, con la espada desnuda en la mano, salió con los amigos preparados de la misma manera, que en todos eran

trece. De estos Hipotas, que era cojo, al primer ímpetu los acompañó con igual ardor; pero cuando advirtió que por él iban mas despacio, les pidió que lo mataran, y no malograrán la empresa por esperar á un hombre inútil. Mas sucedió que atravesó por la puerta un Alejandrino que llevaba un caballo: quitáronselo y poniendo en él á Hipotas, dieron á correr por las calles, excitando á la muchedumbre á la libertad; pero á lo que parece para aquellos habitantes el último término de su valor era alabar y admirar la osadía de Cleomenes, no habiendo nadie que la tuviera para seguirle y darle ayuda. A Tolomeo el de Crusermo, que salia de palacio, le acometieron tres al punto, y le dieron muerte; y corriendo contra ellos en su carro el otro Tolomeo, á cuyo cargo estaba la custodia de la ciudad, saliéndole al encuentro, dispersaron á sus esclavos y á los de su escolta, y á él arrojándole del carro le mataron. Dirigiéronse en seguida al alcázar con el objeto de quebrantar la cárcel y ayudarse con la muchedumbre de los presos; pero la guardia se les habia anticipado, y la tenia bien defendida: de manera que frustrado Cleomenes en este intento, corria desatentado por la ciudad, sin que se le reuniera nadie, y antes huyendo todos y mostrando el mayor temor. Paróse pues, y diciendo á sus amigos: »nada tiene de extraño que sean manda»dos por mugeres unos hombres que rehusan la liber»tad," los exhortó á todos á morir de un modo digno de él y de sus anteriores hazañas. Hipotas fue el primero que se hizo traspasar por uno de los mas jóvenes; y en seguida cada uno de los demas se atravesó á sí mismo con su espada con la mayor serenidad é intrepidez, á excepcion de Penteo, que habia sido el primero que entró en Megalopolis cuando fue tomada. A este, bellísimo de persona, de la mejor índole y disposicion para la educacion Espartana, y que por estas prendas habia sido el amado

de Cleomenes, le dió orden de que cuando viera que él y los demas habian acabado, entonces acabara consigo. Yacian todos por el suelo, y Penteo fue de uno en uno tentando con la espada no fuera que alguno quedara vivo; y haciendo por fin con Cleomenes la prueba de punzarle en un pie, como observase en su rostro algun movimiento, le besó, se sentó á su lado, y cuando ya espiró, abrazó su cadáver, y en esta actitud se quitó á sí mismo la vida.

De este modo terminó sus dias Cleomenes, habiendo reinado en Esparta diez y seis años, y habiendo llegado á ser un varon tan eminente. Divulgada la noticia por toda la ciudad, Cratesiclea, no obstante ser de ánimo varonil, desfalleció con la grandeza de semejante calamidad, y abrazando á los hijos de Cleomenes, empezó á lamentarse y hacer grandes exclamaciones. El mayor de aquellos niños, desprendiéndose y saliendo de alli cuando nadie podia sospecharlo, se arrojó de cabeza desde el tejado, y aunque se hizo grandísimo daño, no murió del golpe, y cuando le levantaron gritaba y se desesperaba porque le impedian el morir. Tolomeo, luego que se le dió cuenta, mandó que desollaran el cuerpo de Cleomenes, y lo pusieran en una cruz, y que diesen muerte á los hijos, á la madre y á las mugeres que tenia consigo. Era una de estas la muger de Panteo, de hermosa y agraciada persona. Estaban recien casados, y en el primer ardor de sus amores les sobrevineron estos infortunios. Quiso pues embarcarse desde el principio con Panteo; pero sus padres no la dejaron, teniéndola guardada por fuerza bajo llave; pero al cabo de poco, habiendo podido proporcionarse un caballo y algun dinero, se escapó de noche, y sin detenerse caminó hasta Tenaro; y alli se embarcó en una nave que se dirigia á Egipto; y conducida á la compañía de su marido, vivió con él en tierra extraña alegre y contenta. Entonces asistió

á Cratesilea; arrebatada por los soldados, la recogió el manto, y la exhortó á tener buen ánimo, sin embargo de que mostró no arredrarla la muerte, no pidiendo mas que una sola cosa, que era morir antes que los niños. Llegadas al sitio en que los ministros acostumbraban á hacer tales ejecuciones, primero dieron muerte á los niños á vista de Cratesilea, y despues á esta misma, que en medio de tanta afliccion no pronunció mas palabras que estas: »¡Hijos mios, adonde habeis venido!" La muger de Panteo se ciñó el manto, y siendo alta y de fuerza, callando y con reposo prestó su asistencia á cada una de las que murieron, y cubrió sus cadáveres en la forma que pudo. Finalmente muertas todas, cuidó de su propio adorno, se recogió la ropa, y no permitiendo que se le acercase nadie ni la viese sino el encargado de la ejecucion, murió heróicamente sin necesitar de nadie que cuidara de cubrirla y amortajarla despues de su muerte. ¡Tan zelosa fue de conservar aun en este trance la limpieza de su alma, y de guardar aquel pudor que fue mientras vivió el antemural de su cuerpo!

Lacedemonia pues, habiendo puesto en contraposicion y competencia en esta tragedia el valor de unas mugeres con el de los hombres, hizo ver que la virtud no puede ser nunca ofendida y agraviada de la fortuna. Al cabo de pocos dias los que guardaban el cuerpo de Cleomenes puesto en cruz vieron un dragon de bastante magnitud enroscado en su cabeza, y que le cubria el rostro en términos de no poder acercarse ninguna ave á comer sus carnes; de resulta de lo cual se apoderó del ánimo del Rey cierta supersticion y miedo, que dió ocasion á las mugeres para diferentes expiaciones, dándose á entender que habian muerto á un hombre amado de los Dioses y de una naturaleza superior; y los de Alejandría dieron en concurrir á aquel lugar, invocando

á Cleomenes como héroe é hijo de los Dioses: hasta que otros tenidos por mas inteligentes los retrajeron de esta opinion, contándoles que de los bueyes podridos nacen las abejas; de los caballos las abispas, y de los asnos en igual forma los escarabajos; y que los cuerpos humanos, cuando el podre de la medula se espesa y toma consistencia, produce serpientes: lo que observado por los antiguos, miraron al dragon como el mas amigo y compañero de los héroes entre todos los animales.

Habiendo referido ya la primera historia, nos quedan que ver no menores infortunios en la pareja Romana, contraponiendo las vidas de Tiberio y Cayo. Eran hijos de Tiberio Graco, que con haber sido Censor de los Romanos, Consul dos veces, y haber obtenido dos triunfos, todavía fue mayor la dignidad que debió á su virtud. Fue por tanto merecedor de tomar en matrimonio á Cornelia, hija de Escipion, el que venció á Anibal, despues de la muerte de este, aunque no habia sido su amigo, sino mas bien de otro partido en el gobierno. Dícese que cogió una vez una pareja de dragones sobre su lecho: que habiendo examinado los agoreros este portento, no dejaron que se diera muerte á los dos, ni que los dos quedaran, sino que se eligiera uno, en la inteligencia de que si se mataba el macho, esto anunciaba la muerte á Tiberio, y si la hembra á Cornelia; y finalmente que amando mucho Tiberio á su muger, y juzgando que era mas conveniente morir él el primero por tener mas edad, pues Cornelia era todavía joven, mató de las serpientes el macho y dejó la hembra; y despues al cabo de poco tiempo murió, dejando doce hijos tenidos en Cornelia. Encargada esta de los hijos y de la casa, se mostró tan prudente, tan amante de sus hijos, y tan magnánima, que entendieron todos no haber andado errado Tiberio en anteponer su muerte á la de semejante muger, la cual no admitió el matrimonio del Rey Tolomeo, que partia con ella la diadema y la pedia por muger; y permaneciendo viuda, perdió todos los demas hijos, á excepcion de una hija que casó con Escipion el menor, y los dos hijos Tiberio y Cayo, cuya vida escribimos; á los que dió tan esmerada crianza, que con ser, á confesion de todos, los de mejor índole entre los Romanos, aun parece

que se debió mas su virtud á la educacion que á la naturaleza.

Pues que en la semejanza de los Dióscuros, en sus imágenes pintadas ó esculpidas se nota alguna diferencia que indica ora lo luchador, y ora lo corredor de caballos, y de la misma manera en el grande aire que se dan estos jóvenes en el valor y modestia, en la liberalidad, en la elocuencia y en la elevacion de ánimo, todavía salen y se notan en sus hechos y manera de gobierno grandes desemejanzas; me parece que no será fuera de propósito que preceda su explicacion. En primer lugar en las facciones del rostro, en el mirar y en los movimientos, Tiberio era dulce y reposado; y Cayo fogoso y vehemente: tanto, que para hablar en público el uno permanecía sosegado en el mismo sitio, y el otro fue el primero de los Romanos que empezó á dar pasos en la tribuna, y á desprenderse la toga del hombro; al modo que se refiere de Cleon el Ateniense haber sido el primero de aquellos oradores que se desprendia el manto y se golpeaba el muslo. En segundo lugar el estilo de Cayo era acalorado y cargado de afectos con tendencia á lo terrible, y el de Tiberio mas dulce y mas propio para mover á la compasion. En la diccion el de este era puro y trabajado con estudio, el de Cayo persuasivo y florido. Del mismo modo en cuanto al orden de vida y á la mesa, Tiberio parco y sencillo, y Cayo, si se le comparaba con los demas, sobrio y austero; pero mirada la diferencia con el hermano, lujoso y delicado: asi es que Druso le afeó el haber comprado unas mesas Délficas de plata, que le costaron á razon de mil doscientas y cincuenta dracmas la libra. En sus costumbres, con relacion á la diferencia del estilo, el uno era afable y benigno, y el otro pronto é iracundo: de manera que hablando en público, se dejaba muchas veces arrebatar de la ira contra su

mismo propósito, con lo que levantaba la voz, prorumpia en dicterios y desordenaba el discurso; y por lo tanto para reparo de este acaloramiento tenia cerca de sí á su esclavo Licinio, que no carecia de talento, el cual puesto á su espalda con el instrumento que sirve para dar los tonos, cuando advertia que precipitaba y cortaba la pronunciacion por el demasiado ardimiento, le daba un tono bajo y suave; y en oyéndole inmediatamente volvia sobre sí, templaba el calor de los afectos, y bajaba la voz con la mayor docilidad.

Estas eran las diferencias que entre ellos habia; pero la fortaleza contra los enemigos, la justicia con los súbditos, la actividad en los cargos y la continencia en los placeres era en ambos una misma. En cuanto á la edad Tiberio tenia nueve años mas, y esto hizo que egerciesen autoridad en distintos tiempos; lo que no fue de pequeño perjuicio para sus empresas; no habiendo florecido á un tiempo ni podido reunir sus fuerzas, que juntas las de ambos hubieran sido grandes é insuperables. Hablaremos pues separadamente de cada uno, y primero de el de mas edad.

Este pues apenas salió de la puericia tuvo ya tanto nombre, que al punto se le reputó digno del sacerdocio llamado de los Augures, mas bien por su virtud que por su ilustre origen. Manifestólo asi Apio Claudio, varon consular y censorio, primero por su dignidad entre los Senadores de Roma, y muy aventajado en prudencia á los de su edad, porque comiendo juntos los agoreros, habló y saludó con singular cariño á Tiberio, y él mismo lo pidió para esposo de su hija; y habiéndolo él otorgado con la mejor voluntad, hechos en esta forma los esponsales, al entrar Apio en su casa empezó desde la puerta á llamar á su muger y á decirle en voz alta: » Antistia, he dado esposo á Claudia:" y admirada aque-

lla: »¿qué prisa ó qué precipitacion es esa, le respondió, como no sea Tiberio el marido que le has proporcionado?" Bien sé que algunos refieren esto al padre de los Gracos Tiberio, y á Escipion el Africano; pero los mas son de nuestro sentir; y Polibio dice que despues de la muerte de Escipion el Africano sus deudos prefirieron entre todos á Tiberio para darle en matrimonio á Cornelia, significando con esto que el padre la habia dejado sin desposar ni prometer. Militó el joven Tiberio en Africa con Escipion el menor, que estaba casado con su hermana; y viviendo en una misma tienda con el General, al punto comprendió su índole, que daba grandes y continuos ejemplos de virtud, dignos de que todos los emulasen é imitasen. Bien presto pues se aventajó á todos los jóvenes en disciplina y en valor; y fuè el primero que trepó al muro enemigo, como lo escribe Fanio, diciendo que él tambien subió con Tiberio, y participó de aquel prez del valor. Asi mientras estuvo presente tuvo el amor de los soldados, y despues de haber partido del ejército fue muy sentida su ausencia.

Nombrado Cuestor despues de aquella guerra, cúpole en suerte militar contra los de Numancia con el Consul Cayo Mancino, varon no vituperable, pero el General mas desgraciado de todos los Romanos; y por lo tanto resplandeció mas en acontecimientos tan extraños de fortuna y en semejantes adversidades, no solo la puntualidad y valor de Tiberio, sino lo que es de admirar, su veneracion y respeto hácia el caudillo, cuando él mismo, oprimido de tantos males, hasta de que era General se habia olvidado. Porque vencido en grandes y continuados combates, intentó retirarse de noche, abandonando el campamento; pero habiéndolo percibido los Numantinos, tomaron este inmediatamente; cayeron sobre los fugitivos, dando muerte á los que alcanzaron,

y envolvieron por fin todo el ejército, impeliéndole hácia lugares ásperos, de los que no habia salida; por lo que desesperado Mancino de todo buen término, hizo publicar que trataria con ellos de conciertos de paz; pero respondieron que no se fiarian sino de solo Tiberio, proponiendo que fuera este el que se les enviara. Movíanse á ello ya por el mismo joven, á causa de la fama que de él habia en el ejército, y ya tambien acordándose de su padre Tiberio, que haciendo la guerra á los Españoles, y habiendo vencido á muchas gentes, asentó paz con los Numantinos; y confirmada por el pueblo, la guardó siempre con rectitud y justicia. Enviado pues Tiberio, entró con ellos en pláticas, y ora haciendo recibir unas condiciones, ora cediendo en otras, concluyó un tratado por el que salvó notoriamente á veinte mil ciudadanos Romanos, sin contar los esclavos ni la demas turba que no entra en formacion.

Cuanto quedó en el campamento lo tomaron ó destruyeron los Numantinos. Habia entre estos despojos unas tablas pertenecientes á Tiberio, que contenian las cuentas de su cuestura, y que en gran manera deseaba recobrar; por lo cual retirado ya el ejército, volvió á la ciudad con tres ó cuatro de sus amigos. Llamando pues á los magistrados de los Numantinos, les rogó que le entregaran las tablas para no dar á sus contrarios ocasion de calumniarle, por no tener con que defenderse acerca de su administracion. Alegráronse los Numantinos con la feliz casualidad de poder servirle, y le rogaban que entrase en la poblacion; y como se parase un poco para deliberar, acercándose á él, le cogian del brazo repitiendo las instancias, y suplicándole que no los mirara ya como enemigos, sino que como amigos se fiara y valiera de ellos. Resolvióse por fin á hacerlo asi, deseoso de recobrar las tablas, y temeroso de que entendieran los Numantinos que tenia

desconfianza; y entrando en la ciudad, le convidaron á comer, interponiendo toda especie de ruegos para que comiera alguna cosa sentado con ellos. Restituyéronle despues las tablas, y le propusieron que de lo demas del botin tomara lo que gustase; mas no tomó otra cosa que un poco de incienso, porque usaba de él para los sacrificios públicos; y con esto se retiró, saludándolos y despidiéndose con demostraciones de afecto.

Luego que volvió á Roma, aquel tratado se miró como ofensivo é ignominioso á la república, y fue por lo tanto puesto en examen y objeto de acusacion; pero los deudos y amigos de los soldados, que eran una gran parte del pueblo, poniéndose alrededor de Tiberio, imputaron al General todo lo que el suceso habia tenido de afrentoso, y atestiguaron que por él se habian salvado tantos ciudadanos. En tanto los que improbaban el tratado decian que en aquel caso debian los Romanos imitar á sus antepasados: porque tambien estos á los Cónsules que se dieron por contentos con recibir libertad de los Samnites, los arrojaron desnudos en manos de los enemigos; y á cuantos intervinieron y tuvieron parte en los tratados, como los cuestores y comandantes, igualmente los entregaron, haciendo que recayera sobre estos el perjurio y el quebrantamiento de los pactos; pero aqui fue donde principalmente se vió el interes y amor con que el pueblo miraba á Tiberio: porque decretaron que el Cónsul desnudo y atado fuese entregado á los Numantinos; y á todos los demas los trataron con indulgencia á causa de Tiberio. Parece que contribuyó tambien á ello Escipion, que era entonces el principal y de mayor poder entre los Romanos; y sin embargo no faltaba quien le culpase de no haber salvado á Mancino, y no haber procurado que se guardara á los Numantinos un tratado hecho por su deudo y amigo Tibe-

río. Bien es que esta acusacion, a lo que parece, se debió en gran parte al amor propio de Tiberio un poco ofendido, y á las conversaciones con que los amigos de este y algunos sofistas le acaloraban; pero al cabo esta ligera desazon no tuvo consecuencia ninguna triste ó desagradable. En lo que para mí no cabe duda es en que Tiberio no se habria visto en las adversidades que le sobrevinieron, si á sus operaciones de gobierno hubiera estado presente Escipion Africano; pero ahora cuando este se hallaba ya en España ocupado en la guerra de Numancia, fue cuando se dedicó á promover el establecimiento de nuevas leyes con la ocasion siguiente.

Los Romanos de todas las tierras que por la guerra ocuparon á los enemigos comarcanos, vendieron una parte; y declarando pública la otra, la arrendaron á los ciudadanos pobres y menesterosos por una moderada pension, que debian pagar al Erario. Empezaron los ricos á subir las pensiones; y como fuesen dejando sin tierras á los pobres, se promulgó una ley, que no permitia cultivar mas de quinientas yugadas de tierra. Y por algun tiempo contuvo esta ley la codicia, y sirvió de amparo á los pobres para permanecer en sus arrendamientos, y mantenerse en la suerte que cada uno tuvo desde el principio; pero mas adelante los vecinos ricos empezaron á hacer que bajo nombres supuestos se les traspasaran los arriendos, y aun despues lo ejecutaron abiertamente por sí mismos; con lo que desposeidos los pobres, ni se prestaban de buena voluntad á servir en los ejércitos, ni cuidaban de la crianza de los hijos, y se estaba en riesgo de que la Italia toda se quedara desierta de poblacion libre, y se llenara de calabozos de esclavos como los de los bárbaros: porque con ellos labraban las tierras los ricos, excluidos los ciudadanos. Intentó poner en esto algun remedio Cayo Lelio el amigo de Escipion; pero encontró grande oposicion en los

poderosos; y porque temiendo una sedicion, desistió de su empresa, mereció el sobrenombre de sabio ó prudente: porque uno y otro significa la voz *sapiens.* Mas nombrado Tiberio Tribuno de la plebe, al punto tomó por su cuenta este negocio, siendo, segun dicen los mas, los que le daban calor el orador Diófanes y el filósofo Blosio. Era Diófanes un desterrado de Mitilene; y Blosio de alli mismo, natural de Cumas en Italia; al cual, habiendo sido en Roma discípulo de Antipatro Tarsense, dedicó este sus tratados de filosofia. Algunos dan tambien algo de culpa á su madre Cornelia, que les echaba en cara muchas veces el que los Romanos le decian siempre la suegra de Escipion, y nunca la madre de los Gracos. Mas otros dicen haber sido la causa un Espurio Postumio de la misma edad de Tiberio, y que competia con él en las defensas de las causas: porque como al volver del ejército lo encontrase muy adelantado en gloria y gozando de grande fama, quiso, á lo que parece, sobreponérsele, haciéndose autor de una providencia arriesgada, y que ponia á todos en gran expectacion; pero su hermano Cayo dijo en un escrito que al hacer Tiberio su viage á España por la Toscana, viendo la despoblacion del pais, y que los labradores y pastores eran esclavos advenedizos y bárbaros, entonces concibió ya la primera idea de una providencia, que fue para ellos el manantial de infinitos males. Tuvo tambien gran parte el pueblo mismo, acalorando y dando impulso á su ambicion con excitarle por medio de carteles, que aparecian fijados en los pórticos, en las murallas y en los sepulcros, á que restituyera á los pobres las tierras del público.

Mas no dictó por sí solo la ley, sino que tomó consejo de los ciudadanos mas distinguidos en autoridad y en virtud: entre ellos de Craso el Pontífice Máximo; de Mucio Escevola el Jurisconsulto, que era Consul en aquel año; y de Apio Claudio su sue-

gro. Parece ademas que no pudo haberse escrito una ley mas benigna y humana contra semejante iniquidad y codicia: pues cuando parecia justo que los culpados pagaran la pena de la desobediencia, y sobre ella sufrieran la de perder las tierras que disfrutaban contra las leyes, solo disponia que percibiendo el precio de lo mismo que injustamente poseian, dieran entrada á los ciudadanos indigentes. Mas aunque el remedio era tan suave, el pueblo se daba por contento, y pasaba por lo sucedido, como para en adelante no se le agraviara; pero los ricos y acumuladores de posesiones, mirando por codicia con encono á la ley, y por ira y tema á su autor, trataban de seducir al pueblo, haciéndole creer que Tiberio queria introducir el repartimiento de tierras con la mira de mudar el gobierno y de trastornarlo todo. Mas nada consiguieron; porque Tiberio, empleando su elocuencia en una causa la mas honesta y justa, siendo asi que era capaz de exornar otras menos recomendables, se mostró terrible é invicto cuando rodeando el pueblo la tribuna, puesto en pie, dijo hablando de los pobres: » las fieras que discurren por » los bosques de la Italia tienen cada una sus guaridas y sus cuevas; y los que pelean y mueren por » la Italia solo participan del aire y de la luz, y » de ninguna otra cosa mas; sino que sin techo y » sin casa andan errantes con sus hijos y sus mugeres; » y sus caudillos no dicen verdad cuando en las batallas exhortan á los soldados á combatir contra los » enemigos por sus aras y sus sepulcros: porque de » un gran número de Romanos, ninguno tiene ara, » patria, ni sepulcro de sus mayores: sino que por » el regalo y la riqueza agena pelean y mueren; y » cuando se dice que son señores de toda la tierra, » ni siquiera un terron tienen propio."

Estas expresiones, nacidas de un ánimo elevado y de un sentimiento verdadero, corrieron por el pue-

blo, y lo entusiasmaron y movieron de manera que no se atrevió á chistar ninguno de los contrarios. Dejándose pues de contradecir, acudieron á Marco Octavio, uno de los Tribunos de la plebe, joven grave y modesto en sus costumbres y amigo íntimo de Tiberio: asi es que al principio por respeto á él habia cedido; pero por fin, siendo rogado é instado de muchos y de los mas principales, como por fuerza se opuso á Tiberio y desechó la ley. Entre los Tribunos prevalece el que se opone: porque nada hacen todos los demas con que uno solo repugne. Irritado con esto Tiberio, retiró aquella ley tan humana, y propuso otra mas acepta á la muchedumbre y mas dura contra los trasgresores, mandándoles ya dejar las tierras que poseian contra las anteriores leyes. Eran por tanto continuas las contiendas que tenia con Octavio en la tribuna; en las que, sin embargo de que se contradecian con el mayor ardor y empeño, se refiere no haber dicho uno contra otro expresion ninguna ofensiva, ni haber prorumpido en el calor de la ira en ninguna palabra que pudiera parecer menos decorosa; y es que, segun parece, no solo en los banquetes, sino tambien en las contiendas y en las rencillas, el estar dotados de buena índole y haber sido educados con esmero, sirve siempre de freno y ornamento á la razon. Y aun habiendo advertido que Octavio era uno de los trasgresores de la ley, poseyendo muchas tierras del público, le rogaba Tiberio que desistiera del empeño, prometiendo pagarle el precio de ellas de su propio caudal, sin embargo de que no era de los mas floridos. No habiendo Octavio escuchado la proposicion, mandó por un edicto que cesaran todas las demas magistraturas en sus funciones hasta que se votara la ley; y puso sellos en el templo de Saturno para que los Cuestores ni introdujeran ni extrajeran nada, publicando penas contra los Pretores que contraviniesen: de ma-

nera que todos concibieron miedo, y dieron de mano á sus respectivos negocios. Desde aquel punto los poseedores de tierras mudaron de vestiduras, y en atitud abatida y miserable se presentaron en la plaza; pero ocultamente armaban asechanzas á Tiberio, y aun habian llegado á tener pagados asesinos; tanto que él á ciencia de todos llevaba siempre en la cinta un puñal de los usados por los piratas, al que llaman dolon.

Llegado el dia, llamaba al pueblo para proceder á la votacion; pero los ricos habian quitado las urnas, y este incidente produjo un grandísimo alboroto. Podian Tiberio y su partido emplear la fuerza; y á ello se disponian; pero en aquel momento Manlio y Fulvio, varones consulares, se dirigieron á Tiberio, y tomándole las manos, le rogaban con lágrimas que se contuviera. Reflexionando este sobre las terribles consecuencias que ya preveia, y acatando ademas á tan autorizados varones, les preguntó ¿qué querian hiciese? á lo que contestaron no creerse capaces responder de pronto á semejante consulta, y que lo mejor seria poner la decision en manos del Senado; y haciéndole sobre ello instancias, condescendió con su deseo. Mas como reunido el Senado nada adelantase, porque el mayor influjo era de los ricos, echó mano de un medio nada legal ni pacífico, cual fue el de privar del Tribunado á Octavio, no encontrando otro para que la ley se pusiera á votacion. Empezó para esto á interponer con él públicamente ruegos, hablándole en los términos mas amistosos y humanos, y tomándole las manos, le suplicaba cediera en cuanto á la ley, y favoreciera al pueblo en una cosa tan justa, y que seria ligera recompensa de grandes trabajos y peligros. Desechada por Octavio esta propuesta, ya hablándole en otro tono, le repuso que teniendo ambos una misma autoridad, y disentiendo sobre negocios de tan grande importancia, no ha-

bria como acabar su tiempo sin hacerse la guerra; y que por tanto solo veia un remedio á este mal, que era el de cesar uno de los dos en la magistratura; y propuso á Octavio que llamara al pueblo á votar acerca de él: pues por su parte descenderia al punto, y quedaria reducido á la clase de particular, si asi lo determinaban los ciudadanos. No conviniendo en ello Octavio, le dijo Tiberio que en tal caso estaba resuelto á llamar á votar acerca de él, á no que pensándolo mejor, mudara de dictamen.

Con esto entonces disolvió la junta; pero reunido el pueblo al dia siguiente, subiendo á la tribuna, tentó de nuevo persuadir á Octavio; pero hallándole irreducible, propuso ley para privarle del Tribunado; y al punto hizo dar la voz de que los ciudadanos pasaran á votarla. Eran treinta y cinco las curias, y cuando habian votado diez y siete, y no faltaba mas que una para que Octavio quedara de particular, mandó suspender, y otra vez se puso á rogarle. Abrazóle á vista del pueblo, é hizo otras demostraciones, instándole y suplicándole que ni á sí mismo se expusiera á aquel sonrojo, ni á él le pusiera en la precision de haber de ser causa de una providencia tan dura y tan cruel. Dícese que estos ruegos y súplicas no los escuchó Octavio, enteramente inmoble y sereno; sino que se le llenaron los ojos de lágrimas, y estuvo en silencio largo rato. Pero luego que miró á los ricos y á los poseedores de tierras que le tenian rodeado, es de creer que de vergüenza y temor á lo que estos dirian, se resolvió á todo trance, y dijo con entereza á Tiberio: que hiciera lo que gustase. Sancionada de este modo la ley, mandó Tiberio á uno de sus libertos que echara á Octavio de la tribuna, porque se valia de sus libertos como de ministros; y esto hizo mas digno de compasion el suceso de Octavio, al ver que se le echaba con ignominia. Mas el pueblo aun arremetió con-

tra él, y acudiendo los ricos y conteniendo á este, con gran dificultad se salvó Octavio, escabulléndose y huyendo de la muchedumbre; pero á un esclavo suyo fiel, que se le puso delante como para defenderle, le sacaron los ojos, con gran pesar de Tiberio, que luego que tuvo noticia de lo que pasaba, acudió al tumulto corriendo con la mayor diligencia.

De resultas de esto se sancionó tambien la otra ley sobre las tierras; y fueron elegidos tres ciudadanos para el discernimiento y el reparto: el mismo Tiberio, Apio Claudio su suegro y Cayo Graco su hermano, que no se hallaba presente, sino que militaba á las órdenes de Escipion contra Numancia. Egecutadas estas cosas por Tiberio á todo su placer, sin que nadie se le opusiera, nombró ademas Tribuno, no á una persona conocida, sino á un tal Mucio, que era su cliente; de lo que ofendidos los poderosos, y temiendo el poder que aquel iba adquiriendo, en el Senado le mortificaron y humillaron cuanto pudieron: pues que pidiendo, como era de costumbre, una tienda donde pudiera hacer el repartimiento de las tierras, no se la dieron, siendo asi que se concedian á otros para objetos de menor entidad; y para expensas le señalaron por dia nueve óbolos[1]; siendo Publio Nasica quien promovia estas cosas, exponiéndose sin reserva á su enemistad: porque era el que mas tierras poseia de las del público, y llevaba muy á mal que se le precisara á dejarlas. Con esto el pueblo se encendia mas; y habiendo muerto de repente un amigo de Tiberio, como en el cadaver se notasen ciertas señales reparables, empezaron á gritar que lo habian muerto con veneno; corrieron á su entierro, tomaron en hombros el féretro, y no se apartaron mientras se le daba sepultura; no fal-

1 El óbolo valia menos de seis maravedis de nuestra moneda, como ya lo hemos dicho en otra parte.

tándoles razon para sospechar del veneno. Porque el cadaver se rebentó, y arrojó gran cantidad de un humor corrompido: tanto que se apagó la hoguera; y formando otra, no quiso arder hasta que la mudaron á otro lugar; y aun alli tuvieron mucho que hacer para que en él prendiera el fuego. En vista de estas cosas Tiberio irritaba mas á la muchedumbre: pues que mudó las vestiduras, y presentando los hijos, pedia al pueblo que se encargara de ellos y de su madre, considerándose ya perdido.

Habia muerto el Rey Atalo Filometor, y vino Eudemo de Pergamo á traer el testamento, en el que estaba nombrado heredero el pueblo Romano; y arengando al punto Tiberio á la muchedumbre, propuso una ley para que llegado que fuera el gran caudal heredado, sirviese á los ciudadanos á quienes habian tocado tierras para los enseres y utensilios de la labor; y acerca de las ciudades que eran del reino de Atalo dijo, que no debia el Senado tomar providencia alguna; sino que él manifestaria su modo de pensar al pueblo. Incomodó esto sobremanera al Senado; y levantándose Pompeyo, dijo que era vecino de Tiberio, y por esta razon sabia que Eudemo de Pergamo le habia entregado la diadema y la púrpura del Rey, como teniendo por cierto que habia de reinar en Roma; y Quinto Metelo le echó en cara que cuando su padre, siendo Censor, volvia á casa despues de cenar, los ciudadanos que le acompañaban apagaban las luces para que no pareciera que se habian detenido en diversiones y francachelas mas de lo regular; y á él por la noche le iban alumbrando los mas atrevidos y mas miserables de la plebe. Tambien Tito Anio, hombre que no tenia opinion de probidad ni de prudencia, pero que hablando en público pasaba por invencible en las preguntas y respuestas, desafió á Tiberio á que se defendiese de haber injuriado á su colega, siendo sacrosanto é invio-

lable por las leyes; y como se moviese grande alboroto, yéndose hácia él Tiberio, pedia auxilio al pueblo, diciendo que se le trajeran para acusarlo. Anio, que en elocuencia y en autoridad se reconocia inferior, recurrió á su habilidad, y pidió á Tiberio que antes de hablar en su acusacion le respondiera á una friolera. Convino en que preguntara, y quedando todos en silencio, dijo Anio: si queriendo tú afrentarme y deshonrarme, me acogiere yo á alguno de tus colegas, y bajando este á auxiliarme, te enfadas tú de ello, pregunto, ¿le privarás del Tribunado? se dice que á esta pregunta quedó tan cortado Tiberio, que con ser el mas pronto que se conocia para hablar y el mas atrevido y resuelto, enmudeció en aquella ocasion.

Disolvió pues entonces la junta, y habiendo entendido que todas las disposiciones que á su propuesta se habian tomado, la que peor impresion habia hecho, no solo en los poderosos, sino en la muchedumbre, era la relativa á Octavio (porque la grande y respetable autoridad de los Tribunos, conservada ilesa hasta entonces, parecia que habia sido hollada y escarnecida), pronunció ante el pueblo un discurso, del que no deberá tenerse por inoportuno poner aqui algunos rasgos, para que se tenga idea de lo persuasivo y convincente de su diccion. Porque dijo: » que un Tribuno es sacrosanto é inviolable, á » causa de que se consagra al pueblo, y es del pueblo » defensor; mas si cambiando de conducta ofende al » pueblo, disminuye su poder, y le priva de votar; » él mismo es quien se despoja de su dignidad, no » haciendo aquello para que fue elegido; pues si no, » al Tribuno que arruinara el capitolio ó incendiara el » arsenal deberia dejársele en paz; y eso que el que » esto hace es Tribuno, aunque malo; pero si disuel- » ve el pueblo, ya no es Tribuno. ¿Y no seria cosa » repugnante que el Tribuno pueda prender al Consul, » y que el pueblo no pueda despojar de su autoridad

» al Tribuno cuando abusa de ella contra el mismo
» de quien la recibió? porque al Consul y al Tribu-
» no igualmente los elige el pueblo. Pues la preroga-
» tiva real, conteniendo en sí todo poder y toda au-
» toridad, era ademas consagrada con las mas augus-
» tas ceremonias, y parecia en cierta manera cosa
» divina; y sin embargo la ciudad expelió á Tarqui-
» no por ser injusto; y por la maldad de uno solo
» fue disuelta aquella autoridad patria que habia fun-
» dado á Roma. ¿Y qué cosa hay en Roma tan sagra-
» da y venerable como las que llamamos las vírgenes
» encargadas de guardar el fuego incorruptible? y si
» alguna de ellas yerra, es enterrada viva: porque
» impías contra los dioses, no guardan lo inviolable
» y sagrado que por respeto á los mismos dioses se les
» concede. No es pues conforme á justicia que el Tri-
» buno injusto contra el pueblo conserve la inviola-
» bilidad que en favor del pueblo le es dada: por-
» que él mismo destruye la autoridad que le hace po-
» deroso. Y si tiene justamente su autoridad, porque
» la mayor parte de las curias le votaron, ¿no se le
» quitará con mayor justicia todavía si todas votan
» contra él? Nada hay mas santo é inviolable que
» las ofrendas y votos de los dioses; y nadie disputa
» al pueblo la facultad de usar de ellos, de mover-
» los y trasladarlos como le parece. Erale pues líci-
» to trasladar al Tribunado á otro, como una ofren-
» da: y prueba clara de no ser toda magistratura una
» cosa tan sagrada que no pueda quitarse, es que mu-
» chas veces los que las tienen hacen por sí renun-
» cia y dimision de ellas."

Estos eran los principales capítulos de la defensa de Tiberio; mas como sus amigos fuesen sabedores de las amenazas y de la conjuracion que estaba tramada, tenian por preciso que se pusiera á cubierto para en adelante con pedir otra vez el Tribunado; y él trató de cautivar mas á la muchedumbre con otras

leyes, quitando tiempo á los empeños de la milicia; concediendo apelacion de los jueces al pueblo; uniendo con los que entonces asistian á los juicios, que eran del orden senatorio, un número igual del orden ecuestre; y coartando de todas maneras la autoridad del Senado, mas por encono y enemiga, que con miras de justicia y conveniencia. Al darse los votos advirtieron que vencian los contrarios, porque no habia concurrido todo el pueblo; y primero convirtiéndose contra los colegas con injurias y denuestos, gastaron asi el tiempo; y despues disolvieron la junta, mandando que acudieran al dia siguiente. Por lo que hace á Tiberio, bajó á la plaza, y mostrándose abatido, pedia con lágrimas amparo á los ciudadanos: despues, diciendo temia que en aquella noche arrasaran los enemigos su casa y le matasen, de tal modo los inflamó, que muchos formaron como un campo alrededor de su casa, y pasaron alli la noche haciéndole la guardia.

A la mañana muy temprano vino con las aves, que servian para los agüeros, el que cuidaba de ellas, y les echó de comer; pero no salió mas que una, por mas que el pollero sacudió bien la jaula; y aun esta no tocó la comida, sino qne tendió el ala izquierda, alargó la pata, y se volvió á la jaula; lo que le hizo á Tiberio acordarse de otra señal que habia precedido. Porque tenia un casco, que usaba para las batallas, graciosamente adornado y muy brillante; y habiéndose metido en él unas culebras, no se vió que habian puesto huevos, y los habian sacado; y por esta razon causó mayor turbacion á Tiberio lo ocurrido con las aves. Iba sin embargo á subir, sabiendo que era grande el concurso del pueblo, al capitolio; y al salir tropezó en el umbral, dándose tal golpe en el pie, que se le partió la uña del dedo grande, y le salia la sangre por el zapato. Habian andado muy poco cuando sobre un tejado se vieron á la izquier-

da unos cuervos riñendo; y pasando muchos, como era natural, junto á Tiberio, una piedra arrojada por el uno de los cuervos, cayó precisamente á sus pies; lo que hizo detener aun á los mas osados de los que le acompañaban; pero llegando á este tiempo Blosio de Cumas, dijo que era grande vergüenza y miseria que Tiberio, hijo de Graco, nieto de Escipion, y el defensor del pueblo Romano, por temor de un cuervo no acudiera adonde los ciudadanos lo llamaban; y que esto, que era vergonzoso, no lo harian pasar por burla los enemigos; sino que le pintarian al pueblo como un tirano, que ya se daba grande importancia. Al mismo tiempo corrieron hácia Tiberio desde el capitolio muchos de sus amigos, diciéndole que entrase, porque alli todo estaba como se pudiera desear. Y al principio todo le salió bien; pues apenas pareció le aclamaron con voces de amistad; cuando acabó de subir, le recibieron con las mayores demostraciones; y puestos alrededor de él, cuidaban de que no se le acercara ningun desconocido.

Habiendo empezado Mucio á llamar de nuevo las curias, no pudo conseguir que se hiciera nada con concierto por el gran tumulto que movian los últimos impelidos, é impeliendo á los que venian de la otra parte, y se metian entre ellos á viva fuerza. En esto Fulvio Flaco, del orden senatorio, poniéndose en sitio de donde fuera visto, como no pudiese hacerse oir, hizo señas con la mano de que tenia que decir una cosa aparte á Tiberio; y mandando este á la muchedumbre que le hiciera paso, subió aquel con gran dificultad, y puesto en su presencia le anunció que reunido el Senado, los ricos, no habiendo podido atraer á su partido al Consul, habian resuelto por sí quitarle la vida, teniendo armados á muchos de sus esclavos y amigos para el efecto.

Luego que Tiberio dió parte de este aviso á los que le rodeaban, se ciñeron estos las togas, y rom-

piendo los astiles con que los ministros hacen apartar á la muchedumbre, tomaron los pedazos para defenderse con ellos de los que les acometieran. Pasmábanse los que se hallaban algo lejos de lo que sucedia, y preguntando acerca de ello, Tiberio llevó la mano á la cabeza, queriendo indicar por señas su peligro, pues que la voz no podia ser oida; pero los contrarios, al ver esta demostracion, corrieron á anunciar al Senado que Tiberio pedia la diadema, de lo que era señal el haberse tocado la cabeza. Alteráronse todos; y Nasica pedia al Consul que mirara por la república, y acabara con el tirano; mas como este respondiese sencillamente que no era su ánimo emplear ninguna fuerza, ni quitar la vida á ningun ciudadano sin ser juzgado; y solo si el pueblo diese algun decreto injusto, persuadido ó violentado por Tiberio, no lo tendria por válido: levantándose entonces Nasica: pues que el Cónsul, dijo, es traidor á la república, los que querais venir en socorro de las leyes, seguidme; y al decir esto se echó el borde de la toga sobre la cabeza, y se dirigió corriendo al capitolio. Recogiéronse tambien las togas con la mano los que iban en pos de él, y apartaban á los que encontraban al paso, no habiendo ninguno que se atreviera á detenerlos por su autoridad, sino que mas bien huian y se pisaban unos á otros. Los que eran de su faccion habian traido de casa palos y mazas; y ellos echando mano de los fragmentos y los pies de las sillas curules hechas pedazos por la muchedumbre al tiempo de huir, marcharon contra Tiberio, hiriendo á los que se les ponian delante; y estos fueron los primeros que murieron. Tiberio dió á huir, y llegó uno á asirle de la ropa: dejó aquel la toga, y continuó huyendo en túnica; pero tropezó y cayó sobre algunos de los que murieron antes que él; y al levantarse, el primero que se sabe haberle herido en la cabeza con el pie de una silla fue Pu-

blio Satureyo, uno de sus colegas; y el segundo golpe se le dió Lucio Rufo, que se jactaba de ello como de una grande hazaña. Al todo murieron mas de trescientos, golpeados con palos y piedras, y ninguno con hierro.

Esta dicen haber sido desde la expulsion de los reyes la primera sedicion que terminó en sangre y muerte de los ciudadanos. Las demas, que no habian sido pequeñas ni nacidas de pequeñas causas, las habian aplacado cediendo unos á otros, los poderosos por miedo á la muchedumbre, y la plebe por reverencia al Senado. Entonces mismo parece que facilmente habria cedido Tiberio tratado con blandura; y mas facilmente se habría rendido sin muertes ni heridas á los que se hubieran presentado en atitud de acometerle, no teniendo consigo arriba de tres mil hombres; pero es de creer que esta sedicion se movió contra él mas bien por encono y odio de los ricos, que no por los motivos que se pretestaron; de lo que es grande indicio la afrenta é ignominia con que fue tratado su cadaver. Porque no le permitieron recogerlo al hermano que lo pedia para enterrarlo de noche; sino que con todos los demas muertos lo arrojaron al rio. Y aun no acabó aqui, sino que de sus amigos á unos los proscribieron y desterraron sin juzgarlos, y á otros los prendieron, y les dieron muerte; entre los que pereció el orador Diófanes. A Cayo Vilio lo encerraron en una jaula, y echando en ella víboras y culebras, de este modo tan inhumano lo mataron. Blosio de Cumas fue presentado á los Cónsules; y preguntado sobre los hechos ocurridos, dijo que todo lo habia ejecutado de orden de Tiberio: y replicándole Nasica, ¿y si Tiberio te hubiera mandado poner fuego al capitolio? Al principio no contestó, sino que Tiberio no podia mandar semejante cosa; pero como muchos le repitiesen la pregunta: si lo hubiera manda-

do, dijo, lo hubiera tenido por bien hecho; porque Tiberio no lo habria dispuesto sino por ser útil al pueblo. Libróse entonces de esta manera; y marchando despues al Asia al lado de Aristonico, cuando las cosas de este tuvieron mal término, se quitó la vida.

El Senado para sosegar al pueblo, como las circunstancias lo pedian, ya no hizo oposicion ninguna al repartimiento de tierras; y antes propuso que se eligiera otro repartidor en lugar de Tiberio. Tomando pues las tablillas, eligieron á Publio Craso, pariente de Graco: porque su hija Licinia estaba casada con Cayo; y aunque Cornelio Nepote dice que la que casó con Cayo Graco no fue hija de Craso, sino de Bruto, el que triunfó de los Lusitanos, los mas refieren lo que dejamos escrito. Estaba el pueblo irritado con la muerte de Tiberio, y se echaba bien de ver que esperaba oportunidad de vengarse; ademas de que ya empezaban á moverse causas á Nasica: temiendo pues el Senado por su persona, decretó, sin que hubiera objeto alguno, enviarlo al Asia. Porque los ciudadanos siempre que se encontraban con él, no ocultaban su displicencia, y antes la mostraban á las claras, llamándole en voz alta, cuando la ocasion se lo presentaba, malvado y tirano, manchado con la muerte de una persona inviolable y sagrada, y violador del mas santo y venerable templo entre todos los de la ciudad. Hubo pues de salir Nasica de la Italia, sin embargo de que debieran detenerle las ocupaciones religiosas mas augustas, porque era á la sazon Pontífice Máximo. Anduvo por tanto en paises extraños, afligido y errante; y al cabo de no largo tiempo murió en Pérgamo. Y no es de maravillar que el pueblo aborreciese tanto á Nasica, cuando Escipion Africano, al que con justa razon amaron los Romanos sobre todos los demas, estuvo en muy poco que perdiera esta bene-

volencia del pueblo, porque á la primera noticia que sobre Numancia se le dió de la muerte de Tiberio, exclamó con aquel verso de Homero:

¡Siempre asi quien tal haga, que tal pague!

y preguntándole despues en una junta pública Cayo y Fulvio, qué le parecia de la muerte de Tiberio, dió una respuesta, con la que significó no haber sido de su gusto los actos de aquel, de resulta de lo cual el pueblo le interrumpió en su discurso: cosa que nunca antes habia egecutado; y él prorumpió tambien en expresiones ofensivas al pueblo; pero de todo esto tratamos mas detenidamente en la vida de Escipion.

CAYO GRACO.

Cayo Graco al principio, ó por temor de los enemigos, ó para excitar mas odio contra ellos, se retiró de la plaza pública, y permaneció sosegado en su casa: como quien por hallarse entonces en estado de abatimiento se proponia para en adelante vivir apartado de los negocios; tanto que se esparcieron voces contra él de que improbaba y miraba mal la conducta pública del hermano: bien que era todavía demasiado jóven, porque tenia nueve años menos que el hermano, y este murió sin haber cumplido los treinta. Con el tiempo, aun en medio de su retiro, se echó de ver que en sus costumbres no propendia al ocio, al regalo, á la intemperancia ni á la codicia; y preparándose con la elocuencia como con alas voladoras para tomar parte en el gobierno, se advertia bien que no podria estarse quieto. Habló por la primera vez en defensa de uno de sus amigos llamado Vecio, contra quien se seguia causa; y como el público se hubiese entusiasmado y embriagado de placer al oirle, por haber dado muestras de ser los demas oradores unos muchachos comparados con él, los poderosos volvieron á concebir gran te-

mor, y trataron con empeño entre sí de que Cayo no ascendiera al Tribunado de la plebe. Ocurrió tambien que por el orden natural cupo á Cayo la suerte de ir á Cerdeña de Cuestor con el Consul Orestes; lo que fue muy del gusto de sus enemigos, y no desagradó al mismo Cayo: pues siendo de caracter guerrero, estando no menos egercitado en la milicia que en la defensa de las causas, mirando con cierto horror el gobierno y la tribuna, y no pudiendo negarse ni al pueblo ni á los amigos si le llamasen, tuvo por gran dicha este motivo de ausencia. Con todo la opinion generalmente recibida es que fue un decidido demagogo, y mas codicioso que el hermano de la gloria que resulta del aura popular; pero esto no es cierto; sino que hay pruebas de que fue arrastrado al gobierno mas bien por necesidad que por voluntad y resolucion propia; y conforme á esto refiere Ciceron el orador, que huyendo Cayo de toda magistratura, y estando resuelto á vivir en quietud y reposo, se le apareció entre sueños el hermano, y saludándole le dijo: »¿por qué causa ó en »qué te detienes, Cayo? No hay como evitarlo: una »misma vida y una misma muerte, por defender »los intereses del pueblo, nos tiene destinadas el »hado."

Puesto Cayo en Cerdeña, dió pruebas de toda especie de virtud, aventajándose á todos los jóvenes en los combates contra los enemigos, en la justicia con los súbditos, y en el amor y respeto al General; y en la prudencia, en la sencillez y en el amor al trabajo excedió aun á los mas ancianos. Sobrevino en Cerdeña un invierno sumamente riguroso y enfermizo; y habiendo pedido el Pretor á las ciudades vestuario para los soldados, acudieron á Roma á que se las excusara. Accedió el Senado á su peticion, y mandó que el Pretor viera por otra parte de remediar á los soldados; y como este se hallase en el

mayor apuro por lo que el soldado padecia, recorriendo Cayo las ciudades, hizo que estas enviaran por sí mismas vestuario y socorriesen á los Romanos. Venida á Roma la noticia de estos hechos, que parecian preludios de demagogia, el Senado se sobresaltó; y en primer lugar habiendo llegado de Africa embajadores de parte del Rey Micipsa, diciendo que este, por consideracion á Cayo Graco, habia enviado trigo á Cerdeña á la orden del Pretor, los oyeron con disgusto, y los despacharon. Decretaron en segundo lugar que la tropa fuera relevada; pero que Orestes permaneciera para que con esto se quedara tambien Cayo; pero este indignado con tales sucesos se hizo al punto á la vela, y cuando menos se le esperaba se apareció en Roma; de lo que le hicieron un crimen sus enemigos, y aun al pueblo mismo pareció cosa extraña que siendo Cuestor hubiera vuelto antes que el General. Llegó á ponérsele sobre esto acusacion ante los Censores; pero habiendo pedido permiso para hablar, de tal manera mudó los ánimos de los oyentes, que salieron persuadidos de que él era el que habia recibido muchos agravios. Porque dijo que habia servido en la milicia doce años, cuando á los demas no se les precisaba á servir mas de diez; que de Cuestor habia estado al lado del Pretor tres años, cuando por la ley podia haber vuelto despues de cumplido uno; y que él solo entre sus compañeros de armas habia llevado la bolsa llena; y los demas, despues de haberse bebido el vino que condujeron, habian vuelto á Roma trayendo los cántaros llenos de plata y oro.

Moviéronle despues de esto otras causas y otros juicios, achacándole que habia hecho á los aliados sublevarse, y habia tenido parte en la conjuracion de Fregelas; pero habiendo desvanecido toda sospecha, y resultado inocente, se presentó al momento á pedir el Tribunado. Hiciéronle oposicion todos los

principales, sin quedar uno; pero de la plebe fueron tantos los que de toda Italia concurrieron á la ciudad para asistir á los comicios, que para muchos faltó hospedage; y no cabiendo el concurso en el campo de Marte, venian voces de electores de los tejados y azoteas; y sin embargo violentaron los ricos al pueblo, y frustraron la esperanza de Cayo, hasta el punto de que habiendo consentido ser nombrado el primero, no fue sino el cuarto. Mas entrado en el ejercicio, al instante fue el primero de todos por su facundia, en que nadie le igualaba, y porque lo que habia padecido le daba grande ocasion para esplicarse con vehemencia, deplorando la pérdida del hermano. De aqui tomaba siempre motivo para manejar á su arbitrio el pueblo, recordando el suceso, y haciendo contraposicion con la conducta de los antiguos Romanos: porque estos hicieron guerra á los Faliscos por haber insultado á un Tribuno de la plebe llamado Genucio, y condenaron á muerte á Cayo Veturio, porque él solo no se levantó á un Tribuno que pasaba por la plaza; y »ante vuestros ojos, exclamó, acabaron estos á palos á »Tiberio, y por medio de la ciudad fue llevado »muerto desde el capitolio para arrojarlo al rio; y »de sus amigos los que pudieron ser habidos, fue»ron tambien muertos sin juicio antecedente: sien»do asi que teneis ley, por la que si no comparece »el que es reo de causa capital, va por la mañana al »amanecer á las puertas de su casa un trompetero, »y le llama á son de trompeta; y sin preceder esta diligencia no pronuncian sentencia los jueces:" ¡tan precavidos y solícitos eran acerca de los juicios!

Con discursos como este conmovia al pueblo, porque tenia buena voz y era vehemente en el decir. Propuso pues dos leyes, de las cuales era la una que si el pueblo privaba á un magistrado de su cargo, no pudiera despues ser admitido á pedir otro; y la otra

que si algun magistrado proscribia y desterraba á un ciudadano sin juicio precedente, hubiera contra él accion ante el pueblo. De estas leyes la primera iba directamente á infamar á Octavio, aquel que á propuesta de Tiberio habia perdido el Tribunado de la plebe; y en la segunda estaba comprendido Popilio: porque siendo Pretor habia desterrado á los amigos de Tiberio. Popilio no quiso aguardar á la decision de la causa, y abandonó la Italia; y la otra ley la retiró Cayo, diciendo que hacia esta gracia á Octavio por su madre Cornelia que se lo habia rogado; y el pueblo lo celebró y vino en ello, dispensando á Cornelia este honor, no menos por sus hijos que por su padre; y á esta insigne muger erigió despues una estatua en bronce con esta inscripcion: Cornelia, madre de los Gracos. Consérvase la memoria de algunas expresiones dichas por Cayo con elegancia á estilo del foro acerca de la misma contra uno de sus enemigos: » ¿por qué tú, le dijo, te atreves á in- » sultar á Cornelia, hábiendo dado esta á luz á Ti- » berio?" y porque el ofensor era tachado de disoluto y muelle, » ¿cómo te atreves, continuó, á com- » pararte con Cornelia? ¿has parido como ella? Pues » bien notorio es en Roma que mas tiempo estuvo » sin ser tocada de varon aquella, que tú siendo va- » ron." ¡Tan picantes y agrias eran sus expresiones! y de lo que dejó escrito pueden recogerse otras muchas por este mismo término.

De las leyes que hizo en favor del pueblo y para disminuir la autoridad del Senado, una fue agraria para distribuir por suerte tierras del público á los pobres; otra militar, por la que se mandaba que del erario se suministrara el vestuario, sin que por esto se descontara nada al soldado de su haber, y que no se reclutara para el servicio á los menores de diez y siete años; otra federal, que daba á los habitantes de la Italia igual voz y voto que á los ciu-

dadanos; otra alimenticia, para dar á los pobres los víveres á precio cómodo; y otra finalmente judicial, que fue con la que principalmente quebrantó el poder de los Senadores. Porque ellos solos juzgaban las causas, y por esta razon eran temibles á la plebe y á los caballeros; y Cayo añadió trescientos del orden ecuestre á los trescientos Senadores, é hizo que los juicios fueran en union y promiscuamente de seiscientos ciudadanos. Para hacer sancionar esta ley tomó con gran diligencia sus medidas; de las que fue una el que siendo antes costumbre que todos los oradores hablasen vueltos hácia el Senado y hácia el llamado comicio, entonces por la primera vez salió mas á fuera, perorando hácia la plaza; y en adelante lo hizo asi siempre: causando con una pequeña inclinacion y variacion de postura una mudanza de grandísima consideracion, como fue la de convertir en cierta manera el gobierno de aristocracia en democracia, con dar á entender que los oradores debian poner la vista en el pueblo, y no en el Senado.

No solo sancionó el pueblo esta ley, sino que le dió á él mismo la facultad de elegir los jueces del orden ecuestre; con lo que vino á egercer una especie de autoridad monárquica; tanto que aun el Senado sufria el haber de tomar de él consejo; y siempre en sus dictámenes le proponia lo que le estaba mejor. Como fue aquella determinacion tan justa y benéfica acerca del trigo que envió de España el pro-Cónsul Fabio, porque persuadió al Senado que se vendiera el trigo, y el precio se enviara á las ciudades; reconviniendo á Fabio de que hacia á los pueblos dura é insufrible la dominacion Romana: cosa que le adquirió en las provincias gran crédito y benevolencia. Propuso asimismo leyes para que se enviaran colonias, se hicieran caminos, y se construyeran graneros. De todas estas obras se hizo él mismo presidente y administrador; y siendo tantas y

tan grandes, de nada se cansaba; sino que con admirable presteza y trabajo las dió concluidas, como si atendiera á una sola: de manera que aun los que mas le aborrecian y temian se mostraban pasmados de verle en todo tan eficaz y activo. El pueblo admiraba tambien el singular espectáculo que aquello ofrecia, al ver la gran muchedumbre que le seguia de operarios, de artistas, de legados, de magistrados, de soldados y de literatos; á todos los cuales se mostraba afable, guardando cierta entereza en la misma benignidad, y hablando á cada uno particularmente segun su clase; con lo que desacreditó á los calumniadores, que lo pintaban temible, fiero y violento. Era por tanto popular, con mas destreza todavía en el trato y en los hechos que en los discursos pronunciados en la tribuna.

Su principal cuidado lo puso en los caminos, atendiendo en su fábrica á la utilidad al mismo tiempo que á la comodidad y buena vista; porque eran muy rectos, atravesando el terreno sin vueltas ni rodeos. El fundamento era de piedra labrada, que se unia y macizaba con guijo. Los barrancos y precipicios excavados por los arroyos, se igualaban y juntaban á lo llano por medio de puentes: la altura era la misma por todo él de uno y otro lado, y estos siempre paralelos; de manera que el todo de la obra hacia una vista uniforme y hermosa. Ademas de esto todo el camino estaba medido, y al fin de cada milla (medida que viene á ser de ocho estadios poco menos) puso una columna de piedra que sirviera de señal á los viageros. Fijó ademas otras piedras á los lados del camino, á corta distancia unas de otras, para que los que iban á caballo pudieran montar desde ellas, sin tener que aguardar á que hubiera quien les ayudase.

Celebrándole mucho el pueblo por estas obras, y mostrándose muy dispuesto á darle pruebas de su

benevolencia, dijo, arengándole en una de las juntas, tenia que pedirle una gracia, obtenida la cual la apreciaria sobre todo, y si no fuese atendido, no por eso se quejaria. Al oir esto creyeron que seria la peticion del Consulado, y todos esperaron que aspiraria á un tiempo al Consulado y al Tribunado de la plebe. Llegado el dia de los comicios consulares, y estando todos pendientes, se presentó trayendo de la mano al campo Marcio á Cayo Fanio, y auxiliándole con sus amigos para que fuese elegido; lo que concilió á Fanio gran favor. Asi es que fue nombrado Consul, y Cayo, Tribuno de la plebe por segunda vez; no porque hiciese gestiones ó pidiese esta magistratura, sino únicamente á solicitud del pueblo. Observó que el Senado le era enteramente contrario, y que se habia entibiado mucho la gratitud en Fanio; por lo que procuró captar á la muchedumbre con otras leyes, proponiendo que se enviaran colonias á Tarento y á Capua, y que se admitiera á los Latinos á la participacion de los derechos de ciudad. Temió con esto el Senado que se hiciese del todo invencible; y recurrió á un nuevo y desusado medio para apartar de él el amor de la muchedumbre, cual fue el de hacerse popular y favorable á esta con exceso. Porque uno de los colegas de Cayo era Livio Druso, varon que ni en linage ni en educacion cedia á ninguno de los Romanos; y ya en elocuencia y en riqueza competia con los de mas autoridad y poder, por estas mismas calidades. Acuden pues á él los principales, y le estimulan á que derribe de su favor á Cayo, y con su ayuda se vuelva contra él; no para chocar con la muchedumbre, sino para mandar á gusto de esta, y favorecerla aun en cosas por las que seria honesto incurrir en su odio.

Prestó Livio para estos objetos al Senado la autoridad de su magistratura; y propuso leyes que no

tenian nada ni de loables ni de útiles, con sola la mira de exceder á Cayo en favor y condescendencia para con la muchedumbre, contendiendo y compitiendo con él como los actores de una comedia; con lo cual el Senado no dejó duda de que no le ofendian los proyectos de Cayo, sino que lo que queria era ó quitarle de en medio ó humillarle. Porque no proponiendo él mas que dos colonias, y para ellas á los ciudadanos mas bien vistos, decian sin embargo que aspiraba á seducir al pueblo; y al mismo tiempo sostenian á Livio cuando formaba doce colonias, enviando á cada una tres mil de los mas infelices; á aquel porque distribuia las tierras á los pobres, imponiendo á cada uno una pension para el erario, lo desacreditaban, diciendo que lisonjeaba á la muchedumbre; y Livio, que hasta esta pension quitaba á los agraciados, merecia su aprobacion. Mas: aquel por dar á los Latinos igual voz y voto, les era molesto; y cuando este proponia que en el egército no se pudiera castigar á ninguno de los Latinos, empleando las varas contra ellos, promovian esta ley. El mismo Livio protestaba siempre en sus discursos que hacia estas propuestas de acuerdo del Senado, que se velaba por la muchedumbre; y esto fue lo único que hubo de bueno en todos sus actos. Porque el pueblo se mostró desde entonces menos irritado contra el Senado; y mirando antes este con malos ojos y con odio á los principales y mas señalados, disipó y suavizó Livio aquella enemiga y mala voluntad, haciendo entender que lo que él egecutaba en favor y beneficio de la muchedumbre, era todo por disposicion de los Senadores.

Lo que inspiró al pueblo mayor confianza en el amor y justificacion de Druso fue no haber propuesto nunca nada en su favor ni relativo á su persona: porque para las fundaciones de las colonias envió á otros, y nunca se acercó al manejo de los

caudales; siendo asi que Cayo se habia encargado de la mayor parte, y de los mas importantes entre estos negocios. Asi cuando proponiendo Rubrio, uno de sus colegas, que se estableciera colonia en Cartago arrasada por Escipion, le tocó la suerte á Cayo; marchó este al Africa para el establecimiento; y dando esto mayor proporcion á Druso para adelantársele en su ausencia, se atrajo y ganó efectivamente al público; con especial por las sospechas que contra sí excitó Fulvio. Este Fulvio, amigo de Cayo y su colega para el repartimiento de tierras, era hombre turbulento, aborrecido notoriamente del Senado, y sospechoso á todos los demas de que alborotaba á los confederados, y de que en secreto solicitaba a la rebelion á los habitantes de Italia. A estas voces que se esparcian sin prueba ni discernimiento, les conciliaba crédito el mismo Fulvio, por verse que sus designios no eran sanos ni pacíficos, y esto fue lo que principalmente perjudicó á Cayo, á quien alcanzó parte del odio contra aquel. Ademas, cuando se halló muerto á Escipion Africano sin causa ninguna manifiesta, y pareció que en el cadaver se advertian señales de golpes y de violencia, como en la vida de este lo hemos escrito, si bien la mayor sospecha recayó sobre Fulvio, por ser su enemigo, y porque en aquel mismo dia habia insultado á Escipion en la tribuna, no dejó de haber contra Cayo algun recelo; y un crimen tan atroz, ejecutado en el varon mas grande y eminente de los Romanos, ni se puso en claro, ni sobre él se siguió causa, porque la muchedumbre se opuso y disolvió el juicio, temiendo por Cayo, no fuera que si se hacian pesquisas, se le hallara implicado en la muerte. Mas esto habia sucedido tiempo antes.

Estando Cayo entendiendo en el establecimiento de la colonia de Cartago, á la que dió el nombre de Junonia, se dice habérsele opuesto muchos estorbos de parte de los dioses. Porque arrebató el viento la

primera insignia, y por mas que el Alferez resistió con toda su fuerza, se hizo pedazos. Una ráfaga de viento esparció las víctimas que estaban puestas en el altar, y las arrojó sobre los términos de la delineacion ó demarcacion que tenia hecha. Estos mismos términos ó hitos vinieron unos lobos, los desordenaron, y se los llevaron lejos. A pesar de todo esto, disponiendo y arreglando las cosas en solos setenta dias, volvió á Roma, por saber que á Fulvio traia apurado Druso, y que sus negocios pedian se hallase presente. Porque Lucio Opimio, varon inclinado al gobierno de pocos, y de grande influjo en el Senado, aunque al principio sufrió repulsa pidiendo el Consulado cuando Cayo protegió á Fanio y contribuyó al desaire de aquel; contando entonces con el favor de muchos, se tenia por cierto que saldria Consul, y que siéndolo tiraria á arruinar á Cayo, estando ya en cierta manera marchito su poder, y satisfecho el pueblo de disposiciones como las suyas, por ser muchos los que se habian dedicado á afectar popularidad, y haberse mostrado condescendiente el Senado.

Vuelto, lo primero que hizo fue trasladar su habitacion desde el palacio al barrio debajo de la plaza, como mas plebeyo, por hacer la casualidad que viviesen alli la mayor parte de los pobres é infelices. Despues propuso las leyes que restaban para hacer que se votasen; pero habiendo concurrido grande gentío de todas partes, movió el Senado al Consul Fanio á que, fuera de los Romanos, hiciera salir á todos los demas. Como se echase pues acerca de esto un pregon extraño y nunca antes usado, para que en aquellos dias no se viera en Roma ninguno de los confederados y amigos; Cayo publicó en contra un edicto, en el que acusaba al Consul, y prometia proteger á los confederados si permaneciesen; pero no hubo tal proteccion; y antes habiendo visto

que á un huesped y amigo suyo lo llevaban preso los lictores de Fanio, pasó de largo, y no hizo nada en su defensa; bien fuese por temor de que se viera que le faltaba el poder, ó bien porque no quisiese ser, como decia, quien diese á los enemigos la ocasion que buscaban de contender y venir á las manos. Ocurrió tambien el haberse puesto mal con sus colegas por esta causa. Iba á darse al pueblo en la plaza un espectáculo de gladiatores, y los mas de los magistrados habian formado corredores al rededor para arrendarlos. Dióles orden Cayo de que los quitaran para que los pobres pudieran ver desde aquellos mismos sitios de balde; y como no hiciesen caso, aguardando á la noche antes del espectáculo, y tomando consigo á los operarios que tenia á su disposicion, echó abajo los corredores, y al dia siguiente mostró al pueblo el sitio despejado; con lo cual para con la muchedumbre bien se acreditó de hombre que tenia entereza; pero disgustó á sus colegas, que le tuvieron por temerario y violento. De resultas de esto parece que le quitaron el tercer tribunado: porque si bien tuvo muchos votos, los colegas hicieron injusta y malignamente la regulacion y el anuncio, aunque esto quedó en duda. Lo cierto es que llevó muy mal el desaire, y á los contrarios que se le rieron, se dice haberles respondido con mas aire del que convenia, que reian con risa sardónica, por no saber cuán espesas tinieblas les habia preparado con sus providencias.

Lograron sus contrarios elegir Consul á Opimio, y propusieron la abrogacion de la mayor parte de sus leyes, alterando tambien lo que habia dispuesto acerca de Cartago, con ánimo de irritarle y de que diera ocasion de justo enojo para acabar con él. Aguantó por algun tiempo; pero instigándole los amigos, y sobre todo Fulvio, volvió á tratar de reunir á los que con él habian de hacer frente al Consul. Dícese

que para esto tomó parte la madre en la sedicion, asalariando con reserva gentes de afuera, y enviándolas á Roma como segadores, sobre lo que escribió al hijo cartas con expresiones enigmáticas; pero otros dicen que todo esto se hizo con absoluta repugnancia de Cornelia. El dia en que Opimio habia de hacer abrogar las leyes, de una y otra parte ocuparon desde muy temprano el capitolio. Habia hecho sacrificio el Consul, y llevando uno de sus lictores llamado Quinto Antulio las entrañas de las víctimas á otra parte, dijo á los que estaban con Fulvio: haced lugar á los buenos, malos ciudadanos. Algunos dicen que al mismo tiempo que pronunció esta expresion mostró el brazo desnudo de un modo que lo tomaron á insulto. Muere pues al punto Antulio en aquel sitio herido con unos punzones largos de los que se usaban para escribir, hechos exprofeso, segun se decia, para aquel intento. Alborotóse la muchedumbre con aquella muerte; pero la situacion de los caudillos fue muy diferente, porque Cayo se irritó sobremanera, y trató mal á los de su partido por haber dado á sus enemigos la ocasion que hacia tiempo deseaban; y Opimio, tomando de aqui asidero, cobró osadía, é inflamó al pueblo á la venganza.

Sobrevino en esto una lluvia, y por entonces se separaron; pero á la mañana siguiente, convocando el Consul el Senado, se puso dentro á dar audiencia; y otros, colocando el cuerpo de Antulio desnudo sobre una camilla, lo llevaron de intento por la plaza á la curia con gritos y lloros, siendo de ello sabedor Opimio, aunque aparentaba maravillarse, en términos que los Senadores salieron á ver lo que pasaba. Puesta la camilla en medio, algunos se lamentaban como en una grande y terrible calamidad; pero en los mas no excitaba aquel alboroto mas que odio y abominacion contra unos cuantos oligarquistas, que habian sido los que habian dado muerte en el capitolio á Tiberio

Graco, siendo Tribuno de la plebe, y habian arrojado al rio su cadaver, cuando ahora el ministro Antulio, que quizá habia sido muerto injustamente, pero no habia dejado de dar gran motivo para aquel suceso, yacia expuesto en la plaza, y le hacia el duelo el Senado de los Romanos, lamentándose y presidiendo la pompa fúnebre de un miserable asalariado, con el objeto de acabar con los pocos defensores del pueblo que quedaban. Entrando otra vez despues de esto en el Senado, encargaron por decreto al Consul Opimio que salvara la ciudad como pudiese, y destruyera los tiranos. Previno este á los Senadores que tomaran las armas, y dió orden á los caballeros para que á la mañana temprano trajera cada uno dos esclavos armados. En tanto Fulvio se preparaba tambien por su parte y juntaba gente; pero Cayo, retirándose de la plaza, se paró ante la estatua de su padre, y habiendo estado largo rato con los ojos puestos en ella sin proferir ni una palabra, pasó de alli llorando y sollozando. A muchos de los que vieron este espectáculo les causó Cayo la mayor lástima, y culpándose á sí mismos de abandonar y hacer traicion á un ciudadano como él, corrieron á su casa, y pasaron la noche ante su puerta, de muy distinta manera que los que custodiaban á Fulvio. Porque estos la gastaron en vocerías y gritos desordenados, bebiendo y echando bravatas; siendo Fulvio el primero á embriagarse y á hacer y decir mil disparates contra lo que exigia su edad, al mismo tiempo que los que acompañaban á Cayo, deplorando la comun calamidad de la patria, y considerando lo que amenazaba, estuvieron en la mayor quietud, haciendo la guardia y descansando alternativamente.

Al amanecer les costó gran trabajo despertar á Fulvio, á quien todavía tenia dormido el vino, y armándose con los despojos que conservaba en casa, y eran los que habia tomado cuando siendo Consul

venció á los Galos, marcharon con grandes amenazas y alboroto á tomar el monte Aventino. Cayo no quiso armarse; sino que iba á salir en toga como si fuera á la plaza, sin llevar mas que un puñalejo. Al salir se le echó á los pies su muger en la misma puerta, y deteniendo con una mano á él y con otra al hijo: »no te envio, ó Cayo, exclamó, á la tribuna, »Tribuno de la plebe ó legislador como antes, ni »tampoco á una guerra gloriosa, para que aun cuan»do te sucediera una desgracia, me dejaras un hon»roso duelo; sino que vas á ponerte en manos de los »matadores de Tiberio: desarmado está bien para »que en caso antes sufras males que los causes; pero »vas á perecer sin ningun provecho para la repúbli»ca. Domina ya la maldad, y á los juicios solo pre»siden la violencia y el yerro. Si tu hermano hubie»ra perecido en Numancia, nos habria sido entrega»do muerto en virtud de un tratado; pero ahora aca»so tendré yo tambien que hacer plegarias á algun »rio ó al mar para que me digan dónde está dete»nido tu cuerpo: porque ¿qué confianza hay que »tener ni en las leyes ni en los dioses despues de la »muerte de Tiberio?" Mientras asi se lamentaba Licinia, Cayo se desprendió suavemente de sus abrazos, y marchó en silencio con sus amigos. Quiso aquella asirle de la ropa; pero cayó en el suelo, donde estuvo mucho tiempo sin sentido, hasta que levantándola desmayada sus sirvientes, la condujeron á casa de Craso su hermano.

Fulvio luego que estuvieron todos juntos, persuadido por Cayo, envió á la plaza al mas joven de sus hijos con un caduceo. Era este mancebo de gracioso y bello aspecto; y entonces presentándose con modestia y rubor, los ojos bañados en lágrimas, hizo proposiciones de paz al Consul y al Senado. Los mas de los que alli se hallaban oyeron con gusto hablar de conciertos; pero Opimio respondió que no

pensaran mover al Senado por medio de mensageros; sino que como ciudadanos sujetos á haber de dar descargos, bajaran ellos mismos á ser juzgados, entregando sus personas é implorando clemencia; y al joven le dió orden de que bajo esta condicion volviese, y no de otra manera. Por lo que hace á Cayo queria, segun dicen, ir y hablar al Senado; pero no conviniendo en ello ninguno de los demas, volvió Fulvio á enviar á su hijo con las mismas proposiciones que antes; pero Opimio, apresurándose á venir á las manos, hizo al punto prender al mancebo, y poniéndolo en prision, marchó contra Fulvio y los suyos con mucha infantería y ballesteros de Creta; los cuales tirando contra ellos é hiriendo á muchos, los desordenaron. En este desórden Fulvio se refugió á un baño desierto y abandonado; pero hallado al cabo de poco, fue muerto con su hijo mayor. A Cayo nadie le vió tomar parte en la pelea; sino que no sufriéndole el corazon ver lo que pasaba, se retiró al templo de Diana; donde queriendo quitarse la vida, se lo estorbaron dos de sus mas fieles amigos, Pomponio y Licinio: porque hallándose presentes le arrebataron de la mano el puñal, y le exhortaron á que huyese. Dícese que puesto allí de rodillas, y tendiendo las manos á la Diosa, le hizo la súplica de que nunca el pueblo Romano por aquella ingratitud y traicion dejara de ser esclavo. Porque se vió que la muchedumbre le abandonó á causa de habérseles ofrecido por bando la impunidad.

Entregóse Cayo á la fuga; y yendo en pos de él sus enemigos, le iban ya á los alcances junto al puente Sublicio: entonces dos de sus amigos le excitaron á que apresurase el paso y ellos en tanto hicieron frente á los que le perseguian, y pelearon delante del puente, sin dejar pasar á ninguno hasta que perecieron. Acompañaba á Cayo en su fuga un esclavo

llamado Filócrates; y aunque todos, como en una contienda, los animaban, ninguno se movió en su socorro, ni quiso llevarle un caballo, que era lo que pedia, porque tenia ya muy cerca á los que iban contra él. Con todo se les adelantó un poco, y pudo refugiarse en el bosque sagrado de las Furias, y alli dió fin á su vida quitándosela Filócrates, que despues se mató á sí mismo. Segun dicen algunos aun los alcanzaron los enemigos con vida; pero el esclavo se abrazó con su señor, y ninguno pudo ofenderle hasta que acabó traspasado de muchas heridas. Refiérese tambien que no fue Septimuleyo, amigo de Opimio, el que le cortó á Cayo la cabeza, sino que habiéndosela cortado otro, se la arrebató al que quiera que fue, y la llevó para presentarla: porque al principio del combate se habia echado un pregon ofreciendo á los que trajesen las cabezas de Cayo y Fulvio lo que pesasen de oro. Fue pues presentada á Opimio por Septimuleyo la de Cayo, clavada en una pica; y traido un peso, se halló que pesaba diez y siete libras y dos tercios; habiendo sido hasta en esto Septimuleyo hombre abominable y malvado, porque habiéndole sacado el celebro, rellenó el hueco de plomo. Los que presentaron la cabeza de Fulvio, que eran de una clase obscura, no percibieron nada. Los cuerpos de estos y de todos los demas muertos en aquella refriega, que llegaron á tres mil, fueron echados al rio, y se vendieron sus haciendas para el erario. Prohibieron á las mugeres que hiciesen duelos; y á Licinia, la de Cayo, hasta la privaron de su dote; pero aun fue mas duro y cruel lo que hicieron con el hijo menor de Fulvio, que no movió sus manos ni se halló entre los que combatieron, sino que habiendo venido antes de la pelea sobre la fe de la tregua, y echádole mano, despues le quitaron la vida. Sin embargo aun mas que esto y que todo ofendió á la muchedumbre el templo que

en seguida erigió Opimio á la Concordia: porque pareció que se vanagloriaba y ensoberbecia, y aun en cierta manera triunfaba por tantas muertes de ciudadanos: asi es que por la noche escribieron algunos debajo de la inscripcion del templo estos versos:

La obra del furor desenfrenado
Es la que labra á la Concordia templo.

Este fue el primero que usó en el Consulado de la autoridad de Dictador; y que condenó sin precedente juicio, con tres mil ciudadanos mas, á Cayo Graco y Fulvio Flaco; de los cuales este era varon Consular, y habia obtenido el honor del triunfo; y aquel se aventajaba en virtud y en gloria á todos los de su edad. Opimio ademas no se abstuvo de latrocinios; sino que enviado de Embajador á Yugurta, Rey de los Numidas, se dejó sobornar con dinero, y condenado por el ignominioso delito de corrupcion, envejeció en la infamia, aborrecido y despreciado del pueblo, que por sus hechos cayó por lo pronto en el abatimiento y la degradacion; mas no tardó en manifestar cuánto echaba menos y deseaba á los Gracos. Porque levantándoles estatuas, las colocaron en un parage público; y consagrando los lugares en que fallecieron, les ofrecian las primicias de los frutos que llevaba cada estacion, y muchos los adoraban y les hacian sacrificios cada dia, concurriendo á aquellos sitios como á los templos de los Dioses.

Dícese de Cornelia haber manifestado en muchas cosas que llevaba con entereza y magnanimidad sus infortunios; y que acerca de la consagracion de los lugares en que perecieron sus hijos solia expresar que los muertos habian tenido dignos sepulcros. Su vida la pasó despues en los campos llamados Misenos, sin alterar en nada el tenor acostumbrado de ella. Porque gustaba del trato de gentes, y por su inclinacion á la hospitalidad tenia buena mesa, frecuentan-

do siempre su casa Griegos y literatos; y recibiendo dones de ella todos los reyes, y enviándoselos recíprocamente. Escuchábasela con gusto cuando á los concurrentes les explicaba la conducta y tenor de vida de su padre Escipion Africano; y se hacia admirar cuando sin llanto y sin lágrimas hablaba de sus hijos, y referia sus desventuras y sus hazañas, como si tratara de personas de otros tiempos, á los que le preguntaban. Por lo cual algunos creyeron que habia perdido el juicio por la vejez ó por la grandeza de sus males, y héchose insensata con tantas desgracias; siendo ellos los verdaderamente insensatos, por no advertir cuánto conduce para no dejarse vencer del dolor, sobre el buen caracter, el haber nacido y educádose convenientemente; y que si la fortuna mientras dura hace muchas veces degenerar á la virtud, en la caida no le quita el llevar los males con una resignacion digna de elogio.

COMPARACION DE AGIS Y CLEOMENES, Y DE TIBERIO Y CAYO, GRACOS.

Habiendo dado fin á la narracion, nos resta sacar consecuencias de la contraposicion de estas vidas. En cuanto á los Gracos, ni aun los que mas mal hablaron de ellos, y se mostraron sus mayores enemigos, se atrevieron á decir que no hubiesen nacido con la mejor índole para la virtud entre todos los Romanos, y que no se les hubiese dado una crianza y educacion correspondiente. La índole de Agis y Cleomenes parece que era todavía mas robusta y esforzada que la de aquellos; puesto que no habiendo recibido una esmerada educacion, y habiéndose criado en unos hábitos y costumbres que largo tiempo antes habian viciado á los que les precedieran, ellos sin embargo se constituyeron en caudillos de sencillez y frugalidad. Mas: aquellos cuando Roma estaba en el mayor explendor de su dignidad, y era en ella grande la emulacion á las ilustres hazañas, se hubieran avergonzado de no admitir esta especie de sucesion de virtud patria y hereditaria; cuando estos, que habian nacido de padres avezados á lo contrario, y que encontraron su patria estragada y enferma, no por esto entorpecieron ni en lo mas mínimo su inclinacion á la virtud. En punto á desprendimiento y á integridad es ciertamente grande en los Gracos el que en sus magistraturas y gobiernos se hubiesen conservado puros de adquisiciones injustas; pero Agis se hubiera dado por ofendido de que redujeran su alabanza á no haber tomado nada de lo ageno, cuando habia dado á los ciudadanos su propia hacienda, que sin contar las demas especies de riqueza, solo en dinero montaba á seiscientos talentos. ¡Hasta qué punto tendria por malo el adquirir por medios ilícitos quien graduaba de codicia el tener mas que otro!

En la decision y atrevimiento para las innovaciones hubo grandísima diferencia: porque las medidas de gobierno de uno fueron construir caminos y fundar ciudades; y lo que pidió mas arrojo en Tiberio fue el haber salvado los campos públicos, y en Cayo el haber alterado la forma de los juicios con aquellos trescientos del orden ecuestre que agregó á los Senadores; pero la reforma de Agis y Cleomenes, para quienes el ir remediando y reparando los desórdenes por partes y poco á poco no era mas que cortar la cabeza de la hidra, segun la sentencia de Platon, indujo en la administracion de la república una mudanza capaz de hacer desaparecer de una vez todos los males; aunque quizá se dirá con mas verdad que destruyendo una mudanza que habia sido la causa de todos los males, redujo y restituyó la república á su propia y primitiva forma. Podria tambien decirse que las novedades de los Gracos encontraron repugnancia en los Romanos de mayor autoridad y poder; cuando las que Agis intentó, y Cleomenes llevó al cabo, tenian por fundamento el ejemplo mas recomendable y mas insigne en las *retras* ó leyes patrias sobre la sobriedad y la igualdad, aprobadas unas por Licurgo y otras por Apolo; pero lo de mayor consideracion es que Roma con las disposiciones de aquellos nada adelantó en su grandeza sobre lo que ya tenia; siendo asi que con las novedades introducidas por Cleomenes vió la Grecia al cabo de poco tiempo que Esparta dominó en el Peloponeso, y lidió con los que tenian entonces el mayor poder, el mas glorioso de todos los combates, que es el que se sostiene por la superioridad; cuyo fin era que libre la Grecia de las armas de los Ilirios y Etolios, fuera otra vez regida por los Heraclidas.

Parece asimismo que el modo de terminar la vida unos y otros constituye otra diferencia en su vir-

tud: porque aquellos combatiendo con sus ciudadanos, y huyendo despues, asi es como perecieron; y de estos, Agis, por no causar la muerte de ninguno de los suyos, casi puede decirse que murió víctima voluntaria; y Cleomenes, viéndose maltratado é injuriado, intentó vengarse; pero habiéndole sido la suerte contraria, con la mas loable resolucion se quitó la vida. Examinando todavía las contraposiciones y diferencias, Agis en el orden militar no ejecutó hazaña ninguna, porque se lo impidió su temprana muerte; pero con las victorias de Cleomenes, que fueron muchas y gloriosas, pueden compararse la toma de las murallas en Cartago por Tiberio, que no dejó de ser accion insigne, y su tratado de Numancia, por el que salvó á veinte mil soldados Romanos, que no tenian otro medio de salud. Cayo dió tambien militando alli y en Cerdeña grandes muestras de valor: de manera que habrian podido compararse con los primeros generales Romanos, si no hubieran sido arrebatados por una anticipada muerte.

En las cosas de gobierno Agis obró con flojedad, porque se dejó engañar de Agesilao; faltó á los ciudadanos en la promesa del repartimiento de las tierras; y finalmente se quedó corto no llevando á cabo la obra que habia anunciado, y á que dió principio por una irresolucion disculpable en su edad. Cleomenes por el contrario emprendió con demasiada temeridad y violencia la mudanza del gobierno; dando muerte injusta á los Eforos, cuando podia haberlos reducido por las armas, ó le era facil desterrarlos, como fueron desterrados otros muchos de la ciudad. Porque el recurir al hierro fuera de la última necesidad, no es ni de médicos ni de políticos, sino falta en unos y otros de destreza; y aun en estos, ademas de injusticia, indica crueldad. Por lo que hace á los Gracos, ninguno de los dos dió principio á la matanza civil; y aun se dice de Ca-

yo que ni despues de habérsele tirado dardos, quiso defenderse; sino que con ser de los mas arriscados para los combates, permaneció inmoble en aquella sedicion. Asi es que salió de casa desarmado, y se retiró de los que combatian: viéndose claramente que puso mas cuidado en no hacer mal ninguno, que en no padecerle; por lo cual la fuga de ambos mas bien se ha de tener por señal de prudencia que de cobardía: porque era preciso ceder á los que acometian; ó para no padecer, usar de los medios de defensa.

En Tiberio el mayor yerro fue haber privado al colega del tribunado de la plebe, y haber pedido despues para sí el segundo. A Cayo se le atribuyó tan falsa como injustamente la muerte de Antulio, porque le mataron contra su voluntad, y mostrando de ello gran pesar. Mas Cleomenes, aunque dejemos aparte las muertes de los Eforos, dió libertad á todos los esclavos, y reinó en la realidad solo, aunque en el nombre con otro; habiendo tomado por colega á su hermano Euclidas, y siendo ambos por tanto de una sola casa; y á Arquidamo, que era de la otra el que debia reinar, lo invitó á que volviera de Mesena; y muerto violentamente como no persiguiese este delito, confirmó la sospecha que contra él se levantó. Pues en verdad que Licurgo, á quien afectaba imitar, voluntariamente cedió el reino á Carilao, hijo de su hermano, y temiendo que si por otra causa venia á morir aquel niño se pensara en culparle, peregrinó largo tiempo fuera sin querer volver, hasta que Carilao tuvo un hijo que le sucediera en el reino; mas á Licurgo ya se sabe que aun de los Griegos no puede comparársele ninguno. Por decontado está demostrado que en los hechos del gobierno de Cleomenes las innovaciones é injusticias fueron mayores; y los que reprenden las costumbres de unos y otros culpan desde luego á este de tiráni-

co y demasiado guerrero; y en los otros aun los que mas envidiosos se muestran, no censuran otra cosa que un exceso de ambicion: viniendo á confesar que arrojados fuera de su natural al encono y á la contienda con los que se les oponian, fueron como de un huracan impelidos á los extremos en sus medidas de gobierno. Porque ¿qué cosa mas loable ni mas justa que su primer propósito, si los ricos no se hubieran empeñado, usando de violencia y de todo su poder, en desechar la ley propuesta, poniendo con esto á ambos en la precision de combatir: al uno por considerarse en riesgo, y al otro por vengar á su hermano, muerto sin causa y sin declaracion precedente? De lo dicho colegirás tú por tí mismo la diferencia; pero si á pesar de esto es necesario pronunciar acerca de cada uno, tengo por cierto que Tiberio se aventajó á todos en virtud; que el que menores yerros cometió fue el joven Agis; y que en osadía y arrojo Cayo fue muy inferior á Cleomenes.

El que escribió, ó Sosio, el elogio de Alcibíades, vencedor en Olimpia corriendo con caballos, fuese Eurípides, como generalmente se cree, ó fuese cualquiera otro, dice que al hombre para ser feliz le ha de caber en suerte haber nacido en una ciudad ilustre; pero yo creo que para la verdadera felicidad, que principalmente consiste en las costumbres y en el propósito del ánimo, nada da ni quita haber nacido en una patria obscura é ignorada, ó de una madre fea y pequeña. Porque seria cosa ridícula que hubiera quien pensase que Julida, parte muy pequeña de una Isla no grande como la de Ceo, y que Egina, de la que dijo un Ateniense que debia quitarse como una legaña del Pireo, habian de haber llevado excelentes actores y poetas; y no habian de poder producir un hombre justo que se bastase á sí mismo, que tuviera juicio y fuera de un ánimo elevado. Porque lo natural es que las otras artes, que se alimentan con el trabajo y la fama, se marchiten en pueblos humildes y obscuros, y que la virtud, como planta fuerte y robusta, arraigue en todo terreno, si prende en una buena índole y un ánimo inclinado al trabajo; de donde se sigue que si nosotros dejamos de pensar y conducirnos como corresponde, esto deberá justamente atribuirse, no á la pequeñez de la patria, sino á nosotros mismos.

Y al que se ha propuesto tejer una relacion ó historia, no de hechos comunes y familiares, sino peregrinos, y recogidos en gran parte de una lectura varia, en realidad le conviene ante todas cosas una ciudad de fama, de esquisito gusto y muy poblada, para tener copia de toda suerte de libros, y poder instruirse y preguntar sobre aquellas cosas que habiéndose ocultado á la diligencia de los escritores, adquieren mas fe conservadas en la memoria y la

tradicion, para no dar una obra que salga falta de muchas noticias, y menos de las necesarias. Mas yo que habito una ciudad corta, en la que tengo formado empeño de permanecer para que no se haga mas pequeña; y que mientras estuve en Roma y discurrí por la Italia no tuve tiempo para egercitarme en la lengua latina, por los negocios políticos y por la concurrencia de los que venian á tratar conmigo de filosofia, tarde ya y siendo muy adelantado en edad, me acerqué á tomar conocimiento de las letras Romanas; en lo que me ha sucedido una cosa extraña, pero muy cierta: y es que no tanto he aprendido y conocido las cosas por las palabras, cuanto, tomado conocimiento de las cosas; ellas me han conducido á saber las palabras. Y lo que es llegar á percibir la belleza y velocidad de la pronunciacion latina, las metáforas de los nombres, la armonía y todo lo demas con lo que se engalana el discurso, téngolo por útil y agradable; pero el estudio y egercitacion en este trabajo, como empresa dificil, solo es para los que tienen ocio y tiempo que dedicar á tales primores.

Por esta razon escribiendo en este libro de las vidas paralelas, que ya es el quinto, las de Demóstenes y Ciceron, de sus hechos y del modo de conducirse en el gobierno, procuraremos colegir cuál era el caracter y disposicion de cada uno, omitiendo el hacer cotejo de sus discursos, y manifestar cuál de los dos era mas dulce, ó mas primoroso en el decir: porque esto seria, como dijo Yon, la fuerza del delfin en tierra. Por ignorar esta máxima Cecilio, excesivo en todo, se metió sin reflexion á formar juicio entre Ciceron y Demóstenes; pero si á todos les fuera dado tener á la mano el *conócete á tí mismo*, no hubiera sido esta tenida por una advertencia divina. Parece pues haber sido un mismo genio el que formó á Demóstenes y Ciceron, y acu-

muló en su naturaleza muchas semejanzas: como la ambicion, el amor de la libertad cuando tomaron parte en el gobierno, y la cobardía para los peligros y la guerra; con lo que mezcló tambien muchas cosas de las que son de fortuna: porque no creo que podrán encontrarse otros dos oradores que de obscuros y pequeños hubiesen llegado á ser grandes y poderosos; que hubiesen resistido á reyes y tiranos; que hubiesen perdido sus hijas; que hubiesen sido arrojados de su patria, y restituidos despues con honor; que huyendo despues hubieran sido alcanzados por los enemigos; y que en el mismo punto de espirar la libertad de sus conciudadanos hubiesen ellos perdido la vida; como que si á manera del de los artistas pudiera haber certamen entre la naturaleza y la fortuna, seria muy dificil discernir si aquella los habia hecho mas semejantes en las costumbres, ó esta en los sucesos. Diremos pues primero del que precedió en tiempo.

Demóstenes, el padre de este otro Demóstenes, era uno de los buenos y honrados ciudadanos, segun dice Teopompo. Llamábanle por sobrenombre el Espadero, á causa de tener un gran obrador, y muchos esclavos inteligentes que trabajaban en este oficio. Lo que el orador Esquines dijo acerca de su madre dándola por hija de un tal Filon, que por causa de traicion habia huido de la ciudad, y de una muger peregrina y bárbara, no podemos decir si fue cierto, ó si lo fingió é inventó para desacreditarle. Muerto el padre, quedó Demóstenes á la edad de siete años con un buen patrimonio, pues montaria el valor de toda su hacienda á poco menos de quince talentos; pero sus tutores le perjudicaron notablemente, apropiándose unas cosas y descuidando otras, en términos de no haber con que pagar el salario á sus maestros. Por esta causa parece que careció de instruccion en aquellas disciplinas que con-

vienen á un joven ingenuo, y tambien por su delicadeza y mala constitucion física; por lo cual ni la madre le aplicaba al trabajo, ni le precisaban á él sus preceptores: habiendo sido desde el principio flaco y enfermizo; y de aqui dicen que le vino tambien el injurioso apodo de Bátalo, que le impusieron los muchachos, burlándose de su persona. Era Bátalo, segun dicen unos, un flautista desacreditado por afeminacion, contra el que hizo con este motivo una especie de entremes el cómico Antífanes; pero otros hacen memoria de un poeta Bátalo que escribió canciones lúbricas y báquicas. Parece tambien que en aquella época se daba en Atenas el nombre de Bátalo á una de las partes inhonestas del cuerpo, que no es decente nombrar. El apodo de Argas, pues se dice haber sido tambien este uno de sus sobrenombres, parece que se le puso ó por sus costubres ásperas y desabridas, porque algunos poetas llaman Argas á la culebra, ó por su modo de decir, que ofendia á los oidos: porque Argas era tambien el nombre de un poeta, autor de malos y desagradables versos. Mas de estas cosas dese aqui punto, como dice Platon.

El haberse dedicado á la elocuencia se dice que tuvo este origen. Habia de hablar el orador Calistrato en el tribunal en el juicio que se seguia sobre la ciudad de Oropo, y era grande la espectacion en que todos estaban, ya á causa de la facundia del orador, que era el que entonces tenia mayor opinion, y ya tambien por el negocio mismo, que se habia hecho muy célebre. Oyendo pues Demóstenes que varios maestros y preceptores tenian concertado entre sí asistir á este juicio, rogó á su preceptor y alcanzó de él que le llevase á oirlo. Tenia este amistad con los porteros públicos del tribunal, y por medio de estos le proporcionó un sitio, en el que sentado pudiera oir cómodamente los discursos. Estuvo aquel

dia muy feliz Calistrato, y fue sumamente admirado; con lo que excitó en Demóstenes el deseo de gloria, viendo que eran muchos los que le acompañaban y le daban enhorabuenas; pero en el discurso lo que mas admiró fue una fuerza propia para allanarlo y vencerlo todo. Dando por tanto de mano á todas las demas enseñanzas y ocupaciones juveniles, él mismo se egercitaba por sí y trabajaba con empeño á fin de ser él tambien uno de los oradores. Aun tuvo con todo por maestro de elocuencia á Iseo; sin embargo de que entonces Isócrates tenia escuela; ó porque, como dicen algunos, no pudiese pagar á Isócrates el salario prefijado, que era de diez minas, á causa de su orfandad; ó lo que es mas probable, porque prefiriese para su intento la elocucion de Iseo, como mas propia para la accion, y mas acomodada á las tretas del foro. Mas Hermipo escribe haberse encontrado unos comentarios anónimos, en los que se decia que Demóstenes asistió á la escuela de Platon, lo que le fue utilísimo para la elocuencia, y cita ademas á Ctesibio, quien habia dicho que habiendo adquirido Demóstenes, por medio de Calias Siracusano y algunos otros, las lecciones de retórica de Isócrates y Alcidamante, las encomendó á la memoria.

Llegado á la mayor edad, empezó á litigar con sus tutores, y á escribir alegatos contra ellos, porque encontraban continuamente tergiversaciones y medios dilatorios: asi á fuerza de egercitarse, segun Tucidides, sus cuidados terminaron felizmente, aunque no sin peligros ni trabajo; y sin embargo no pudo arrancar á los tutores mas que una parte muy pequeña de los bienes paternos. Mas ya que esto no, adquiriendo resolucion y el conveniente hábito de hablar en público, y tomando gusto á las alabanzas que por estas contiendas se reciben, y al influjo que proporcionan, se decidió á salir á la palestra, y to-

mar parte en los negocios públicos; y á la manera que de Laomedonte de Orcomene se dice que para curarse de una enfermedad del bazo dió en andar mucho de orden de los médicos, y que con este penoso egercicio adquirió tal robustez que concurrió á los certámenes gimnásticos, y fue uno de los que mas se distinguieron en la carrera: del mismo modo le sucedió á Demóstenes, que habiendo tenido que dedicarse á perorar en público para el recobro de su patrimonio, con esto adquirió soltura y facilidad para sobresalir ya como los coronados en el circo, entre los ciudadanos que contendian en la tribuna. Y al principio sufrió sus silbos, y que se riesen de la novedad que advertian en su estilo, que parecia confuso en los períodos, y recargado excesivamente en las pruebas. Notábase ademas cierta falta de voz, torpeza en la lengua, é interrupcion en la respiracion; la que turbaba el sentido de lo que se decia, por no cortarse bien los períodos. Finalmente, habiéndose retirado del foro por este desagradable ensayo, se andaba paseando por el Pireo, decaido ya de ánimo, cuando encontrándole Eunomo de Triusta, que ya era muy anciano, le reprendió, de que teniendo un modo de decir muy semejante al de Pericles, se abandonase de aquella manera por cobardía y desidia, no sabiendo sostenerse con serenidad á vista de la muchedumbre, ni dando á su cuerpo el aire conveniente para aquella especie de contiendas, y antes dejando que todo se entorpeciera en el ocio.

En otra ocasion, en que no dió gusto, se dice que retirándose apesadumbrado y con la cabeza cubierta, le fue siguiendo oportunamente el actor Sátiro, y entró con él en su casa. Quejósele amargamente Demóstenes de que con ser el que mas trabajaba de los oradores, y con haber casi arruinado en este egercicio su constitucion, veia que no daba gusto al pue-

blo; y hombres desarreglados, unos marineros ignorantes eran escuchados, y de él no se hacia caso; á lo que le contestó Sátiro: tienes razon, ó Demóstenes; pero yo remediaré facilmente la causa, si quieres recitar de memoria alguna escena de Eurípides ó Sófocles. Hízolo asi Demóstenes, y repitiendo Sátiro la misma escena, de tal manera la adornó, pronunciándola con la accion y postura conveniente del cuerpo, que á Demóstenes le pareció ya enteramente otra. Viendo entonces cuánta es la gracia y belleza que la accion concilia á lo que se dice, se convenció de que el esmero en la composicion es nada para quien se descuida de la pronunciacion y accion conveniente. En consecuencia de esto hizo construir un estudio subterráneo, que aun se conserva; y bajando á él se egercitaba en formar y variar, tanto la accion como el tono de la voz; y muchas veces pasó alli dos y tres meses continuos, no afeitándose mas que un solo lado de la cabeza para no poder salir aunque quisiera, detenido de la vergüenza.

No solo esto, sino que de las salutaciones, de las conversaciones y de los negocios que le ocurrian fuera, tomaba ocasion y argumento para aquella clase de egercicio. Asi luego que habian pasado, bajaba á su estudio y exponia los hechos, y en seguida las defensas que podian tener. Ademas de esto, si habia oido un discurso, procuraba retenerlo; ponia por orden los pensamientos y los períodos, y se entretenia en corregir y variar de mil maneras, asi lo que otros le habian dicho, como lo que él mismo habia dicho á otros. De donde nació la opinion de que no era naturalmente facundo, sino que su habilidad y su fuerza se debian al trabajo; de lo cual parece que es tambien una convincente prueba el no haber oido nunca nadie á Demóstenes hablar extemporaneamente; y antes sucedió que estando sentado en las juntas, y siendo llamado del pueblo muchas ve-

ces por su nombre, no se presentó nunca, si de antemano no estaba dispuesto y prevenido para hablar. Zaheríanle sobre esto muchos otros demagogos; y Piteas, satirizándole, le dijo: que las pruebas de sus discursos olian mucho á la lámpara; mas á este le volvió Demóstenes la burla con acrimonia, diciéndole: pues á fe que la lámpara no sabe de mí y de tí las mismas cosas. Con los demas no lo negaba; sino que reconocia francamente que no siempre decia lo que habia escrito; pero sin escribir no hablaba nunca; porque decia que el estudiar para hablar en público acreditaba al hombre de popular; siendo esta preparacion un principio de obsequio al pueblo; y que el no pensar cómo sentaria á la muchedumbre lo que se dijese, era de hombres oligárquicos, que mas atendian á la fuerza que á la persuasion. Dan tambien por prueba de su cobardía para hablar de repente que Demades, viéndole turbado y aturdido muchas veces, se levantó y tomó la palabra para defender la misma causa; y él nunca hizo otro tanto con Demades.

¿Pues cómo es, dirá alguno, que Esquines le tiene por admirable precisamente por su soltura en el decir? ¿Cómo es que á Piton de Bizancio, que se habia puesto á hablar con arrojo y con un torrente de palabras contra los Atenienses, se levantó él solo y le contradijo? ¿Cómo es que habiendo Lamaco Mirreneo escrito el elogio de los reyes Alejandro y Filipo, en el que decia mil cosas en descrédito de los Tebanos y Olintios, cuando lo estaba leyendo en los juegos olímpicos se levantó tambien, y expresando con relacion de los hechos y con pruebas positivas los muchos bienes que los Tebanos y Calcidenses habian hecho á la Grecia, y por la inversa de cuántos males habian sido causa los aduladores de los Macedonios, mudó de tal modo los ánimos de los oyentes, que temiendo aquel sofista por el albo-

roto que se habia movido, tuvo que huir del concurso? Lo que parece es que creyó no convenirle algunas de las calidades de Pericles; pero su coordinacion del discurso, su accion y el no hablar de repente sobre todo asunto sin preparacion, como que estas eran las que le habian engrandecido, las imitó y copió en cuanto pudo, sin dejar por eso de aspirar á la gloria de hablar extemporaneamente si lo pedia un grave caso; ni tampoco poner muchas veces su talento y habilidad en manos de la fortuna. Porque en las oraciones que pronunció, usó sin duda de mas osadía y desenfado que en las escritas, si hemos de creer á Eratostenes, á Demetrio Falereo y á los cómicos, de los cuales Eratostenes dice que muchas veces en las oraciones se ponia como fuera de sí; y Falereo, que pronució poseido de entusiasmo aquel juramento en metro, que dice:

Por la tierra, las fuentes, rios, mares.

De los cómicos uno le llama *ropoperpentra*, ó vaniloquo; y otro, motejándole de que usaba de antítesis, dice: del mismo modo la recobró que la cobró, porque fue muy del gusto de Demóstenes este modo de decir; á no que Antífanes hubiese querido aludir á la oracion sobre la isla de Haloneso, acerca de la que aconsejaba á los Atenienses, no que la cobraran, sino que la recobraran de Filipo.

En cuanto á Demades todos convienen en que entregado á su genio, era invencible, y que hablando de pronto, confundia todo el cuidado y prevenciones de Demóstenes; y Ariston de Quio refiere el juicio de Teofrasto acerca de los oradores: porque preguntado ¿qué le parecia Demóstenes? respondió: digno de la ciudad; ¿y qué tal Demades? sobre la ciudad. El mismo filósofo refiere que Polieucto de Esfecia, uno de los que por entonces tenian parte en el gobierno de Atenas, le habia manifestado que Demóstenes era perfectísimo orador; pero que la elo-

cuencia de Focion tenia mas nervio: porque en pocas palabras encerraba gran sentido; y del mismo Demóstenes se cuenta que cuantas veces se levantaba Focion para contradecirle, vuelto á sus amigos solia decir: ya está ahi el hacha de mis discursos. Esto no se sabe si Demóstenes lo aplicaba á la elocuencia de aquel hombre ilustre, ó á su conducta y opinion; por estar persuadido de que una sola palabra, una seña de un hombre de probidad, tiene mas fuerza que muchas y muy prolijas frases.

Para remediar los defectos corporales, empleó estos medios, segun refiere Demetrio Falereo, que dice haber alcanzado á oir á Demóstenes, cuando ya era anciano, que la torpeza y balbucencia de la lengua la venció y corrigió llevando guijas en la boca, y pronunciando períodos al mismo tiempo; que en el campo ejercitaba la voz corriendo y subiendo á sitios elevados, hablando y pronunciando al mismo tiempo algun trozo de prosa, ó algunos versos con aliento cansado; y finalmente que tenia en casa un grande espejo, y que puesto enfrente, recitaba, viéndose en él, sus discursos. Refiérese que se le presentó un ciudadano pidiéndole su patrocinio, y refiriéndole que le habian dado de golpes; y Demóstenes le replicó: me parece que no hay tal cosa, que no has sufrido nada de lo que dices; y que levantando aquel la voz, y diciendo á gritos ¿con que yo nada he sufrido, Demóstenes? le contestó entonces; si á fe mia, ahora oigo la voz de un hombre que ha sido agraviado y ofendido: ¡de tanto influjo le parecia, para conciliarse crédito, el tono y el gesto del que hablaba! Su accion era muy agradable á la muchedumbre; pero los inteligentes, y entre ellos Demetrio Falereo, la tenian por afeminada y poco decorosa; y Hermipo dice que preguntado Aision por los oradores antiguos y los de su tiempo, respondió, que oyéndolos cualquiera admiraria en aquellos la decencia y en-

tereza con que hablaban al pueblo; pero que las oraciones de Demóstenes leidas se aventajaban mucho en primor y en energía. Ciertamente que de las oraciones suyas que nos han quedado escritas no habrá quien niegue que tienen mucho de amargo y de picante; y en las ocurrencias repentinas solia tambien emplear el chiste: porque diciéndole una vez Demades ¿á mí Demóstenes? esto es la puerca á Minerva: pues esa Minerva, le respondió, hace poco que en Coluto fue cogida en mal caso. A un ladron, llamado Ferreo, que quiso morderle por sus trabajos y veladas nocturnas: ya sé, le dijo, que te incomodo con tener luz de noche; y vosotros, ó Atenienses, no os admireis de que haya hurtos cuando los ladrones son de yerro y las paredes de barro. Mas acerca de estas cosas, aunque tenemos mas que decir, dejémoslo en tal punto: porque es justo que examinemos ya sobre sus hechos y sobre su conducta en el gobierno, cuál fue su caracter y cuáles sus costumbres.

Sus primeros pasos en los negocios públicos los dió durante la guerra de Focea, como lo dice él mismo, y se puede colegir de sus oraciones filípicas: pues aunque algunas son posteriores á los sucesos de esta guerra, las mas antiguas tocaron en ellos. Lo cierto es que la oracion relativa á la acusacion de Midias la ordenó y dispuso cuando tenia treinta y dos años; y no gozando todavía ni de poder ni de opinion en el gobierno; y por lo mismo, temeroso del éxito, á lo que yo entiendo, transigió por dinero en aquella persecucion:

Porque no era de ánimo benigno,
Ni de condicion blanda y mesurada;

sino ardiente y violento en sus venganzas; pero viendo que no era empresa ligera y facil oprimir á un hombre atrincharado con riqueza y con amigos, cedió á los que por él intercedieron: pues las tres mil dracmas por sí mismas no me parece que hubieran

sido suficientes á embotar la cólera de Demóstenes, si hubiera tenido esperanza de quedar superior. Mas tomando para las cosas de gobierno la ocasion mas bella que podia ofrecerse, como era la de defender la causa de los Griegos contra Filipo, y contendiendo en ella dignamente, al punto adquirió fama, y se hizo espectable por sus oraciones y su noble libertad; hasta el punto de ser admirado en la Grecia, obsequiado por el gran Rey, y tenido en consideracion por Filipo sobre todos los demas que hablaban al pueblo: reconociendo hasta sus contrarios, que tenian que lidiar con un hombre de grande opinion, como acusándole lo expresaron Esquines é Hiperides.

No alcanzo por tanto á comprender cómo pudo decir Teopompo que era naturalmente inconstante; y que ni en cuanto á los negocios ni en cuanto á las personas podia permanecer largo tiempo en un mismo propósito: porque antes parece que aquel partido y aquel empeño que desde el principio tomó y adoptó en el gobierno, aquel mismo conservó hasta el fin, no solo sin hacer mudanza en él en toda su vida, sino aun exponiendo la vida por no mudar. Pues no fue como Demades, que para escusarse de su mudanza en punto á gobierno usó de la espresion de que para sí mismo bien habia dicho muchas veces cosas contrarias; pero para la república nunca; ó como Melanipo, que estando en oposicion con Calistrato, ganado por este muchas veces con dinero para que mudase, solia decir al pueblo: Calistrato bien es mi enemigo; pero triunfe la utilidad de la república; ó como Nicodemo de Mesena, que al principio se puso de parte de Casandro, y trabajando despues en favor de Demetrio, expresó que no decia cosas contrarias, puesto que siempre era conveniente ceder á los que mas pueden. Mas de Demóstenes no podemos hablar de esta manera; sino que en el partido á que aplicó su voz ó su accion, como si para el go-

bierno se le hubiera dado una clave fija, en aquel se mantuvo, guardando siempre en los negocios un solo tono; y el filósofo Panecio dice que segun estan escritas las mas de sus oraciones, para él lo honesto es á todo preferible por sí mismo: como la de la corona, la contra Aristócrates, la de las inmunidades y las filípicas; en todas las cuales no inclina á los ciudadanos á lo deleitable, ó á lo facil, ó á lo útil; sino que muchas veces persuade que deben ponerse la seguridad y la salud en segundo lugar despues de lo honesto y de lo honroso: de manera que si en los asuntos que trató, al amor de la gloria y á la nobleza de los pensamientos se hubieran unido el valor militar, y el haberse en todo limpiamente, habria sido digno de que en el número de oradores se le colocara, no al lado de Mirocles, Polieucto é Hiperides, sino mas arriba con Cimon, Tucidides y Pericles.

De los de su tiempo Focion, aunque no era del partido que se llevaba los aplausos, y antes parecia que *macedonizaba*, sin embargo por su valor y su justificacion no fue reputado inferior á Efialto, á Aristides y á Cimon. Mas Demóstenes, no siendo de fiar en las armas como dice Demetrio, ni bastante seguro en punto á recibir, pues aunque no se dejó cautivar con el oro de Filipo, y de Macedonia, con el de Susa y Ecbatana, se dejó domeñar y rendir; si pudo celebrar dignamente las virtudes de los hombres grandes que le precedieron, no le fue dado imitarlas; mas con todo á los oradores de su tiempo, si sacamos á Focion de esta cuenta, aun en la conducta les hizo ventaja. Parece que fue asimismo el que habló al pueblo con mas libertad, resistiendo á sus deseos, é increpando sus desaciertos, como de sus mismas oraciones se deduce; y Teopompo refiere que encargándole un dia los Atenienses una acusacion, y alborotándose contra él porque no la admitia, se levantó y les dijo: por consejero, ó Atenienses, me

tendreis aunque no querais; pero por calumniador, no, aunque os empeñeis en ello. No dejó de ser bien aristocrático lo que ejecutó con Antifon, que habiendo sido absuelto por la junta pública, le echó mano y lo llevó ante el consejo del Areopago, y no dándosele nada de desagradar al pueblo, convenció á aquel de que habia prometido á Filipo incendiar los arsenales; y el Areopago hizo que fuera condenado á muerte. Acusó igualmente á la sacerdotisa Teoris, entre otros crímenes, de que enseñaba á los esclavos los modos de engañar, y habiendo pedido la pena capital, se le impuso.

Dícese que la oracion contra el General Timoteo, que sirvió á Apolodoro para hacer que aquel fuera condenado como deudor á la república, fue escrita para este por Demóstenes, del mismo modo que las oraciones contra Formion y Estéfano; lo que le fue justamente censurado: porque tambien Formion contendió contra Apolodoro con una oracion de Demóstenes; lo que es como si en una tienda de espadero se vendieran puñales á los dos contrarios. De las oraciones sobre negocios públicos las que son contra Androcion, Timócrates y Aristócrates, las escribió para otros, no habiéndose acercado todavía al gobierno: porque se conjetura que seria de veinte y ocho ó veinte y siete años cuando las compuso. La oracion contra Aristogiton la pronunció él mismo, y tambien la de las inmunidades por el hijo de Cabrias Ctesipo, como lo dice él mismo; á lo que algunos añaden que fue con el objeto de enlazarse en matrimonio con la madre de aquel joven; y sin embargo no se casó con ella, sino con una muger de Samos, segun dice Demetrio Magnesio en su tratado de los sinónimos. La de la falsa legacion contra Esquines no se sabe si se pronunció; y eso que Idomeneo asegura que Esquines fue absuelto por solos treinta votos mas; pero parece que esto no es verdad, si hemos de tomar ar-

gumento de las oraciones de uno y otro sobre la corona: porque ninguno de los dos habla clara y abiertamente de aquel juicio, como que se hubiese llevado hasta sentencia; mas esto otros podrán decirlo mejor.

La idea de Demóstenes en el gobierno era bien manifiesta; pues que aun durante la paz nada dejaba por reprender de lo que ejecutaba el Macedonio; sino que á cada cosa alborotaba á los Atenienses, inflamándolos contra él. Por lo mismo era persona de quien se hablaba mucho en la corte de Filipo; y cuando fue á Macedonia de embajador, aunque en décimo lugar, si bien Filipo escuchó á todos, á su discurso respondió con particular cuidado; mas sin embargo en los demas honores y obsequios ya no se portó del mismo modo con Demóstenes, sino que agasajó con mayor esmero á Esquines y Filócrates; de resulta de lo cual, alabando estos á Filipo de elocuente en el decir, de gallardo en su presencia y tambien de buen bebedor, no pudo contenerse, é irritado les volvió las palabras al cuerpo, diciendo que lo primero era de un sofista, lo segundo de una muger, lo tercero de una esponja, y que en todo ello nada habia que fuera propio del elogio de un Rey.

Luego que todo propendió á la guerra, por no poder Filipo tener reposo, y por haber sido los Atenienses incitados de Demóstenes, lo primero que este hizo fue moverlos á invadir la Eubea, esclavizada por los tiranos á Filipo; y pasando efectivamente á la isla en virtud de decreto que él escribió, arrojaron á los Macedonios. En segundo lugar dió auxilio á los Bizantinos y Perintios, á quienes el Macedonio hacia la guerra, persuadiendo al pueblo que dejando á un lado la enemistad y el acordarse de las ofensas de unos y otros durante la guerra social, les enviara tropas; con las que se salvaron. Pasando despues de embajador, habló á todos los Griegos, y fuera de

unos pocos, los acaloró y levantó contra Filipo: de manera que llegaron á juntarse quince mil infantes y dos mil caballos, ademas de la gente de las ciudades; y se recogió copiosamente caudal y sueldos para los estipendiarios. En esta ocasion dice Teofrasto haber pedido los aliados que se fijaran los tributos, y haber respondido el demagogo Crobilo que la guerra no se mantiene con lo tasado. Puesta en espectacion la Grecia para lo futuro, y formando liga por naciones y ciudades, los Eubeos, Aqueos, Corintios, Megarenses, Leucadios y Corcirenses, le quedó á Demóstenes el mayor empeño, que fue el de atraer á la alianza á los Tebanos, habitantes de un pais confinante con el Atica, fuertes con tropas ejercitadas, y los mas acreditados entonces por las armas entre todos los Griegos; y no era facil atraher á una mudanza á los Tebanos, ganados por Filipo con beneficios muy recientes durante la guerra de Focea; mayormente cuando las rencillas de las ciudades se encrespaban diariamente de una y otra parte con frecuentes encuentros á causa de la vecindad.

Con todo, cuando engreido Filipo con las ventajas conseguidas en Anfisa, cayó repentinamente sobre Elatea é invadió la Focide, sobrecogidos los Atenienses, y no atreviéndose nadie á subir á la tribuna, ni sabiendo qué pensamiento útil podrian proponer en medio de tanta incertidumbre y silencio, presentóse solo Demóstenes, aconsejando que se ganara á los Tebanos; y alentando é incitando al pueblo con esperanzas, como lo tenia de costumbre, fue con otro enviado de embajador á Tebas. Envió tambien Filipo para contrarestar á estos, como dice Marsias, á Amintas y Clearco Macedonios, á Doco Tesaliano y á Trasideo de Elea. Qué era lo que convenia, no dejó de entrar en los cálculos de los Tebanos; y antes cada uno tenia bien á la vista los horrores de la guerra, estando todavia frescas las heridas de la de Focea;

pero la elocuencia del orador, encendiendo sus ánimos como dice Teopompo, y acalorando su ambicion, hizo sombra á todos los demas objetos: de manera que les quitó de delante de los ojos el miedo, su interes y su gratitud, entusiasmados con el discurso de Demóstenes por solo lo honesto. Pareció tan grande y tan admirable el efecto producido por su elocuencia, que Filipo envió inmediatamente heraldos á solicitar la paz: la Grecia toda se puso erguida en espectacion de lo que iba á suceder; se ofrecieron á la disposicion de Demóstenes, para obrar segun mandase, no solo los Generales, sino hasta los Beotarcas; y este fue el que dirigió todas las juntas públicas, no menos las de los Tebanos que las de los Atenienses, amado y respetado de unos y otros; no sin razon ni sobre su mérito, como observa Teopompo, sino con sobrada justicia.

Mas un hado superior en aquella agitacion de los negocios, y en el momento en que al parecer iba á llevar á su colmo la libertad de la Grecia, se opuso á todo lo hecho, y dió muchas señales de la futura adversidad. Entre ellas la Pitia reveló diferentes vaticinios; y se comenzaba á cantar un oráculo antiguo de las Sibilas:

¡O si la fiera lid del Termodonte
A manera de águila pudiese
Mirar de lejos puesto allá en las nubes!
Llora el vencido, el vencedor perece.

Dícese que el Termodonte es un riachuelo de Queronea, nuestra patria, que entra en el Céfiso; pero nosotros ahora no conocemos ningun arroyo que se llame de este modo, y solo inferimos que el que se llama Hemon se decia entonces Termodonte, y es el que corre junto al templo de Hércules, donde tuvieron su campo los Griegos: conjeturando que despues de la batalla, por haberse llenado el rio de sangre y de cadáveres, mudó este su nombre en el que

ahora tiene: aunque Duris dice que no era el rio que se llamaba Termodonte, sino que armando los soldados una tienda, y cavando con este objeto, encontraron una estatua pequeña de mármol con unas letras en que se significaba ser de Termodonte, que tenia en el regazo una Amazona herida; acerca de lo cual añade se cantaba otro oráculo que decia:

Aguarda, ó ave negra, la batalla
Que ha de tener de Termodonte nombre;
Y allí de carne humana tendrás copia.

Mas el determinar y asegurar qué es lo que hubo en esto es dificil. De Demóstenes se dice que confiado en las armas de los Griegos, y deslumbrado con las fuerzas y el ardor de tantos soldados que provocaban á los enemigos, ni permitió que se atendiera á los oráculos, ni que se diera oidos á los vaticinios; sino que sospechó que la Pitia *filipizaba*, y se recordó á los Tebanos el nombre de Epaminondas, y á los Atenienses el de Pericles, los cuales, teniendo todas estas cosas por pretextos del miedo, sin hacer cuenta de ellas, se decidian por lo que convenia. Hasta aqui compareció como un hombre eminente; pero en la batalla no hizo ninguna accion distinguida y que conformara con sus palabras, sino que abandonando el puesto, dió á huir ignominiosamente, arrojando las armas sin avergonzarse, como dijo Piteas, de la inscripcion que con letras de oro tenia grabada en el escudo: á la buena fortuna. Por lo pronto Filipo, haciendo burla con el desmedido gozo despues de la victoria, en un banquete que tuvo entre los cadáveres, en medio de los brindis cantó el principio del decreto de Demóstenes, llevando el compás con los pies y las manos,

Demóstenes Peamiense esto escribia;

pero luego que estuvo sereno y consideró la grandeza del combate que habia tenido que lidiar, se pasmó de la fuerza y poder de la elocuencia de un ora-

dor, que en la parte muy pequeña de un dia le obligó á poner en riesgo su imperio y su persona. Llegó la fama de su nombre hasta el Rey de los Persas, el cual envió órdenes á los Sátrapas para que dieran dinero á Demóstenes, y le obsequiaran sobre todos los Griegos, como á un hombre que en las revueltas de la Grecia podia distraer y contener al Rey de Macedonia. Estas órdenes las vió mas adelante Alejandro, habiendo encontrado en Sardis las cartas de Demóstenes y los asientos de los Generales del Rey, por los que se descubrian las sumas de dinero que se le habian dado.

Despues de esta derrota de los Griegos, volviéndose contra Demóstenes los oradores que no eran de su partido, le citaron á dar cuentas, y le formaron causa; pero el pueblo no solo lo dió por libre de todo, sino que continuó honrándole, y confiándole otra vez por su zelo los negocios de gobierno: tanto que habiéndose traido de Queronea los huesos, y dádoseles sepultura, le encargó que pronunciara el elogio de los muertos, no llevando con abatimiento ni apocadamente lo sucedido, como lo escribe y celebra Teopompo, sino manifestando en el mismo hecho de honrar y apreciar tanto al consejero, que no estaba pesaroso de sus dictámenes. Pronunció pues Demóstenes el discurso; pero en los decretos escribió no su nombre, sino los de varios de sus amigos, no esperando buen agüero de su genio y de su fortuna: hasta que otra vez cobró ánimo con la muerte de Filipo, que falleció no habiendo sobrevivido largo tiempo á la victoria de Queronea; y esto parece que era lo que profetizaba el oráculo en el último de los versos,

Llora el vencido, el vencedor perece.

Supo Demóstenes con anticipacion la muerte de Filipo; y para preparar á los Atenienses á tener confianza de mejorar de suerte, se presentó alegre en

el consejo, significando haber tenido un sueño que le hacia pronosticar á los Atenienses sucesos muy prósperos; y de alli á poco parecieron los que traian la noticia de la muerte de Filipo. Sacrificaron pues inmediatamente por la buena nueva, y decretaron coronas á Pausanias. Presentóse asimismo Demóstenes coronado con un rico manto, sin embargo de que no hacia mas que siete dias que habia muerto su hija, como lo dice Esquines para motejarle con este motivo, y censurarle de desnaturalizado: acreditándose en esto él mismo de poco generoso y de abatido espíritu, pues que tenia el llanto y el lamento por señales de un ánimo benigno y piadoso, y desaprobaba en otros el que llevasen los infortunios con entereza y resignacion. Por tanto yo, asi como no diré que hubiese sido bien hecho tomar coronas y sacrificar por la muerte de un Rey, que despues de haberlos vencido los trató con tanta mansedumbre y humanidad, porque sobre ser repugnante, manifiesta cierta vileza haberle acatado vivo y haberle hecho ciudadano; y despues cuando fue muerto por mano de otro no llevar moderadamente la alegría, sino saltar y hacer extremos de gozo, insultando á un difunto, como por una hazaña que se debiera á su valor, alabo y aplaudo en Demóstenes el que dejando á las mugeres las desgracias domésticas, las lágrimas y los lloros, hubiese hecho lo que creyó conveniente á la ciudad. Porque en mi concepto es de un ánimo verdaderamente social y esforzado, atendiendo siempre al bien comun, y subordinando los intereses y sucesos particulares á los públicos, el saber guardar en todo la dignidad y el decoro, aun mejor que los que hacen en los teatros los papeles de reyes y tiranos: pues que estos no lloran y rien como quieren, sino como lo pide el paso y conviene al asunto. Fuera de esto, si se tiene por un deber el no abandonar y dejar sin consuelo al que gime en el infortunio, sino mas bien

usar de palabras que le conforten, y llamar su atencion á asuntos mas lisonjeros, á manera de lo que hacen los facultativos con los que tienen mal de ojos, á quienes mandan que aparten la vista de los objetos resplandecientes y que reverberan la luz; y la vuelvan á los que tienen color verde y opaco, ¿cómo podrá procurar mejor el ciudadano su consuelo que haciendo mezcla, cuando la patria está en prosperidad, de los sucesos públicos y los domésticos, para que con los que son felices y de mayor poder se borren los infaustos? Hame movido á decir estas cosas el ver que Esquines en su oracion procura quebrantar y afeminar los ánimos, inclinándolos fuera de propósito á la compasion.

Las ciudades, inflamadas otra vez por Demóstenes, se sublevaron; y aun los Tebanos acometieron á la guarnicion con muerte de muchos, siendo Demóstenes quien les proporcionó las armas; y los Atenienses se preparaban para hacer la guerra con ellos. Ocupó con este objeto la tribuna Demóstenes, y escribió á los Generales del Rey en Asia para suscitar alli guerra á Alejandro, á quien trataba de muchacho y de atolondrado. Mas cuando, dejando arregladas las cosas de su reino, invadió en persona con grandes fuerzas la Beocia, se cortó ya toda aquella arrogancia de los Atenienses, y el mismo Demóstenes se quedó parado; con lo que los Tebanos, abandonados cobardemente de ellos, pelearon solos y perdieron su ciudad. Movióse con esto grande alboroto en Atenas, y se resolvió enviar á Demóstenes. Nombrado pues embajador con otros cerca de Alejandro, como temiese su enojo, retrocedió desde el Citeron, desertando de la embajada. Entonces Alejandro reclamó de los Atenienses que le enviaran diez de los demagogos, segun Idomeneo y Duris; ú ocho, segun los mas acreditados escritores de aquel tiempo, y fueron Demóstenes, Polieucto, Efialtes, Licurgo, Mi-

rocles, Damon, Calistenes y Carideino. Con esta ocasion refirió Demóstenes la fábula de las ovejas que entregaron los perros á los lobos; atribuyéndose á sí mismo y á los otros demagogos ser los perros que defendian al pueblo; y viniendo á llamar lobo á Alejandro de Macedonia. » Vemos, añadió, que los » mercaderes cuando presentan muestra del trigo en » una escudilla, en aquellos pocos granos venden mu- » chas fanegas, y vosotros no advertis que en noso- » tros sois entregados todos:" siendo Aristóbulo de Casandrea el que refirió estas particularidades. Conferencióse sobre este asunto; y hallándose en gran perplejidad los Atenienses, tomó Demades de los reclamados cinco talentos, y se ofreció á ir en embajada y pedir al Rey por ellos; bien fuera porque confiase en su amistad, ó bien porque esperase encontrarle ya como generoso leon, harto y satisfecho de matanza. Persuadióle en efecto Demades recabando el perdon de aquellos, y reconcilió con él á la ciudad.

Retirado que se hubo Alejandro, los otros se levantaron de ánimo, y Demóstenes quedó humillado y abatido. Despues, cuando el Esparciata Agis hizo algunas novedades y mudanzas, dió él tambien algun paso; pero al punto cayó, por no haber podido mover á los Atenienses, y tambien por haber muerto Agis, y haber sufrido descalabros los Lacedemonios. Tratóse en este tiempo la causa sobre la corona contra Cresifonte, intentada siendo Arconte Querondas, poco antes de la batalla de Queronea; pero que se juzgó diez años despues, siéndolo Aristofonte, y se hizo célebre mas que ninguna otra de las causas públicas, ya por la fama de los oradores, y ya tambien por la rectitud de los jueces; los cuales no hicieron el sacrificio de su voto contra Demóstenes á los enemigos de este, que eran los que entonces tenian el mayor poder en la ciudad por ser del partido Ma-

cedonio; sino que le absolvieron con tanta ventaja, que no tuvo Esquines en su favor ni la quinta parte de los votos: asi es que al instante se salió de la ciudad, y pasó su vida en Rodas y en la Jonia, teniendo escuela de elocuencia.

De alli á poco vino del Asia á Atenas Harpalo, huyendo de Alejandro, ya porque realmente sus negocios se hallaban en mal estado á causa de su disipacion; y ya tambien por temer á este, que se habia hecho terrible á sus amigos. Acogiéndose pues al pueblo de Atenas, y poniéndose en sus manos con sus naves y sus bienes, al punto los demas oradores, puestos los ojos en la riqueza, estuvieron de su parte, y persuadian á los Atenienses que le admitieran y salvaran á un refugiado; pero Demóstenes al principio aconsejaba que se hiciera salir á Harpalo, y se guardaran de precipitar á la ciudad en la guerra por un motivo no necesario é injusto; y al cabo de pocos dias, habiéndose hecho el registro de los bienes que traia, viéndole Harpalo prendado de una copa de las del Rey, y que examinaba su hechura y su forma, le dijo que la sospesara y viera el peso que tenia de oro. Admiróse Demóstenes de lo doble que era, y preguntando cuanto valia, sonriéndose Harpalo: para tí, le dijo, valdrá veinte talentos; y apenas se hizo de noche le envió la copa con los veinte talentos. Fue Harpalo muy perspicaz en descubrir en él su ánimo codicioso del oro por su semblante, por la viveza de sus ojos y por el modo de dirigir sus miradas. No pudo pues Demóstenes resistir á esta tentacion, y asi como plaza que admite guarnicion, se rindió á Harpalo; y al dia siguiente arropándose muy bien el cuello con lana y con vendas se presentó asi en la junta pública. Decíanle que se levantara y hablase, y él por señas daba á entender que tenia cortada la voz; pero algunos burlones decian con malignidad que aquella noche habia sido acometido no de angi-

na, sino de argentina, el orador. Por fin vino á informarse todo el pueblo del regalo y queriendo él defenderse y persuadirle, no le dió lugar moviendo grande gritería y alboroto; mas sin embargo en medio de aquella bulla se levantó uno y dijo con mucha chulada: ¿cómo es esto, ó Atenienses, no oireis al que tiene la copa? [1] Echaron entonces de la ciudad á Harpalo; y temiendo no se les pidiera cuenta de las alhajas usurpadas por los oradores, hicieron por la ciudad una rigurosa cala y cata, registrando todas las casas, á excepcion de la de Calicles Arrenide. Solo á la de este no permitieron que se llegara, por estar recien casado y hallarse ya dentro la esposa, como dice Teopompo.

Cediendo Demóstenes al torrente, escribió un decreto para que el Consejo del Areopago examinara este negocio, y los que le pareciera que habian delinquido sufrieran la pena. Condenado de los primeros por el consejo, se presentó en el tribunal; pero siendo la multa que se le impuso de cincuenta talentos, se le llevó á la cárcel; de la que de vergüenza, por lo feo de la causa, y tambien por enfermedad corporal que le hacia imposible sufrir el encierro, se dice haberse fugado sin sentirlo ó advertirlo unos, y ayudando otros á que no se sintiese. Cuéntase que cuando todavía estaba á corta distancia de la ciudad, notó que le seguian algunos ciudadanos del partido contrario, y quiso ocultarse; mas aquellos llamándole por su nombre, y llegándose cerca, le rogaron recibiera para el viage las cantidades que le llevaban, pues para esto las habian tomado en casa, y este era el motivo de haberle seguido; y al mismo tiempo le exhortaron á tener buen ánimo, y á no abatirse por

1 En los convites el que tenia la copa, era el que daba el tono para las canciones, y todos esperaban en silencio á que empezase el canto.

lo sucedido; con lo cual todavía crecieron mas los lamentos de Demóstenes, y prorumpió en esta expresion: ¿cómo no lo he de llevar con pesadumbre, dejando una ciudad, donde los enemigos son tales, cuales no suelen ser en otros los amigos? Mostró en este destierro un ánimo apocado, deteniéndose lo mas del tiempo en Egina y Trecene; y mirando al Atica con lágrimas en los ojos, se refiere haber proferido voces indecorosas y poco conformes á los elevados sentimientos que habia manifestado en el gobierno: pues se dice que al perder de vista la ciudad, tendiendo las manos hácia el alcázar, exclamó: reina y señora de Atenas, ¿por qué te complaces en tres terribles fieras, la lechuza, el dragon y el pueblo? y que á los jóvenes que iban á verle y permanecian algun tiempo con él, los retraia de tomar parte en el gobierno, diciéndoles que si al principio se le hubieran mostrado dos caminos, el uno que condujese á la tribuna y á la junta pública, y el otro opuesto á la sepultura, sabiendo ya los males que acompañan al gobierno, los temores, las envidias, las calumnias y las rencillas, sin detenerse se habria arrojado á la que mas presto le condujese á la muerte.

Cuando aun se hallaba en este destierro que hemos dicho, murió Alejandro, y se trató de sublevar de nuevo á los Griegos, mostrándose Leostenes, hombre esforzado, y encerrando á Antipatro en Lamia, ante la que corrió un muro; pero Piteas el orador y Calimedonte de Carabis, huyendo de Atenas, abrazaron el partido de Antipatro, y corriendo las ciudades con los amigos y embajadores de este, impedian á los Griegos el rebelarse y dejarse seducir de los Atenienses. Demóstenes, incorporándose por sí mismo con los embajadores de Atenas, se esforzaba y trabajaba con ellos para que las ciudades se arrojaran sobre los Macedonios, y los echaran de la Grecia; y en Arcadia dice Filarco que riñeron y se denostaron Piteas

y Demóstenes, hablando en la junta pública el uno por los Macedonios y el otro por los Griegos. Cuéntase haber dicho en esta ocasion Piteas que asi como cuando vemos que se lleva leche de burra á una casa, al instante pensamos que precisamente hay alguna enfermedad, del mismo modo no puede menos de estar doliente una ciudad adonde llega una embajada de los Atenienses; y que Demóstenes convirtió la comparacion, diciendo que la leche de burra se da para la salud, y tambien los Atenienses buscan con sus embajadas salvar á los enfermos; lo que fue tan del gusto del pueblo de Atenas, que decretó la vuelta de Demóstenes. Escribió el decreto Demon Peaniense, sobrino de Demóstenes, y se le envió una galera á Egina. Desembarcó en el Pireo, y no quedó ni Arconte, ni sacerdote, ni nadie que no saliese á recibirle, sino que acudieron todos, y le dieron las mayores muestras de aprecio: diciendo Demetrio de Magnesia que entonces tendió al cielo las manos, y se dió el parabien de aquel dichoso dia; por cuanto su vuelta era mas lisonjera que la de Alcibiades, recibiéndole los ciudadanos por movimiento propio, y no violentados de él. Tenia sin embargo sobre sí la pena pecuniaria, porque no habia facultad para remitir una condenacion; y lo que hicieron fue eludir la ley: porque siendo costumbre en el sacrificio de Júpiter Conservador dar una cantidad á los que componian y adornaban el altar, le dieron este encargo á Demóstenes, graduándole por él cincuenta talentos, que era el importe de la multa.

Mas no gozó por largo tiempo de esta vuelta á la patria; sino que traidas al mas infeliz estado las cosas de la Grecia, en el mes llamado Metagitnion fue la batalla de Cranon; en el de Boedromion se puso guarnicion en Muniquia, y en en el de Puanepsion murió Demóstenes de esta manera. Apenas se tuvo noticia de que Antipatro y Cratero se acer-

caban á Atenas, Demóstenes y los de su partido se salieron de la ciudad, y el pueblo los condenó á muerte siendo Demades quien escribió el decreto. Espárciéronse por diferentes partes; y Antipatro envió gente que los prendiese; de la que era caudillo Arquías llamado *cazafugitivos*. Era este natural de Turio, y se decia que por algun tiempo habia representado tragedias; añadiéndose que Polo de Egina, muy superior á todos en el arte, habia sido su discípulo Arquías. Hernispo pone á Arquías en la lista de los discípulos del orador Lacrito; y Demetrio dice que acudió tambien á la escuela de Anaximenes. Arquías pues al orador Hiperides, á Aristónico de Maraton y á Himerao, hermano de Demetrio Falereo, que en Egina se habian refugiado al templo de Ayax, los sacó de alli y los envió á Cleonas á disposicion de Antipatro, y alli se les quitó la vida; diciéndose que ademas á Hiperides le arrancaron la lengua.

En cuanto á Demóstenes, sabedor Arquías de que se hallaba en la isla de Calauria refugiado en el templo de Neptuno, se embarcó en un trasporte con algunos Tracios de los de la guardia, y llegado allá le persuadia á que saliera del asilo, y se fuera con él á la presencia de Antipatro, de quien no tenia que temer ningun duro tratamiento. Hacia la casualidad que Demóstenes habia tenido entre sueños aquella misma noche una vision extraña, porque le parecia que estaba compitiendo con Arquías en la representacion de una tragedia; y que sin embargo de hacerlo bien, y haber ganado el auditorio, por falta del aparato y coro convenientes era vencido. Hablábale Arquías con la mayor humanidad, y él, volviéndose á mirarlo sentado como estaba: ni antes, ó Arquías, le dijo, me moviste con la representacion, ni ahora tampoco me moverás con las promesas; y como irritado Arquías empezase á hacerle amenazas, ahora hablas, le

repuso, desde el trípode Macedónico, lo de antes era representado: aguardarás un poco mientras escribo algunas letras á los de casa. Dicho esto, se entró mas adentro; y tomando un cuadernito como si fuera á escribir, se llevó á la boca la caña y la mordió, segun lo tenia de costumbre mientras pensaba y escribia: estuvo asi algun tiempo, y cubriéndose despues la cabeza, la reclinó. Con este motivo los guardias que estaban á la puerta se burlaban de él, creyendo que tenia miedo, y le trataban de afeminado y cobarde; pero Arquías, llegándose á él, le instaba á que se levantase, y le repetia las mismas expresiones de antes, queriendo hacerle entender que podia tenerse por reconciliado con Antipatro. Conociendo ya entonces Demóstenes que el veneno habia penetrado bien adentro y hacia su efecto, se descubrió, y fijando la vista en Arquías: »ya podrás apresurarte, »le dijo, á representar el papel que hace Creonte en »la tragedia, arrojando este cuerpo insepulto; y yo, »continuó, ó venerable Neptuno, salgo todavía con »vida de tu templo; pero de Antipatro y los Mace»donios ni siquiera este ha quedado puro y sin ser »atropellado;" y al decir estas palabras pidió que le sostuvieran, convulso ya y sin poder tenerse: tanto que al mover el pie para pasar del ara, cayó en el suelo, y lanzando un sollozo, espiró.

Ariston dice que tomó el veneno de la caña, como hemos sentado; pero un tal Papio, cuya historia copió Hermipo, escribe que al caer junto al ara, en el cuaderno se encontró escrito este principio de una carta: Demóstenes á Antipatro; y nada mas, y que maravillándose todos de una muerte tan súbita, habian referido los Tracios que estaban á la puerta que tomando el veneno de un trapo, lo puso en la mano, lo acercó á la boca y lo tragó, creyendo ellos que era oro lo que habia tragado; y la sirviente que le asistia, preguntada por Arquías, respondió que

hacia tiempo llevaba Demostenes consigo aquel atado como un amuleto ó preservativo. Mas el mismo Eratóstenes dice que tenia guardado el veneno en una cajita que servia de guarnicion á un brazalete de que usaba. No hay necesidad de seguir las demas variaciones que se hallan en los autores que han escrito de él, que son muchos; y solo se advertirá que Demócares, deudo de Demóstenes, es de sentir que este no murió de veneno, sino que por amor y providencia de los dioses fue arrebatado á la crueldad de los Macedonios con una muerte repentina y exenta de dolores. Murió el dia diez y seis del mes Puanepsion, que es el mas lúgubre de los de la fiesta de Ceres, en el que las mugeres ayunan en honor de la Diosa sin salir de su templo. Túvole al cabo de poco tiempo el pueblo de Atenas en el honor debido, erigiéndole una estatua de bronce, y decretando que al de mas edad de su familia se le mantuviese á expensas públicas en el Pritaneo, é hizo grabar en el pedestal de la estatua aquella inscripcion tan sabida,

Si hubiera en tí, Demóstenes, podido
El valor competir con el ingenio,
No habria el Macedon mandado en Grecia!

porque los que dicen que el mismo Demóstenes la compuso en Calauria, cuando iba á tomar el veneno, deliran completamente.

Poco antes de haber ido yo á Atenas se dice haber sucedido este caso. Un soldado á quien se hizo proceso por su comandante, siendo llamado á juicio, puso todo el dinero que llevaba en las manos de la estatua que tenia los dedos juntos unos con otros, y al lado de la cual estaba plantado un plátano muy alto. Cayeron de él muchas hojas, ó porque el viento casualmente las derribara, ó porque el mismo que puso el dinero lo ocultara con ellas: ello es que asi estuvo escondido el dinero por largo tiempo. Cuando volviendo el soldado lo encontró y corrió la voz de este suce-

so, muchos ingenios tomaron de aqui argumento para defender á Demóstenes de la nota de soborno, y compitieron entre sí, escribiendo epígramas. A Demades, que no gozó largo tiempo de su brillante gloria, la venganza debida á Demóstenes lo llevó á Macedonia á ser justamente castigado por aquellos mismos á quienes habia adulado vilmente: pues si ya antes les era odioso, entonces le encontraron envuelto en un reato, del que no habia como librarse. Porque se ocuparon cartas suyas por las que instaba á Perdicas á que invadiese la Macedonia y salvara á los Griegos, colgados, decia, de un hilo podrido y viejo, queriendo significar á Antipatro. Estándole acusando de este crímen Dinarco de Corinto, se irritó Casandro de tal manera, que le mató á un hijo en sus propios brazos, y en seguida dió orden de que tambien le quitaran la vida; demostrando con estos grandes infortunios que las primeras víctimas de la infame venta de los traidores son ellos mismos, lo que no habia querido creer, anunciándoselo Demóstenes muchas veces. Aqui tienes, ó Sosio, la vida de Demóstenes, tomada de lo que hemos leido, ó de lo que ha llegado á nuestros oidos.

CICERON.

Dícese de la madre de Ciceron Helbia, haber sido de buena familia y de recomendable conducta; pero en cuanto al padre todo es extremos: porque unos dicen que nació y se crió en un lavadero; y otros refieren el origen de su linage á Tulo Acio, que reinó gloriosamente sobre los Volscos. El primero de la familia que se llamó Ciceron parece que fue persona digna de memoria; y que por esta razon sus descendientes no solo no dejaron este sobrenombre, sino que mas bien se mostraron ufanos con él, sin embargo de que para muchos era objeto de sarcasmos; porque los latinos al garbanzo le llaman *Cicer*, y aquel tuvo en la punta de la nariz una berruga aplastada á manera de garbanzo, que fue de donde tomó la denominacion, y de este Ciceron, cuya vida escribimos, ha quedado memoria de que proponiéndole sus amigos, luego que se presentó á pedir magistraturas, y tomó parte en el gobierno, que se quitara y mudara aquel nombre, les respondió con jactancia, que él se esforzaria á hacer mas ilustre el nombre de Ciceron que los Escauros y Cátulos. Siendo cuestor en Sicilia, hizo á los dioses una presentalla de plata, en la que inscribió sus dos primeros nombres Marco y Tulio, y en lugar del tercero dispuso por una especie de juego que el artífice grabara al lado de las letras un garbanzo. Y esto es lo que hay escrito acerca del nombre.

Dicen que nació Ciceron, habiéndole dado á luz su madre sin trabajo y sin dolores, el dia tres de Enero, en el que ahora los magistrados hacen plegarias y sacrificios por el emperador. Parece que su nutriz tuvo una vision, en la que se le anunció que criaba un gran bien para todos los Romanos. Esto, que comunmente debe ser tenido por delirio y por qui-

mera, hizo ver Ciceron bien pronto que habia sido una verdadera profecía: porque llegado á la edad en que se empieza á aprender, sobresalió ya por su ingenio, y adquirió nombre y fama entre sus iguales: tanto que los padres de estos iban á las escuelas deseosos de conocer de vista á Ciceron, y hacian conversacion de su admirable prontitud y capacidad para las letras; y los menos ilustrados reprendian con enfado á sus hijos, viendo que en los paseos llevaban por honor á Ciceron en medio. No obstante tener un talento amante de las artes y las ciencias, cual le deseaba Platon, propio para abrazar toda doctrina, y no reprobar ninguna especie de erudicion, se precipitó con mayor ansia á la poesía; y se ha conservado un poemita de cuando era muchacho, titulado: Poncio Glauco, hecho en versos tetrámetros. Adelantando en tiempo, y dedicándose con mas ardor á esta clase de estudios, fue ya tenido no solo por el mejor orador, sino tambien por el mejor poeta de los Romanos. Su gloria y fama en la retórica permanece hasta hoy, á pesar de las grandes mudanzas que ha sufrido el lenguage; pero la fama poética, habiendo sobrevenido despues muchos y grandes ingenios, ha quedado del todo olvidada y obscurecida.

Cuando hubo ya salido de las ocupaciones pueriles, acudió á la escuela de Filon, que era de la secta de los académicos, aquel á quien entre los discípulos de Clitomaco admiraban mas los Romanos por su elocuencia, y apreciaban mas por sus costumbres. Al mismo tiempo frecuentaba la casa de Mucio, uno de los principales del gobierno y del Senado, con quien hacia grandes adelantamientos en la ciencia de las leyes; y asimismo se aplicó á la milicia bajo Sila durante la guerra Mársica. Despues viendo que la república de sedicion en sedicion caminaba á precipitarse en la insoportable dominacion de uno solo, consagró de nuevo su vida al estudio y á la meditacion,

conferenciando con los Griegos eruditos y cultivando las ciencias: hasta que habiendo vencido Sila, pareció que la república tomaba alguna consistencia. En este tiempo Crisógono, liberto de Sila, habiendo denunciado los bienes de uno que decia haber perdido la vida en la proscripcion, los compró el mismo en dos mil dracmas. Roscio, hijo y heredero del que se decia proscripto, se mostró ofendido, é hizo ver que aquellos bienes valian doscientos y cincuenta talentos; de lo que incomodado Sila, movió á Roscio causa de parricidio por medio de Crisógono; y como nadie quisisiese defenderle, huyendo todos de ello por temor de la venganza de Sila, en este abandono acudió aquel joven á Ciceron. Estimulaban á este sus amigos diciéndole que con dificultad se le presentaria nunca otra ocasion mas bella, ni mas propia para ganar fama; movido de lo cual admitió la defensa, y habiendo salido con su intento, fue admirado de todos; pero por temor de Sila hizo viage á la Grecia, esparciendo la voz de que lo hacia para procurar la salud, pues en realidad era delgado y de pocas carnes, y tenia un estómago debil que no admitia sino poca y tenue comida, y aun esto muy á deshora. La voz era fuerte y de buen temple, pero dura y no hecha; y como su modo de decir era vehemente y apasionado, subiendo siempre de tono la voz, se temia que peligrase su salud.

Llegado á Atenas, se aplicó á oir á Antioco Ascalonita, seducido de la facundia y gracia de sus discursos, sin embargo de que no aprobaba las novedades que introducia en los dogmas de la secta: porque ya Antioco se habia separado de la que se llamaba academia nueva, y habia desertado de la escuela de Corneades, ó cediendo á la evidencia y á los sentidos; ó prefiriendo, como dicen algunos, por cierta ambicion, y por indisposicion con los discípulos de Clitomaco y de Filon, á todas las demas

la doctrina Estóica. Mas Ciceron se mantuvo siempre en aquellos principios, y á ellos dió su atencion; teniendo meditado, si le era preciso dejar del todo los negocios públicos, convertir á estos estudios su vida desde el foro y la curia, para pasarla sosegadamente entregado á la filosofia. Llególe en esto la noticia de haber muerto Sila; y como su cuerpo fortificado con el ejercicio hubiese adquirido bastante robustez, y la voz se hubiese formado del todo, resultando ser llena, dulce al oido, y proporcionada á la constitucion de su cuerpo; llamado por una parte y rogado desde Roma por sus amigos, y exhortado por otra de Antioco á que se entregase á los negocios públicos, volvió otra vez á cultivar la oratoria como un instrumento que habia de poner en ejercicio para adelantar en la carrera politica, trabajando discursos, y consultando los oradores mas acreditados. Con este objeto navegó al Asia y á Rodas; y de los oradores de Asia oyó á Jenocles de Atramicio, á Dionisio de Magnesia y á Menipo de Caria; y en Rodas al orador Apolonio Molon y al filósofo Posidonio. Dícese que Apolonio no sabiendo la lengua latina pidió á Ciceron que declamara en Griego, y que este tuvo en ello gusto, juzgándolo mas conducente para la correccion. Despues de haber asi declamado, todos se quedaron asombrados y compitieron en las alabanzas; solo Apolonio se estuvo inmoble oyéndole, y despues que hubo concluido, permaneció en su asiento pensativo por largo rato; y como Ciceron se manifestase resentido: „á ti, ó Ciceron, le dijo, te admiro y te alabo; „pero duélome de la suerte de la Grecia, al ver que „los unicos bienes y ornamentos que nos habian „quedado, la ilustracion y la elocuencia, son tam„bien por ti ahora trasladados á Roma."

Decidiéndose pues á tomar parte en el gobierno, lleno de lisonjeras esperanzas, un oráculo sin embar-

go contenia y moderaba aquel ímpetu; porque habiendo preguntado en Delfos al Dios cómo adquiriria grande fama, le habia aconsejado la Pitia que tomara su propia naturaleza por regulador de su conducta, y no la opinion del vulgo. Así al principio procedia con gran precaucion, y no daba sino pasos muy lentos hácia las magistraturas, y aun por esto mismo no hacian caso de él, y le motejaban con aquellos apodos vulgares tan comunes en Roma: *Griego y ocioso*. Mas siendo él amante de gloria por caracter, y continuas las excitaciones de su padre y sus amigos, se dedicó al fin á la defensa de las causas, en la que no por grados llegó á la primacía, sino que desde luego resplandeció con brillante gloria, y se aventajó mucho á todos los que con él contendian en el foro. Dícese que estando en la parte de la elocucion no menos sujeto á defectos que Demóstenes, puso mucha atencion en observar al cómico Roscio y al trágico Esopo. De este se cuenta que representando en el teatro á Atreo cuando deliberaba sobre vengarse de Tiestes, como pasase casualmente uno de los sirvientes en el momento en que se hallaba fuera de sí con la violencia de los afectos, le dió un golpe con el cetro, y le quitó la vida; y no fue poca la fuerza que de la representacion y la accion teatral tomó para persuadir la elocuencia de Ciceron; como que de los oradores que hacian consistir el primor de esta en vocear mucho, solia decir con chiste, que por flaqueza montaban en los gritos como los cojos en un caballo. Su facilidad y gracia para esta clase de agudezas y donaires bien parecia propia del foro y sazonada; pero usando de ella con demasiada frecuencia, sobre ofender á no pocos, le atrajo la nota de maligno.

Nombrósele Cuestor en tiempo de carestía; y habiéndole cabido en suerte la Sicilia, al principio se hizo molesto á aquellos naturales por verse precisa-

do á enviar trigo á Roma; pero despues habiendo experimentado su zelo, su justificacion y su genio apacible, le respetaron sobre todos los magistrados que habian conocido. Sucedió en aquella sazon que á muchos de los jóvenes mas principales y de las primeras familias se les hizo cargo de insubordinacion y falta de valor en la guerra; y habiendo sido remitidos al tribunal del Pretor de la Sicilia, Ciceron defendió enérgicamente su causa, y los sacó libres. Venia muy engreido con esto á Roma, y dice él mismo que le sucedió una cosa graciosa y muy para reir; porque habiéndose encontrado en la Campania con un ciudadano de los mas principales, á quien tenia por amigo, le preguntó, qué se decia entre los Romanos de sus hechos, y cómo se pensaba acerca de ellos; pareciéndole que toda la ciudad habia de estar llena de su nombre y de la gloria de sus hazañas; y aquel le respondió friamente: ¿pues dónde has estado este tiempo, Ciceron? y añade que entonces cayó enteramente de ánimo, viendo que habiéndose perdido en la ciudad como en un piélago inmenso la conversacion que de él se hubiese hecho, nada habia ejecutado que para la gloria hubiese tenido mérito; y habiendo entrado consigo en cuentas, rebajó mucho de su ambicion, considerando que el trabajar por la gloria era obra infinita, y en la que no se hallaba término. Mas sin embargo el alegrarse con extremo de que lo alabasen, y ser muy sensible á la gloria, lo conservó hasta el fin, y muchas veces fue un estorbo para sus mas rectas determinaciones.

Mas al fin entregado al gobierno con demasiado empeño, tenia por cosa muy reparable que los artesanos, que solo emplean instrumentos y materiales inanimados, no ignoren ni el nombre, ni el pais, ni el uso de cada uno; y el empleado, que para todos los negocios publicos tiene que valerse de hom-

bres, proceda con desidia y descuido en cuanto á conocer los ciudadanos. Por tanto no solo se acostumbró á conservar sus nombres en la memoria, sino que sabia en qué calle habitaba cada uno de los principales; qué posesiones tenia; qué amigos eran para él los de mayor influjo, y quiénes eran sus vecinos; y por cualquiera parte que Ciceron caminara de la Italia podia sin detenerse expresar y señalar las tierras y las casas de campo de sus amigos. Siendo su hacienda no muy cuantiosa, aunque la suficiente y proporcionada á sus gastos, causaba admiracion que no recibiese ni salario ni dones por las defensas; lo que aun se hizo mas notable cuando se encargó de la acusacion de Verres. Habia sido este Pretor de la Sicilia, donde cometió mil excesos; y persiguiéndole los Sicilianos, Ciceron hizo que se le condenara, no con hablar, sino en cierta manera por no haber hablado: porque estando los Pretores de parte de Verres, y prolongando la causa con estudiadas dilaciones hasta el último dia, como estuviese bien claro que esto no podia bastar para los discursos, y el juicio no llegaria á su término, levantándose Ciceron, expresó que no habia necesidad de que se hablase; y presentando los testigos, y examinándolos, concluyó con decir que los jueces pronunciaran sentencia. Con todo, en el discurso de esta causa se cuentan muchos y muy graciosos chistes suyos. Porque los Romanos llaman *Verres* al puerco no castrado; y habiendo querido un liberto llamado Cecilio, sospechoso de judaizar, excluir á los Sicilianos, y ser él quien acusara á Verres, le dijo Ciceron: ¿qué tiene que ver el judío con el puerco? Tenia Verres un hijo ya mocito, de quien se decia que no hacia el mas liberal uso de su belleza; y motejando Verres á Ciceron de afeminado: á los hijos, le repuso, no se les reprende sino de puertas adentro. El orador Hortensio no se atrevió á tomar la

defensa de la causa de Verres; pero le patrocinó al tiempo de la tasacion; por lo que recibió en precio una esfinge de marfil; y habiéndole echado Ciceron alguna indirecta, como le respondiese que no sabia desatar enigmas, le repuso este con presteza: pues la esfinge tienes en casa.

Habiendo sido de este modo condenado Verres, tasó Ciceron la multa que habia de sufrir en setecientas cincuenta mil dracmas; sobre lo que quisieron culparle de que por dinero habia rebajado la estimacion; mas ello es que los Sicilianos le quedaron tan agradecidos, que cuando fue Edil trajeron en su obsequio muchas cosas de la isla, y se las presentaron; pero de ninguna se aprovechó, y solo se valió del afecto de aquellos isleños para que tuviera el pueblo los frutos á un precio mas cómodo. Poseia una tierra bastante extensa en Arpino, y junto á Nápoles; y junto á Pompeya tenia otros dos campos no muy grandes; la dote de su muger Terencia era de ciento veinte mil dracmas; y tuvo una herencia que le produjo unas noventa mil. Pues atenido á solos estos bienes, lo pasó liberal y sobriamente con los literatos Griegos y Romanos que tenia siempre consigo; y muy rara vez se ponia á la mesa antes de haber caido el sol; no tanto por sus ocupaciones, como por la enfermedad de estómago que padecia. Por lo tocante al cuidado de su cuerpo en todo lo demas era nimiamente delicado y puntual; tanto que en las fricciones y los paseos no excedia del número prefijado. Atendiendo de este modo á conservar y recrear su constitucion, se mantuvo sano y en disposicion de poder llevar tantas fatigas y trabajos. En cuanto á casa, la paterna la cedió á su hermano; y él habitaba junto al palacio, para que no sintieran los que le visitaban la mortificacion que habrian de sentir si fueran de mas lejos; y le visitaban diariamente tantos á lo menos como á Craso por su

riqueza y á Pompeyo por su gran poder en los ejércitos, que eran los dos personages mas admirados y de mayor autoridad entre los Romanos; y aun Pompeyo mismo cultivaba la amistad de Ciceron; cuyo consejo y auxilio en los asuntos de gobierno le sirvieron mucho para el acrecentamiento de su poder y su gloria.

Pidieron al mismo tiempo que él la pretura muchos y muy distinguidos ciudadanos, entre los que fue sin embargo elegido el primero de todos; y los juicios parece que los despachó íntegra y rectamente. Refiérese que juzgado por él en causa de malversacion Licinio Macro, varon por sí mismo de gran poder en la ciudad, y sostenido ademas por la proteccion de Craso, confiando demasiado en el favor de este y en los pasos que se habian dado, se marchó á casa cuando todavía los jueces estaban dando los votos, é hizo que inmediatamente le cortaran el cabello; se vistió de blanco como si ya hubiera vencido en el juicio, y se dirigia otra vez al tribunal; y que habiéndole encontrado Craso en el atrio, y anunciádole que habia sido condenado por todos los votos, se volvió adentro, se puso en cama y murió: suceso que concilió á Ciceron la opinion de que regia con zelo el tribunal. Sucedió que Vatinio, hombre áspero, acostumbrado á no tratar con el mayor respeto á los magistrados en sus discursos, y que tenia el cuello plagado de lamparones, pedia una cosa á Ciceron, y como no la concediese, sino que se parase á pensar por algun tiempo, le dijo aquel, que si él fuera Pretor no tardaria tanto en decidir; á lo que Ciceron contestó con viveza: es que yo no tengo tanto cuello. Cuando no le quedaban mas que dos ó tres dias de magistratura, le presentó uno á Manilio, á quien hacia cargo de malversacion; y es de advertir que este Manilio gozaba del aprecio y favor del pueblo, por creerse que en él se hacia tiro

á Pompeyo, de quien era amigo. Pedia término, y Ciceron no le concedió mas que el dia siguiente; lo que llevó á mal el pueblo, porque acostumbraban los Pretores á conceder diez dias cuando menos á los que sufrian un juicio. Citábanle pues para ante el pueblo los Tribunos de la plebe, haciéndole reconvenciones y acusándole; pero habiendo pedido que se le oyese, dijo: que habiendo tratado siempre á los reos con toda la equidad y humanidad que las leyes permitian, le habia parecido muy duro no tratar del mismo modo á Manilio; y no quedándole ya mas que un solo dia de Pretor, aquel era el que de intento le habia dado por término: porque remitir el juicio á otro magistrado entendia que no era de quien deseaba favorecer. Produjeron estas palabras una gran mudanza en el pueblo: asi es que celebrándole con los mayores elogios, le rogaron que se encargara de la defensa de Manilio. Prestóse á ello de buena voluntad en consideracion tambien á Pompeyo ausente; y habiendo tomado el negocio desde su principio, habló con energía contra los fautores de la oligarquia, y enemigos por envidia de Pompeyo.

A pesar de esto para el consulado fue generalmente protegido de todos, no menos de la faccion del Senado que de la muchedumbre; poniéndose de su parte unos y otros con este motivo. Verificada la mudanza que Sila introdujo en el gobierno, aunque al principio se tuvo por repugnante, entonces ya parecia haber tomado cierta estabilidad, con la que el pueblo comenzaba á hallarse bien por el hábito y la costumbre; pero no faltaban genios turbulentos que trataban de mover y trastornar el estado presente, no con la mira de mejorarle, sino con la de saciar sus pasiones; valiéndose de la ocasion de estar todavía Pompeyo ocupado en la guerra contra los reyes del Ponto y la Armenia, y de no existir en Roma fuerzas de alguna consideracion. Te-

nian estos por corifeo á Lucio Catilina, hombre osado, resuelto y de sagaz y astuto ingenio; el cual demas de otros muchos y muy graves crímenes, era inculpado entonces de vivir incestuosamente con su hija; de haber dado muerte á un hermano, y de que por temor de que sobre este hecho atroz se le formara causa habia alcanzado de Sila que lo incluyera en las listas de los proscriptos á muerte, como si todavía viviese. Tomando pues á este por caudillo toda la gente perdida, se dieron mutuamente muchas seguridades, siendo una de ellas la de haber sacrificado un hombre, y haber comido de sus carnes. Sedujo ademas Catilina á una gran parte de la juventud, proporcionando á cada uno placeres, comilonas y trato con mugerzuelas, y suministrando el caudal para todos estos desórdenes. Estaba fuera de esto dispuesta á sublevarse toda la Toscana, y la mayor parte de la Galia llamada Cisalpina. La misma Roma estaba muy próxima á alterarse por la desigualdad de las fortunas; habiendo los mas nobles y principales desperdiciado las suyas en teatros, banquetes, competencias de mando y obras suntuosas, y habiendo venido á parar la riqueza en la gente mas baja y ruin de la ciudad: de manera que se necesitaba de muy poco esfuerzo, y le era muy facil á cualquiera atrevido hacer caer un gobierno, que de suyo era débil y caedizo.

Mas para partir Catilina de un principio seguro pedia el consulado; y se lisonjeaba de que saldria Consul con Cayo Antonio, hombre que por sí no era propio para estar al frente de nada, ni bueno ni malo; pero que daria peso al poder ageno. Previéndolo así la mayor parte de los honestos y buenos ciudadanos, movieron á Ciceron á que se presentara competidor; y siendo muy bien recibido del pueblo, quedó desairado Catilina, y fueron elegidos Ciceron y Cayo Antonio: no obstante que de todos

los candidatos solo Ciceron era hijo de padre que pertenecia al orden ecuestre, y no al senatorio.

Aunque todavía eran entonces ignorados de la muchedumbre los intentos de Catilina, no faltaron sin embargo grandes altercados y contiendas desde el principio del consulado de Ciceron. De una parte los que por las leyes de Sila no podian ejercer autoridad, que no eran pocos ni carecian de influjo, al pedir las magistraturas hablaban al pueblo, acusando la tiranía de Sila, en gran parte con verdad y justicia; y querian hacer en el gobierno mudanzas, que ni eran convenientes, ni la sazon oportuna. De otra los tribunos de la plebe proponian leyes análogas y por el mismo término para crear decemviros con plena autoridad, haciéndolos árbitros en toda la Italia, toda la Síria, y cuanto recientemente habia sido adquirido por Pompeyo, para vender los terrenos públicos, juzgar libremente y sin sujecion, restituir los desterrados, fundar colonias, tomar caudales del tesoro público, y reclutar y mantener tropas en el número que necesitasen; por lo cual algunos de los principales ciudadanos se adherian á la ley, y el primero entre ellos el colega de Ciceron Antonio, por esperar que habia de ser uno de los diez. Parecia ademas que sabedor de las novedades meditadas por Catilina, no le desagradaban por sus muchas deudas, que era lo que principalmente hacia temer á los amantes del bien; y esto fue lo primero que acudió á remediar Ciceron. Porque á aquel le decretaron en la distribucion de las provincias la Macedonia; y habiendo adjudicado á Ciceron la Galia, la renunció; y con este favor ganó á Antonio, para que como actor asalariado, hiciera el segundo papel en la salvacion de la patria. Cuando ya este quedó asi sujeto y docil, cobrando Ciceron mayores brios, se opuso de frente á los novadores; é impugnando, y en cierta manera acusan-

do en el Senado la ley, de tal modo aterró á los que querian hacerla pasar, que no se atrevieron á contradecirle. Hicieron nueva tentativa y como yendo prevenidos, citasen á los Consules ante el pueblo, no por eso se acobardó Ciceron, sino que ordenó que le siguiese el Senado; y presentándose en la junta pública, ademas de conseguir que se desechara la ley, hizo que los Tribunos desistieran de otros planes. ¡De tal modo los confundió con su discurso!

Porque Ciceron fue el que hizo ver á los Romanos cuánto es el placer que la elocuencia concilia á lo que es honesto; que lo justo es invencible, si se sabe decir; y que el que gobierna con zelo, en las obras debe siempre preferir lo honesto á lo agradable, y en las palabras quitar de lo util y provechoso lo que pueda ofender. Otra prueba de su gracia y poder en el decir es lo que sucedió siendo Consul con motivo de la ley de espectáculos; porque antes los del orden ecuestre estaban en los teatros confundidos con la muchedumbre, sentándose con esta donde cada uno podia; y el primero que por honor separó á los caballeros de los demas ciudadanos fue el Pretor Marco Oton, asignándoles lugar determinado y distinguido, que es el que todavía conservan. Túvolo el pueblo á desprecio, y al presentarse Oton en el teatro empezó por insulto á silbarle, y los caballeros le recibieron con grande aplauso y palmadas. Continuó el pueblo en los silbidos, y estos otra vez en los aplausos; de lo cual se siguió volverse unos contra otros, diciéndose injurias y denuestos, siendo suma la confusion y alboroto que se movió en el teatro. Compareció Ciceron luego que lo supo; y como habiendo llamado al pueblo al templo de Belona, le hubiese increpado el hecho, y exhortádole á la obediencia, cuando otra vez se restituyeron al teatro aplaudieron mucho á Oton, y com-

pitieron con los caballeros en darle muestras de honor y de aprecio.

La sedicion de Catilina, que al principio habia sido contenida y acobardada, cobró de nuevo ánimo, reuniéndose los conjurados, y exhortándose á tomar con viveza la empresa antes que llegara Pompeyo, de quien ya se decia que volvia con el ejército. Inflamaban principalmente á Catilina los soldados viejos del tiempo de Sila, que andaban fugitivos por toda la Italia; y esparcidos el mayor número de ellos, y los mas belicosos por las ciudades de Toscana, no soñaban en otra cosa que en volver á los robos y saqueos. Estos pues, teniendo por caudillo á Manlio, que habia sido uno de los que con mas gloria habian militado bajo las órdenes de Sila, se unieron á la conjuracion de Catilina, y se presentaron en Roma á ayudarle en los comicios consulares. Porque pedia otra vez el consulado, teniendo resuelto dar muerte á Ciceron en medio del tumulto de los comicios. Parecia que hasta los Dioses prenunciaban lo que iba á suceder con terremotos, con truenos y fantasmas. Las denuncias de los hombres bien eran ciertas; pero todavía no podian darse á luz contra un hombre tan ilustre y poderoso como Catilina. Por tanto dilatando Ciceron el dia de los comicios, llamó á Catilina al Senado, y le preguntó acerca de las voces que corrian. Este, que juzgaba ser muchos en el Senado los que estaban por las novedades, poniéndose á mirar á los conjurados, dió tranquilamente á Ciceron esta respuesta: ¿se podrá tener por cosa muy extraña, habiendo dos cuerpos, de los cuales el uno está flaco y moribundo, pero tiene cabeza, y el otro es fuerte y robusto, mas carece de ella, el que yo le ponga cabeza á este? Queria designar con estas expresiones enigmáticas al Senado y al pueblo; por lo que entró Ciceron en mayores rezelos; y vistiéndose una coraza, todos

los principales de la ciudad y muchos de los jóvenes lo acompañaron desde su casa al campo Marcio. Llevaba de intento descubierta un poco la coraza, habiendo desatado la túnica por los hombros, a fin de dar á entender á los que le viesen el peligro. Indignados con esto se le pusieron alrededor, y por fin hecha la votacion, excluyeron por segunda vez á Catilina; y designaron Cónsules á Silano y Murena.

De alli á poco, dispuestos ya á reunirse con Catilina los de la Toscana, y no estando lejos el dia señalado para dar el golpe; vinieron á casa de Ciceron á la media noche los primeros y mas autorizados entre los ciudadanos, Marco Craso, Marco Marcelo y Escipion Metelo. Llamaron á la puerta, y haciendo venir al portero, le mandaron que despertara á Ciceron, y le enterara de su venida, la cual tuvo este motivo. Estando Craso cenando, le entregó su portero unas cartas traidas para un hombre desconocido, y dirigidas á varios; y entre ellas al mismo Craso una anónima. Leyó esta sola, y como viese que lo que anunciaba era que habian de hacerse muchas muertes por Catilina, exhortándole á que saliera de la ciudad, ya no abrió las otras, sino que al punto se fue en busca de Ciceron, asustado de anuncio tan terrible, y tambien para disculparse á causa de la amistad que tenia con Catilina. Habiendo meditado Ciceron sobre lo que deberia hacerse, al amanecer congregó el Senado, y llevando consigo todas las cartas, las entregó á las personas que designaban los sobrescritos, mandando que las leyeran en voz alta. Todas se reducian á anunciar el peligro y las asechanzas de una misma manera; y con aviso que dió Quinto Arrio, que habia sido Pretor, de que en la Toscana se habia reclutado gente; y noticia que se tuvo de que Manlio andaba inquieto por aquellas ciudades, dando á entender que es-

peraba grandes novedades de Roma, tomó el Senado la determinacion de encomendar la república al cuidado de los Cónsules, para que vieran y excogitaran los medios de salvarla: determinacion que no tomaba el Senado muchas veces; sino solo cuando amenazaba algun grave mal.

Conferida á Ciceron esta autoridad, los negocios de afuera los confió á Quinto Metelo, tomando él á su cargo el cuidado de la ciudad; para lo que andaba siempre guardado de tanta gente armada, que cuando bajaba á la plaza ocupaban la mayor parte de ella los que le iban acompañando. Catilina, no pudiendo sufrir tanta dilacion, determinó pasar al ejército que tenia reunido Manlio; dejando orden á Marcio y á Cetego de que por la mañana temprano se fueran armados con espadas á casa de Ciceron como para saludarle, y arrojándose sobre él, le quitaran la vida. Dió aviso á Ciceron de este intento Fulvia, una de las mas ilustres matronas, yendo á su casa por la noche, y previniéndole que se guardara de Cetego. Presentáronse aquellos al amanecer, y no habiéndoles dejado entrar, se enfadaron y empezaron á gritar delante de la puerta; con lo que se hicieron mas sospechosos. Ciceron salió entonces de casa, y convocó el Senado para el templo de Júpiter Ordenador, al que los Romanos llaman *Estator*, construido al principio de la via sacra, como se va al palacio. Pareció alli Catilina entre los demas como para vindicarse; pero ninguno de los Senadores quiso tomar asiento con él, sino que se mudaron de aquel escaño; y habiendo empezado á hablar, le interrumpieron: hasta que levantándose Ciceron le mandó salir de la ciudad, porque no usando el Consul mas que de palabras, y empleando él las armas, debian tener las murallas de por medio. Salió pues Catilina inmediatamante con trescientos hombres armados, haciéndose preceder de las fasces y las hachas,

y llevando insignias enhiestas, como si ejerciera mando supremo, y se fue en busca de Manlio. Llegó á juntar unos veinte mil hombres, y recorria las ciudades, seduciéndolas y excitándolas á la rebelion; por lo que siendo ya cierta é indispensable la guerra, se dió orden á Antonio de que marchara á reducirle.

A los que habian quedado en la ciudad de los fascinados por Catilina los reunió y alentó Cornelio Lentulo, llamado por apodo Sura, hombre principal en linage, pero disoluto y desarreglado, y expelido antes del Senado por su mala conducta; y entonces era otra vez Pretor, como se acostumbra hacer con los que quieren recobrar la dignidad senatoria. Dícese que el apodo de Sura se le impuso con este motivo: en el tiempo de Sila era Cuestor, y perdió y disipó crecidas sumas de los fondos públicos; y como irritado Sila le pidiese cuentas en el Senado, presentándose con altanería y desvergüenza, dijo: que no estaba para dar cuentas, que lo que haria seria presentar la pierna, como lo ejecutan los muchachos cuando hacen faltas jugando á la pelota. De aqui le vino el llamarse Sura, porque los Romanos le dicen *Sura* á la pierna. Seguíasele otra vez una causa; y habiendo sobornado á algunos de los jueces, como saliese absuelto por solos dos votos mas, dijo que habia sido perdido lo que habia gastado en uno de los jueces, porque á él le habria bastado ser absuelto por uno mas. Siendo él tal por su caracter, despues de seducido por Catilina, acabaron de trastornarle con vanas esperanzas agoreros y embelecadores mentirosos, cantándole versos y oráculos forjados, como si fueran de las Sibilas; en los que se decia estar dispuesto por los hados que hubiera en Roma tres Cornelios Monarcas: habiéndose ya cumplido en dos el oráculo, en Cina y en Sila; y que ahora al tercer Cornelio que restaba venia su buen Genio, trayéndole la monarquía: por

tanto que debia apercibirse á recibirla, y no malograr la ocasion con dilaciones, como Catilina.

No era por tanto cosa de poca monta, ó que no hubiera de hacer ruido lo que meditaba Lentulo; pues que su resolucion era acabar con todo el Senado; y de los demas ciudadanos con cuantos pudiera, poniendo despues fuego á la ciudad, sin reservar ninguna otra persona que los hijos de Pompeyo; de los que se apoderarian, teniéndolos y guardándolos bajo sus órdenes, como rehenes para transigir con Pompeyo: porque ya se hablaba mucho y con bastante fundamento de que volvia del ejército grande. Habíase señalado para la ejecucion una de las noches de los Saturnales; y acopiando espadas, estopa y azufre, lo habian llevado todo á casa de Cetego, y alli lo tenian reservado. Estaban ademas prontos cien hombres, y partiendo en otros tantos distritos á Roma, á cada uno le habian asignado por suerte el suyo, para que siendo muchos á dar fuego, en breve tiempo ardiera por todas partes la ciudad. Estaban otros encargados de tapar y obstruir las cañerías, y de dar muerte á los aguadores. Mientras se formaban estos proyectos se hallaban en Roma dos embajadores de los Alobroges, gente entonces muy castigada, y que sufria muy mal el yugo. Pensando pues Cetego que estos podrian serle muy útiles para alborotar y sublevar la Galia, los hicieron de la conjuracion, dándoles cartas para aquel Senado y cartas para Catilina: las del Senado ofreciendo á aquel pueblo la libertad, y las de Catilina exhortándole á que diera libertad á los esclavos, y viniera sobre Roma. Enviaron con ellos á Catilina un tal Tito de Crotona para que llevara las cartas. Unos hombres como estos, inconsiderados, y que todas sus determinaciones las tomaban cargados de vino, y á presencia de mugerzuelas, las habian con Ciceron, hombre sóbrio, de gran juicio, y que por la ciudad

tenia muchos espías para observar lo que pasaba, y venir á referírselo. Fuera de esto, como hablase reservadamente con muchos de los que parecia tener parte en la conjuracion, y se fiase de ellos, tuvo conocimiento de las proposiciones hechas á aquellos extrangeros; y estando en acecho una noche, prendió al Crotoniata, y ocupó las cartas, auxiliándole encubiertamente los Alobroges.

A la mañana siguiente congregó el Senado en el templo de la Concordia, donde se leyeron las cartas y se examinó á los denunciadores; á lo que añadió Junio Silano que habia quien oyó de boca de Cetego que habian de morir tres Cónsules y cuatro Pretores; refiriendo esto mismo y otras particularidades Pison, varon consular. Enviósе asimismo á la casa de Cetego á Cayo Sulpicio, uno de los Pretores, y encontró en ella muchos dardos y armas de toda especie, y muchas espadas y sables, todos recien afilados. Finalmente habiendo decretado el Senado la impunidad al Crotoniata si declaraba, denunciado y convencido Lentulo, renunció la magistratura, porque se hallaba de Pretor; y despojándose en el Senado mismo de la toga pretexta, tomó el vestido conveniente á su situacion. Asi este como los que estaban con él fueron entregados á los Pretores para que sin prisiones los tuvieran en custodia. Era la hora de ponerse el sol; y estando en expectacion un numeroso pueblo, salió Ciceron, y dando cuenta á los ciudadanos de lo ocurrido, acompañado de gran gentío, se entró en la casa de un vecino y amigo; porque la suya la ocupaban las mugeres, celebrando con orgias y ritos arcanos á la Diosa que los Romanos llaman Bona, y los Griegos *Muliebre*. Sacrifícasele cada año en la casa del Consul por su muger ó su madre con asistencia de las Vírgenes Vestales. Entrando pues Ciceron en la casa acompañado solamente de unos cuantos, se puso á pensar qué ha-

ria de aquellos hombres: porque la pena última correspondiente á tan graves crímenes se le resistia, y no se determinaba á imponerla por la bondad de su caracter; y tambien porque no pareciese que se dejaba arrebatar demasiado de su poder, y usaba de sumo rigor con unos hombres de las primeras familias, y que tenian en la ciudad amigos poderosos. Mas por otra parte si los trataba con blandura, temia el peligro que de ellos le amenazaba: pues que no se darian por contentos si se les imponia alguna pena, aunque no fuera la de muerte; sino que se arrojarian á todo, reforzada su perversidad antigua con el nuevo encono; y ademas él mismo se acreditaba de cobarde y flojo, cuando ya no tenia opinion de muy resuelto.

Mientras Ciceron se hallaba combatido con estas dudas, las mugeres en el sacrificio que hacian observaron un portento: porque el ara, cuando parecia que el fuego estaba ya apagado, de la ceniza y de algunas cortezas quemadas levantó mucha y muy clara llama; de lo que las demas se mostraron asustadas; pero las sagradas Vírgenes dijeron á Terencia, muger de Ciceron, que fuera cuanto antes en busca de su marido, y le exhortara á poner por obra lo que tenia meditado en bien de la patria: habiendo dado la Diosa aquella gran luz en salud y gloria del mismo. Terencia, que por otra parte no era encogida ni cobarde por caracter, sino muger ambiciosa, y que como dice el mismo Ciceron, mas bien tomaba parte en los cuidados políticos del marido, que la daba á este en los negocios domésticos, marchó al punto á darle parte de lo sucedido, y lo acaloró contra los conspiradores; ejecutando lo mismo Quinto su hermano, y de los amigos que tenia con motivo de su estudio en la filosofía, Publio Nigidio, de cuyo consejo se valia principalmente en los asuntos políticos de importancia. Tratándose pues

al dia siguiente en el Senado del castigo de los conjurados, Silano, que fue el primero á quien se preguntó su dictamen, dijo: que traidos á la cárcel deberian sufrir la última pena; y todos seguidamente se adhirieron á él, hasta Cayo César, el que fue Dictador despues de estos sucesos. Era todavía joven, y estaba dando los primeros pasos para su acrecentamiento; mas en su conducta pública y en sus esperanzas ya marchaba por aquella senda, por la que convirtió el gobierno de la república en monarquía. Ninguna sospecha tenian contra él los demas; y aunque á Ciceron no le faltaban motivos para ella, no habia dado asidero para que se le hiciera cargo, diciendo algunos que estando muy cerca de caer en la red, se habia escapado de ella; pero otros son de sentir que con conocimiento se desentendió Ciceron de la denuncia que contra él tenia por miedo de su poder y el de sus amigos: pues era cosa averiguada que mas bien se llevaria César tras sí á los otros para salud, que estos á César para castigo.

Llegada pues su vez de votar, levantándose, expresó que no se debia quitar la vida á los culpados; sino publicar sus bienes, y llevándolos á las ciudades de Italia que á Ciceron le pareciese, tenerlos en prision hasta que se hubiese acabado con Catilina. A este dictamen, benigno en sí, y esforzado por un hombre elocuente, le dió mayor valor Ciceron; porque levantándose, se propuso hacer de los dos uno, tomando parte del primero, y conviniendo en parte con César; y como todos sus amigos creyesen que á Ciceron le convenia mas adoptar el dictamen de César, porque habria menos motivo de queja contra él no quitando la vida á los reos, prefirieron esta segunda sentencia: tanto que reformó tambien su voto Silano, y le explicó diciendo que por última pena no habia querido entender la de muerte, puesto que para un Senador Romano lo era la cárcel. Da-

da por César esta sentencia, el primero que la contradijo fue Luctacio Catulo; y despues tomando la palabra Caton, como acriminase con vehemencia á César por las sospechas que contra él habia, excitó de tal modo la indignacion del Senado, que condenaron á los culpados á muerte. En cuanto á la publicación de los bienes se opuso César, diciendo no ser puesto en razon, pues que se habia desechado la parte benigna de su dictamen, que quisieran aplicar la de mayor rigor. Eran no obstante muchos los que en esto insistian; por lo que hizo llamar á los Tribunos de la plebe; y como estos no se prestasen á sostenerle, cedió Ciceron, y por sí mismo quitó la parte de la publicacion de los bienes.

Partió pues con el Senado en busca de los detenidos, que no estaban en una misma parte todos; sino que de los Pretores uno custodiaba á uno, y otro á otro. Lentulo fue el primero á quien trajeron del palacio por la via sacra y por medio de la plaza, cercado y custodiado por los primeros ciudadanos, estando el pueblo asombrado de lo que veia y presenciándolo en silencio: los jóvenes principalmente, como si se les iniciara en los misterios patrios de la potestad aristocrática, lo estaban mirando con miedo y con terror. Luego que hubieron pasado de la plaza y llegado á la cárcel, hizo entrega Ciceron de Lentulo al carcelero, y le mandó darle muerte; en seguida de este á Cetego, y del mismo modo trayendo á los demas, se les quitó la vida. Observando que todavía se hallaban reunidos en la plaza muchos de los conjurados, ignorantes de lo que pasaba, y esperando la noche para extraer á los detenidos, que todavía creian vivos y con bastante poder, les dirigió la palabra en voz alta diciéndoles: Vivieron: porque los Romanos para no usar de una voz que tienen á mal agüero, significan de este modo el haber muerto. Declinaba ya la tarde,

y por la plaza subió á su casa, acompañándole los ciudadanos, no ya en silencio ni guardando orden, sino recibiéndole con voces y señales de aplauso los que se hallaban al paso, y dándole los nombres de salvador y fundador de la patria. Ilumináronse las calles; y los que estaban en las puertas sacaban faroles y antorchas. Las mugeres desde lo alto se mostraban por respeto y por deseo de ver al Consul, que subia con el brillante acompañamiento de los principales ciudadanos; muchos de los cuales habiendo acabado peligrosas guerras, entrado en triunfo y ganado para la república gran parte de la tierra y del mar, iban confesando de unos á otros que á muchos de sus generales y caudillos era deudor el pueblo Romano de riqueza, de despojos y de poder; pero de seguridad y salud á solo Ciceron, que lo habia sacado de tan grave peligro: no estando lo maravilloso en haber atajado tan criminales proyectos, sino en haber apagado la mayor conjuracion que jamas hubiese habido con tan poca sangre y sin alboroto ni tumulto. Porque la mayor parte de los que habian ido á reunirse con Catilina apenas supieron lo ocurrido con Lentulo y Cetego, lo abandonaron y huyeron; y combatiendo contra Antonio con los que le habian quedado, él y el ejército fueron deshechos.

No obstante esto no dejaba de haber algunos que se preparaban á molestar á Ciceron de obra y de palabra por los pasados sucesos; al frente de los cuales estaban los que habian de entrar en las magistraturas; César que iba á ser Pretor, y Metelo y Bestia, Tribunos de la plebe. Posesionáronse estos en sus cargos cuando todavía Ciceron habia de egercer el consulado por algunos dias, y no le dejaron arengar al pueblo; sino que poniendo sillas en la tribuna, no le dieron lugar ni se lo permitieron, como no fuera solamente para renunciar y abjurar el con-

sulado si queria, bajándose luego. Presentóse pues como para renunciar, y prestándole todos silencio, hizo, no el juramento patrio y acostumbrado en tales casos, sino otro particular y nuevo: que juraba haber salvado la patria y afirmado la república; y este mismo juramento hizo con él todo el pueblo. Irritados mas con esto César y los Tribunos, pensaron cómo suscitar nuevos disgustos á Ciceron; para lo cual dieron una ley llamando á Pompeyo con su ejército, á fin de destruir, decian, la dominacion de Ciceron; pero era para este y para toda la república de grandísima utilidad el que se hallase de Tribuno de la plebe Caton, para contrarrestar los intentos de aquellos con igual autoridad y con mayor reputacion; porque facilmente los desbarató, y en sus discursos al pueblo ensalzó de tal modo el consulado de Ciceron, que se le decretaron los mayores honores que nunca se habian concedido, y se le llamó públicamente padre de la patria; siendo él el primero á quien parece haberse dispensado este honor, por haberle asi apellidado Caton ante todo el pueblo.

Grande fue entonces su poder en la ciudad; mas sin embargo se atrajo la envidia de muchos, no por ningun hecho malo, sino causando cierto disgusto é incomodidad con estar siempre alabándose y ensalzándose á sí mismo: porque no se entraba en el Senado, en la junta pública, en los tribunales, sin oir continuamente hablar de Catilina y de Lentulo. Sus mismos libros y todos sus escritos estan llenos de elogios propios: asi es que aun su misma diccion, que era dulcísima y tenia mucha gracia, la hizo odiosa y pesada á los oyentes, por ir siempre acompañada de este fastidio como de un resabio inevitable. Mas sin embargo de estar sujeto á esta desmedida ambicion, vivió libre de envidiar á nadie, acreditándose del menos envidioso con tributar elogios á todos los hombres grandes que le habian precedido, y

á los de su edad, como se ve por sus escritos; conservándose la memoria de muchos: como por ejemplo, decia de Aristóteles que era un rio con raudales de oro; de los diálogos de Platon, que si Júpiter usara de la palabra, hablaria de aquella manera; y á Teofrasto solia llamarle sus delicias. Preguntado cuál de las oraciones de Demóstenes le parecia la mejor, respondió que la mas larga. No obstante algunos de los que afectan demostenizar, le achacan haber dicho en carta á uno de sus amigos que alguna vez dormito Demóstenes; y no se acuerdan de los continuos y grandes elogios que hace de este hombre insigne; y de que á las mas estudiadas y mas vehementes de sus oraciones, que son las que dijo contra Antonio, las intituló filipicas. De los hombres que en su tiempo tuvieron fama, ó por la elocuencia ó por la sabiduría, no hubo ninguno al que no hubiese hecho mas ilustre hablando ó escribiendo con sinceridad de cada uno. Para Cratipo el Peripatético alcanzó que se le hiciera ciudadano Romano, siendo ya Dictador César; y obtuvo para el mismo que el Areopago decretara y le rogara permaneciese en Atenas para formar la juventud, siendo el ornamento de aquella ciudad. Existen cartas de Ciceron á Herodes, y otras á su propio hijo, encargándoles cultivaran la filosofia con Cratipo. Noticioso de que el orador Gorgias inclinaba á este jóven á los placeres y á las comilonas, le previno que se separara de su trato. Esta carta primera de las Griegas, y la segunda á Pelope de Bizancio, parece haber sido las únicas que se escribieron con enfado: en cuanto á Gorgias con razon, culpándole de ser vicioso y disipado, como parece haberlo sido; pero en cuanto á Pelope con pequeñez de ánimo y con ambicion pueril, quejándose de que no hubiera puesto bastante diligencia para que los Bizantinos le decretaran ciertos honores.

De todo esto era causa su vanidad, y tambien de que acalorado en el decir, se olvidara á veces del decoro. Porque defendió en una ocasion á Numacio; y como este despues de absuelto persiguiese á un amigo de Ciceron llamado Sabino, se dejó arrebatar de la cólera hasta el punto de decir: ¿la absolucion de aquella causa, ó Numacic, la conseguiste tú por tí, ó porque yo cubrí de sombras la luz ante los jueces? Elogiando á Marco Craso en la tribuna con grande aplauso del pueblo, al cabo de algunos dias le maltrató en el mismo sitio; y como aquel dijese: ¿pues no me alabaste poco há? sí, repuso; pero fue para egercitar la elocuencia en una mala causa. Dijo Craso en una ocasion que en Roma ninguno de los Crasos habia alargado su vida mas allá de los sesenta años; y como despues lo negase con esta expresion: yo no sé en qué pude pensar cuando tal dije: sabías, le replicó, que los Romanos lo oian con gusto, y quisiste hacer del popular. Dijo tambien Craso que le gustaban los Estóicos por ser una de sus opiniones que el hombre sabio y bueno era rico: y mira no sea, le replicó, porque dicen que todo es del sabio; aludiendo á la opinion que de avaro tenia Craso. Parecíase el uno de los hijos de este á un tal Axio, y por esta causa corrian rumores contrarios á la madre de trato con Axio; y como aquel jóven hubiese recibido aplausos hablando en el Senado, preguntado Ciceron qué le parecia, respondió en Griego: ἄξιος Κράσσου, que puede ser digno de Craso, ó el Axio de Craso.

A pesar de esto cuando Craso partió para la Siria, queriendo mas tener á Ciceron por amigo que por enemigo, le habló con afecto, y le manifestó deseo de cenar un dia con él, en lo que Ciceron significó tener mucho placer. De alli á pocos dias le hablaron algunos amigos acerca de Vatinio, insinuándole que deseaba ponerse bien con él y entrar en su amistad,

porque era enemigo; á lo que les contestó: ¿pues qué quiere tambien Vatinio venir á cenar á mi casa? Esta era la disposicion de su ánimo respecto de Craso. Tenia Vatinio lamparones en el cuello, y como hablase en una causa, le llamó orador hinchado. Oyó que habia muerto; y sabiendo despues de cierto que vivia: mala muerte le dé Dios, dijo, al que tan mal ha mentido. Habia decretado César repartir tierras en la Campania á los soldados, lo que era en el Senado muy desagradable á muchos; y Lucio Gelio, ya muy anciano, exclamó: que eso no seria viviendo él; á lo que dijo Ciceron: esperemos pues, porque el término que pide Gelio no puede ir largo. Habia un tal Octavio, de quien se susurraba que era de Africa, y hablando Ciceron en causa contra él, como dijese que no le oia: pues á fe, le replicó, que tienes agujeradas las orejas Diciéndole Metelo Nepote que mas eran los que habia perdido dando testimonio contra ellos que los que habia salvado con sus defensas: confieso, le contestó, que en mí hay mas crédito y fe que elocuencia. Era infamado cierto jóven de haber dado veneno á su padre en un pastel, y como se jactase de que habia de llenar á Ciceron de desvergüenzas: mas quiero eso de tí, respondió, que tus pasteles. Tomóle Publio Sextio con otros por defensor en una causa, y como él se lo quisiese hablar todo, sin dar lugar á nadie, viendo que iba á ser absuelto, porque ya se habia empezado á votar: aprovéchate hoy del tiempo, le dijo, ó Sextio, porque mañana ya serás un particular. Habia un Publio Cota que queria pasar por jurisconsulto siendo necio y sin talento: llamóle por testigo para una causa, y como respondiese que nada sabia: ¿crees acaso, le dijo, que te se pregunta de leyes? En una disputa con Metelo Nepote le preguntó este muchas veces, ¿quién es tu padre, Ciceron? y el por fin le dijo: esta respuesta te la ha he-

cho á tí mas dificultosa tu madre: porque parecia haber sido un poco desenvuelta la madre de Nepote, asi como él era inconstante: pues renunciando repentinamente el tribunado de la plebe, hizo viage por mar en busca de Pompeyo; y despues se volvió de un modo mas extraño todavía. Hizo con magnificencia el entierro de su preceptor Filagro, y puso sobre su sepulcro un cuervo de piedra; sobre lo que le dijo Ciceron que habia andado muy cuerdo; pues mas le habia enseñado á volar que á decir. Marco Apio dijo en el exordio de una causa que su amigo le habia pedido que pusiera en ella cuidado, facundia y fe; á lo que le dijo Ciceron: ¿y eres un hombre tan de corazon de acero que no has de haber hecho nada de lo que te ha pedido tu amigo?

El usar en las causas de estos dichos mordaces y picantes contra los enemigos y contrarios pasa por parte de la oratoria; pero el ofender á cuantos se le presentaban por parecer chistoso le hizo odioso á muchos. A Marco Aquilio, que tenia dos yernos desterrados, le llamaba Adrasto. Siendo censor Lucio Cota, que era notado de gustar demasiado del vino, pedia Ciceron el consulado, y habiéndole dado sed en la plaza, como se le pusiesen alrededor los amigos mientras bebia: teneis razon en temer, les dijo, no sea que el Censor se vuelva contra mí si ve que bebo agua. Encontrándose con Voconio, que iba acompañando tres hijas muy feas, le aplicó este verso:

Contrario tuvo á Febo este al ser padre.

Habia contra Marco Gelio la opinion de que no era hijo de padres ingenuos, y como en el Senado se esforzase á leer con una voz muy alta y muy clara: no os admireis, dijo, porque es de los que pregonan. Cuando Fausto, hijo de Sila el tirano, que proscribió á muchos á muerte, oprimido de sus deudas por haber malgastado su hacienda, publicó la lista de sus

bienes: mas me gusta esta lista, dijo Ciceron, que las de su padre.

Con estas cosas era molesto á muchos; y á este tiempo Clodio y su faccion se declararon sus enemigos con este motivo. Era Clodio de una de las primeras familias, en los años jóven, y en el ánimo osado y temerario. Teniendo amores con Pompeya, muger de César, se introdujo ocultamente en su casa disfrazándose con el vestido y demas adornos de una cantatriz. Celebraban las mugeres aquella fiesta y sacrificio arcano, nunca visto de los hombres en casa de César, y no podia ser admitido ningun varon; pero siendo todavía Clodio mocito, que aun no tenia barba, esperó que podria quedar desconocido llegando con las mugeres hasta donde estaba Pompeya; mas habiendo entrado de noche en una casa grande, se perdió en los corredores; y habiéndole visto andar desatentado una sirviente de Aurelia, madre de César, le preguntó su nombre. Precisado á hablar y diciendo que buscaba á Abra, criada de Pompeya, conociendo aquella que la voz no era femenil, gritó y empezó á llamar á las mugeres. Cerraron estas las puertas, y registrándolo todo, encontraron á Clodio que se habia guarecido en el cuarto de la criada, con quien habia entrado. Hízose público el suceso; César repudió á Pompeya; y á Clodio se le formó causa de impiedad.

Ciceron era amigo suyo, y en las diligencias relativas á la conjuracion de Catilina se habia hallado este á su lado, y le habia prestado auxilio; pero haciendo consistir toda su defensa contra la acusacion de aquel crimen en no haberse hallado en Roma al tiempo en que se decia cometido, sino ocupado fuera de la ciudad en unas posesiones distantes, dió Ciceron testimonio contra él, diciendo que habia estado á buscarle en su casa, y le habia hablado de ciertos negocios; y asi era la verdad. Mas con todo no

parecia que habia declarado en esta forma precisamente por amor á la verdad, sino por ponerse en buen lugar con su muger Terencia; á causa de que miraba esta con aversion á Clodio por Clodia su hermana, de la que se decia aspiraba á casarse con Ciceron, dando pasos para ello por medio de un cierto Tulo, que era de los amigos mas estimados de Ciceron; y yendo continuamente á casa de Clodia, y obsequiándole esta, como no viviese lejos, dió á Terencia motivos de sospecha; y siendo esta de genio fuerte y dominando á Ciceron, lo precisó á ponerse en oposicion con Clodio, y á atestiguar contra él. Declararon ademas contra Clodio muchos de los primeros y mejores ciudadanos, deponiendo de sus perjurios, de sus suplantaciones de testamentos, de sus sobornos y de sus adulterios. Luculo produjo unas esclavas como testigos de que Clodio habia tenido trato inhonesto con la mas joven de sus hermanas mientras estaba enlazada con el mismo Luculo; y corria muy valida la opinion de que le tenia con las otras dos hermanas; de las cuales Terencia estaba casada con Marcio Rex, y Clodia con Metelo Celer. Dábanle á esta el sobrenombre de Cuadrancia, porque uno de sus amantes, habiendo puesto en un bolsillo unas piezas de bronce, se las envió queriendo hacerlas pasar por plata; y á la moneda mas pequeña de bronce le llamaban cuadrante; y por esta hermana era por la que mas se hablaba de Clodio. Mas á pesar de todo esto el pueblo se puso entonces de parte de Clodio y contra los testigos y acusadores; por lo cual entrando en temor los jueces, pusieron guardias, y la mayor parte echaron las tablas con las letras borradas y confusas. Sin embargo pareció que eran mas los que absolvian; y se dijo tambien que habia intervenido soborno: así es que Catulo, acercándose á los jueces: vosotros, les dijo, con verdad habeis pedido la guardia para vuestra seguridad, no fuera que algu-

no os quitara el dinero. Ciceron, diciéndole Clodio que su testimonio no habia merecido fe á los jueces: antes, le respondió, á mí me han creido veinte y cinco de ellos, porque estos han sido los que te han condenado; y á tí no te han creido treinta, porque no te han absuelto hasta que han recibido el dinero. César, llamado como testigo, no declaró contra Clodio, ni dijo que su muger fuese culpada de adulterio; sino que la habia repudiado, porque el matrimonio de César debia estar puro, no solo de la menor accion fea, sino hasta de las sospechas.

Habiendo salido Clodio de aquel peligro, elegido Tribuno de la plebe, al punto la tomó con Ciceron; excitando y moviendo todos los negocios y todos los hombres contra él: porque procuró ganarse á la muchedumbre con leyes populares; y á uno y á otro Consul les decretó grandes provincias: á Pison la Macedonia y á Gabinio la Siria. A muchos de escasa fortuna los asoció á sus miras, y tenia siempre á su lado esclavos armados. De los tres que gozaban del mayor poder entonces en Roma, como Craso estuviese en oposicion con Ciceron y le hiciese la guerra, Pompeyo quisiese estar bien con ambos, y César hubiese de partir á la Galia con ejército, Ciceron se bajó á este, sin embargo de que en vez de ser su amigo le era sospechoso desde los sucesos de Catilina, y le rogó que le llevase de legado á la provincia. Concedióselo César; y Clodio viendo que Ciceron iba á ponerse fuera de su tribunado, fingió que estaba dispuesto á hacer amistades, y valiéndose de los medios de echar la culpa á Terencia de lo pasado; de hablar siempre de él; de saludarle con afabilidad, como pudiera hacerlo quien no le aborreciera ni estuviera indispuesto con él, quejándose solamente con palabras benignas y amistosas, logró quitarle enteramente el miedo, hasta el punto de desistir de su pretension con César, y volver al manejo de los nego-

cios públicos; de lo que resentido César, dió ánimo á Clodio y apartó á Pompeyo enteramente de Ciceron; y aun declaró con juramento ante el pueblo parecerle que no se habia dado justa y legalmente la muerte á Lentulo y Cetego, no habiendo sido antes juzgados: porque este era el cargo y esta la acusacion que á Ciceron se hacia. Constituido pues reo, y perseguido como tal, mudó el vestido, y dejando crecer el cabello, rodaba por la ciudad implorando la clemencia del pueblo. Mas por do quiera se le aparecia en todas las calles Clodio, llevando consigo hombres desvergonzados y atrevidos, que insultando á Ciceron descaradamente por la situacion y trage en que se veia, y tirándole en muchas ocasiones lodo y piedras, se empeñaban en interrumpir y estorbar sus súplicas.

No obstante estos esfuerzos de Clodio, casi todo el orden ecuestre mudó tambien de vestido, y hasta veinte mil jóvenes le seguian, dejándose crecer el cabello, y acompañándole en sus ruegos. Congregado despues el Senado con el objeto de hacer decretar que se mudaran los vestidos al modo que en un duelo público, como lo repugnasen los Cónsules, y Clodio corriese con hombres armados á la curia, se salieron de ella muchos de los Senadores, rasgando sus ropas y mostrándose indignados. Cuando se vió que aquel triste aspecto no excitó ni la compasion ni la vergüenza, y que era preciso, ó que Ciceron se fuera desterrado, ó que contendiera con las armas con Clodio, recurrió aquel á implorar el auxilio de Pompeyo, que de intento se habia retirado, yéndose á la posesion que tenia junto al monte Albano. Para esto envió primero á su yerno Pison, á fin de que intercediese con él; y despues subió el mismo Ciceron. Cuando lo supo Pompeyo no pudo sufrir que se le presentara, poseido de una gran vergüenza, al considerar que Ciceron habia sostenido en la república por él gran-

des contiendas, y le habia servido en muchos negocios; pero siendo yerno de César, por complacer á este se desentendió del debido agradecimiento, y saliéndose por otra puerta, evitó la visita. Ciceron, abandonado por él de esta manera, y careciendo de arrimo, acudió á los Cónsules: de los cuales Gabinio siempre se le mostró desafecto; pero Pison le hizo mejor recibimiento, exhortándole á salir de Roma sustrayéndose de la violencia y poder de Clodio, y á llevar resignadamente la mudanza de los tiempos, para poder ser otra vez el salvador de la patria, puesta por inclinacion á él en tales turbaciones é inquietudes. Oida por Ciceron esta respuesta, conferenció sobre lo hacedero con sus amigos, y Luculo era de dictamen que no se moviera porque venceria; pero otros le aconsejaban la fuga, en el concepto de que bien presto el pueblo lo echaria menos, luego que no pudiera aguantar las locuras y furores de Clodio. Este fue el partido que adoptó Ciceron, y subiendo al capitolio la estatua de Minerva que tenia trabajada en casa mucho tiempo habia, y á la que daba gran veneracion, la consagró á la diosa con esta inscripcion: á Minerva, protectora de Roma. Valióse de algunos de sus amigos para que le acompañaran, y á la media noche salió de la ciudad, haciendo su viage á pie por la Lucania con deseo de verse en la Sicilia.

Cuando ya se supo de cierto que habia huido, Clodio hizo dar contra él decreto de destierro y promulgar edicto, por el que se le vedaba el agua y el fuego, y se mandaba que nadie lo recibiera bajo techado á quinientas millas de Italia. A muchos no les servia de detencion este edicto para dar muestras de respeto á Ciceron, para obsequiarle y para acompañarle; pero en Hiponio, ciudad de la Lucania que ahora se llama Vibon, el siciliano Vibio, que habia disfrutado en muchas cosas de la amistad de Ciceron y en el consulado de este habia sido nombrado pre-

fecto de artesanos, no le admitió en su casa, y solo le indicó una posesion, á la que podria acogerse; y Cayo Virginio, Pretor de la Sicilia, á quien Ciceron habia hecho tambien grandes favores, le escribió que no tocara en aquella isla. Desconcertado en sus planes con estos desengaños, se dirigió á Brindis, y pasando de alli con viento hecho á Dirraquio, como durante el dia soplase viento contrario de mar, regresó al punto, y otra vez volvió á dar la vela. Se dice que en esta travesía, cuando ya estaba para saltar en tierra, hubo á un tiempo terremoto y retirada de las aguas del mar; sobre lo que pronosticaron los agoreros que no seria largo su destierro, porque aquellas eran señales de mudanza. Visitábanle muchos por afecto, y las ciudades Griegas competian unas con otras en demostraciones; pero á pesar de eso siempre estaba desconsolado y triste, teniendo, como los enamorados, puestos los ojos en la Italia, y mostrándose demasiado abatido y con apocado ánimo en aquel infortunio; lo que nadie habria esperado de un hombre de su instruccion y doctrina, que muchas veces rogaba á sus amigos no le llamaran orador sino filósofo: porque la filosofía la habia elegido por ocupacion, y la oratoria no la empleaba sino como un instrumento util en el gobierno. Decia asimismo que la gloria era propia para borrar en el alma, como si fuera una tintura, todo buen discurso, inoculando en los que mandan todas las pasiones de la muchedumbre, con la conversacion y el trato, á no estar el hombre muy sobre sí, para que cuando se entrega á los negocios, tome sí parte en estos, pero no en las pasiones y afectos que van con los negocios.

Clodio, luego que alejó á Ciceron, quemó sus quintas y le quemó la casa, edificando en el sitio el templo de la libertad. Quiso vender asimismo su hacienda, haciéndola pregonar todos los dias, porque nadie se presentaba á hacer postura. Terrible con estos

hechos á los del Senado, y asistido del favor del pueblo, ya ensayado por él á la insolencia y al desenfreno, asestó sus tiros contra Pompeyo, empezando por desacreditar algunas de las disposiciones tomadas por él en el ejército. Perdió con esto de su opinion, y ya se reprendia á sí mismo de haber abandonado á Ciceron; por lo que arrepentido trabajaba por todos medios en procurar su vuelta por sí y por sus amigos. Oponíase Clodio, y el Senado decretó que no se daria curso á ningun negocio público, ni se aprobaria nada mientras no se acordase la vuelta de Ciceron. En el consulado de Lentulo tomó tal incremento la sedicion que los Tribunos de la plebe fueron heridos en la plaza, y Quinto, el hermano de Ciceron, quedó tendido entre los cadáveres por muerto. Empezó ya con esto á desengañarse el pueblo, y siendo el Tribuno Antonio Milon el primero que se atrevió á llevar al tribunal á Clodio por causa de violencia pública, muchos acudieron á ponerse al lado de Pompeyo, asi de la plebe como de las ciudades comarcanas. Presentóse con estos, y arrojando á Clodio de la plaza, dispuso que pasaran á votar los ciudadanos; y se dice que nunca se vió una votacion del pueblo tan uniforme. Yendo el Senado á competencia con el pueblo, decretó que se dieran las gracias á todas las ciudades que habian obsequiado á Ciceron durante su destierro, y que sus quintas y su casa, arrasadas por Clodio, fueran de nuevo levantadas á expensas del erario. Volvió Ciceron á los diez y seis meses de destierro, y fue tanto el gozo de las ciudades, y tal el ansia y esmero que en recibirle ponian los habitantes, que aun anduvo corto el mismo Ciceron cuando dijo que tomándolo en hombros la Italia, lo habia traido á Roma. El mismo Craso, que habia sido enemigo de Ciceron antes del destierro, salió tambien entonces á recibirle y se reconcilió con él, en obsequio, decia, de su hijo Publio,

que era uno de los admiradores de Ciceron.

Habia aun corrido poco tiempo, y valiéndose de que Clodio se hallase fuera de la ciudad, subió Ciceron con algun acompañamiento al capitolio, y echó por el suelo é hizo pedazos las tablas tribunicias, que eran los registros de las operaciones de los Tribunos. Increpóle sobre esto Clodio; y respondiéndole Ciceron que habia sido contra ley el que de los patricios hubiera pasado al tribunado de la plebe, y que por tanto no debia tener valor nada de lo hecho por él, se ofendió de esta respuesta Caton y la contradijo, no porque se pusiese de parte de Clodio, ó dejase de estar mal con sus tropelías; sino por parecerle duro y violento que el Senado decretase la abrogacion de tantas y tales determinaciones y decretos; entre los que se contaba el encargo que el mismo Caton habia desempeñado en Chipre y Bizancio. Desde entonces conservó con él Ciceron cierta indisposicion, la cual sin embargo no pasó nunca á hecho ninguno público, ni á otra cosa que á tratarse con cierta tibieza.

Sucedió despues que Milon mató á Clodio; y siguiéndosele causa de homicidio, nombró por su defensor á Ciceron. El Senado por temor de que puesto en riesgo un hombre ilustre y altivo como Milon, se moviera algun alboroto en la ciudad, permitió á Pompeyo que presidiera este y otros juicios, procurando tranquilidad al pueblo y seguridad á los jueces. Guarneció este antes del dia la plaza y todas sus avenidas con soldados, y Milon, recelando que Ciceron, turbado con aquel nunca usado espectáculo, podria estar menos feliz en su discurso, le persuadió que haciéndose llevar á la plaza en litera, esperara alli tranquilamente hasta que se hubiesen reunido los jueces y se llenase la audiencia. Mas él, á lo que parece, no solo no era muy osado entre las armas, sino que hablaba siempre en público con miedo, y con dificultad se vió libre de la agitacion y el temblor, hasta

que á fuerza de esta clase de contiendas su elocuencia adquirió firmeza y asiento. Aun asi, defendiendo á Licinio Murena, acusado por Caton, con el empeño de exceder á Hortensio, que habia sido muy aplaudido, no descansó un momento en toda la noche, y quebrantado con el demasiado estudio y la falta de sueño, fue tenido por inferior á aquel. Entonces pues, saliendo de la litera para la causa de Milon, al ver á Pompeyo sentado en el tribunal como en un ejército, y toda la plaza al rededor llena de resplandecientes armas, se asustó sobremanera, y con gran trabajo pudo empezar á hablar, temblándole todo el cuerpo y con la voz entrecortada; cuando el mismo Milon asistió al juicio con arrogancia y serenidad, sin haber querido dejarse crecer el cabello ni tomar el vestido de duelo; lo que parece no haber sido la menor causa de que se le condenase. Mas en esta ocasion antes se acreditó Ciceron de buen amigo que de tímido y cobarde.

Hízosele del número de aquellos sacerdotes que los Romanos llaman Augures en lugar de Craso el joven, despues de haber este fallecido á manos de los Partos. Tocándole despues por suerte en la distribucion de las provincias la Cilicia con un ejército de doce mil infantes y dos mil y seiscientos caballos, se embarcó para pasar á ella; llevando tambien el encargo de reducir la Capadocia á la sumision y obediencia del Rey Ariobarzanes. Compuso y arregló estos negocios á satisfaccion de todos, sin necesidad de recurrir á las armas; y viendo á los de Cilicia inquietos y desasosegados con el descalabro experimentado por los Romanos en la guerra de los Partos y con las novedades de la Siria, los trajo al orden con usar de blandura en su mando. No recibió dones algunos aun de los mismos reyes, y quitó aquellos convites que eran de estilo en las provincias. A los que le honraban y favorecian los obse-

quiaba teniéndolos á su mesa y dándoles de comer, no con lujo, pero tampoco con escasez y mezquindad. Su casa no tenia, portero ni nadie le vió tampoco sentado; sino que desde muy temprano en pie, ó paseándose delante de su cuarto, recibia á los que iban á visitarle. Dícese que no castigó á ninguno ignominiosamente con las varas, ni le rasgó la ropa, ni por enfado le dijo una mala palabra, ó le impuso multa que pudiera injuriarle. Encontró que gran parte de los caudales públicos habian sido usurpados; y poniendo en ellos orden, hizo que las ciudades floreciesen, sin que por eso los que tenian que pagar fuesen vejados ni molestados, ni dejasen de conservar su estimacion. Tambien tuvo que hacer la guerra, derrotando unos aduares de ladrones que tenian sus guaridas en el monte Amano; con cuyo motivo fue de los soldados saludado emperador. Pidióle á esta sazon el orador Cecilio que le enviara leopardos de Cilicia para cierto espectáculo; y él, aludiendo con alguna jactancia á los hechos de esta guerra, le escribió que ya no los habia en la Cilicia, habiendo huido á la Curia incomodados de que á ellos solos se les hiciera la guerra, cuando todo lo demas estaba en paz. Al retirarse de la provincia pasó algun tiempo en Rodas, y tambien con gran placer se detuvo en Atenas por el deseo de sus antiguos estudios. Trató pues á los hombres mas célebres de aquel tiempo por su sabiduría; saludó á sus amigos y conocidos; y admirado de la Grecia, segun su sobresaliente mérito, volvió á Roma á tiempo que las agitaciones de la república, como tumor próximo á rebentar, estaban á punto de romper en la guerra civil.

Habiéndosele decretado el triunfo, dijo en el Senado que le seria muy dulce seguir á César en la pompa despues de hechas las paces; y en particular daba consejos á César escribiéndole continuamente é interponia ruegos con Pompeyo, procurando templar

y apaciguar á uno y á otro. Mas cuando ya llegó el caso del rompimiento, y viniendo César contra Roma, Pompeyo no le aguardó, sino que abandonó la ciudad y con él muchos y muy principales ciudadanos: no habiéndose decidido Ciceron á esta fuga, se creyó que abrazaba el partido de César. Y no tiene duda que estuvo batallando consigo, y meditando mucho sobre á cual de los dos se inclinaria: porque escribe en sus cartas: ¿á qué lado me volveré cuando Pompeyo tiene para la guerra el motivo mas glorioso y honesto; pero César se ha de conducir mejor en esta terrible crisis, y ha de saber hacer mas por su salud y por la de sus amigos? de manera que sé de quien he de huir, mas no á quien me estará mejor el acogerme. Escribióle en esto Trebacio, uno de los amigos de César, diciéndole que segun el dictamen de este, debia ser de su partido, y entrar á la parte en sus esperanzas; pero que si por la vejez no queria correr peligro, podia retirarse á la Grecia, y alli esperar tranquilamente los sucesos, apartándose de ambos; y picado de que el mismo César no le hubiese escrito, respondió enfadado, que no haria nada que no correspondiese á su anterior conducta pública. Esto es lo que se lee en sus cartas.

Asi cuando César marchó á España, él al punto se embarcó para ir en busca de Pompeyo; y fue de todos muy bien recibido, sino solamente de Caton, quien le hizo graves reconvenciones por haberse adherido al partido de Pompeyo: porque decia que al mismo Caton no le habria estado bien el abandonar el partido que eligió desde el principio; pero que Ciceron podia haber sido mas útil á la patria y á los amigos, si permaneciendo en Roma, hubiera tirado á sacar partido de los sucesos, y no que ahora neciamente y sin ninguna necesidad se habia hecho enemigo de César, y se habia venido á meter en medio de tan gran peligro. Estas observaciones hicieron á Ciceron mudar de

modo de pensar, y tambien el no haberle empleado Pompeyo en nada de importancia; pero de esto último él tenia la culpa con no negar que estaba arrepentido; con desacreditar las disposiciones de Pompeyo; con vituperar en las conversaciones todos sus proyectos, y con no poderse contener de chistes y burlas pesadas contra los mismos que participaban de su suerte; pues andando él siempre triste y con ceño por el campamento, queria hacer reir á los que no estaban para ello; pero será mejor referir aqui algunos de aquellos inoportunos chistes. Presentó Domicio para que fuese admitido entre los Gefes á uno que era militar, y diciendo para recomendarle que era hombre de arreglada conducta y muy prudente: ¿pues por qué no le guardas, le repuso, para tutor de tus hijos? Celebrando algunos á Teafanes de Lesbos, que era en el ejército prefecto de los artesanos, por haber dado excelentes consuelos á los Rodios en ocasion de haber perdido su armada; ¿de qué nos sirve, dijo Ciceron, tener un prefecto Griego? Llevaba regularmente César lo mejor en los encuentros, y en cierta manera los tenia cercados; y diciendo Lentulo tener noticia de que los amigos de César andaban cabizbajos: eso es decir, respondió Ciceron, que estan mal con César. Acababa de llegar de Italia un tal Marcio; y como dijese que la opinion que se tenia en Roma era que Pompeyo estaba cercado: ¿con que has hecho tu viage, le repuso, para asegurarte por tus ojos de si es cierto? Diciendo despues de la derrota Nonio que debian tener buena esperanza, porque en el campamento de Pompeyo habian quedado siete águilas: eso seria muy bueno, le replicó Ciceron, si hiciéramos la guerra á los grajos. Apoyándose Labieno en ciertos oráculos para sostener que Pompeyo seria vencedor: sí, le respondió, con esa estratagema acabamos de perder el campamento.

Dada la batalla de Farsalia, en la que no se ha-

lló por estar enfermo, y habiendo huido Pompeyo, Caton, que habia reunido en Dirraquio bastantes fuerzas de tierra y una grande armada, deseaba que Ciceron tomara el mando, á causa de corresponderle por la ley, estando adornado de la dignidad consular; pero repugnándolo este, y huyendo enteramente de continuar la guerra, estuvo en muy poco que no se le quitara la vida, llamándole traidor Pompeyo el joven y sus amigos, y desenvainando resueltos las espadas, á no haber sido porque Caton se puso de por medio y le sacó del campamento. Arribó á Brindis, y alli se detuvo esperando á César, que tardó en llegar á Italia, por haberle llamado los negocios al Asia y al Egipto. Cuando supo que habia desembarcado en Tarento, y que desde alli se dirigia por tierra á Brindis, le salió al encuentro, no sin alguna esperanza, aunque avergonzado de tener que ir a mirar la cara de un enemigo victorioso á presencia de muchos; pero no le fue necesario decir ó hacer cosa que no le estuviese bien: porque César, luego que vió que adelantándose á los demas iba á recibirle, se apeó, le abrazó y caminó hablando con él solo algunos estadios. Desde entonces siempre le tuvo consideracion, y lo trató con aprecio: tanto que en el libro que escribió contra el elogio que de Caton habia formado Ciceron, le celebró este mismo opúsculo, y tributó alabanzas á su vida, que dijo tenia gran semejanza con las de Pericles y Teramenes. Intitulóse el escrito de Ciceron *Caton*, y *Anticaton* el de César. Refiérese que siendo acusado Quinto Ligario por haber sido uno de los enemigos de César, y defendiéndole Ciceron, dijo César á sus amigos: ¿qué inconveniente hay en oir al cabo de tanto tiempo á Ciceron, cuando su cliente está ya juzgado tan de antemano por malo y por enemigo? Mas sin embargo Ciceron desde que empezó á hablar movió extraordinariamente su ánimo, y habiendo sido aque-

lla oracion maravillosa en la parte de excitar las pasiones y en la gracia de la elocucion, observaron todos que César mudó muchas veces de color, y que se hallaba combatido de diferentes afectos. Finalmente cuando el orador llegó á tratar de la batalla de Farsalia, su agitacion fue violenta hasta temblarle todo el cuerpo, y caérsele algunos memoriales de la mano: de modo que vencido de la elocuencia absolvió á Ligario de la causa.

Desde aquella época, habiendo el Gobierno degenerado en monarquía, retirado de los negocios públicos, se dedicó á la filosofía con los jóvenes que quisieron cultivarla; que siendo de los mas ilustres y principales, por su trato con ellos volvió á tener en la ciudad el mayor influjo. Habíase aplicado á escribir y á traducir diálogos filosóficos, trasladando á la lengua latina los nombres usados en la dialéctica y la fisica: porque se dice haber sido el primero que introdujo los nombres de *fantasia*, *catatesis*, *época*, *catalepsis* y ademas *átomo*, *ameres y quenon*[1]; á lo menos el que mas los dió á conocer á los Romanos, usando de metáforas, y de otras expresiones acomodadas con singular industria y diligencia. Dibertíase con poner á veces en ejercicio la gran facilidad que tenia en hacer versos: pues se dice que cuando le daba esta humorada hacia en una noche quinientos. Habiendo pasado la mayor parte de este tiempo en su quinta Tusculana, escribió á sus amigos que hacia la vida de Laertes, ó por juego y chiste, como lo acostumbraba, ó por prurito de ambicion de mando, no llevando bien el retiro. Rara vez venia á la ciudad como no fuese para visitar á César; y entonces era el primero que suscribia á los honores que se

1 Significan estos nombres: vision interior, asenso, detenimiento del asenso, comprension, átomo lo que no tiene partes y el vicio.

le decretaban, y que decia alguna cosa nueva en elogio de su persona y de sus hechos, como fue la relativa á las estatuas de Pompeyo, que César mandó levantar y colocar, habiendo sido antes derribadas: porque dijo Ciceron que César con este acto de humanidad levantaba las estatuas de Pompeyo, para afirmar mas las suyas.

Tenia pensado, segun se dice, escribir la Historia romana, entretejiendo con ella gran parte de la Griega, y recogiendo todas las fábulas y relaciones que corrian; pero vinieron á impedírselo negocios y sucesos públicos y privados, de los cuales la mayor parte parece que se los atrajo por su gusto. Porque en primer lugar repudió á su muger Terencia por no haber hecho cuenta de él durante la guerra, hasta el punto de haberle dejado marchar sin nada de lo que necesitaba para el viage, y por no haberle dado muestras ningunas de aprecio y amor cuando regresó á Italia: pues habiéndose detenido mucho tiempo en Brindis, no pasó á verle; y á la hija cuando fue no le dió para un camino tan largo las prevenciones y acompañamiento que eran correspondientes á una joven de su calidad; y sin embargo le dejó la casa vacía y desprovista de todo, sobre haber contraido muchas y grandes deudas, porque estas fueron las causas mas honestas que se pretestaron para este divorcio. Negábalas Terencia, y el mismo Ciceron fue quien mejor hizo su apología, casándose de alli á poco con una doncella, segun Terencia lo hizo correr, prendado de su figura; pero segun escribió Tiron, liberto de Ciceron, por mira de mejorar su casa y pagar sus deudas. Porque aquella joven era muy rica, y Ciceron que tenia su herencia en fideicomiso, por este medio la conservó en su poder. Como debiese pues grandes sumas, sus amigos y deudos le indujeron á que en una edad ya impropia se casara con aquella mocita, y se li-

brara de los acreedores, echando mano de sus bienes; pero Antonio, haciendo mencion de este casamiento en sus oraciones contra las Filipicas, dice que echó de su lado á una muger en cuya compañia se habia hecho viejo, motejándole con gracia que habia sido un hombre que se habia estado metido en casa ocioso y sin hacer el servicio militar Despues de este casamiento, á poco tiempo de él, se le murió de sobreparto la hija casada con Lentulo, con quien se habia enlazado despues de la muerte de Pison, su primer marido. Acudieron de todas partes los filósofos á dar consuelo á Ciceron, tan sentido por la muerte de la hija, que repudió á su nueva esposa, por parecerle que se habia alegrado de la muerte de Tulia.

Estos fueron los sucesos domésticos de Ciceron, el cual ninguna parte tuvo en la conjuracion para la muerte de César, no obstante ser uno de los mayores amigos de Bruto; hacérsele insoportable el estado en que habian venido á parar las cosas, y parecer que deseaba el restablecimiento de la república como el que mas; y es que los conjurados habian temido á su caracter falto de valor, y á aquel desgraciado tiempo, en que aun los mas firmes y mejor constituidos habian perdido la resolucion y osadia. Egecutado aquel hecho por Bruto y Casio, como los amigos de César se tumultuasen, y volviese á renacer el miedo de que la ciudad cayese otra vez en la guerra civil, Antonio, que era Cónsul, congregó el Senado, y habló brevemente de concordia; pero Ciceron, extendiéndose mas acerca de lo que las circunstancias exigian, persuadió al Senado á que imitando lo que en caso igual se habia hecho en Atenas, publicase una amnistía con motivo de lo ocurrido con César, y á Casio y Bruto les asignara provincias. Mas esto no sirvió de nada, porque el pueblo, que ya por sí mismo se habia movido á compasion

cuando vió que pasaban por la plaza el cadâver, y Antonio le mostró la túnica de César llena de sangre y acribillada á puñaladas, furioso y ciego de ira, en la misma plaza anduvo buscando á los matadores, y con tizones encendidos corrieron muchos á las casas de estos para darles fuego; y aunque de este peligro se salvaron con guardarse y precaverse, temiendo otros muchos no menores que él, tuvieron que abandonar la ciudad.

Esto dió osadía á Antonio, y si á todos infundió temor, pareciéndoles que usurparia una autoridad monárquica, mucho mayor se le causó á Ciceron: porque viendo que el poder de este en la república habia adquirido fuerza, y sabiendo que era del partido de Bruto, abiertamente se mostraba incomodado con su presencia: ademas de que siempre estaban recelosos el uno del otro por la desemejanza de su conducta y por sus antiguas disensiones. Temeroso pues Ciceron, intentó primero pasar de legado con Dolabela á la Siria; pero habiéndole rogado los que despues de Antonio iban á ser Cónsules, Hircio y Pansa, varones de probidad y amantes de Ciceron, que no los abandonase, pues le ofrecian oprimir á Antonio si él se quedaba; no creyéndolos del todo, ni tampoco dejándolos de creer, no hizo ya cuenta de Dolabela; y diciendo á Hircio que se iba á pasar el estío en Atenas, y que cuando hubiesen entrado en su cargo volveria, sin mas autorizacion se dispuso para aquel viage. Hubo detenciones en la navegacion, y llegando desde Roma nuevos rumores cada dia á medida de su deseo: que en Antonio se notaba grande mudanza; que todo lo hacia y disponia por medio del Senado; y que no faltaba otra cosa que su presencia para que los negocios se pusieran en el mejor orden, reprendiéndose á sí mismo de sus rezelos y temores, regresó otra vez á Roma, y lo que es por lo pronto no le salie-

ron vanas sus esperanzas: porque fue tanto el gentío que con el gozo y el deseo salió á recibirle, que casi se consumió todo el dia á la puerta en abrazos y salutaciones. Mas al dia siguiente congregando Antonio el Senado, y pasándole aviso, no concurrió, sino que se quedó en cama, excusándose con que estaba fatigado del viage; pero á lo que parece lo que verdaderamente lo detenia era el temor de alguna asechanza, por cierta indicacion y sospecha que se le habia dado en el camino. Antonio se mostró muy ofendido de esta calumnia, é iba á enviar soldados con orden de que lo trajeran ó le quemaran la casa; pero instándole y rogándole muchos, se convino en que solo se le tomaran prendas. De alli en adelante se pasaban de largo cuando se encontraban sin decirse nada el uno al otro, y estaban en mutuas sospechas: hasta que habiendo llegado de Apolonia César el joven, admitió la herencia del otro César, y por veinte y cinco cuentos de dracmas que Antonio tenia en su poder de los bienes de este se indispuso con él.

En consecuencia de esto Filipo, que estaba casado con la madre del nuevo Cesar, y Marcelo con la hermana, habiéndose dirigido con aquel joven á Ciceron, se convinieron en que se prestarian mutuamente, Ciceron á este en el Senado y ante el pueblo el poder que nace de la elocuencia y la política; y este á Ciceron la seguridad que dan las riquezas y las armas: pues ya tenia aquel joven á sus órdenes no pocos de los que habian hecho la guerra con César: ademas de que se tiene por cierto haber entrado Ciceron con un vivo deseo en la amistad de César. Porque, segun parece, en vida todavía de Pompeyo y Julio César se le figuró en sueños á Ciceron que llamaba al capitolio á algunos hijos de los Senadores, con el objeto de que Júpiter designara á uno de ellos por caudillo de Roma; que los ciudadanos

estaban en grande espectacion al rededor del templo, y aquellos niños en toga pretexta sentados á la puerta. Abrióse esta repentinamente, y los niños se fueron levantando de uno en uno, y dieron la vuelta al rededor de la estatua del Dios, que los estuvo mirando atentamente, y los despidió descontentos; mas luego que este se le acercó, alargó la diestra y dijo: »Romanos, este dará fin á la guerra civil, siendo vuestro caudillo."

Habiendo pues tenido Ciceron este ensueño, se dice que retuvo y conservó viva la imagen del niño, aunque no sabia quién era; pero habiendo bajado al dia siguiente al campo de Marte cuando los jóvenes volvian de egercitarse, este fue el primero que vió cual en el sueño se habia ofrecido á su imaginacion, y admirado le preguntó quiénes eran sus padres. Era su padre Octavio, no de los mas ilustres, y su madre Acia, sobrina de César; por lo que no teniendo este hijos, le dejó por su testamento su hacienda y su casa. Desde entonces dicen que Ciceron veia con gusto á este niño, y le mostraba afecto, y él correspondia á sus demostraciones, porque hacia tambien la casualidad que habia nacido el año en que Ciceron fue Cónsul.

Estas eran las causas que públicamente se daban; pero al principio el odio á Antonio, y despues su caracter, que no podia resistir á la ambicion, fueron los verdaderos motivos que le unieron á César; creyendo que ganaba para la república el poder de este; pues se le prestaba tan docil y sumiso que le llamaba padre. Disgustaba esto de tal manera á Bruto, que en sus cartas á Atico se queja agriamente de Ciceron, á causa de que adulando á César por miedo de Antonio, era claro que en vez de procurar libertad para la patria, solo buscaba para sí un señor mas benigno y humano. Mas á pesar de esto Bruto se llevó consigo al hijo de Ciceron, que se hallaba en

Atenas oyendo las lecciones de los filósofos, y dándole mando, le confió algunos encargos que desempeñó con el mejor éxito. Llegó entonces á lo sumo en Roma el poder de Cíceron; y viniendo al cabo de cuanto se propuso, oprimió á Antonio, y lo obligó á salir de la ciudad, enviando á los dos Cónsules Hircio y Pansa á hacerle la guerra; y obtuvo del Senado que decretara á César las fasces y todo el aparato imperatorio, como que combatia por la patria. Mas como vencido Antonio, y muertos en la guerra ambos Cónsules, todo el poder se acumulase en César, temiendo el Senado á un joven á quien tan decididamente favorecia la fortuna, trató de apartar de él las tropas con honores y con dádivas, y debilitar asi su poder, bajo el pretexto de que la república no necesitaba de defensores una vez que Antonio habia huido. Temió con esto César, y envió quien rogara y persuadiera á Ciceron que procurara para ambos juntos el Consulado, y dispusiera de todo como le pareciese, apoderándose de la autoridad, y tomando bajo su direccion á aquel joven, que solo apetecia adquirir algun nombre y gloria. Confesó el mismo César que temiendo verse arruinado, y considerándose en peligro de que le dejaran solo, echó mano en tal apuro de la ambicion de Ciceron, moviéndole á que pidiera el Consulado, en el concepto de que él le daria todo favor y auxilio.

Enloquecido entonces y sacado de tino Ciceron, un anciano por aquel mozo, y engañado para que le ayudara en los comicios, y le pusiera bien con el Senado, desde luego incurrió en la reprension de sus amigos; y á bien poco conoció él mismo que se habia perdido, y habia hecho traicion á la libertad de la patria: porque luego que aquel joven vió tan acreditado su poder, y se posesionó del Consulado, al punto dió de mano á Ciceron; y hecho amigo de

Antonio y Lepido, juntando en uno el poder de los tres, partió con ellos la autoridad, como pudiera haber partido una posesion. Proscribieron de muerte sobre doscientos ciudadanos, siendo la proscripcion de Ciceron la que produjo entre ellos los mayores altercados: por cuanto Antonio no se daba á partido si no moria el primero; Lepido se adheria á Antonio; y César se oponia á ambos. Tuvieron ellos solos sobre esto juntas reservadas cerca de Bolonia por tres dias, reuniéndose en un sitio próximo al campamento, cercado del rio. Dícese que habiéndose César mantenido firme en la lid por Ciceron los dos primeros dias, cedió por fin al tercero, abandonándole traidoramente. La composicion y compensacion fue de esta manera: César hizo el sacrifició de Ciceron, Lepido el de su hermano Paulo, y Antonio el de Lucio César, que era tio suyo de parte de madre. Hasta este punto la ira y el furor les hizo perder la razon, no dejando duda de que el hombre es la mas cruel de todas las fieras, cuando á las pasiones se une el poder.

Mientras esto pasaba, Ciceron residia en sus campos de Túsculo, teniendo en su compañía á su hermano. Luego que supieron las proscripciones, determinaron trasladarse á Astur, posesion litoral del mismo Ciceron, y desde alli pasar á la Macedonia á ponerse al lado de Bruto, porque las voces que corrian eran de que se hallaba con fuerzas superiores. Caminaban en literas muy abatidos con la pesadumbre; y parándose en el camino, puestas las literas una en par de la otra, se lamentaban juntos de su suerte. El mas desalentado era Quinto, á quien afligia ademas la idea de la falta de prevenciones; porque no habia tenido tiempo para tomar nada en casa; y aun Ciceron era bien poco lo que consigo llevaba. Parecióles pues que seria lo mejor apresurar Ciceron su fuga, y que Quinto se volviese para pro-

veerse en casa de lo necesario. Así se determinó; y abrazándose uno á otro, entre sollozos y lamentos se despidieron; y Quinto, denunciado vilmente de alli á pocos dias por sus esclavos á los matadores, recibió de estos la muerte, y con él su hijo. Ciceron, conducido á Astur, y encontrando alli un barco, subió en él al punto, y á vela navegó hasta Circeyos. Alli, queriendo los pilotos hacerse otra vez al mar, ó por temor de la navegacion, ó por no haber perdido enteramente la confianza en César, saltó en tierra, y anduvo por ella cien estadios, encaminándose á Roma; pero con nuevas dudas mudó de propósito, y se dirigió otra vez hácia el mar. Cogióle la noche, y la pasó en las mayores dudas y aflicciones sin saber que partido tomar: tanto que llegó á resolver introducirse secretamente en casa de César, y dándose á sí mismo muerte ante el ara, concitar contra él la ira de los dioses; pero le retrajo de esta idea el temor de los tormentos, si por accidente le echasen mano. Ocurriéronle otros muchos pensamientos, mudando de dictamen á cada punto, y por fin volvió á ponerse en manos de sus esclavos para que por mar le llevasen á Cayeta, donde tenia posesiones y un asilo excelente en el estío, cuando los vientos etesias soplan dulcemente; habiendo en aquel mismo sitio un templete de Apolo sobre el mar. Levantáronse de este muchos cuervos, que graznando se dirigieron al barco de Ciceron cuando le impelian á tierra con los remos; y colocándose en la antena de una y otra parte, unos graznaban, y otros picoteaban los cabos de las maromas: señal que á todos pareció funesta. Saltó pues en tierra Ciceron, y marchando á la quinta se acostó para descansar. Muchos de los cuervos se posaron en la ventana graznando desconcertadamente; y uno de ellos, bajándose al lecho donde Ciceron reposaba con la cabeza cubierta, le desatapó la cara, retirando suave-

mente la ropa con el pico. Los esclavos que esto vieron tuvieron á menos el ser tranquilos espectadores de la muerte de su señor, y que una fiera le diera auxilio, y cuidara de él cuando injustamente era maltratado, y ellos no hiciesen nada para salvarle; por lo que ya rogándole, y ya poniéndole por fuerza en la litera, volvieron á conducirle hácia el mar.

Llegaron en esto los matadores, que eran el Centurion Herenio y el Tribuno Popilio, á quien habia defendido Ciceron en causa de parricidio, trayendo consigo algunos ministros. Como hubiesen encontrado cerradas las puertas, las quebrantaron; y no encontrando á Ciceron, ni dándoles noticia ninguna de él los que alli habian quedado, se refiere que un mozuelo, educado por Ciceron en las letras y ciencias liberales, y que era liberto de su hermano Quinto, llamado Filologo, dijo al Tribuno que la litera marchaba por las calles sombreadas con árboles hácia el mar; con lo que el Tribuno dió á correr á tomar la salida; pero sintiendo á este tiempo Ciceron que Herencio se acercaba corriendo por el camino que llevaba, mandó á los esclavos que parasen alli la litera. Entonces llevándose, como lo tenia de costumbre, la mano izquierda á la barba, miró de hito en hito á los matadores, teniendo el cabello crecido y desgreñado, y muy demudado el semblante con la demasiada agitacion y angustia, de manera que los mas se cubrieron el rostro al ir Herenio á darle el golpe fatal; y se le dió habiendo alargado el mismo Ciceron el cuello desde la litera. Tenia entonces la edad de sesenta y cuatro años. Cortóle por orden de Antonio la cabeza y las manos con que habia escrito las Filipicas: porque Ciceron intituló Filipicas las oraciones que escribió contra Antonio; y hasta el dia de hoy aquellas oraciones conservan este nombre.

Cuando estos miembros fueron traidos á Roma,

se hallaba Antonio celebrando los comicios consulares, y al oir la relacion y verlos, exclamó: ¡ahora que no haya mas proscripciones! y la cabeza y las manos las hizo poner sobre lo que formaba barandilla en la tribuna: ¡espectáculo terrible para los Romanos! en el que no tanto era el rostro de Ciceron lo que veian, como la imagen del ánimo de Antonio; el cual tuvo sin embargo en estos sucesos un sentimiento laudable, que fue el de haber hecho entrega del liberto Filologo á Pomponia, muger de Quinto. Esta, luego que le tuvo en su poder, ademas de otros castigos con que le atormentó, le fue cortando poco á poco las carnes, las asó, y se las hizo comer: porque asi es como lo refieren algunos historiadores; aunque el liberto del mismo Ciceron Tiron ni memoria siquiera hace de la traicion de Filologo. Se me ha asegurado que algun tiempo despues, entrando César en la habitacion de uno de sus nietos, lo encontró con un libro de Ciceron en la mano, y que asustado trató de ocultarle debajo de la ropa; que advertido esto por César, le tomó, y habiendo leido en pie una gran parte de él, se le volvió á aquel jóven, diciéndole: varon docto, hijo mio, varon docto, y muy amante de su patria. Poco mas adelante venció César á Antonio, y siendo Consul, nombró por su colega al hijo de Ciceron; en cuyo consulado hizo el Senado quitar las estatuas de Antonio, anuló todos los honores que se le habian concedido, y decretó que en adelante ninguno de la familia de los Antonios pudiera tener el nombre de Marco. Por este medio parece que una superior providencia reservó para la casa de Ciceron el fin del castigo de Antonio.

COMPARACION DE DEMÓSTENES Y CICERON.

Acerca de Demóstenes y Ciceron lo que dejamos escrito es cuanto ha llegado á nuestro conocimiento que sea digno de memoria, y aunque no es nuestro ánimo entrar en la comparacion de la facultad de decir del uno y del otro, nos parece no debe pasarse en silencio que Demóstenes cuanto talento tuvo, recibido de la naturaleza y acrecentado con el ejercicio, todo lo empleó en la oratoria: llegando á exceder en energía y vehemencia á todos los que compitieron con él en la tribuna y en el foro; en gravedad y decoro á los que cultivaron el género demostrativo, y en diligencia y arte á todos los sofistas. Mas Ciceron, hombre muy instruido, y que á fuerza de estudio sobresalió en toda clase de estilos, no solo nos ha dejado muchos tratados filosóficos al modo de la escuela Académica, sino que aun en las oraciones escritas para las causas y las contiendas del foro se ve claro su deseo de ostentar erudicion. Pueden tambien deducirse las costumbres de uno y otro de sus mismas oraciones: porque Demóstenes, aspirando á la vehemencia y á la gravedad, fuera de toda brillantez y lejos de chistes, no olia al aceite, como le motejó Piteas, sino que de lo que daba indicio era de beber mucha agua; de poner sumo trabajo, y de austeridad y acrimonia en su conducta; y Ciceron, inclinado á ser gracioso y decidor hasta hacerse juglar, usando muchas veces de ironía en los negocios que pedian diligencia y estudio, y empleando en las causas los chistes, sin atender á otra cosa que á sacar partido con ellos, solia desentenderse del decoro: como en la defensa de Celio, en la que dijo: »no ser extraño que entre tanta opulen»cia y lujo se entregara á los placeres: porque no »participar de lo que se tiene á la mano es una lo-

» cura; especialmente cuando filósofos muy afama-» dos ponen la felicidad en el placer." Dícese que acusando Caton á Murena, le defendió Ciceron siendo Consul; que por mortificar á Caton, satirizó largamente la secta Estóica, á causa de sus proposiciones sentenciosas, llamadas paradojas, causando esto gran risa en el auditorio, y aun en los jueces; y que Caton sonriéndose dijo sin alterarse á los circunstantes: ¡qué ridículo Consul tenemos, ciudadanos! Parece que Ciceron era naturalmente formado para las burlas y los chistes, y que su semblante mismo era festivo y risueño; cuando en el de Demóstenes estaba pintada siempre la severidad y la meditacion; á las que entregado una vez, no le fue ya dado mudar: por lo que sus enèmigos, como dice él mismo, le llamaban molesto é intratable.

Tambien se ve en sus escritos que el uno no tocaba en las alabanzas propias sino con tiento y sin fastidio, y solo cuando podia convenir para otro fin importante, siendo fuera de este caso reservado y modesto; pero el desmedido amor propio de Ciceron de hablar siempre de sí mismo descubre una insaciable ansia de gloria: como cuando dijo:

Cedan las armas á la docta toga,
Y el laurel triunfal á la elocuencia.

Finalmente no solo celebra sus propios hechos, sino aun las oraciones que ha pronunciado ó escrito, como si su objeto fuese competir juvenilmente con los oradores Isócrates y Anaxímenes; y no atraer y dirigir al pueblo Romano,

Grave y altivo, poderoso en armas,
Y á sus contrarios iracundo y fiero.

Es verdad que en los que han de gobernar se necesita la elocuencia; pero deleitarse en ella, y saborear la gloria que procura, no es de ánimos elevados y grandes. En esta parte se condujo con mas decoro y dignidad Demóstenes; quien decia que su habilidad

no era mas que una práctica, pendiente aun de la benevolencia de los oyentes; y que tenia por iliberales y humildes, como lo son en efecto, á los que en ella se vanaglorían.

La habilidad para hablar en público é influir por este medio en el gobierno fue igual en ambos, hasta el extremo de acudir á valerse de ellos los que eran árbitros en las armas y en los ejércitos: como de Demóstenes, Cares, Diopeites y Leostenes; y de Ciceron, Pompeyo y César Octavio, como este lo reconoció en sus Comentarios á Agripa y Mecenas. Por lo que hace á lo que mas descubre y saca á la luz la índole y las costumbres de cada uno, que es la autoridad y el mando, porque pone en movimiento todas las pasiones, y da ocasion á que se manifiesten todos los vicios, á Demóstenes no le cupo nada de esto, ni tuvo en que dar muestra de sí, no habiendo obtenido cargo ninguno de algun viso, como que ni siquiera fue uno de los caudillos del ejército que él mismo hizo levantar contra Filipo. Mas Ciceron fue de Cuestor á la Sicilia y de Proconsul á la Capadocia; y en un tiempo en que la codicia andaba desmandada, y estaba recibido que los que iban de generales y caudillos, ya que el hurtar fuera mal visto, se ejercitasen en saquear, no vituperando por tanto el que tomasen, sino mereciendo gracias el que lo ejecutaba con moderacion; dió ilustres pruebas de su desinteres y desprendimiento, y tambien de su mansedumbre y probidad. En Roma mismo siendo Consul en el nombre, pero ejerciendo en la realidad autoridad de Emperador y Dictador con motivo de la conjuracion de Catilina, hizo verdadera la profecía de Platon de que tendrian las ciudades tregua en sus males, cuando por una feliz casualidad un grande poder y una consumada prudencia concurriesen en uno con la justicia. La fama culpa á Demóstenes de haber hecho venal la elo-

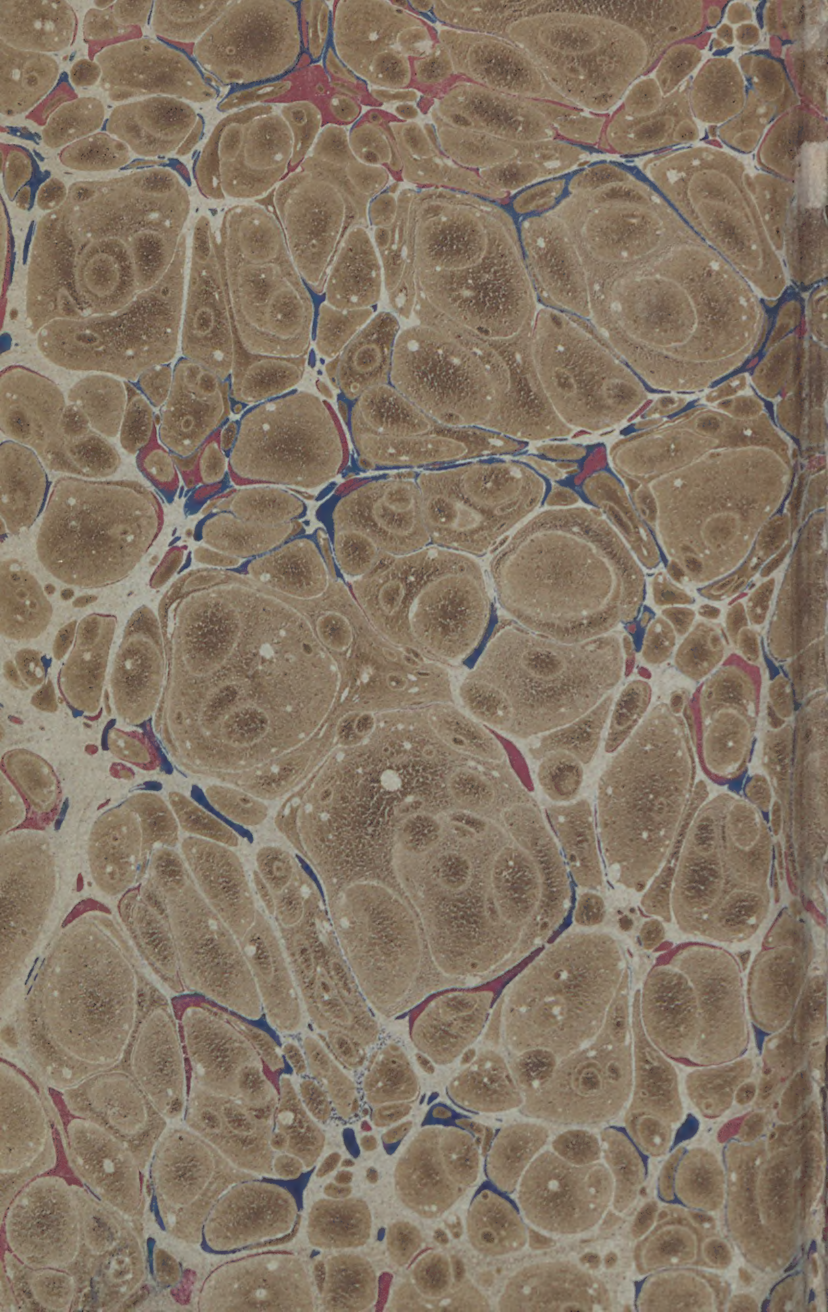
cuencia, escribiendo secretamente oraciones para Formion y Apolodoro en negocio en que eran contrarios; y le desacredita por haber percibido dinero del Rey, y por haber sido condenado á causa de lo ocurrido con Harpalo. Cuando quisiéramos decir que todo esto fue inventado por los que escribieron contra él, que no fueron pocos, todavía no tendríamos medio ninguno para hacer creer que no habia visto con ojos codiciosos los presentes que por obsequio y honor le hacian los reyes; ni esto era tampoco de esperar de quien daba á logro sobre el comercio marítimo; pero en cuanto á Ciceron ya tenemos dicho que habiéndole hecho ofertas y ruegos para que recibiese presentes, los Sicilianos cuando fue Edil, el Rey de Capadocia cuando estuvo de Proconsul, y sus amigos al salir á su destierro, los resistió y repugnó en todas estas ocasiones.

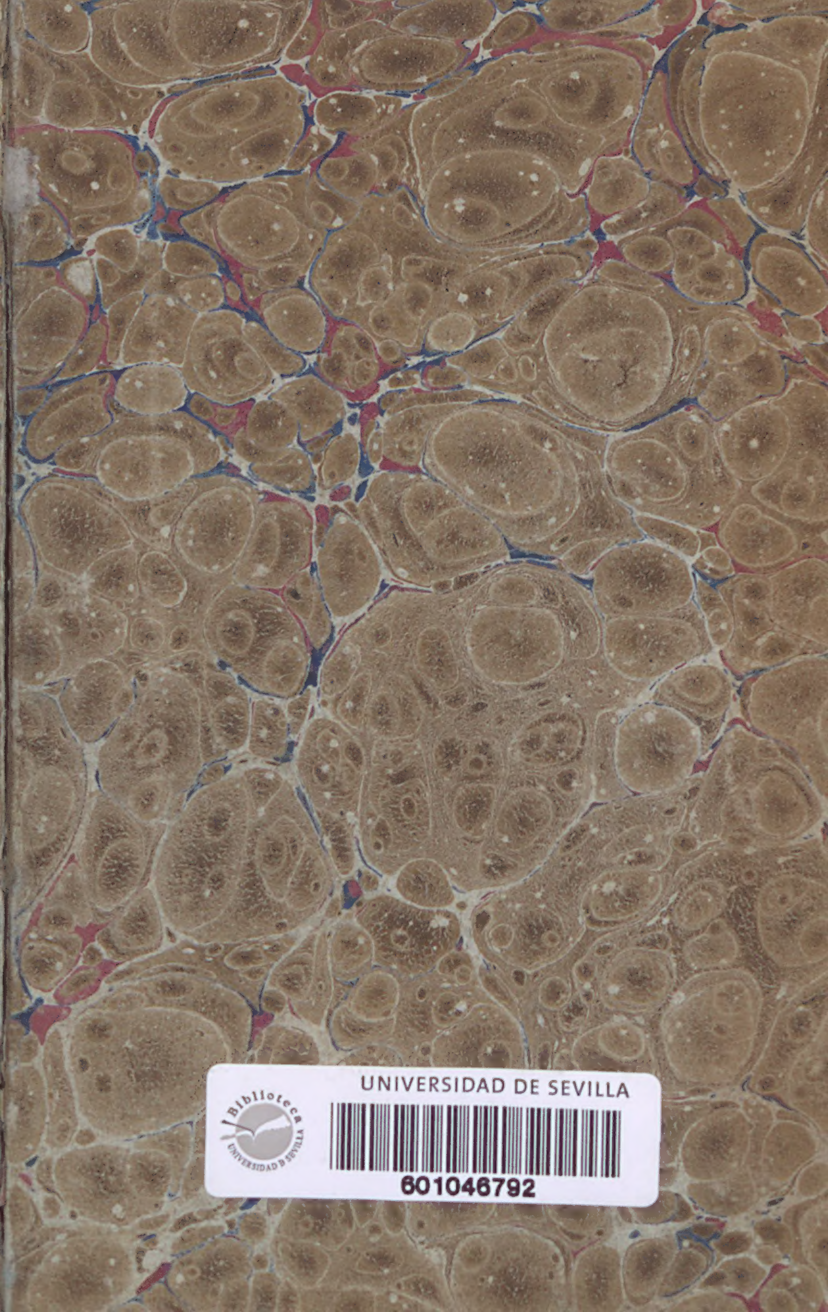
De los destierros, el del uno fue ignominioso, teniendo que ausentarse por usurpacion de caudales; y el del otro fue muy honroso, habiéndosele atraido por haber cortado los vuelos á hombres malvados, peste de su patria: asi del uno nadie hizo memoria despues de su partida; y por el otro mudó el Senado de vestido, hizo duelo público, y resolvió que no se diese cuenta de negocio ninguno hasta haberse decretado la vuelta de Ciceron. Mas por otra parte este en el destierro nada hizo, pasándolo tranquilamente en Macedonia; pero para Demóstenes el destierro vino á hacerse una de las mas ilustres épocas de su carrera política; porque trabajando en union con los Griegos, como hemos dicho, y haciendo despedir á los legados de los Macedonios, recorrió las ciudades, mostrándose en un infortunio igual mejor ciudadano que Temístocles y Alcibiades. Restituido que fue volvió á su antiguo empeño, y perseveró haciendo la guerra á Antipatro y los Macedonios. Mas á Ciceron le echó en cara Le-

lio en el Senado que pretendiendo César se le permitiese contra ley pedir el Consulado, cuando todavía no tenia barba, se estuvo sentado sin hablar palabra; y Bruto le escribió increpándole de que habia fomentado y criado una tiranía mayor y mas pesada que la que ellos habian destruido.

Ultimamente en cuanto á la muerte, bien era de compadecer un hombre anciano, llevado, á causa de su cobardía, de acá para allá por sus esclavos, á efecto de esconderse y huir de una muerte, que por la naturaleza no podia menos de amenazarle de cerca, y muerto al cabo lastimosamente á manos de asesinos; pero en el otro, aunque se hubiese abatido un poco al ruego, siempre es laudable la prevencion y conservacion del veneno, y mas laudable el uso; porque no prestándole asilo el Dios, como quien se acoge á mejor ara, se sustrajo á sí mismo de las armas y las manos de los satélites, burlándose de la crueldad de Antipatro.








56
ANZ Y ROMANILLOS
VIDAS
DE PLUTARCO
4
72



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm